

A close-up photograph of a man in a dark suit and light-colored tie, adjusting his tie with his hands. The lighting is dramatic, highlighting the textures of the fabric. In the foreground, a large, dark chess king piece is visible, partially obscuring the lower part of the man's torso. The background is dark and out of focus.

EL PEÓN
DEL
REY

ALMA SAMPEDRO

El peón del Rey
La Secta de los Banqueros

ALMA SAMPEDRO

Título original: El peón del Rey

Primera edición: julio de 2017

© 2017, Alma Sampedro

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien el producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Este libro está dedicado a Javier, la persona que me ha
mostrado el verdadero significado de las palabras
honestidad, lealtad y valentía.

Índice

- Capítulo 1. Cómo acabé en el manicomio
- Capítulo 2. Los dedos amputados del Marqués de la Rosa
- Capítulo 3. Mis nuevas amistades y la fuga de la prisión
- Capítulo 4. El soldado que va a pie
- Capítulo 5. Un cura drogado y el burro que completó la fiesta
- Capítulo 6. De abogada a banquera
- Capítulo 7. Mi primer día en la casa del señor
- Capítulo 8. Juego de espías, la ironía del destino
- Capítulo 9. El baile del duque
- Capítulo 10. La visita sorpresa que ensombreció mi gloria
- Capítulo 11. Las técnicas de persuasión del diablo
- Capítulo 12. Se busca marido y banquero británico
- Capítulo 13. La luna llena me desenmascaró
- Capítulo 14. Tinta roja sobre papiro
- Capítulo 15. El incidente inducido, la última pieza del puzle
- Capítulo 16. El jeroglífico cretense y la desaparición de Patrick
- Capítulo 17. Un rescate in extremis con sorpresa incluida
- Capítulo 18. Y la fiesta trajo la solución pasada la media noche
- Capítulo 19. El ingenio del hidalgo Don Quijote de la Mancha

Sobre el autor

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida»

Miguel de Cervantes

Capítulo 1

Cómo acabé en el manicomio

Kauai puede ser un magnífico destino de luna de miel. Si cierro los ojos creo que todavía puedo imaginar ese agua, templada y cristalina, acariciándome los pies con la suavidad de la seda. Puedo sentir la brisa del mar, un soplo de aire cálido, susurrándome al oído alegres melodías estivales. Creo apreciar el perfume de la placidez, el tacto de la arena blanca deslizándose entre mis dedos y el delicioso sabor del Daiquiri que bebo con la misma regularidad que la Piña Colada.

En la misma Isla Jardín tendría que haber disfrutado de las dos mejores semanas de toda mi vida. Pero para ello antes debería haber contraído matrimonio con James, cosa que, como ya habréis imaginado, no hice. Con un Dios en permanente estado de huelga, el azar no quiso concederme un respiro y optó por cambiar el destino de Hawai por el de un manicomio.

Haré una escueta pero sincera presentación para quien todavía no me conozca. Mi nombre es Sofía Aldana y padezco un desequilibrio aparentemente incurable por la medicina moderna. Un brioso desarreglo mental, tal y como solía llamarlo mi psicóloga. Un torrente de desórdenes emocionales, con gran pendiente y enorme caudal, cuyo manantial no es otro que mi propio pasado.

Resumiré mis extravagancias en un conciso apunte. Sufro arrebatos incontrolables con una asiduidad fuera de lo normal. Engullo bombones a todas horas creyendo que con ello apaciguaré a mis demonios. Tengo una obsesiva afición por los acertijos. Soy capaz de escuchar composiciones musicales que, al parecer, solo suenan en mi imaginación. También oigo voces en mi cabeza, soberbios y agudos bisbiseos que, sin la menor sutileza, me ordenan cómo debo actuar. Y, por si lo anterior no fuera suficiente, padezco una severa alergia y rechazo crónico a los hombres en lo que a asuntos de alcoba se refiere. Esta última patología estaba en proceso de curación, entre otros motivos, porque me iba a casar con alguien a quien amaba más que a mi propia vida.

El veintidós de mayo de dos mil dieciséis, el hombre más apuesto del mundo —y sinvergüenza, me veo obligada a añadir dadas las circunstancias—, me propuso matrimonio. En honor a la verdad, he de decir que fui yo quien se lo pidió muchos años atrás, cuando no era más que una niña. Sea

como fuere, el caso es que nos comprometimos a pasar el resto de nuestras vidas juntos, lo que me sumió en una inacabable sinfonía de violines.

Las cinco semanas anteriores a su proposición habían sido un auténtico calvario para mí, algo normal teniendo en cuenta que todo mi mundo se había desplomado como un castillo de naipes. Pero el mismo infierno que caprichosamente había unido nuestros destinos, se desvaneció tal y como emergió, dejando tras de sí un regero de esperanza.

Dos días antes de partir de viaje a Venecia junto a James, mi hermana Helena y Ulbrecht, su prometido, disfrutaba de mis últimas horas en Praga. La mala suerte —o la buena, según se mire—, quiso que mis oídos fueran testigos de una conversación privada entre mi hermana y James.

—¿No crees que sería mejor si Sofía supiera la verdad? —le preguntó Helena en un susurro colmado de pecado, unas palabras que parecían rogar la misericordia de un Dios clemente.

«Maldita sea —comencé a blasfemar para mis adentros—, una nueva mentira».

James se tomó unos segundos para meditar su respuesta, el mismo tiempo que tardé en hacerme a la idea del nuevo infortunio que se cernía sobre mis hombros.

—No —sentenció con templanza y una pincelada de arrepentimiento. Acerqué la oreja a la puerta de su habitación, pues sabía que una confesión estaba a punto de producirse—. Anularía la boda si lo supiera. Es la última vez que le miento, Helena, pero no me obligues a decirle la verdad ahora cuando estoy a punto de solucionarlo todo.

Miré hacia el techo juntando las palmas de mis manos y, con todo el dolor de mi corazón, supliqué saber qué era aquello que me haría romper mi compromiso con James. «Deseo concedido», me pareció escuchar en la lejanía mientras el sonido de una marcha fúnebre se aproximaba peligrosamente.

—¿Y si Mónica no firma los papeles? —insistió mi hermana.

—Los firmará —contestó James con contundencia—. Se lo prometió a su padre.

Permitidme hacer un alto en el camino para ponerlos en antecedentes. Mónica era su ex novia —una de tantas, quisiera aclarar— e hija de Vrej, un narcotraficante retirado y gran amigo de James.

—No sé cómo pudiste casarte con ella —le reprochó mi hermana.

Y ahí vino el golpe mortal. Un bofetón en toda la cara y con la mano

abierta, de esos que te hacen ver las estrellas sin disfrutar del firmamento.

«James está casado», comencé a escuchar en el interior de mi cabeza, como si una voz interna quisiera cerciorarse de que efectivamente había comprendido lo que estaba sucediendo. Rebusqué en los bolsillos de mi pantalón, ansiando hallar un bombón con el que refrenar la hecatombe emocional que estaba germinando en el interior de mi corazón.

—Ocurrió hace mucho tiempo, Helena. Sabes que yo no quería —se apresuró a argüir James.

Al parecer, debía creer que aquella justificación, pulida con un exaltado aderezo emocional, era más que suficiente para zanjar el asunto.

Se hizo el silencio durante una eternidad. Zarandeé la cabeza de lado a lado, tratando de deshacerme de aquella miel pegajosa que se había adherido a las paredes de mi cerebro, el líquido viscoso de la traición. Apoyé mi cuerpo contra la pared y durante un instante permití que se desplomara sobre el suelo.

¿Por qué me quedé quieta en lugar de huir? James estaba casado, ¿qué más necesitaba saber? Tal vez fue la intuición lo que me obligó a permanecer en el suelo un instante más, escuchando una conversación que, sin saberlo, acabaría por descifrar un nuevo acertijo.

El sonido de un móvil interrumpió el ensordecedor mutismo que reinaba en la habitación. James respondió la llamada tras un chasquido de lengua que dejaba entrever su intenso malhumor.

—Ahora no puedo hablar —le escuché decir. Permaneció callado durante unos segundos y después añadió—: Ya sabes que nosotros no investigamos delitos financieros.

«Claro, a ti te va más la acción», ironicé de mala gana. James y su hermano George trabajaban, bajo las órdenes de mi padre, en una organización pseudo clandestina que luchaba contra el crimen organizado. La misma noche en que nos comprometimos, James me prometió que abandonaría su trabajo.

—Me da igual que estés en Praga —prosiguió—, la respuesta sigue siendo la misma. No cuentes con nosotros.

Colgó y lanzo el móvil sobre la mesa, provocándome un sobresalto que a punto estuvo de desvelar mi posición.

—¿Con quién hablabas? —quiso saber mi hermana.

—Con Patrick —respondió en tono despectivo.

Mi hermana debía conocer a aquel tipo. Lo supe por el modo en que

reaccionó. Escuché el aire entrando en sus pulmones a gran velocidad e incluso pude advertir el sonido de sus labios curvándose hacia arriba.

—Hace una eternidad que no le veo —comentó Helena—. Juraría que la última vez fue aquí, en casa de Ulbrecht. ¿Cómo está?

—No lo sé y para serte sincero tampoco me importa.

—¡Vamos, James! —le recriminó mi hermana—. No seas así, han pasado ya muchos años desde aquello.

Un microorganismo patógeno, enmascarado con el disfraz de la curiosidad, me infectó en aquel instante. «¿De qué demonios estarán hablando?», me pregunté en voz baja.

—Me ha parecido escuchar que estaba en la ciudad —insistió Helena.

—Así es —gruñó James.

—¿Cómo sabía él que tú estabas en Praga?

—Mantiene el contacto con mi hermano.

Se quedaron en silencio durante un breve instante tras el cual Helena volvió a la carga.

—Bueno y ¿qué le trae por aquí?

—Está en apuros —respondió con indiferencia—. Anda tras un sospecho. Alguien que por lo visto tiene secuestrado a uno de sus hombres.

—¡Santo cielo, James! —exclamó mi hermana—. ¿Y ni siquiera le vas a escuchar?

—No quiero saber nada de él, Helena —respondió con terquedad.

«Esa obstinación le jugará una mala pasada», me chivó una voz interior de lo más premonitoria.

—Le exiliaron a España hace ya más de dos años, si no recuerdo mal.

—Por desobediencia —apuntó él.

—¡Por el amor de Dios, James! Si hablamos de insubordinación tú serás el peor parado. Habla con él, ¿qué puedes perder?

—He dicho que no, Helena.

El silencio se acomodó de nuevo en la habitación. Aquel era el momento idóneo para irme, pensé mientras repasaba mentalmente la última jugada del destino.

—No tendrías que haberlo hecho, James, ni siquiera por Vrej. —Mi hermana reanudó la conversación que habían dejado a medias—. ¿Qué más te daba a ti si a Mónica no le permitían permanecer en los Estados Unidos? Podría haber contraído matrimonio con cualquier otro norteamericano sí lo único que quería era la dichosa nacionalidad —Permaneció en silencio

durante unos segundos y finalmente añadió—: Fue algo estúpido e irracional, pero sigo creyendo que Sofía debería estar al tanto.

—¡No! —exclamó él con suficiente ímpetu como para que mis piernas decidieran incorporarme del suelo.

Tras aquel duro revés mis pies se encaminaron, porque así se lo ordené, hacia un nuevo destino. Antes de salir de casa, todavía con lágrimas en los ojos, me despedí de mi boda de ensueño, de una luna de miel de película y, sobre todo, de una esperanzadora vida junto al único hombre a quien había amado. Y así fue como esta nueva aventura comenzó.

Una vez en el aeropuerto, compré un billete de regreso a Barcelona, mi ciudad natal. Los nervios se habían adueñado de mi estado de ánimo y lo cierto es que ello no solo tenía que ver con el hecho de haber descubierto que mi prometido ya estaba casado. Desde que salí de casa de Ulbrecht había tenido la impresión de que alguien me seguía. Considerando el número de años que llevaba sufriendo aquella turbadora manía persecutoria, finalmente decidí no concederle el menor crédito. Claro que mis emociones y mis decisiones solían seguir caminos dispares.

Desde la misma puerta de embarque llamé a mi hermana y le expliqué lo que había sucedido. Helena apenas trató de justificarse. Todo cuanto hizo fue sollozar un par de disculpas bienintencionadas a las que, por supuesto, no hice el menor caso.

El despecho que en aquel momento sentía era tal que apenas escuché ni uno solo de sus precarios alegatos. Me era indiferente saber por qué James y Mónica estaban casados y, a decir verdad, no me importaba tanto el hecho de que lo estuvieran sino el que él hubiera decidido ocultármelo. Aquel no era el modo de iniciar ningún enlace duradero, me dije a mí misma.

—De aquí a unos días te llamaré —le dije a mi hermana sin saber todavía que no podría cumplir mi promesa—, hasta entonces no quiero saber nada de ninguno de vosotros.

—¡Sofía! —sollozó con una malograda dramatización. Escuché la saliva recorriendo su garganta mientras tragaba algo más que su angustia—. Por favor, no te olvides de mi boda. Sabes que no podría hacerlo sin ti. Vayas donde vayas, prométeme que vendrás.

«¿Cómo eres tan egoísta para hablarme de tu boda en un momento como este?», quiso preguntarle mi orgullo herido. Fijé la mirada en una máquina

expendedora que examiné de arriba abajo como si en ella pudiera encontrar la paz y la serenidad que ansiaba. A su izquierda había un hombre de unos cuarenta y tantos años con un aspecto un tanto extraño. Llevaba unas gafas de aviador oscuras y una gorra con una prominente y curva visera en cuya parte frontal tenía un monograma bordado en tela.

—Tienes mi palabra —contesté finalmente, rascándome la frente y preguntándome cuándo y dónde sería el enlace.

—Es en dos semanas —respondió Helena, adivinando mis pensamientos—. En la ermita de Sant Martí del Corb a las cinco de la tarde. Por lo que más quieras, no me falles —suplicó—. Hemos reservado habitaciones para todos los invitados en una masía cercana a la capilla.

—Descuida, ahí estaré —afirmé con rotundidad y sin tener ni la menor idea de todo lo que debería sufrir para cumplir mi promesa.

Y colgué. El resentimiento me atacó con tanta fuerza que no pude evitar estampar el teléfono contra el suelo, lo que inevitablemente llamó la atención de todos los pasajeros que esperaban pacientemente para embarcar. La batería de mi móvil recorrió unos cuantos metros hasta topar con la bota de un corpulento guardia de seguridad que me observó detenidamente con cara de pocos amigos. Me acerqué hacia él con un paso tan inseguro como ridículo, rememorando una popular canción de los años noventa. Un pasito *pa'lante*, Sofia. Un, dos, tres. Un pasito *pa'tras*.

El hombre se llevó la mano a su cinturón de servicio y, sin apartar su mirada de mí, comenzó a palpar todo cuanto sus indecisos dedos encontraron a su camino. El corazón me dio un vuelco en tanto su mano se detuvo en las esposas. «No puedo salir de aquí detenida», me dije temerosa, como si la voz de la videncia me hubiera revelado el final de aquella aventura. Sus dedos continuaron manoseando el cinturón, haciendo una pequeña parada a la altura de la linterna. Continuó el recorrido hasta que alcanzó el gas pimienta. Tras una fracción de segundo, sorprendentemente interminable, la mano de aquel fortachón acabó en un bastón retráctil, que sujetó con la misma firmeza de la que en aquel momento disponía mi cordura.

La genialidad más absurda llamó a mi puerta. Me agaché a por los restos de mi moribundo móvil y sin saber muy bien por qué abrí mi bolso, mostrándole el interior al desconcertado guardia. Saqué un frasco de aspirinas que acababa de comprar en la farmacia del aeropuerto. Tapando la etiqueta, y como si de una maraca se tratara, agité el bote con excesivo brío para después sacar un botellín de agua de mi bolso e ingerir una pastilla.

—Discúlpeme usted, me da miedo volar —le dije a modo de justificación mientras me retiraba el pelo de la frente con un gesto excesivamente agitado —, pero ahora me tomo esta *píldora mágica* y verá como me tranquilizo enseguida.

Como cualquiera en su sano juicio hubiera podido suponer, aquel hombre no entendió ni una sola de mis alborotadas palabras, que pronuncié precipitadamente y en español. Sin embargo, y a pesar de no haber comprendido mi desatinada explicación, el fornido guardia comenzó a asentir con la cabeza como si creyera intuir lo que sucedía. Me cogió del brazo con suma delicadeza y me acompañó hasta la apiñada fila de espera, de donde se despidió de mí gesticulando con las manos. Acto seguido se dirigió hacia las azafatas que esperaban pacientemente en la puerta de embarque. Conversaron durante no menos de cinco minutos, mientras aquel guardia de metro noventa de altura y más de un centenar de kilogramos no hacía más que señalarme con su nervudo e interminable dedo índice.

Traté de reconstruir mi móvil ensamblando un número de piezas —tal vez inferior al necesario— que habían quedado esparcidas por el suelo tras mi exaltado arrebato.

—El *todo* debería ser más que la suma de sus partes —escuché a mi espalda.

Me di la vuelta curiosa por comprobar si era a mí a quién se dirigían. Era un hombre de unos cincuenta años quien había tenido el arrojo de hablarme. Y digo *arrojo* porque en aquel instante ya no quedaba nadie a mi alrededor que dudara sobre mis escasas habilidades sociales. No entendí su comentario y, a decir verdad, tampoco quise entenderlo.

La fila comenzó a moverse y el arrepentimiento me hizo barajar la posibilidad de salir huyendo y regresar a los brazos de James. «¿Qué importa si está casado?», me preguntó una impetuosa voz interior al tiempo que parecía golpear las paredes de mi cerebro. «Ha dicho que está tramitando el divorcio, ¿qué más quieres?», insistió.

Claro que quería algo más, pensé. Quería sinceridad.

Noté el recelo en la mirada de la azafata cuando le entregué la tarjeta de embarque. Su desconfiada mirada siguió mis pasos con suspicacia cuando avancé hacia la pasarela de acceso al avión. Dirigió sus dedos, índice y corazón, hacia sus ojos, para después señalarme con ellos de un modo hostil y amenazador. «Menuda chiflada», murmuré en voz baja.

Una vez dentro del avión debería haber prestado mucha más atención a

las señales que auguraban la catástrofe que se avecinaba, pero con una capacidad de observación en paradero desconocido y un orgullo gravemente herido, no fui capaz siquiera de advertir la sombra del infortunio.

El mismo hombre que me había abordado en la fila de embarque tomó asiento a mi lado, sonriendo como si mi compañía hubiera sido un gran golpe de suerte. Debería haber advertido el inusual y chispeante brillo en sus ojos, pero no lo hice. En su lugar, me limité a devolverle la sonrisa sin poder apartar la vista de sus dientes, cuyo tamaño parecía estar claramente por encima de la media.

—¿Sabía usted que en este avión no hay fila trece?

«Lo sé yo y lo sabe el resto de pasajeros», quise decirle.

—Es debido a la triscaidecafobia —insistió como si creyera que su conversación podía resultarme interesante—. El miedo irracional al número trece —aclaró chirriando aquellos monstruosos dientes que, inevitablemente, chocaban unos contra otros cada vez que el hombre movía sus labios.

—Oiga, le agradezco la explicación —comencé a decir con un tono cercano a la amabilidad—, pero no tengo ganas de hablar.

Acabé por tragarme mis propias palabras. Antes de que el avión despegara me vi contándole a aquel dentado caballero el motivo de mi intempestivo regreso a Barcelona.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó tras mi desgarrador relato.

—Soy abogada —respondí bajando la mirada, como si ello fuera motivo de vergüenza.

Tras media hora de charla, el hombre me ofreció un tranquilizante para calmar mis nervios, pues la agitación con la que me expresaba dejaba entrever una alteración nada saludable. Sin pensármelo dos veces me tomé el comprimido sin inquietarme lo más mínimo la posibilidad de estar ingiriendo un alucinógeno o algo aun peor.

A medida que los minutos avanzaban, las palabras comenzaron a amontonarse a las puertas de mis labios, ansiosas porque mis cuerdas vocales les dieran forma y sonido. Sin embargo, por algún motivo claramente relacionado con mi temeraria e irreflexiva automedicación, mi lengua comenzó a sufrir un repentino entorpecimiento mientras trazaba, sin que yo se lo hubiera ordenado, un sinuoso y húmedo recorrido por mis labios. Algo que, sin duda alguna, explicaría el siguiente comentario, manifiestamente inoportuno, de mi atento compañero de vuelo.

—¿Quiere que vayamos al lavabo?

Aquella pregunta surgió con excesiva dificultad, colándose entre los casi inexistentes huecos de sus incisivos centrales.

Sacudí la cabeza y levanté la mano derecha, haciendo un extraño aspaviento con la única voluntad de rechazar su nauseabunda proposición. Mi lengua continuaba excesivamente acartonada, lo que a duras penas me permitía articular palabra. Traté de morderla sin el menor control sobre mi dentadura y con la intención de detener sus incontrolables movimientos, pero todo cuanto logré fue agravar la patética imagen que estaba ofreciendo.

«Debería comer algo para eliminar los efectos del sedante», me dije a mí misma, acusando una súbita somnolencia. Sin pensármelo ni un segundo alcé el brazo con menos energía de la deseada y pulsé el timbre para llamar al personal de a bordo. Aguardé pacientemente mientras echaba una ojeada a la carta de comida y trataba de ignorar la lujuria con la que mi acompañante parecía repasarme de arriba abajo.

Y de repente, al levantar la vista, me pareció divisar al misterioso hombre de la gorra de béisbol, sentado unas filas más adelante. Ladeé la cabeza, que traté de asomar por el pasillo, pero en vista de que para ello debía aproximarme a mi acompañante de un modo indecoroso, cometí el error de cesar en mi empeño.

—¿Qué desea? —me preguntó una azafata inclinando ligeramente su famélico cuerpo hacia mí.

No pude evitar asombrarme ante su extrema y enfermiza delgadez. Sus acentuados pómulos hacían que sus ojos parecieran aún más hundidos de lo que ya estaban. Una nariz respingona resaltaba entre sus inexpresivas facciones.

—Un *ladillo* de *mamón* —le pedí cuando acabé mi escrutinio, abriendo los ojos desmesuradamente como si ello me hiciera parecer más respetable.

«Si me viera mi hermana...», pensé, acusando una repentina nostalgia. Acabé con aquella burlesca y, por qué no decirlo, ridícula escena señalando el menú número tres de la carta de comida. La desnutrada auxiliar de vuelo sonrió, aliviada por perderme de vista, y se marchó, no sin antes dirigirme unas calurosas palabras de despedida, pronunciadas con una irritante lentitud.

—No se preocupe —dijo como si le hablara a alguien que estuviera bajo los efectos de una sustancia psicotrópica—. Ahora le traeré su bebida, una coca-cola light y el bocadillo de jamón extra grande.

Se fue haciéndome un infantil gesto con la mano a modo de despedida. No había caminado ni dos pasos cuando de pronto se dio media vuelta y se

acercó de nuevo a mí.

—Perdone, me había olvidado de cobrarle —dijo a la vez que sus atrofiados y extenuados músculos parecían querer esbozar una sonrisa—. Serán veintitrés euros.

«¿Veintitrés euros?», repetí mentalmente. La hambrienta tripulante de cabina tuvo suerte de que mi lengua continuara buscándole el sentido a la vida. De lo contrario le habría soltado unos cuantos improperios por aquel descarado atraco. En lugar de eso, tragué saliva —además de una pizca de orgullo— y saqué un billete de cincuenta euros con el que, a regañadientes, pagué mi costoso antojo.

Permanecí a la espera durante más de diez minutos, mientras parecía recobrar el control sobre mis músculos faciales. Cuando por fin me sirvieron la bebida, que apenas daba para llenar medio vaso de plástico, una visible sonrisa de satisfacción se dibujó en mi rostro. Bebí un gran trago con el que prácticamente di por concluida mi coca-cola y me dispuse a engullir mi bocadillo de jamón.

En aquel momento sufrí en mis propias carnes la misma frustración que William «D-Fens» Foster padeció en su agónico *día de furia*. Una ráfaga de aire caliente pareció abofetearme en mi enrojecida mejilla derecha mientras notaba como, poco a poco, las venas de mi cuello se iban hinchando de manera vertiginosa.

El apetitoso bocadillo de jamón, que lucía en la carta de comidas esplendoroso como un modelo de alta costura, se había convertido en un esperpento tan vomitivo como insultante. Miré de nuevo la carta, temiendo haber sufrido un repentino delirio visual. Pero no había sido así. La imagen mostraba claramente un exquisito bocadillo de jamón ibérico de bellota, cortado a mano —así se especificaba—, de un color rojo intenso y una delicada y mantecosa textura, fruto de una fina capa de grasa exterior. Mi inagotable imaginación incluso había apreciado en aquella fotografía ligeros trazos de bellotas y hierva de la dehesa extremeña. Un apetitoso pan de Viena, con su característica miga esponjosa, untado en tomate y aceite, coronaba aquella gran obra de la gastronomía.

Pero la realidad distaba mucho de aquella imagen de ensueño. Un extenuado pan amarillento, tan famélico como la azafata, volteaba de un lado a otro del nada elegante plato de plástico. El *ilustre chef* que había elaborado aquel despropósito no debía conocer la *compleja* receta del pan con tomate, sal y aceite. Algo tal vez demasiado complicado para un bocadillo por el que

tenían la friolera de cobrar, nada más y nada menos, que dieciocho euros. Pero el broche de oro, sin duda alguna, era la solitaria y apenada loncha de jamón verdosos que, tras varios segundos de búsqueda, logré encontrar entre las dos rebanadas del mugriento pan.

Un impulso tan involuntario como delirante me obligó a llamar a la descarnada azafata pulsando insistentemente el timbre que tenía sobre la cabeza. Antes de que el botón de llamada comenzara a echar chispas la mujer regresó de nuevo con cara de circunstancias. Mi acompañante, el señor de los dientes grotescos, viendo el espectáculo que se avecinaba se había ido hundiendo cada vez más en su asiento que, para su desgracia, quedaba entre el mío y el pasillo.

—¿Se puede saber qué diablos es esto? —le solté a la azafata, sin darle tiempo a que me recitara una de sus ensayadas preguntas, mientras señalaba la ridiculez a la que desvergonzadamente llamaban bocadillo.

—Lo que usted ha pedido —contestó descaradamente.

Quise estamparle el bocadillo contra sus marcados pómulos, que cada vez más me recordaban a la calavera de un reptil. Un espasmo involuntario apareció repentinamente en su ojo derecho, lo que distrajo mi atención por un instante, haciendo que mi enfado desapareciera momentáneamente. La contracción espasmódica de su párpado derecho se volvió cada vez más repetitiva, contagiando finalmente a su ojo izquierdo.

—Mírelo por el lado bueno —comenzó a hablar de nuevo, abriendo y cerrando los párpados a la velocidad del sonido—, al no haber mucho jamón, no se engordará tanto.

«¿Que no me engordaré tanto?», me dije mentalmente, temblando por la agitación. Aquello era el colmo y así lo entendieron mis extremidades inferiores que, sin previo aviso, decidieron incorporarse súbitamente, ignorando el caos que ello acabaría por provocar.

Me levanté de un respingo, golpeando la mesita abatible y haciendo que la lata de coca-cola saliera disparada contra un pasajero que observaba la escena con sumo interés desde el otro lado del pasillo. El hombre dejó de verle el lado cómico al espectáculo y comenzó a quejarse mientras se ponía de pie al tiempo que gritaba con voz gangosa:

—¡Esto con Franco no pasaba!

Me volví hacia él, presa de un nuevo arrebatos. No se me ocurrió otra cosa que hacerle un grotesco corte de mangas que repetí, incansable y ruidosamente, hasta cinco veces. Me planté en el pasillo del avión con los

brazos en jarras, como si su comentario me hubiera ofendido más que nada en el mundo. Sin darme apenas cuenta, comencé a frotarme las manos de manera frenética haciendo extraños aspavientos y respirando a gran velocidad.

—Tenga la amabilidad de volver a su sitio —me pidió la azafata sin dejar de mirar las rebanadas de pan que habían quedado medio suspendidas sobre el cabecero del asiento de delante.

—Que vuelva él primero —protesté, señalando con el dedo al franquista a quien había agredido con la lata de mi refresco.

Miré a los lados, preguntándome dónde habría ido a parar la liliputiense loncha de jamón verde.

—Haga el favor de regresar a su asiento —insistió la auxiliar de vuelo en un tono mucho más autoritario, mientras me cogía del brazo y avisaba con un gesto al sobrecargo.

—Como usted ordene —claudiqué, resoplando con un espeso bufido.

El hombre sentado junto a su esposa en la fila de delante se levantó lentamente, se acercó a la auxiliar y le comentó algo al oído. Los dos asintieron como si acabaran de encontrar la salida a un oscuro túnel. Aquello despertó mi curiosidad, pero finalmente decidí tomar asiento y dar por concluida mi disparatada aventura. Sin embargo, y a pesar de mis buenas intenciones, la fortuna persistió en su empeño por mirar en dirección contraria a la mía.

Dos segundos después de haberme sentado descubrí el escondite de verdecida loncha de jamón. Reposaba sobre el extraño peinado de la mujer sentada en el asiento de delante, que llevaba el pelo recogido en una elaborada trenza griega sostenida alrededor de su cabeza por cientos de horquillas metálicas. Para mi sorpresa, el azar había querido que el jamón quedara atrapado entre dos de aquellos alambres.

Pude haberme quedado quieta, pero no lo hice. Me incorporé de nuevo, ante la atenta mirada de la azafata y del hombre que hablaba con ella. En un gesto que bien podría tacharse de temerario, me abalancé sobre la cabeza de la mujer como si de un balón de rugby se tratara y comencé a hurgar en ella.

—Perdón —le dije a su marido—, su esposa tiene jamón en la cabeza —traté de aclarar de modo poco locuaz, mientras la mujer de la trenza se volvía hacia mí con cara de pocos amigos.

El hombre levantó los brazos enérgicamente y, en lugar de detenerme, abrió el compartimento superior, sacando de él un maletín ejecutivo de piel

con ostentosos cierres metálicos de color dorado. Abrió cada uno de los herrajes con una asombrosa lentitud, como si el tiempo se hubiera quedado suspendido con cada uno de sus movimientos.

—Está usted sufriendo un episodio de agitación psicomotriz que puede suponer un riesgo para la tripulación y los pasajeros —me dijo con una voz cadenciosa y un contacto visual groseramente prolongado.

Fui consciente del peligro que me acechaba, pero ni aun así cesé en mi empeño por extraer la loncha de jamón enredado en la trenza de la señora. No tenía malas intenciones, más bien todo lo contrario. Sin embargo, eso no me eximió del castigo que se avecinaba. Entre la auxiliar de vuelo y el sobrecargo trataron de inmovilizarme mientras yo comenzaba a gritar como si el mismísimo diablo me estuviera poseyendo.

—Cuénteme cómo se siente —comenzó a decir el hombre del maletín, tarareando sus palabras y moviendo su mano derecha delante de mis ojos para tratar de llamar mi atención—. Explíqueme sus miedos. Siéntase libre para comentarme lo que usted quiera.

A esas alturas ya no me cabía duda de la profesión de aquel encandilador de serpientes. Era un psiquiatra. Había conocido a decenas de ellos a lo largo de mis treinta y seis primaveras.

—Oiga, no tengo miedos —mentí—, y tampoco hay nada que quiera explicarle. Todo ha sido un gran malentendido. He pagado veintitrés euros por una coca-cola minúscula y un bocadillo de jamón sin jamón. Solo estaba reclamando lo que creo que es justo y, de paso, retirándole a su esposa del pelo una locha de carne envenenada.

Tal vez debiera haber empleado un tono mucho más sosegado del escogido. Ahí radicó, sin duda, mi gran equivocación, pues me expresé con tal agitación que apenas le dejaba al doctor mucho margen de actuación.

—No está colaborando conmigo —me advirtió el hombre en un tono mucho menos amable mientras sacaba un pequeño frasco de su maletín, quitándole el tapón con una coreografía ya ensayada, para después desinfectarlo con un algodón humedecido en alcohol.

Inconscientemente di un pequeñísimo paso hacia atrás, todo cuanto el casi inexistente espacio me permitió. El doctor apoyó el frasco sobre su maletín abierto y, con una seguridad aplastante, extrajo una jeringa que sostuvo en su mano con la aguja apuntando hacia el techo. Retrajo el émbolo hasta la mitad e introdujo la aguja en el frasco, llenándolo de aire frente la atenta mirada de un corro de gente que se había formado a nuestro alrededor.

—¿Alguien tiene un bombón? —gimoteé, desesperada por llevarme un chocolate a la boca. Pero mi pregunta no fue atendida, por lo que tras dos segundos en el aire, se desvaneció como si nada.

Ante el más que previsible y desmoralizador desenlace, comencé a lloriquear mientras intentaba zafarme del creciente número de manos que trataban de inmovilizarme. El doctor extrajo el contenido del medicamento sin perder el contacto visual. Golpeó suavemente la jeringuilla con el dedo corazón, removiendo las burbujas de aire hacia la parte superior, y empujó el émbolo hasta que empezó a salir el líquido.

Todo a mi alrededor se volvió nubloso antes siquiera de que el doctor me inyectara el contenido de aquel fármaco. La Tierra no supo si continuar con su movimiento de rotación o detenerlo de inmediato, optando finalmente por la segunda opción.

El hombre me tomó con suavidad del brazo y levantó lentamente la manga de mi camiseta, dejando al descubierto el músculo deltoides, que acabaría por ser la diana perfecta de aquel dardo que parecía quemarle entre los dedos de su mano derecha.

Y ahí terminan todos los recuerdos de aquel fatídico viaje en avión. Desperté unas horas más tarde en lo que, a todas luces, era un centro psiquiátrico.

Capítulo 2

Los dedos amputados del Marqués de la Rosa

Miré a mi alrededor, aún bajo los efectos de aquel sedante que el malvado psiquiatra del avión me había inyectado contra mi voluntad. Desperté postrada sobre una cama que, a decir verdad, era extraordinariamente cómoda. Me incorporé ligeramente, todavía un poco aturdida y contemplé la estancia en la que me habían apresado.

La habitación era irritantemente blanca, a excepción de un antiguo escritorio de madera de roble con un marcado acento inglés, unas cortinas de tapicería un tanto pasadas de época y una lámpara de techo con forma de sol. Traté de levantarme, pero una sobrecogedora sensación de mareo me impidió poner un solo pie sobre el suelo.

Alguien golpeó la puerta de la habitación con delicadeza.

—Buenos días, Sofía, ¿cómo se encuentra? —preguntó el hombre del avión, sorprendiéndome con su presencia.

—¿Que cómo me encuentro? —logré balbucear mientras me preguntaba por qué diablos apenas podía articular palabra.

—Tiene mejor aspecto —comentó aquel tipo con una sonrisa ponzoñosa y un tono excesivamente cercano.

—¿Dónde...? ¿Dónde están mis cosas? —pregunté con la lengua rígida mientras bajaba la mirada y comprobaba, aliviada, que no estaba desnuda.

Iba vestida con unos pantalones de lino blanco y una camiseta de algodón, también blanca. ¿Quién diablos me habría quitado la ropa?

—Requisadas —respondió—. Los teléfonos móviles no están permitidos en este centro. Tampoco se puede fumar ni comer bombones. —Una lágrima de desesperación comenzó a recorrer mi mejilla—. Tranquila, Sofía, yo personalmente custodiaré sus pertenencias durante su estancia.

—No puedo... —tartamudeé.

Viendo mi consternación, el hombre se metió la mano en el interior de su americana y extrajo una fotografía, que me entregó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Aquí tiene —dijo con un gesto engreído—. Puede quedarse con esto. Imagino que este apuesto caballero debe ser alguien muy importante en su vida —añadió, sonriendo y esperando que yo le diera más detalles que satisficieran su morbosa curiosidad.

Sostuve la fotografía de James en mis manos, dudando entre rasgarla con furia o bien metérsela a aquel cretino por la boca.

—Eso no es de su incumbencia.

—Tiene que colaborar conmigo —me pidió mientras acercaba una silla al lado de la cama.

—¿Que he de colaborar? —mascullé, como si no hubiera señal de vida inteligente en el interior de mi cerebro. Con cierta dificultad logré incorporarme para después soltarle—: Me ha retenido aquí contra mi voluntad. No espere que colabore con usted ni con nadie de este manicomio. ¡Lo que voy a hacer es demandarles a todos!

El hombre inspiró profundamente, cerrando los ojos durante un tiempo tan prolongado que por un momento temí que se hubiera quedado traspuesto. Le miré con reticencia, preguntándome cómo demonios conseguiría permanecer tan inmóvil.

«¿Se habrá muerto?», me pregunté al cabo de un par de minutos al no verle respirar. Aquello era el colmo de la mala suerte, me dije. Comencé a batir mis manos frente a sus ojos, pero el hombre no parecía reaccionar. Me senté sobre el borde de la cama y le contemplé con suma atención. Su rostro, pálido como la muerte, no auguraba un buen desenlace. Puse mi mano temblorosa sobre su pecho y comprobé que el hombre continuaba respirando, si bien es cierto que lo hacía a un ritmo casi imperceptible. Su cuerpo presentaba una rigidez un tanto preocupante, por lo que comencé a zarandearle suplicando una reacción por su parte. Llegué incluso a pellizcarle los brazos, pero el doctor continuaba inerte como una estatua.

«Tal vez sea un yogui —me dije, dudando de si realmente respiraba o no — y esté practicando el *pranayama*». Comencé a hablar conmigo misma, mirando hacia todas las direcciones excepto hacia el hombre. Y de repente, ¡zas! Le golpeé en la rodilla derecha con todas mis fuerzas, pero el moribundo doctor no hizo el más mínimo gesto, por lo que comencé a considerar seriamente la posibilidad de que hubiera fallecido.

Dos minutos después, todavía sin la menor idea de cómo debía abordar aquel asunto, no se me ocurrió otra cosa de coger un rotulador del bolsillo de la bata blanca del doctor. Con él le golpeé suavemente en sus inertes párpados a la espera de que aquella macabra broma acabase de una vez. Como era de esperar, no hubo tal final.

Extraje la caperuza del marcador permanente, cuya punta de fieltro era curiosamente grande y, sin pensármelo dos veces, comencé a dibujarle al

psiquiatra un bigote con forma de cepillo, otorgándole un aspecto de lo más fascista. La combinación de mi sorprendente obra de arte con forma de mostacho, junto con el extraño rictus de su boca entreabierta, hacía que el doctor pareciera un código de barras sonriente.

¿Por qué lo hice?, os preguntaréis. Podría alegar en mi defensa que todavía estaba bajo los efectos del narcótico y que era la medicación —y no yo— la que actuaba en mi lugar. Pero si dijera eso estaría faltando a la verdad. Lo cierto es que de pequeña siempre había deseado hacer algo así. Lo intenté con mi hermana, con mi profesor de química e incluso con mi padre, mientras echaba la siesta. Pero ninguno de ellos había estado lo suficientemente ausente como para poder perpetrar mi travesura.

Incapaz de encontrar una salida para aquel entuerto, y todavía un poco mareada por el cóctel de pastillas que a buen seguro danzaba por mis venas, decidí tumbarme y echar una cabezada. El tiempo sería el encargado de solucionarlo todo, me dije de un modo poco convincente. Me tumbé de medio lado, fijando la vista en la irritante y blanca pared, dándole la espalda al muerto del bigote con forma de felpudo.

Debía llevar poco más de media hora dormida cuando un ligero carraspeo me obligó a salir de la fase Delta de un sueño profundo y reparador.

—Bien, Sofía, continuemos —oí a mi espalda.

El difunto había hablado, por lo que mi ritmo cardíaco, la respiración y la tensión se aceleraron de cero a cien en medio segundo.

Me incorporé espantada, pues nunca antes me había enfrentado a una situación similar. Aquel hombre había regresado de entre los muertos. ¿Qué debía hacer?, me pregunté aterrada. ¿Clavarle una estaca de madera en el corazón? ¿Quemarle el cuerpo? ¿Decapitarle? ¿Tal vez mostrarle un objeto sagrado como una Biblia o una cruz? ¿Llenarle la boca con ajos?

«No seas ridícula —me amonesté finalmente, cortando de golpe mis absurdas cavilaciones—, eso solo funciona con los vampiros».

—¿Por dónde íbamos? —preguntó el doctor con total naturalidad—. Creo que he perdido un poco el hilo de la conversación.

Mis ojos no daban crédito a lo que estaban viendo. Aquella era, con mucha diferencia, la escena más kafkiana a la que me había enfrentado durante, al menos, la última semana.

—¿Un poco, dice? Oiga, no me tome el pelo —protesté—. Lleva usted

casi una hora muerto y ahora se hace *el vivo* como si nada extraño hubiera ocurrido.

El hombre me miró contrariado y aliviado a la vez. Se levantó de su silla con la mirada perdida, acercándose hacia la ventana y observando a través de ella.

—No estaba muerto —me informó finalmente.

Tenía el rostro serio y compungido, pero a la vez había algo burlesco en él. Le miré de soslayo, tratando de recabar cuanta información me fuera posible.

—Pues lo parecía —repuse desconfiando de él y temiendo que todo aquello no fuera más que un malévolo experimento psiquiátrico.

—Soy el director de este centro —anunció con un repentino orgullo—. Mi nombre es José Carlos Santiago Salvador de los Santos Cabeza de Vaca.

Abrí los ojos como platos.

—¿Y no dispone de un apodo o de un nombre más corto con el que pueda dirigirme a usted sin acabar con mis reservas de saliva?

Se encogió de hombros, extrañado ante mi pregunta.

—Puede llamarme José o Carlos... O quizá Santiago. —Su mirada se perdió de nuevo a través del cristal de la ventada—. Tal vez le guste más Salvador.

—Le llamaré Salvador —le corté, temiendo que aquella absurda conversación se demorase más de lo necesario—. Oiga, ¿qué demonios le ha sucedido antes?

—No estaba muerto —repitió como si quisiera convencer de ello a toda la humanidad—, sino en estado de catalepsia.

Aquello era lo último que me quedaba por ver, pensé mientras una tímida sonrisa asomaba por mis labios. Un cataléptico era el director de aquel manicomio.

—¿Usted fue quien me inyectó veneno en el avión? —pregunté, conociendo la respuesta, con un tono especialmente descortés.

—No —respondió con contundencia—. Yo fui quien le salvó del calabozo. El piloto del avión había dado parte del grave incidente que se estaba produciendo, algo que a su buen juicio ponía en riesgo la vida de la tripulación y la de los pasajeros. Estaba usted... —Se tomó unos segundos para meditar sus palabras—. Digamos que estaba fuera de sus cabales.

—Estaba ejerciendo mis derechos —puntalicé, visiblemente enojada—. Veintitrés euros por una diminuta lata de coca-cola y un bocadillo de jamón

sin jamón es una estafa —insistí, obcecada—. Todo cuanto hice fue protestar cívicamente. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

Mantuvimos un escueto intercambio de impresiones sobre lo acaecido horas atrás en el avión y, para mi sorpresa, el doctor resultó ser un hombre de lo más comprensivo. Bajo su cuenta y riesgo había hecho un trato con la policía. Un trato que, al parecer, me era bastante favorable.

—Cuando el avión aterrizó en Barcelona, le estaban esperando dos agentes de la Guardia Civil para llevarle a comisaria a tomarle declaración.

—¿Quién les había llamado? —le interrumpí.

—El piloto del avión, por supuesto —contestó como si aquello fuera una auténtica obviedad, tal vez porque no hacía ni dos minutos que ya me lo había explicado—. Él simplemente cumplió con sus obligaciones —dijo antes de que yo pudiera protestar—. Dado que usted estaba inconsciente, fruto del sedante que yo mismo le acababa de inyectar, logré convencer a los agentes, en calidad de psiquiatra y de testigo, que no era necesario ni recomendable trasladarle a comisaria. Me comprometí a tratar personalmente el desorden emocional que parecía sufrir a cambio de que retiraran los cargos por desorden público.

—Gracias, supongo —balbuceé—, ¿cuánto tiempo tengo que permanecer aquí?

—Un mínimo de tres semanas.

—¿Qué? —grité a pleno pulmón—. ¿Tres semanas encerrada en este manicomio?

«Ni lo sueñe», quise decirle. Recordé de pronto que mi hermana contraía matrimonio en dos semanas, por lo que, fuera como fuera, yo debía salir de aquella prisión antes de su enlace. No quise malgastar saliva enredándome en una discusión con el doctor, así que dejé momentáneamente aparcado aquel asunto a la espera de un escenario más favorable.

—No es un manicomio —repuso ofendido—, sino un centro privado de salud mental. Y no está obligada a permanecer en él —apuntó, cruzando los brazos a la altura del pecho—. Claro que si decide irse antes de tres semanas, me veré en la obligación de reportar tal hecho a la Guardia Civil y ellos, como es de esperar, tomarán las medidas que crean oportunas. —Se sentó de nuevo y cruzo una pierna sobre la otra, mirándome con los ojos entrecerrados como si tratase de adivinar mis pensamientos—. He leído su historial psiquiátrico, Sofia.

«Estoy perdida» me dije llevándome la mano a la frente.

—Oiga, todo tiene una explicación —traté de justificarme—. Verá, cuando era pequeña sufrí un episodio terrible del que nadie me había hablado y...

—No creo que deba estar ingresada en un centro como este —me interrumpió.

Una vez asimilé sus palabras suspiré con gran alivio.

—¿Entonces qué hago aquí? —me escuché preguntar al cabo de unos segundos.

El doctor carraspeó, en apariencia incómodo ante mi pregunta.

—Ya se lo he explicado —tartamudeó, con sus ojos danzando de un lugar a otro de la habitación.

—Lo que usted me ha contado no es más que una sarta de mentiras —solté, envalentonada—. Dígame qué hago aquí o le juro que...

La puerta se abrió en aquel instante. Tras ella apareció una enfermera de no más de metro cuarenta de altura, entrada en carnes y con una risueña sonrisa tatuada en su mofletudo rostro.

—Traigo su medicación —anunció con un tono infantil.

Sujetaba una bandeja ovalada con baño de plata sobre la cual había un pequeño vaso desechable repleto de píldoras multicolores y otro de mayor tamaño lleno de agua. La bandeja se desplomó de sus manos en tanto le vio la cara al doctor.

—Se... Señor, ¿se encuentra usted bien? —preguntó la enfermera con la voz entumecida.

A decir verdad, la reacción de aquella mujer me sorprendió considerablemente. Le observé con los ojos bien abiertos, tratando de adivinar el origen de su desconcierto hasta que finalmente di con él: el bigote hitleriano del doctor.

—Estoy bien —contestó él con contundencia—. Gracias, Gladis. No se preocupe. Yo me encargo de todo —añadió, extendiendo el brazo derecho e inclinándolo ligeramente hacia arriba con la palma de la mano bocabajo, completamente abierta y apuntando al frente.

Aquel gesto, sin duda inocente y sin mayor trascendencia, hizo que la enfermera saliera de mi habitación en un abrir y cerrar de ojos.

Salvador —o el doctor Cabeza de Vaca, como finalmente acabaría por llamarle—, me ofreció dar un paseo por los jardines del centro, algo a lo que me presté entusiasmada tras hacerle prometer que no me obligarían a ingerir ninguno de los comprimidos esparcidos por el suelo.

Un jardín modernista con dos claros protagonistas, la piedra y la cerámica, fue el escenario de nuestro singular diálogo. Traté de retomar el hilo de nuestra última conversación, lo que sin duda incomodó al doctor. No fui capaz de sacar nada en claro, por lo que tras varios intentos infructuosos finalmente decidí posponer mis indagaciones.

Paseamos sin hablar durante unos minutos, cada uno cavilando sobre sus propias perturbaciones.

—¿No le supone un problema la catalepsia para poder desempeñar la dirección de un centro como este? —pregunté finalmente, rompiendo un silencio que comenzaba a ser considerablemente desagradable.

—Hacía muchos años que no tenía un ataque —explicó, entrelazando los dedos de sus manos por detrás de la espalda—, y le agradecería que este pequeño incidente sin importancia quedara entre nosotros.

—Descuide, así será —contesté con una media sonrisa, pensando en el modo de aprovecharme de aquel secreto.

A medida que caminábamos nos íbamos cruzando con pacientes que paseaban por los jardines. Algunos iban acompañados de cuidadores, mientras que otros deambulaban solos o en grupos. Hubo un elemento común en todos ellos, una peculiaridad que llamó mi atención. Parecían gente de clase muy alta. Se veía en sus manos, en su expresión facial, en sus gestos e incluso en las joyas que alguno lucía ostentadamente.

Los pacientes vestían su propia ropa, lo que al principio me supuso una gran confusión, pues los cuidadores no portaban vestimenta hospitalaria alguna. Sin embargo, al cabo de un rato, hallé el modo de distinguir a los unos de los otros. Los pacientes llevaban una pulsera amarilla de silicona con un número grabado en relieve. Fue entonces cuando me percaté de que yo también tenía una alrededor de mi muñeca derecha con un número asignado: el trece.

—Algunas civilizaciones como los mayas lo consideraban un número sagrado —comentó el doctor Cabeza de Vaca mirándome la pulsera.

—¿Cómo dice? —pregunté con desconcierto.

—El número trece —aclaró—. Está asociado a cambios, a una muerte simbólica, a un renacer. Podríamos asociarlo con el Arcano de la Muerte.

«Por Dios, otra vez no», supliqué con las lágrimas ansiosas por salir de mis ojos, mientras recordaba el periplo vivido durante las últimas semanas de

mi vida, después de que el Arcano XIII hubiera aparecido en la tirada de cartas de mi vecina la tarotista.

—Es un número *kármico* —continuó hablando, ignorando mi reciente preocupación—. A quien se le presenta deberá atravesar grandes obstáculos que seguramente acarrearán cambios en su vida.

Le miré perpleja, incapaz de advertir el atisbo de intencionalidad en aquella supuesta casualidad que el destino había dispuesto.

—Me interesa la numerología —se justificó el doctor, esquivando mi mirada.

—Hará poco más de un mes visité a una vidente —comenté, sin saber muy bien por qué—. Hubo una carta que vaticinó el infierno que viví tras aquel día. ¿Adivina cuál era?

Volvió la vista hacia mí y me miró con un gesto de sorpresa especialmente exagerado.

—¿El Arcano XIII, tal vez? —respondió con una mirada profunda, alimentando el misterio.

Continuamos paseando sin comentar nada más al respecto. Logré apartar la preocupación de mi mente cuando su lugar lo ocupó la curiosidad por saber qué tipo de paciente acudiría a un centro como aquel.

—Sé lo que está pensando. —El doctor Cabeza de Vaca interrumpió mis pensamientos—. Usted cree que este es un centro para gente adinerada.

Asentí a modo de respuesta mientras observaba el derroche ornamental a mi alrededor. Un par de cisnes blancos se cruzaron por el camino sin que el doctor reparara en su presencia. Parecían recién sacados de un cuento de hadas. Incluso su caminar, erguido y ciertamente bucólico, desprendía una onírica estampa de poesía a su paso. Su pico, de color amarillo anaranjado, se entreabrió al cruzar nuestras miradas, como si de algún modo pretendieran saludarnos. En un gesto de lo más absurdo, incliné la cabeza al tiempo que pronunciaba un tímido «hola». Los cisnes se dirigieron hacia una caseta de madera que estaba junto a un estanque de gran tamaño en cuyo epicentro crecía una isleta rodeada de plantas y coronada por una palmera.

Aquel emblemático lugar parecía ser un poema dedicado a la naturaleza, donde los versos se entrelazaban al ritmo de la sinfonía que el viento provocaba cuando se deslizaba entre las hojas de los árboles. Por las paredes que rodeaban la finca, de una altura superior a los tres metros, trepaban con gran entusiasmo unas buganvillas, con sus características ramas lechosas, provistas de grandes espinas y unas llamativas flores de color rosado

violáceo.

Unos maceteros de cerámica antigua y motivos florales de color verde, intercalados con unas sugerentes columnas con forma de árboles, parecían guiar nuestro quimérico paseo. El hierro forjado era, sin duda alguna, uno de los grandes protagonistas de aquellos singulares jardines. Había rejas por doquier, algunas ubicadas sin más propósito que el de la mera decoración. Las observé detenidamente, apreciando en ellas la misma obsesión por la naturaleza que había en el resto de aquel lugar.

Nos cruzamos de nuevo con más cisnes, pero a estos últimos no les latía ningún corazón, pues estaban elaborados con piedra tallada. Subimos unas escaleras flanqueadas por dos hermosas fuentes decoradas con azulejo cerámico de tantos colores como la mente pudiera imaginar. Los grifos de las fuentes, de hierro forjado, eran figuras mitológicas cuyos detalles apenas pude apreciar.

—¿Tomamos asiento? —preguntó el doctor Cabeza de Vaca señalando un gran banco ondulante con respaldo de mosaico sobre el que lucían extraños bosquejos de animales fabulosos tales como unicornios, centauros y un ser monstruoso con cuerpo de león, alas de murciélago y cara de hombre. Se percató de mi extrañeza al observar aquel inquietante y siniestro animal—. Es una mantícora —aclaró—, una criatura mitológica cuyo nombre significa *devorador de personas*. Un animal muy inteligente que empleaba su cola, con un aguijón similar al de un escorpión, para arrojar flechas envenenadas a sus víctimas.

Me quedé pensando sobre ello, mientras valoraba la posibilidad de cambiar de tema.

—La gente de este lugar no parece muy enferma —comenté al cabo de unos segundos.

—Se refiere a que no parecen locos, ¿no es cierto? —Asentí con la cabeza—. No lo están, Sofía. Simplemente están pasando por un mal momento en su vida y aquí les ofrecemos una estancia donde *recargar sus pilas*. Oficialmente, la Casa del Sol, como se llama nuestra humilde morada, no es más que un centro psiquiátrico. Pero la realidad es muy distinta. Nosotros sí tenemos voluntad de que la gente sane y para ello les guiamos entre sus tinieblas hacia un lugar donde el sol resplandece. Un paraíso sin sufrimiento, un edén sin cadenas que esclavicen sus almas, un nirvana de paz y divinidad.

El doctor dijo todo aquello con la cabeza erguida y la mirada perdida entre las nubes. Era más que evidente que me hallaba recluida en el cuartel

general de una secta, por lo que, sí o sí, debía salir de ahí lo antes posible.

—Debería leer el libro de nuestro maestro espiritual —continuó medio ausente, como si su cuerpo hubiera decidido volar hacia otra dirección—. La sanación del Sol.

—Ese maestro espiritual... ¿es su gran líder carismático? —le pregunté sin apenas pensar para después rematar mi metedura de pata—: Todas las sectas tienen uno.

—Esto no es una secta —repuso visiblemente enfadado. Inspiró profundamente, conteniendo su mal humor, y después me preguntó—: ¿Está casada, Sofía?

—No —contesté con acritud—. Hasta hace dos días estaba comprometida con el hombre más maravilloso del mundo —dije en un desliz de nostalgia y arrepentimiento.

—¿Y qué pasó?

—Nada grave. Un pequeño detalle sin importancia —añadí sarcásticamente—. Resulta que él ya estaba casado con otra mujer.

—Eso ha debido ser muy doloroso —indicó, bajando la mirada y posando sus ojos sobre los míos. Tomó mi mano y la apretó con delicadeza—. Y dígame, ¿qué tal le va en el trabajo?

—Yo... —titubeé—, actualmente no tengo trabajo.

—Siento oír eso —comentó, fingiendo una repentina aflicción—. Estoy seguro de que sus amigos le ayudarán a superar este pequeño bache sin importancia —añadió con una sonrisa ensayada.

—No tengo amigos —respondí con lágrimas en los ojos mientras me apenaba al comprobar lo triste que era mi vida.

No me di cuenta de lo que el doctor estaba haciendo. O tal vez sí me percaté de ello, pero no quise frenar aquella trampa malintencionada.

—Me temo que la situación por la que está pasando es más que un bache, querida —dijo asintiendo con la cabeza, como si quisiera reafirmar sus palabras—. No se preocupe, Sofía, lograremos salir de esto —añadió otorgándole a sus engatusadoras palabras una afinación armoniosa.

Nuestra conversación cesó en aquel instante, cuando el doctor Cabeza de Vaca creía haber alcanzado la cima de su discurso. Y en cierto modo así era. Reflexioné sobre sus palabras mientras contemplaba, todavía algo contrariada, todo cuanto sucedía a mi alrededor.

Aquel era un lugar muy extraño. Los pacientes no parecían estar enfermos. Por el contrario, los cuidadores tenían una anómala mirada, de pupilas dilatadas y expresión enloquecida. Un centro psiquiátrico ubicado en un enclave de ensueño, donde la naturaleza, y especialmente el sol, gozaban de todo el protagonismo. Un director cataléptico, que parecía ocultar su enfermedad con un discurso tan engatusador como sectario. Ahí había gato encerrado, pensé.

—Le hablaré sin rodeos, Sofía. —El doctor volvió a la carga después de varios minutos de mutismo—. Este es un centro privado y aquí la vida se vive de otro modo. Nuestra labor es ayudar a que las personas encuentren el sentido a su vida. Los pacientes que están aquí internados no se encuentran a gusto con su situación actual, ya sea con su pareja, con su trabajo, con sus amigos... —Maquinó sus siguientes palabras durante un breve instante—. En resumidas cuentas, son gente como usted. En la Casa del Sol pueden mejorar su calidad de vida, les enseñamos a realizarse como personas.

El doctor continuó hablando como si leyera un folleto publicitario, más propio de una secta que de un centro psiquiátrico. Dejé que se explayara libremente mientras yo vagaba entre mis pensamientos.

—¿Cuánto cuesta la estancia en este lugar *tan especial*? —pregunté de pronto, añadiendo un tono satírico a mis últimas palabras.

—El dinero no lo es todo en la vida —contestó, evasivo.

—¿Cuánto cuesta? —insistí mientras me preguntaba cómo diablos lograría quitarse aquel ridículo bigote que le había dibujado con tinta permanente.

—Seis mil euros a la semana. Pero tiene que saber que...

—¿Seis mil euros a la semana? —vociferé atropelladamente al tiempo que abría los ojos y me llevaba las manos a la cabeza—. Yo no puedo pagar dieciocho mil euros —le anuncié fulminándole con la mirada.

—Su estancia corre de mi cuenta y, por favor, no alce la voz. Este es un lugar de retiro espiritual.

«Menudo timador», me dije con una mezcla de recelo y alivio. Continuó hablando, vendiendo las mil y una maravillas del centro, y yo retomé el sendero de la divagación. Escuché dentro de mi cabeza decenas de voces que me advertían del peligro. Sin embargo, no les presté la menor atención, pues hubo otra voz mucho más seductora que solo me habló de la gran aventura que estaba a punto de vivir.

—¿Y qué hago yo aquí durante tres semanas? —solté de repente,

formulándome a mí misma aquella pregunta.

—Le gustan los misterios, ¿verdad?

—Así es —contesté dubitativa y mirándole de soslayo, dando con ello mi anuencia a cuanto estaba a punto de acaecer.

El director se recostó sobre el banco de piedra, cruzó una pierna sobre la otra con un ligero gemido de dolor lumbar y se decidió a hablar.

—Verá —comenzó a decir en voz baja—, hace poco más de una semana llegó a la Casa del Sol un paciente cuya presencia me tiene intrigado. Según consta en la orden de ingreso se trata de un internamiento voluntario, pero me da a mí en la nariz que no fue así.

—¿Por qué lo cree? —pregunté, atrapada por la intriga.

—Se ha negado sistemáticamente a recibir cualquier tipo de tratamiento y apenas ha cruzado palabra con nadie.

—¿Y por qué no le obliga a que siga sus terapias? —pregunté, encogiéndome de hombros—. Usted es el jefe. La verdad, no veo dónde está el problema —añadí, perdiendo el interés.

—Lo cierto es que ya no soy el jefe —dijo, compungido.

—¿Y quién lo es entonces?

—El banco.

—¿El banco?

—No es algo de lo que me apetezca hablar. —Carraspeó, incómodo, y dirigió la mirada hacia una nube color gris oscuro que parecía predecir la tormenta que estaba a punto de llegar—. Mi padre dirigió este centro durante más de tres décadas y jamás tuvo el menor problema financiero. Cuando yo lo heredé, hará unos siete años, no tenía ni idea de cómo manejar un lugar como este, de modo que traté de venderlo. —Inspiró profundamente y dejó salir el aire de sus pulmones con suma lentitud—. Pero no hubo ningún comprador interesado, así que no me quedó más remedio que continuar con un negocio que apenas conocía.

—Deduzco que no le fue bien.

Asintió.

—Estuve a punto de quebrar hasta en tres ocasiones. Con la crisis, los ingresos comenzaron a disminuir drásticamente mientras que el número de impagos se acrecentaba vertiginosamente.

—¿Quién le rescató de la quiebra?

—El banco. No tuve más elección —se justificó, sin apenas convicción—, el centro hubiera acabado cerrado de no haber firmado con ellos.

—¿Y cuál es el problema? —pregunté, confusa.

Soltó una pequeña risa sarcástica y su mirada se perdió de nuevo entre las nubes.

—El problema, querida, es que he hecho un pacto con el diablo.

El silencio se adueñó de un ambiente casi tan enrarecido como el repentino ennegrecimiento del cielo. Permanecimos enmudecidos durante al menos cinco minutos hasta que por fin le di voz a mis pensamientos.

—No lo entiendo, doctor, ¿qué tiene de malo que el banco le haya prestado dinero para evitar la quiebra del centro? —pregunté, a sabiendas de lo poco conveniente que era indagar más sobre aquel asunto.

—Ellos son ahora los verdaderos dueños de la Casa del Sol —contestó con ambigüedad—. ¿Ve aquella edificación de ahí? —preguntó, señalando una pequeña construcción de dos plantas. Asentí—. Lo está empleando el banco.

—No me parece nada anormal. Al fin y al cabo, ahora son los propietarios del centro —comenté, haciendo de abogado del diablo.

—Hará unas dos semanas reunieron ahí a más de trescientas personas. No me permitieron acceder al recinto —comentó, con el orgullo herido—. Intuyo que no hicieron nada bueno ahí dentro.

—¿Y en qué se basa su corazonada? —solté con un claro tono de incredulidad.

—Esas personas parecían gente normal cuando entraron —contestó—. Sin embargo, tras más de seis horas de reunión, salieron del recinto como si hubieran sido abducidos.

—Lo cual no parece tan extraño si piensa en el tiempo transcurrido, ¿no cree? Simplemente estarían agotados tras un día entero de reunión.

—No lo entiende —dijo, visiblemente ofendido—. Y es normal. Usted no les vio las caras.

Le miré contrariada.

—Y dígame, ¿qué tiene que ver el misterioso hombre del que me ha hablado con todo esto?

—Ese hombre estaba aquí aquel día. Él era uno de los organizadores del evento. —Suspiró, clavando la mirada en el suelo—. Puede que no me crea, pero sé que hay algo raro en todo esto —añadió con un gesto de pena.

La explosiva combinación de compasión y curiosidad me obligó a permanecer al lado de aquel hombre en cuya mirada podía leerse la palabra *peligro*.

—Pagó seis meses de estancia —prosiguió—. Al contado.

Hice un rápido cálculo mental. «Seis mil euros a la semana. Unos veinticuatro mil euros al mes...».

—¡Ha pagado ciento cuarenta y cuatro mil euros!

—Ciento cuarenta mil —aclaró alzando la barbilla con un gesto curiosamente ridículo—. Hacemos un descuento si la estancia se paga por adelantado.

—Qué generosos —ironicé. Me tomé unos segundos antes de continuar hablando—. Oiga, doctor, sin ánimo de ser impertinente, ¿por qué me está contando todo esto?

—Se hace llamar Marqués de la Rosa —me informó, ignorando mi pregunta.

—¿Quién? —pregunté, agotada.

—El hombre del que le hablo. Cuando estuvo aquí organizando la reunión, ese tipo parecía ser alguien importante, ¿comprende? Algo extraño debió suceder en ese edificio, pues unos días después lo ingresaron en el centro como si fuera un apestado. Todas las tardes le visitan los mismos hombres que le acompañaron el día de su ingreso.

—Serán familiares suyos o quizá amigos.

—No son esa clase de visitas —dijo tras aclararse la garganta—. Conforme avanzan los días su aspecto ha empeorado notablemente y además está lo de su mano...

—¿Qué le pasa a su mano? —pregunté sin ocultar mi escepticismo.

—Cuando vi a ese hombre por primera vez tenía todos los dedos de la mano. —Me volví hacia él, perpleja y sin comprender a dónde quería ir a parar—. Esta mañana me crucé con él mientras daba un paseo por los jardines. Le faltan los dedos meñique y anular de la mano derecha —susurró como si me estuviera revelando un oscuro secreto—. Yo creo que se los han amputado —añadió, fingiendo una preocupación poco creíble.

—¿Por qué no llama a la policía? —pregunté con desconfianza.

—¿Y qué les cuento? —exclamó, angustiado—. Dígame, Sofía, ¿qué demonios le explico a la policía? Tiene que ayudarme a averiguar lo que está pasando —me exigió con vehemencia.

—¿Que tengo que qué? —exclamé—. Yo no tengo que hacer nada, ¿me oye? —Traté de calmarme dirigiendo la mirada hacia un cielo cada vez más oscuro—. ¿Es por eso que estoy aquí? ¿Acaso me ha secuestrado para averiguar quién es ese tal Marqués de la Rosa? —pregunté, accediendo a que

la confusión hablara por mí.

—Usted está aquí porque yo quise ayudarle —repuso ofendido—. De no haber sido por mí ahora mismo podría estar usted en la cárcel. Soy su salvador.

Le miré de reojo, conteniendo el impulso de mandarle a paseo. El doctor debía rondar los sesenta y cinco años, pero a decir verdad no los aparentaba. Tenía una frondosa cabellera de un color más bien artificial. Sus ojos, pequeños pero vivarachos, parecían suplicar una nueva vida, como si la que llevaba no fuera lo suficientemente motivadora.

—¿Qué es lo que quiere que haga? —le pregunté finalmente mientras creía escuchar el sombrío y solemne ritmo de una marcha lúgubre.

—Quiero que averigüe quién es ese hombre, qué hace aquí y porqué le han mutilado los dedos.

Me crucé de brazos, molesta. ¿Acaso tenía un imán para el infortunio?

—¿Y por qué no se lo pregunta usted mismo?

—Sospecharía de mí —repuso.

—¿Y qué le hace pensar que a mí me contaría todo eso?

—Usted es una paciente más y por su aspecto es obvio que no supone una amenaza —respondió, mirándome de arriba abajo.

Me tomé sus palabras como una grave ofensa. Entorné los ojos y le lancé una mirada cargada de rencor, pero él ni se inmutó.

—Gánese su confianza —prosiguió—, hágase su amiga y oblíguele a que se sincere con usted. Deberá ser de día, pues de noche los hombres duermen en un pabellón separado al de las mujeres. Hay que evitar las tentaciones, ¿comprende? —añadió con un guiño—. Estoy plenamente convencido de que sucede algo siniestro con ese hombre y quiero saber qué es. Si logra averiguarlo, tiene mi palabra de que saldrá de aquí en dos semanas.

Y exactamente así fue como el doctor Cabeza de Vaca me lanzó a los lobos.

Capítulo 3

Mis nuevas amistades y la fuga de la prisión

Decidí comenzar la misión al día siguiente, pues todavía sentía los efectos del ruinoso combinado de píldoras que debían haberme suministrado. Tras mucho insistir, el doctor Cabeza de Vaca me prometió que no me obligarían a ingerir ni una sola pastilla más durante mi estancia en aquel manicomio, lo que me proporcionó un gran alivio.

Aquella nueva mañana desperté descansada y casi hasta feliz. La dicha duró medio minuto escaso, el tiempo que precisé en darme cuenta de donde estaba. Echaba mucho de menos a mi hermana y especialmente a James. La lejanía que nos separaba me dolía demasiado como para obviarla, lo que claramente presagiaba una inminente indulgencia. Fui consciente de lo mucho que le quería en el instante en el que sus incomprensibles ojos verdes se instalaron en mi cabeza. Una vez mi glándula del orgullo —gravemente lastimada— se desinflamó, supe que ya le había absuelto de su gran pecado. Todavía continuaba enfadada con él por no haberme confesado que estaba casado con Mónica, su ex novia, pero lo cierto era que el dolor de su ausencia me hacía comprender que sería capaz de perdonarle casi cualquier cosa.

Me levanté de la cama habiendo descansado placenteramente. Sin embargo, mi cerebro necesitó más de diez minutos para despertar y comenzar a funcionar con normalidad. Me encaminé hacia el lavabo bostezando. Entrelacé los dedos de las manos y levanté los brazos por encima de la cabeza al tiempo que mi columna vertebral se alargaba, aliviando la tensión acumulada. Una ducha de agua fría estimuló mis neuronas y me proporcionó una repentina sensación de bienestar mientras la desazón se escurría por el desagüe.

Estábamos a tres escasos días de dar la bienvenida al mes de junio. Sin embargo, el tiempo pre-estival parecía resistirse a hacer acto de presencia, mostrándose tan errante como esquivo e indeciso. En tanto puse un pie en los jardines, un afable y aparentemente narcotizado enfermero se acercó hacia mí.

—El desayuno está en aquella dirección —anunció con una sonrisa forzada, apuntando hacia un edificio de color blanco de donde parecía surgir un ligero alboroto.

Le di las gracias y seguí sus indicaciones, tratando de hacerme a la idea

de que estaba en un centro psiquiátrico y no en un hotel de cinco estrellas. Un rebaño de cinco burros enanos se cruzó por mi camino, haciendo que me debatiera entre regresar a la cama o tratar de escapar de aquella casa de locos. No llegaban al metro de altura, lo cual resultaba bastante cómico. Eran de color marrón chocolate, con enormes ojos negros y un gracioso hocico blanquecino. Un sexto burro les seguía, bastante apartado del resto, con la mirada entristecida.

El doctor Cabeza de Vaca se aproximó a mí en el momento en el que entré en el edificio del desayuno.

—Ahí está el Marqués de la Rosa —me susurró al oído y, sin andarse con muchas contemplaciones, me ordenó—: Vaya usted a hablar con él.

Volví la vista hacia él, molesta por unas prisas que desde luego no iban conmigo. ¿Qué demonios se había creído aquel hombre?, me pregunté mientras me imaginaba una enorme y humeante taza de café.

—Deme un par de minutos —le pedí sin ocultar mi irascibilidad matutina. Mi obra de arte bigotuda había desaparecido de su rostro como por arte de magia, lo cual me sorprendió bastante—. Necesito tomarme un café antes de comenzar la misión.

—¿Café? —preguntó en voz baja y acusatoria, como si estuviéramos hablando de alguna sustancia ilegal—. En la Casa del Sol no tomamos café, sino té —me anunció con cierta soberbia.

«Váyase usted al infierno», me imaginé diciéndole a aquel estúpido cretino cuyo rostro cada vez se asemejaba más al de un pez sapo. Con un engreído y brusco movimiento de cabeza, le di la espalda al tiempo que me acercaba hacia el Marqués de la Rosa, sentado en una solitaria mesa al otro lado del comedor.

El misterioso hombre de los dedos amputados debía tener unos setenta y pocos años. De aspecto considerablemente cansado, no tanto física sino mentalmente, el supuesto marqués mantenía una media sonrisa bondadosa. Su abundante y alborotada cabellera plateada parecía imitar el oleaje de un mar embravecido. Sus ojos color canela se clavaron sobre los míos a medida que avanzaba hacia él.

Sin saber muy bien cómo abordarle me acerqué con paso decisivo. Una vez estuve a escaso metro y medio quise preguntarle si podía tomar asiento junto a él. Sin embargo, él se adelantó a mis buenos modales, sorprendiéndome con una inesperada pregunta.

—Es usted la del bigote, ¿no es cierto?

En un gesto de lo más involuntario, a la par que absurdo, me llevé la mano derecha hacia mi labio superior, temiendo palpar una repentina mata de pelo. El hombre alzó una ceja de manera escandalosamente exagerada mientras parecía atusarse una barba imaginaria.

—Me refiero al bigote que le dibujaron al director —aclaró al ver como el desconcierto no desaparecía de mi rostro. Asentí con la cabeza, observándole con una mirada ceñuda al tiempo que me preguntaba cómo demonios se habría enterado él de eso—. Tome asiento, por favor —me pidió extendiendo la mano.

—Mi nombre es Sofía —anuncié con una ridícula solemnidad.

Asintió despreocupadamente, sonriendo con cierta amargura.

—¿Es usted pelirroja natural? —preguntó, asestándome una nueva embestida de confusión.

—Sí —balbuceé mientras me sentaba en un banco de madera pintado de color blanco.

—Tiene usted una melena preciosa —comentó con una sonrisa de oreja a oreja. Me observó detenidamente, ladeando la cabeza con una inclinación tan excedida como poco saludable. Instintivamente imité su gesto, algo que, visto desde una distancia considerable, debía resultar de lo más extraño—. Y quisiera añadir que las pecas que tiene en los mofletes son de lo más sandungueras.

Loco de remate. Ese hubiera sido mi precipitado diagnóstico tras dos minutos de charla absurda con aquel tipo al que bauticé como *el marqués*. ¿Qué demonios podía contestar yo a aquel comentario? La singularidad de aquel hombre junto a la falta de café hicieron mella en mí, imposibilitándome el poder articular ni una sola palabra.

—¿Por qué no se viene conmigo a tomar un café? —preguntó.

Sin el menor de los atinos, me incorporé tal y como había tomado asiento, con la boca entreabierta y sin dar crédito al surrealismo que rodeaba aquella conversación. Emulando al flautista de Hamelín, el marqués se levantó con decisión, tarareando una extraña e hipnótica canción que, a falta de una flauta, le valió como hechizo para dominar la marcha de mis pies.

Le seguí sin tener la menor idea de a dónde me dirigía. Salimos de a los jardines con el silencio como tercer acompañante. Un sol débil brillaba sobre el agua de los estanques mientras el frío parecía resistirse a abandonar los últimos días de un mayo particularmente gélido.

—¿A dónde vamos? —le pregunté, sintiéndome como un vagabundo que

camina sin rumbo.

—A mi habitación. Ahí podrá disfrutar de un buen desayuno. Es evidente que necesita un par de tazas de café —comentó, esbozando una sonrisa sincera.

Cinco minutos después estaba sentada sobre el asiento acolchado de una cómoda butaca de madera con cierto aire nórdico. El marqués me sirvió una gran taza de café acompañada de bollería variada, que rechacé educadamente a la vez que me preguntaba de dónde demonios habría sacado semejante manjar en un lugar como aquel.

—Poderoso caballero es don Dinero —comentó con un guiño mientras se frotaba los dedos índice y pulgar de su mano izquierda.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —pregunté sin la menor locuacidad tras un par de sorbos de café.

—¡Diantres! —exclamó con una sonora carcajada—. Debe estar subiéndose por las paredes, ¿no es cierto?

—¿Quién?

—Cabeza de Vaca, ¿quién sino? Menudo gañán está hecho. No parará hasta que averigüe qué hago aquí. Los ciento cuarenta y cuatro mil euros que le han pagado por mi estancia no deben ser suficientes —comentó con una mueca de desagrado.

—Ciento cuarenta mil —le corregí mientras me aventuraba a probar un cruasán que parecía tentarme con su sugerente aroma a vainilla—. Le hizo un descuento al pagar por adelantado.

—Ya veo que está al corriente de todo.

Tragué saliva y, haciendo alarde de una magistral interpretación, le dije:

—El doctor está muy preocupado por usted.

Soltó una risotada sarcástica a modo de respuesta.

—No sea ingenua —dijo, hiriendo mis sentimientos—. Ese chismoso no es más que un gallofero al servicio del banco.

«¿Gallofero? Pero, ¿en qué idioma habla este hombre?», me pregunté.

El marqués ladeó la cabeza y me miró fijamente a los ojos, como si tratara de adentrarse en el caótico universo de mis pensamientos. Y así lo hizo.

—Apuesto a que sigue teniendo pesadillas por las noches, ¿me equivoco? —preguntó con un susurro de voz.

Puso su mano sobre mi hombro. Un sentimiento desgarrador ascendió por mi garganta hasta posarse en mis labios, suplicando un auxilio que no llegué a pedir. «Cálmate, Sofía», me pidió una voz interior.

—Desaparecerán. Deles tiempo —murmuró, palmeándome la rodilla con delicadeza.

Sus palabras me dejaron sin habla. Apreté los párpados con fuerza, como si quisiera alejarme de una realidad hostil, y volví a abrirlos al cabo de un minuto.

—La compañía es grata, pero me temo que no tengo tiempo para estos juegos —soltó de pronto, invitándome a abandonar su habitación—. Si el doctor Cabeza de Vaca quiere averiguar algo que venga y me lo pregunte él mismo.

—Él solo quiere ayudarle —me apresuré a decir—. Le preocupa su seguridad —añadí, maquillando la verdad.

—*Philosophum non facit barba* —dijo en voz baja.

Le observé detenidamente.

—La barba no hace al filósofo —traduje en voz alta. Me miró extrañado y gratamente sorprendido—. Oiga, es posible que el doctor no sea más que un cretino que solo busca satisfacer su propia curiosidad, pero creo que está en lo cierto cuando afirma que usted corre peligro.

Soltó una risa mordaz.

—¿Y quién me libraré de ese peligro? ¿Usted?

—Tal vez —contesté, alzando la barbilla con una repentina arrogancia.

—No me haga reír, querida. Estoy en un aprieto, es verdad —reconoció—, pero saldré de él sin la ayuda de un doctor desidiioso y entrometido ni la de una pecosita con complejo de heroína.

Un tono rojizo tiñó mis mejillas a consecuencia de la rabia. Sonreí, disimulando mi turbación y, amarrando el orgullo, comenté:

—Solo quería ofrecerle mi apoyo.

—El infierno está empedrado de buenas intenciones —comentó, preso de la más absurda cabezonería—. De nada sirven los buenos propósitos si no se acompañan de buenas obras.

Me crucé de brazos, incapaz de dar crédito a cuanto escuchaban mis oídos.

—De desagradecidos está el infierno lleno —repliqué, echando mano del refranero popular.

Recogí los añicos de mi maltrecho orgullo y me dispuse a salir de ahí.

¿Quién demonios se había creído aquel tipo?

Me incorporé con un movimiento excesivamente brusco mientras mi mano rebuscaba un bombón en el bolsillo izquierdo de mi pantalón.

—Aguarde un instante —me pidió en tanto agarré el pomo de la puerta—. Se le ha caído algo.

Me di la vuelta de forma precipitada. Su mano izquierda sostenía la fotografía de James. Traté de cogerla, pero él me lo impidió. Y entonces sucedió algo de lo más intrigante. La altanería y testarudez de su rostro desaparecieron casi al instante, dando paso al destellante reflejo de la esperanza.

—Hemos empezado con mal pie, Sofía —comentó con un tono conciliador—, pero eso tiene fácil arreglo. Ahora, si me disculpa, tengo algo muy importante que hacer. Nos veremos de nuevo a la hora de comer.

Salí de su habitación presa de la confusión. Mi atolondrado cerebro no alcanzaba a comprender qué demonios acababa de suceder. Caminé sin rumbo fijo por los jardines del centro mientras trataba de encajar las piezas de un rocambolesco puzle.

Alrededor de la una y media me encaminé hacia el comedor. Tomé asiento en una solitaria mesa, sosteniendo una bandeja repleta de comida. Mi mirada se perdió entre el alboroto de los pacientes y mis pensamientos se fundieron con el universo, alejándose cada vez más de aquella bulliciosa estancia.

—¿Puedo hacerle compañía? —me preguntó el marqués, arrastrándome de nuevo a la realidad.

Asentí con un gesto desconfiado. Se sentó a mi lado y depositó su bandeja sobre la mesa.

—Creo que puedo confiar en usted —comentó, mirándome con sus acanelados ojos. Y de pronto, como quien no quiere la cosa, comenzó a comer con total naturalidad—. Ha de probar esta ensalada, está realmente exquisita.

Aquello no tenía ningún sentido.

—¿De qué va todo esto? —pregunté con hostilidad—. Antes casi me echa de su habitación y ahora se muestra de lo más amable conmigo.

—Me equivoqué con usted —se disculpó—. Pensaba que era uno de ellos.

No le creí. O, más bien, no le comprendí. Nuestras miradas se enfrentaron en un duelo tan majestuoso como impredecible. Durante un agónico instante, temí que pudiera llegar a leer mis pensamientos, de modo que aparté la vista asumiendo mi derrota.

—La fotografía le hizo cambiar de parecer —apunté—. ¿Acaso conoce usted a James? —pregunté, consciente de lo ridículo que era lo que planteaba.

Dudó un instante antes de contestar.

—En absoluto —respondió—. Es solo que...

—¿Qué?

Permaneció en silencio durante unos segundos.

—Me recordó a mi hijo —comentó, apenado—. Debe tener su misma edad y lo cierto es que guardan cierto parecido.

Le creí sin prestar atención a la voz de la advertencia, que susurraba mientras hacía sonar una alarma interior.

—Le explicaré por qué estoy aquí —prosiguió, cambiando de tercio—, pero ha de prometerme que todo cuanto le cuente quedará entre nosotros.

—Se lo prometo.

Y así fue como sellamos nuestro acuerdo. Un pacto solemne en el que solo una de las dos partes fue completamente sincera.

Ninguno de los dos tenía mucho apetito, por lo que decidimos dar un paseo por los jardines. Mientras caminábamos le miraba de soslayo, incapaz de disimular la ansiedad por descubrir el gran misterio que parecía envolver a aquel hombre.

—Necesito unos días para conocerle un poco más —comentó de pronto, esquivando a un cisne atolondrado que en el aquel momento cruzaba por nuestro camino.

—Tómese el tiempo que considere necesario —contesté sin mostrar mi desesperación—, pero ¿qué le digo al doctor? Me prometió que me permitiría salir en dos semanas si lograba averiguar qué hacía usted en la Casa del Sol. —Me giré hacia él y con los ojos llorosos no dudé en suplicar—. Es la boda de mi hermana. Necesito salir de aquí para entonces.

—Tiene usted mi palabra de que acudirá a esa boda —anunció con seguridad.

Durante los dos días siguientes acabé por conocer a un hombre entrañable a la par que interesante. Para mi fortuna, las horas parecieron avanzar a una velocidad mayor a la que inicialmente me temí, por lo que mi estancia en la

Casa del Sol transcurrió, al menos inicialmente, de un modo sosegado pero placentero. La suerte me acompañó durante aquellas dos jornadas en las que el doctor Cabeza de Vaca no me molestó ni una sola vez.

Fue durante el tercer día cuando mi nuevo amigo decidió sincerarse conmigo.

—Marqués de la Rosa es un seudónimo —comenzó a decir mientras paseábamos bajo un resplandeciente sol—. Mi verdadero nombre es Juan Valdez.

—¿Se llama como...? —le interrumpí con un risilla infantil.

—Sí —atajó alzando la mano al frente—. Me llamo como el famoso cafetero colombiano.

Bajé la cabeza, ligeramente avergonzada por mi absurda intervención.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté tras carraspear un par de veces.

—Me han internado por no seguir las reglas.

—Pensaba que había ingresado voluntariamente —dije, pensativa—. ¿Y quién le ha...?

—Eche el freno, Sofía —comentó con una media sonrisa.

—Lo siento —me disculpé—. Dijo que tenía un hijo, ¿cómo es que no le pide ayuda a él?

Su gesto se descompuso.

—No mantenemos ninguna relación —contestó afligido.

—Disculpe, no he debido...

—No podía saberlo —me cortó, liberándome de cualquier remordimiento, y prosiguió—. Me culpa de la muerte de su madre.

Dejé escapar un lamento involuntario.

—Dijo que se parecía a James —comenté con una sonrisa nerviosa, tratando de cambiar de tema. Me miró asombrado, por lo que añadí—: El hombre de la fotografía que se me cayó del bolsillo del pantalón, ¿recuerda?

—Así es —afirmó, incómodo. Guardó silencio durante unos segundos—. Cuando él no era más que un niño, solíamos pasar horas jugando al ajedrez —recordó, melancólico.

Contuve el aliento, apenada por su aflicción.

—¿A qué se dedica su hijo?

—Hace más de veinte años que no sé nada de él.

Quise consolarle con un gran abrazo, pero una mezcla de prudencia y desconfianza me lo impidió.

—Conocí al dueño de este lugar —comentó, cambiando de tercio—.

Durante muchos años la Casa del Sol fue dirigida por un gran hombre. Un respetable, distinguido y discreto caballero. El padre del doctor Cabeza de Vaca. Lamentablemente, su hijo no parece haber heredado su discreción ni su buen hacer —dijo, negando con la cabeza mientras soltaba un largo suspiro—, no es más que un badulaque y un estafermo.

—No estoy segura de comprender lo que significan esos calificativos —comenté, ladeando la cabeza y estrechando las cejas.

—La Casa del Sol fue durante muchos años un gran referente para la alta burguesía catalana que ansiaba huir del vacío espiritual del que solía adolecer —prosiguió—. Acostumbraban a acudir al centro en busca de un guía espiritual, alguien que les indicara cómo enfrentarse a un mundo materialista y carente de autenticidad.

—¿Y aquí encontraban ese guía? —pregunté con curiosidad.

—Aquí se encontraban a sí mismos.

Se miró el reloj y apretó los labios. Me propuso tomar un café en su habitación y yo acepté encantada.

Me senté sobre su cama mientras el marqués introducía una minúscula y colorida cápsula en una máquina de café exprés. Aquella monodosis de cafeína se convirtió en un brebaje de lo más exquisito.

—¿De dónde ha sacado la máquina de café?

—Me la trajeron unos *conocidos* —respondió irónico.

—¿Los mismos que le mutilaron la mano? —se me escapó.

El marqués rompió a reír.

—Seguro que eso es una ocurrencia del descerebrado del director, ¿me equivoco? —Asentí, extrañada. Levantó la mano derecha, cuyos dedos supuestamente habían sido amputados—. Fue un accidente que ocurrió hace muchos años. Me pillé los dedos con una puerta metálica. —La sangre huyó despavorida de mis mejillas al imaginarme aquel trágico suceso—. Tranquila, no ahondaré en los detalles —añadió, riendo ante mi repentina palidez.

Al cabo de unos minutos salimos a pasear de nuevo.

—¿Es usted marqués de verdad? —pregunté tras unos segundos de silencio.

—No en el sentido estricto de la palabra —contestó con ambigüedad mientras la presencia del rebaño de burros enanos, que en aquel momento paseaban por los jardines, parecía distraerle de la conversación.

—No es un título nobiliario, ¿es eso a lo que se refiere?

—Eso es. Por cierto, creo que ha llegado el momento de tutearnos —

Inspiró con profundidad y, en un instante en que pareció alcanzar un cierto desahogo, finalmente anunció—: Pertenezco a la Orden del Denario.

—¿La Orden del Denario? —repetí como si sus palabras tuvieran eco.

Levantó los ojos al cielo, donde parecía buscar la inspiración para afrontar aquella conversación.

—Cuando se fundó, hace más de cincuenta años, era una asociación secreta de expertos financieros que no tenía más pretensión que la de compartir experiencias y conocimientos del sector. Con el paso del tiempo, y a pesar de la discreción de sus integrantes, la orden comenzó a cobrar relevancia entre los banqueros más importantes del país, quienes hicieron lo imposible por formar parte de ella. Fernando Aragón, su fundador, siempre se mostró reacio a aumentar masivamente el número de miembros, aunque ello implicara el renunciar a las descomunales sumas de dinero que los banqueros ofrecían por pertenecer a la orden. Sin embargo, cuando Fernando murió todo cambió.

—¿A qué se refiere?

—Tutéame, por favor —me pidió de nuevo—. Su hijo tomó el mando de la orden y aceptó nuevos miembros.

—¿A cambio de dinero?

—Así es —respondió consternado—. Entraron a formar parte de la orden personas muy adineradas pero a la vez muy alejadas de los valores que Fernando siempre trató de inculcar. Poco a poco la orden se transformó en un grupo de presión al servicio de un único amo: el dinero.

—¿Y usted..., quiero decir, tú —me corregí—, eres un miembro de esa orden?

—Ingresé hace cuarenta años. Por aquel tiempo todo era muy distinto, Sofía. —Sonrió con amargura—. Han cambiado muchas cosas desde entonces.

—Creo que es la primera vez que oigo hablar de la Orden del Denario.

Resolló un hondo suspiro a camino entre la resignación y la vergüenza.

—Actualmente se la conoce como *la secta de los banqueros* —comentó, permitiendo que en su rostro aflorara una repentina timidez—. Se ha convertido en una organización dogmática y dictatorial de intereses oscuros. Una hermandad perversa y opaca de la que ni siquiera se conoce la identidad de su dirigente.

—¿No había tomado el mando el hijo de ese tal Fernando Aragón?

—Así fue, querida, pero su codicia y, por qué no decirlo, su infinita

estupidez le costaron su expulsión de la orden. Dilapidó su fortuna en el juego y los mismos que antaño le suplicaban un sillón en la orden, acabaron por darle la espalda en tanto advirtieron su hecatombe.

—¿Le conocías?

—En efecto —afirmó—. Mi padre y el suyo eran grandes amigos.

—¿Tu padre era amigo de Fernando Aragón?

—Eso es —confirmó con un gesto extrañamente contrariado—. Como te comentaba, la orden ha cambiado mucho en los últimos tiempos. La primera transformación la llevó a cabo el hijo de Fernando, que no hizo sino entregar la asociación a las garras de la ambición. Pero el gran cambio vino con su sucesor.

—¿Quién es? —pregunté, inquieta.

—Lo desconozco —respondió, escueto, y sin querer profundizar más sobre ello.

—¿Quién forma parte de la orden actualmente?

—Banqueros adinerados. Muy adinerados —apuntó—. Entrar a formar parte de la Orden del Denario exige un pago inicial de trescientos mil euros y una cuota anual de cuarenta mil.

Abrí los ojos, incapaz de procesar aquella información.

—¿Todos los miembros tienen los mismos deberes y obligaciones? —pregunté en tanto recuperé el habla.

Negó con la cabeza.

—La orden tiene una estructura jerárquica especialmente rígida —comentó con la mirada perdida—. Cada grado del escalafón se equipara con un título de la nobleza.

El marqués continuó hablando mientras yo comenzaba a alejarme de aquella confesión que se aventuraba de lo más azarosa. Poco a poco comencé a añorar aquellas tardes dominicales en las que el peso del aburrimiento me abatía con todas sus fuerzas, cuando no tenía otra cosa que hacer que estirarme en el sofá con mi manta preferida y devorar libros mientras me imaginaba a mí misma acariciando a un gato que solo parecía existir en mi imaginación.

—Actualmente es imprescindible cumplir con tres requisitos para ingresar en la Orden del Denario —prosiguió—. En primer lugar, es indispensable ser banquero y, como ya habrás adivinado, disponer de una gran fortuna.

—Comprendo —comenté con un nudo en el estómago.

—Así mismo, es condición *sine qua non* que tres miembros con una veteranía no inferior a trece años recomienden tu afiliación.

—¿Y la tercera? —pregunté con curiosidad.

—Es preciso disponer de una maestría de interés. O, al menos, eso dicen los estatutos.

—¿Una maestría de interés? —repetí confusa.

—Una habilidad o destreza para realizar algo que pueda serle útil a la orden —comentó con ambigüedad. Sonrió irónicamente—. La realidad es que la mayoría de los miembros no disponen de la menor pericia.

—¿Si una persona cumple esas tres condiciones ya forma parte de la secta de los banqueros? —pregunté.

—No exactamente. Antes debería superar una serie de... —Permaneció pensativo durante tres intensos segundos—. Llamémosles pruebas. Si la persona en cuestión lograra culminarlas con éxito, entraría a formar parte de la sociedad comenzando por el escalafón más bajo: los barones. A ellos les siguen los vizcondes, los condes, los marqueses, entre los que me encuentro yo, los duques y los príncipes. Todos somos *hermanos* al servicio del último escalafón de la cadena: el Rey.

—¿El Rey? —pregunté mostrando una aberrante simpleza—. ¿Felipe VI también es un miembro de la orden? —Juan me miró atónito, sin saber si hablaba en serio o si le estaba tomando el pelo. Quise enmendar mi torpeza—. Definitivamente, es la primera vez que oigo hablar de la Orden del Denario.

—Y así es como debe ser —apuntó frunciendo el ceño—. Es una sociedad secreta, si los miembros de la orden fueran hablando de ella, dejaría de serlo, ¿no crees?

—Pero tú me estás hablando de ella —repuse confusa ante la más que evidente contradicción entre sus palabras y sus actos.

Inspiró con los ojos cerrados. Por un momento temí que el marqués también fuera a sufrir un ataque de catalepsia. Le contemplé embelesada, rezando para que abriera los párpados y continuara con sus confidencias. Un Dios algo vago escuchó mis súplicas y Juan Valdez volvió a clavarme su intemperante mirada. Lo hizo de un modo extraño, como si quisiera advertirme de lo que estaba a punto de suceder.

—Son peligrosos, Sofía —dijo con una fingida frialdad.

—¿Quiénes? —pregunté con un tono más desconfiado del que hubiera deseado.

Me miró en silencio. Como si de un mensajero del futuro se tratara, una voz sabia me alertó del viaje de no retorno que estaba a punto de emprender.

—Confía en mí, Juan —le pedí, haciendo un gran esfuerzo por ocultar lo asustada que estaba.

—Soy... O más bien era —se corrigió—, directivo de un gran banco español —comentó, masajeándose el puente de la nariz con las yemas de sus dedos—, donde he trabajado los últimos cuarenta y cinco años de mi vida.

—Sin intención de ofender —le interrumpí—, ¿no eres un poco mayor para continuar trabajando?

Sus ojos se posaron sobre los míos. Esbozó una sonrisa franca y respondió:

—Es posible, pero me gusta lo que hago y, al parecer, mi trabajo resulta bastante valioso para el banco.

Sus hombros comenzaron a tensarse mientras caminábamos. Se formaron dos arrugas entre sus cejas que, de algún modo, parecían presagiar la tormenta que se avecinaba. Juan retomó su relato sin poder enfrentarse a la verdad. Continuó hablando sobre sus labores en el banco y acerca de la Orden del Denario, pero nada de lo que expresaba respondía al grito de auxilio que aullaba en su alma.

—Basta ya de rodeos —me escuché decir al cabo de unos minutos—. ¿Qué es lo que realmente sucede? ¿Quiénes son esas personas que vienen a verte cada tarde? ¿Qué es lo que quieren?

Resopló, llevándose una mano al pecho.

—No sé por dónde empezar...

—¿Qué tal si empiezas por decirme qué demonios haces encerrado en este manicomio?

Cuando por fin se decidió a compartir conmigo su secreto, Juan pareció sentir cierta liberación. Aprecié su sinceridad y así se lo hice saber. No pude siquiera entrever el sutil velo con el que estaba disfrazando la realidad.

—Hace unas semanas la orden puso en marcha un proyecto muy ambicioso del que me encomendaron su supervisión —comenzó a relatar con su habitual ambigüedad—. La información que disponía sobre el mismo era escasa y opaca, pero no tarde mucho tiempo en descubrir cuál era el verdadero y malicioso propósito del proyecto.

Guardó silencio.

—¿Y bien? —le urgí al cabo de unos segundos—. ¿Qué sucedió?
Calibró su respuesta.

—No hay mucho más que contar —dijo, acabando al instante toda la intriga. Se percató mi cara de confusión—. Creen que extraje información confidencial sobre el proyecto y que la compartí con alguien de fuera.

—¿Quién lo cree? —pregunté con la sensación de estar obteniendo la información a cuentagotas.

—Los príncipes —respondió, escueto.

Resoplé. Hablar con el marqués y tratar de comprender lo sucedido me estaba resultando una tarea desesperadamente dificultosa. Le contemplé, pensando en el modo de dar con la piedra filosofal que transmutara el insignificante metal de sus palabras en un valioso oro puro donde la verdad resplandeciera con ambición.

—¿Lo hiciste? —pregunté finalmente. Compuso un gesto de extrañeza, por lo que añadí—: ¿Sacaste información sobre el proyecto y se la entregaste a otra persona?

Entornó su mirada y esbozó una sutil sonrisa a medio camino entre el orgullo y la satisfacción, un gesto que respondió a mi pregunta.

—¿Con qué propósito? —pregunté.

—Con el de desenmascararles, por supuesto.

—Dijiste que el Rey es quien ocupa el lugar más alto en la jerarquía de la orden. —Asintió—. ¿Por qué no intentas hablar con él y transmitirle tus inquietudes?

—¡Por favor, Sofía! —exclamó—. No seas ingenua. El Rey es el origen del problema.

—Pensaba que tal vez pudieras emplear tu maestría para convencerle de su error —comenté, molesta por su comentario.

—No le conozco y tampoco podría acceder a él, sólo soy un simple marqués. El Rey es Dios y todos los demás no somos más que sus peones —respondió con una calculada imprecisión. La mirada del marqués se perdió en la frondosidad de sus pensamientos—. Pero no se da cuenta que hay un arma mucho más poderosa que el dinero y el poder.

—¿Y cuál es? —pregunté con curiosidad.

—La mente —respondió, señalándose la cabeza.

—¿No serviría de nada tratar de trasladarle tus quejas? —insistí.

—A un rey no le preocupa la opinión de sus vasallos —contestó. Se dibujó una inquietante expresión en su rostro. Sonreía por fuera mientras su

alma parecía lidiar con un auténtico infierno—. Han cometido un error al defenestrarme del modo en que lo han hecho.

—¿Y cuál ha sido? —quise saber.

Se volvió hacia mí, ensanchando una sonrisa vengativa.

—El valiente es invencible si no tiene nada que perder.

Hicimos un pequeño receso y los dos guardamos silencio durante unos minutos. Ardía en deseos de continuar interrogándole, pero una voz interior me exigió que aminorara la velocidad. Debía procesar toda la información recopilada hasta entonces y, sobre todo, tenía que sopesar la conveniencia de continuar adentrándome en aquel camino sin salida.

—¿Por qué estás en la Casa del Sol? —solté sin pensar, con la pregunta quemándome en los labios.

—Ellos me encerraron en tanto sospecharon de mi traición. —Sonrió con un gesto de malicia—. Están deseando acabar conmigo, pero lo cierto es que no pueden hacerlo así sin más. Al menos, no hasta que descubran el alcance del problema. No saben qué información he sustraído ni tampoco con quién la he compartido.

—¿Es por eso que te visitan esos hombres? —pregunté, recordando las palabras del Doctor Cabeza de Vaca.

Asintió con la cabeza.

—Son los *ejecutores* de la orden. Supongo que no hará falta que te explique cuál es su cometido.

—Creo que no —respondí con voz temblorosa.

—Nuestra relación ha pasado ya casi por todas las fases —se mofó—. En primer lugar, intentaron sonsacarme la información con unos modales exquisitos, aludiendo a mi habitual profesionalidad. En vista de su fracaso, trataron de sobornarme, pero aquella estrategia tampoco les dio resultado.

—¿En qué fase estáis ahora?

—Tortura psicológica.

Tragué saliva.

—Si esta no les funcionase, ¿cuál es la siguiente fase?

—La tortura física —respondió con serenidad y una asombrosa templanza.

«¿Y si está loco?», me pregunté haciendo un esfuerzo por simplificar aquel nuevo caos que parecía cernirse sobre mis hombros. Pero lo cierto era que no podía engañarme. No a mí misma. Aquel hombre no estaba loco sino todo lo contrario. Sus ojos hablaban con sinceridad, franqueza y una

aplastante seguridad.

—¿Y por qué no acudes a la policía?

—Ellos son la policía —respondió rotundo y cerrando una puerta que equivocadamente yo había intentado abrir, mientras sus ojos parecían decirme: «Déjate de tonterías. Esto es muy serio». Carraspeó un par de veces, aclarándose la garganta y tratando de ganar tiempo—. No hay nadie en quien pueda confiar. Nadie —remarcó en voz alta.

—No sé si... —titubeé, dudando del paso que estaba a punto de dar. Era consciente del peligro que entrañaba el ofrecimiento que mis labios iban a pronunciar, pero una vez más mi cordura y mi prudencia emprendieron un largo viaje hacia el Triángulo de las Bermudas—. Tal vez yo podría ayudarte.

Lo hice. Mandé a paseo el poco juicio que me quedaba y abrí la puerta a un nuevo desafío sin tener la menor idea del verdadero riesgo que estaba asumiendo. Juan me miró agradecido y, con un gesto de lo más teatral, me dio las gracias, tomando mi mano derecha y acercándosela a la boca como si quisiera besarla.

«El beso de la muerte», me dije a mí misma sin saber cuan precisas serían aquellas palabras.

Aquello no fue como yo me lo esperaba. Había aceptado ayudar a Juan en su cruzada contra la orden, o más bien en su defensa del mundo, como él solía decir. Pero pasados varios días todavía no tenía ni idea de qué era lo que había descubierto ni de qué manera ello hacía peligrar el futuro de miles de personas. No obstante, tuve paciencia. Me mantuve tranquila y relajada, esperando desde una distancia muy prudente a que él decidiera dar el siguiente paso.

El doctor Cabeza de Vaca se acercó a mi habitación en un par de ocasiones, exigiendo conocer todo cuanto pudiera haber averiguado del marqués.

—Creo que está loco —le dije con voz calmada—. Su mujer le abandonó hace unos meses, después de que Juan fuera despedido por motivos que no ha querido revelarme. Tenía dos hijos —continué, orgullosa de mi admirable habilidad para mentir—, veintiuno y veintisiete años. Los dos se fueron con la madre, quien también se llevó el Mercedes y al perro, un Jack Russell por el que el marqués debía sentir una gran devoción.

Juan y yo habíamos ideado aquella burda mentira, algo que, por supuesto,

no guardaba el menor parecido con la realidad.

El doctor abrió los ojos de par en par, llevándose las manos a las mejillas y negando con la cabeza.

—Pobre hombre —dijo con los ojos vidriosos—. Sin duda ha venido al lugar adecuado —profirió con un tono ridículamente altivo—. Muy bien, Sofía, ha hecho usted un buen trabajo. La felicito —comentó con una expresión cercana a la burla.

—¿Me dará ya el alta? —pregunté precipitadamente.

—No —respondió arrugando la nariz—. Todavía no ha completado sus tres semanas. La información que me ha facilitado no me es de ninguna utilidad, de modo que no gozará usted de ningún permiso especial para acudir a la boda de su hermana. Lo que me acaba de decir no son más que patrañas, querida. —Me guiñó un ojo y añadió—: Sé que puede hacerlo mucho mejor.

Me alejé de su lado con una enorme desolación recorriéndome el cuerpo. «¿Y mi vida normal?», me pregunté en voz alta mientras paseaba en dirección al estanque.

El marqués me divisó a lo lejos y se acercó hacia mí con cautela, como si temiera que alguien nos observara. De pronto, aquella nueva aventura se tornó ciertamente desagradable. ¿Por qué diablos habría huido de Praga?, me recriminé una y otra vez.

—La boda de mi hermana es mañana —le comenté a Juan—. No sé por qué ha querido casarse tan pronto —protesté en voz alta—. Supongo que deseaba romper con todo, iniciar una nueva vida y empezar de cero —me contesté a mí misma con la mirada perdida en aquellos jardines de ensueño—. Y ni siquiera he hablado con ella durante los últimos trece días —gimoteé.

—¿Y por qué no? —preguntó Juan pacientemente.

Volví la vista hacia él y le miré como si acabara de preguntar la mayor sandez del mundo.

—El doctor Cabeza de Vaca requisó todas mis pertenencias personales antes de entrar en el centro. La habitación no dispone de teléfono y, por lo que tengo entendido, las normas de la Casa del Sol no permiten que los pacientes posean teléfonos móviles durante su estancia —contesté, encogiéndome de hombros.

—Teóricamente así es —comentó mesándose una incipiente barba. Esbozó una extraña sonrisa que rezumaba locura e imprevisibilidad a través de las comisuras de sus labios. Chasqueó los dedos y exclamó—: Tengo una

idea.

Su extraordinaria y privilegiada mente había elaborado un sofisticado plan para hacernos con el teléfono de uno de los internos. Dejando el sarcasmo a un lado, diré que todo cuanto debíamos hacer era despistar a un enfermero y aprovechar el momento para usurparle el móvil.

—No lo lograremos —apunté con incredulidad.

—¿Quieres apostar?

—No, Juan —repuse, malhumorada—, no quiero apostar. Simplemente creo que tu plan es demasiado arriesgado. No deberíamos continuar con él.

—¿Y qué hay de tu hermana? ¿No querías hablar con ella?

—Me hubiera gustado, pero no será necesario.

Se volvió hacia mí y me clavó sus penetrantes ojos color canela.

—Yo también necesito ese teléfono, pecosa —apuntó con un tono autoritario.

Miré hacia el cielo y puse los ojos en blanco, tras lo cual acepté formar parte de aquella absurda, a la par que peligrosa, misión. Juan había escogido deliberadamente a nuestra presa, un enfermero que, según aseguró, no me había quitado el ojo de encima durante los últimos días.

Me acerqué a nuestro objetivo derrochando seguridad. Todo cuanto debía hacer era limitarme a coquetear con él y conseguir que se quitara la bata blanca en cuyo bolsillo derecho guardaba el móvil.

—Me muero de ganas de probar la sauna del gimnasio —comenté con un pestañeo veloz tras unos minutos de charla insustancial—, pero no tengo ni la menor idea de cómo funciona.

El enfermero compuso un gesto extraño.

—No sé si debería... —vaciló—. Usted está medicándose. No creo que sea una buena idea.

Tardé menos de dos minutos en hacerle cambiar de opinión. Como era de esperar, en tanto entramos en las instalaciones del gimnasio, el enfermero colgó su bata sobre el perchero que había en el recibidor. Tras más de diez minutos escuchando los saludables beneficios de aquel aromático y caluroso baño de vapor dimos por concluida la visita y nos dirigimos a la salida del recinto, donde nos despedimos después de mostrarle mi agradecimiento con una sonrisa no muy sincera.

Una vez en la habitación del marqués, Juan me entregó el teléfono móvil que había tomado prestado del enfermero.

—Deja de mirarme con esa expresión de culpabilidad —me pidió—.

Hacemos un par de llamadas y se lo devolvemos.

Mis dedos temblorosos marcaron el número de teléfono de Helena mientras pensaba en lo que le iba a decir. Cavilé sobre ello con la mente perdida en un universo lejano, consciente de que no podía contarle a mi hermana la verdad. Al menos no en aquel momento.

Un sonoro rebuzno me hizo regresar a la realidad.

—¿Qué demonios ha sido eso? —pregunté frunciendo el entrecejo.

—Yo no he oído nada —respondió Juan mientras carraspeaba y se ponía de pie para después desplazarse lentamente hacia su derecha, caminando lateralmente como si de un cangrejo se tratara.

«Hi-haa», se escuchó de nuevo.

Le lancé una mirada acusatoria al tiempo que dejaba el móvil sobre la mesa. Caminé hacia el baño y abrí la puerta. Supongo que no será necesario explicar qué fue lo que me encontré ahí. El sexto burro, aquel que caminaba descolgado de su rebaño, me miró con las orejas gachas, como si buscara mi compasión, y comenzó a rebuznar de nuevo.

—Me dio pena —comentó el marqués a modo de excusa—. Siempre anda apartado de su cuadrilla y a mí me hace compañía.

No quise saber nada más. Me senté en el borde de la cama, anhelando una vida normal y cogiendo de nuevo el teléfono. El burro se subió a la cama de un salto un tanto patoso y, con una patada entre cariñosa y exigente, pareció requerir mi atención. Marqué el número de Helena y sostuve el teléfono con una mano mientras con la otra acariciaba al animal.

—¿Alguna vez me explicarás de qué va todo esto? —le pregunté a Juan con el teléfono pegado al oído, esperando que mi hermana respondiera la llamada—. Me refiero a aquello tan peligroso que la Orden del Denario planea hacer.

—A estas alturas ya debería haberlo hecho —respondió esquivando mi mirada—. Lo haré, Sofía, lo haré. Pero ahora debemos preocuparnos de la boda de tu hermana.

Helena no respondió la llamada, lo que acabó por teñir de un gris turbio y apenado aquella triste mañana.

—¿Cómo lograré salir de aquí? —Lancé aquella pregunta al aire, esperando que el marqués y su varita mágica me fueran de utilidad.

—Te espero mañana a las nueve en mi habitación. Te prometí que irías a la boda de tu hermana y así será —comentó con rotundidad—. Lo cierto es que no podía haber elegido mejor día para casarse —añadió con una sonrisa

maliciosa.

Y de nuevo, decidí no preguntar.

Un par de horas más tarde y tras haber colmado de cariños a nuestro nuevo amigo Pancho —nombre con el que habíamos bautizado al burro enano—, nos dirigimos los tres hacia el comedor. Obviamente, no permitimos que el animalillo entrara con nosotros, algo que no pareció ser del agrado de Pancho quien, por algún extraño motivo, parecía sentirse más a gusto con los humanos que con su rebaño.

Eran las siete de la tarde cuando el marqués me propuso llamar de nuevo a mi hermana.

—¿Dígame? —Escuchar la voz de Helena me hizo temblar de la emoción, tanto que apenas podía articular palabra—. Sofía, ¿eres tú?

—¡Sí! Soy yo —gimoteé, regresando momentáneamente a la infancia.

—¡Santo cielo! —exclamó con un tono de reprimenda—. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre desaparecer así sin más? No hemos sabido nada de ti durante dos semanas. Papá y mamá están muy preocupados y James... —Guardó silencio durante una fracción de segundo, dándole más emoción a sus palabras—. Él está desesperado. ¿Cómo has podido hacerle esto? Y a mí... ¿Cómo has podido hacérmelo a mí? ¡Por el amor de Dios! ¿Es que no recuerdas que mañana es mi boda?

Dejé que Helena continuara hablando sola a la vez que saboreaba aquella agradable sensación de ser sermoneada por alguien a quien de verdad le importas. Respiré tranquila y relajada, cerrando los ojos.

Pancho exigió mi atención con un sonoro roznido.

—¿Eso ha sido un burro? —preguntó mi hermana desconcertada—. Pero ¿dónde diablos estás?

El marqués hizo un gesto de alerta. Alguien se acercaba a la habitación.

—Tengo que colgar, Helena —me apresuré a decir.

—Espera, Sofía —suplicó—. ¿Vendrás a la boda? —preguntó casi sollozando.

—No me la perdería por nada del mundo —respondí antes de dar por finalizada nuestra conversación.

Llamaron a la puerta. Pancho y yo nos encerramos en el baño. Miré fijamente al animal, arrodillada frente a él. «Silencio», le pedí con la mirada mientras me llevaba el dedo índice a los labios. Por extraño que suene, Pancho comprendió mi súplica y permaneció sin hacer ruido.

En tanto el marqués se libró de su visita, un cuidador del centro que venía

a entregarle un cartón de tabaco, Pancho y yo salimos de nuestro escondite.

—Me gustaría hacer una llamada más —le dije.

—Por supuesto —contestó—. ¿Puedo saber a quién?

—A mi mejor amigo.

El destino no estaba de buen humor en aquel momento, pensé después de telefonar más de tres veces a Antoine. Finalmente, tras dos intentos más, mi amigo descolgó el teléfono. La conversación fue tan breve como decepcionante. Antoine estaba en el aeropuerto, a punto de coger un vuelo hacia Costa Rica, donde tenía pensado pasar unos cuantos meses haciendo una gran expedición en compañía de su nueva pareja. Estaba realmente ilusionado con aquel viaje, de modo que ni me planteé el contarle nada acerca de mi periplo.

—Tranquila —dijo, creyendo intuir cuál era mi pesar—. Estaré de vuelta para tu boda, pelirroja.

Odiaba que me llamara así y él lo sabía, pero le fascinaba hacerme rabiar.

—Disfruta mucho de la aventura —me despedí, al borde de las lágrimas.

Aquel día estaba cansada y bastante intranquila, por lo que me despedí de Juan y de Pancho y, sin ni siquiera cenar, me fui a dormir pensando en la boda de mi hermana.

Me despertaron los primeros rayos del sol. Abrí un ojo perezoso y giré la cabeza en dirección a la mesilla de noche. Con mi habitual torpeza matutina alcancé mi nuevo reloj de pulsera, cortesía de la Casa del Sol, después de tirar al suelo un vaso de cristal con agua en su interior, unas gafas que curiosamente habían aparecido en mi habitación dos días atrás y un libro rematadamente aburrido que me había prestado el marqués.

Pasaban unos minutos de las seis de la mañana, por lo que enterré la cabeza bajo la almohada y decidí regresar al mundo de los sueños donde solo parecían haber dos únicos habitantes: James y yo.

Me desperté definitivamente entorno a las ocho. Recogí mis escasas pertenencias en una pequeña bolsa de papel con asa de cordón y, tras meditar durante un breve instante, decidí marchar sin ninguna de ellas. No tenía ni idea de cuál era el plan del marqués. No sabía si tras la boda de Helena regresaría de nuevo al manicomio, pero en el caso de que no fuera así, no echaría a faltar nada de lo que ahí dejaba.

Juan estaba desayunando un café cuando llamé a su puerta. A los

pacientes no nos estaba permitido entrar en otras habitaciones, por lo que cada vez que acudía a ver al marqués lo hacía en la más absoluta clandestinidad.

—Sírvene un café —me ordenó sin ni siquiera desearme los buenos días—. Nos vamos en diez minutos —comentó mirando a Pancho, que permanecía a su lado esperando a que alguien le diera algo de comer.

Obedecí sin protestar, ansiando probar un poco de aquel humeante y aromático café.

—El plan es el siguiente —prosiguió—, hoy salgo de *permiso* —añadió, dibujando en el aire unas comillas con sus dedos.

—¿Puedes salir cuando te plazca? —pregunté asombrada.

—No, pecosa, no puedo —respondió con una sonrisa hogareña—. Después de que nos despediéramos ayer por la tarde, recibí la visita de mis amigos, los ejecutores de la orden. Llegué a un acuerdo con ellos. —Inhaló todo el oxígeno que sus pulmones pudieron absorber—. Acepté revelarles qué información extraje de la orden y a quién se la facilité.

Me llevé las manos a la cara e instintivamente me cubrí la boca.

—No puedo creerlo, Juan —gemí, desilusionada—. ¿De verdad te das por vencido?

—Por supuesto que no —respondió alzando la barbilla.

Le miré extrañada, incapaz de comprender cuáles eran sus intenciones.

—¿Y entonces? —pregunté encogiéndome de hombros—. ¿Qué les vas a contar?

—Nada. Es un señuelo —respondió mientras sus ojos parecían bailar de un lado a otro de la habitación.

—¿Y te dejan marchar así sin más? —insistí, sabiendo que ahí había gato encerrado—. ¿Qué hay del doctor Cabeza de Vaca? No permitirá que te vayas así como así.

—¡Pardiez! —exclamó, transportándome momentáneamente al Siglo de Oro español—. Me cuesta creer que seas tan inocente.

—¿Inocente, yo? —gruñí, molesta.

Sacudió la cabeza mientras esbozaba una sonrisa de sabelotodo.

—Cabeza de Vaca trabaja para el banco. Se acercó a ti para que me sonsacaras la información que ellos no lograban averiguar.

—Pero...

Alzó la mano, impidiéndome que pudiera formular una nueva pregunta.

—No tenemos mucho tiempo, Sofía —me cortó—. A las diez y media

habrá un taxi en la entrada del centro. —Se miró el reloj y arrugó la nariz mientras cerraba los ojos y parecía hacer cálculos—. Hablaré con el ramplón del director para que permita al taxista entrar en el parking del centro, donde aparcan los empleados.

—No lo permitiré —comenté, sabiendo lo estricto que era el doctor Cabeza de Vaca con sus ridículas normas.

—Le diré que he hecho un mal gesto con la espalda y que no puedo cargar con las maletas —comentó como si aquel detalle le trajera sin cuidado.

—Le pedirá a un cuidador que se encargue de sacarlas —repuse.

Frunció el ceño, importunado por mi insistencia.

—¡Por todos los santos! —exclamó, malhumorado—. Los trabajadores de la Casa del Sol tienen completamente prohibido abandonar el centro durante su horario de trabajo —repuse, zanjando la discusión.

—Siento desilusionarte —continué, incansable—, pero no creo al director que le importe mucho tu espalda.

—Mi espalda no, pero los cinco mil euros que le abonaré por su *pequeño favor* seguramente sí. El taxi entrará en el centro y aparcará en el parking que está junto al edificio principal, ¿de acuerdo? —Asentí con la cabeza, preguntándome de dónde diablos habría sacado Juan tanto dinero—. A esas horas no habrá prácticamente nadie por ahí, pues coincidirá con el discurso del doctor. —Le miré extrañada, sin entender de qué hablaba—. Una soberana estupidez que hace cada año para alimentar su ego. Reúne a todos los pacientes y empleados y durante una hora les habla sobre las infinitas bondades de su centro.

—Lástima no poder asistir —ironicé.

—Aprovecharemos la ausencia del doctor y de los trabajadores para perpetrar nuestro plan. A las diez y media quiero que Pancho y tú...

—Un momento —le interrumpí, levantándome enérgicamente—. ¿Pancho y yo? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo vamos a sacar un burro en un taxi?

—Con un billete de quinientos euros —respondió con seguridad.

—¿Acaso te crees que todo en esta vida se compra con dinero?

—Lamentablemente, así es —contestó con una sonrisa amarga—. Deja que me lo lleve, por favor. Él no se siente a gusto en este lugar y lo cierto es que nos hemos cogido bastante cariño.

Aquella conversación estaba tomando un cauce peligrosamente absurdo, pensé.

—Cabeza de Vaca requisó todas mis pertenencias —comenté con cierto desánimo—, incluida mi documentación y mi móvil.

—No te preocupes por eso. Sé perfectamente donde guarda todo cuanto requisa ese mentecato sietemesino. Ahora escúchame, Sofía. Es muy importante que estéis en la recepción a la hora acordada. Ni un minuto más ni un minuto menos.

—De acuerdo —claudiqué, dando un largo y resignado sorbo al café que acaba de prepararme—. A las diez y media estaremos ahí.

Capítulo 4

El soldado que va a pie

Llegar hasta la entrada del centro con un burro a mi lado jugueteando entre mis piernas no fue tarea fácil. Traté de mostrarme tan intransigente y tenaz como me fue posible, riñendo a Pancho como si de un niño travieso se tratara. Pero aquellos dos enormes ojos negros restaron énfasis a mi nada firme regañina. La mirada noble y cálida del animalillo no hacía sino ablandarme el corazón.

El marqués estaba en lo cierto. No había nadie en el edificio principal cuando Pancho y yo llegamos, lo que durante un breve instante me permitió respirar con alivio. Juan habló con el taxista en voz baja y le entregó un billete de quinientos euros como si de una papelina de heroína se tratara.

«¿De dónde demonios sacará el dinero?», me pregunté mentalmente mientras le observaba doblar por la mitad un fajo de billetes de veinte euros que anudó con una goma de plástico.

Entramos en el taxi con total naturalidad. El marqués se sentó en el asiento del copiloto. Pancho y yo tomamos asiento detrás, ante la atenta y un tanto desconcertada mirada del taxista, quien no despegaba la vista del retrovisor.

—Llévenos a Barcelona, por favor —le pidió Juan—. Vamos a la avenida Pearson.

Me mantuve callada, pues lo cierto era que no tenía ni la menor idea de cuáles serían los siguientes pasos de nuestra disparatada aventura. En honor a la verdad debería decir que tampoco me importaba. Una vez más había decidido dejarme arrastrar por la corriente, a la espera de descubrir lo que el azar tendría preparado para mí.

Juan llevaba consigo una pequeña maleta de piel de la que no se había separado ni un instante. Abrió la cremallera con delicadeza, como si previera una inminente detonación, y extrajo un teléfono móvil que me entregó con una expresión de satisfacción.

—Tu móvil, pecosa —me anunció.

Le di las gracias y lo encendí, temiendo que aquel pequeño dispositivo pudiera ser portador de malas noticias. Unos segundos después de introducir la contraseña el aparato comenzó a vibrar enloquecidamente. El marqués abrió los ojos y señaló el móvil con la barbilla, instándome a comprobar el

origen de tal alboroto. Setenta y tres llamadas, cuarenta y dos mensajes de texto y ciento noventa y dos wasaps, la mayoría de mi hermana y de James.

Guardé el móvil en el bolso y miré a través de la ventanilla habiendo tomado la sabia decisión de posponer la inspección de todas aquellas comunicaciones telefónicas.

—El doctor Cabeza de Vaca denunciará mi desaparición —comenté al cabo de unos minutos.

—No lo hará —comentó Juan, muy seguro de sí mismo—. Déjalo en mis manos. No hay nada que el dinero no pueda comprar, especialmente con un fante como él.

Llegamos a nuestro destino en poco más de una hora. El trayecto no debiera haber superado los treinta minutos, pero la *casualidad* quiso que el GPS del taxista —un armenio de unos setenta años de edad recién aterrizado en Barcelona— se estropeará en el mismo instante en que entramos en el vehículo.

Nos despedimos del taxista, quien arrancó el coche tras lanzarnos un extraño gruñido, y caminamos hacia la entrada de una casa adosada de estilo inglés. Juan abrió la puerta sin dejar de mirar a ambos lados.

—No hay moros en la costa —anunció en un susurro de lo más inquietante mientras me invitaba a entrar con un gesto.

Dos transeúntes que paseaban por la calle se asustaron ante el sonoro rebuzno de Pancho, quien no parecía muy contento desde que habíamos salido del centro.

—Tomaremos un café mientras planeamos el día —comentó Juan al tiempo que tiraba la maleta al suelo—. Puedes tomar asiento mientras los preparo.

—¿Dónde? —pregunté al percatarme de que no había ni un solo mueble en aquella casa.

—Mi exmujer... —comenzó a decir con la mirada perdida—. Se llevó todos los muebles antes de abandonarme.

—Pensaba que había muerto —apunté con un tono desconfiado.

—Hablamos de distintas personas —aclaró con cierta acritud—. Mi primera esposa, y madre de mi hijo, falleció hace más de veinte años.

Tragó saliva y esquivó mi mirada mientras se atusaba su naciente barba con cierto nerviosismo.

—Lo siento —me disculpé—. No sabía que...

—Deberíamos salir de aquí en un par de horas si queremos llegar a

tiempo —me cortó.

La brusquedad de su comentario me importunó, pero no quise protestar.

—No tengo nada que ponerme —comenté, tratando de cambiar de tema.

Pancho me observó atentamente y asintió con la cabeza como si comprendiera lo que acababa de decir.

—Isabel, mi ex esposa, dejó algunas prendas en la habitación. Subamos, algo encontraremos —respondió cabizbajo, como si el mundo entero acabara de asentarse sobre sus hombros.

Pancho y yo le seguimos sin saber muy bien como animar a aquel hombre que parecía haberse sumergido en un mar de desesperación. Para mi sorpresa, entramos en un ascensor que nos condujo hasta la primera planta. Todavía medio confundida y, por qué no decirlo, bastante impresionada, nos dirigimos hacia la habitación de Juan, una estancia palaciega de unos treinta metros cuadrados con una decoración tan fastuosa como pasada de moda.

Desvié la mirada hacia la chimenea de mármol blanco con vetas rosáceas, cerrada en su frontal por medio de una puerta de cristal corredera. Era una auténtica obra de arte, pero no fue la chimenea lo que verdaderamente llamó mi atención, sino las fotografías que había sobre el marco de la misma. La mujer que posaba en aquellos elegantes retratos, encuadrados en un marco ligeramente oxidado, tenía un rostro angelical. Una elegante y dorada cabellera, junto con su piel blanca, le otorgaban una belleza particularmente elegante.

—Guarda cierto parecido con Grace Kelly —comenté.

El marqués compuso un gesto nostálgico.

—Tampoco tuvo un final feliz —respondió, ambiguo y huraño a la vez, dejando bien claro que aquella no era una conversación que deseara iniciar.

Escogimos la vestimenta en menos de cinco minutos, tras lo cual preparamos una pequeña maleta con unos cuantos enseres personales y un ordenador portátil. Visto el deplorable estado de ánimo del marqués no quise entretenerme mucho en aquel menester.

Una hora después, engalanados con nuestros elegantes, llamativos y anticuados atuendos, nos dirigimos hacia el parking de la casa.

No pude evitar abrir la boca de par en par cuando entramos en el garaje.

—Es un Aston Martin V8 Vantage —comentó Juan mientras acariciaba el lomo de Pancho.

—Debe haberte costado una fortuna —mascullé sin ocultar mi fascinación.

—Los banqueros vivimos muy bien en este país —contestó con una mueca burlona de la que pareció arrepentirse al instante.

—¿Y esto qué es? —exclamé al percatarme de la existencia de un segundo y, aparentemente, flamante coche, oculto bajo una funda negra.

—Un Bentley S2 —respondió con cierto orgullo—. Solo se fabricaron unas dos mil unidades y este que ves aquí —comentó retirando la funda—, perteneció a un famoso banquero español.

Pasé los siguientes tres minutos pensando en cuál de aquellos dos fastuosos vehículos elegiría para ir a la boda de Helena. Sin embargo, un destino claramente malintencionado se decantó por una opción mucho más modesta.

—Iremos en este coche —dijo Juan con determinación, señalando un tercer vehículo del que ni siquiera me había percatado—. Debemos pasar desapercibidos.

Cinco minutos después, Pancho, el marqués y yo nos dirigíamos hacia la Garrotxa en un Renault 4, conocido popularmente como *Cuatro Latas*.

Una idea se cruzó por mi cabeza en tanto Juan arrancó el coche.

—¿Qué estás maquinando? —preguntó enseguida.

—Nada.

—¡Venga ya, pecosa! —exclamó—. El engranaje de tu cerebro hace demasiado ruido. Dime en qué estás pensando.

—Vamos bien de tiempo, ¿verdad?

—Así es. ¿Hay algo que quieras hacer antes de ir a la boda de tu hermana?

—Tal vez podríamos hacer una pequeña parada.

Una sonrisa afloró en su rostro.

—Tú dirás.

Le expliqué la idea que rondaba por mi cabeza y, aún a pesar de la poca gracia que le hizo, decidió complacerme. Continuó por la Ronda de Dalt. Tras tomar la salida número seis, descendió por Balmes. Unos minutos más tarde, entramos en un edificio de fachada mugrienta.

—Así que, ¿aquí es dónde vivías? —preguntó el marqués, echando un vistazo a su alrededor—. Un lugar bastante peculiar —añadió mientras abría la puerta enrejada del ascensor—. ¿Esto es seguro?

—Claro que lo es, pero si lo prefieres podemos subir por las escaleras.

Negó con la cabeza y entró en la cabina del ascensor con cierta indecisión. Contempló, extasiado, la decoración de aquella singular jaula de hierro forjado. Tomó asiento en un sillón de madera tapizado en una tela marrón rematada con tachuelas doradas.

—Solo serán cinco minutos —comenté al ver la expresión en su rostro ceniciento.

—No tengo prisa, pecosa. Es tu hermana quien se casa, no la mía. Es solo que...

—¿Qué? —pregunté, abriendo la puerta metálica con ahínco.

—No siento una especial simpatía por los adivinos.

Fina, mi vecina y vidente de profesión, se llevó una gran alegría al verme de nuevo, lo cual me sorprendió, habida cuenta de que tan solo habíamos coincidido en una ocasión.

—Sabía que regresarías. ¿Cómo estás, Sofía? —preguntó mientras me rodeaba con sus brazos.

—Bien... Creo —tartamudeé, un tanto incómoda.

Al contemplarla no pude evitar recordar el día en que aquella misma mujer había adivinado, sin el menor margen de error, mi angustioso porvenir.

—Seguidme, por favor —nos pidió, lanzando una desconfiada mirada al marqués.

Nos condujo a una habitación pequeña de apariencia mucho más sobria que la sala en la que me había atendido la última vez. Miré a Juan de reojo. No parecía especialmente contento de estar en aquel lugar. Fina nos invitó a tomar asiento en dos butacas de mimbre deshilachado. Accionó el interruptor de una pequeña lámpara de sal que había sobre el tapete negro que recubría la mesa y sonrió mientras encendía un par de velas blancas y una aromática varita de incienso.

—Te pidió matrimonio, ¿no es cierto? —me preguntó de pronto.

—¿Cómo dices?

—El hombre de ojos verdes.

Carraspeé, nerviosa, al saber que hablaba de James.

—Lo hizo —respondí.

El marqués se reclinó sobre el respaldo de su asiento y cruzó los brazos.

Fina apartó un pequeño recipiente con agua y comenzó a barajar las cartas.

—Ya no estáis juntos, ¿no es cierto? —prosiguió.

—¿Lo has visto en las cartas? —pregunté con inocencia.

—¡No, mujer! —exclamó, riendo—. Lo he visto en tu mirada. —Cortó la baraja con la mano izquierda e hizo tres montones de cartas. Me miró a los ojos y, con una repentina solemnidad, me ordenó—: Escoge uno.

Advertí la incredulidad del marqués tras el chasquido de su lengua. Me volví hacia él mientras Fina reagrupaba de nuevo el mazo y proseguía con su extraño baile de naipes.

—No es por ese hombre que estás aquí, ¿verdad, Sofía? —Asentí con la cabeza. Colocó las cartas boca abajo y las extendió como si fueran un abanico—. Destapa una.

Hice lo que me pidió. La mujer puso los ojos en blanco y elevó sus manos, como si tratara de absorber algún tipo de energía cósmica. Juan se revolvió en su silla, sacudiendo la cabeza sin ocultar su escepticismo.

Fina colocó la carta sobre la mesa y me pidió que escogiera otra mientras ella pronunciaba unas palabras aparentemente sin sentido. Repetimos el mismo proceso hasta que completó una gran cruz de aspas formada por diecisiete cartas que yo había seleccionado.

Se agachó sobre su costado izquierdo y, para nuestro asombro, sacó una botella de ginebra de debajo de la mesa. Comenzó a destapar las cartas con el mismo orden que había seguido al colocarlas. Reclinó el cuerpo hacia su derecha y extrajo una copa, sobre la que se sirvió un gran trago de aguardiente, que bebió de un solo sorbo y a palo seco.

Me giré hacia el marqués y con disimulo le susurré al oído:

—Sé lo que estás pensando, Juan, pero es buena. Créeme.

El marqués soltó una risotada burlesca.

—¡Silencio! —bramó Fina.

Contempló las cartas bocarriba y llenó de aire sus pulmones, como si pretendiera atraer el soplo de la inspiración. Su mirada se focalizó en la carta central de aquella siniestra cruz de naipes, un joven colgado bocabajo en lo que parecía ser una horca. Su pie izquierdo estaba amarrado a una cuerda anudada al travesaño entre dos árboles podados. Tenía las manos ocultas en la espalda y doblaba la rodilla de su pierna derecha en forma de cruz.

«Mi vida está al revés», pensé.

—Lo siento, querida —dijo Fina tras medio minuto de agónico silencio—, me temo que el destino la ha tomado contigo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé—. ¿Qué es lo que has visto?

—¿En serio, Sofía? ¿De verdad vas a creer lo que te diga esta impostora? —preguntó el marqués.

Fina levantó la mirada y en sus ojos comenzó a arder la llama de la ira.

«Se va a armar *la de San Quintín*», me dije mientras me llevaba la mano a la frente.

—Permanezca callado —le ordenó ella, hecha un basilisco—, o me veré obligada a echarle de mi consulta.

—Juan, por favor —intervine, tratando de calmar las aguas—, deja que acabe.

Suspiró, resignado, mientras negaba con la cabeza.

—Vas a sacrificarte por el bien común —continuó Fina con la mirada extraviada—, y eso te honra.

—Gracias —balbucí sin pensar.

—Pero sufrirás —soltó de sopetón, sin preámbulo y sin anestesia—. Nuevamente te enfrentarás a las mentiras, a la traición y al desengaño.

Me entró un súbito ataque de tos.

—¿No podrías ser un poco más concreta? —le pedí una vez me recuperé.

—Este hombre —dijo, señalando al marqués con el dedo índice—, será tu compañero de travesía hasta que...

—¿Hasta que qué? —le apremié.

—No sé si debo...

—Fina, ¡por favor!

—Hasta que... —Inspiró en profundidad y finalmente anunció—: Hasta que le secuestren.

El marqués rompió a reír y la vidente le lanzó una mirada retadora, apretando los dientes en señal de advertencia. Volví la vista hacia Juan y le miré aterrada.

—Veo números —prosiguió la vidente, haciendo extraños círculos con los ojos—. Comenzarás a trabajar en... ¿un banco? —añadió, ladeando la cabeza.

Juan carraspeó, incómodo.

—Lo veo poco probable —comenté, escéptica.

—Te verás rodeada de gente malintencionada —prosiguió, ignorando mi comentario—, personas con intereses ocultos que pretenden hacer un gran daño a la sociedad. Trabajarás muy duro para impedir que ello suceda, pero deberás tener mucho cuidado. Una secta... —continuó con los ojos cerrados y las manos extendidas sobre la mesa—. Una hermandad oscura y perversa que hace pactos con el diablo. Sofía, siento decirte esto —añadió, abriendo los ojos—, pero eres un imán para el infortunio.

Gemí, asustada e incapaz de pronunciar una sola palabra. Juan sacudió la cabeza y soltó un hondo bufido, lo que sin duda importunó a Fina, quien alzando la barbilla continuó hablando.

—Acerté en todo cuanto pronostiqué en tu anterior visita, ¿no es cierto?

—Lo es —respondí, temerosa.

—Pues créeme cuando te digo que este es el futuro que te espera. Un porvenir cargado de incertidumbre, engaños, confusión y sacrificios. Te verás en una gran encrucijada y sufrirás intensos dolores de cabeza. Ten mucha paciencia ante las adversidades y recuerda, tras el calvario vendrá tu resurrección.

—¿Mi resurrección? —repetí, pensando en que, para volver a la vida, antes debería morir.

—Tu valentía ayudará a muchas personas, Sofía. No lo olvides. —Volvió a echar un vistazo a la cruz que había dibujado con las cartas extendidas sobre la mesa. Me observó de frente con un parpadeo continuo y anunció—: El hombre de ojos verdes regresará a tu vida.

—¿James? —vociferé sin percatarme del elevado tono de voz empleado—. ¡El me engañó! —refunfuñé, cruzándome de brazos.

—Lo sé, querida, lo sé —dijo haciendo exageradas reverencias con la cabeza—. Pero no hay nada que hacer contra la voluntad del destino. Será él quien te ayude a caminar descalza sobre las llamas.

«¿Caminar descalza sobre las llamas?», repetí mentalmente mientras rezaba para que estuviera hablando en sentido figurado.

Fina se llevó las manos a los ojos, cubriéndolos como si quisiera ahuyentarse de la realidad. Juan me golpeó suavemente la pierna y, acercándose a mi oído, me susurró tapándose la boca con la mano:

—¿Le queda mucho a esta chiflada?

Me llevé un dedo a los labios y le pedí que guardara silencio.

—Habrà alguien más en tu vida sentimental —prosiguió la vidente—. Mucho cuidado con los juegos del corazón, Sofía. Ya deberías saber que quien juega con fuego...

—Se acaba quemando. —Acabé la frase con los ojos clavados en la pared. Volví la mirada hacia ella y le pregunté—: ¿Algún consejo?

Contempló la botella de ginebra como si de una bola de cristal se tratara. Dos segundos después la agarró con fuerza y se sirvió una copa, que de nuevo se bebió de un solo trago.

—Te daré uno —dijo, acariciándose la barbilla con su mano derecha—.

Mantente alerta y desconfía de cualquiera que se acerque a ti.

Juan resopló sin ocultar su recelo.

—¿Y algo un poco más preciso? —insistí con un tono de súplica.

Fina torció el gesto. Colocó sus manos en forma de ojiva y, tras permanecer unos segundos calibrando la situación, finalmente comentó:

—Haz caso de la voz de la intuición. Tienes un sexto sentido muy desarrollado al que apenas prestas atención. Y eso, querida, es un grave error. No tienes ni la menor idea de lo que podrías lograr si te escucharas a ti misma —comentó con un tono cargado de misticismo. Compuso una mueca de desprecio, que pareció dedicar al marqués, y soltó—: Nadie es quien parece ser.

—Me temo que no te sigo —reconocí.

—En tu lucha contra las injusticias solo tendrás dos armas —prosiguió con un gesto melodramático—: la clarividencia y la imaginación. Empléalas con inteligencia, Sofía. —Cerró los ojos y asintió, como si estuviera recibiendo un mensaje del más allá. Abrió los párpados y nos contempló con una expresión desconcertante, entornando la mirada y torciendo la boca—: En vuestro pasado encontraréis la semilla del mal.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Toda elección tiene su consecuencia, Sofía —respondió, girando la cabeza como un ave rapaz—. Toda causa tiene su efecto. Toda acción tiene su reacción. Toda...

—Está bien, Fina —le corté—. Creo que captamos el mensaje.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre la mesa, asestándose un sonoro coscorrón en la frente.

—¡La guarida del lobo! —exclamó de pronto, irguiendo el cuello bruscamente—. Ahí hallarás la solución.

—Lo tendré en cuenta —contesté con escepticismo.

Desalentada ante su continua ambigüedad, decidí desistir en mi empeño.

—Una cosa más, Sofía —añadió Fina, consciente de que nuestra visita había llegado a su fin. Fijó su mirada sobre el marqués y después volvió su mirada de nuevo hacia mí—. Este hombre te pondrá en un grave peligro.

—¡Ya es suficiente! —exclamó Juan, sacándose un billete de doscientos euros que dejó sobre la mesa al tiempo que se levantaba malhumorado. Se volvió hacia mí y me dijo—: Nos largamos de aquí.

Bajo el compromiso de un acuerdo tácito, los dos decidimos no mencionar nada acerca de lo que acababa de suceder. La confusión que sentía en aquel momento hizo que apenas me molestara el no poder comentar lo ocurrido. Deliberé sobre ello durante unos minutos hasta que finalmente decidí deshacerme, momentáneamente, de aquella nueva preocupación.

Aproveché el trayecto hacia la ermita de Sant Martí del Corb para pensar en lo que haría cuando viera a James, lo que a la postre me sumió en un estado de exaltación nada saludable.

—Menuda chatarra de coche —solté con una sonrisa traviesa, tratando de romper el silencio reinante.

—Su belleza es su mecánica —contestó risueño. Le miré extrañada, por lo que enseguida añadió—: ¿Acaso no recuerdas el anuncio de televisión? —Abrí los ojos y parpadeé. Negó con la cabeza con una sonrisa burlona—. Por supuesto que no. Por aquel entonces tú no debías ser más que una mocosa —se respondió a sí mismo.

El viaje continuó en el más absoluto silencio hasta que una nueva inquietud comenzó a taladrarme el cerebro.

—¿De qué se trata, Sofía? —preguntó educadamente al cabo de unos minutos.

—¿Cómo dices?

—¿Qué sucede? —insistió—. ¿Estás preocupada por lo que ha dicho la vidente impostora?

—No, no es eso —contesté demasiado rápido—. No pasa nada.

—A mí no me engañas, pecosa. Llevas varios minutos dándole vueltas a algo que quieres explicarme.

—Verás, Juan —comencé a decir tras aclararme la garganta—, tal vez debería haberte hablado de las personas con las que vamos a coincidir hoy. Algunos de ellos tienen un trabajo que... —Fui incapaz de continuar hablando.

El marqués no quería ni oír hablar de la policía, ¿cómo podía decirle que las personas con las que íbamos a pasar el resto del día pertenecían a una unidad de operaciones especiales que combatía el crimen organizado? ¿Cómo explicarle que mi propio padre, un teniente coronel de la guardia civil, era quien había dirigido esa unidad de élite hasta hacía cuatro días? ¿Acaso podía advertirle de que mi prometido —o ex prometido, todavía estaba por ver—, su hermano George y su cuñada Carolina trabajaban para ese grupo en la clandestinidad? Por suerte para mí, recordé con cierto sosiego, James había

prometido dejar aquel trabajo.

—Vamos, Sofía, no te vayas por los cerros de Úbeda y cuéntamelo. *Veritas liberabit vos* —profirió con un tono de lo más teatral. Me volví hacia él abriendo los ojos y añadió a modo de aclaración—: La verdad os hará libres.

—No era necesaria la traducción, hablo latín —comenté con orgullo, exagerando ligeramente la realidad.

—Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma no piensa suplicarle a la montaña —comentó con un ligero hilillo de voz mientras me hacía una mueca de burla—. ¡Atiza! ¿Acaso crees que no sé lo que quieres contarme?

—No tienes ni la menor idea —contesté, sacudiendo la cabeza.

—Uno o varios de los invitados de la ceremonia trabaja para las fuerzas de seguridad del Estado. ¿Voy muy desencaminado? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo sabías? —pregunté ligeramente ofuscada.

—No he tenido más que observarte durante estos trece días. Cada vez que me proponías acudir a la policía y yo me negaba tus pupilas se dilataban, te mordías el labio inferior y parpadeabas a la velocidad del sonido. Era evidente que ocultabas algo y que tu secreto tenía que ver con tu círculo más íntimo, pues siempre has esquivado todas y cada una de mis preguntas acerca de tu familia o de tus amigos.

Aquella frenética descarga de agudeza mental me obligó a confesarle la verdad. Una verdad ligeramente adulterada.

—No te inquietes, Sofía —me pidió con una sonrisa en los labios—. El que no quiera acudir a la policía no significa que no respete y agradezca su gran labor. Mantienen el orden público, velan por la seguridad del ciudadano y hacen cumplir las leyes —añadió con una expresión un tanto sarcástica—. Estoy segura de que tus amigos son grandes agentes de la ley.

Dejé que creyera aquella media verdad y aproveché mi maquillada confesión para exigirle una contrapartida.

—¿Qué es lo que descubriste? —solté de sopetón—. Tienes que contármelo. Nada de esto tiene sentido si no confías en mí.

—Lo haré, Sofía, créeme. Pero no ahora. Hoy es un día muy especial, dejemos que continúe siéndolo. —Inspiró hondamente, dejando que el oxígeno fuera su inspiración—. Cuando todo esto salga a la luz, nada volverá a ser igual.

Permanecimos sin hablar durante unos minutos, dando paso a un silencio

demasiado ruidoso como para resultar agradable.

—Cuéntame algo de la Orden del Denario —le pedí—. ¿Quiénes la integran?

—Los grandes banqueros de este país —respondió sin desviar la mirada de la carretera—. Y algunos de los directivos de sus bancos —añadió, consciente de que no me estaba facilitando ningún dato nuevo.

Pancho, tumbado en los asientos de detrás, relinchó sonoramente.

—¿Por qué una sociedad secreta de banqueros? ¿Qué sentido tiene? ¿Cuál es su objetivo? —pregunté de carrerilla. Temiendo que me hablara de nuevo acerca de los orígenes de la orden, añadí—: Me refiero al actual, por supuesto.

—Oficialmente la orden vela por los intereses del sector —dijo en voz baja, casi como si hablara consigo mismo—. Pero la realidad es muy distinta.

Aguardé pacientemente a que continuara hablando, pero tras dos interminables minutos de espera, finalmente pregunté:

—¿Y cuál es?

Me miró por el rabillo del ojo.

—La orden solo trabaja para salvaguardar, y de paso multiplicar, la fortuna de los cuatro príncipes y, obviamente, la del Rey.

—Supongo que los miembros de la orden serán grandes expertos en finanzas —comenté, imaginándome una sociedad formada por los mejores matemáticos y economistas del país.

—Nada más lejos de la realidad. La mayoría de ellos apenas son capaces de resolver un quebrado mínimamente complejo. —Me miró de soslayo, levantando la ceja derecha y juntando los labios, que movió de un lado a otro mientras parecía deliberar sobre cuáles serían sus siguientes palabras—. ¿Todavía no sabes cómo funciona este país, pecosa? —preguntó finalmente, empleando un tono más ácido del que seguramente habría deseado—. La Orden del Denario es, en cierto modo, un reflejo de esta sociedad empobrecida espiritualmente.

«Y eso lo dice un hombre que tiene un Aston Martín y un Bentley en su garaje», ironicé para mis adentros.

—Ya veo...

—No lo ves, Sofia —me corrigió visiblemente alterado, lo que irremediablemente le hizo aumentar la velocidad a la que conducía—. Nadie lo ve. Somos un país corrupto desde las bases. Un país al que todo le importa un *bledo* mientras la televisión siga emitiendo deportes y programas del

corazón. Un país con un nivel de desinterés tal que no nos importa que nos roben delante de nuestras propias narices. Nos están saqueando y, ¿qué hace la sociedad? Dime, ¿qué hace el ciudadano de a pie?

—¿Acaso puede hacer algo? —pregunté sin atreverme a decir lo que rondaba por mi cabeza: «¿Acaso tú haces algo?».

—Mucho más de lo que crees —contestó elevando el tono de voz—. La propagación de la corrupción en un país suele tener siempre un denominador común: la inmoralidad de la clase dirigente y la indiferencia del ciudadano.

—No te falta razón —admití.

—Nos han adoctrinado tanto que no nos importa tragar basura a todas horas —prosiguió, absorto en su propia reflexión—. Es más, le hemos pillado el gusto y, si no nos sirven nuestra ración diaria, los ciudadanos la reclamamos, ávidos de nuestra dosis cotidiana de envenenamiento. Nos han convertido en una sociedad en la que gobierna la miseria moral y lo peor de todo es que nosotros se lo hemos servido en bandeja. Somos un país de gente apática. —Sonrió con sarcasmo—. Pero, ¿a quién le importa?

Y de nuevo se hizo el silencio.

—¿Cuál es tu maestría? —pregunté tras unos minutos.

—¿Mi maestría?

El marqués me miró confundido.

—Dijiste que era uno de los tres requisitos para entrar en la orden ¿recuerdas? Ser banquero era el primero de ellos. También se precisaba la recomendación de tres hermanos y tener una maestría con la que servir a los intereses de la orden. ¿O tú también eres de los que no tienen ninguna habilidad? —traté de pincharle.

—Mi maestría es mi mente —contestó, casi interrumpiendo mis últimas palabras.

—¿Acaso tienes poderes sobrenaturales? —me burlé mientras me imaginaba a Juan disfrazado del mago Merlín.

—No son poderes, sino agilidad mental. Simplemente sé observar.

—Observar... —coreé medio hipnotizada.

—No soy adivino, ni hago trucos de magia. Tengo una mente más abierta y desarrollada que el resto de los humanos, eso es todo —aclaró, desprendiendo un irritante aire de suficiencia—. Mi capacidad de memoria es prácticamente insuperable. Soy capaz de hacer cálculos mentales que para la gran mayoría resultarían imposibles de realizar. Puedo saber muchos detalles de una persona tan solo observándole, contemplando sus gestos, prestando

atención al tono de su voz, concentrándome en su mirada e incluso en su olor.

Estuve tentada de pedirle que demostrara tal afirmación conmigo, pero una voz de alerta me hizo olvidarme enseguida de aquella ocurrencia.

—Sé perfectamente cuando una persona me miente, Sofía.

—Yo también —repliqué, restándole importancia a sus palabras.

—No es cierto. A ti te han mentido durante muchos años y nunca te percataste de ello.

La saliva se quedó obstruida en mi garganta. ¿Cómo demonios podía saber eso? «Tranquila, Sofía. No es más que un farol. A todos nos han mentido en la vida. Ha sido una apuesta muy sencilla y tú has caído en su trampa», me dije.

—¿Y a quién no? —contesté fingiendo naturalidad.

—A mí —respondió sin saber todavía cuan equivocado estaba—. Al menos no durante tantos años.

No quise seguir conversando. Aquel hombre entrañable al que había llegado a coger cariño se disfrazó de mago del ilusionismo, abriendo la puerta a los demonios de mi pasado.

—Jamás he conocido a una mujer tan enamorada como tú —comentó de pronto, decapitando al silencio angustioso que reinaba en el coche desde sus últimas palabras.

Dudé antes de responder. Apenas le había explicado nada sobre James, así que ¿por qué me hacía aquel comentario?

«Calma, Sofía —me dije de nuevo—, no ha adivinado nada. Ha probado suerte y ha acertado. El treinta por ciento de la población está enamorada. Solo es una cuestión de probabilidad y suerte. El marqués ha acertado. Una vez más».

—Está casado con otra mujer, así que eso ya se acabó —atajé, casi sin pensar en la confesión que acababa de hacer.

—Eso no es lo que más te duele, ¿verdad? —comentó volviéndose hacia mí con una sonrisa de lo más inquietante—. Lo que verdaderamente te importa de toda esta historia es que te hayan vuelto a mentir.

Ninguno de los dos dijo nada durante la siguiente hora. Juan conducía el vehículo con una gran concentración, pero su mente parecía haber abandonado la carretera hacía ya varios minutos.

Me pareció realmente cómico ver al marqués, un hombre ostentadamente

adinerado, conduciendo un coche cuya palanca de cambios estaba en el salpicadero. El *Cuatro Latas* era un vehículo asombrosamente espartano, con asientos sin reposacabezas, ventanillas correderas, un cuadro de instrumentos apenas leíble y una ausencia total de la más mínima ergonomía. El freno de mano, situado en el suelo y cubierto por una cinta adhesiva reflectante de color azul, completaba la grandeza de aquel espectáculo con ruedas.

—¿De qué modo le beneficia tu maestría a la secta de los banqueros? — pregunté de repente, sorprendiéndome al escuchar mi propia voz.

—Una vez conoces el funcionamiento de la mente humana resulta muy fácil manipularla —comentó mientras en su rostro se reflejaba un arrepentimiento genuino—. No estoy orgulloso de lo que he hecho por los príncipes de la orden. A decir verdad, ni siquiera sé por qué lo hice. Pero hay una diferencia enorme entre cuanto yo hice y las verdaderas intenciones del Rey.

—¿Quién es el Rey?

—Pronto lo sabremos.

Eran cerca de las cuatro cuando dejamos atrás el municipio de Vic. Miré mi reloj temiendo no llegar a tiempo a la ceremonia. Le pedí —más bien le supliqué— que acelerara un poco la velocidad. Estábamos relativamente cerca de nuestro destino, pero teniendo en cuenta que la ermita se encontraba en medio del bosque entraba dentro de lo probable el perdernos por el camino.

—A sus órdenes, damisela —respondió Juan con una sonrisa esplendorosa mientras se giraba hacia mí para guiñarme un ojo.

Aquella no fue una buena idea. Fue una pésima ocurrencia, como la mayoría de las que salían de mis labios.

Al cabo de un minuto un coche de los *mossos d'esquadra* se aproximó a nosotros con las luces y la sirena encendidas. «Estáis perdidos», me dijo una voz interior en un tono de lo más preocupante. Y es que la mera presencia de la policía siempre solía provocarme una reacción nerviosa, algo de lo más irónico teniendo en cuenta que mi padre había sido un teniente coronel de la guardia civil.

Pude ver la tentación de huir en los ojos del marqués. Creo estar en lo cierto cuando afirmo que si en lugar de haber conducido un Renault 4 hubiera escogido su flamante Aston Martin el pie derecho de Juan habría pisado a fondo el pedal del acelerador.

—Estate tranquila —me pidió con una fingida serenidad mientras recogía

un frasco de pastillas que había en el suelo y lo metía en mi bolso—. Solo son tranquilizantes —comentó a cámara lenta—. Voy a más velocidad de la permitida. Es por ello que nos han dado el alto.

—Lo sé —respondí mientras sonreía con cierta amargura.

—Pero podrían ser *ellos* —prosiguió sin escucharme, abriendo la puerta a la desesperación.

—¿Eso crees?

—Acordé entrevistarme con uno de los príncipes esta tarde.

—¿Cómo dices? —grité, aturdida—. ¿Esta tarde? De ningún modo, Juan. ¡Es la boda de mi hermana!

—Calma, pecosa —me pidió con la mirada clavada en el retrovisor—. Les he tendido una trampa. No tengo la menor intención de quedar con ellos. Pero...

—Pero ¿qué?

—Es probable que hayan adivinado mis intenciones. Ha sido una estupidez imperdonable el haber ido a mi casa —dijo, visiblemente consternado.

Quise consolarle, pronunciar unas palabras que le aliviaran del peso de la culpa, pero no fui capaz. De pronto noté su mano fría sobre la mía.

—Quiero que te quedes esto —dijo en un susurro casi inapreciable mientras colocaba una delgada cadena de plata sobre mi mano. De ella colgaba una pequeña figura de marfil.

Le miré intrigada, preguntándome qué sería aquello, hasta que medio segundo después lo supe. Era una pieza de ajedrez. Un peón. Tenía una inscripción esculpida en muy bajo relieve, casi un mero grabado. Las terminaciones nerviosas de las yemas de mis dedos descifraron el enigma oculto en aquel tenue estampado. «*Pecuniae omnia parent*».

—Apúrate, Sofía —me urgió—, guárdalo en un lugar seguro y si crees en alguien o en algo ponte a rezar.

«¿En un lugar seguro?», me repetí mentalmente mientras pensaba en la frase tallada sobre el peón. «Todo obedece al dinero».

Cerré los ojos con fuerza y vislumbré una imagen reconfortante. Estaba sentada sobre el sofá de mi apartamento, viendo a un guapísimo Paul Newman y a una exuberante Elisabeth Taylor en *La gata sobre el tejado de zinc*. Mi fantasía incluía a mi gato imaginario, al que acariciaba con ternura mientras engullía un enorme cuenco de palomitas.

—¡Sofía! —gritó el marqués, obligándome a regresar a la realidad—. Haz

el favor de prestarme atención. Guarda el peón y protégelo con tu vida si hace falta —me pidió, echando mano de un dramatismo de lo más exagerado—. Ahí está mi salvación y la posible condena del Rey.

Capítulo 5

Un cura drogado y el burro que completó la fiesta

Juan detuvo el coche a un lado de la calzada sin apartar la vista del espejo retrovisor y, a tenor de su mirada, temiendo un drástico desenlace. Me coloqué la cadena alrededor del cuello e introduje el colgante tras el escote del vestido. Tal vez no era el mejor escondite que podía elegir, pero en aquellas circunstancias mi ingenio parecía haberse desconectado de la corriente.

—*Alea jacta est*—susurró Juan.

«La suerte está echada», traduje en voz baja mientras trataba de serenarme, concentrándome en mi respiración.

Un tipo bastante alto apareció de la nada, requiriéndole al marqués su documentación y los papeles del coche. El modo en que pronunció sus palabras fue señal de un mal augurio. Sin embargo, por extraño que parezca, el tono de aquel hombre calmó repentinamente a Juan, quien con aquella extraña habilidad para evaluar a las personas de un simple vistazo había visto como el peligro se alejaba de nosotros.

—Aquí tiene—dijo el marqués calmadamente, entregándole su permiso de conducir y los papeles del vehículo que, con gran serenidad, había extraído de una diminuta guantera situada en el extremo derecho del salpicadero.

El policía, de quien hasta aquel momento yo no había visto más que su prominente barriga, se inclinó hasta apoyar los brazos sobre la ventanilla. Una mirada de lo más chulesca me recorrió de arriba abajo al tiempo que se subía las gafas de aviador con lente de espejo.

—Usted también—me dijo con un chasquido de lengua—. Entrégueme su documentación.

Aquella situación, por incómoda y tensa que pudiera ser, estaba totalmente controlada. Juan parecía sentirse relativamente cómodo y yo confiaba en él, de modo que no había nada que temer. Lo que ninguno de los dos se esperaba en aquel momento es que Pancho entrara en escena. A decir verdad, casi nos habíamos olvidado de él.

En el mismo instante en que le entregué al agente mi documentación Pancho despertó de su cabezada y lo hizo con un bostezo casi inaudible. El policía, que se acaba de incorporar, se inclinó de nuevo y con una mueca de

desconfianza preguntó:

—¿Hay alguien más en el vehículo?

—No, señor —contestó Juan sin perder los estribos.

Respiré hondo tratando de contener los nervios. ¿Y si confesábamos que llevábamos un burro enano en el coche? Me replanteé la cuestión un par de veces hasta que finalmente descarté aquella opción. El policía no nos hubiera dejado continuar de haber sabido que nos acompañaba un asno. Claro que la alternativa era una apuesta bastante arriesgada, pues el agente podía echar un vistazo al interior del vehículo en cualquier momento y descubrir nuestra mentira. Cogí un botellín de agua que había junto a mis pies y bebí un trago al tiempo que trataba de acallar a una neurona revoltosa que me advertía del gran enredo que se estaba gestando.

Y entonces sucedió lo inevitable. Al discreto bostezo de Pancho le siguieron dos poderosos rebuznos. Una vez más, el agente se agachó, esta vez con una expresión desconcertada.

—¿Eso ha sido un...? —preguntó ceñudo.

—Hipo —terminó la frase el marqués, señalándome con el dedo pulgar de su mano derecha y moviendo la cabeza de lado a lado—. A mi sobrina siempre le entra el hipo cuando se pone nerviosa.

—¿Su sobrina? —repitió el policía, que parecía discurrir a cámara lenta.

—Eso he dicho, joven —respondió Juan atusándose su barba en ciernes—. Nos dirigimos a la boda de su hermana.

—A la boda de su hermana... —repitió el agente, inclinando la cabeza mientras clavaba su mirada en mi escote sin la menor discreción. Se giró hacia el marqués y, tratando de seguir el hilo de una conversación que claramente rallaba el absurdo, agregó—: Y de su sobrina, ¿me equivoco?

El marqués le miró como si acabara de decir una sandez y su sobrenatural desarrollo mental pareció abandonarle momentáneamente, pues para mi sorpresa y la del policía, comentó:

—Eso es, señor. Mi sobrina y yo vamos a la boda de su hermana.

«Esto va a acabar como el *rosario de la aurora*», pensé, sorprendida por el repentino azoramiento de mi acompañante.

—De su hermana —repuso el agente señalándome con la cabeza—, y de su sobrina —insistió, apuntándole con el dedo.

Juan sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco.

—A la luz de un farol apagado estaba un ciego leyendo mientras un sordo le escuchaba —se mofó en voz baja.

—¿Cómo dice? —preguntó el policía habiendo advertido su tono de burla.

Viendo el gatuperio tan disparatado que se estaba formando decidí intervenir.

—Lleva usted razón, agente. Es mi hermana y, obviamente, también es la sobrina de mi tío —comenté mientras con un gesto le daba a entender que Juan no estaba muy bien de la cabeza.

—Está bien —aceptó todavía confuso al tiempo que nos devolvía la documentación—. Señorita —me dijo—, será mejor si es usted quien está al volante.

—Descuide, así lo haré —contesté con una cordial inclinación de cabeza, desabrochándome el cinturón de seguridad.

En ese momento se escuchó un nuevo rozrido que afortunadamente logró disimular con un exagerado ataque de tos. El agente se alejó, encaminando sus pasos hacia el vehículo policial. Suspiré aliviada.

—*Consurrrnatur est* —susurró el marqués—. Todo ha terminado, pecosa.

Llegamos a la ermita sin pronunciar palabra, distraídos por el batiburrillo de ideas que revoloteaba en nuestras aturcidas mentes. Desde luego, aquel comienzo había sido del todo insuperable. «Nos hemos librado por los pelos», me dijo una voz interior.

Poco antes de llegar comencé a plantearme ciertas preguntas que acudieron a mi cabeza repentinamente. ¿Por qué habría escogido mi hermana la ermita de Sant Marti del Corb? No recordaba haber estado en aquel lugar ni que el mismo significara nada especial para Helena. Ciertamente era que, siendo mi hermana una cuasi desconocida para mí, bien podía resultar que aquel lugar simbolizara algo importante para ella. Por otra parte, ¿qué demonios hacía Helena contrayendo matrimonio en una ermita si ella ya había estado casada? Aquel sería su segundo enlace. Llevarlo a cabo por la Iglesia debía ser pecado, por lo menos.

Otra pregunta, mucho más incómoda, me acechó durante un par de intensos minutos. ¿Cómo reaccionaría cuando viera a James? No había pensado mucho acerca de nuestro reencuentro durante mi estancia en la Casa del Sol. ¿Me lanzaría a sus brazos sin más, obviando el hecho de que estaba casado?

Andaba yo en medio de mis arduas cavilaciones cuando escuché la palanca del freno de mano. Regresé a la Tierra entre aturdida y sorprendida por haber llegado a nuestro destino en lo que a mí me había parecido un abrir y cerrar de ojos.

Asomé la cabeza por la ventanilla. Debía haber unos treinta coches aparcados, calculé. No había ni rastro de ninguna ermita, por lo que deduje que deberíamos caminar un tramo hasta llegar a nuestro destino final. Me dispuse a salir del vehículo cuando caí en la cuenta de que no llevaba conmigo ningún regalo de boda.

—¿Cómo diablos se abre esta puerta? —pregunté al no encontrar ningún tirador.

—Mete la mano en ese hueco —dijo señalándolo con el dedo— y pulsa hacia abajo la palanca —añadió como si le estuviera dando instrucciones a un niño de tres años.

Pancho se había vuelto a quedar dormido. Muy a su pesar el marqués decidió dejarle en el coche, no sin antes cubrirle con una manta agujereada que extrajo del maletero.

En tanto salí del vehículo alguien me abordó por la espalda, abrazándome por detrás. Reconocí aquel perfume con un sutil aroma cítrico al instante.

—¡Philippe! —exclamé al tiempo que me libraba de sus brazos y me volvía hacia él con la emoción encogiéndome el alma.

—Dichosos los ojos —bromeó con una sonrisa zalamera mientras abría los brazos exageradamente—. Te he echado mucho de menos. Llevo dos semanas sin meterme en líos —comentó con un guiño.

Philippe era un gran amigo de mi hermana al que yo había tenido la suerte de conocer un par de meses atrás. Una complicidad casi inexplicable nos había convertido en los mejores camaradas en cuestión de pocos días. Aquel hombre de ojos cristalinos y pelo incipientemente canoso se había convertido durante las últimas semanas en mi gran compañero de aventuras.

Me repasó de arriba abajo, sorprendido por mi atuendo. No era mi estilo, en eso estábamos de acuerdo, pero no había tenido más alternativa y, en honor a la verdad, diré que el gusto de la exmujer del marqués, si bien era un poco anticuado también era bastante exquisito.

—Mejor no preguntes... —murmuré sacudiendo la cabeza.

El marqués carraspeó sonoramente, tratando de llamar mi atención. Les presenté sin el menor de los atinos.

—Philippe, este es Juan, un amigo a quien acabo de conocer —dije con

más torpeza que acierto, para después volverme al marqués y añadir—: Juan, él es Philippe, un amigo a quien conocí hace un par de meses.

Estaba *sembrada*, ironicé para mis adentros mientras los dos se estrechaban la mano.

—Haces amigos con mucha facilidad —comentó Juan en un tono burlón.

Asentí, sintiéndome un poco incómoda. Hasta aquel instante ni siquiera me había planteado lo extraño que podía resultar el que llegara a la boda de mi hermana acompañada de un tipo que me doblaba la edad y del que nadie sabía nada.

Philippe desvió su mirada hacia la mano derecha de Juan.

—Se pilló los dedos con una puerta —intervine rápidamente cuando vi la expresión de terror en los ojos de mi amigo, quien no pareció dar mucha credibilidad a mi explicación—. Era metálica. Una enorme puerta metálica.

Aquella *brillante* aclaración salió de mis labios sin haber hecho la parada obligatoria en mi cerebro.

—¿Y de qué decías que os conocéis? —me preguntó Philippe con cara de pocos amigos.

—No lo ha dicho —intervino el marqués, echando la cabeza hacia atrás con pomposidad—. Nos conocimos en la Casa del Sol.

Atajé aquella conversación de raíz. Tomé a Philippe del brazo y le obligué a caminar junto a mí mientras le decía al oído: «Te lo explicaré todo, pero no ahora». Por suerte para mí, respetó mi decisión.

El paraje no podía ser más idílico, pensé al cabo de unos segundos mientras comenzamos a caminar tras los pasos de un grupo de gente que supusimos se dirigían hacia la ermita. A medida que nos adentrábamos en el bosque, un silencio acogedor pareció envolvernos. Nuestros pasos eran sigilosos como los del peregrino que está a punto de coronar un lugar sagrado. Una vegetación abundante rodeaba nuestro sendero, dotándole de una espiritualidad cuasi divina.

—Es un bosque encantado —susurró Juan con una mirada burlona, alejándome de mi placentera ensoñación.

Contuve la respiración durante el instante que mi cerebro tardó en percatarse de la broma que se escondía tras sus palabras.

Cuando llegamos a la ermita me sorprendió ver el número de personas congregadas. Al menos debía haber unas cincuenta y, para mi asombro, no creí conocer a ninguna. ¿Quién diablos sería aquella gente?

La pequeña y singular ermita de Sant Martí del Corb estaba flanqueada

por una espesa arboleda de un verde asombrosamente intenso. El viento se colaba entre las hojas, provocando una curiosa melodía. Fue entonces cuando una ilustre canción andina comenzó a sonar en mi mente, haciendo que el verdor del bosque se volviera casi luminoso.

Cerré los ojos e inspiré la agradable humedad de aquella mágica frondosidad mientras a mis oídos llegaba el susurro de un violonchelo junto a un contrabajo. El viento llevaba consigo una partitura a la que se acoplaron una flauta y un violín. En vista de la hermosa melodía que aquellos instrumentos estaban regalando a mis oídos, un trombón de pistones, una relumbrante trompeta y un clarinete de madera de ébano se unieron a la fiesta.

—*El cóndor pasa* —me susurró al oído el marqués mientras a la armoniosa melodía se incorporaban dos voces masculinas.

Abrí los ojos de par en par y me giré hacia él presa del más absoluto desconcierto. «Una de dos —me dije—. O Juan también escucha música imaginaria, y casualmente es la misma que escucho yo, o bien es capaz de colarse en mi mente». Durante un par de segundos recé para que la opción ganadora fuera la primera.

—La melodía de una hermosa zarzuela peruana estrenada en el antiguo teatro Mazzi el diecinueve de diciembre de mil novecientos trece —comentó al tiempo que cerraba los ojos y movía la cabeza de lado a lado al ritmo de la música—. La compuso Daniel Alomía.

—Yo estaba escuchando a Paul Simon y Arthur Garfunkel —repuse encogiéndome de hombros.

El marqués contuvo la respiración a la vez que se volvía hacia mí abriendo un solo ojo y arrugando el ceño.

—No seas ridícula —me espetó, uniendo las cejas hasta que el espacio que las separaba se esfumó por completo.

¿Yo ridícula? Aquello era el colmo. ¿Qué derecho tenía él a rediseñar mis fantasías? Al primer minuto de enfurruñamiento le siguió la calma que me invadió cuando la melodía regresó a mi mente.

—Escucha la sublevación de los indígenas andinos —comentó Juan con un énfasis cuasi enfermizo—, maltratados y explotados en las minas de la región de Cerro de Pasco —prosiguió al cabo de un minuto, de nuevo con los ojos cerrados mientras trataba, sin éxito, de tararear aquella bella composición.

Alcé la vista y contemplé la ermita y su majestuosa escalinata que parecía

ser el prelude de un hermoso cuento de hadas. Construido con piedra de pequeño tamaño, el santuario se veía enaltecido por la presencia de dos solemnes pilastras que sostenían un porche con tejado a dos vertientes. La ermita de una sola nave estaba rematada por un campanario de espadaña de un solo ojo.

—En tiempos de sequía la gente acudía a la capilla en procesión para rogar que lloviera —dijo Philippe en voz baja.

Los escalones estaban engalanados con pétalos de rosas blancas y velas de distintos colores y formas, en sintonía con la pureza del entorno. El enlace tendría lugar en el porche, pensé al contemplar las tres sillas de madera revestidas con encajes florales. Entre ellas había un soporte de micrófono sobre el que lucía un antiguo U47.

—El micrófono preferido de Frank Sinatra —le comenté a Philippe con una enorme sonrisa.

—El cantante favorito del futuro marido de tu hermana —respondió risueño—. Ulbrecht y Helena hacen una pareja maravillosa —añadió cauteloso, como si quisiera añadir algo más a sus palabras—. Igual que James y tú.

Me volví hacia él con cara de circunstancias. Aquel era un tema del que no quería hablar en aquel instante. Claro que tarde o temprano tendría que enfrentarme a ello, máxime sabiendo como sabía que James aparecería por ahí de un momento a otro.

—¿Por qué no tomamos asiento? —preguntó Juan interrumpiendo nuestro cruce de miradas y señalando la zona frente a la ermita donde los invitados debían sentarse para presenciar el evento.

No di ni dos pasos cuando alguien me agarró del brazo con fuerza. Una voz interior me descubrió la identidad de mi asaltante sin necesidad de volverme hacia él. «¡Es James!», me dijo la voz. Contuve la respiración durante un instante en el que el mundo dejó de girar. Se hizo el silencio a mi alrededor e incluso el viento cesó en su agitación, a la espera de ver cuál era mi reacción. No tuve más remedio que girarme y enfrentarme a aquellos ojos verdes que, sin el menor esfuerzo, me hacían desvariar.

—Tenemos que hablar —dijo con una calculada frialdad, clavándome la mirada mientras con su habitual desfachatez me obligaba a obedecer sus órdenes.

Nos alejamos hacia una zona del bosque donde nadie nos pudiera ver. Una vez se detuvo, me contempló de nuevo. Parecía relajado, pensé al tiempo

que trataba de controlar el frenético ritmo de mi acelerado corazón. Amagó una sonrisa que finalmente no llegó a dibujarse en sus labios. Su característico descaro hizo presencia en su mirada cuando traté de mostrarme esquiva y distante. Acto seguido se abalanzó sobre mí y comenzó a besarme, sosteniéndome la cara entre sus manos mientras yo sentía como la cordura se me escurría entre los dedos.

«Estaba casado, Sofía. James te engañó. Aléjate de él», escuché en el interior de mi cabeza a la vez que trataba de liberarme de las cadenas del amor. Un intento que acabó en fracaso, al menos durante el minuto en que disfruté del tesoro inagotable de sus besos.

—¡Suéltame! —grité cuando por fin recobré la sensatez.

Di un paso hacia atrás que por poco me hace tropezar y caerme al suelo, algo que habría restado fuerza a mi enérgico enfado.

—Vamos, mi amor... —susurró, acercándose hacia mí con cautela.

—¿Mi amor? —repetí mientras notaba como el veneno de la ira recorría mis venas.

El rencor dirigía mi comportamiento a través de una cruceta de la cual colgaban unos hilos imaginarios, haciéndome sentir como un títere en manos de mis maltrechas emociones. Un resentimiento que, acrecentando mi descrédito, desapareció como por arte de magia al cabo de unos segundos. Sentí un frío desgarrador recorriéndome el cuerpo entero cuando constaté la cruel realidad: James podía hacer conmigo lo que le viniera en gana.

—Estás realmente preciosa con este vestido —dijo con una voz que parecía salir directamente de sus satisfechos ojos verdes—. ¿Me perdonas? —preguntó, burlón, mientras me estrechaba de nuevo entre sus brazos.

—No es algo fácil de perdonar, ¿no crees? —repose, fingiendo un imaginario enojo al tiempo que me revolvía furiosa.

Relajó los hombros, sabiéndose ganador.

Cómo había echado de menos la luz de sus ojos, pensé, asimilando mi derrota con la poca dignidad que aún me quedaba.

—Tienes razón —contestó con mesura. Su expresión, a medio camino entre la vergüenza y el arrepentimiento, acabó por ablandar mi maltrecho corazón—. Lo siento. Soy consciente de no ser merecedor de tu perdón, Sofía, pero tienes que creerme cuando te digo que no hay nada que no hiciera por ti. Lo eres todo para mí. —Exhaló un suspiro conmovido—. Aquello no fue más que un error. Mónica y yo ni siquiera estábamos saliendo por aquel entonces. Ella quería irse a vivir a los Estados Unidos, pero no le

concedían el visado, así que Vrej me pidió el favor de que... —No pudo terminar la frase. Tampoco era necesario—. Puro formalismo, nada más que eso. Firmamos el contrato y nunca más nos volvimos a ver hasta hace un poco más de un mes. Créeme, mi amor, solo fue una enorme equivocación.

—No es tu matrimonio con Mónica lo que más me duele, James, sino...

—Sino el engaño —me interrumpió para acabar mi frase. Dejé la oscuridad de mis pensamientos en pausa y asentí con la cabeza—. Lo sé, Sofía, lo sé. Y no imaginas cómo me arrepiento de no habértelo contado.

Tragué saliva mientras veía como aquel encantador de serpientes ganaba cada vez más terreno. Me pilló con la guardia baja y las emociones a flor de piel.

Había olvidado lo atractivo que le encontraban mis ojos. Vestía un elegante traje oscuro con americana de dos botones, camisa blanca y unos resplandecientes zapatos negros. En la muñeca lucía un bonito Cartier, el mismo que yo le había regalado unas semanas atrás.

—Estás muy elegante —me escuché decir.

—Debo estarlo, soy el padrino —comentó con una sonrisa astuta.

—¿Quién es la madrina?

—Tu madre. —Se acercó hacia mí, acariciándome el brazo—. Helena quería que fueras tú, pero no había modo de localizarte.

Tenía sentido, pensé. Llevaba dos semanas ilocalizable.

—¿Te concederá el divorcio? —pregunté, cambiando de tema y tratando de mostrar cierta indiferencia.

—Ya lo tengo. —Sonrió, triunfador, mientras se retiraba un mechón de pelo dorado que le caía sobre la frente. Sus ojos brillaron más que de costumbre, mimetizándose con el verde intenso del bosque que nos rodeaba. Traté de contener la sonrisa que combatía por exhibirse en mis labios, pero fallé en el intento—. ¿Significa eso que ya me has perdonado?

—Significa que debo pensar en ello —contesté muy dignamente, dando un paso hacia atrás.

—¿Quién es el tipo con el que has venido? —preguntó de golpe, clavándome la mirada. En su rostro ya no había ni rastro de su encantadora sonrisa.

No me sirvió de nada mi explosiva imaginación. En aquel instante era completamente incapaz de inventar algo que pudiera tener el menor sentido. Haciendo acopio de mi atrofiada capacidad de improvisación, solté la primera estupidez que me vino a la cabeza.

—Le conocí en un bar de carretera.

—¿Qué diablos hacías tú en un bar de carretera? —preguntó elevando la voz.

Un repentino alboroto de voces, provenientes de la ermita, me libró de un sermón que no tenía intención de soportar. Le lancé una mirada incendiaria, dándole a entender que mi indulgencia pendía de un hilo. Un paso en falso y volvería a la casilla de salida. Por fortuna para mí, James pareció comprender el mensaje a la perfección y me invitó, visiblemente contrariado, a regresar a la ermita.

Tomé asiento junto a Juan y a Philippe, quienes para mi sorpresa parecían haber congeniado a la perfección. Miré a mi alrededor esperando ver a mi hermana. En su lugar mis ojos se cruzaron con los de George, el hermano de James. No pude evitar que las lágrimas recorrieran mis mejillas mientras nos fundíamos en un emotivo abrazo.

—Nos tenías muy preocupados —me dijo en voz baja al tiempo que secaba mis lágrimas con sus manos. Asentí en silencio sin poder controlar la emoción. Se separó de mí y, cogiéndome por los hombros, inclinó ligeramente la cabeza hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos—. No vuelvas a hacer algo así, cariño.

—Lo siento —logré balbucear, absorta por la emoción.

Haré un pequeño alto en el camino para explicar el porqué de mi conmoción. George era la bondad personificada. En mis treinta seis años de vida, jamás había conocido a una persona tan honesta y desinteresada como él.

A diferencia de su hermano, la verdadera belleza de George no se debía a sus seductoras facciones, sino al encanto que se desprendía de su imperecedera sonrisa, que aquel día lucía más entusiasta que nunca. Llevaba el pelo más corto que de costumbre, pensé al contemplarle con infinita admiración. Sus ojos azules me lanzaron una mirada de complicidad a través de sus largas pestañas.

—Casi acabas con mi hermano —me susurró al oído, provocando que el remordimiento floreciera entre mis emociones.

La mujer de George, Carolina, me libró del sentimiento de culpabilidad. Me rodeó con sus brazos ante la atenta mirada de su marido, que sonreía travieso sabiendo el efecto de su comentario.

—Te veo estupenda —me dijo Carolina mientras me sometía al escrutinio de sus enormes y cristalinos ojos.

Juan carraspeó sonoramente a la vez que parecía sobrecogerle un extraño tic en la cabeza. «Preséntame a tus amigos», me pidió con la mirada. La situación resultó ser tremendamente incómoda pero, para mi fortuna, Philippe y sus disparatadas ocurrencias acabaron por normalizar un ambiente de lo más enrarecido.

Sin darme apenas cuenta, Carolina y yo nos fuimos apartando poco a poco del resto hasta que por fin nos quedamos a solas. Le miré, agradeciendo en silencio su presencia, mientras ella hablaba sin parar sobre lo mucho que les había asustado al marcharme de Praga.

Un camarero vestido con smoking y pajarita apareció de la nada. Nos ofreció un par de copas de champagne que las dos agradecemos educadamente.

—¿Quién oficiará la boda? —pregunté de pronto, dirigiendo la mirada hacia el marqués y el coro de gente que se había formado a su alrededor.

—Un cura amigo de tu hermana —respondió Carolina distraídamente mientras se pasaba una mano por su larga y rubia melena.

—¿Un cura? —repetí—. Helena está divorciada. Su primer matrimonio lo celebró por la Iglesia y no creo que ningún tribunal le haya concedido la nulidad eclesiástica.

Carolina no tuvo tiempo de contestar, pues mis padres interrumpieron nuestra conversación. Les saludé visiblemente emocionada pero sin dejar de escuchar una resentida voz interior que me recordaba una y otra vez el último gran engaño. Todos sabían que James estaba casado con Mónica y nadie había tenido la decencia de habérmelo contado.

Decidí dejar el resquemor a un lado cuando aparecieron los padres de James, a quienes saludé casi con más emoción que a los míos. Tras ellos aparecieron Vrej y su esposa Aurelia. Fue Philippe quien hizo los honores de presentar a Juan, algo que, a pesar de lo extraño que resultaba, agradecí enormemente.

—¿Cómo estás, pecosa? —me preguntó el marqués, tomándome del brazo y alejándome de aquel gentío.

—Un poco aturdida.

—Son buena gente —comentó con un tono cariñoso mientras me acariciaba el hombro ante la mirada de mi padre, que en aquel momento conversaba con James y con George.

Comenzó a sonar una suave melodía. Volví la vista hacia detrás y me maravillé al ver el grupo de músicos que amenizaba el evento con dos

violines, una guitarra y un ukelele.

—Lo son —respondí sin prestarle mucha atención.

—James te quiere —comentó de sopetón, haciendo que casi escupiera el sorbo de champagne que acababa de llevarme a la boca—. Haría cualquier cosa por ti, pero está obsesionado con protegerte. Creo que de algún modo se siente culpable por algo que te sucedió. —Le miré con los ojos abiertos cómo platos—. George es una de las personas más honestas y leales que he conocido en toda mi vida —continuó, mirándome atentamente con cara de brujo—. Su mujer y él hacen una estupenda pareja. Juraría que hace poco pasaron por un mal momento en su relación. Es evidente que se encuentran en fase de reconciliación. En cuanto a Philippe, es un hombre de carácter bondadoso. Resumiendo, tus amigos son estupendos —añadió con un gesto de aprobación.

Un hombre de unos cuarenta y pico años, vestido con una llamativa sotana de color crema, se acercó hacia nosotros. Sus labios mostraban una sonrisa tensa que trataba de disimular con cierta torpeza. Miré hacia los lados, tratando de averiguar si era a nosotros a quienes sonreía.

—Buenas tardes, *hermanos*. Nuestro Señor nos ha bendecido con un nuevo día de ilusión y esperanza —dijo el hombre con una extraña inclinación de cabeza para después anunciar —: Soy el cura.

—Yo soy el marqués —bromeó Juan con una gran risotada.

Me giré hacia Juan lanzándole una mirada de reproche.

—Buenas tardes —le dije al cura, estrechándole la mano—. Soy Sofía, la hermana de la novia.

—Perdonen mi interrupción —balbuceó con voz trémula—. Estoy un poco nervioso.

Juan le miró fijamente, intentando adivinar qué era lo que le sucedía. Durante más de medio minuto le observó detenidamente, lo que provocó que el sacerdote se sintiera tremendamente incómodo. Con cierto disimulo me acerqué al marqués y le pellizqué en el brazo, instándole a detener su acechante examen visual.

—Va a officiar una ceremonia religiosa de alguien que contrae matrimonio por segunda vez —comentó Juan entornando la mirada—. ¿No va eso contra la voluntad de Dios? —se burló.

—Con el debido respeto... —protesto el cura, sin encontrar las palabras con las que continuar su interrupción.

—Solo estaba bromeando, joven. No se preocupe en absoluto, aquí

estamos entre amigos.

—Helena me pidió el favor. Nos conocemos desde hace muchos años y...

—Tranquilícese —le pidió el marqués, posando su mano sobre el hombro del cura, quien repentinamente pareció adentrarse en un estado de calma total—. No es a nosotros a quienes ha de rendir cuentas. Ni siquiera ante el Todopoderoso. Es con usted con quien debe estar en paz, ¿comprende? No le dé la menor importancia, muchacho, el matrimonio ya se ha celebrado ante las autoridades civiles, esto no es más que una representación.

El clérigo asintió en silencio como si obedeciera a la voz de su mesías. Philippe interrumpió aquella escena surrealista para pedirle a Juan que acabara de explicarle una anécdota de la que, al parecer, habían conversado minutos antes. Extrañada ante aquel repentino entendimiento entre Philippe y el marqués me quedé a solas con el cura, quien pareció sumergirse de nuevo en un mar de ansiedad.

—Me llamo Lucas —comentó casi en un sollozo.

En aquel momento recordé el frasco de tranquilizantes que Juan había metido en mi bolso instantes antes y pensé que tal vez un comprimido le sería de utilidad, habida cuenta del frenético estado en el que se encontraba. Aceptó mi propuesta sin rechistar, probablemente ansiando que alguien tomara las riendas de su lamentable situación.

La ceremonia dio comienzo veinte minutos más tarde. Fue mi padre quien llevó a mi hermana al altar, donde le esperaba un sonriente y emocionado Ulbrecht. A su lado estaba Lucas, quien extrañamente parecía tener ciertas dificultades para permanecer erguido.

Helena estaba resplandeciente. Lucía un bonito vestido bohemio con un sensual escote en V y unos bonitos tirantes con bordados florales. Sonrió feliz en tanto me vio entre el público. Le devolví la sonrisa entusiasmada por verla tan feliz. Mis ojos se cruzaron con los de James para después clavarse sobre el suelo, incapaz de sostenerle la mirada.

Una vez en el porche, Helena cogió la mano de Ulbrecht, protagonizando una romántica escena que casi todo el público aprovechó para inmortalizar con sus móviles.

Para sorpresa de todos, el cura se sentó sobre una de las sillas de madera, secándose el sudor de la frente con un pañuelo de bolsillo. Vi la expresión de preocupación en el rostro de mi hermana mientras se inclinaba hacia Lucas y

le susurraba algo al oído.

—Queridos hermanos —comenzó a decir el sacerdote tras incorporarse a cámara lenta. Sostenía el micrófono entre sus manos como si estuviera a punto de ponerse a cantar—, estamos aquí reunidos en la presencia de Dios y de estos testigos para... —Lucas permaneció callado durante unos segundos, mirando de un lado a otro como si tratara de adivinar dónde demonios estaba—. Tengo la boca seca, ¿alguien podría traerme algo para beber?

Fui hundiéndome poco a poco en la silla, cubriéndome el rostro con la mano derecha tal que si ansiara ocultar mi vergüenza. Philippe, sentado en la fila de delante junto a James, George y Carolina, se volvió hacia mí.

—¿Tienes algo que ver? —me preguntó divertido.

—No —contesté en voz baja—. Creo que no —me corregí—. Estaba tan nervioso que le di un tranquilizante.

Noté el espanto en los ojos del marqués.

—¿De dónde has sacado ese tranquilizante? —preguntó, impaciente.

—Del frasco que me metiste en el bolso.

—Se va a armar la de Dios es Cristo —exclamó Juan, llevándose las manos a la cara.

Escuché la risilla de George, quien a buen seguro había echado a faltar ese tipo de sobresaltos durante mi ausencia.

Un camarero subió con suma rapidez hacia el porche y le sirvió una copa de champagne al cura. Lucas se la bebió de un trago y acto seguido se limpió los labios con la manga de la sotana. Le pidió al camarero que rellenara la copa y tras bebérsela se dispuso a continuar.

—Pues bien —prosiguió con un tono mucho más animado y excesivamente jovial—, como iba diciendo, estamos todos aquí. Y eso es así, no hay más vuelta de hoja.

Oculté la cabeza con mis manos al tiempo que la fila de delante rompía a reír.

—Amigos, hermanos y demás seres del reino de Dios. Reunidos estamos pues para solemnizar ante el Ser Supremo y en nombre de nuestra Santa Religión la unión de este hombre —dijo, señalando a mi hermana—, y esta mujer —añadió extendiendo los brazos en dirección a Ulbrecht—. Y es que el amor surge donde menos te lo esperas, ¿verdad, amiga Sofía? —preguntó, dirigiéndose al público y buscándome con la mirada.

—¡Alabado sea Dios! —se burló Philippe.

Me llevé la mano al pecho, tratando de contener el frenesí de mi

respiración. Palpé el peón que colgaba de la cadena que me había entregado Juan instantes antes y, como si de un talismán se tratara, sentí un repentino bienestar.

—¿Qué demonios le he dado? —le pregunté al marqués en voz baja.

—Un antipsicótico, pecosa —respondió, disfrutando de la función.

«Señor, ten piedad», recé para mis adentros.

Los ojos del cura comenzaron un bailoteo espasmódico que acompañó con un frenético y aparentemente involuntario movimiento de pies. Los músculos del cuello se le tensaron repentinamente mientras su inquietud motora parecía ir en aumento.

Agitando sus piernas de un lado como si tuviera una inminente urgencia de orinar, Lucas se giró hacia mi hermana y, sonriéndole con una mueca de lo más espantosa, le dijo:

—¿Toma usted a esta mujer, cuya mano sostiene, como su legítima esposa? —Helena comenzó a inclinar la cabeza en dirección a Ulbrecht, tratando de hacerle comprender al cura que era a él a quien en aquel momento debía dirigirse. Desafortunadamente, Lucas no pareció comprender el encriptado mensaje de mi hermana—. ¿Promete usted solemnemente, delante de Dios y de estos testigos, que la amaré, honraré y la consolaré *hasta que ya no aguante más*?

Ulbrecht se pasó los dedos por el cuello de la camisa, consciente del circo en que estaban inmersos. Mi hermana, por el contrario, parecía tranquila, aunque lo cierto era que se estaba debatiendo entre ahogar a Lucas con sus propias manos o largarse de ahí.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo —dijo Lucas mirando hacia el público con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Amén —respondimos todos casi involuntariamente.

—La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con vosotros —prosiguió, ganando seguridad.

—Y con tu espíritu —coreó el público con un murmullo general que apenas se apreciaba entre las carcajadas de George y Philippe.

Aquello estaba resultando ser una auténtica pesadilla.

—Por favor —le supliqué al marqués con las manos en posición de oración—, haz algo.

—¿Por qué, pecosa? Hacía años que no me lo pasaba tan bien —comentó secándose las lágrimas de los ojos.

No me hizo falta contestar. Cogí el colgante y sostuve la figurita de marfil

entre mis manos, amenazándole con una mirada prendida por el fuego de la ira. Juan se levantó al instante, encaminando sus pasos hacia el altar donde mi hermana y Ulbrecht permanecían atónitos ante el bochornoso espectáculo que el cura estaba ofreciendo.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre — prosiguió Lucas, cada vez más animado.

Y de pronto, la hecatombe final pareció bajar a la tierra cual ángel celestial. El cura agarró el micrófono con una mano y, sin pensárselo dos veces, comenzó a cantar. El grupo de músicos, en un arranque de lo más artístico, le acompañó con el violín, la guitarra y el ukelele. El público asistente, creyendo que todo era parte de la función, empezó a tararear la letra de aquella improvisada canción mientras Lucas alzaba las manos como si de una gran estrella de rock se tratara.

—Venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo —canturreó Lucas, quien en aquel momento contaba con el apoyo incondicional de su público—. Danos hoy nuestro pan de cada día; *también un poquito de vino, a poder ser*; perdona nuestras ofensas, *si te da la gana*; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.

—Amén —cantaron los invitados.

El marqués llegó a lo alto del porche casi jadeando, agotado por la risotada que le había sobrecogido. Se colocó detrás del sacerdote y sin previo aviso le agarró del brazo para después darle un par de toques en el hombro. Lucas, medio hipnotizado, se volvió hacia él. Parecieron conversar durante un par de minutos, mientras todos observábamos la escena con gran expectación. Acto seguido el cura se giró, dándole la espalda a Juan. Sus ojos parecían haber tomado de nuevo una forma humana. Resoplé aliviada, agradeciendo al universo que hubiera puesto fin a aquel disparatado enredo. Como si de una persona distinta se tratara, Lucas ofició la misa con la mayor de las diligencias, sellando el amor eterno entre dos almas que ya nunca más se separarían.

El convite tuvo lugar en una masía próxima a la ermita. Durante el trayecto en coche Juan y yo apenas hablamos del incidente que acababa de tener lugar, entre otros motivos porque Philippe iba sentado, junto a Pancho, en los asientos traseros.

—Yo siempre quise tener un burro —le escuché decir a mi amigo.

Ninguno de los dos le respondimos, pero el marqués le dedicó una graciosa sonrisa a través del retrovisor, que acompañó con un guiño de complicidad.

Llegamos a nuestro destino en apenas diez minutos. Bajé del coche enojada con el cosmos, enfurecida por el contratiempo que a punto había estado de arruinar la boda de mi hermana. Divisé a James a lo lejos, junto a mi hermana y a Ulbrecht. Parecía tan apuesto que durante un instante de locura barajé la posibilidad de proponerle el fugarnos a un lugar lejos de aquel alboroto. De pronto, parecía serme irrelevante el que me hubiera engañado, como si mi corazón ganara terreno a la razón.

Me acerqué hacia mi hermana y Ulbrecht y les saludé con más emotividad de la que pretendí. Helena me estrechó entre sus brazos sin comentar nada acerca del pequeño infortunio acaecido durante el enlace.

—¿Y para cuando vuestra boda? —preguntó Ulbrecht con una mirada traviesa que nos dirigió a James y a mí.

—No habrá boda —respondí sin pensar. Los tres me miraron con los ojos abiertos, como si acabara de invocar al diablo. Una reacción que encontré extremadamente exagerada. No obstante, y pensando en la felicidad de mi hermana, decidí matizar mis palabras—. Por el momento.

James rodeó mi cintura con su brazo derecho y me besó en la mejilla con total naturalidad, como si volviéramos a ser una pareja de enamorados. Y de nuevo sentí todo mi cuerpo temblar ante su proximidad, algo a lo que parecía condenada de por mi vida.

—¿Quién es ese hombre con el que has venido? —preguntó mi hermana mucho más relajada.

Carraspeé un par de veces y me rasqué la cabeza nerviosamente.

—Un viejo amigo del despacho —se me adelantó James, cubriéndome con suma habilidad.

George se unió al grupo mientras Carolina, Philippe y mis padres conversaban animadamente con Juan. Les observé de reojo, preocupada por lo que pudieran estar comentando.

—Un gran tipo ese amigo tuyo —dijo George—. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Juan Valdez —respondí.

—¿Juan Valdez? —repitió Ulbrecht con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo...?

—Sí. Como el cafetero colombiano —contesté sin dejar de observar a

George, quien para mi sorpresa y la de su mujer parecía tener una repentina fijación con mi escote.

James estaba entusiasmado con nuestra supuesta reconciliación. Tanto que apenas sacó a relucir su lado inquisidor, comportándose conmigo de un modo muy cariñoso. Yo no tenía ganas de discutir ni de mostrarme esquiva, por lo que simplemente me dejé adular, disfrutando de sus atenciones y de su habitual galantería.

Una vez la conversación giró hacia otros derroteros, George se acercó hacia mí y, en voz baja, me pidió que le acompañara a un lugar donde pudiéramos hablar a solas. Mis padres y los de James se habían unido al grupo, de modo que nuestra repentina ausencia pasó totalmente desapercibida para todos. Para todos excepto para James.

—¿Qué es lo que llevas colgado del cuello? —preguntó George sin el menor prolegómeno.

Bajé la mirada hacia mi escote. El peón había salido de su escondite. En un gesto de lo más revelador lo oculté de nuevo, acrecentando con ello la curiosidad de George.

—No estoy segura —balbuceé, mirándole como si hubiera cometido un crimen.

—¿De dónde lo has sacado?

—Me lo dio Juan.

—¿Juan? —repitió, rascándose la nuca—. ¿De qué le conoces?

Me mordí el labio y bajé la mirada al suelo.

—Tenemos dos opciones, Sofía —comentó con un tono poco amistoso, algo impropio en él—. O me cuentas quién es ese hombre o se lo pregunto yo mismo.

Permanecí en silencio durante un instante hasta que finalmente decidí sincerarme.

—Es un miembro de la Orden del Denario, una comunidad secreta de banqueros que al parecer planea hacer algo terrible —comenté, asumiendo que George no tendría ni idea de lo que le estaba hablando.

—Un miembro de la Orden del Denario —repitió, medio hipnotizado mientras zarandeaba la cabeza.

—Concretamente, un marqués —apunté con simpleza—. Me ha pedido que le ayude a desenmascarar a la orden.

—¡Santo cielo, Sofía! —profirió llevándose la mano derecha a la frente—. ¿Tienes idea del lío en que te has metido?

Philippe interrumpió nuestra conversación. Se acercó a nosotros bailando al son de la música con la que un grupo de jazz animaba la velada.

—Están sirviendo la cena —nos anunció con una cómica reverencia, sosteniendo una copa de vino que a punto estuvo de desparramarse sobre mi vestido.

Mientras caminábamos detrás de Philippe, George me agarró de la mano y me entregó una tarjeta, acercándose a mi oído para después decirme: «Nos vemos mañana a las seis de la tarde en esta dirección. Puedes venir con Juan si así lo deseas, pero por lo que más quieras, no faltes a la cita».

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral con la ferocidad de un rayo. Permití que mi respiración se acelerara, dando con ello mi aquiescencia al estado de ansiedad que estaba a punto de conquistar mi estado de ánimo.

Entramos en una bonita carpa decorada con infinidad de luces. Una tropa de elegantes camareros invadió la sala con gran cantidad de aperitivos. Rechacé un canapé de anchoas con pimientos de piquillo y aceite de argán que, a decir verdad, tenía una pinta de lo más exquisita.

Dos copas de vino, las bromas de Philippe y el continuo coqueteo con James bastaron para que en cuestión de minutos lograra olvidar mi repentina desazón. Como si de una montaña rusa se tratara, mis emociones oscilaron desde la más sombría obnubilación hacia una súbita felicidad.

—Come algo, pecosa —me pidió Juan mientras conversaba con Philippe ante la atenta y desconfiada mirada de George.

Regresando a la infancia de una niña obediente, decidí hacerle caso y probé una succulenta cucharilla de brandada de bacalao regada con mermelada de tomate. Me relamí los labios, dejando de lado mis modales, y probé un nuevo tentempié: croquetas de setas y un queso de oveja italiano.

Juan parecía haberse integrado a las mil maravillas. Era más que evidente lo a gusto que se sentía. Ello no impidió el que estuviera pendiente de mí en todo momento, colmándome de atenciones para desagrado de James y desconfianza de George.

En un momento de distracción me alejé del bullicio, pues necesitaba un instante a solas conmigo misma. Pero el destino no quiso concederme mi pequeño deseo de tranquilidad. Al alejarme de la carpa vi a George y a James hablando entre susurros en un lugar apartado del resto. La curiosidad me obligó a encaminar mis pasos hacia ellos, intuyendo que su conversación giraría en torno al marqués.

—¿Quién demonios es ese tipo? —le preguntó James a su hermano

mientras yo me escondía tras un árbol rodeado de maleza situado a unos cuatro metros de distancia.

—Tal vez deberíamos hablar de ello en otro momento...

—Sabes que no soy un hombre de mucha paciencia —le advirtió.

—Me temo que tenemos un problema —comentó George sin saber muy bien cómo abordar aquel asunto.

James resopló creyendo intuir lo que se avecinaba. Pero lo cierto era que no tenía ni la menor idea de cuál era la última jugada del destino. A decir verdad, ninguno la teníamos.

—Déjate de rodeos. ¿Quién es ese hombre? —insistió.

—Un miembro de la orden.

—¿De la orden? —repitió James con un tono de voz cada vez más alterado—. ¿De qué diablos estás hablando?

—Juan Valdez es un miembro de la Orden del Denario. Un marqués.

Me quedé inmóvil a la espera de escuchar la reacción de James, quien de pronto comenzó a blasfemar en su lengua materna, soltando exabruptos sin importarle quién le pudiera escuchar.

Desvié la mirada hacia la oscuridad de la noche mientras me preguntaba qué tendría que ver la dichosa secta de los banqueros con ellos dos. La tensión del momento me hizo advertir un ruido a mis espaldas. Volví la vista hacia atrás, pero no divisé nada extraño entre la espesura de los arbustos.

—¿Y qué hace con Sofía? —preguntó James una vez recobró la compostura.

—No tengo ni idea. Philippe ha interrumpido nuestra conversación y, sinceramente, no me parece el lugar ni el momento adecuados para tratar de averiguarlo.

—Tienes razón —admitió James. Comenzó a resoplar al tiempo que negaba con la cabeza—. No sé cómo demonios lo hace, pero es un auténtico imán para los problemas.

—¿De quién hablas?

—De Sofía —contestó, contrariado.

George soltó una pequeña carcajada.

—Pues vete acostumbrándote a ello —comentó mientras le daba una pequeña palmada en el hombro—. Vas a casarte con ella.

—Eso aún está por ver.

—Acabará perdonándote. —Permanecieron en silencio durante un breve instante, tras el que George continuó hablando—. Escucha, es posible que

todo este asunto tenga algo de positivo.

—¿Ah sí? —preguntó James con un tono sarcástico—. Ilústreme, George, ¿qué tiene de bueno que Sofía haya conocido a un miembro de la Orden del Denario?

—¿Acaso no lo ves? —preguntó George pacientemente—. Juan Valdez es un marqués. Si empleamos nuestras cartas con inteligencia —comentó, acompañando a sus palabras de un largo suspiro—, podremos atrapar al Rey.

Continué espíándoles durante un par de minutos más hasta que el sonido de unas pisadas me obligó a salir de mi escondite. Me di la vuelta, sobrecogida, y me topé de bruces con el marqués. Se llevó el dedo índice a los labios, pidiéndome que guardara silencio. Me agarró del brazo y comenzamos a caminar, alejándonos sin hacer apenas ruido.

—¿Cuánto...? —tartamudeé, deteniendo mis pasos—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente —respondió con seriedad. Parecía perturbado—. No son simples policías, ¿me equivoco?

Sentí el remordimiento en la boca del estómago.

—No lo son —admití con las pulsaciones aceleradas—. Perdóname, Juan. No tuve más remedio que contarle a George quién eras realmente.

Permaneció en silencio y con la mirada perdida durante un par de agónicos minutos. Masajeó su barba mientras parecía sopesar la delicada situación. Y de pronto, se dibujó una inquietante sonrisa en su rostro. Comenzó a asentir con la cabeza, reforzando la conclusión a la que acaba de llegar.

—Lo siento mucho —me disculpé de nuevo.

—¿Qué sientes, pecosa? —preguntó, sujetándome por los hombros—. Soy yo quien siente haberte metido en este lío, pero lo cierto es que ya es tarde para arrepentirse. —Posó sus hipnóticos ojos sobre los míos y luego simplemente añadió—: Escucha, Sofía, no estoy enfadado, sino agradecido. A menudo me he preguntado por qué nuestros caminos se han cruzado de forma tan extraña. Acabo de averiguar la respuesta.

—¿Y cuál es? —pregunté con los ojos abiertos por la tensión.

—Tus amigos serán quienes nos ayuden a desenmascarar a la orden —sentenció.

Abrí la boca para rebatir aquel dictamen, pero la presencia de Philippe

interrumpió nuestra conversación. Llegó hasta nosotros bailoteando y tarareando una alegre cantinela.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —exclamó, alzando su copa al aire.

—Ahora mismo regresábamos a la fiesta —mintió Juan mientras echaba a andar.

Unos metros más adelante el marqués me rozó el hombro. «Hablaemos más tarde. Ahora límitate a disfrutar», me susurró al oído.

El ambiente en la carpa era especialmente jovial, ajeno a la telaraña de desventuras que se tejía a nuestro alrededor. Sirvieron el plato principal y, a pesar del exquisito olor que desprendía, fui incapaz de probarlo. Mi padre, sentado a unos dos metros de distancia, me ofreció una sonrisa amable y un tanto preocupada. Saqué fuerzas del subsuelo y traté de recuperar el aplomo necesario que me permitiera mostrar un aspecto más entusiasta. Al fin y al cabo, era la boda de mi hermana.

En vista de mis atolondrados e ineficaces esfuerzos por recobrar la normalidad, el marqués me golpeó suavemente en el hombro, empleando sus dedos índice y corazón. Se aproximó a mi oído y comenzó a murmurar unas palabras que apenas comprendí. Una combinación armoniosa de sílabas que, si bien no entendí, ejercieron sobre mí un inexplicable poder espiritual. Al cabo de unos minutos, la tensión que dominaba mis emociones parecía haberse evaporado como por arte de magia.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté, todavía medio embelesada.

—Brujería —bromeó con un guiño.

La celebración transcurrió entre bromas y risas. Una vez terminamos de cenar, comenzó el despliegue de postres. Helena no quería una tarta nupcial, por lo que había puesto todo su esmero en que la selección de dulces colmara las más altas expectativas. Me quedé extasiada al contemplar el tiramisú crujiente con salsa de caramelo que le sirvieron a Philippe.

—¿Por qué los demás no tenemos ese postre? —protesté instintivamente, lo que provocó una carcajada colectiva.

Me quedé con la boca abierta cuando el camarero sirvió una suculenta esponja de fruta silvestre con bizcocho empapado en licor casero. Tuvieron lugar muchas bromas con la mousse de chocolate blanco y fruta de la pasión. Pero sin duda alguna, la estrella de la noche fueron las medias lunas de coco con helado de pistacho en su interior, sirope de melocotón y almendra laminada.

Después de los postres, los cafés y una cantidad indecorosa de licores y

copas de champán, el organizador de la ceremonia, un hombre soltero entre cuyas creencias no entraba la del matrimonio, nos invitó a trasladarnos hacia lo que llamó «la zona de la marcha».

Me quedé a medio camino charlando con mi hermana.

—Y bien —me dijo con ese tonillo de sabelotodo que tanto había echado de menos—, ¿quién es en realidad tu misterioso acompañante? Todo el mundo habla de él. Al parecer tiene un gran don de gentes —comentó, aplicando una extraña entonación a sus últimas palabras.

¿Cuántas veces había llegado a responder aquella misma pregunta en lo que iba de noche? Pero a mi hermana no podía decirle la verdad. No en la noche de su boda. No podía decirle que había conocido al marqués mientras estaba ingresada en un manicomio. Tampoco podía decirle que Juan me había pedido que le ayudara a desenmascarar una peligrosa secta de banqueros. Y, por supuesto, no podía revelarle que había vuelto a meterme en un gran lío, peligroso y de dimensiones todavía desconocidas.

—Un viejo amigo del despacho —respondí con inocencia y poco acierto, repitiendo las mismas palabras que había pronunciado James cuando trataba de encubrirme.

Ulbrecht se acercó a nosotras con ojos vivarachos, fruto de una combinación de lo más letal: alcohol y enamoramiento. Se quitó la americana y se la puso a mi hermana sobre los hombros.

—¿No tienes más ropa? —preguntó Helena al ver que yo también comenzaba a tiritar de frío.

—Tengo una chaqueta en el coche de Juan. Iré a por ella —contesté.

Ulbrecht se cruzó en mi camino y me dio el alto con su enorme mano derecha, mostrándome la palma extendida cual agente de tráfico.

—No será necesario —dijo con un tono jocoso, dejando entrever su avanzado estado de embriaguez—. Yo iré a por ella. ¿Cuál es el coche de Juan? —añadió siseando y con cierta dificultad para mantenerse de pie.

—Es una Renault 4 amarillo. Juan tiene las llaves.

—¡Allá vamos! —exclamó risueño mientras se aflojaba el nudo de la corbata.

El marqués le dio las llaves del coche en tanto Ulbrecht se las pidió. Después lo vimos alejarse por un camino de tierra en busca de mi chaqueta. George y Carolina se acercaron a nosotras entre mimos y carantoñas. Estaban realmente enamorados, pensé mientras sonreía de felicidad. Los siguientes en unirse a nosotros fueron James y Philippe.

—¿Dónde está Juan? —pregunté alarmada.

—Está conversando con el cura —respondió James mientras se quitaba la americana y la colocaba sobre mi espalda.

Ulbrecht regresó en aquel instante, sin mi chaqueta y con el rostro pálido. Negaba con la cabeza mientras su mano derecha parecía cobrar vida propia.

—Chicos —comentó—, creo que necesito un descanso.

Volvió a irse ante nuestra asombrada mirada. Al poco regresó con una silla de madera sobre la que dejó caer su cuerpo.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó mi hermana sin mostrarse muy preocupada—. ¿Tal vez *nos hemos* pasado con el alcohol? —añadió con cierto retintín.

—Eso debe ser —respondió él con la mirada perdida—. Hacía años que no me sentaba tan mal. Años o tal vez una vida.

Todos nos reímos de él sin saber cuál era su verdadera preocupación. Fue George quien pareció intuir algo más que una borrachera mal llevada.

—¿Qué sucede, amigo? —le preguntó inclinándose hacia él.

—He visto un burro —reveló Ulbrecht—. Un burro en un *Cuatro Latas*.

«¡Maldición!», exclamé en voz baja al tiempo que daba un paso atrás hasta tropezar con los brazos de James.

Me había olvidado por completo de Pancho.

Todos comenzaron a reír de nuevo, tomándose a broma la confesión de Ulbrecht. Todos a excepción de James, que se percató de mi poco disimulada reacción, y de Philippe.

—¿Y dónde está ahora ese burro? —bromeó Carolina.

Ulbrecht se encogió de brazos.

—No sé —respondió visiblemente avergonzado—, salió del coche.

—¡Maldita sea! —bramé furiosa con el malintencionado destino.

Miré a mi alrededor, tratando de encontrar a Juan, pero no hubo manera de localizarle, por lo que le pedí a Philippe que me ayudara en mi empeño. «¡Pancho!», gritamos los dos al unísono.

No fue necesario buscar mucho más. El alarido de mi madre nos alertó de la presencia del animalillo, que se había unido a la fiesta con total naturalidad, como si de un invitado más se tratara.

El espanto se reflejó en la mirada de mi hermana cuando vio a Pancho correteando entre los invitados.

—Pero ¿qué demonios hace aquí un burro? —gritó Helena, presa de un repentino histerismo.

—Ya os lo decía yo —comentó Ulbrecht, levantándose de la silla con un renovado entusiasmo.

La gente comenzó a gritar como si hubieran visto al anticristo. La oscuridad y el alcohol no jugaban a nuestro favor. Hubo quien incluso creyó ver en Pancho a un feroz jabalí. Una amiga de mi hermana, ex compañera de la universidad, juró y perjuró haber visto un lobo, mientras su achispado marido le corregía: «No, cariño. Es un coyote».

—¿Un coyote por estos lares? —intervino mi padre con una gran carcajada, tomándose a broma la situación—. Yo creo que más bien era un elefante de circo.

Más y más invitados se unieron a aquella absurda discusión, todos tratando de aportar su granito de arena, cada uno con su teoría sobre qué animal era el que rondaba por aquel lugar. Entre tanto, Pancho parecía haber desaparecido, lo que me llevó a sentirme terriblemente preocupada.

—Tranquila, Sofía —me susurró Philippe—. Lo encontraremos.

Y de nuevo apareció el animal. Acostumbrado como estaba a la presencia humana, no pareció importarle el gentío ni el bullicio. Observó a los invitados y, en cuanto me reconoció, echó a correr hacia mí como un cachorro jugueteón que acababa de reencontrarse con su mejor amigo. Traté de apresarle, pero todo cuanto conseguí fue incitarle aún más a jugar. Se coló entre los invitados, rebuznando como si hubiera consumido algún tipo de excitante mientras el público parecía habituarse a su presencia.

Mi hermana me lanzó una mirada asesina, instándome a acabar con aquel espectáculo, pues Pancho había comenzado a mordisquear los vestidos de las invitadas.

—¡Me va a oír el marqués! —protesté en voz alta, presa del pánico. Juan apareció en aquel instante como salido de la nada. Grité su nombre en tanto le vi, agitando los brazos en señal de socorro, y me acerqué a él, jadeando—. ¡Pancho se ha escapado!

—¿Le ha llamado *marqués*? —le preguntó Carolina a James.

—Mañana hablamos —fue todo cuanto él contestó, observándome con una extraña mirada, a medio camino entre la preocupación y la diversión.

Juan llamó a Pancho con un ensordecedor y efectivo silbido. El burro acudió a él saltando de entusiasmo, dando por concluida aquella rocambolesca desventura.

En tanto la calma regresó, mi instinto de supervivencia me obligó apartarme momentáneamente del grupo, ansiando un minuto de tranquilidad

que el destino no parecía dispuesto a concederme. Una vez a solas me senté sobre un viejo columpio de madera y comencé a balancearme mientras cientos de preguntas se asentaban entre mis pensamientos.

¿Cómo era posible que James y George hubieran oído hablar de la secta de los banqueros cuando se trataba de una organización secreta? ¿Qué era lo que sabían exactamente sobre la Orden del Denario? ¿Acaso conocían la identidad del Rey? ¿Sabrían cuáles eran sus verdaderas intenciones? ¿Estarían James y su hermano al corriente sobre el maquiavélico plan del Rey?

Una bombilla de gran potencia lumínica se encendió en mi cabeza, iluminando mi repentina oscuridad. La luz se volvió cegadora y dañina, revelándome una verdad que me negaba admitir: había sido víctima de un nuevo engaño. James no había dejado su trabajo como me había prometido, seguía en activo, colaborando con aquella unidad especial que luchaba contra el crimen organizado. La misma unidad que había dirigido mi padre y que, a buen seguro, ahora estaría dirigiendo él.

Desde mi posición pude ver como el marqués y James se alejaban hacia un lugar apartado. No me lo pensé dos veces y, por segunda vez en lo que iba de noche, me dispuse a espiar una conversación ajena. Caminé con sigilo hasta que por fin les di alcance. Para entonces ya debían haber hablado durante un par de minutos, de modo que supuse que James ya estaría al tanto de cómo había conocido al marqués.

Me mantuve a una distancia prudencial de unos tres metros, escondiéndome de nuevo tras un enorme árbol.

—Mañana acabaremos de concretar los detalles —comentó James en un tono especialmente serio—, pero, por ahora, aléjate de Sofía —le ordenó.

—Eso debería decidirlo ella, ¿no crees? —respondió Juan.

Una siniestra sonrisa apareció en el rostro de James. Dio un paso al frente y con un tono amenazante le advirtió:

—Si le pasa algo te juro que lo lamentarás.

—Calma, muchacho —le pidió el marqués con voz serena—. No es mi intención ponerla en peligro.

—Demasiado tarde —le interrumpió James con acritud—. ¿De qué demonios os conocéis?

—Preferiría que fuera ella quien te lo explicara. Vamos, James, no veas fantasmas donde no los hay. El destino ha querido que Sofía se cruzara en mi camino. Si te soy sincero, al principio no tenía ni idea de por qué, pero ahora

que os conozco creo que ya lo sé.

La intuición me habló con suma claridad en aquel instante. El marqués sabía que yo les estaba espiando. Su extraña maestría le había advertido de ello, no me cabía la menor duda. Ese fue el motivo por el que sus palabras fueron mucho más comedidas de lo que en realidad hubiera deseado.

—Pídele que te devuelva la cadena que lleva alrededor del cuello.

—Se lo pediré, descuida —indicó con un tono cortés antes de exigir una contrapartida—, pero antes prométeme que me ayudaréis a librar esta guerra.

—¿Qué guerra? —preguntó James mostrando indiferencia.

—No juegues conmigo, muchacho —le pidió, midiendo sus palabras.

—No tengo ni la menor idea de lo que me estás hablando.

Juan sonrió antes de asestarle su estocada final.

—¿Acaso no estabas hablando antes con tu hermano acerca de la Orden del Denario y sobre vuestro interés por el Rey?

Aquel golpe pilló a James totalmente fuera de juego. La frustración se transformó en una mirada incendiaria. Permaneció en silencio durante unos segundos, probablemente reprochándose el que un tipo como Juan hubiera conseguido ponerle en jaque.

—Así que nos estabas espiando... —comentó, apretando la mandíbula—. Y dime, Juan, ¿qué es exactamente lo has averiguado?

—No sé exactamente quiénes sois ni tampoco a qué os dedicáis, pero sé que andáis tras el Rey. Podemos aunar nuestras fuerzas. Tal vez no me creas, pero os puedo ser de gran utilidad. Soy uno de los miembros más longevos de la orden y dispongo de una información que os puede ayudar a acabar con el Rey.

Permanecieron en silencio durante un instante, batiéndose en un cruento intercambio de miradas.

—Lo haremos a nuestra manera —respondió James, tajante.

—A vuestra manera... —repitió el marqués con una bravucona mueca de desprecio.

James se mordió el labio para evitar soltar una grosería. Haciendo gala de un autocontrol más que envidiable logró controlar la ira y, con toda la serenidad que logró reunir, trató de zanjar la discusión.

—No habrá ninguna guerra —decretó sin mucha convicción.

Hubo un instante de silencio.

—¿Hablas latín, hijo? —James asintió, mirándole con desprecio—. Entonces comprenderás lo que te voy a decir —comentó con una voz

sobrecogedora—. *Si vis pacem, para bellum.*

«Si quieres la paz, prepárate para la guerra», traduje mentalmente.

Capítulo 6

De abogada a banquera

En tanto me levanté al día siguiente sentí la dolorosa bofetada de la resaca. Las dos semanas en la Casa del Sol, durante las que no probé ni una sola gota de alcohol y apenas había fumado un par de cigarrillos, habían resultado ser una saludable cura de desintoxicación. En cambio, aquella mañana volví a sufrir los devastadores efectos de la bebida.

Mi sistema nervioso pareció confabularse con el enemigo, haciendo que un dolor agudo y continuo me abordara sin la menor piedad. Sentí un insoportable malestar en la mitad derecha de mi cabeza. El ojo de tal extremo se mimetizó con mi agonizante estado y comenzó a latir desenfrenadamente. Me incorporé lentamente, como si temiera que la bomba instalada en mi cabeza explotara de un momento a otro.

Había pasado la noche en una bonita habitación rústica de aire provenzal. Respiré el agradable aroma a lavanda mientras contemplaba, maravillada, la hermosura de aquella estancia donde la madera y el blanco parecían ser los claros protagonistas.

El exceso de luz me hizo volver a cerrar mi ojo derecho, empeñado en hacerme agonizar. La sobriedad y la elegancia de aquel mágico aposento contrastaban con el desastre que alguien había armado en el suelo de la habitación. Supuse que ese *alguien* debía haber sido yo misma cuando, entre el desorden de sábanas, almohadas y toallas que había en el suelo, divisé mi vestido.

Me tumbé de nuevo sobre la cama y contemplé ensimismada el techo con vigas de madera. Observé la pared de ladrillo que quedaba a mi izquierda, combinando con sumo gusto el estilo industrial con la inspiración campestre. Junto a ella había un gran sillón de cuero desgastado sobre el que descansaba una manta de color verde.

Traté de incorporarme de nuevo al preguntarme dónde diablos estarían Juan y Pancho. Un nuevo latigazo me azotó con fuerza en la cabeza cuando me levanté, haciendo que por un instante temiera caer redonda sobre el suelo. Logré llegar hasta el lavabo con una velocidad no superior a la de una babosa maltrecha. Una vez ahí, me miré en el espejo y comencé a hablar con la mujer que tenía delante.

—¿Por qué no habré pasado la noche con James? —le pregunté de

pronto, como si mi reflejo pudiera solventar todas y cada una de mis dudas.

Llené el lavamanos de agua mientras me reprendía por mi lamentable aspecto. Medio minuto con la cara sumergida en un agua considerablemente fría, bastó para despertar a mis neuronas. Me recogí el pelo en una coleta y, por enésima vez, me prometí a mí misma no volver a probar el alcohol. Fue entonces cuando me percaté de la desgracia. Abrí los ojos como platos y me llevé la mano al pecho como si acabara de presenciar la mayor desgracia de mi vida. El colgante que me había entregado Juan había desaparecido.

Regresé a la habitación aterrada y me senté sobre el borde de la cama, tratando de serenarme. Un minuto después comencé a revolver toda la estancia en busca de aquel maldito peón, cuya desaparición calmó momentáneamente mi agónico dolor de cabeza. Al no dar con él tuve que hacer frente a la triste realidad. Había perdido un objeto de gran valor, la llave que abría la puerta a la salvación del marqués.

Ensayé mis disculpas frente al espejo antiguo que había sobre la cómoda. No había mucho que pudiera alegar en mi defensa, pensé cabizbaja. En aquel instante escuché unos nudillos golpeando la puerta de la habitación. Contuve la respiración como si ello pudiera detener el tiempo. Medio segundo después y, sin esperar respuesta alguna por mi parte, la puerta se abrió.

—¡Buenos días, pecosa! —exclamó Juan con un entusiasmo envidiable.

Balbuocé mis disculpas entre un llanto tan patético como ensordecedor. Percibí algo extraño en su mirada, pero continué hablando sin parar hasta que finalmente la sonrisa del marqués me advirtió del malentendido.

—No has perdido nada —me dijo con voz relajada—. Yo tengo el peón.

—Pero, ¿cómo...?

—Anoche te lo pedí y tú me lo diste —aclaró, mirándome atentamente—. Es peligroso que lleves algo así colgado del cuello. Fue una temeridad por mi parte el habértelo entregado y te pido perdón por ello. Yo... —prosiguió, dubitativo—, tenía que hacerlo.

Cerré los ojos y respiré aliviada.

—¿Por qué es tan importante ese peón? —pregunté con curiosidad.

—Todos los miembros de la orden tenemos uno —respondió rascándose la coronilla—. Es nuestra obligación llevarlo con nosotros a cada reunión.

—¿Para qué?

Juan se metió la mano por el cuello de la camisa y sacó la cadena con el peón. Me mostró la base del mismo donde advertí un código ilegible.

—Es una clave única de identificación.

—¿Y por qué un peón?

Sonrió, irónico.

—Son fieles soldados de infantería.

Resoplé, confusa.

—Si todos tenéis uno, ¿qué tiene este de especial? No es más que una figura de ajedrez.

—Es mucho más que eso, pecosa. —Permaneció en silencio durante un par de interminables segundos. De pronto tuve la inquietante impresión de que Juan estaba a punto de revelarme algo importante. Y así fue—. Es el peón del Rey.

Tardé un par de minutos en darme cuenta de la relevancia de su confesión. Claro que, el hecho de que por fin me hubiera percatado de cuán importante era no significaba que lo hubiera comprendido.

—Me temo que sigo sin entenderlo. Tal vez cobre valor al pertenecer del Rey, pero ¿qué importancia puede tener un diminuto peón? ¿Acaso es un objeto de culto? —pregunté a modo de burla.

—Marfil de elefante —comentó, sacudiendo la cabeza con repugnancia—. Un ejemplar joven.

—El Convenio CITES prohibió el comercio internacional de marfil de elefante hace más de veinticinco años —apunté.

—Pero no la venta del mismo en mercados locales —puntualizó, curiosamente irascible—. Continúan comercializándose toneladas de marfil ilegal escudándose bajo el manto del comercio legal.

Le miré extrañada, sin entender muy bien por qué estábamos teniendo aquella conversación.

—¿Y en qué se diferencia este peón del que tienen los demás miembros de la orden?

Sonrió con satisfacción.

—En el contenido.

Juan hizo girar la base del peón, enroscada al resto del cuerpo.

—¿Es una memoria USB? —pregunté ladeando la cabeza.

—Eso es.

Creí intuir lo que aquello podía significar, pero la falta de cafeína en mi cuerpo junto con el latente dolor de cabeza anularon por completo mi capacidad de raciocinio.

—Creo que necesito un poco de café.

Una vez en la cocina me senté sobre uno de los cuatro taburetes de mimbre que había junto a la isla móvil situada en la zona central de la estancia. Juan comenzó a preparar café al tiempo que parecía tararear una canción estival.

—¿Dónde están todos? —pregunté sorprendida al no ver a nadie.

—La mayoría de invitados se fueron anoche. Solo quedamos los más allegados —comentó como si él fuera un íntimo amigo de la familia—. Tu hermana y Ulbrecht están preparando la maleta. —Se miró el reloj—. En veinte minutos se irán al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? —pregunté abriendo los ojos.

—Eso he dicho —respondió con una sonrisa—. Vuelan a Buenos Aires.

—¿Buenos Aires? —exclamé despertando súbitamente sin necesidad de ingerir ni una sola gota de café.

—Es la capital de la República Argentina —se burló—. Su viaje de luna de miel, Sofía. —Bajé la mirada, avergonzada porque alguien a quien había conocido dos semanas atrás me informara de aquel detalle sobre el que yo ni siquiera había pensado—. Philippe está en los jardines jugando con Pancho. Carolina y James se han marchado, pues al parecer tenían un asunto muy importante que atender —explicó con un guiño, tal vez con intención de invocar a mis celos.

—¿Y George? —pregunté tratando de mostrar indiferencia.

—Está en el salón —comentó mientras me servía una gran taza de café con leche a la que añadió dos cucharadas de azúcar. Posó su mirada sobre mis ojos con una expresión traviesa y añadió—: Alguien tenía que quedarse aquí para vigilarnos.

—¿Y mis padres? ¿Y los de James? ¿Y Vrej y Aurelia? —solté sin apenas respirar.

—¡Pardiez! —profirió con un aire novelesco mientras hacía ademán de retirarme la taza de café que yo agarré como si fuera mi más preciado tesoro—. Todos han marchado ya. Me pidieron que te diera un gran abrazo de su parte. —En mi rostro debió reflejarse la indignación—. ¿Qué esperabas, Sofía? Son ya las cuatro de la tarde.

—¿Las cuatro de la tarde? —vociferé—. Pero ¿por qué nadie me ha despertado? Tengo que estar a la seis en Barcelona.

—Tenemos —me corrigió—. Marcharemos en un solo coche junto a George —anunció.

—¿Y Pancho?

—Philippe cuidará de él.

—¿De qué va todo esto, Juan? —pregunté visiblemente enojada, incorporándome bruscamente ante la repentina necesidad de moverme—. Es evidente que me ocultas algo. Sé que ayer hablaste con James e intuyo que hoy lo has hecho con George —añadí con una mirada desafiante, caminando de un lado a otro como si padeciera el síndrome de las piernas inquietas.

—Así es —confesó sin el menor pudor—. Dos conversaciones muy agradables.

—¿De qué habéis hablado? —quise saber.

—No creo que haga falta que te de muchos detalles acerca de lo que hablé con James, ¿verdad? —comentó con retintín—. En cuanto a mi conversación con George, podría decirte que ha sido de lo más fructífera. Digamos que ambos tenemos un objetivo común —añadió con una sonrisa irónica.

—¿Cuál?

—Acabar con el Rey.

Media hora después estaba sentada en el asiento de copiloto del coche de George, pensando en el emotivo abrazo que mi hermana y yo nos habíamos dado antes de despedirnos definitivamente. El marqués, aposentado en la parte trasera del vehículo, tarareaba una canción pegadiza mientras hojeaba un ejemplar antiguo de la revista *Gun Digest*.

Ninguno de los tres pronunció una sola palabra durante el trayecto, que duró poco más de una hora. George pudo apreciar mi desconcierto. Siendo como era un hombre de gran corazón, se apiadó de mi confuso estado de ánimo, lo que hizo que en más de una ocasión cogiera mi mano y la acariciara en señal de apoyo y comprensión.

—Ya hemos llegado —anunció justo antes de aparcar el coche en un parking privado de la calle Enrique Granados.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Hemos quedado en media hora en esta dirección —comentó echando mano de la ambigüedad mientras me entregaba una nueva tarjeta de visita.

—¿Hemos quedado? —repetí—. ¿Quiénes?

—James estará ahí —respondió precipitadamente. Aclaró su garganta—. Es posible que alguien más acuda a nuestra reunión, pero de momento no

puedo decirte mucho más.

«Ya estamos de nuevo con los secretos», me dije recordando no tan viejos tiempos.

Salimos del parking con el silencio como cuarto acompañante. Me aterraba la posibilidad de volver a las viejas andadas. ¿Y si volvía a ser la única persona que no sabía lo que estaba sucediendo? Desde luego, así parecía ser en aquel momento.

—Entrad en esa cafetería —nos pidió George, señalando con la mano un lugar situado a pocos metros de ahí, con una seriedad que no encajaba en él—. En poco más de veinte minutos —añadió, mirando su reloj—, acudid a la dirección acordada.

Vi alejarse a George, perdiéndose entre la gente como si de un lejano recuerdo se tratara. Juan y yo entramos en la cafetería con expresiones radicalmente opuestas. Me sentí aturdida y presa del desconcierto más aplastante. En cambio, el marqués estaba relajado y seguro de sí mismo, como si aquella situación no fuera más que la escena de un guion que él ya había leído.

—Tus amigos están valorando la posibilidad de que formes parte de esta misión —dijo mientras tomábamos asiento en el interior de la concurrida cafetería.

—¿Yo? —exclamé medio ilusionada.

—Te pondrán a prueba —prosiguió.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con curiosidad y, sin darle tiempo a contestar, continué—: ¿Cuándo será eso? ¿Y cómo podré saberlo?

—En cualquier momento. Ahora mismo deben estar espiándonos —comentó en un susurro al tiempo que abría los ojos desmesuradamente.

—¿Y qué hago? ¿Cómo supero la prueba?

—Limítate a seguir las señales.

No sabía si me estaba tomando el pelo o si, por el contrario, estaba hablando en serio. Escogí la segunda opción, concediendo credibilidad a sus absurdas advertencias.

—Lástima que no me enseñaras tu apartamento el día en que visitamos a la vidente —comentó Juan al cabo de unos minutos, mientras degustábamos dos deliciosos capuchinos y una succulenta tarta de zanahoria.

—No había mucho que mostrar —dije con desinterés—. Creo que lo pondré a la venta.

—Y si lo vendes, ¿dónde vivirás?

—Supongo que en casa de mis padres —respondí encogiéndome de hombros, sin mostrar excesivo entusiasmo por la conversación.

—¿Y James? —insistió.

Me volví hacia él y le miré ceñudamente, dándole a entender que aquel no era un tema de conversación que yo deseara tocar.

—No sé dónde vivirá él. Y lo cierto es que me da igual —mentí.

—Embustera —contestó con una sonrisa de lo más inquietante al tiempo que se incorporaba—. Me voy fuera a fumar un cigarrillo. Sé que no querrás acompañarme, pero mis buenos modales me obligan a preguntártelo. ¿Me honrarías con tu compañía?

Negué con la cabeza. Estaba harta de que el marqués se introdujera una y otra vez en mi cabeza. Necesitaba un instante a solas para reordenar mis pensamientos.

¿Y si Juan tenía razón? ¿Y si de verdad James y George estaban valorando el contar conmigo para la misión? Comencé a cavilar sobre la posibilidad de que así fuera, lo que me hizo adentrarme en una espiral de nervios, emoción y satisfacción. Ya no tenía trabajo en mi anterior bufete, un despacho que había desaparecido del mapa de la noche a la mañana, y lo cierto era que tampoco me sentía especialmente entusiasmada por volver a ejercer la abogacía. Así pues, la idea de colaborar con un grupo de agentes especiales que luchaban contra el crimen organizado me sedujo en un abrir y cerrar de ojos.

Una nueva cuestión me abordó repentinamente al recordar las palabras del marqués. «Te pondrán a prueba», había dicho. «En cualquier momento». ¿Y si ese momento era *ahora*? De pronto, lograr superar aquella prueba, fuera la que fuera, se convirtió en mi prioridad número uno. Como si la vida me fuera en ello, abrí los ojos atentamente, concentrándome en cuanto sucediera a mi alrededor.

Eché un nuevo vistazo al interior de la cafetería, apreciando la singularidad del lugar. Altas paredes, decoradas con cuadros de lo más vanguardistas, parqué claro y originales lámparas que colgaban del techo como si de una exposición de arte se tratara. «Ahí está el secreto de un buen espía —me dije como si supiera de lo que hablaba—, en la capacidad de observación».

Cerré los ojos y traté de reproducir en mi mente la estampa que mis ojos acababan de fotografiar. «Seis mesas, unas veinte sillas. Taburetes forrados con tela estampada. Tres lámparas, a cual más original. Un muchacho de

unos treinta años tras la barra del bar. Una camarera morena de pelo rizado que masca chicle. Está enamorada de él, pues se sonroja cada vez que sus miradas se cruzan. Hay un matrimonio de unos sesenta años sentado en la mesa situada a mi izquierda. Están tomando un batido de frutas y una tarta de queso. Dos mesas a mi derecha hay un par de mujeres de unos cincuenta años. Las dos son rubias. Hablan sin parar sobre lo cara que está la vida».

—¿Se encuentra usted bien?

Aquellas palabras me obligaron a abandonar el intenso ejercicio mental en el que estaba inmersa. Abrí un solo ojo, pensando que tal vez no era a mí a quien aquella voz se dirigía. Acto seguido abrí el otro y comprobé que, efectivamente, era conmigo con quien la camarera estaba hablando. El chicle iba de un lado a otro de su boca. Lo mostraba orgullosa mientras hablaba, como un trofeo de exposición.

—Dicen que reduce el estrés —comenté con una sonrisa, contemplando la idea de que aquella mujer no fuera en realidad una camarera—. Además de mejorar la concentración.

—¿El qué? —preguntó, clavándome la mirada.

—Mascar chicle. Reduce los niveles de cortisol, la hormona del estrés.

—Ya, claro —contestó sin ocultar su desinterés—. Bueno, ¿está usted bien? Estaba con los ojos cerrados y hablando sola.

Inspiré enérgicamente.

—Estoy lista —le anuncié tras haber llegado a la *sabia* conclusión de que aquella mujer no era una camarera, sino una agente especial.

Se inclinó sobre mí, acariciándome el brazo con una expresión de compasión.

—Todas lo estamos, cariño —comentó en voz baja—. Pero el príncipe azul no se da por enterado.

Sus enigmáticas palabras añadieron más confusión en mi atolondrada cabeza. Dotándolas de un significado oculto que yo debía descifrar, comencé a cavilar sobre ellas, tratando de solventar aquel nuevo acertijo. «Limitate a seguir las señales», había dicho Juan. «Las señales», repetí en silencio.

Sin saber muy bien porqué giré el cuerpo hacia atrás y comencé a observar la pared que quedó frente a mí. En un instante de inspiración concluí que era precisamente en aquella pared donde encontraría el enigma a resolver, la prueba que debía superar antes de formar parte del equipo de James y George.

Unas flechas rojas que señalaban hacia el interior de la cafetería me

indicaron el camino a seguir. Cogí mi bolso y, sin pensármelo dos veces, seguí las indicaciones que acabaron por guiarme hacia una galería de arte.

Un hombre canoso me miró por encima de sus gafas sin mostrar demasiado interés. Estaba sentado sobre un taburete y apoyaba los brazos en una mesa alta donde tenía una infinidad de papeles y bolígrafos esparcidos sin el menor atisbo de orden. Parecía entretenido, concentrado en la revista de crucigramas que sostenía en sus manos.

—Hola —dije con una voz tímida y sin saber muy bien qué demonios estaba haciendo ahí.

—¿Qué palabra de cuatro letras contiene seis? —soltó de golpe.

—Seis —respondí—. La palabra es *seis*.

—Profesión del inventor del vibrador —dijo sin levantar la vista del crucigrama—. Seis letras.

—Médico.

—Emperador romano —prosiguió cada vez animado—. Cinco letras.

—Nerón. Pero oiga, en realidad yo solo quería...

—Sistema económico en el cual los metales preciosos constituyen la riqueza esencial de los estados. Trece letras.

—¡Maldita sea! —protesté. El hombre levantó la vista y me lanzó una mirada enojada, como si el interrumpir su crucigrama fuera un verdadero sacrilegio. ¿Y si él también era uno de ellos? ¿Y si aquello era la prueba de la que hablaba el marqués?—. Mercantilismo.

—Fenomenal. Preste atención porque con esta palabra completaremos el crucigrama —comentó visiblemente emocionado—. Pájaro nacional de Argentina.

—Hornero —contesté, impaciente, antes si quiera de que el hombre pudiera decirme el número de letras.

Se quitó las gafas y agitó los brazos en señal de triunfo, mirándome como si fuera una celebridad. Su extraña reacción, sobradamente exagerada, no quedó ahí. El hombre se levantó de la silla y me rodeó con sus brazos hasta que la asfixia me obligó a separarme de él.

—¿He completado la prueba? —le pregunté.

—¿El crucigrama? —respondió confuso y, sin esperar mi respuesta, añadió—: Sí. Muchas gracias por su ayuda.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tendrá que comprar un cuadro —contestó con una sonrisa socarrona mientras veía en mí su oportunidad de coronar la cima.

—¿Comprar un cuadro? —repetí extrañada—. Pues menuda prueba más absurda. Y dígame, ¿cuál he de comprar?

El hombre no daba crédito. Acababa de tocarle el premio gordo de la lotería.

—Este —respondió señalando un cuadro de gran tamaño que reproducía la singular escena de un elefante haciendo malabares con antorchas en llamas—. A decir verdad, está reservado. Hay un caballero que muy interesado en él.

—¡No! —exclamé, cayendo en la trampa—. El cuadro tiene que ser mío. Escuche, he de superar esta prueba sea como sea.

—Dos mil euros —repuso alzando la ceja derecha mientras se frotaba las manos en su imaginación.

—¿Está usted loco? —grité enfurecida. El hombre, que ya había descolgado el cuadro, hizo ademán de colgarlo de nuevo en la pared, por lo que tuve que actuar rápidamente—. Está bien, dos mil euros —claudiqué, entregándole la tarjeta de crédito mientras me imaginaba lo mucho que se estarían divirtiendo James y George con aquella estúpida prueba—. Oiga, ¿me devolverán mi dinero después?

El hombre no respondió. Lo cierto es que no creo que ni siquiera llegara a escuchar mi pregunta, pues parecía estar celebrando aquella venta como si de un gran acontecimiento se tratara. En tanto pagué por aquel despropósito al que llamaban arte regresé de nuevo a la cafetería. El marqués me esperaba sentado en un taburete, conversando con el camarero sobre temas triviales.

—¿Dónde estabas? —preguntó—. Estaba preocupado por ti.

—Superando la prueba —respondí mientras le cogía del brazo para salir de ahí—. O, al menos, eso creo.

Fue George quien abrió la puerta. Nos saludó con una sonrisa tensa mientras nos invitaba a entrar. El piso era especialmente luminoso, de largos y anchos pasillos, techos altos y abovedados, revestidos con ladrillo rojo. El suelo, de mosaico hidráulico, era una auténtica obra de arte, compuesto de tantas formas y colores como la imaginación pudiera dar de sí. Llegamos a una gran sala sin ventanas, cuya oscuridad contrastaba con la claridad del resto del apartamento.

James estaba esperándonos, apoyado sobre la mesa con los brazos cruzados. Su mirada no parecía especialmente amigable. Algo de aquella

situación no era de su agrado. Me pregunté si tal vez sería mi presencia lo que no acababa de gustarle. Me miró a los ojos y sin pronunciar palabra me habló a través de su mirada. «No deberías estar aquí», me dijo.

—Hola, Sofía —escuché detrás de mí.

Me volví sobresaltada.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le pregunté a mi padre sin poder creer lo que veían mis ojos. Me giré hacia James y, cruzando la delgada línea que separa el enojo de la ira, le grité—: ¿Qué hace él aquí?

—Tranquilízate, cielo —me pidió mi padre al tiempo que me invitaba a tomar asiento en una de las sillas que había en la sala. Obedecí sin que mis ojos mostraran la menor compasión. ¿Cómo era posible que todavía siguiera trabajando cuando no hacía ni un mes me había prometido que se retiraría definitivamente? —. La pregunta no es qué hago yo aquí, sino qué haces tú aquí.

Mi padre pronunció aquellas palabras con una brusquedad impropia en él. Se volvió hacia el marqués, instándole a aclarar lo que a todas luces era algo más que un malentendido.

—Tengo información que os puede ayudar a atrapar al Rey —comentó Juan mientras se sentaba a mi lado—. Si aunamos nuestras fuerzas, podemos acabar con la Orden del Denario.

—¿Y quién le ha dicho a usted que nosotros queremos acabar con la orden? —preguntó George con una expresión de dureza que incluso a mí me asustó.

—Vamos, hijo, no me hagas perder el tiempo —le pidió el marqués, mirando a James de reojo. Inspiró hondamente y continuó hablando—. Os puedo servir su cabeza en una bandeja.

—¿Qué quiere a cambio? —preguntó George ante la atenta mirada de mi padre, quien no parecía sentirse muy cómodo en aquella situación.

—Nada y todo —respondió esquivo—. Quiero lo mismo que vosotros. Acabar con el Rey.

—El Rey no es nuestro objetivo —repuso George.

—Claro que no. ¿A quién le interesa perseguir un delito financiero pudiendo luchar contra el crimen organizado? —ironizó el marqués. Se percató enseguida de su metedura de pata, de modo que trató de reconducir la situación—. Puede que el Rey no sea vuestro objetivo, pero desde luego sí lo son los tipos con los que él hace negocios. Acabando con el Rey, acabaréis con ellos. —Dirigió su mirada a los tres—. Veréis, soy consciente de que por

el momento no gozo de vuestra confianza, pero si queremos zanjar este asunto debemos actuar rápidamente.

—¿De qué asunto habla? —preguntó mi padre.

El marqués se incorporó y comenzó a caminar. Parecía ser víctima de un repentino nerviosismo. Sin embargo, su admirable capacidad de autocontrol hizo que en cuestión de un par de segundos volviera a ser aquel hombre sereno y seguro de sí mismo.

—El conocimiento es poder, dicen. —Carraspeó. Se tomó un par de segundos para reordenar sus ideas y después continuó hablando—. Pues bien, eso es lo único de lo que yo dispongo en estos momentos. Una información de gran valor que podría incriminar al Rey, a su organización y a más de un alto cargo público. ¿Habéis oído hablar del Proyecto Imperium?

Los tres se miraron sobresaltados, como si aquellas dos palabras hubieran abierto la puerta del infierno.

—Sí —contestó finalmente mi padre con los ojos clavados en la pared, una mirada que parecía decir en voz baja «No puede ser»—. Hemos oído hablar de él, pero...

—Pero no tenemos ninguna prueba de su existencia —apuntó George.

—Yo dispongo de esa prueba —respondió Juan, mirándole fijamente como si estuviera a punto de lanzar los dados del destino. Se metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y de él extrajo la memoria USB con forma de peón. La dejó sobre la mesa y añadió —: El proyecto existe y se llevará a cabo si no lo impedimos antes.

Guardaron silencio durante unos minutos. Mi enmudecido estado me impidió preguntar acerca de aquel proyecto del que todos parecían estar al corriente.

—No me fío —indicó George, dirigiéndose a su hermano.

Antes de que James pudiera intervenir, el marqués comentó:

—No pretendo que creías en mí sin tener ninguna prueba —comentó sosteniendo el peón—. Vamos, hijo, al menos échale un vistazo al contenido del *pen drive*.

George se marchó de la estancia sin decir una palabra. Regresó al cabo de un minuto con un ordenador portátil que dejó sobre la mesa. Extrajo la base del peón y lo introdujo en unos de los puertos USB.

—La contraseña —dijo girando el portátil para que el marqués pudiera teclear.

El rostro de los dos hermanos palideció en tanto sus ojos vislumbraron la

información que se mostró en la pantalla del ordenador. Mi padre se llevó la mano a la frente, evidenciando la presencia de la adversidad. Y así fue como aquella insignificante figurita de mármol marcó el pistoletazo de salida de lo que acabaría siendo una tortuosa travesía por del desierto de la Justicia.

El silencio acampó a sus anchas en la habitación. El marqués y su testimonio habían cobrado credibilidad, pero todavía le quedaba por ganarse la simpatía y la confianza de los ahí presentes.

—¿Y qué pinta ella aquí? —preguntó James mientras ponía las manos sobre la mesa, inclinando su cuerpo en un claro gesto de desafío.

—Eso es obra del destino —respondió Juan—. Ella es quien me ha traído a vosotros. —Me volví hacia él y por primera vez me pregunté si nuestro encuentro en el manicomio habría sido casual—. Y ella será quien nos ayude a acabar con la orden —sentenció con contundencia.

Sentí el malestar de mi padre. Noté la tirantez el rostro de George, cuyos músculos parecían tensarse a media que avanzaba la reunión. Pero por encima de todo, advertí el profundo odio que parecía gestarse en la mirada de James.

Durante un efímero instante me sentí terriblemente engañada y dolida con el marqués. Saltaba a la vista que él tampoco había sido sincero conmigo. Al menos, no del todo. No obstante, el mero hecho de que quisiera involucrarme en sus planes tenía para mí mucha más importancia que el engaño e incluso que el riesgo que con ello me obligaba a asumir.

—¿Cómo os conocisteis? —quiso saber mi padre.

Me volví hacia el marqués extrañada, pues había dado por sentado que les habría hablado sobre nuestra estancia en la Casa del Sol.

—Preferiría que fuera Sofía quien os lo explicara —comentó Juan.

Sentí todas las miradas clavadas en mí. Calibré durante unos segundos la posibilidad de sincerarme, pero finalmente decidí guardar silencio.

—Vamos, hija, ¿de qué conoces a este hombre? —me preguntó mi padre, preocupado.

Me conmovió su expresión de desamparo. Desvié la mirada hacia la pared que quedaba enfrente y una voz interior me habló: «No les cuentes nada, Sofía. No se lo merecen. Ellos siempre te mienten. Sé firme y mantente callada». La profunda raigambre de mi firmeza desapareció en tanto volví la vista y mis ojos se cruzaron con los de mi padre. Dos minutos después acabé

por explicarles mi aventura en la Casa del Sol. Omití, deliberadamente, unos cuantos detalles que erróneamente juzgué como irrelevantes. Entre ellos, el nombre del centro.

Sus expresiones oscilaban entre el desconcierto, el aturdimiento y, en ocasiones, la risa. La carcajada de George al escuchar el contratiempo del avión relajó el ambiente e hizo que mi periplo sonara mucho menos grave.

En tanto acabé mi relato, Juan tomó el testigo y les explicó qué hacía él internado en aquel sanatorio, al que bautizó como un «fraudulento balneario de espiritualidad», evitando en todo momento el revelar su verdadero nombre. Todos permanecieron atentos a sus palabras, de las que nadie pareció dudar.

—Sofía fue la única persona en la que pude confiar durante mi estancia —dijo, dirigiéndome una cándida mirada—. Y me alegro de haberlo hecho.

—Le has puesto en peligro —le interrumpió James sin ocultar su hostilidad.

—Es posible que así haya sido —confesó el marqués con una expresión de arrepentimiento—. Y lo siento mucho.

—Ella está fuera de la misión —impuso James sin esconder su firme oposición.

—Verás, hijo —comenzó a decir el marqués con cierto aire de superioridad—, creo que no lo acabas de comprender. Si ella no participa, no hay misión —añadió, afanándose en sacar a relucir sus asombrosas dotes de persuasión—. Si Sofía no interviene en la operación, podéis olvidaros del Rey y del Proyecto Imperium.

Quise saborear aquel pequeño instante de gloria. Mi ofuscación me impidió ver el peligro al que Juan me estaba exponiendo al exigir mi involucración en aquella misión. Un orgullo renovado, pizpireto y engreído me hizo sonreír triunfal, como si las palabras del marqués no fueran sino una enorme victoria. La advertencia, con tintes de amenaza, lanzada por Juan había supuesto una agradable caricia para mi ego.

George y James miraron a mi padre, casi implorándole que pusiera fin a aquel chantaje al que tan descaradamente les estaban sometiendo. Mi padre negó con la cabeza, dándoles a entender que no había nada que hacer. Se volvió hacia Juan y le preguntó:

—¿Qué propones?

—Gracias por el voto de confianza —dijo el marqués antes de entrar en materia—. Veréis, sé que el Proyecto Imperium existe por la sencilla razón de

que yo fui, en cierto modo, su artífice. Me encomendaron la *honorable* tarea de diseñarlo e implementarlo. Cierto es que, por aquel entonces, yo no conocía el propósito real del mismo —añadió a modo de excusa.

—¿De cuántos empleados estamos hablando? —preguntó James, asumiendo su derrota.

—Al menos trescientos —respondió Juan mucho más relajado—. Según el plan original el proyecto ya debería haber comenzado, pero tengo entendido que mi *ausencia* —indicó, haciendo comillas con los dedos—, les ha obligado a posponerlo. No obstante, me temo que no tardarán mucho en reanudarlo.

—¿Por qué le eligieron a usted? —quiso saber George.

—Trátame de tú —le pidió con voz calmada, tratando de encaminar la conversación hacia su propio terreno—. Fui escogido para liderar el proyecto porque no existe ninguna otra persona en toda la orden que disponga de una maestría como la mía.

—Y bien —intervino James, impaciente—. ¿Cuál es esa codiciada maestría? —preguntó con un tono sarcástico.

El marqués se levantó de la silla y dio unas cuantas zancadas alrededor de la mesa. Me miró como si quisiera disculparse conmigo. Tomó aire hasta saciar sus pulmones, clavando sus ojos sobre los míos, desnudando sus emociones y expresando su arrepentimiento. Un instante después se volvió hacia los demás y les preguntó:

—¿Habéis oído hablar del control mental?

Hicimos un pequeño receso que aproveché para ir al baño. A la salida me tropecé con James. Quise evitarle, pero sus brazos impidieron que pudiera sortear su presencia.

—Estás a tiempo de irte —me dijo al oído—. Deberías olvidarte de este asunto.

—Prefiero quedarme —contesté con terquedad.

—No sabes dónde te estás metiendo, Sofía.

No pude ni quise contestarle, por lo que, una vez logré zafarme de él, encaminé mis pasos hacia la sala, desoyendo el único consejo sabio que había recibido en toda la tarde.

George sirvió cinco copas de whisky. Miré la bebida y la aparté a un lado mientras observaba detenidamente aquella anodina estancia, a la espera de

que Juan retomara su discurso.

—No puedo sacar toda esta información a la luz —comentó el marqués de pronto, dirigiéndose a mi padre y respondiendo una cuestión sobre la que debían haber hablado durante mi ausencia—. Me tomarían por loco. Tengo pruebas, sí, pero no me servirían de nada. No es suficiente para desenmascararles. Solo hay un modo de destapar este asunto.

—¿Cómo? —preguntó mi padre, prestándole toda su atención mientras miraba de soslayo el cuadro que yo había dejado instantes antes apoyado sobre una de las sillas.

—Infiltrando a alguien en la orden.

—¿De quién estás hablando?

Juan me dirigió una furtiva mirada y de nuevo pareció pedirme disculpas.

—De Sofía —contestó desviando sus ojos hacia la pared de enfrente.

Un silencio atronador retumbó en las paredes de mi cerebro. «¿Ha dicho mi nombre?», me pregunté presa de un desbordante asombro, a camino entre dos mundos, el de la sensatez y el del aturdimiento.

En un gesto curiosamente sincronizado James y George comenzaron a blasfemar en inglés. Mi padre, en cambio, permaneció tranquilo, tratando de evaluar la situación. En cuanto a mí, continué observando aquella representación teatral como una mera observadora, al tiempo que un descomunal despliegue de neuronas parecía querer advertirme del error que estaba a punto de cometer.

—¿Por qué ella, Juan? —preguntó mi padre, rindiéndose ante la fatalidad.

El marqués inclinó su cuerpo sobre la mesa sin dejar de mirarle. Parecía haber una incomprensible conexión entre ambos, una singular complicidad de la que solo ellos dos estaban al corriente.

—Porque ella es pura de corazón —respondió, sosteniendo mi mano por debajo de la mesa.

Durante la siguiente media hora los cuatro continuaron discutiendo sobre si yo debía o no participar en una misión como aquella. Debatían acaloradamente sin reparar en mi existencia, lo que acabó por agitar a mis malhumoradas neuronas. El marqués basaba su firme alegato en el contenido del peón del Rey, algo que en aquel momento ya había sido inspeccionado por todos. Por todos excepto por mí.

—¿Qué opinas, hija? —preguntó finalmente mi padre, adivinando mi desazón.

Su muestra de interés me pilló por sorpresa, por lo que apenas fui capaz

de reaccionar. La escena se había desarrollado como si de una película se tratara. Una película de no muy buena calidad, quisiera añadir. Una de esas que ves cuando no hay nada más que ver por televisión, sujetando el mando a distancia con fuerza, a la espera de que el cerebro de la orden para cambiar de canal.

—Desconozco el motivo por el cual Juan cree que puedo ser útil para la misión —respondí en un alarde de sinceridad—, pero lo cierto es que me gustaría participar. Además, he superado vuestra prueba —comenté, señalando con la cabeza en dirección al espectral cuadro del elefante.

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó James.

—He respondido correctamente a todas y cada una de las preguntas del crucigrama —protesté, incorporándome enérgicamente—. He seguido vuestras estúpidas señales y, por si eso fuera poco, he desembolsado dos mil euros por esta grotesca obra de arte —añadí, señalando el cuadro—. ¿Acaso no pensáis devolverme mi dinero?

Sus expresiones no daban lugar a dudas. Nadie tenía la menor idea de lo que estaba hablando. Nadie a excepción del marqués, que hacía un gran esfuerzo por contener la risa.

—Yo te daré todo el dinero que necesites, pero cálmate, por favor —me pidió mi padre con gran confusión—. No sé de qué crucigrama estás hablando, ni tampoco a qué te refieres cuando hablas de nuestras señales y, por supuesto, tampoco sé por qué demonios has comprado un cuadro tan horrendo pero, hija, eso no importa en estos momentos.

«Claro, como tú no te has gastado dos mil euros en una pintura que a duras penas debe valer más de cinco», quise responderle. El desconcierto de sus miradas acabó por reconfirmar lo evidente: no había superado ninguna prueba por la sencilla razón de que nunca había existido tal prueba. Me volví hacia el marqués, el instigador de aquel costoso y desafortunado malentendido. Apretaba los labios, tratando de reprimir una sonrisa traviesa.

—Olvídalo, papá —dije finalmente—. De todos modos, me gustaría formar parte de la misión.

Noté la tensión en la mirada de James, quien no disimulaba su disconformidad con el rumbo que estaba tomando la situación. Sus ojos, suplicantes, parecieron hacer un último intento, mirándome al tiempo que me pedían dar marcha atrás.

—James —comenzó a decir el marqués en un tono apaciguador—, sé que solo tratas de protegerla —prosiguió como si yo no estuviera presente—,

pero has de asumir de una vez por todas que ella es libre para tomar sus propias decisiones, equivocadas o no. Debes comprender que no siempre podrás resguardarla del peligro y, si continuas intentándolo, solo conseguirás asfixiarla aún más.

James y el marqués se miraron fijamente en lo que parecía ser un desafiante duelo de miradas. Carraspeé un par de veces, tratando de llamar su atención.

—¿Y en qué consistiría exactamente la misión? —pregunté finalmente, despertando de mi reciente letargo.

—Tendrías que infiltrarte en uno de los bancos de la orden —respondió Juan sin apartar sus ojos de James.

—Infiltrarme, ¿cómo? —insistí, contrariada al no lograr captar su atención—. ¡Juan! —exclamé—. ¿Quieres hacer el favor de mirarme cuando te hablo?

El marqués se volvió hacia mí y me dedicó una sonrisa a modo de disculpa.

—Trabajando en él —respondió.

—No sé si mi perfil encaja en un banco —comenté un tanto confusa.

—Encajará, Sofía, créeme —contestó. Juan se giró hacia mi padre—. Hasta que me despidieron yo era el director ejecutivo del área de Finanzas de uno de los bancos de la Orden del Denario.

—¿Te despidieron? —le interrumpí.

—Hicieron algo más que eso, pecosa —dijo con una inquietante sonrisa, que permaneció congelada en sus labios durante unos interminables segundos—. Todavía tengo contactos en el banco, gente en la que puedo confiar, personas que podrían ayudarnos a conseguirte un puesto en la entidad.

—¿Qué puesto? —preguntó George, haciéndose a la idea de que, inevitablemente, yo formaría parte de la misión.

—El mío.

El marqués se había vuelto completamente loco. No me quedó la menor duda tras escuchar su respuesta.

—Vamos, Juan, no digas tonterías. Yo soy abogada, no me llevo especialmente bien con los números. ¿Cómo diablos quieres que ocupe el cargo de directora del departamento de Finanzas sin tener la menor idea de finanzas? —pregunté elevando la voz.

—Eso es lo mejor de todo, Sofía. Es un banco —indicó, como si su comentario respondiera a mi pregunta. Abrí los ojos y encogí los hombros

mientras le mostraba las palmas de mis manos, dándole a entender que sus palabras no arrojaban la menor luz sobre la cuestión—. No es necesario tener idea de nada para ocupar un puesto de dirección —añadió, arrancándonos una sonrisa a los cuatro—. Mi puesto ha quedado vacante y todavía no han decidido quién me sustituirá. Conozco muy bien a una de las personas que deberá reclutar a mi sustituto. Es posible que podamos contar con su colaboración.

—No me convence... —intervino George.

—Vamos, hijo —dijo el marqués, conciliador—, no tenemos muchas alternativas. Podemos crearle una identidad falsa, hacer que su nombre suene entre los altos directivos de los bancos y conseguir que en cuestión de pocos días todos quieran rifársela. La *nueva Sofía* será una despiadada directiva que ha trabajado para los bancos más importantes de todo el mundo. ¡Un auténtico lobo de Wall Street! —bromeó, guiñándome un ojo.

Aquello de *despiadada* me pareció tan exagerado como inverosímil.

—Por cierto, ¿de qué banco estamos hablando? —pregunté.

Juan se volvió hacia mí con una mirada entusiasta, sabiendo que estábamos a punto de sellar un gran acuerdo.

—Del Banco Estrella.

Capítulo 7

Mi primer día en la casa del señor

Dos semanas bastaron para elaborar nuestro arriesgado plan. El marqués insistió en que la base de operaciones fuera una de sus cinco casas, la única que no había incluido en la declaración de patrimonio que anualmente debía facilitar a la orden. Se trataba de una vivienda que había adquirido a espaldas de sus *hermanos*, tal vez intuyendo un desenlace similar al que finalmente se había producido. La casa estaba situada en la cima de un bonito pueblo vinícola cercano a Barcelona. «Un lugar tan tranquilo como seguro», comentó el marqués. Y la verdad es que Juan estaba en lo cierto, pues aquel municipio de no más de ocho mil habitantes era un auténtico remanso de paz.

Pasé los primeros días recluida en una habitación, explorando media docena de libros que el marqués me había pedido que leyera mientras los demás planificaban los detalles de la operación. James, George y él trazaron un plan, aparentemente infalible, para desenmascarar a la secta de los banqueros. Mi padre apenas participó. Se acercó en un par de ocasiones para supervisar la operación, pero trató de mantenerse al margen, reafirmando así el liderazgo de James, quien parecía complacido al asumir el mando de la unidad.

Aquel debía haber sido el dormitorio de un niño, pensé la primera vez que entré en la habitación que el marqués me había asignado. Contemplé las repisas repletas de peluches que me observaban con ojos impacientes.

—Era la habitación de mi hijo —comentó Juan tras llamar a la puerta.

Le observé en silencio sin saber muy bien qué decir. Su mirada reflejaba tristeza y arrepentimiento.

—¿Quieres hablarme sobre tu hijo? —le pregunté finalmente.

—Tal vez en otro momento, pecosa.

—¿Cuánto tiempo hace que no hablas con él? —insistí, con pies de plomo.

—Muchos años —contestó, esquivo.

—¿Qué pasó para que os distanciarais?

—Cree que soy el responsable de la muerte de su madre —dijo antes de marcharse, arrastrando tras de sí un reguero de tormento.

Y de nuevo me quedé a solas, conmovida por la desolación de Juan.

Mi escaso interés por las finanzas hizo que prestara más atención a

cualquier detalle de la habitación, por insignificante que fuera, que al libro que sostenía en mis manos. Me tumbé sobre la cama mientras me preguntaba qué tal estaría Pancho, temiendo que no hubiera sido buena idea el haberlo dejado al cuidado de Philippe.

Los días transcurrieron lentamente, al compás de mi pausado ritmo de estudio. Fue durante el tercer día cuando la arraigada hostilidad que existía entre James y yo pareció disiparse levemente. Yo le guardaba rencor por haberme mentido y él parecía odiarme por estar ahí, jugando a ser espía. Pero aquel día el azar se inventó un sutil acercamiento. Comenzó por una sonrisa, con toda probabilidad involuntaria, que él me dedicó mientras bebía una taza de café en la cocina a la vez que ojeaba unos papeles. Instintivamente le devolví la sonrisa. Compuso un gesto de lo más cariñoso al que le siguieron unas cuantas miradas furtivas cargadas de emotividad y unidas por un resistente nudo corredizo de alambre, el mismo que lograba acercarnos con el riesgo de que todo acabara siendo una trampa.

Temiendo que la debilidad me obligara a caminar en dirección contraria a mi propia felicidad, cogí mi taza de café y abandoné la cocina. Una mirada, una sonrisa o un gesto afectuoso por parte de James bastaban para doblegar mi voluntad. Sabía muy bien de lo que era capaz. Si él se lo proponía podía lograr que abandonara la misión. No tenía más que ser amable y cariñoso conmigo. Claro que ya empezaba a conocer sus juegos, era consciente de las malas artes que empleaba para conseguir sus propósitos. En aquella ocasión le iba a resultar mucho más difícil desviar mi rumbo, pensé mientras me hacía la firme promesa de no caer en sus redes.

El sexto día me levanté pronto, atormentada por el murmullo de mis pensamientos. James y yo no habíamos compartido habitación ni un solo día, algo que me fastidiaba y me enorgullecía por igual. La vivienda constaba de cinco habitaciones, suficientes como para que cada uno dispusiera de una propia.

Me dirigí a la cocina dispuesta a prepararme el café que exigía mi adormilado cerebro. Cuando entré me sorprendí al ver a George sentado sobre uno de los taburetes y ojeando unos documentos.

—¿Qué haces despierta a estas horas? —comentó en tanto se percató de mi presencia—. Pero si todavía es de noche.

—No puedo dormir —respondí mientras me servía una enorme taza de

café recién hecho—. ¿Y tú?

—Tenía trabajo —contestó con una sonrisa encantadora.

Charlamos durante más de media hora sobre temas intrascendentales hasta que por fin me decidí a formular la pregunta que rondaba por mi cabeza.

—Si disponéis de pruebas sobre la existencia de ese tal Proyecto Imperium, ¿por qué no acudís a la policía?

Sirvió un par de cafés más sin responder a mi pregunta. Me miró deseoso de decir algo, pero se contuvo hasta que encontró las palabras adecuadas.

—El Rey —comentó a modo de respuesta.

Sus enormes ojos azules se posaron sobre los míos y durante un instante le contemplé embelesada. George era la personificación de la honradez y la franqueza. Sin embargo, en aquel momento un sexto sentido muy avisado me alertó sobre su falta de sinceridad.

—¿Qué le pasa al Rey?

A juzgar por la expresión de su rostro, no se sentía especialmente cómodo manteniendo aquella conversación. Desvió su mirada hacia la puerta, asegurándose de que nadie pudiera escuchar lo que iba a decir.

—No tenemos nada que le inculpe —confesó con una sinceridad aplastante.

—¿Y el peón que os mostró el marqués? Pensaba que contenía información que comprometía a la Orden del Denario.

—Y así es. Esa información compromete a la orden, pero no al Rey —puntualizó tras un largo suspiro.

No quise insistir más. Me despedí de él y regresé a la habitación a tiempo para contemplar el hermoso amanecer. Frente a mis ojos se dibujó una extraordinaria obra de arte. Observé ensimismada las plantaciones de vides mientras los primeros rayos de sol trataban de hacerse un hueco en el paisaje. En el fondo del cuadro se dibujaba un mar de distintas tonalidades que oscilaban entre el azul y el verde. Grabé en mi mente aquel instante, tatuándolo entre mis recuerdos más preciados. Permanecí, absorta, durante un lapso impreciso que se me antojó tan placentero como efímero.

—Todo un espectáculo, ¿no crees?

Aquella voz provino del mismo mundo que yo había abandonado instantes atrás. Me volví sobresaltada. En el rostro de Juan se dibujó un gesto de empatía al tiempo que me saludaba con la mano.

—El viñedo está en pleno crecimiento —prosiguió hablando a la vez que

yo me giraba hacia la ventana para contemplar de nuevo aquel hermoso lienzo—. Las hojas de las vides ya están completas y han comenzado a formarse los primeros granos de uva —añadió casi en un susurro, como quien comparte una confidencia.

—¿Cuándo se recoge la uva? —pregunté sin apartar la vista de los viñedos.

—Cuando se encuentra en su grado de maduración óptimo, lo que suele ocurrir entre los meses de septiembre y octubre. Tal vez podrías ayudarme en la vendimia.

—¿Son tus viñedos? —pregunté sorprendida.

—Así es, pecosa —contestó. Escuché el ronroneo de sus pensamientos, un vaivén de ideas que parecían pelearse por salir a flote. Y de pronto, empleando un tono mucho más distante, comentó—: Tienes veinticinco minutos para estar lista. En media hora nos vamos de aquí.

Me volví extrañada.

—¿Nos vamos? ¿A dónde? Pero si son solo las seis de la mañana —protesté.

—Vamos al centro del pueblo a comprarte ropa. Y por cierto, no son las seis sino las nueve de la mañana.

Miré el reloj que había sobre la mesilla de noche. Juan llevaba razón. Al parecer, el tiempo solo se había detenido en mi propio mundo interior.

—¿Y si alguien de la orden nos ve?

—Imposible —respondió con una aplastante seguridad—. Créeme, si algún miembro de la orden frecuentara estos lares, yo ya lo sabría.

—Está bien —contesté sin estar muy convencida—. Pero, ¿por qué tenemos que ir de compras?, ¿qué le pasa a mi ropa?

Sonrió con sarcasmo.

—Con tu habitual indumentaria nadie creerá que eres un gran tiburón financiero —comentó con una sonora carcajada mientras observaba mi pijama.

—No veo que tiene de malo mi forma de vestir —protesté de inmediato. Juan abrió la boca para contestar, pero me adelanté a él, cambiando radicalmente de tema—. Hay algo de lo que quería hablarte —dije mientras cogía uno de los libros que me había prestado, un diccionario de términos financieros. Lo abrí por la página veintitrés y leí—: «Tiburón financiero: agente económico que suele comprar un cierto porcentaje de las acciones de la empresa que pretende adquirir».

—Es una definición como otra cualquiera —me interrumpió—. Los tiburones huelen la sangre, Sofía, y los financieros el dinero. Un tiburón financiero siempre irá tras el dinero fácil y rápido. El tiburón que acabas de definir suele centrarse en empresas infravaloradas por el mercado en relación con sus activos. Argumenta la penosa valoración aludiendo a la mala gestión de sus directivos —comentó con un gesto de desprecio y un reproche oculto tras sus palabras—. Él se presenta como el salvador, el redentor del descalabro, el líder capaz de reflotar la empresa, haciéndole regresar al estrellato del que no habría salido de no haber sido por una mala dirección. Pero eso no suele suceder. En tanto puede materializar sus ganancias, el tiburón desaparece en busca de una nueva presa.

—¿Y yo he de hacer todo eso?

—En absoluto —respondió, negando con la cabeza—. Solo has de interpretar un papel, debes meterte en la piel de una directiva despiadada, una ejecutiva a la que todos teman y de la que, al mismo tiempo, todos quieran verse rodeados.

Era consciente de la imposibilidad de que algo así pudiera salir bien. No obstante, por algún motivo que aún a día de hoy desconozco, decidí no advertirle del error que cometía al encomendarme aquella misión. Mi preocupación se encaminó enseguida hacia otros derroteros.

—¿En qué estás pensando, pecosa? —preguntó Juan, colándose de nuevo en mi cerebro—. Hay algo que quieres decirme y no pareces atreverte. Adelante, muchacha, no me como a nadie.

Me tomé unos segundos para formular mi pregunta y finalmente me lancé:

—¿Quién es tu cómplice?

Soltó una enorme carcajada.

—Mi cómplice eres tú, querida —contestó, escabullendo la pregunta.

—Hablo en serio, Juan. Sé que no estás siendo del todo sincero. He creído conveniente no contarles nada a los demás. Por el momento —dije empleando un tono de amenaza—. No me des motivos para cambiar de opinión. En la Casa del Sol comentaste que habías compartido información sobre el proyecto con alguien de fuera. ¿Quién es esa persona? —pregunté, alzando la voz.

Me miró asombrado por aquel repentino arranque de furia del que, a decir verdad, yo también me sorprendí.

—No es exactamente alguien de fuera —comentó finalmente con el

rostro macilento—, sino alguien del banco.

Un sexto sentido, curiosamente agudizado, me hizo desconfiar.

—¿Quién es esa persona? —insistí.

—Antes prométeme que no se lo dirás a James o a los demás.

—Tienes mi palabra.

Contrajo el rostro y me miró apenado, sabiendo que no tenía más escapatoria que decirme la verdad. O, al menos, eso me hizo creer con su prodigiosa capacidad para manipular las mentes ajenas.

—Se llama María y es una directora del banco. —Tragó saliva y prosiguió—. Tenemos una relación especial, ¿comprendes? Ella está al corriente de todo lo sucedido y me ha ayudado mucho, pero no quiero que nadie sepa de su implicación en este asunto. Lo último que querría sería ponerla en peligro.

Di por buena su confesión sin cuestionar ni una sola de sus palabras.

Media hora después, Juan y yo salimos de su casa dispuestos a renovar mi vestuario. Habría preferido a Carolina, la mujer de George, como acompañante para tal menester, pero al parecer estaba ocupada en otra misión de la que, por supuesto, yo no podía conocer ningún detalle.

De camino mantuvimos una acalorada discusión sobre mi nuevo aspecto. Al parecer, mi larga y rizada melena pelirroja no encajaba en los parámetros de una directiva de alto nivel. No quise ni oír hablar de cortarme el pelo, mucho menos de teñírmelo o alisármelo, por lo que el marqués cesó en su empeño.

—Tu melena no inspira autoridad —refunfuñó—. Eres bastante bajita, te sentaría mucho mejor un corte de pelo por encima del hombro. Y deberías peinártelo de otro modo —añadió mientras apartaba los ojos de la carretera y me observaba de soslayo—, el pelo rizado no es propio de una ejecutiva.

—Vete a la porra —fue mi elocuente respuesta.

El marqués escogió todas y cada una de las prendas que conformarían mi nuevo guardarropía. Era bastante evidente que sabía lo que hacía. Según me explicó, el gusto por la ropa elegante era lo único que conservaba de su segunda mujer.

—¿Cuál es el plan? —le pregunté mientras pagaba un bonito vestido azul de manga tres cuartos que ni siquiera me había probado.

—Durante los próximos días se va a correr la voz entre los altos

directivos de la banca española de que una de las asesoras financieras de la familia Redsign está de visita en Barcelona tanteando ofertas de las grandes corporaciones.

—¿La familia Redsign? —pregunté sorprendida—. ¿No estarás hablando de...?

—Sí, pecosa —respondió, intuyendo el final de mi pregunta—. La saga de banqueros que domina el mundo.

—He oído hablar de ellos —le corté—. Una familia de origen judío alemán que llegó a hacerse con el control de la banca europea.

Asintió con la cabeza.

—También hicieron fortuna en otros sectores como la minería y la metalurgia —comentó acariciándose el mentón—. Su imperio económico no se forjó únicamente con el negocio bancario. Los Redsign se enriquecieron igualmente con el comercio de bienes de lujo así como de suministros militares, con el contrabando y también con la especulación monetaria.

—¿De qué época estás hablando? —pregunté, confusa.

—Comenzaron sus andanzas a finales del siglo XVIII. Por aquel entonces, el apellido familiar no era Redsign sino Bauzer. —El marqués se aclaró la garganta y detuvo sus pasos, invitándome a entrar en una cafetería—. Meyer Bauzer regentaba un negocio de monedas asentado en el barrio judío de Fráncfort —continuó mientras tomábamos asiento—. El apellido Redsign fue adoptado por su hijo en alusión al escudo rojo que adornaba la fachada de la tienda de monedas que poseían, un hexagrama del que seguro habrás oído hablar: la estrella de las seis puntas. Desde entonces esta dinastía ha elaborado un implacable plan para controlar el orden mundial —susurró en voz baja, deseando zambullirse en un mar de teorías conspiratorias.

—Pensaba que era a la Orden del Denario a quien debíamos desenmascarar. —Mis palabras sonaron a reproche.

—Todo está conectado —replicó—, la orden y la dinastía Redsign tienen lazos financieros y económicos. Estamos condenados a repetir la historia una y otra vez —prosiguió, aparentemente delirando—. Ellos originaban las guerras, financiaban ambos lados y se forjaban una gran fortuna con la que incrementar su riqueza y, por ende, su poder. Ejemplo de ello sería la jugada maestra que orquestaron durante la batalla de Waterloo. Fueron los Redsign quienes financiaron a los dos combatientes de las Guerras Napoleónicas. ¿No has oído hablar de la fortuna que hicieron en junio de mil ochocientos quince?

—Sí —respondí con cierto orgullo—, creo que lo he escuchado mencionar en alguna ocasión. Ellos supieron el desenlace de la contienda antes que nadie e hicieron creer a los ingleses que habían perdido la batalla, lo que provocó un pánico en la bolsa londinense debido a la venta masiva de títulos de deuda. Fueron los agentes secretos de la familia Redsign quienes compraron esa deuda, sabiendo que Napoleón había sido derrotado.

—Más o menos —contestó con un gesto de autosuficiencia—. Han estado presentes en todas las guerras, Sofía. Como también lo estuvieron en los grandes derrumbes, en el crack del veintinueve y en...

—Venga, Juan —le corté—, no podemos luchar contra el mundo entero. Todo eso forma parte del pasado.

—Te equivocas. ¿Acaso crees que ha cambiado algo hoy en día? ¡Nada! ¿Me oyes? Absolutamente nada —contestó visiblemente ofendido. Su labio inferior comenzó a temblar fruto de la rabia contenida. Inspiró hondamente y miró en derredor, trazando extraños círculos con los ojos mientras trataba de encontrar la calma entre el gentío de la cafetería—. ¿Te has preguntado alguna vez a quienes benefician las guerras? ¿Has pensando en los intereses económicos que hay detrás de ellas? —Se llevó los dedos a los labios, como si quisiera contener la furia que parecía estar a punto de estallar—. La reconstrucción de un país desolado por la guerra es un negocio muy rentable. Un colosal pastel de miles de millones del que todos quieren su ración. Cientos de contratos disputados por todas las grandes empresas del mundo. Los bancos, querida mía, suelen lucrarse con los enfrentamientos bélicos. —Inspiró y exhaló un suspiro de desolación—. Pero en algo llevas razón, será mejor centrarnos en la Orden del Denario y en evitar que lleven a cabo el Proyecto Imperium.

Suspiré aliviada con aquel receso. Permanecimos enmudecidos durante unos minutos, cada uno cavilando sobre sus propias preocupaciones. Una alegre camarera trajo los cafés que habíamos pedido, que acompañó, curiosamente, de un par de bombones. El marqués clavó sus ojos sobre los míos y esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Por qué no perdonas a James de una vez? —soltó de pronto, con la fuerza de un puñetazo destinado a la boca de mi estómago.

—Eso no es asunto tuyo —respondí malhumorada—. Además, pensaba que no te caía bien.

—Te equivocas, pecosa. Creo que es una gran persona. Es solo que...

—¿Qué? —le apremié.

—No quiero meterme donde nadie me llama, pero es un hombre muy apuesto —dijo, recreándose.

«Pues menudo descubrimiento», contesté mentalmente.

—¿Y qué problema hay?

—Creo que estás tensando demasiado la cuerda. No le alejes de tu vida, Sofía —me advirtió con una mirada penetrante—. No dejes que pase página.

Y de nuevo el silencio. No quise replicarle, pues lo cierto es que no sabía qué podía alegar en mi defensa, si es que había algo que defender.

—Si la secta de los banqueros guarda algún tipo de relación con la familia Redsign —dije al cabo de unos segundos, tratando de cambiar de tema—, ¿no es muy arriesgado el que yo finja haber trabajado para ellos?

—Seremos muy ambiguos con el rumor que corramos —respondió con seguridad—. Créeme, no correrás ningún peligro.

Y tenía razón, en parte.

Mi primer día de trabajo en el Banco Estrella llegó casi sin preaviso. Apenas me había percatado de la velocidad a la que de pronto el tiempo pareció transcurrir. Y ahí estaba yo, vestida como una ejecutiva agresiva y plantada en la avenida Diagonal frente a las dos torres negras donde se ubicaba el banco. Los nervios habían acampado a sus anchas en mi estómago, lo que me obligaba a mirar el reloj una y otra vez.

«Las nueve menos cinco», me dije en voz alta.

El destino quiso que el clima y mi estado de ánimo se sincronizaran majestuosamente en lo que acabó siendo un copioso aguacero. Miré de nuevo hacia las torres sabiendo que tarde o temprano debería atreverme a cruzar la calle y entrar en el banco. La puerta de entrada, custodiada por varios guardas de seguridad era un auténtico hervidero de gente que, paradójicamente, se afanaba por entrar en la boca del lobo.

Miré el reloj de nuevo. Las nueve menos tres minutos.

El día comenzaba mal, pensé mientras me disponía a abandonar el quiosco bajo el que me resguardaba de la lluvia. Comencé a correr como alma que lleva el diablo, pero ello no evitó que acabara calada hasta los huesos.

Cuatro mentes privilegiadas formábamos parte de la misión, incluyendo dos agentes especiales —James y George—, un director de finanzas y mentalista consagrado —el marqués— y una persona a quien años atrás le

habían diagnosticado una superdotación intelectual excepcional —servidora—. Pues bien, a ninguna de esas eminencias, entre las que me incluyo yo misma, se nos ocurrió añadir un paraguas en el listado de mis sofisticados e inútiles complementos.

Atravesé el paso de peatones batiendo varios records de velocidad mientras unos cuantos yuppies de pacotilla caminaban a cámara lenta bajo sus caros y llamativos paraguas. A uno de ellos le propiné un codazo no intencionado cuando trataba de hacerme un hueco entre su acompañante y él. Me volví para pedirle disculpas y, en tanto me giré de nuevo, choqué con un estudiante aún más patoso que yo.

Faltaba un minuto exacto para las nueve en punto cuando decidí cruzar la puerta de las torres. Sujetaba un costoso maletín de piel en cuyo interior no había más que folios en blanco y tres plumas estilográficas, una de ellas de edición limitada. «El plumín es de oro de dieciocho quilates», me advirtió el marqués enarcando una ceja mientras me pedía que no la empleara a no ser que fuera estrictamente necesario.

Una puerta corredera de cristal, inmaculadamente limpia, se abrió en tanto me aproximé a ella. Me acechaba por la espalda una marabunta de empleados ansiosos por ocupar sus puestos de trabajo. Las últimas palabras del marqués se colaron entre mis pensamientos. «Cabeza y cuello erguidos, mirada al frente, espalda recta, paso firme y aire de suficiencia». En ello estaba cuando traté de atravesar el pasillo de sensores con control de acceso. El choque contra la barrera fue casi instantáneo. Las puertas de cristal a media altura no se dignaron a permitirme el paso por la sencilla razón de no haber deslizado mi tarjeta de empleada por el lector habilitado para tal menester. En mi defensa alegaré que entre los múltiples accesorios que portaba en mi lujoso maletín no se encontraba ninguna tarjeta que me identificara como trabajadora de la entidad. «Otro detalle insignificante pasado por alto», ironicé para mis adentros.

Un guarda de seguridad trató de reconducir el aparatoso cuello de botella que mi tropiezo acababa de ocasionar. Con una marcada ausencia de amabilidad me pidió que me dirigiera hacia la recepción, situada a mi derecha, donde unas amables señoritas me indicarían cómo proceder.

—Buenos días —le dije a una de ellas, quien pareció ver reflejado en mí al mismísimo diablo.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Está usted hecha una *sopa*. La que debe estar cayendo ahí fuera —añadió mientras se servía cuatro terrones de azúcar

en su taza de café.

—¿No es demasiado azúcar? —pregunté intrigada.

—Tal vez —contestó encogiéndose de hombros—. La verdad es que a mí me gusta tomar el café sin nada de azúcar.

—Pues menos mal... —bromeé mientras me sacudía el pelo y me secaba la cara con un pañuelo que encontré en mi bolso.

—Es que acabo de leer un estudio de la Universidad de Innsbruck que vincula el gusto por el café amargo con tendencias psicópatas, el narcisismo e incluso con el sadismo —susurró en voz baja como si sus palabras revelaran un oscuro secreto.

Su compañera le miró con escepticismo, mascando un chicle de color rosa que parecía empeñada en hacer explotar una y otra vez.

—¿Universidad de Innsbruck? —le preguntó—. ¿Y eso dónde está?

—En Austria —intervine, tratando de zanjar la conversación—. Verán, hoy es mi primer día y...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la recepcionista del chicle, abriendo los ojos de par en par. Instintivamente di un paso atrás y agaché la cabeza como si temiera que el techo se derrumbara sobre mi espalda—. ¿Es un Birkin de Hermès? —preguntó lanzando una lasciva mirada al bolso que colgaba del recoveco de mi codo derecho.

—¿De quién? —pregunté desorientada, inclinando el cuerpo hacia atrás—. No es de Hermès, sino mío —mentí, sin el menor de los aciertos, pues el bolso era legado de la ex mujer del marqués.

Una sonora carcajada me alertó de la estupidez que debía haber dicho. Opté por reírme junto a aquellas mujeres, fingiendo haber entendido el chiste.

—¿Qué quería? —preguntó la tercera recepcionista, instándome con un tono de voz no muy amistoso a explicar mi presencia en las torres.

Abrí la boca para responder, pero antes de que pudiera hacerlo un hombre ataviado de cartero interrumpió la conversación. Sacó un sobre de la bandolera que llevaba colgada del hombro.

—Un burofax para el señor Isaías Ferrer —anunció el hombre rascándose la nuca con el capuchón de un bolígrafo desechable.

—¿Un burofax para el presidente? —exclamó la mujer del chicle, que mascaba cada vez con más ansiedad. Clavó la mirada en el sobre y en voz baja se dirigió a su compañera—. Es otra vez *Espartano*, se va a armar la de Dios.

Me aparté de aquella conversación, que erróneamente juzgué como

irrelevante, y me dirigí a la tercera recepcionista, quien todavía esperaba una respuesta por mi parte.

—Mi nombre es Sofía Bartomeu y hoy es mi primer día en el banco — dije irguiendo la barbilla.

El marqués, James y George habían decidido infiltrarme con un nombre y apellidos falsos. No obstante, conociéndome como creían conocerme, finalmente estuvieron de acuerdo en que solo mi apellido fuera ficticio. Al parecer, debían temer alguna complicación en caso de que alguien se dirigiera a mí por un nombre que no era el mío.

—¡Por el amor de Dios! —La recepcionista se llevó las manos a la boca —. Señora Bartomeu, disculpe mis modales. No sabía que era usted.

—No se preocupe —contesté, aceptando sus disculpas.

Dos minutos después, la recepcionista me entregó la tarjeta de empleada que acababa de configurar informáticamente.

—Aquí tiene y, de nuevo, le ruego me disculpe —balbuceó cabizbaja—. Ya puede usted dirigirse a las puertas de acceso, su despacho está en la planta veintitrés —comentó señalando a su derecha.

—¿No he de pasar por el detector de metales?

—Por supuesto que no. Usted es una empleada del banco —respondió como si ello fuera motivo de orgullo.

Entré en el que sería mi despacho acompañada por mi amable secretaria, quien parecía empeñada en ofrecerme un café cada diez segundos. Rechacé su oferta por cuarta vez mientras observaba el despliegue de prensa que había sobre mi mesa. Periódicos de economía y finanzas, en español y en inglés. «¿No pretenderán que me lea todo esto?», me pregunté a mí misma mientras una expresión de desagrado se formaba en mi rostro. La mesa, de diseño clásico y madera de cerezo, contenía una agenda de piel negra, un móvil de última generación y unos cuantos informes que a buen seguro debía revisar.

—¿Ha llegado ya la *super ejecutiva*? —preguntó una tercera voz femenina, otorgando a sus últimas palabras un claro tono de burla.

Levanté la vista y dirigí la mirada hacia la puerta. Una mujer menuda de unos cincuenta años asomaba la cabeza. Sostenía un bollo mordisqueado que, junto a su mirada, parecieron congelarse ante lo inoportuno de la situación. Dio un minúsculo paso hacia atrás, debatiéndose entre disculparse o salir corriendo.

—¿De dónde ha sacado ese bollo? —pregunté de pronto, rompiendo un irritante silencio mientras me sobrecogía una repentina e inesperada hambruna.

—De la cafetería que hay en la primera planta —respondió la mujer, dejando escapar todo el aire que había retenido en sus pulmones—. Le ruego me perdone por mi comentario —añadió clavando la mirada en mis zapatos de tacón de aguja, para después hacer unas desmedidas reverencias con la cabeza.

—No se preocupe —le dije con un guiño. Haciendo caso omiso de los consejos del marqués, agregué—: No me vea como una ejecutiva sin escrúpulos, sino como una compañera más.

Agradeció mis palabras con un gesto a medio camino entre el llanto y el mayor de los desconciertos. Dejé el maletín y su carísimo contenido sobre la mesa y salí del despacho, dispuesta a engullir dos o tres cruasanes. Me pareció escuchar a lo lejos como mi secretaria me advertía de que el lugar al que me dirigía no era donde se reunían los altos directivos, algo que, como era de esperar, me trajo sin cuidado.

El viaje en ascensor resultó ser igual de incómodo que el anterior. Permanecí en una esquina del habitáculo, observando a las personas que entraban en cada planta. Recibí un codazo, aparentemente involuntario, de un caballero de pequeña estatura que, sufriendo sus escasos ciento sesenta centímetros de altura, trataba de hacerse un hueco entre la marabunta de personas.

La cafetería, sorprendentemente abarrotada considerando que eran las nueve y media de la mañana, resultó ser un lugar de congregación de empleados descontentos. Curiosamente, toda la insatisfacción parecía desaparecer de las conversaciones en tanto algún jefecillo hacía acto de presencia. Si eso sucedía, las malas lenguas mudaban de disfraz y todo eran elogios y enorgullecimiento por trabajar en el mejor banco del país. Era fácil de reconocer a los jefes, pues todos parecían cortados por el mismo patrón. Espalda recta, barbilla alzada, manos generalmente a la espalda y sonrisa soberbia. El tono caciquil con el que se dirigían a los empleados y la expresión de servilismo en los rostros de estos últimos era otra gran pista. Eso sí, en tanto el gerifalte desaparecía, el vituperio viperino regresaba con más ímpetu que antes. Permanecí observando aquel singular espectáculo durante más de diez minutos hasta que el exigente rugido de mi estómago me obligó a avanzar hacia el interior de la cafetería.

Arrastré una bandeja por el soporte metálico, deteniendo mi marcha a la altura del estand de repostería. Mi avidez por devorar bollería con un alto contenido en azúcares y, por ende, en calorías, había descendido notablemente, por lo que me decanté por una ensaimada rellena de cabello de ángel.

—¿Qué desea beber? —preguntó con desgana un camarero mal afeitado.

—Un café con leche, por favor.

—¿Para llevar o para tomar aquí? —preguntó mecánicamente con un tono semejante al de una máquina expendedora.

—Para llevar —respondí, echando un vistazo a mi alrededor y constatando lo fuera de lugar que me sentiría si decidía tomar el café ahí.

Tropecé con un hombre a la salida de la cafetería y a punto estuve de derramarle el café encima. Un expeditivo examen visual me bastó para reparar en lo extraño que resultaba su semblante. No supe adivinar qué era exactamente lo que le hacía verse sospechosamente diferente, pero una sirena de advertencia comenzó a sonar en el interior de mi cabeza.

—Le ruego me perdone —dijo con acento extranjero, probablemente norteamericano.

Su vestimenta no iba en línea con el estereotipo del banco, pensé mientras le observaba detenidamente. No llevaba americana, ni tampoco corbata. Vestía una camisa azul marino, con las mangas remangadas, un pantalón chino de color beige y unos mocasines de cuero. Percibí la sugerente combinación de sándalo y vainilla que evocaba su fragancia, un aroma que ya nunca olvidaría.

Nuestras miradas quedaron suspendidas en el aire a la espera de que alguien destruyera la perfecta burbuja esférica que pareció envolvernos.

—No te disculpes —balbucí sin mucho acierto, extrañamente hipnotizada por su presencia y por el intenso azul de sus ojos. Lucía una incipiente barba, aparentemente descuidada, lo que le otorgaba un aspecto sutilmente desaliñado y a la vez un tanto canalla. Aclaré mi garganta y, tras un breve instante de silencio, le dije—: Me llamo Sofía y hoy es mi primer día en el banco.

—Bienvenida, Sofía. Mi nombre es Patrick Clark —dijo mientras me estrechaba la mano sin apartar de mi rostro sus cristalinos ojos—. ¿En qué departamento trabajas?

—Soy la directora ejecutiva de Finanzas —le informé, sintiéndome terriblemente ridícula, mientras ocultaba la ensaimada tras mi espalda.

—¡Caramba! Todo un puesto —comentó con una sonora carcajada pasándose una mano por su negra y sedosa cabellera.

—Supongo que sí —respondí aturdida y sin poder ocultar mi timidez—. ¿Y tú a qué te dedicas?

Por un instante temí estar cruzando la barrera de lo profesional y zambulléndome de lleno en un coqueteo totalmente fuera de lugar.

—Soy asesor de seguridad —respondió, ambiguo.

En su mirada no había ni rastro del servilismo que podía apreciarse en los ojos del resto de empleados. Algo en ella me resultó terriblemente sospechoso. Sin embargo, decidí no darle la menor importancia, desoyendo con ello el sabio consejo que me había dado la tarotista.

—Muy bien, Patrick, encantada de conocerte —dije finalmente, dando por concluida aquella extraña y enigmática conversación.

Una vez en mi despacho, una estancia sin la menor personalidad pero con espacio suficiente como para practicar bailes de salón, me dispuse a degustar mi café y la ensaimada mientras fingía ojear los periódicos de finanzas que había esparcidos sobre la mesa.

«Tal vez me vaya mejor como banquera que como abogada», me dije en voz alta a la vez que colocaba los pies sobre la mesa, cruzando una pierna sobre la otra. Aquel simple gesto me hizo sentir tremendamente poderosa. Contemplé, ensimismada, los relucientes *stilettos* rojos, tan elegantes como incómodos.

Alguien golpeó la puerta de mi despacho. Instintivamente, bajé los pies de la mesa y me puse de pie.

—Buenos días, señora Bartomeu. Tiene usted visita —anunció mi secretaria.

Brígida, que así se llamaba la mujer, me lanzó una extraña mirada que pareció focalizar en mi mano derecha, apoyada sobre la mesa.

—¿Quién ha venido a verme?

—El señor Isaías Ferrer —contestó sin retirar la vista de mi mano.

—¿Y ese quién es? —pregunté, despistada, al tiempo que alguien más se asomaba al despacho. Bajé la vista hacia la mesa, intrigada por la fijación de Brígida y extrañada por la inusual textura de los papeles sobre los que supuestamente descansaba la palma de mi mano—. ¡Maldita sea! —exclamé al percatarme de que estaba chafando la ensaimada.

—Don Ferrer es... Es nuestro presidente —tartamudeó la secretaria abriendo los ojos de par en par.

Volví a blasfemar, esta vez en silencio, valorando la posibilidad de arrearme una colleja por aquella metedura de pata.

Isaías Ferrer permanecía de pie junto a la puerta. Aquel hombre era el perfecto ejemplo del auto endiosamiento, pensé al contemplar su engreída estampa. Sus poco más de ciento setenta centímetros parecieron transformarse repentinamente en una gigantesca torre de dos metros de altura. Ladeo la cabeza y alzó una ceja, estrechando los ojos al tiempo que me sometía al juicio de su escrutinio.

Tenía el pelo canoso y entradas prominentes que engrandecían las dimensiones de su frente. Debía tener entorno a los setenta y cinco años, juzgué observándole con detenimiento. Sus ojos azules, empequeñecidos a consecuencia del paso del tiempo, pasaban desapercibidos tras unas sofisticadas gafas de alto ejecutivo. Era apuesto, pensé al contemplar la pose de *gentleman* y falsa gentileza con la que me contemplaba. La expresión de arrogancia se reflejaba sobre todo en su media sonrisa, que curvaba con cierta acritud y petulancia.

Isaías Ferrer no me cayó bien. Es más, creo que incluso llegué a sentir repulsión por aquella fachada de egolatría elevada a la máxima expresión. Pero yo no estaba ahí para juzgarle y la aversión que sintiera por él no debía inmiscuirse en mi misión.

Dada la poco maniobrable situación en la que me encontraba, mi singular inteligencia optó por actuar obviando los manuales del perfecto espía.

—No imagina las ganas que tenía de conocerle por fin —mentí mientras avanzaba hacia él como si algún espíritu perturbador me hubiera poseído. El postureo y la apariencia glorificada de su rostro desaparecieron al instante, dando paso a una expresión de terror que acabó por conquistar su mirada. Instintivamente dio un paso atrás cuando me vio extender los brazos—. ¡Deme un abrazo! —le pedí finalmente ante la mirada anonadada de mi secretaria.

Sus reflejos no superaron en velocidad al impulso de abalanzarme sobre él. Le estreché entre mis brazos reprimiendo la antipatía que su mera presencia me causaba. Sin saber muy bien por qué, comencé a restregarle las manos por la espalda como si estuviera reconfortando a un bebé desconsolado. Brígida apretó los labios y se llevó las yemas de los dedos a la boca, conteniendo un repentino arrebató que parecía obligarle a gritar. Pocos segundos después, la cordura regresó a mi cerebro y por fin me aparté del presidente del banco.

—Yo... —balbuceó mientras trataba de saciar sus pulmones con todo el oxígeno disponible en el despacho—, también me alegro de conocerla. He oído hablar mucho de usted —añadió al tiempo que se aflojaba el nudo de la corbata. El color volvió a sus mejillas en el mismo instante en que su engreimiento regresó a su mirada. Se volvió hacia mi secretaria y, con una expresión de falsa bondad, le pidió—: Brígida, déjenos solos, por favor.

La mujer se marchó con una sonrisa de satisfacción, disfrutando del agradable masaje que el presidente acababa de darle a su ego al haberse dirigido a ella por su nombre.

Una vez a solas, Isaías me miró en silencio. Le sostuve la mirada, dispuesta a no dejarme amedrentar por su grandilocuencia. Me senté en el borde de la mesa y crucé una pierna sobre la otra, mostrando una sutil y seductora sonrisa con la que transmitía mi supuesta seguridad.

—Estamos muy contentos con su incorporación —comentó finalmente con un tono de voz más propio de un locutor de radio que de un presidente de un banco—. Como podrá ver en su agenda, está convocada a una reunión a las once de la mañana en la que se tratarán, entre otros temas, la posible adquisición de ciertas entidades financieras ubicadas en diversos países. —Esbozó una sonrisa a cámara lenta y continuó hablando—. Sería de gran utilidad si usted pudiera echar un vistazo a los distintos informes que su secretaria le ha dejado sobre la mesa.

—Por supuesto —respondí con una sonrisa casi tan hipócrita como la suya.

—Y bien, dígame, ¿cómo es trabajar para la Familia Redsign? —preguntó con una mirada ansiosa, como si llevara horas conteniendo aquella pregunta que brotó de sus labios a la vez que sus pupilas se dilataban.

—Ha sido un honor trabajar para ellos. Son grandes banqueros y mejores personas. Durante los años en los que he tenido el enorme placer de asistirles en sus inversiones familiares he aprendido mucho profesionalmente a la vez que me desarrollaba como persona —respondí, repitiendo, palabra por palabra, la enorme sandez que el marqués me había obligado a memorizar.

Isaías inspiró profundamente mientras su ego parecía reproducirse a marchas forzadas.

—¿Para quién de la familia trabajaba? —preguntó con ojos golosos.

—Para Robert —contesté, siguiendo el guion.

Mi respuesta pareció desilusionarle. Había más de cinco *Roberts* en la Familia Redsign. Isaías no se atrevió a preguntar a quién me refería. Tal vez

temía que, de hacerlo, pudiera quedar como un ignorante.

—¿Y cuál era exactamente su cometido? —insistió, tratando de saciar su hambre voraz.

—Asesoraba a Robert en sus inversiones —contesté, mimetizándome con la petulancia que se respiraba en el despacho—. Me temo que no me es posible darle muchos más detalles.

—Comprendo... —dijo claudicando con cierta desazón—. Nos veremos en una hora —añadió mirando su carísimo reloj—. Una cosa más, señora Bartomeu, la cafetería de la primera planta es solo para los empleados.

—¿Y yo qué soy? —pregunté sorprendida y sin la menor aspereza.

—Una directora ejecutiva.

Se giró como si de una marcha bélica se tratara, despidiéndose de mí con la mano en el aire.

Sentí desfallecer en tanto mis ojos se posaron sobre la espalda de su americana. El azúcar glaseado que cubría mi ensaimada había quedado perfectamente tatuado sobre su prenda oscura, trazando sinuosas formas a lo largo de la misma. Tragué saliva y recé en silencio para que nadie más se percatara de aquel desastroso Picasso que, con tan poca gracia, yo misma había dibujado sobre la americana de Isaías.

Aquello iba a resultarme mucho más difícil de lo que había imaginado, pensé con desolación. Acabé mi café con leche, cuya temperatura había descendido por debajo de los niveles aceptables, y me resigné a mi sino, un destino en el que la calma no parecía tener cabida.

Al cabo de unos minutos, recibí una llamada del marqués. Aprecié su preocupación, aunque a decir verdad era con James con quien habría deseado hablar.

—No estés nerviosa por esa reunión —me dijo tras un instante de cháchara trivial—. ¿Qué opciones de adquisición se barajan?

Abrí las carpetas y ojeé las distintas propuestas.

—Tres bancos —apunté—. Uno en Suiza, otro en Chipre y el tercero está en Panamá. ¿Necesitas que te indique los nombres?

—No es necesario, pecosa. Sé perfectamente de qué entidades estamos hablando. Su adquisición no es viable —sentenció con firmeza.

—¿Por qué no? —quise saber.

—Sus balances están tan maquillados que cualquier parecido con la

realidad no es más que pura casualidad. —Carraspeó y añadió—: Ellos lo saben.

—¿Y si lo saben por qué quieren comprarlos?

—Porque les gusta jugar. Son unos engreídos, ricos y avariciosos, que juegan con el dinero de los demás. —Sintió mi desaliento y quiso animarme—. No te infravalores, tú eres infinitamente más inteligente que todos ellos. Recuerda que es un banco, *stultorum sunt plena omnia* —añadió, jocoso.

—¿Cómo dices?

—Todo está lleno de necios —aclaró, medio en broma—. No te apures, Sofía, nadie te preguntará por ello. Es tu primer día en el banco.

Colgó sin que me diera tiempo a preguntar por James. Mi habitual flaqueza comenzó a asomar la cabeza, haciéndome desear estar junto a él en un lugar muy alejado. Pero una vez más, el destino me tenía deparada una trayectoria diametralmente opuesta.

Eran las once en punto cuando me presenté en la opulenta sala de reuniones. Entré sin esperar a los demás participantes, seducida por el agradable aroma del café recién hecho. «Esto sí que es un café como Dios manda —dije cuando lo probé— y no la basura que sirven en la cafetería de la primera planta».

La reunión comenzó cuando el honorable *Dios del banco* hizo acto de presencia. El presidente llegó pasadas las once y cuarto. Durante la espera varios de los asistentes tuvieron la amabilidad de presentarse al tiempo que me elogiaban con agradables palabras de admiración.

—Veo que ya conoce a varios de nuestros directores ejecutivos —dijo el presidente, mirándome con la cabeza ladeada mientras la sala entera guardaba el más absoluto silencio.

Sonreí a modo de respuesta. Isaías comenzó a presentarme a cada una de las personas que había en la sala. No me sorprendió el no ver a ninguna mujer, asistiendo a lo que a todas luces acabaría siendo una reunión descaradamente falócrata. Percibí lo inoportuna de mi presencia en los ojos de varios de los asistentes, quienes parecían no confiar en la valía de una mujer para desempeñar un cargo como el mío.

La americana del presidente continuaba garabateada con el azúcar glaseado de mi ensaimada. Por lo visto, nadie había osado comentarle aquel pequeño detalle. Sin embargo, todos parecían haberse percatado de la picassiana obra de arte que lucía en la espalda de su chaqueta, lo que provocó miradas de sorpresa y algún que otro cuchicheo.

Isaías comenzó a leer la agenda de la reunión con voz firme. Los *doce apóstoles*, como acabé por bautizarles, le observaban como quien contempla a Dios por primera vez, asintiendo con sumisas reverencias y evitando el contacto visual. Poco a poco fui abstrayéndome del soporífero soliloquio del *mandamás*, pues la temática abordada me resultaba tan aburrida como irrelevante. Fueron pasando los minutos y mi único entretenimiento eran los cuadros colgados en la pared de enfrente. Una reproducción de *La Persistencia de la Memoria*, el famoso cuadro de los relojes blandos de Salvador Dalí, llamó mi atención.

—¿Ve usted la figura amorfa que hay en el centro del cuadro? —me preguntó en voz baja el hombre de mi derecha, director de Recursos Humanos, aprovechando un despiste del presidente—. Es la misma que la de *El gran masturbador*. Uno de los múltiples guiños de Avida Dollars.

—¿De quién? —pregunté sin tener la menor idea de lo que estaba hablando.

—De Salvador Dalí —contestó como si la respuesta fuera una obviedad—. Avida Dollars es el anagrama con el que le bautizó Andres Breton.

Un repentino bostezo, que apenas traté de disimular, bastó para que aquel hombre no volviera a dirigirme la palabra. Regresé de nuevo a mi estado semi catatónico, sumiéndome en un relajante túnel del sueño. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para evitar que mis párpados cedieran frente al aplastante cansancio que me había sobrecogido casi repentinamente.

—Y bien, Sofía, ¿qué opina? —preguntó Isaías, obligándome a despertar de mi agradable letargo.

—¿Qué opino de...? —balbucí, tratando de ganar tiempo.

—Nos gustaría conocer su opinión. ¿Por cuál de los tres bancos se decantaría? —preguntó con una sonrisa maliciosa en la que pareció brillar un imaginario diente de oro.

«Maldito sea el marqués», protesté para mis adentros. Mis ojos viajaron de un lado a otro de la mesa, buscando un bombón que llevarme a la boca, pero ahí no había otra cosa que mantequillosas pastas de té.

—Por ninguno de los tres —contesté finalmente. Un murmullo colectivo se apoderó de la sala—. Sus balances... están maquillados —añadí con menos seguridad de la que habría sido deseable.

Hubo una explosión de risa.

—¿Y qué balance no lo está? —replicó el presidente con una mezcla de pedantería y burla.

—Los tres están a punto de quebrar —me lancé al ruedo sin medir las consecuencias—. El precio que proponen no refleja la situación real del desastre económico en el que están inmersos. Además, me consta que están siendo investigados por blanqueo de capitales.

—¡Santo cielo! —exclamó el consejero delegado.

—¿Tiene algo en mente? —preguntó Isaías—. ¿Alguna inversión que pueda ser interesante para el banco?

No la tenía. Sin embargo, la nueva Sofía, que ya se había adueñado de mi personalidad, me hizo envalentonarme en lo que a buen seguro acabaría siendo toda una desventura.

—El Tercer Sector —contesté sin pensar. Escuché mis palabras repitiéndose una y otra vez a lo largo de la sala como un eco elástico e infinito—. El sector no lucrativo, señores —aclaré—. Organizaciones no gubernamentales, entidades no lucrativas, organizaciones humanitarias, proyectos de acción social...

Y de nuevo el murmullo. El escepticismo se coló por la rendija de la puerta y en cuestión de unos segundos sentí sobre mí las desconfiadas miradas de todos los asistentes. Me levanté con gran aplomo, irguiendo la barbilla desmesuradamente hasta que mis ojos apuntaron al techo. El silencio de la estancia hizo que mis pasos sonaran con mucha más fuerza. Me dirigí hacia la zona de bebidas y me serví un café, dándoles la espalda a aquellas trece mentes pensantes cuya materia gris parecía haberse marchitado.

Entre los múltiples comentarios escuché uno que acabó por extenderse a través de un susurro general que circuló por toda la sala. «Creo que sabe de lo que habla —le dijo el director general de Riesgos al de Auditoría Interna en voz baja—. Juraría que esta mujer tiene información privilegiada». Aquella observación se repitió hasta en diez ocasiones. El destino quiso enredar la escena, haciendo que en cada transmisión el mensaje sufriera una pequeña alteración. Para cuando la secreta misiva completó la cadena de oyentes, la comunicación no guardaba el menor parecido con la realidad. Y así fue como un rumor, sin base ni fundamento, acabó por tomar forma a través del clásico juego de las palabras encadenadas.

Cuando finalmente anunciaron el descanso del *consejo de sabios*, yo ya había acabado mi quinta taza de café. No encontré otro modo de mantenerme despierta. La temática que trataban me resultó tan tediosa como carente de

importancia a efectos de la misión y el único estímulo que me hacía permanecer con los ojos abiertos, además de la cafeína, era la tensión por que alguien me hiciera intervenir en aquella comedia. No obstante, sí hubo un detalle que llamó mi atención, un garabato casi incomprensible dibujado sobre uno de los folios contenidos en la carpeta del director de Recursos Humanos. Había dudado al principio, pero una vez logré fijarme con detenimiento no me cupo la menor duda de las palabras ocultas tras aquel trazo infantil: Proyecto Imperium.

Salí de la sala de prisa, sin darle la oportunidad a ninguno de aquellos hombres de interrumpir mi huida. Unos pasos más adelante me tropecé con una mujer visiblemente nerviosa. Su estética parecía haberse quedado atrapada en los años ochenta. Cabello largo y rubio, esponjado con *brizz*, sobre el que debía haber sacrificado más de un spray de laca. Un maquillaje extremado, ojos felinos sellados con un grueso delineado superior que recorría la línea de los párpados hacia la sien y una sombra de ojos azul turquesa. Cejas pobladas y llamativamente punteadas con pincel. Labios color rojo anaranjado, de una tonalidad más bien oscura, que parecían querer recordar a la bella Elizabeth Taylor.

—Es usted Sofía, ¿verdad? —preguntó en voz baja sin esperar una respuesta—. Sígame, por favor —me pidió, haciendo un gesto con la barbilla que señalaba a un largo pasillo.

Pude percibir el aroma a peligro que desprendía aquella mujer, pero ello no evitó que siguiera sus pasos. Medio minuto después, y casi sin aliento a consecuencia de la repentina aceleración de su marcha, la mujer se detuvo, adentrándose sigilosamente en un pequeño cuarto de apenas tres o cuatro metros cuadrados.

—Seré su enlace en el banco —me informó proyectando un visible nerviosismo en su mirada—. Le agradezco mucho lo que está haciendo, es un acto noble y valiente.

—¿Y usted es...? —pregunté sin ocultar mi desconfianza.

—María Pedrosa, responsable de Comunicación, Relaciones Institucionales, Marca y RSC.

Debía ser la mujer de la que me había hablado el marqués, pensé.

—¿RSC?

—Responsabilidad Social Corporativa —aclaró—. Soy amiga de Juan Valdez. Les ayudaré en todo cuanto sea posible para destapar el Proyecto Imperium. Ahora debe marcharse, ¿de acuerdo? Trate de recabar toda la

información que le sea posible y no dude en acudir a mí si así lo precisa.

—¿Usted no viene a la reunión? —pregunté, ansiando una respuesta afirmativa.

—Soy una mujer —contestó como si su respuesta aclarara mi duda. En vista de mi desconcierto, agregó—: El presidente no es muy partidario de la presencia femenina en este tipo de reuniones. Usted es un caso especial —apuntó con ambigüedad.

Me despedí de la mujer sintiéndome más confundida y percibiendo una siniestra melodía de fondo que no hacía sino advertirme del riesgo que estaba asumiendo con aquella misión.

Cuando regresé a la sala todos estaban de pie, conversando amigablemente sobre temas triviales mientras tomaban una taza de café. Me percaté de la ausencia del director de Riesgos, quien al parecer había abandonado aquel lugar tras la insistente llamada de su adicción a la nicotina.

—Está dejando de fumar —le disculpó Arturo Cuadrado, el director de Asesoría Jurídica, mientras se atusaba su pomposa y ridícula melena a lo Michael Landon.

—De haber sabido que iba a fumar, le habría acompañado —comenté.

—Cada uno es libre de suicidarse como crea conveniente —respondió en tono despectivo, invocando a todos mis demonios.

No tuve tiempo de contestar a su impertinencia, pues alguien interrumpió lo que hubiera sido el inicio de una batalla campal.

—¿Y usted qué opina del matrimonio? —me preguntó Jordi Conejo, el responsable de Recursos Humanos, acompañado del presidente.

Me volví hacia él, molesta por su interrupción y extrañada por la pregunta. Si aquel comentario buscaba sorprenderme, desde luego lo consiguió. Jordi, al igual que la mayoría de los ahí presentes, vestía una camisa azulada de cuello blanco, ligeramente pasada de moda. Llevaba sus iniciales grabadas en los puños, una horterada de la que parecía sentirse orgulloso. Unos gruesos tirantes de color rojo sostenían sus pantalones de cintura alta y rayas verticales.

—Está bien —contesté sin el menor atisbo de locuacidad.

—¿Está bien? —coreó Arturo Cuadrado, viendo en mi respuesta la oportunidad perfecta para dejarme en ridículo—. ¿Esa es su *brillante* opinión?

Le lancé una mirada asesina. No debía atender a la llamada del ego, pensé, aunque lo cierto era que me moría de ganas por cerrarle la boca a

aquel estúpido engreído. Tragué saliva y noté como el orgullo se deslizaba a través de mi garganta.

—Quería decir que es una gran institución —dije tras un par de sonoros carraspeos.

—¿Una gran institución? —repitió, jocosamente, el *apóstol* Arturo, ladeando la cabeza y provocando una gran ventisca con el movimiento de su abundante y desbocada cabellera.

«Este tipo es un cretino», me dije para mis adentros.

—Una unión sagrada —continué, ignorando su impertinente interrupción —, un pacto de amor eterno destinado a la procreación —solté, sin pensar en las sandeces que salían de mis labios.

Instintivamente, todos nos giramos hacia el presidente, quien con los ojos cerrados asentía en silencio, dando su aprobación a mi intervención.

—Y los bendijo Dios y les dijo: «Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla: dominad en los peces del mar, en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra» —intervino Arturo Cuadrado, tratando de ganar el primer puesto en la carrera de imbecilidades que parecía estar disputándose en la sala.

—Génesis, capítulo uno, versículo veintiocho —comentó el responsable de Recursos Humanos mientras se estiraba los tirantes y trataba, inútilmente, de copiar el ochentero look de Gordon Gekko.

En un acto reflejo di un paso atrás, temiendo que aquella absurda conversación acabara por derivar en la celebración de un ritual satánico.

—¿A qué se dedica su marido, Sofía? —me preguntó el presidente, percatándose al instante del desconcierto que debía llevar tatuado en la frente.

—¿Mi qué? —pregunté, confundida.

—Su marido —repitió Isaías enarcando la ceja derecha, sin apartar sus ojos de los míos, como si me estuviera sometiendo a un tercer grado.

Se hizo un silencio incómodo en la sala.

—Él es... —Miré a mi alrededor ansiando que el universo intelectual me agasajara con su inspiración—. Mi marido es abogado.

—¿Abogado? No he oído hablar de él —me interrumpió Arturo.

—¿Acaso he dicho su nombre y no me he enterado? —pregunté con acritud, deseando prender fuego a la ridícula fregona que tenía por pelo.

Isaías se percató de la enemistad manifiesta que parecía haberse tejido entre el director de Asesoría Jurídica y yo, por lo que se apresuró a intervenir, tratando de calmar las aguas.

—Me encantaría conocerle —comentó con una sonrisa de anuncio—. ¿Por qué no le pide que le acompañe en la recepción de mañana?

Aquello se estaba complicando demasiado, pensé desbordada.

—¿Qué recepción?

—¿No se lo había comentado? —preguntó Isaías, fingiendo sorpresa—. Mañana celebro en mi casa una pequeña recepción en honor *a mí mismo* —anunció, vanidoso, en un arrebato de narcisismo. Carraspeó, percatándose de lo inapropiado de su comentario y trató de enmendar sus palabras—. Quiero decir, en honor a mis veinticuatro años en el banco.

—Estaré encantada de asistir —mentí. Aclaré mi garganta y añadí—: Con mi marido, por supuesto. ¿Dónde se celebrará el evento?

—En mi mansión —respondió alzando la barbilla—. Les espero a partir de las cuatro de la tarde.

Poco imaginaba en aquel momento cuán importante acabaría por ser aquella invitación.

Capítulo 8

Juego de espías, la ironía del destino

Lo último que deseaba al día siguiente era asistir a la fiesta de Isaías Ferrer, pero el deber así me lo exigía. Había albergado esperanzas de que fuera James quien acudiera al evento fingiendo ser mi marido. Sin embargo, el marqués nos quitó aquella idea de la cabeza con una sola frase: «Hay demasiada tensión entre vosotros dos». Y eso fue todo. Nadie se atrevió a llevarle la contraria por la sencilla razón de que Juan estaba en lo cierto.

George tampoco era candidato al papel de marido. Esa fue la conclusión del marqués, que impuso su criterio sin aportar la menor explicación. Estando así las cosas, solo parecía haber una única alternativa, al menos en la ilustre cabeza de Juan. Sin llevar la cuestión a debate, él decidió quién desempeñaría el rol de mi esposo. En honor a la verdad, y tratando de no hacer leña del árbol caído, quisiera apuntar que el marqués no podría haber tenido una peor ocurrencia. De entre todos los aspirantes al puesto de consorte —cierto es que muchos no había, habida cuenta de que se trataba de una misión secreta—, Juan tomó la poco acertada decisión de escoger a Philippe.

De nada sirvieron mis protestas, el marqués había tomado una decisión.

—Te equivocas de candidato —le dije—. ¿Por qué no puede hacerlo James? —insistí.

—Ya hemos hablado de eso, Sofía.

—¿Y qué hay de Pancho? ¿Quién cuidará de él?

—¿Pancho? —preguntó, sorprendido—. Discúlpame, pecosa, pensaba que ya lo sabías. Philippe lo llevó ayer a un refugio de asnos que está en el Pirineo Aragonés. —Le miré entristecida, por lo que añadió—: No sufras, ahí estará bien, los dueños son grandes amigos míos. En tanto todo esto acabe, iremos a visitarle.

Una mañana especialmente calurosa dio la bienvenida a aquel veintiocho de junio. Las primeras horas del día transcurrieron con tranquilidad, reservando fuerzas para lo que acabaría por suceder durante la celebración en casa de Isaías.

Sentada sobre la silla de mi despacho, fingí estudiar uno de los informes que había sobre la mesa. Lo cierto era que no había leído —y mucho menos comprendido— ni una sola palabra de aquel memorándum. Mi mente estaba atareada en otros quehaceres, esencialmente en preguntarme una y otra vez

por qué el marqués habría elegido a Philippe. No me malinterpretéis, Philippe era y es una maravillosa persona, pero si hay alguien capaz de ingeniar una situación crónica de enredo, cual mago con chistera, ese es él. «Por eso haréis una pareja estupenda», dijo el marqués con una sonrisa cuando le advertí de ello.

Nadie me visitó durante la mañana, algo que me sorprendió y me agradó de igual modo. Decidí compilar todos los informes que mi amable secretaria me había entregado. Los metí en mi maletín de piel con la intención de entregárselos a Juan para que él se los estudiara detenidamente. No estaba dispuesta a hacer de nuevo el ridículo, pensé al recordar la reunión del día anterior.

Un zumbido eléctrico comenzó a perturbarme justo después de comerme un bocadillo de la máquina expendedora. Dirigí la mirada hacia el techo, donde un tubo fluorescente en pleno ataque de ira comenzó a parpadear incansablemente.

—El tubo está agotado —concluyó el hombre de mantenimiento tras un *minucioso* análisis de no más de cinco segundos.

—¿Y el ruido? ¿No será peligroso? —pregunté mientras Brígida depositaba sobre mi mesa una nueva remesa de informes.

—La reactancia no está trabajando como debería. Habrá que cambiarla —apuntó mientras descendía los cuatro escalones antiderrapantes de la escalera de tijera—. Pero eso será mañana —añadió mirando su reloj de muñeca salpicado de pintura blanca—. Hoy ya es demasiado tarde, en media hora acaba mi turno.

Controlé el gruñido que comenzaba a gestarse en mis labios y, haciendo alarde de un admirable autocontrol, decidí no protestar por la holgazanería de aquel hombre.

Una vez a solas revisé las carpetas que había sobre la mesa. Decenas de informes con cientos de gráficos inteligibles y fórmulas incomprensibles se mostraron ante mis ojos como si de un jeroglífico se tratara. Y de pronto algo llamó mi atención. Un memorándum, a todas luces trasapelado, se coló entre el montón de documentos. Llevaba por título «Primera fase del Proyecto Imperium». No quise examinarlo. No en aquel momento. Lo guardé en mi maletín a toda prisa, sintiendo como la tinta del papel ardía entre mis manos.

La residencia de Isaías Ferrer era sencillamente impresionante. Ubicada en una prestigiosa y exclusiva urbanización de lujo, entre las poblaciones de Sant Andreu de Llavaneres y Sant Vicenç de Montalt, la vivienda contaba con unas impactantes vistas al mar Mediterráneo. Entré en la villa de la mano de Philippe, quien parecía encantado de formar parte de aquella misión. Él, a diferencia de James y de George, no era un espía ni tampoco había desempeñado una función similar en toda su vida. No obstante, en aquel momento parecía tan entregado a su cometido que a punto estuve de confiar en el éxito de nuestro temerario plan.

Isaías Ferrer nos recibió con una sonrisa forzada, estrechándole la mano a mi marido ficticio como si de su mejor amigo se tratara. En cuestión de pocos minutos ya nos había descrito, sin obviar la más mínima pincelada, todos y cada uno de los detalles de su deslumbrante propiedad.

Tras atravesar el impresionante salón, decorado con un gusto tan pomposo como lamentable, nos dirigimos hacia los jardines, donde tenía lugar la celebración. Debía haber unas cien personas congregadas en aquel lugar, calculé tras un vistazo rápido, todas ellas vestidas con sus mejores galas. Varias mesas altas, cubiertas por mantelerías de tafetán bordadas con motivos florales, ofrecían a los asistentes toda una variedad de canapés. El exótico aroma a jazmín que se respiraba en los jardines pareció actuar como un sedante natural, aliviando repentinamente el malestar y la ansiedad que habían colonizado mi cuerpo entero. La mágica combinación de su perfume y el intenso azul del mar lograron sumergirme en un estado de relajación peligrosamente cercano al sueño.

Una piscina infinita, con desbordamiento en el lateral que daba al mar, ofrecía un efecto óptico de lo más espectacular. El agua rebasaba el borde de la piscina por la línea del horizonte, fusionándose con el mar en la inmensidad del universo. El césped, excesivamente húmedo, hizo que, poco a poco y sin apenas darme cuenta, mis tacones de aguja fueran hundiéndose en él. Isaías no se percató de ello, pues parecía obsesionado por impresionar a Philippe, a quien le dedicaba su envanecido monólogo. Sin embargo, sí pareció sorprenderse cuando se volvió hacia mí, formulándome una pregunta a la que no presté atención. Echó la cabeza hacia atrás frunciendo el ceño hasta que sus dos cejas se convirtieron en una sola. En un gesto muy propio de él, ladeó la cabeza, extrañado por mi repentino encogimiento.

—Si me disculpan... —dijo con la boca seca, mirándome de arriba abajo y preguntándose si era posible que yo hubiera menguado tan repentinamente

—. Debería ir a saludar a los demás invitados.

Una vez a solas, le pedí a Philippe que me ayudara a desenterrar los tacones de mis estilizados zapatos. Se reflejó el asombro en su mirada cuando constató los diez centímetros de altura que acababa de perder. Medio minuto después, por fin pareció comprender el infortunio de mi hundimiento. Se agachó riendo a carcajadas. Sostuvo mi pierna derecha con sus manos y estiró con todas sus fuerzas.

—No seas tan bruto —le recliné ante la atenta mirada de los invitados, que no acababan de entender que hacia un hombre arrodillado sobre el suelo, con la cabeza aprisionada contra mi pelvis y tratando de exhumar mi lastimado tacón.

Poseído por una fuerza hercúlea, Philippe trató una vez más de librar mi zapato derecho de su aprisionamiento. Le miré asustada, sin entender muy bien cuál era la estrategia que pensaba seguir. Persuadido por su propio orgullo, tiró de mi pierna con tal impulso que por un momento temí perder una de mis extremidades. Por fortuna no fue así, ni mi pierna ni mi pie derecho salieron lastimados de aquella arremetida. No corrió la misma suerte mi costoso calzado. Y tampoco mi vestido.

Me di de bruces con el suelo mientras el zapato, drásticamente amputado, salía volando hacia un paradero desconocido. El tacón continuó enterrado en la tierra, por lo que la valerosa gesta de Philippe quedó en un estrepitoso fracaso. Alcé la vista mientras me sacaba un par de yerbajos de entre los dientes y contemplaba, anonadada, la trayectoria de mi *zapato volador*. Las miradas de los invitados se dirigieron al cielo, recorriendo el mismo itinerario que mi calzado. Tan solo había una única persona que no había prestado atención al espectáculo que estábamos ofreciendo. Esa persona era Arturo Cuadrado, el impertinente director de Asesoría Jurídica. Haciendo de las suyas, el destino quiso que mi zapato aterrizara sobre la abultada cabellera de Arturo quien, a tenor de su reacción, debió confundir el golpe con el impacto de un meteorito.

Una mirada belicosa bastó para que Philippe echara a correr y trajera de vuelta mi mutilado zapato. Me lo puse mientras estudiaba la escena concienzudamente. No precisaba de grandes dotes analíticas para saber que aquel era un enredo sin solución. Con un gesto entorpecido comencé a caminar hacia el interior de la casa. No me resultó tarea fácil considerando la disimetría de mis extremidades. Avancé con una marcha oscilante y escoliótica, más propia de un pingüino que de un humano, y entré en la casa.

Una joven uniformada con vestido victoriano, delantal blanco y un lazo en la cabeza, se acercó hacia mí con el rostro pálido.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó con acento ruso.

—He visto que alguno de los invitados degustaba una tarta de chocolate y fresa. Me encantaría probar un trozo —contesté a la vez que echaba un fugaz vistazo al salón.

Mis ojos se posaron sobre la imperiosa chimenea de mármol blanco, decorada con extravagantes azulejos que parecían reproducir dibujos de un escudo heráldico. Un enorme retrato pictórico de Isaías Ferrer coronaba la estampa, glorificando la vanidad de un hombre en cuyos ojos podía percibirse su obsesión por sí mismo. El esnobismo propio de un narcisismo enfermizo, pensé mientras me quitaba los zapatos.

—Aquí tiene —dijo amablemente la muchacha mientras me alcanzaba un plato de porcelana blanca y traslúcida, con motivos florales en tonos rosáceos y bordes con filo de oro.

—Gracias, es usted muy amable.

—Tiene la cara un poco enverdecida —comentó la joven, abriendo los ojos desmesuradamente—. Tal vez necesite ir al baño. Encontrará uno siguiendo aquel pasillo de ahí —me informó, señalando con su fino e interminable dedo índice—. Girando a mano izquierda verá una gran sala que deberá atravesar. Diríjase hacia el pasillo que hallará a su derecha y ahí encontrará el baño —añadió como si describiera la ruta del tesoro perdido—. Tercera puerta a la izquierda.

Me despedí de ella agradeciendo su espontánea sinceridad. Antes de encaminar mis pasos hacia el lavabo, me senté sobre un sillón barroco de terciopelo rojo. Me llevé un bocado de tarta a la boca, tratando de disfrutar de un momento de tranquilidad. Sentí la acidez de las fresas a ambos lados de la parte posterior de la lengua. Los pequeños trazos de su pulpa, mantecosa y fibrosa, se me antojaron exquisitos y aditivos. Un chocolate amargo, con un punto de acidez y dulzor, potenció una explosión de sabores cuya coronación final vino de la mano del suave y delicioso bizcocho genovés empapado en almíbar.

Me llevó más de diez minutos encontrar el lavabo. Para cuando quise reanudar mi marcha, ya había olvidado cada una de las indicaciones que la amable joven me había transmitido. Sostenía en mi mano derecha el lujoso

plato de porcelana con la mitad de pastel que había decidido reservar para después de mi acicalamiento. En la otra mano llevaba los carísimos y accidentados zapatos. Había ingeniado el modo de solucionar el desperfecto causado en uno de ellos. Mi *brillante idea* requería seccionarle el tacón al zapato izquierdo. No obstante, ni siquiera empleando todas mis fuerzas logré mi cometido.

Salí del baño preocupada por Philippe. Tal vez le estaba dejando solo demasiado tiempo, pensé mientras recordaba su asombrosa habilidad para meterse en líos. Andaba yo en medio de mis cavilaciones cuando tropecé con una niña de unos siete u ocho años con gran sobrepeso. Lucía el clásico vestido de comunión. El dobladillo con vainicas del cuello y las mangas, junto con la enorme lazada en el lateral del fajín, le otorgaban un aspecto de lo más repipi. Del hombro derecho le colgaba una limosnera de color crudo con bordados de flores rosas. La sujetaba como si en ella portara todo el oro del mundo.

—¿Te vas a acabar la tarta? —me preguntó con expresión glotona mientras se rascaba la barriga frenéticamente.

—La verdad es que sí pensaba acabármela —respondí con un titubeo.

—Te vas a engordar —me advirtió con cara de pocos amigos.

La niña sostenía una carpeta de plástico con varios documentos en su interior. Pude leer las siglas «PI» en la cubierta, escritas con un rotulador negro de punta gruesa. Una repentina avidez me alertó sobre lo que esas dos letras podían significar: Proyecto Imperium.

—¿Qué llevas en esa carpeta? —le pregunté con una sonrisa forzada.

—No lo sé —respondió encogiéndose de hombros—. Mi papá me ha pedido que fuera a buscársela al coche.

—¿Quién es tu padre?

—Jordi Conejo.

«El director de Recursos Humanos», me dije a mí misma mientras valoraba la importancia de aquella información.

—Tal vez podrías dejarme ver la carpeta. Soy amiga de tu papá —le dije con un guiño—. A cambio yo te daría un trozo de tarta.

—No —respondió con la tozudez habitual de un niño malcriado.

Se atusó la ridícula corona romana con hojas doradas que llevaba en la cabeza y me miró vacilante. «Ya es mía», me dije mientras movía sutilmente el plato de un lado a otro, hipnotizándola con el aroma a chocolate.

—¿Seguro que no quieres un poquito de tarta? —le tenté.

Vi la gula reflejada en su mirada. Probablemente fuera el voraz apetito que irradiaban sus ojos lo que hizo que me despistara. En menos de lo que dura un parpadeo, la niña alcanzó el plato, agarrando un trozo de pastel que se llevó a la boca precipitadamente.

—¡Serás maleducada! —grité, retirando el plato.

La muy descarada me había robado casi toda mi tarta.

Me miró enrabiada, como si aquella fuera la primera vez en que alguien osaba llevarle la contraria.

—¡Vete al infierno, loca estúpida! —me soltó, todavía con la boca llena.

Aquella reacción me cogió por sorpresa. Ello hizo que me viera incapaz de controlar el tsunami de ira que comenzó a recorrer mi cuerpo. La niña me hizo un corte de mangas y echó a caminar, dedicándome unos cuantos improperios más.

Debería haberlo dejado ahí. Al fin y al cabo, ella era solo una niña. Pero los arrebatos no entienden de cordura.

Un impulso precipitado y repentino se apoderó de mis extremidades. El corazón comenzó a latirme a mil por hora en el preciso instante en que agarré el pequeño pedazo de tarta que todavía me quedaba en el plato y lo unté con la salsa de chocolate. Inspiré profundamente, retrocediendo la mano hasta llegar a la altura del hombro. Expulsé todo el aire de mis pulmones y propulsé el trozo de pastel como si de una bola de acero se tratara. El lanzamiento fue preciso y certero. Impactó sobre la larga melena de la niña, descendiendo poco a poco a lo largo del vestido y dejando tras de sí una estela de color marrón de lo más repulsiva. Ella no se percató de mi enfermiza e infantil proeza, pues andaba ocupada lamiéndose el chocolate de los dedos.

La voz de la prudencia me rogó que regresara al jardín, donde había abandonado a Philippe a su suerte en medio de un voraz nido de serpientes. Sin embargo, un azar antojadizo despertó a tiempo para reescribir el guion de un nuevo contratiempo.

Tras el vergonzoso episodio con el deslenguado demonio disfrazado de niña, me desplomé sobre el fino colchón de un diván de forja. El fanatismo y la tenacidad dirigieron mis actos a partir de aquel instante. Desoyendo las súplicas de una voz interior, decidí fisionear por la mansión en busca de algún documento valioso. Avancé mi marcha, alejándome cada vez más de los jardines hasta que el vocerío se tornó lejano y casi inaudible.

Caminé de puntillas, conteniendo la respiración. Un agudo dolor se

instaló en mi cabeza, tal vez advirtiéndome de la equivocación que estaba cometiendo. Y de pronto, escuché unas voces que avanzaban hacia mí. Me escondí tras una columna estriada y observé a dos hombres que hablaban en susurros. Uno de ellos era Isaías Ferrer y, por extraño que parezca, se dirigía al otro con un tono de pleitesía y sumisión impropio en él. Apenas pude distinguir a su acompañante, pues estaban demasiado cerca como para arriesgarme a salir de mi escondite.

En tanto se alejaron asomé la cabeza, pero solo pude verle la espalda. Mis ojos se desviaron enseguida hacia el dedo meñique de su mano izquierda, donde lucía un enorme sello de oro amarillo y brazos gallonados. En la parte superior del anillo pude advertir el grabado de una figura que no fui capaz de distinguir. El hombre volvió la cabeza hacia atrás al escuchar un ruido que provenía del exterior. Contuve el aliento y le supliqué a mi corazón que cesara momentáneamente sus latidos, temiendo que pudieran descubrirme. Fue entonces cuando vi aquel enigmático tatuaje por primera vez. Una criatura mitológica con cuerpo de reptil, garras de león y unas colosales alas de ave rapaz, que le asomaba por encima del cuello de su camisa.

Desaparecieron de mi vista enseguida y yo proseguí con mi arriesgada excursión, sin pararme a pensar en la importancia de lo que mis ojos acaban de presenciar.

Pasé por delante de una sala que llamó mi atención. «Tiene que ser el despacho del presidente», me susurró un palpito del corazón. Empujé la puerta con cautela. Una alfombra de piel de cebra, que juzgué auténtica, pareció darme la bienvenida. Observé, atónita, el despliegue de ostentación que había en aquella estancia. Un papel pintado en tonos grises, con textura estampada, decoraba las paredes repletas de cuadros antiguos. Me adentré con sumo sigilo, observando la clásica lámpara de araña que colgaba del techo.

Mis ojos se posaron sobre el impresionante escritorio victoriano de caoba maciza. Me apoyé sobre él sin haber visto las cuatro ruedas de bronce que, siguiendo las leyes de la física, le hicieron desplazarse unos cuantos centímetros. Una vez superado el espanto inicial, contemplé atenta los papeles que había sobre la mesa. Encendí la lámpara de banquero con tulipa verde y me dispuse a engullir toda la información que mis neuronas quisieran absorber.

Para mi desgracia, no encontré nada que fuera de interés. Con un gesto decidido, inspeccioné cada uno de los cuatro cajones que había a los lados de

la mesa, pero tampoco ahí hallé ningún documento relevante. El tesoro se escondía en el cajón central del escritorio. Agarré con fuerza el tirador de bronce fundido y traté de abrirlo mientras sentía el peligro en la misma boca del estómago.

Ahí estaba. Sostuve entre mis manos una interminable tesis que parecía argumentar el éxito del Proyecto Imperium. Un compendio de documentos con nombres, descripciones gráficas, direcciones y un sinfín de datos que parecían describir con pelos y señales el diseño de un maquiavélico plan destinado a deshacerse de una catastrófica inversión. El destino no quiso permitir que profundizara en los entresijos de aquel maléfico proyecto.

—Suelta esos papeles inmediatamente —escuché a mis espaldas.

Acto seguido, alguien me golpeó en la cabeza.

Desperté con las manos esposadas a la espalda, la cara apoyada sobre la superficie de una mesa de madera y muerta de frío. Levanté la cabeza, resentida por el golpe, y traté de averiguar dónde demonios podía estar. Esta vez la había hecho buena. Nadie me perdonaría, pensé auto compadeciéndome.

Me incorporé, observando aquel lugar gélido y anodino. Había dos puertas que traté de abrir sin éxito. Me dispuse a gritar enfurecida, pero un instinto de supervivencia aparentemente desarrollado me obligó a permanecer callada.

La silla de madera sobre la que había despertado sentada tenía un asiento de cuero visiblemente desgastado y olía a rancio, igual que el resto de la habitación. Además de la mesa —un simple tablero de madera sobre patas de hierro macizo—, y del vetusto asiento, no parecía haber mucho más que destacar en la sala. No obstante, sí que llamó mi atención la luminosidad que había en su interior, algo extraño considerando que aquel era un lugar sin ventanas y de paredes oscuras. La luz provenía de una lámpara metálica de color verdoso, que pendía del techo como si en cualquier momento pudiera despegarse de él, y de un tubo fluorescente fijado en una de las paredes.

Volví a sentarme de nuevo y fue entonces cuando me percaté del espejo que había a mi derecha. «Esto es una sala de interrogatorios —me dije en voz alta—. Al otro lado del espejo, probablemente de una dirección, debe haber policías o, tal vez, algo peor».

En aquel momento se abrió una de las puertas que quedaba a mi espalda.

Tragué saliva y permanecí quieta, como si la ausencia de movimiento pudiera protegerme de lo que se avecinaba.

—¿Quién es usted? —gruño una voz familiar. Un aroma dulce y embriagador me reconfortó durante un brevísimo instante, tras el cual volví a sentir el desaliento de la incertidumbre. Me encogí como un cachorro asustado, incapaz de alzar la vista clavada sobre mi regazo—. ¿Es que no me oye?

Levanté la mirada en un acto reflejo. Quise restregarme los ojos, pero mis manos esposadas no pudieron obedecer la orden de mi cerebro.

—¿Patrick? —exclamé con el corazón acelerado.

El asesor de seguridad, con quien me había tropezado el día anterior a la salida de la cafetería, estaba frente a mí. El mismo hombre a quien a punto estuve de derramarle el café encima y de quien desconfié desde el primer instante en que le vi.

Una cosa estaba clara, mi intuición no me había fallado.

—No se lo repetiré más, ¿quién es usted y qué hacía en el despacho de Isaías Ferrer?

El pánico se agolpó en mi pecho como una enorme corriente de agua precipitándose al vacío.

—Mi nombre es Sofía Bartomeu y soy directora ejecutiva de Finanzas —recité con un desafortunado lenguaje corporal.

Patrick se acercó hacia mí y se sentó en el borde de la mesa, haciendo desaparecer el espacio que nos separaba. Su proximidad corroboró mis peores presagios. Abrió la boca para decirme algo, pero un arrebató explosivo me obligó a gritar antes siquiera de que él pudiera pronunciar una sola palabra.

—¡No me mate! —vociferé con los párpados cerrados, creyéndome a las puertas del corredor de la muerte.

Se levantó de golpe, blasfemando en inglés y dirigiéndose al otro lado de la mesa.

—Mírame, Sofía —me pidió con un tono aparentemente calmado, tuteándome de nuevo—, o como quiera que te llames. Nadie te va a matar, pero has de explicarme qué hacías husmeando en el despacho del presidente.

«Claro —me dije para mis adentros, convencida de haber descubierto un gran misterio—. Debe trabajar en asuntos de seguridad privada. Tal vez sea un guardaespaldas o algo similar».

—Lo siento —me disculpé con la cabeza agachada, tratando de despertar su compasión—. Lo siento mucho. Me he equivocado y no volverá a ocurrir.

Por un instante llegué a creer que aquellas palabras serían suficientes como para ganarme su perdón, pero no fue así. Lo supe por el modo en que me miró, apremiante y retador. Mis músculos se agarrotaron bajo la presión del momento.

—Me vas a hacer un favor, Sofía —comenzó a decir con una fingida tranquilidad—. Deja de tomarme por estúpido, ¿quieres? —Caminó hasta situarse a mi espalda y me retiró las esposas—. No quiero saber quién finges ser, sino quién eres realmente.

Apreté los labios tratando de refrenar los nervios.

—Tal vez podríamos hacer un pacto —solté a la desesperada. Su reacción no fue la que esperaba, pero aun así continué—. Yo te digo quién soy y a cambio tú me prometes que no le dirás nada a Isaías Ferrer.

—¿De verdad crees que estás en situación de exigir tal cosa?

—No puedo perder este puesto de trabajo. No me lo perdonarían jamás.

—¿Quiénes? —preguntó, perdiendo la paciencia.

—Siento haberos decepcionado —lloriqueé.

—Pero ¿de quién diablos estás hablando? —exclamó impaciente, retirándose un mechón de pelo negro que le caía sobre la frente.

Lanzó un largo suspiro que se perdió en el vacío de la fría habitación. Sabía que mi salvación pendía de un delicado hilo, lo que hizo que mi respiración se volviera casi tan frenética como los latidos de mi corazón.

Se marchó sin decir una sola palabra. Cientos de elucubraciones comenzaron a bombardear mi cerebro como flechas en llamas. «Llamarán a la policía, me detendrán y pasaré el resto de mis días encerrada en una celda», me dije en voz baja mientras iba construyendo una fantasía sobradamente alejada de la realidad.

Patrick entró con otro tipo, un hombre de mediana edad con aspecto cansado. Se entumeció los labios antes de hablar.

—Buenas tardes, Sofía. Me llamo Fred —dijo mientras estudiaba cada uno de mis gestos—. Sabemos lo que hacías en el despacho de Isaías Ferrer. Lo que necesitamos es que nos expliques por qué estabas buscando información acerca del Proyecto Imperium.

Algo en aquel hombre no me resultó creíble. Tal vez fuera el tono que empleaba, las palabras que escogía o simplemente la aparente despreocupación que se reflejaba en su mirada. Fuera lo que fuese, percibí el aroma a engaño que se gestaba en aquella sala.

—No sé de qué proyecto me hablas —mentí descaradamente—. El

documento que sostenía cuando uno de vosotros me atacó, cayó en mis manos accidentalmente. Sé que el presidente ha puesto en mí toda su confianza y lo último que querría es decepcionarle. No sé por qué entré en su despacho. Quizá hay sufrido algún tipo de enajenación mental...

—¡Santo cielo! —exclamó mi nuevo interrogador, rascándose la frente furiosamente y resollando espesos bufidos. Su repentina exaltación no acabó de encajar con el sosiego que se reflejaba en su mirada.

Los dos se giraron, dándome la espalda, y comenzaron a discutir en voz baja. Hablaban en inglés. Concentré todas mis fuerzas en entender qué era lo que decían. «Te lo dije —susurró Patrick—. Es rematadamente tozuda». Se volvieron de nuevo, sometiéndome a un escrupuloso examen visual.

Y de pronto, una bombilla imaginaria pareció iluminar la mente de Fred, quien se atusaba el mentón con la mirada perdida. Unos segundos después, se sentó sobre la silla que había al otro lado de la mesa, mirándome mientras parecía asentir interiormente.

—¿Quién crees que somos? —preguntó.

Patrick se volvió hacia él con extrañeza, sin comprender qué era lo que su compañero trataba de hacer. Rogué a Dios que me enviara una pequeña dosis de inteligencia con la que poder enfrentarme a aquella desfavorable situación, pero como ya venía siendo costumbre, el Todopoderoso decidió mirar hacia otro lado.

—Patrick es un empleado del Banco Estrella. Deduzco que tú también —respondí encogiéndome de hombros, abrumada al no poder entender lo que estaba sucediendo—. Los tres somos compañeros —añadí, apelando a una imaginaria camaradería.

—Déjate de farsas. Los tres sabemos que tú no eres una empleada de la entidad. Tampoco una directora ejecutiva —dijo con tono burlesco, adelantándose a mi interrupción—. Puede que lo seas sobre el papel, pero la realidad es muy distinta. En cuanto a nosotros... —Hizo una pequeña pausa y miró a Patrick, quien asintió con la cabeza, dándole su beneplácito—. Tampoco somos empleados del banco.

Aquellas últimas palabras lo cambiaban todo. «Nadie es quien parece ser», me recordó la voz de la tarotista infiltrándose entre mis pensamientos. Una sola pregunta comenzó a trepanar mi cabeza con la fuerza de una barrena. Si aquellos hombres no eran trabajadores del banco, ¿qué demonios

eran? Mis labios cedieron a un impulso que no fui capaz de controlar y formularon la pregunta sin el menor tapujo.

—Investigadores criminales —respondió Patrick tras unos segundos de titubeo.

Le miré atónita, con la razón casi tan alterada como el corazón. Fred jugueteaba nervioso con la alianza de su mano derecha, aparentemente ansioso por desenredar de una vez por todas aquel entuerto.

—¿Investigadores criminales? —repetí, circunspecta, al tiempo que trataba de ganar tiempo valorando si debía o no revelarles mi verdadera identidad.

—Somos agentes de la CIA.

—¿La CIA? —coreé, incapaz de no hacer nada más que no fuera repetir sus palabras.

Resopló, ocultando un deseo casi irrefrenable por enviarme a paseo.

—La Agencia Central de Inteligencia —aclaró Patrick, mirándome como si yo sufriera algún tipo de retraso mental—. Y ahora, por favor, dinos quién eres y qué hacías en el despacho del señor Ferrer. Nuestra paciencia no es infinita —me advirtió, llevándose la mano a la funda de su pistola, oculta bajo su americana, en un claro gesto de amenaza.

Todo mi alrededor comenzó a desmoronarse progresivamente. Los objetos dejaron de mostrarse con su habitual nitidez, dando lugar a una agonizante sensación de mareo. El siguiente paso hacia el abismo vino de la mano del oxígeno, que asombrosamente pareció desaparecer. Por si aquello no fuera suficiente, mi corazón comenzó a acelerarse como un caballo desbocado. Durante un instante temí perder el control de mi propio cuerpo. Por fortuna, los planetas se alinearon para impedir que así fuera. Al cabo de unos segundos, el oxígeno regresó a la sala, recuperé la precisión de mi visión y, con la astucia de un jinete experto, tomé las riendas de mi corazón.

«Son agentes de la CIA —me susurró una voz interior en tanto recobré la compostura—, en menudo lío te has metido». Aquella nueva información me llevó a alcanzar una conclusión desconcertante. El marqués, James, George y yo no éramos los únicos que andábamos tras la Orden del Denario.

—Pues ya podríais ponerlos todos de acuerdo, digo yo —se me escapó de repente—. ¡Qué manera más absurda de trabajar!

—¿Cómo dices? —preguntó Fred, apoyando las palmas de las manos sobre la mesa y reclinando su cuerpo sobre mí—. Mira, pelirroja, tal vez te hayamos dado una impresión equivocada. No somos personas pacientes, sino

más bien todo lo contrario, de modo que si no nos dices ahora quién eres realmente te aseguro que lo lamentarás durante el resto de tu vida.

Carraspeé, nerviosa, y solté la primera imbecilidad que me vino a la mente.

—Me acojo a la quinta enmienda.

Aquello les pilló por sorpresa. Se miraron el uno al otro, incapaces de dar crédito a la combinación de obstinación e insensatez que parecía salir de mis labios. Fred abrió la boca con intención de responderme, pero no encontró el modo de hacerlo.

—Me vendría bien un poco de agua —balbucí, pensando en cómo reconducir la situación. Patrick, quien ya parecía haber agotado sus reservas de paciencia, se dirigió hacia la puerta. Me volví hacia él y, tensando la cuerda aún más, le dije—: Y una taza de café sería ideal.

¿Qué podía hacer?, me pregunté mientras trataba de idear el modo de librarme de aquel entuerto. No podía darles largas continuamente, pensé, descartando la posibilidad de repetir, por centésima vez, que era una empleada del banco.

Patrick regresó con una taza de café y un par de azucarillos. Su simple aroma ascendiendo por mis fosas nasales despertó todos y cada uno de mis sentidos, haciendo que en cuestión de segundos me sintiera asombrosamente reconfortada. Bebí un sorbo de café, apreciando un sutil sabor a canela y a caramelo. El placer que sentí fue tal que a punto de estuve de expresarlo con un gemido.

—No tenemos todo el día —me apremió Fred, rompiendo el hechizo.

—¿Qué hace la CIA investigando a Isaías Ferrer? —pregunté, aún bajo los sugerentes efectos del café.

Aquella no fue una buena idea. La cuerda, cuyas fibras entrelazadas habían ido separándose a un ritmo cada vez más acelerado, acabó por romperse del todo. Fred salió de la habitación y regresó al cabo de un minuto con mi bolso. Vacío su contenido sobre la mesa y comenzó a revolverlo, tratando de encontrar en él alguna pista sobre mi verdadera identidad.

—¡Está bien! Os diré quién soy —claudiqué, derrotada—. Pero antes quiero un abogado.

Fred comenzó a recitar, una por una, todas las blasfemias incluidas en el diccionario oficial de juramentos. La escena fue relativamente cómica, pues sus maldiciones alternaban el inglés y el castellano. Una vez agotó el repertorio, pareció recurrir a un tercer idioma que no supe identificar.

Acabado el recital, desenfundó su arma y, retirando el seguro con un movimiento preciso, me apunto a la cabeza.

—Tienes dos segundos para decirnos qué demonios hacías en el despacho de Isaías Ferrer.

La mirada de Patrick confirmó mis temores. Aquello no era un juego, ni siquiera una interpretación. No había poli bueno y poli malo, sino un agente especial desquiciado por mi irritante terquedad. O, al menos eso creí en aquel momento.

Me llevé las manos a la cara y tras ellas surgió un hilillo de voz.

—Trabajo, si es que se puede decir así, para un grupo que lucha contra el crimen organizado —dije ocultándome el rostro, como si aquello redimiera mi culpa—. Estamos investigando el Proyecto Imperium. Yo no soy un agente ni nada por el estilo, tan solo una infiltrada torpe...

—Nadie nos ha informado de que hubiera alguien más —pensó Patrick en voz alta en lo que parecía ser un reproche lanzado al aire.

Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró irradiando impaciencia.

—Tal vez sea porque el grupo es una unidad especial que trabaja en la clandestinidad —aclaré, dubitativa.

—¿Una unidad especial? —preguntó con la furia resplandeciendo en su mirada—. Háblanos de ella —me exigió, intrigado.

—No hay mucho que pueda contaros. Por lo poco que sé, el grupo no figura entre los cuerpos de policía y seguridad del Estado.

—¿Cuál es tu relación con ellos?

Clavé la vista en el suelo, esperando que mi silencio no significara el final de mis días. Fred me apuntó de nuevo con el arma y el miedo habló por mí:

—Mi padre era el jefe de esa unidad.

—¿Quién la lidera actualmente?

—No le conozco ni tampoco sé cuál es su nombre —mentí.

—Mientes. —Patrick y yo mantuvimos un pulso de miradas durante unos segundos—. ¿Qué habéis averiguado hasta ahora?

—A decir verdad, me mantienen bastante al margen. Siempre lo hacen —comenté a modo de queja—. Sé que el Proyecto Imperium es un plan orquestado por Isaías Ferrer y los otros tres príncipes de la Orden del Denario. Supongo que habréis oído hablar de la secta de los banqueros...

Ambos asintieron.

—¿Cuál es el objetivo del proyecto? —preguntó Patrick, aun sabiendo la respuesta.

Fred permanecía apoyado sobre la pared, observando el interrogatorio desde la distancia. Tenía una extraña media sonrisa dibujada en el rostro, como si, en el fondo, todo aquello no fuera más que un cómico espectáculo del que gustosamente estaba disfrutando.

—Creo que quieren deshacerse de una mala inversión —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Cómo pretenden hacerlo? —insistió Patrick, formulando las preguntas a un ritmo cada vez más frenético.

—No lo sé. Ya te dicho que no me mantienen al corriente de los avances de la investigación.

—¿Por qué te eligieron a ti? —preguntó casi interrumpiendo mis palabras.

—Tampoco lo sé.

—¿Cómo has logrado infiltrarte en un puesto de directora ejecutiva?

—Corrieron un rumor —contesté, aturdida por el desvariado acorralamiento al que estaba siendo sometida.

—¿Cuál? —insistió, asediándome cada vez más.

—Hicieron creer a todos los altos cargos financieros de la ciudad que la ilustre asesora financiera de la familia Redsign —dije señalándome con el dedo— estaba en Barcelona, barajando distintas ofertas de trabajo. De ese modo lograron captar el interés de Isaías, quien por lo visto exigió mi incorporación al Banco Estrella de manera casi inmediata —añadí, deseando un pequeño receso para poder recuperar la respiración.

—¿Quién te infiltró?

—El marqués —se me escapó.

—¿El marqués? —repitió Patrick con una sonrisa maliciosa, satisfecho por aquel traspies que de algún modo él había provocado.

Había metido la pata hasta el fondo, pensé desolada mientras les hablaba de Juan. Traté de no revelarles muchos detalles acerca de su identidad y su propósito de desenmascarar a la Orden del Denario, pero lo cierto es que no logré mi propósito.

Como espía no tenía precio, ironicé para mis adentros mientras sentía el enorme peso de la culpa.

—¿Puedo saber qué hace la CIA investigando a la secta de los banqueros? —pregunté, tratando de sacar partido al buen ambiente que de pronto pareció respirarse en la habitación.

—¿Sabes cuántas sectas destructivas hay activas en España hoy en día?

—No.

—Unas ciento cincuenta según datos de la AIIAP —respondió Patrick.

—¿AIIAP? —repetí, sintiéndome un tanto avergonzada por mi ignorancia.

—Asociación Iberoamericana para la Investigación del Abuso Psicológico —aclaró—. Son más de medio millón los afectados.

—Te agradezco la información —dije, sarcástica—, pero continuo sin comprender que tiene que ver la CIA con todo esto.

—Proyecto Imperium —contestó con voz profunda, como si aquellas dos palabras resolvieran todas las dudas del universo.

—Sigo sin entenderlo. Se trata de un proyecto orquestado por la banca española y, por tanto, de repercusión únicamente nacional.

—Te equivocas. Las consecuencias de Imperium traspasarían las fronteras de este país. El efecto imitación se produciría de manera casi inmediata y eso es precisamente lo que pretende el Rey. Pero ¿es que nadie te ha explicado en qué consiste? —preguntó, sorprendido por mi desconocimiento.

—No.

—¿Acaso te toman por tonta? —preguntó sin el menor tacto, metiendo el dedo en la llaga. Se dio cuenta de su error enseguida—. Comprenderás que nosotros no podamos revelarte ningún detalle sobre el proyecto. Se trata de una información muy confidencial.

—Lo sé —dije bajando la mirada, un gesto que pareció despertar su compasión.

Salió de la sala y volvió enseguida sosteniendo una bandeja que dejó sobre la mesa. Sirvió tres cafés y los dos tomaron asiento.

—¿Has oído hablar de Orus Chemistry? —preguntó mientras removía el café.

—Me suena de algo —dije, tratando de hacer memoria—. Es una multinacional del sector farmacéutico con sede en... ¿Alemania?

—Eso es. —Patrick afirmó con la cabeza. Bebió un sorbo de café y continuó hablando—. Hace aproximadamente dos años comenzó a correr el rumor de que la empresa estaba muy cerca de desarrollar un gran medicamento que al parecer habría revolucionado la industria farmacéutica.

—¿Y qué era? —pregunté, intrigada.

—Lo desconozco —contestó sin la menor convicción—. El rumor sobre la supuesta fórmula mágica comenzó a correr como la pólvora y muchos

creyeron ver en Orus Chemistry al futuro líder mundial del sector. Durante el año pasado las ventas de la empresa se situaron por encima de los mil doscientos millones de euros anuales y sus acciones subieron un trece por ciento. Los analistas valoraron de forma muy positiva el ritmo de crecimiento de la empresa que, en cuestión de pocos meses, logró posicionarse como la farmacéutica europea con mejores previsiones de facturación. Y acertaron, al menos a corto plazo —apuntó, mordaz—. Durante el último trimestre del año, la empresa subió más de un quince por ciento en bolsa. Obviamente, el supuesto desarrollo del fármaco milagroso contribuyó considerablemente al alza de su cotización. —Bebió un sorbo de café y me miró fijamente, como si estuviera a punto de narrar el final de aquella intrigante historia—. A finales de año, y ante el insistente interés por parte de la prensa, finalmente anunciaron el lanzamiento inminente del medicamento.

Patrick se levantó con la taza en la mano y comenzó a caminar por la sala. Fred permaneció sentado, contemplando su café. Removió su cuchara con un gesto de lo más extraño.

—Giro levógiro —dijo en voz baja posando su mirada sobre mis ojos.

—¿Cómo dices? —pregunté, aturdida, mirando de reojo a Patrick que todavía vagaba entre sus pensamientos.

—Giro la cucharilla en el sentido contrario al de las agujas del reloj —explicó—. No es muy habitual, ¿sabes?

—La verdad es que nunca me lo había planteado —respondí mientras removía mi cucharilla intrigada por ver el modo en que yo la giraba.

Fred observó mi mano con curiosidad.

—Viraje dextrógiro —comentó como si me estuviera dando una mala noticia.

Patrick carraspeó un par de veces. Parecía haberse decidido a continuar hablando y quiso llamar nuestra atención.

—A mediados del año pasado —prosiguió—, en pleno apogeo del rumor, el grupo hizo una emisión de deuda de importe elevado, que formalizaron a través de un bono a cinco años.

—¿De cuánto dinero era la emisión? —pregunté, tratando de recabar toda la información que me fuera posible.

—Tres mil millones de euros. El cupón, es decir, el interés que pagaba el bono, era de un ocho por ciento, algo que, junto a las buenas previsiones, logró llamar la atención del mercado.

—Lástima no haber estado al tanto —bromeé—. ¿No les quedó ningún

millón por colocar? —pregunté con una mueca de burla.

Suspiró con una sonrisa sarcástica.

—Para desgracia de la banca española, no.

—¿La banca española? —repetí, confusa.

—De los tres mil millones, dos mil están en manos de las cuatro entidades financieras más importantes del país.

—¡Caramba! —exclamé mientras recordaba haber oído algo en las noticias.

—Los meses han ido pasando y no han habido más noticias sobre el extraordinario fármaco de Orus Chemistry, lo que ha contribuido a acelerar la desconfianza de los inversores. La realidad es que ese fármaco no existe, pero esa información todavía no la conoce el mercado. En tanto se haga pública, la acción se desplomará.

—Traeré más café —comentó Fred, rompiendo su reciente mutismo.

Le seguí con la mirada hasta que abandonó la sala.

—¿Y qué tiene que ver el Proyecto Imperium con lo que me acabas de explicar? —pregunté una vez a solas.

Patrick permaneció en silencio durante unos segundos.

—No puedo seguir hablando de esto —dijo finalmente—. No si no me dices para quien trabajas.

—Ya te lo he dicho —refunfuñé con todos mis sentidos en alerta roja—, es una unidad secreta que lucha contra el crimen organizado.

—No me vengas con historias, Sofía. Dime quién lidera la unidad —me exigió con un tono sorprendentemente amenazante.

—¿O qué? —pregunté con osadía, retándole con la mirada.

—No me subestimes —me advirtió—. Si no respondes a mi pregunta no saldrás de aquí.

Cuando Fred regresó se sorprendió del mal ambiente que parecía haberse apoderado de la sala.

—¡No podéis retenerme! —exclamé, furiosa.

—Por supuesto que podemos —respondió Patrick, inmutable.

Me oprimí el pecho con las manos, tratando de mitigar el dolor que sentía.

—¡No puedo! —lloriqueé mientras ambos me miraban como si aquella escena no fuera con ellos.

Las lágrimas comenzaron a empapar mis mejillas.

«No puedo traicionar a James», pensé, desolada.

—¿James? —repitió Patrick, triunfal.

Clavé la mirada sobre la pared abriendo los ojos como platos. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de haber pensado en voz alta?

Fred observó detenidamente el contenido de mi bolso, todavía extendido sobre un lateral de la mesa. Cogió mi sofisticada billetera de cuero y la abrió delicadamente, alertado por una corazonada. Respiré tranquila, pues ahí no había nada que pudiera delatarme.

—¿Quién es James? —insistió Patrick, esta vez de peor humor.

Fred se levantó y nos dio la espalda mientras seguía rebuscando entre los compartimentos de mi billetera. Visto desde mi perspectiva parecía un robot, pensé mientras observaba sus precisos e invariables movimientos. De pronto, sus brazos se detuvieron. Aun estando de espaldas, creí advertir la sonrisa que se dibujó en su rostro. Volvió la cara y le pidió a Patrick que se acercara a él. En tanto estuvo a su lado, Fred le mostró algo que no fui capaz de distinguir. ¿Qué podía ser? Tan solo llevaba billetes y tarjetas de crédito.

Patrick regresó de nuevo a la mesa. Me miró detenidamente con una expresión de felicidad de lo más desconcertante. Aparecieron unas marcadas arrugas en los extremos de sus profundos ojos azules, que brillaban bajo la lumbre del éxito. Sus mejillas se elevaron al tiempo que en su rostro se formaba una sonrisa espontánea y claramente sincera.

—Dime, Sofía, ese tal James... —Detuvo sus palabras durante un instante—. ¿No será el que aparece en esta fotografía?

«¡Maldita sea!», gritaron todas y cada una de mis neuronas. ¿Pero qué demonios hacía en mi billetero aquella fotografía de James? Era obra del marqués, no me cabía la menor duda. La fortuna parecía de nuevo empeñada en no sonreírme. Levanté la vista y crucé una mirada con Patrick. Tras unos segundos de indecisión, el derrumbe me hizo asentir.

Patrick soltó una enorme carcajada.

—¡Maldito canalla! —exclamó entre risas, mirando la fotografía y negando con la cabeza, como si algo de todo aquello le resultase extremadamente irónico.

Capítulo 9

El baile del duque

Qué caprichoso es el destino. Una nueva vuelta de tuerca giró drásticamente el argumento de aquella misteriosa y precipitada novela por entregas. Y es que el azar es tan voluble como antojadizo. ¿Quién escribe el guion de nuestras azarosas vidas? ¿Hay alguien que las dirige como si de una función teatral se tratara? ¿Y si resulta que no somos más que seres inanimados que solo cobramos vida cuando agitan la cruceta y los hilos que descansan sobre nuestros hombros?

—¿Estás bien, Sofía? —preguntó Patrick, interrumpiendo mi travesía por el universo del escepticismo.

—Sí —mentí sin disimular mi turbación—. Lo cierto es que todavía he de hacerme a la idea.

—Si te sirve de consuelo, a mí también me ha sorprendido. Hace al menos dos años que no veo a James.

Había algo que se me escapaba, pero ¿qué demonios era? Medité sobre ello con tanta intensidad como me fue posible. Desafortunadamente, no logré entender el lenguaje con el que mi sexto sentido quiso desvelarme la solución de aquel rompecabezas.

—¿Erais muy amigos? —pregunté al cabo de unos minutos.

—Más o menos —respondió Patrick con cierta ambigüedad mientras una sonrisa un tanto maliciosa comenzaba a dibujarse en sus labios—. Nos conocimos en Londres, cuando él trabajaba con su hermano.

—¿También conoces a George? —pregunté asombrada.

Me miró divertido, como si todo aquello no fuera más que una broma del destino.

—Deduzco por tu expresión que él también está metido en todo esto. —Afirmé con la cabeza. Patrick se volvió hacia Fred, quien parecía haberse abstraído momentáneamente mientras echaba un vistazo a un informe—. ¿Has oído, amigo?

—No —reconoció, levantando la vista de los papeles—. ¿Qué sucede?

—Sucede que Sofía nos va a llevar ahora mismo a reencontrarnos con James. —Le miró sonriendo y, después de guiñarle un ojo, añadió—: Y con su hermano George.

Fred asintió en silencio sin apenas inmutarse y se marchó de la sala.

Advertí algo extraño en su modo de comportarse. A ratos tenía la impresión de que aquel hombre conocía de antemano todo lo que iba a suceder. «Tengo que averiguar qué demonios esconde este tipo», me dije a mí misma. Lo cierto es que debía hacer algo más que eso. Tenía que abrir los ojos, prestar atención a las señales y descifrar aquel enrevesado acertijo empleando la intuición, tal y como me había sugerido la tarotista. Sin embargo, la madeja de cabos sueltos estaba demasiado enredada como para que mi ausente pericia lograra deshacerla.

—No puedo ir con vosotros —comentó Fred sin mucho entusiasmo en tanto regresó de nuevo—. Acaban de llamar de la Central. He de regresar a Berlín. —Resopló profundamente—. Una pena, me hubiera gustado saludar a George. También a James —apuntó con una risa inquietante.

Desapareció de escena enseguida, como si su actuación hubiera tocado a su fin.

—No puedo decirte donde está James —le dije a Patrick una vez Fred hubo marchado—. Te he contado lo que sé acerca de la misión y sobre quiénes formamos parte del equipo. Podría decirse que he colaborado en casi todo cuanto me has pedido, pero esto sería demasiado.

Patrick tomó asiento frente a mí. Entrelazó sus manos y apoyó la barbilla sobre ellas.

—Me parece justo —respondió.

Suspiré aliviada, alegrándome en silencio por aquel pequeño respiro. Patrick cogió mi móvil, que estaba en la mesa junto al resto de mis pertenencias, y me lo entregó.

—Llámales —me pidió—. Nos reuniremos aquí.

Aquel no era el final que yo esperaba, por supuesto, pero no parecía haber más alternativa. Acepté la ingratitud del destino y finalmente decidí llamar a James.

—Una cosa más, Sofía. No le digas que yo estoy aquí.

James descolgó el teléfono casi al instante. Noté la preocupación en su tono de voz, sin embargo, apenas me preguntó nada tras pedirle que acudieran a mi encuentro.

—Juan y yo estaremos ahí en media hora —indicó una vez le di la dirección a la que debía acudir.

—¿Y George?

—No sé cuándo podrá venir. Ha tenido que salir por un asunto urgente. Le dejaré un mensaje en el buzón de voz —comentó con voz pausada.

Patrick me invitó por fin a abandonar aquella fría sala de interrogatorios. Para mi sorpresa, la salida al *mundo exterior* resultó ser de lo más agradable. Una vivienda de grandes dimensiones, sin apenas paredes ni puertas, y con abundante luz natural dio la bienvenida a lo que acabaría siendo un nuevo capítulo de mi vida. Tenía enormes ventanales industriales y sus techos eran sorprendentemente altos. Me asombró el aspecto austero y el ladrillo rojo de las paredes, tan característico de los lofts neoyorquinos.

—Sírrete un trago —dijo Patrick mientras se disponía a hacer una llamada—. Volveré enseguida.

Dejé caer mi cuerpo sobre un mullido sofá de terciopelo azulado y le seguí con la mirada. Subió unas escaleras de acero y madera que conducían a una segunda planta.

Apenas me di cuenta del paso del tiempo, distraída por la inmensidad de aquel espacio industrial con aire abandonado. Patrick permaneció ausente durante un buen rato. Le oí hablar a lo lejos, pero no hice el menor esfuerzo por entender la conversación. Cuando el timbre sonó, regresó al salón y me pidió que fuera yo quién recibiera a nuestros *invitados*.

—Hola —dije al abrir la puerta, sin poder mirarles a los ojos.

—Gracias a Dios que estás bien —comentó el marqués con un tono excesivamente teatral.

—¿Qué sucede, Sofía? —preguntó James, mirando hacia el interior del apartamento.

Patrick estaba a mi derecha, oculto tras la puerta. Mis pulsaciones se aceleraron en el mismo instante en que James clavó sus ojos sobre los míos, exigiéndome una explicación que todavía no podía darle. Tragué saliva y, después de pedirle perdón con la mirada, me volví hacia Patrick, quien abrió un poco más la puerta hasta que quedó totalmente al descubierto.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —bramó James al tiempo que entraba en el apartamento con decisión.

Instintivamente me hice a un lado. Patrick retrocedió un paso, sin mostrar el menor sobresalto. Intercambiaron un par de miradas desafiantes y avanzaron hacia el interior del salón de un modo totalmente sincronizado. Les seguí con la mirada hasta que detuvieron sus pasos al otro lado de la estancia.

El marqués se acercó hacia mí y me abrazó con ternura. Le miré desconcertada, pues no esperaba tal muestra de cariño. Y de pronto, el peso de la culpa me hizo confesarme ante él. Le expliqué muy brevemente lo que había sucedido, sin obviar, por supuesto, el hecho de que había revelado no

solo su identidad sino su involucración en todo este asunto. Cuando hube concluido mi perorata de disculpas me dirigió una cálida mirada y me abrazo de nuevo.

—Cálmate, pecosa —dijo, palmeándome suavemente en el hombro—. Yo hubiera hecho lo mismo —mintió, tratando de consolarme.

El contacto de la palma de su mano con mi hombro me reportó un repentino bienestar. Sin embargo, en tanto la apartó, la cabeza comenzó a darme vueltas como si acabara de emprender una larga y precipitada travesía por mar.

—Vayamos a la cocina —me pidió, posando de nuevo su mano sobre mi hombro—. Desde ahí tendremos mejores vistas del espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

—El que van a protagonizar el misterioso *guaperas* de ojos azules y tu prometido —bromeó frotándose las manos—. Lástima que no estén un poco más cerca, nos va a resultar difícil entender lo que dicen.

El marqués nunca dejaba de sorprenderme. Solía verle con ojos de admiración. Al fin y al cabo, Juan desempeñaba a la perfección su papel de ferviente héroe enmascarado en lucha contra las injusticias del mundo. Sin embargo, en ocasiones como aquella, parecía enfrentarse a la realidad como si la vida misma no fuera más que una gran comedia.

Tomé asiento en uno de los taburetes de madera y acero que había junto a la isla central de la cocina, mientras el marqués preparaba algo de beber. Revolvió entre los armarios con total confianza hasta que por fin dio con lo que buscaba, un par de copas de boca cónica y una base gruesa y robusta.

—¿Hielo? —preguntó.

Sacudí la cabeza sin prestarle apenas atención.

La cocina se conectaba con el salón mediante una encimera de doble altura, lo que nos permitía seguir el desarrollo de la escena como si de una película se tratara. Una película, eso sí, de cine mudo, pues la distancia no nos permitía escuchar la conversación entre Patrick y James.

—Bourbon de malta —dijo el marqués mientras servía el whisky—. Tienes que probarlo. —Tomó la copa por la base de la misma, sosteniéndola frente a sus ojos. La ladeó, observando el líquido ambarino, y se la acercó a la nariz, que mantuvo unos segundos en la apertura del vaso. Cerró los ojos y comenzó a hablar—. Chocolate negro, caramelo y vainilla.

Repitió aquel gesto hasta en tres ocasiones. Sorprendentemente, en cada una de ellas parecía apreciar un aroma diferente.

—Naranja, frutos secos, tabaco, cuero y madera —continuó recitando, empeñado en desenmascarar los aromas de la copa que agitaba en círculos bajo su nariz.

—¿Sabes algo de Philippe? —le pregunté con la mirada fija en el salón.

—Me llamó hará una hora. Está bien —respondió, parco en palabras.

—¿No estaba preocupado por mí?

—No mucho.

—¿Dónde estaba?

—Seguía en la fiesta del *Ser Supremo* —contestó sarcástico—. Al parecer, ha debido trabar amistad con algún invitado y se lo estaba pasando en grande.

Dirigí la mirada de nuevo hacia el salón. James y Patrick parecían haber iniciado una discusión bastante acalorada. Por mucho empeño que pusiera no alcanzaba a entender qué era de lo que hablaban, pero a tenor de sus gestos aquella no era una conversación amistosa.

—Es por una mujer —comentó el marqués entornando los ojos—. Me apuesto lo que quieras a que fue James quien se la arrebató al guaperas.

—Patrick —apunté, malhumorada—. Se llama Patrick.

Dio un trago a su copa y continuó hablando.

—Mírales, son como un depósito de gasolina a punto de explotar. Hay demasiada crispación entre ambos.

El timbre sonó, pero ni James ni Patrick parecieron advertirlo. Me dirigí a la puerta y la abrí sin preocuparme por quién pudiera aparecer tras ella.

—¡George! —exclamé, feliz.

Le invité a entrar y permanecimos en el vestíbulo mientras le explicaba, de manera poco acertada, los últimos acontecimientos.

—Siento haberos descubierto —me disculpé, cabizbaja—. Soy una pésima espía.

—Has hecho lo que tenías que hacer —me consoló—. ¿Dónde están los hombres que te secuestraron?

—James está ahora hablando con uno de ellos. Al parecer, eran amigos.

—¿Amigos? —preguntó extrañado—. ¿Cómo dices que se llama ese tipo?

—Patrick —respondí al tiempo que nos adentrábamos en el loft.

—¡Santo cielo! —exclamó George sin dar crédito.

Permaneció de pie, mirando hacia el interior del salón y tratando de asimilar lo que veían sus ojos. Con un gesto de mano le pedí que me

acompañara a la cocina, donde nos esperaba el marqués.

—No puedo creer que Patrick esté aquí —comento George acariciándose el mentón. Y de pronto, al ver a Juan, pareció caer en la cuenta de algo que le borró la sonrisa de golpe. Se giró hacia él y le preguntó—: ¿Qué tienes tú que ver con todo esto?

El marqués se encogió de hombros y compuso una exagerada mueca de extrañeza.

—Absolutamente nada —afirmó muy seriamente—. Sé lo mismo que tú, muchacho. —Desvió su mirada hacia el salón y, sacudiendo la cabeza, agregó—: No había visto a ese hombre en toda mi vida. Tú le conoces, ¿no es cierto?

—Así es —respondió George sin estar muy convencido sobre la franqueza de Juan—. Es un buen tipo.

«Nadie es quien parece ser», me insistió la voz de la tarotista que parecía haber encontrado en mi cabeza su nuevo hogar.

—¿De verdad es un agente de la CIA?

—Lo es, Sofía. Uno de los mejores.

—¿Y en ese caso que hace en España? —pregunté como si ello fuera motivo de vergüenza.

—La insubordinación suele castigarse con el destierro —respondió, tomando asiento en el taburete que quedaba a mi derecha—. Desobedeció la orden de un superior y lo pagó muy caro. Le enviaron a España... —Desvió la mirada hacia arriba e intentó recordar algo—. Hará unos tres años. Sin equipo, sin recursos y sin misión. —Suspiró y negó con la cabeza con una mueca de desagrado—. Todo un escarmiento.

La conversación entre James y Patrick comenzó a subir de tono.

—¿Sabes por qué discuten? —pregunté, sin poder reprimir la curiosidad.

—Es por una mujer —respondió George. Me volví hacia el marqués, perpleja. ¿Cómo demonios lo habría adivinado?—. James se acostó con la prometida de Patrick una semana antes de la boda.

Abrí los ojos como platos.

—¿De qué boda?

—De la de Patrick y su prometida —intervino el marqués, quien, al parecer, estaba siguiendo el hilo de la conversación con mucha más agudeza que yo—. ¿De quién va a ser?

—No puedo creerlo... —Miré a George y le pregunté—: ¿Tu hermano sería capaz de hacer algo así?

—Me temo que sí —respondió con cierta impasibilidad.

—¿Y Patrick no se vengó? —pregunté.

George soltó una sonora carcajada.

—Por supuesto que lo hizo. —Asintió enérgicamente, ratificando su afirmación. Me miró con el rabillo del ojo y luego simplemente añadió—: Se acostó con una ex novia de James.

«No es lo mismo», me dije.

La tensión entre Patrick y James subió un par de peldaños.

—¿No deberíamos intervenir? —le pregunté a George.

—No —contestó con una sonrisa mientras se llevaba un cacahuete a la boca.

Ni siquiera me había dado cuenta del despliegue de frutos secos que había sobre la encimera de la isla.

—Apostemos —dijo Juan con entusiasmo, dirigiéndose a George—. ¿Quién crees que golpeará primero?

Dejaron un par de billetes sobre la mesa mientras hacían sus apuestas.

La crispación entre los dos oponentes fue en aumento hasta que finalmente sucedió lo que era más que predecible: la discusión llegó a las manos.

James retrocedió ágilmente esquivando el primer golpe, pero no fue capaz de sortear la segunda embestida, un puñetazo que apuntaba mordazmente a su mandíbula.

—He ganado —oí decir al marqués.

Me volví hacia él, dirigiéndole una mirada de reproche.

James se desplomó sobre el suelo y automáticamente me levanté de la silla con intención de correr hacia él. George me sujetó del brazo, impidiéndome que pudiera dar un solo paso.

—Estará bien, Sofía —comentó asombrosamente calmado—. Si Patrick hubiera tenido intención de noquearle habría dirigido el golpe directamente al mentón pero, como ya te dije, es un buen tipo.

Aquella absurda e infantil pelea llegó a su fin en menos de dos minutos. Hicieron las paces después de que James le propinara un fuerte puñetazo a Patrick, quien comenzó a sangrar por la nariz de manera casi inmediata.

—Era un capítulo del pasado que debían cerrar —dijo George a modo de colofón.

Patrick y James se acercaron hacia la cocina como si nada hubiera sucedido. El marqués se sirvió otra copa de whisky y me zarandó del brazo

para después darme un par de palmadas en la espalda. No le hice el menor caso. Toda mi atención estaba concentrada en aquella extraña pareja que caminaba hacia nosotros.

—¿Tomamos unas cervezas, camarada? —le preguntó Patrick a James, quien asintió con una sonrisa irónica, moviendo la mandíbula de lado a lado mientras se la sostenía con la mano derecha. Patrick se volvió hacia nosotros tres y dijo—: ¿Quién se apunta?

Durante la primera media hora apenas pronuncié palabra. Me limité a observar a los cuatro hombres con quienes compartía mesa en aquel típico pub irlandés de ladrillo visto oscuro. El local, propiedad de un íntimo amigo del marqués, permanecería cerrado al público hasta las ocho y media, para lo cual todavía restaban casi dos horas.

Las paredes estaban repletas de cuadros, que juzgué serían de personajes ilustres. Desvié la mirada hacia la pared que quedaba detrás de la barra de madera, donde cientos de botellas de alcohol resplandecían irresistibles. El homenaje a Saint Patrick era evidente miraras donde miraras, lo que parecía reñirse con el indiscutible protagonismo las cuantiosas láminas publicitarias de la archiconocida empresa cervecera Guinness.

—Estás muy callada —me dijo James al oído.

—No entiendo nada de lo que está sucediendo —respondí, huraña.

Se aflojó el nudo de la corbata y sonrió.

—Te advertí que no te metieras en esto.

—No mezcles las cosas. No me he quejado de la misión, sino de no saber qué diablos está pasando.

—Te mantenemos al corriente de todo, mi amor —respondió ensanchando una sonrisa socarrona.

Me percaté en aquel instante de que Patrick no nos quitaba el ojo de encima. Volví a dirigir la vista hacia James y continué con mis reproches.

—Precisamente por cosas como esta nunca nos casaremos. No haces más que mentirme. Vamos, James, la CIA está investigando el Proyecto Imperium, ¿no crees que ya es hora de que me expliquéis de qué demonios va todo esto?

Sopesó la posibilidad de responder a mi pregunta. Me miró, pensativo, y justo cuando parecía estar a punto de hablar, Philippe entró por la puerta del bar.

—Yo le llamé —comentó el marqués, adelantándose a mi pregunta.

Philippe parecía ebrio, pensé al contemplar su serpenteante caminar.

—Te has perdido la mejor fiesta de toda la historia —me dijo mientras dejaba que su cuerpo se desplomara sobre la silla que quedaba a mi derecha—. Tu jefe es un pedante y un engreído, pero tiene amigos divertidos. —Se volvió hacia Patrick, asustado de haber metido la pata. Como por arte de magia, su embriaguez se esfumó repentinamente—. ¿Quién es este?

—Se llama Patrick —intervino James, antes de que nadie pudiera hablar. Le encantaba llevar la voz cantante—. Colaborará con nosotros en la misión.

—¿Colaboraré? —protestó Patrick, en tono de mofa.

James se acercó a Philippe y en voz baja pareció comentarle las últimas novedades. Les miré con detenimiento, tratando de leer sus labios, pero no fui capaz. Cuando terminaron de hablar, James volvió a centrar su atención en mí. Se desabrochó el cuello de la camisa lentamente, tras lo cual me preguntó por mi primer día en el banco. Respondí escuetamente, sin fiarme de su repentina cortesía.

—¿Pasarás la noche conmigo? —soltó de golpe, clavando sus penetrantes ojos verdes sobre mis labios.

—¡Ni lo sueñes!

Patrick, que había prestado atención a nuestra conversación, no pudo evitar soltar una enorme carcajada.

—Te han dado calabazas, amigo —se burló de James.

Tras un par de horas y cerca de veinte pintas de cerveza finalmente decidimos dar por concluida aquella extraña sesión de recreo. Antes de marcharnos de la taberna, James nos comunicó un cambio de planes que, al parecer, debía haber consensuado solo consigo mismo, pues a todos nos pilló por sorpresa. A todos excepto a Patrick.

—A partir de mañana, nuestro centro de operaciones se traslada a Barcelona —comentó con seriedad—. Nos instalaremos en un apartamento situado en la avenida Diagonal —añadió con una calculada imprecisión.

—¿Te refieres al loft de Patrick? —pregunté sin entender por qué no lo decía abiertamente.

Asintió con la cabeza.

—Ahí no cabemos todos —apunté, recordando no haber visto más que un par de dormitorios.

—El espacio no será un problema —intervino Patrick—. En la planta de arriba hay más de seis habitaciones.

—¿Has hablado ya con Madrid? —le preguntó George a su hermano.

—Acabo de hacerlo. Ya están al corriente de todo —respondió en voz baja—. Mañana acabaremos de ultimar los detalles. Ahora vayámonos a descansar. Nos espera una jornada muy dura —añadió mirándome fijamente y adivinando, sin saberlo, el día de contratiempos que me esperaba.

Aquella mañana de miércoles fue especialmente calurosa. La ausencia de nubes y de contaminación hizo que el cielo luciera un esplendoroso azul cerúleo con tenues pinceladas anaranjadas. Sentada sobre la cómoda silla de mi despacho me pregunté de qué modo podría obtener más información sobre el Proyecto Imperium.

El memorándum que le había entregado al marqués el día anterior no resultó ser de mucha utilidad, por lo que Juan me apremió con insistencia a avanzar en la misión. «Debes darte prisa, pecosa —me dijo—. Según este documento la primera fase del proyecto ya ha comenzado. Has de obtener pruebas que inculpen al Rey». Pero ¿cómo podía hacerlo si ni siquiera sabía quién demonios era aquel hombre?, me pregunté mientras saboreaba un delicioso café matutino.

—Buenos días, señora Bartomeu —dijo mi secretaria cuando entró en el despacho, tras haber golpeado la puerta con sus delicados nudillos.

—Llámame Sofía —le pedí amablemente—. Y, por favor, no me trates de usted.

—Así lo haré —respondió con una sonrisa mientras dejaba unos papeles sobre la mesa—. Por cierto, ya me he enterado de que su marido causó sensación en la fiesta del presidente.

—Eso parece —contesté, sin querer ahondar en el tema.

—Al señor Ferrer le gustaría reunirse con usted... Quiero decir, contigo —se corrigió— después de la reunión.

—¿Qué reunión?

Se encogió de hombros.

—Se reúne el equipo directivo —respondió, cayendo en la cuenta de que, en ese caso, yo también debería asistir a aquella reunión—. Puedo tratar de averiguar más detalles.

—No será necesario. Yo me encargo.

Brígida se despidió de mí con una sonrisa franca. Una vez a solas traté de idear el modo de colarme en aquella reunión en la que, con toda probabilidad,

hablarían del Proyecto Imperium. Salí del despacho sin saber muy bien a dónde dirigirme. El destino quiso echarme un cable, pues en aquel instante me tropecé con Isaías Ferrer.

—Señora Bartomeu —me dijo, marcando de nuevo las distancias—. Todo un evento el de ayer, ¿no cree?

—Siento mucho lo sucedido, me refiero al pequeño incidente del jardín —me disculpé, recordando el instante en que mi zapato aterrizó sobre la enorme cabellera de Arturo Cuadrado.

—Siempre tienen éxito —continuó hablando, con la mirada perdida en el infinito de su ego y haciendo caso omiso de mi intervención—. Las celebraciones en Can Ferrer son, con mucha diferencia, las mejores de toda la comunidad. De todo el país, diría yo.

Resoplé ante semejante borrachera de amor propio.

—Me gustaría que comentásemos sus propuestas —comentó en tanto dio por concluido aquel tedioso soliloquio de autocomplacencia.

—¿Qué propuestas? —pregunté, extrañada.

—Las que me ha enviado por correo electrónico. Mi secretaria las ha impreso esta misma mañana. Yo no me llevo muy bien con los ordenadores —confesó en voz baja, cubriéndose la boca con su mano derecha—. Le he echado un vistazo a su informe y he de reconocer que me ha causado una grata impresión.

Supuse que el marqués habría enviado aquellas propuestas desde mi ordenador portátil. Gruñí en silencio mientras pensaba en la reprimenda que se llevaría Juan. ¿Cómo demonios se le ocurría hacer algo así sin avisarme?

—Podemos hablar de ello cuando usted desee —dije con una docilidad impropia en mí—. En cuanto a la reunión...

—¿Qué reunión? —me interrumpió.

—Si no me equivoco, tiene usted una reunión en unos veinte minutos —dije, mirando mi reloj—. Me gustaría asistir.

—Pero...

Mi atrevimiento le pilló fuera de juego y quise aprovecharlo.

—Verá, señor presidente, si quiere alcanzar el éxito no debe mantenerme al margen —comenté con determinación—. No ha de haber secretos entre nosotros. Creo intuir qué es lo que se traen entre manos y, sinceramente, sé que puedo serles de mucha utilidad.

Me marqué aquel farol con cierta desesperación, pues mi intuición me advertía de lo crucial que sería estar presente en aquella reunión. Un Isaías

titubeante dudó durante un instante, valorando el abrirme la puerta de su salón de los horrores. Finalmente accedió con cierto recelo. No quise darle tiempo para que se arrepintiera de su concesión, por lo que en tanto me dio su beneplácito, regresé de nuevo a mi despacho.

Telefoneé al marqués desde mi móvil particular y durante más de cinco minutos le sermoneé por haber enviado un email a Isaías sin haberme hablado de ello. Aguantó estoicamente mientras yo le reprendía. Muy probablemente ni siquiera me escuchó. Así era Juan, hacía y deshacía a su antojo, con la aplastante seguridad de estar haciendo siempre lo correcto.

Ninguno de los *doce apóstoles* esperaba mi presencia en aquella reunión. Percibí una mezcla de contrariedad y desconfianza en sus miradas, que traté de ignorar mientras con una cucharilla daba vueltas al cuarto café, esta vez descafeinado, que me acaba de servir. Contemplé la taza embelesada, preguntándome cómo demonios harían para quitarle la cafeína al café.

—Los granos verdes se humedecen en agua y después se dejan en remojo en un disolvente químico que contiene cloruro de metileno —comentó el director de Recursos Humanos, mostrándome su resplandeciente dentadura.

Me volví hacia él, extrañada. Tras unos segundos deduje que, una vez más, debía haber pensado en voz alta.

—¿Cloruro de metileno? —pregunté con escepticismo—. ¿No es un disolvente de pintura?

Jordi Conejo me miró dubitativo.

—Puede ser —repuso, malhumorado porque no hubiera caído rendida ante su desbordante inteligencia—, pero también disuelve la cafeína.

—¿Y no es tóxico para el ser humano? —preguntó Arturo Cuadrado, mirando asustado su taza de café.

—¡No, por Dios! —intervino un tercer hombre de pelo canoso y marcadas ojeras—. Durante el proceso se hace evaporar el cloruro y, además, los granos se lavan cuidadosamente para eliminar cualquier resto.

La gloriosa presencia de Isaías Ferrer interrumpió la conversación. Permaneció de pie, presidiendo la mesa con un gesto de lo más solemne. Todos se levantaron inmediatamente, mostrándole su más incondicional sometimiento al tiempo que aguardaban en silencio y cabizbajos.

En un infantil acto de rebeldía me quedé sentada mientras una traviesa sonrisa se asomaba en mis labios. Una vez la sensatez volvió a correr por mis

venas, me levanté de mi asiento. Isaías se sentó al instante, satisfecho por mi rendición, y todos le imitaron. Dejé caer mi cuerpo sobre la silla mientras me preguntaba cuán alto sería el nivel de estupidez que alcanzaría aquel servilismo absurdo.

—Primer punto de la agenda —comentó Lorenzo Gabilondo, el consejero delegado, mirándome de reojo—. Nos enfrentamos a una nueva oleada de demandas contra el banco —anunció con voz entrecortada.

—¿Otra vez las dichas preferentes? —preguntó Isaías con un sonoro chasquido de lengua.

—No, señor —respondió Lorenzo, carraspeando—. Arturo se lo podrá explicar con mayor detalle —añadió en un evidente acto de cobardía.

Arturo parpadeó un par de veces, incapaz de creer la zancadilla que acababan de hacerle. Aquello se ponía interesante, pensé divertida.

—Ayer se presentó una demanda colectiva por la aplicación del IRPH —dijo con un hilillo de voz apenas apreciable.

—¿IRPH? —repitió Isaías sin disimular un largo bostezo—. ¿Qué es eso?

—El índice de referencia de los préstamos hipotecarios —contestó Arturo sin su habitual soberbia, asombrado por tener que explicarle a su endiosado presidente qué era el IRPH.

—¿Y qué es lo que quieren?

—La nulidad del tipo de interés aplicado y la devolución de los intereses cobrados, según ellos, en exceso.

—Minucias —replicó Isaías haciendo un gesto de desaire con la mano alzada—. ¿Eso es todo o hay algún otro proceso judicial más? —preguntó mientras continuaba bostezando sin el menor pudor.

Arturo clavó la mirada sobre su regazo.

—Cláusulas suelo —comentó.

—¿De nuevo? —protestó Isaías—. ¿No las suprimimos el año pasado?

—Sí, señor presidente —contestó Arturo con una expresión de humillante sumisión—, pero los demandantes exigen que les devolvamos las cantidades cobradas indebidamente desde la contratación de sus hipotecas. Ahora mismo permanecemos a la espera de una sentencia por parte del Tribunal de Luxemburgo.

—¿Retroactividad? ¡Esto es un escándalo! ¿Qué demonios le pasa a esta gente? No devolveremos ni un solo euro —espetó Isaías, aplastando el puño sobre la mesa.

—Con el debido respeto, presidente, si la sentencia no nos es favorable,

me temo que no habrá más opción que pagar.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Unos... —Arturo tosió agitadamente al tiempo que parecía decir una cifra—. Millones de euros.

Instintivamente todos reclinamos el cuerpo hacia delante.

—¿Cuánto ha dicho, señor Cuadrado? —preguntó Isaías, elevando el tono de voz, que cada vez resultaba más amenazante—. Haga usted el favor de sacarse el zapato de la boca cuando hable conmigo.

—Mil quinientos millones de euros.

Se hizo un silencio sepulcral en toda la sala. Con un solo gesto y sin pronunciar ni una palabra, Isaías ordenó hacer un pequeño descanso.

Salí de ahí a toda prisa, deseando respirar un aire sin contaminar. Descendí las veintitrés plantas en un ascensor colmado de gente con caras avinagradas. Una vez fuera del edificio a punto estuve de besar el suelo.

—Buenos días, señora directora —escuché a mis espaldas.

Me giré abrumada. Los penetrantes ojos azules de Patrick se clavaron sobre los míos, dedicándome una sonrisa burlona.

—Te invito a un café —comentó mientras me tomaba del brazo y comenzaba a caminar.

—No puedo —dije, parándome en seco—. Tengo una reunión.

—Se pospone durante al menos una hora. Al parecer, el señor Ferrer tiene algo importante de lo que hablar en privado con Lorenzo y con Arturo.

—¿Y tú como sabes eso? —le pregunté con desconfianza.

—Es mi trabajo.

Volvió a cogerme del brazo y con un gesto gentil me obligó a caminar junto a él.

La terraza de la cafetería estaba abarrotada de gente. Todos ellos eran empleados del banco, concluí al escuchar sus conversaciones. El eco de sus críticas despiadadas se instaló en mi cabeza, haciendo que por un instante deseara regresar a la reunión. «Menudo imbécil es mi jefe». «Van listos si se creen que voy a trabajar por esa miseria». «Los directivos solo saben abusar de los empleados». «El director de mi departamento no es más que un cacique ignorante que no sabe hacer ni una simple regla de tres». Todos aquellos comentarios cesaron en el mismo instante en que el director de Recursos Humanos hizo acto de presencia.

—No sabía que ustedes dos se conocieran —comentó Jordi con una sonrisa traicionera—. Patrick, me alegro de verte. Mi mujer está deseando

quedar de nuevo los cuatro —dijo antes de despedirse con la mano.

—¿Los cuatro? —pregunté, una vez a solas.

—Jordi y su mujer... —dijo mirándome con una sonrisa que parecía desafiar a toda lógica—. Y mi mujer y yo.

—No sabía que estuvieras casado —comenté con indiferencia, como si su estado civil me trajera sin cuidado.

—No es mi mujer, sino alguien que participó en la misión durante un tiempo fingiendo ser mi esposa —aclaró, travieso—. Aunque lo cierto es que...

—¿Qué? —pregunté impaciente.

—Estuvo a punto de serlo —comentó sin ocultar una mirada de satisfacción.

—¿Cómo dices?

—Teresa era mi prometida, pero una semana antes de la boda ella se acostó con otro hombre.

La reunión se reanudó a las doce en punto. Nadie volvió a mencionar nada más sobre preferentes, cláusulas suelo o IRPH. Arturo hizo ademán de comentar los detalles de un nuevo pleito contra la entidad, instado por un grupo de antiguos trabajadores.

—Les representa el Juez Bartolo, señor Ferrer.

—Ex Juez —le corrigió Isaías—. ¿Y qué importancia puede tener esta demanda para nosotros?

—Nos ha amenazado con hacer el caso mediático.

—Que haga lo que le dé la gana —respondió con acritud.

Arturo carraspeó nervioso.

—No nos interesa que eso suceda, señor. Podrían salir a la luz trapos sucios que no deberíamos airear. No sé si me entiende...

Isaías le dirigió una mirada asesina.

—Ocúpate de Bartolo —le ordenó deslizando el dedo índice a lo largo de su garganta.

—¿Quiere que mate al juez? —clamó Arturo con un tono de voz exageradamente agudo, evidenciando un complejo de inferioridad más que justificado.

—Si usted fuese dos veces más inteligente que ahora, ¡sería absolutamente estúpido! —gritó Isaías.

Se me escapó una risa que disimulé con un ataque de tos. Detestaba el despotismo con el que el señor Ferrer trataba al resto de los ahí presentes, pero la humillación de Arturo Cuadrado, un ser casi tan repulsivo como Isaías, me produjo cierta satisfacción.

—Lo que quiero es que averigüe su precio, ¡pedazo de inútil!

Nadie más osó hacer mención al aluvión de demandas que parecía estar sufriendo la entidad. Todos a excepción de Isaías guardaron silencio, saboteando el más mínimo atisbo de valentía.

—¿Qué hay de Espartano? —preguntó, dirigiéndose al director de Recursos Humanos.

Me devané los sesos tratando de recordar dónde había oído yo aquel nombre hasta que por fin lo recordé. Dos días atrás, cuando hablaba con las simpáticas señoritas de recepción, un cartero traía consigo un burofax para el presidente del banco. El remitente era, según había revelado una de las recepcionistas, alguien a quien apodaban *Espartano*.

Jordi Conejo comenzó a temblar, señal inequívoca de la gravedad del asunto.

—¿Quién es Espartano? —pregunté tras sentir el aguijón de la curiosidad.

Todas las miradas se volvieron hacia mí, incapaces de creer mi osadía. Vencida por el hastío que me provocaba su incesante cobardía, repetí la pregunta alzando la voz. Noté la furia contenida en los ojos de Isaías, quien parecía estar sufriendo un repentino exorcismo.

El hombre de mi derecha reclinó su cuerpo hacia mí.

—No debería usted preguntar por ese asunto, señora Bartomeu —me susurró al oído—. Es un tema tabú en el banco.

—Lo ha sacado él —me defendí.

Jordi le extendió un documento al presidente y este lo leyó atentamente.

—Es un ex empleado del banco —comentó en voz baja el hombre sentado a mi lado—. La entidad le despidió hará unas dos semanas.

—¿Por qué? —insistí—. ¿Qué hizo?

El hombre aprovechó la distracción de Isaías para acercarse hacia mí.

—Algo muy grave, señora —contestó ambiguo, casi implorando que yo continuara con mi interrogatorio.

—¿Robó? —pregunté. El hombre negó con la cabeza—. ¿Rebeló información confidencial del banco?

—No.

—¿Estafó a un cliente?

—Nada de eso.

—¿Hizo mal su trabajo?

—No, señora. De hecho, fue él quien avisó sobre un problema de seguridad que permitía estafar enormes cantidades de dinero sin levantar la menor sospecha. —Alcé las cejas en señal de extrañeza, pues no entendía lo que aquel hombre quería decir—. En lenguaje llano, la entidad disponía de una *caja fuerte* —dijo en un susurro y haciendo comillas con los dedos— que resultó tener una puerta trasera que permitía acceder de manera rápida e indocumentada al compartimento de seguridad. El banco siempre ha negado que exista tal puerta trasera, pero lo cierto es que muchos de los que están sentados en esta mesa ya sabían de su existencia desde hace años.

—¿Y por qué negarlo? —pregunté, confusa.

Miró en derredor, pasándose una mano por su frente sudorosa. Nadie parecía reparar en nuestra conversación, por lo que continuó hablando.

—Si alguien investigara este asunto, las consecuencias podrían ser catastróficas.

—¿Sabe si al menos han cerrado ya esa puerta?

—Lo desconozco —susurró—. Ninguno de nosotros se atreve a preguntar nada al respecto.

—Esto sí que es un escándalo —comenté estupefacta—. ¿Y nadie ha comprobado cuánto dinero puede haber sido sustraído?

—Hubo alguien que trató de abrir una investigación —respondió mirando de reojo al presidente, quien parecía distraído leyendo el documento que le había entregado Jordi Conejo—, pero él tampoco trabaja ya para el banco.

El volumen de su voz descendió hasta convertirse en un murmullo casi inapreciable, de modo que recliné el cuerpo, acercándolo al suyo, y pregunté:

—¿Quién intentó investigar lo sucedido?

—Juan Valdez —respondió con el rostro ceniciento.

Me tomé unos segundos para asimilar su respuesta que, por supuesto, me pilló por sorpresa.

—¿Y no premiaron a Espartano, o como quiera que se llame, por su valiosa advertencia? —pregunté al cabo de unos segundos.

—En absoluto. Lo apartaron de su puesto de trabajo.

—No lo entiendo, la verdad. ¿Qué demonios hizo pues para merecer el despido? ¿Acaso se propasó con alguna empleada? —El hombre sacudió la cabeza—. ¿Insultó a algún compañero, tal vez? —pregunté, desesperada.

—De ningún modo —repuso, ofendido—. De los informes a los que he

podido tener acceso, se desprende que era un compañero excelente y un gran profesional.

Aquel absurdo juego de adivinanzas estaba comenzando a resultarme tedioso.

—Oiga, ¿quiere usted hacer el favor de decirme qué demonios hizo Espartano? —pregunté en un tono más alto del que hubiera deseado.

—Envió un burofax al presidente.

—¿Acaso le amenazaba de muerte o algo así? —me burlé.

—Mucho peor que eso —murmuró en un susurro—. Cuestionaba la ética y la transparencia del Banco Estrella.

Apoyé la espalda sobre el respaldo de mi asiento y eché un vistazo a mi alrededor, preguntándome si la miseria moral de aquel lugar tendría algún límite.

Para cuando Isaías terminó de leer el documento que le había entregado Jordi Conejo, la repugnancia que sentía por aquel hombre había ascendido hasta situarse a la altura de su ego.

—Pasemos al siguiente asunto —le ordenó al consejero delegado con desdén.

—Proyecto Imperium —comentó Lorenzo Gabilondo, quien debía haberse olvidado de mi presencia en la sala—. El señor Conejo tiene novedades.

Isaías le lanzó un par de llamas que brotaron repentinamente de sus ojos. Con aquella descomunal metedura de pata, el presidente dio por concluida la reunión.

Patrick me estaba esperando en mi despacho cuando regresé.

—¿Cómo ha ido la reunión? —preguntó mientras me invitaba a tomar asiento en el sofá donde él estaba cómodamente recostado.

No me gustó que hubiera entrado en mi despacho sin mi permiso y, especialmente, estando yo ausente, pero lo cierto es que mi monumental enojo con Isaías y su incondicional comitiva de adeptos me hizo obviar el descaro de Patrick.

—¿Qué demonios les pasa a esta gente? —exploté—. ¡Están todos locos! No les soporto.

Rompió a reír sin despegar la vista de mis manos, que parecían haber cobrado vida propia. Dejé caer el bolso al suelo evidenciando mi mal humor.

Un teléfono móvil salió disparado de su interior, aterrizando a los pies de Patrick, quien de repente me miró con cara de preocupación.

—¿Este es tu teléfono particular? —preguntó, sosteniendo el dispositivo.

—Sí —respondí, todavía alterada. Entendí enseguida el motivo de su preocupación—. Puedes estar tranquilo, James me advirtió que solo lo empleara para hablar con él.

—Aun así no deberías acudir al trabajo con él —dijo, apretando un par de teclas—. Sería muy fácil de hackear.

—¿Y si necesito hablar con James o con Juan?

Torció el gesto y asintió.

—Deja que me lo quede durante un par de horas. —Se metió el móvil en el bolsillo—. Te lo devolveré esta tarde.

—Como quieras —respondí con cierta indiferencia.

—¿Por qué no comemos juntos?

Medité mi respuesta durante un instante.

—Está bien —dije—. ¿Me explicarás en qué consiste el Proyecto Imperium?

—Te hablaré de él, tienes mi palabra.

Y de pronto, una luz se encendió en la oscuridad de mis pensamientos. Si yo no hubiera estado presente en la reunión de la que acababa de salir, muy probablemente hubieran hablado sobre el Proyecto Imperium.

—Todavía deben estar reunidos —dije en voz alta.

—¿De qué hablas, Sofía?

—Era Jordi Conejo quien iba a ponerles al corriente sobre las últimas novedades del proyecto. Debo ir a su despacho, seguro que ahí encontraré alguna información relevante.

—No irás a ningún sitio —me ordenó bruscamente, cerrando el grifo de la amabilidad. Se percató de su falta de delicadeza y trató de enmendar su error—. Es peligroso, podrían descubrirte.

—Vamos, Patrick —dije alzando las manos al aire—. No lo es. Todos siguen reunidos en la sala. Es la hora de comer, no hay secretarias y Jordi no cierra su despacho con llave.

—No irás a ese despacho —insistió, poniéndose de pie.

—Iré si quiero —repliqué, frunciendo el ceño e incorporándome casi al instante.

—Harás lo que se te ordene —espetó con acritud.

Pero ¿qué diablos le pasaba a ese hombre? Fuera lo fuese, no pensaba

quedarme a comprobarlo.

—Me voy, Patrick. Y por cierto, ya no quiero comer contigo.

—Trabajamos en equipo. Entrando en el despacho de Jordi pondrías la operación entera en peligro. Insisto, no irás y punto. Es una orden.

—Detenme, si puedes —solté, amenazante, mientras me encaminaba hacia la puerta—. Una cosa más —dije antes de marcharme—, te convendría hablar con James sobre lo que hago yo con las órdenes.

El portazo que di debió escucharse en todo el edificio. Estaba tan furiosa que ni siquiera me importó el que las pocas personas que todavía quedaban en la planta me miraran como si hubiera perdido un tornillo. Tal vez lo había perdido. ¿Y qué? Patrick no tenía ningún derecho a hablarme así.

Entré en el despacho de Jordi cometiendo una imprudencia tras otra. Ni siquiera me aseguré de que nadie me viera colarme en él. Pero el mal ya estaba hecho, así que más me valía encontrar algo que valiera la pena. Comencé a rebuscar entre sus papeles hasta que finalmente encontré una documentación relacionada con su perverso proyecto. En lugar de guardarlo para que el marqués y los demás lo inspeccionaran, esta vez decidí echar un vistazo.

Sufrí un amago de insuficiencia cardíaca en el momento en que escuché unos pasos acercarse hacia el despacho. La desesperación y la falta de experiencia en el apasionante mundo del espionaje me hicieron tomar una decisión tan desconcertante como equivocada. Me escondí bajo la enorme mesa de caoba, ocultando el documento bajo mi blusa.

Comencé a rezar a todos los santos, implorando su compasión y suplicando que no fuera Jordi quien merodeaba por alrededor del despacho. Casi pude oír la risa de los santos, mofándose de mí en lo que interpreté como un desafío en toda regla.

Jordi entró en el despacho con un caminar un tanto agitado. Tarareaba una melodía alegre, por lo que supuse que la reunión habría sido provechosa. Pude ver sus piernas a través de una rendija de la mesa. Caminaba de un lado a otro hasta que de pronto se detuvo en seco. El corazón me palpitaba desbocado. ¿Me habría descubierto?

Se encaminó hacia el armario que estaba junto al sofá y se puso de puntillas. No pude ver con precisión qué era lo que estaba haciendo, pero supuse que trataba de alcanzar algo escondido sobre el mueble. Y así fue.

Jordi caminó hacia la puerta del despacho y la cerró con llave. Le seguí con la mirada hasta que se detuvo en una de las ventanas. Alcanzó una varilla

que giró con nerviosismo, haciendo que las lamas de las persianas venecianas quedaran totalmente verticales.

Y entonces comenzó a bailar. Tuve que restregarme los ojos un par de veces antes de aceptar la evidencia, aquel hombre era un chiflado. Acompañó el baile, al más puro estilo de Fred Astaire, con una estridente canción que pareció improvisar en aquel momento. No presté especial atención a la letra de aquella horrenda cantinela hasta que algo llamó mi atención. Al director de Recursos Humanos le acababan de nombrar duque de la Orden del Denario. Eso era precisamente lo que estaba canturreando.

Un estado de euforia totalmente descontrolado le hizo tirarse de rodillas al suelo mientras agitaba los brazos en el aire como si celebrara el gol del siglo. Se giró bruscamente hacia su izquierda e instintivamente me agaché, temiendo que tal vez me hubiera visto. Nada más lejos de la realidad. En aquel instante, comenzó a hablar.

A juzgar por su expresión, Jordi estaba convencido de que había alguien más en la habitación. Y lo cierto es que era verdad, solo que ese *alguien* era yo y no el hombre imaginario con quien comenzó a conversar.

—Me han nombrado duque —dijo con orgullo.

Permanecí inmóvil a la espera de escuchar una respuesta que no logré oír. Sin embargo, él sí la escuchó y respondió.

—¿Cómo que por qué? ¡Qué pregunta más ridícula! Pues porque soy el mejor directivo de esta entidad —exclamó.

Aquel hombre había consumido algún tipo de droga, no me cabía la menor duda. Se acercó de nuevo a su armario y sacó de él una enorme toga negra que colocó sobre sus hombros. Tuve que contener la risa cuando se lanzó de nuevo al suelo y rodó sobre él. Llevaba puesto un birrete con una borla de color rojo.

—¡Soy el más grande del universo! —prosiguió—. El hombre más afortunado del mundo. Soy duque de la orden y además me han encomendado hacerme cargo del Proyecto Imperium, ¡soy inmensamente feliz!

Su amigo imaginario debió hablar en aquel momento, pues Jordi calló y permaneció atento.

—Ya sé que no cuento con Juan Valdez —respondió a no sé quién—. Esa estúpida rata de cloaca nos traicionó. Pero eso no me preocupa, ya hemos conseguido dar con otro manipulador de la mente, el ilustre Anthony Blaine. —Su voz se volvió convulsiva, al igual que los movimientos de sus

extremidades—. El proyecto sigue adelante, ¿me oyes? La primera convención tendrá lugar el jueves de la semana que viene.

Acto seguido, Jordi se desplomó.

El corazón me iba a mil por hora. Traté de controlar el ritmo frenético de mi respiración, pero me fue imposible. ¿Se habría muerto? Asomé la cabeza por encima de la mesa y lo vi tendido en el suelo. Aún respiraba, constaté aliviada. Debía salir de ahí enseguida.

Miré a través de las lamas de la persiana, cerciorándome de que no hubiera nadie cerca del despacho, giré la llave y me largué de ahí. Antes de hacerlo lancé una última mirada al cuerpo de Jordi y le pedí perdón en silencio. Llamaría a una ambulancia desde mi despacho, me dije mientras corría angustiada.

El destino quiso que me tropezara con Patrick, quien no parecía de muy buen humor después de nuestra última discusión. Me sujetó de los brazos y, tras lanzarme una severa mirada de reproche, me exigió que me calmara.

—Nos vamos a comer —dijo con voz firme mientras escribía un mensaje desde su móvil y observaba mi blusa, bajo la que todavía ocultaba los papeles hallados en el despacho de Jordi—. Hasta entonces no quiero oír ni una sola palabra. Y por favor, tranquilízate, ¿quieres?

Salimos del edificio rodeados por un aura de hostilidad. Desde la acera, Patrick levantó la mano. Un taxista detuvo el coche inmediatamente. Una vez dentro del vehículo, Patrick le indicó nuestro destino, al que llegamos tras más de veinte minutos de trayecto.

Cuando me senté en la mesa del restaurante todavía estaba temblando. No abrí la boca ni para respirar. Esperaba a que Patrick me diera permiso para comenzar con mi relato, pero el muy sinvergüenza parecía decidido a hacerme sufrir.

—Tráiganos un par de copas del mejor whisky que tengan —le pidió al camarero.

«¿Un whisky a las dos del medio día?», me pregunté mientras trataba de reunir las fuerzas suficientes para pedir un botellín de agua. El camarero regresó al cabo de dos minutos con una botella de Lagavulin.

—Y bien, ¿no me vas a preguntar qué ha sucedido? —exploté cuando estuvimos a solas de nuevo—. ¿Y por qué estamos sentados en una mesa de cinco y sin nadie a nuestro alrededor? —añadí, confusa.

—Bebe —me ordenó.

Estuve tentada de lanzarle la copa a la cara. En lugar de eso, me limité a obedecerle.

Siempre he aborrecido el whisky y, a decir verdad, no logro comprender cómo alguien puede encontrar agradable su sabor a desinfectante y a germicida. Sin embargo, aquel trago ahumado se deslizó suavemente por mi garganta, anestesiando cada uno de mis tormentos.

Volví la vista hacia mi izquierda, alertada por una voz interior, y entonces los vi. James, George y el marqués se acercaron a la mesa con semblante serio. Tomaron asiento sin decir una palabra. Sentí la tentación de comenzar a gritar, pero me contuve a la espera de que alguien me explicara a qué venía aquella encerrona.

—¿Qué ha sucedido? —Fue James quien rompió el hielo, dirigiéndome aquel golpe a traición con una expresión de reproche.

La dureza de su mirada, que me dirigió sin la menor piedad, logró invocar al diablo que moraba en mi interior.

—He improvisado —contesté con furia contenida.

—Has contravenido una orden —repuso ceñudo.

—¿Una orden? —repetí, al borde de las lágrimas. Señalé a Patrick con un dedo acusador y bramé—: Él no es mi jefe.

El corazón me palpitaba desbocado mientras trataba de controlar el huracán de emociones que me acechaba a la espera de un pequeño traspies.

—Somos un equipo, Sofía —comentó James en un tono más conciliador—. Deberías haber obedecido a Patrick. Has asumido un riesgo innecesario y has puesto en peligro toda la operación.

—¿Que yo he qué? —exclamé, sin dar crédito a la cantidad de estupideces que creía estar escuchando. Había perdido el control de la situación y, desesperada como estaba, pregunté—: ¿Y qué opina de esto mi padre? ¿Está de acuerdo en que tenga que obedecer órdenes de este... *súper agente especial*?

—Tu padre se ha retirado —contestó James con la frialdad de un témpano de hielo—. Ahora soy yo quien dirige la unidad.

George permanecía callado, pero era evidente que no estaba de acuerdo con la reprimenda de su hermano. Él siempre había sido mucho más transigente conmigo. El marqués, en cambio, estaba relajado, con el cuerpo reclinado sobre su asiento mientras degustaba una copa de Lagavulin que supuse sería la mía.

—Queréis información, ¿no? ¿Qué más os da como la obtenga? Puede

que mis métodos no sean muy ortodoxos, pero son efectivos —insistí, combativa—. ¿Qué ha conseguido él? —pregunté, señalando de nuevo a Patrick—. Ah, claro, ya lo entiendo. Él no es más que mi niñera. Su labor es tan simple como asegurarse de que no me salto vuestro estúpido protocolo de actuación.

Aquellas palabras no fueron del agrado de Patrick, por decirlo de un modo suave. Noté la crispación en su mirada y, en un alarde de imprudencia, solo se me ocurrió echarle más leña al fuego.

Me levanté súbitamente, dedicándoles mi alegato final.

—Vosotros lo habéis querido —espeté, sintiendo como la impotencia y el whisky ardían con fuerza en mi interior—. Estoy fuera de la misión.

—Baja la voz, Sofía —me pidió James, sin perder los nervios—. Y, por favor, siéntate.

—¡No me da la gana! Y os diré una cosa más, mi imprudencia me ha proporcionado una información muy valiosa que, por supuesto, no pienso compartir con ninguno de vosotros.

Eché a andar en dirección a la salida del restaurante, sintiendo la ardiente estela de las lágrimas que recorría mis mejillas y suplicando que un Dios misericordioso obligara a James a venir tras de mí.

Capítulo 10

La visita sorpresa que ensombreció mi gloria

Mi atropellado caminar no siguió la menor lógica. Anduve perdida por todo el restaurante sin encontrar la salida. ¿Dónde diablos estaba? Me sentía totalmente abatida, dando vueltas y tratando de encontrar el modo de huir de aquel lugar.

Sentí la mano de James reteniendo mis pasos. Solté un suspiro de alivio que enseguida traté de disimular.

—¿Qué os habéis creído? —grité enfurecida.

Sin mediar palabra tomó mi mano y me arrastró hasta el lavabo de señoras, donde no parecía haber nadie que interrumpiera lo que a todas luces sería una nueva reprimenda.

—Cálmate, por favor —me pidió.

—¿Que me calme? —exclamé, sin encontrar un modo más elocuente de protestar ante tamaño atropello.

—No trabajamos así, Sofía. Hay reglas que seguir, ¿comprendes?

—¿Y a dónde os han llevado vuestras reglas?

Acarició mi mejilla, secándome las lágrimas, en un claro intento de acercamiento.

—No lo lograrás —le advertí, desafiante.

—¿Lograr, el qué? —preguntó, haciéndose el sorprendido.

—Engatusarme. Estoy muy enfadada. No me has defendido delante de ese cretino —dije, refiriéndome a Patrick.

Arqueó las cejas y sonrió abiertamente. La situación se me antojo peliaguda y peligrosa. Cedía terreno ante lo evidente. Aquel demonio de ojos verdes me estaba manipulando. Una vez más.

—Por favor, mi amor —dijo con voz sedosa—. Regresa de nuevo a la mesa.

Vio el destello de debilidad en mi mirada y lo aprovechó. Acercó sus labios a los míos y me besó lentamente, haciendo que aquel instante quedara congelado en la inmensidad del universo.

A decir verdad, no sé qué hubiera ocurrido si aquella mujer no nos hubiera interrumpido.

—¡Virgen Santísima! —exclamó una señora vestida de gala que debía rondar los setenta años de edad—. Ahora mismo llamaré al encargado. ¡Esto

es una desvergüenza intolerable!

James se separó de mí al instante. La situación le divertía, o eso se desprendía de su mirada burlona.

—No será necesario, señora —dijo, mostrándole una seductora y encantadora sonrisa—. Será mejor que olvidemos este pequeño incidente. Por el bien de todos.

—De ningún modo, joven —repuso ella, mucho más comedida, contemplándole con ojos de lujuria—. ¿Acaso cree que una conducta tan bochornosa como la que usted y esta... *señorita* han protagonizado puede pasar desapercibida ante una dama respetable como soy yo?

—El gran problema de las mentes cerradas es que casi siempre tienen la boca abierta —le soltó James sin la menor piedad.

—¿Cómo se atreve? —gritó la mujer con una entonación ridículamente aguda—. ¿Tiene la menor idea de quién es mi marido? Mi esposo es un magistrado del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña y...

—Lo era, señora —le interrumpió James con determinación—, y no creo que a usted le interese que su marido se entere de su aventura con Gustavo.

La mujer dio un paso atrás, llevándose las manos a la cara.

—¿Quién es Gustavo? —intervine con curiosidad.

—Su profesor de golf —contestó James sin apartar la mirada de la mujer, que salió del lavabo como alma que lleva el diablo.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabías eso? —pregunté una vez a solas.

Me guiñó un ojo y sonrió. Era obvio que no tenía la menor intención de responderme.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó acercándose de nuevo hacia mí.

—James... —le recriminé, todavía atónita.

—Está bien, retomaremos la conversación esta noche —se burló—. Es hora de volver a la mesa. Una cosa más, Sofía —comentó con semblante serio antes de salir del lavabo—, no vuelvas a desobedecer una orden de Patrick.

Una vez regresamos junto a los demás, tuve que tragarme una gran dosis de orgullo antes de comenzar a hablar. Debía haber ofendido algún Dios del universo, pensé mientras recordaba las últimas palabras de James.

—Será mejor si hablamos de lo sucedido en otro momento —dijo de pronto Patrick, haciendo un gesto con la barbilla.

El marqués y yo volvimos la cabeza al instante. Vi a un grupo de hombres trajeados que tomaron asiento en una mesa próxima a la nuestra.

James le hizo un gesto al camarero, que se acercó enseguida.

—¿Cómo ha ido, pecosa? —me preguntó el marqués en voz baja.

—Mal —contesté irascible, mirando a James de reojo. Hablaba con el camarero entre susurros. Volví la vista a Juan y, con gran cantidad de resquemor acumulado, le solté—: Muchas gracias por tu falta de apoyo.

El marqués rompió a reír.

—Señores —dijo el camarero—. ¿Podrían, por favor, acompañarme a una mesa en la zona exterior? Nadie les molestará ahí —añadió con una ligera inclinación de cabeza.

Mientras nos dirigíamos hacia la terraza del mirador, George se acercó a mí y me acarició la espalda, mostrándome su incondicional apoyo. Agradecí su gesto con una sonrisa franca.

Una vez afuera, me maravillé con la sorprendente decoración al más puro estilo ibicenco. El aroma de las hortensias y las espectaculares vistas al mar me embriagaron de paz, haciendo que durante un breve instante me sintiera libre de preocupaciones.

Tomamos asiento bajo un bucólico porche de cáñamo. La comodidad de los sillones de madera desgastada y enea, junto a la sublime combinación del blanco inmaculado y el azul celeste del mar, consiguió relajar el ambiente.

Una vez sirvieron las bebidas, mis compañeros de mesa me miraron expectantes, esperando una información que yo parecía reticente a revelar. De pronto, recordé el desplome de Jordi Conejo. Un intenso sentimiento de culpabilidad me invadió al instante.

—Es posible con el señor Conejo haya fallecido —anuncié sintiendo una repentina tristeza por aquel hombre que hasta hacía nada me parecía un ser deplorable.

—Continúa vivo —apuntó Patrick.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con un profundo suspiro de alivio.

—Es mi trabajo, Sofía —contestó todavía molesto—. Soy un *súper agente especial*, ¿recuerdas?

—Vamos, amigo —intervino George, intentando poner paz—. Olvidemos lo sucedido antes.

—Pero yo le vi desplomarse sobre el suelo —insistí, obviando su comentario—. ¿Qué le sucedió?

—Sobredosis —respondió Patrick.

—¿De qué?

—Cocaína. Y ahora, ¿puedes, por favor, explicarnos qué fue lo que averiguaste?

Un par de camareros sirvieron la comida.

—Han nombrado a Jordi duque de la Orden del Denario —les anuncié una vez a solas.

Miré los platos sobre la mesa, acusando la ausencia de apetito. Esperé con prudencia a que alguien interviniera.

—¿Eso es todo? —preguntó Patrick con desprecio.

—¿Cómo dices?

—Creo que la pregunta es sencilla. ¿Eso es todo cuanto la *señorita espía* ha logrado averiguar?

—No te pases, Patrick —le advirtió James.

El ambiente se volvió irrespirable. Bajé la vista hacia mi mano derecha que parecía debatirse entre coger un cuchillo y clavárselo a Patrick o bien hacerle un ridículo corte de mangas.

Sentí la mano de James acariciándome la rodilla. Casi al mismo tiempo, el marqués, sentado a mi derecha, me zarandeó del brazo.

—Vamos, pecosa. Háblanos del mentalista.

—¿Qué? —exclamé volviéndome hacia él—. ¿Cómo sabes lo del...? — Interrumpí mi pregunta cuando recordé que él mismo era un gran gurú de la mente. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero era evidente que había leído mis pensamientos. Eso sí, todavía había algo que él no sabía, por lo que permanecí en silencio durante unos segundos, regocijándome en aquel insignificante momento de gloria.

—Mi amor... —me urgió James.

Una voz interior me habló en aquel instante: «pídeles algo a cambio, Sofía. Hazte valer».

—Antes de nada, quiero saber en qué consiste el Proyecto Imperium.

James suspiró, dejando caer su cuerpo sobre el respaldo del asiento. Parecía agotado y lo cierto es que lo sentía por él, pero yo no pensaba dar marcha atrás. Tenía derecho a saber dónde me estaba metiendo.

—¿Ya estamos de nuevo con lo mismo, Sofía? —preguntó finalmente.

—Harías bien en controlar a tu gente —malmetió Patrick, calentando aún más el ambiente.

James se levantó de la mesa y, con un gesto de nula cordialidad, le pidió que le acompañara a otro lugar.

Una vez me quedé a solas con George y el marqués, la tensión pareció esfumarse repentinamente. Sin embargo, ninguno de los tres hizo ademán de probar la comida. En lugar de eso, bebimos el delicioso vino tinto que el camarero sirvió sobre unas elegantes copas de borgoña elaboradas en cristal de Bohemia.

—¿Sabes quién te sustituirá en el proyecto? —le pregunté al marqués, adelantándome a la ridícula cata de vinos que estaba a punto de protagonizar.

Sentía verdadera curiosidad por saber si lo habría adivinado.

—Es posible —contestó con ambigüedad acercando la copa hacia su nariz para inhalar los primeros aromas.

—¡Juan! —exclamé—. ¿Lo sabes o no?

Dejó la copa sobre la mesa y tomó mi mano derecha. Apoyó suavemente su pulgar sobre mi muñeca. George nos observó divertido. Se recostó sobre su sillón, dispuesto a disfrutar del espectáculo que parecía estar a punto de comenzar.

—Solo hay cinco personas capaces de llevar a cabo un proyecto de control mental como el que han ideado los príncipes de la secta de los banqueros —dijo Juan con voz prosaica mientras las palabras *control mental* retumbaban en mi cerebro—. Voy a decir en voz alta los nombres de cada uno de los candidatos, ¿de acuerdo? Tú simplemente respira siguiendo mis indicaciones.

Asentí emocionada.

—Inspira por la nariz de forma suave y profunda. —Obedecí. Miré de soslayo a George, quien parecía estar a punto de soltar una carcajada—. Ahora quiero que exhales el aire por la boca de manera calmada, vaciando completamente tus pulmones. Inspira de nuevo, Sofía. Siente la energía que embriaga tu cuerpo, inhala el poder que ilumina tu interior y cierra los ojos. —Permaneció en silencio. Entreabrí un ojo, temiendo morir asfixiada si no saltábamos pronto al siguiente paso—. Cierra el ojo. Expulsa el aire por la boca y sonríe mientras expiras. Siente como poco a poco te vas purificando—. Cumplí sus órdenes sin protestar, pero la risilla de George me hizo advertir la evidente tomadura de pelo—. Abre los ojos.

—¿Me vas a decir los nombres de una vez? —me quejé.

—¡Chist! —me pidió silencio—. Concéntrate en la respiración. —Calló durante un instante—. Allá vamos. Dirk Weinmann, Bastien Lombrad, Celestino Santoro, Anthony Blaine y María Luisa de Peñasola.

Soltó mi mano con delicadeza. Le miré con ojos entornados, tratando de

adivinar si de verdad habría logrado averiguar algo con aquel ridículo ejercicio. Sonrió con travesura y anunció:

—Anthony Blaine.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté boquiabierta.

Rompió a reír.

—Por tu respiración, pecosa. Perdiste el ritmo en tanto mencioné el nombre de Anthony.

James y Patrick regresaron en aquel instante. Las expresiones en sus rostros no podían ser más opuestas. James parecía satisfecho. En cambio, la mirada de Patrick reflejaba cierta frustración. Sonreí, gamberra, tentando a la suerte. Le vi apretar los labios y enseguida me arrepentí de mi osadía.

—Esta noche hablaremos del Proyecto Imperium —dijo James con voz calmada. No fue precisamente una victoria, pero a decir verdad yo la sentí como tal—. Mientras tanto, ¿podrías explicarnos qué sucedió en el despacho del director de Recursos Humanos?

—Claro que sí —respondí con una fingida amabilidad, tratando de hacerle entender a Patrick lo agradable que podía ser si se me trataban como merecía—. Entré en su despacho con la intención de encontrar alguna pista sobre el proyecto. Después de rebuscar entre los cajones di con un documento que parece contener información relevante.

Abrí mi bolso y saqué unos papeles que entregué a James ante la atenta y poco amistosa mirada de Patrick.

—Bien hecho —dijo, orgulloso y comedido al mismo tiempo.

—¿Y bien? —preguntó George—. ¿Qué son esos documentos?

James levantó la vista y, tras lanzarme una mirada furtiva, se volvió hacia su hermano.

—Es el listado de empleados que participan en el proyecto —contestó alcanzándole el informe. Se giró hacia mí—. Continúa, por favor.

—Lo que sucedió a partir de entonces fue de lo más extraño —les advertí—. Escuché pasos cerca del despacho, por lo que decidí esconderme bajo la mesa. Acto seguido, Jordi entró en la sala. Parecía contento, tarareaba una canción. Cerró la puerta del despacho con llave, bajó las cortinas y entonces... ¡se puso a bailar!

La risa de George rompió la seriedad del ambiente. Patrick y James se miraron el uno al otro sonriendo.

—Comenzó a cantar —continué—, y se tiró al suelo como si fuera una estrella de rock.

El marqués soltó una sonora carcajada. Supongo que imaginarse a Jordi Conejo de tal guisa debía resultarle de lo más gracioso.

—Lo peor vino después —proseguí—. Jordi empezó a hablar solo, ¡creía que había alguien más en la habitación!

—Se le fue la mano con la cocaína —comentó Patrick con los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza. Me miró detenidamente y, con una expresión cordial que incluso rozaba el afecto, me preguntó—: ¿Y qué fue de lo que hablaron?

—La verdad es que yo solo escuché a Jordi —respondí sin atino, desconcertada por su repentina simpatía. Carraspeé nerviosa y continué—: Dijo que le habían nombrado duque de la orden y también habló sobre el Proyecto Imperium. Al parecer, le han encomendado encargarse de ello.

—¿Algo más? —preguntó James, clavándome sus aditivos ojos verdes—. Trata de recordar todo cuanto dijo, Sofía. Cualquier cosa podría ser importante.

—Mencionó a Juan —respondí bajando la mirada.

—¿Ah, sí? —intervino el marqués con tono de burla—. ¿Y qué dijo de mí ese pusilánime miserable?

Aclaré mi garganta antes de responder.

—Dijo que eres una rata de cloaca y que les habías traicionado.

—Viniendo de él, es todo un cumplido —comentó el marqués sin darle la menor importancia a mi comentario.

—¿Tienen ya un sustituto para Juan? —quiso saber James.

—Sí —respondí, mirando a George y al marqués—. Un tal Anthony Blaine.

James cerró los ojos tratando de refrescar la memoria. Permaneció pensativo durante un par de segundos.

—¿Estaba en el listado de los candidatos que barajábamos? —le preguntó al marqués, quien asintió con la cabeza—. Muy bien. Más tarde hablaremos de esto. —Se volvió hacia mí—. ¿Alguna otra cosa que debemos saber?

Le observé fascinada. Se sentía realmente cómodo liderando una misión como aquella. No tenía el menor miedo a la adversidad. Es más, diría que casi le gustaba. Parecía disfrutar con los contratiempos, que para él no eran más que nuevos y apasionantes desafíos.

—La primera convención será el jueves de la semana que viene —contesté.

Mis palabras les dejaron sin aliento. Era evidente que esperaban contar

con un poco más de tiempo.

—¿Dónde? —quiso saber Patrick.

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—Tranquilos, muchachos —dijo el marqués alzando la mano. El whisky había hecho estragos en su locuacidad, por lo que sus palabras costaban mucho más de entender—. Yo puedo averiguar la ubicación.

—¿Cómo? —preguntó James frunciendo el ceño.

El marqués sonrió, travieso. Comenzó a hacer leves movimientos con los hombros que acompañó con una ligera inclinación de cabeza. ¿Estaría escuchando música?, recuerdo haberme preguntado.

—Tengo un informante —contestó finalmente.

—¿Quién es? —preguntó James dando muestras de su habitual falta de paciencia.

El marqués sacudió la cabeza y miró de reojo a Patrick, un gesto que se me antojó de lo más extraño.

—No puedo revelar su identidad —se quejó, ofendido, con un gesto de lo más exagerado.

—No juegues conmigo, Juan —le advirtió James. Bajó la voz y añadió—: Estamos todos en esto. No quiero ni un secreto, ¿me oyes? Si intuyo que alguien me oculta información, le apartaré de la misión. Y esto va para todos —dijo mirándonos uno a uno.

—Vamos, hijo —le dijo el marqués en tono conciliador—. Ella no tiene nada que ver con este asunto. Si te digo su nombre podría ponerla en peligro.

—Me vas a decir su nombre. Tú decides si quieres hacerlo por las buenas o por las malas —le advirtió James. Me volví hacia él, mirándole con espanto. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Cómo podía amenazar a Juan de ese modo? Nuestras miradas se cruzaron y vio el reproche reflejado en mis ojos —. No le pasará nada malo, tienes mi palabra.

Ya no había ningún rastro de embriaguez en los ojos de Juan, a quien por primera vez me pareció ver asustado. No se decidía a contestar. Meditaba el modo de salir airoso de aquella situación sin tener que revelar el nombre de su informante.

—¿Tú sabes quién es? —me soltó James a bocajarro.

Su pregunta me pilló desprevenida. Claro que lo sabía, pero no podía decírselo. No, si con ello disgustaba al marqués. Recordaba perfectamente a aquella mujer que me había abordado dos días atrás a la salida de mi primera

reunión en el Banco Estrella. Debía tener alrededor de unos sesenta y pocos años de edad. Su vestimenta era un tanto ridícula y pasada de moda, pero tenía una belleza particular. Era la responsable del área de comunicación, o algo así, creí recordar.

—Sofía... —me apremió James.

Dudé antes de responder, ¿qué podía hacer?

—No lo sé —respondí, consternada.

James apoyó los codos sobre la mesa. Nos miró al marqués y a mí entornando los ojos.

—Os quiero fuera de la misión.

Seis dagas disfrazadas de palabras que lanzó sin preaviso. Quise protestar, pero el nudo de mi garganta me impidió pronunciar palabra.

—No la mezcles a ella en esto —le pidió el marqués, señalándome con la barbilla.

—Se ha metido ella sola —replicó James—. Ya os lo he dicho antes, no quiero a nadie en mi equipo que me oculte información.

—Es complicado, James.

—No lo es. O me dices el nombre de tu informante o te vas del equipo. —Ambos se miraron desafiantes—. Es tu amante, ¿me equivoco?

—Vamos, James... —intervino su hermano, tratando de apaciguar las aguas.

El marqués trató de adiestrar sus emociones mientras le lanzaba una mirada de lo más camorrista. La sangre se me heló al ver la expresión en sus ojos, que no parecían dispuestos a firmar ninguna tregua.

—Todavía te sientes culpable, ¿no es así, James? —Hundí el rostro en mis manos, rezando para el marqués no continuara por aquel camino—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Veinte años? ¿Veinticinco? Y aun a día de hoy te sigues torturando por lo mismo. —Inspiró profundamente antes de su estocada mortal—. Crees que podrías haberle salvado del infierno que vivió —añadió señalándome con la cabeza.

—Juan, por favor... —le pedí. Me giré hacia James, quien aparentemente parecía sereno, y le dije—: Yo no le he contado nada.

Pero él no me escuchó. A James le traía sin cuidado si yo le había explicado o no al marqués lo sucedido hacía veintitrés años. Sus ojos vendados por la rabia le impedían ver más allá de aquella estúpida batalla que estaban librando.

El marqués apoyó los brazos sobre la mesa, reclinando su cuerpo hacia

delante y continuó hablando.

—Te crees muy duro, ¿verdad? —Su mordaz inspiración pareció tomar carrerilla. Me lanzó una mirada fugaz y volvió a fijar sus ojos sobre los de su contrincante—. No lo eres, James. Ella te hace vulnerable.

—¡Ya está bien! —solté alzando la voz—. Pero ¿qué demonios os pasa a vosotros dos? Haced el favor de dejar ya esta estúpida pelea de gallos y centraos en el trabajo. Tenemos mucho por hacer y no podemos perder el tiempo con absurdas e infantiles riñas de patio de colegio.

Mis palabras salieron de mis labios desbocadas pero, tras un minuto de silencio, finalmente parecieron surtir efecto.

—Tienes mi palabra de que no le haremos correr ningún riesgo —le dijo James a Juan con un tono apaciguador y casi hasta comprensivo—. Más allá del que asume al ser tu confidente.

El marqués permaneció pensativo durante unos segundos.

—María Pedrosa. Es la responsable de comunicación y relaciones institucionales —dijo y soltó un largo suspiro de resignación. Apretó los labios, conteniendo su resentimiento—. Espero, por tu bien, que cumplas tu promesa —añadió mirándole fijamente a los ojos.

James no pareció tomarse muy bien la advertencia del marqués. Incluyó su cuerpo hacia adelante, sosteniéndole la mirada. George quiso mediar, pero su hermano se le adelantó.

—Yo siempre cumplo mis promesas, Juan —dijo con la más absoluta frialdad. Entonces se volvió hacia mí y añadió—: Siempre, claro está, que me permitan cumplirlas.

No lo vi venir. Aquella embestida, propiciada con alevosía, me cogió por sorpresa. Tragué saliva y le miré con los ojos abiertos de par en par. Sabía muy bien a lo que se refería. Hablaba de su promesa de matrimonio. La misma que me había hecho veintitrés años atrás cuando yo no era más que una niña. Esa promesa que ahora yo no le permitía cumplir, pues había roto nuestro compromiso.

Regresé al despacho exhausta. Pensé acerca del *nuevo* James que acababa de ver, un hombre mucho más frío y despiadado que de costumbre. Cerré la puerta con llave y dejé caer mi cuerpo sobre la silla, que giré una cuantas veces como si tratara de encontrar el sentido a la vida. Apoyé la cabeza sobre el respaldo y clavé los ojos en el techo mientras apoyaba los pies sobre la

mesa. Me zambullí de lleno en el inmenso océano de mis pensamientos, alejándome cada vez más de aquel mundanal lugar en el que la miseria empañaba mis emociones.

El teléfono fijo sonó en aquel momento. El sonido estridente del mismo me sobresaltó y a punto estuve de caerme de la silla. Miré la pantalla del aparato y vi el nombre de Isaías Ferrer. No hubiera imaginado regresar a la realidad de peor modo que aquel.

—En mi despacho en diez minutos —dijo sin más.

Me removí en mi asiento, malhumorada por su descortesía. Me hirvió la sangre casi al instante.

—Se le han olvidado dos palabras —solté sin pensar.

Aquel primitivo impulso había surgido de mi alma concupiscible. El diablo de la intemperancia había vuelto a hacer de las suyas.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son? —preguntó, impertinente y desconcertado por mi espontánea osadía.

—*Por favor* —Y colgué.

Pero ¿qué demonios se había creído aquel cretino? Un insondable ardor me recorrió el cuerpo. La arrogancia y la desfachatez de Isaías Ferrer lograban exasperarme hasta el delirio. ¿Acaso nadie se atrevía a pararle los pies?

Me levanté alborotada. Comencé a caminar a lo largo y ancho del despacho. Pasear me ayudaba a aliviar la tensión, pero la estancia enseguida se quedó pequeña, por lo que decidí huir de aquella ratonera donde difícilmente podía respirar.

Apenas tuve tiempo de salir de mi despacho. En tanto abrí la puerta, me tropecé con Patrick, quien con un brusco movimiento me obligó a entrar de nuevo.

Le miré ceñuda, cruzando los brazos a la altura del pecho.

—¿Dónde vas tan alterada? —me preguntó mientras cerraba la puerta.

—No es buen momento, Patrick —le advertí—. No estoy de buen humor.

Me miró a los ojos, advirtiendo mi delirio, lo que sorprendentemente debió parecerle divertido. La seriedad de su rostro fue transformándose en una media sonrisa.

—No vengo a discutir —se limitó a decir.

—¿Y a qué has venido, entonces? —pregunté con desconfianza.

—A hacer las paces.

Aguardé en silencio a la espera de que la inspiración me chivara la

respuesta que debía darle, pero no llegó, por lo que alargué el brazo y le ofrecí un apretón de manos que aceptó con cierta sorpresa. Sonrió de nuevo como si la situación fuera de lo más cómica. Apretó mi mano con fuerza y tiró de ella atrayéndome hacia él. Mis ojos desorbitados le preguntaron qué demonios estaba haciendo. Aquello estaba totalmente fuera de lugar. Por no hablar de que alguien podía entrar en cualquier momento y hacerse una idea equivocada de lo que estaba sucediendo. Equivocada, o tal vez no, pensé.

—¿Qué hay entre James y tú? —soltó de sopetón.

—Eso no es asunto tuyo —respondí, molesta y barajando la posibilidad de soltarle un par de guantazos.

Rompió a reír al tiempo que me dejaba ir.

—¿A dónde te dirigías? —preguntó, cambiando de tema, como si nada hubiera sucedido.

—El *todopoderoso* quiere verme en su despacho —contesté dando un paso atrás y mirándole con recelo.

—Buena suerte —dijo con un guiño, dirigiéndose hacia la puerta—. Nos vemos esta noche.

—¿A qué hora sales de trabajar? —pregunté—. Tal vez podríamos ir juntos a casa.

No tengo ni la menor idea de por qué dije lo que dije. Tampoco sé por qué demonios pronuncié mis palabras con una lentitud claramente insinuante. Contuve la respiración y me mordí el labio, como si con ello pudiera enmendar el error, mientras sentía como mi dignidad quedaba sepultada bajo tierra.

—He de ir al hospital —contestó con seriedad.

Me sentí realmente estúpida.

—Lo siento —dije cabizbaja—. Espero que no sea nada grave.

—Puede que sí —contestó con una sonrisa traviesa—. O puede que no. Lo cierto es que me trae sin cuidado. Voy a visitar a Jordi Conejo.

Brígida interrumpió la conversación. Entró en el despacho tras golpear suavemente la puerta.

—Discúlpame, Sofía. El señor Ferrer quiere que vayas a su despacho ahora.

—¿Qué hombre tan impertinente! —se me escapó.

Patrick me miró anonadado. En cuanto a mi secretaria, el desconcierto hizo que se llevara las manos a la cara.

—¿Qué hombre tan persistente! —puntalicé, ruborizada—. Persistente e

inteligente.

Salí del despacho sin volver la vista atrás. Me imaginé el estupor de Brígida, quien seguramente todavía tendría las manos soldadas a su rostro. Patrick muy probablemente estuviera sonriendo. Imaginármelo me hizo sonreír a mí también.

Entré en el despacho de Isaías como una apisonadora, dispuesta a no dejarme amedrentar por la arrogancia de aquel hombre a quien en cuestión de tres días había llegado a aborrecer.

—Tome asiento —me pidió mostrándome su perfecta dentadura.

Obedecí, refunfuñando en silencio.

—Usted dirá... —dije con la mirada perdida en la colección de credenciales que esculpían la pared a su espalda.

—Necesito tener la certeza de que puedo confiar en usted —comentó desplegando todo su encanto.

El colosal tamaño de sus orejas captó mi atención.

—¿Acaso lo duda? —respondí con una pregunta, sonriendo para mis adentros.

—Se trata de un asunto muy serio —dijo alzando el dedo índice mientras enarcaba una ceja.

Una campanilla sonó en mi cerebro. «No lo hagas, Sofía», me sugirió una voz interior a la que mandé callar de inmediato.

—¿El Proyecto Imperium? —pregunté, desoyendo a la voz de la prudencia que cada vez sonaba más lejana.

Se revolvió en su asiento, nervioso. Miró hacia otro lado y abrió la boca para soltar alguna impertinencia, pero finalmente se contuvo. Su labio inferior comenzó a temblar, lo que me pareció extraordinariamente divertido. Me miró con ojos trastornados, devanándose los sesos mientras trataba de adivinar cómo demonios sabía yo acerca de la existencia de su maquiavélico proyecto.

—Isaías, dejémonos de tonterías, ¿quiere? —solté con una mirada retadora—. Estoy al corriente de sus planes. —Me marqué el farol sin sopesar el riesgo que estaba asumiendo—. Tiene usted un traidor en sus filas.

Aquel arrebató me sobrevino sin previo aviso. No tenía ni la menor de quién hablaba por mí, pero desde luego no era yo quien se lanzó al ruedo sin ni siquiera implorar la protección de los dioses.

—¡Eso es imposible!

El presidente comenzó a sudar. Zarandeó la cabeza intentando asimilar lo

que estaba sucediendo. Su rostro palideció mientras una gota de sudor le recorría la frente.

—No se altere —dije con una sonrisa maliciosa—. Tranquilícese, señor, y hablemos como personas adultas.

—¿Dónde ha oído usted hablar de ese proyecto? —preguntó enfurecido.

—No le puedo revelar la identidad de mi fuente —dije muy digna—. Oiga, tengo mucho trabajo por hacer. ¿Quiere o no que le ayude?

—¡No! —gruñó—. Yo solo quería comentar sus propuestas de adquisición. El banco necesita expandir sus fronteras y había pensado que tal vez Sudamérica sería una buena opción.

¿Sería el alcohol?, me pregunté. No podía ser, apenas había bebido una sola copa. Tal vez habían sido las palabras de James lo que me había trastornado. A fin de cuentas, él siempre lograba sacar a relucir mi fiereza. Pero ¿y si aquel arrebató guardaba relación con el reciente atrevimiento de Patrick? «No, Sofía —me dije—. Lo que verdaderamente te hace delirar es la soberbia de este cretino». Fuera como fuese, mis labios decidieron desobedecer a todas y cada una de las alarmas que comenzaban a sonar de manera estrepitosa en el interior de mi cerebro.

Me levanté de mi asiento, siendo plenamente consciente de la locura que estaba a punto de cometer. Un viaje de no retorno.

—Tengo amigos muy importantes, señor Ferrer. Amigos y confidentes —maticé, estrechando la mirada—. Muchos de ellos son miembros de la hermandad de banqueros con más renombre del continente. Supongo que no hará falta que le aclare de lo que estoy hablando, ¿no es así?

Negó con la cabeza, totalmente anonadado.

—No era esto de lo que yo quería hablar —insistió con un tono titubeante—, sino de las inversiones que usted...

—Ese no es un asunto relevante —le corté, alzando la barbilla y mimetizándome con su petulancia—. Lo que verdaderamente le debería preocupar ahora mismo es poner en marcha el Proyecto Imperium de una vez por todas. Le ha encomendado la supervisión del mismo a un incompetente.

—¿Cómo dice? —exclamó sin salir de su asombro.

—¡Por el amor de Dios! ¿De verdad cree que un inepto como Jordi Conejo puede hacerse cargo de un proyecto de semejante envergadura? No será necesario que me responda —dije extendiendo la palma de mi mano, cerrando los ojos y negando con la cabeza—. Yo lo haré por usted. ¡No puede! Con el debido respeto, señor presidente, ahora mismo usted solo

cuenta con una persona capaz de tal designio.

Cruzó los brazos y me miró a medio camino entre la consternación y la alucinación.

—¿Y quién es esa persona?

—¿Hace falta que se lo diga? —pregunté con los brazos en jarras—. Piénseselo, señor Ferrer, y cuando esté listo para encomendarle el proyecto a una persona con valía, llámeme.

A las siete en punto dejé caer el bolígrafo sobre la mesa. Encaminé mis pasos hacia el apartamento de Patrick, que quedaba a escasos cinco minutos, pensando en la imprudencia que acababa de cometer al hablarle a Isaías sobre el Proyecto Imperium. Temí la reacción de James y Patrick al enterarse de lo que había hecho, por lo que comencé a esgrimir argumentos que justificaran mi temeridad. No los encontré, pero un repentino palpito me hizo saber que la charla con el presidente daría buenos resultados. Medio minuto después, el teléfono móvil que disponía como empleada del banco comenzó a vibrar.

—Señora Bartomeu —dijo Isaías—. Mañana a las nueve en punto quiero verla en mi despacho. Hablaremos sobre el Proyecto Imperium.

Colgó antes siquiera de que pudiera responderle. Su habitual falta de modales me trajo sin cuidado. Estaba eufórica. No veía el momento de contárselo a los demás.

Llamé a James en tanto me serené, pero no respondió mi llamada. George tampoco contestó. Probé suerte con Patrick, pero no tuve mayor fortuna que la de hablar con su contestador.

—¿Pecosa? —respondió el marqués, mi última opción—. ¡Tienes que sacarme de aquí!

—¿Qué sucede? —pregunté espantada.

—Muero de aburrimiento —sollozó teatralmente.

—¿Dónde están los demás?

—El guaperas está en el hospital, visitando al cocainómano —dijo con desprecio—. George ha ido a ver a su mujer. En cuanto a tu novio, no tengo ni la menor idea...

—No es mi novio —refunfuñé malhumorada.

—No te enojas, sabes que lo digo desde el cariño. Yo puedo hacerte compañía, si así lo deseas. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a tomar una copa? —preguntó entusiasmado.

—Creo que no es buena idea. ¿Y si alguien te viera?

—El local que tengo en mente no es un lugar que suelen frecuentar los tragavirotos del banco —respondió con una sonora carcajada—. Vamos, ámate pecosa y sácame de aquí. Le enviaré un mensaje al rubiales para que se reúnan con nosotros en tanto acaben sus menesteres.

Acepté su proposición con cierta desilusión. Esperaba poder compartir con todos la buena noticia. En lugar de eso tuve que conformarme con la compañía de Juan, a quien, dicho sea de paso, no tenía muchas ganas de ver aquel día.

El marqués tenía razón. No había riesgo de tropezar con ningún empleado del banco en un lugar tan peculiar como aquel, cuyas paredes lucían la utilería propia de un musical de los años sesenta: cazadoras de cuero, espejos de mano, gafas de sol, pompones de colores y botes de brillantina para el pelo.

Tomamos asiento en una mesa apartada. Juan le hizo un gesto a un camarero que enseguida se acercó con un caminar de lo más singular. Doblaba ligeramente las rodillas mientras contoneaba las caderas y chasqueaba frenéticamente los dedos. Tomó nota de nuestra comanda, que canturreó en voz alta al ritmo de Rock and Roll.

—¿Qué sabes de Philippe? —le pregunté al marqués una vez a solas.

—Se ha marchado de viaje —respondió mientras se llevaba un cacahuete a la boca.

—¿A dónde?

Se ajustó el nudo de la corbata, mirándome de soslayo.

—A Venezuela —contestó como si aquello no fuera con él.

—¿A Venezuela? —repetí, incrédula—. ¿Con quién?

—Con una mujer. —Se acomodó sobre el respaldo de su asiento mirando distraídamente hacia la mesa de su derecha. Puso su mano sobre la mía y, con una sonrisa traviesa, me soltó—: ¡Tu marido te ha abandonado!

Aquello no tenía la menor gracia. Al menos para mí. Pero no quería discutir, ni tampoco alterarme, de modo que me mantuve relajada mientras pensaba cómo podía afectar la ausencia de Philippe a nuestra misión.

—Al parecer se ha enamorado —comentó el marqués, adivinando mis pensamientos.

—¿De quién? —pregunté con una fingida indiferencia.

—De una mujer casada. Eso es todo cuanto sé —mintió.

Un cielo plomizo se cernió sobre mi espalda en tanto escuché aquellas

palabras. Pensé sobre ello durante un instante, pero no fui capaz de adivinar el contratiempo que aquel repentino enamoramiento acabaría por significar.

George y James se unieron a nuestra improvisada tertulia al cabo de una hora. Quise contarles las buenas noticias enseguida, pero me contuve a la espera de que Patrick también estuviera presente.

—Enhorabuena —me dijo el marqués en voz baja, evitando que James o George pudieran escucharle.

—¿Por qué? —pregunté, volviendo la vista hacia él.

—Tu logro resulta más que evidente, pecosa. Irgues la barbilla mucho más que de costumbre. Tus ojos despiden rayos de luz propia, sin duda a consecuencia del éxito. Y en cuanto a la respiración, es agitada y arrítmica debido a la ansiedad que sientes al no poder gritarlo a los cuatro vientos. Ya eres parte del Proyecto Imperium, ¿me equivoco?

Asentí, resoplando. ¿Cómo demonios lo hacía? Me llevé el dedo índice a los labios y le pedí silencio. No quería que me estropeará la sorpresa.

Patrick llegó al cabo de cinco minutos. Sonreí, triunfal, y me dispuse a revelarles el gran avance de la misión.

—¿Qué tal está el toxicómano? —preguntó el marqués en tanto me vio abrir la boca.

—A decir verdad, estaba completamente destrozado —contestó Patrick al tiempo que le hacía un gesto con la mano al camarero.

—¿Tan grave es? —pregunté, posponiendo mi momento de gloria—. ¿Qué dicen los médicos?

—No es un asunto hospitalario —respondió Patrick con una extraña sonrisa—. Al parecer, su mujer le ha abandonado.

Me llevé la mano a la boca, completamente aturdida, mientras trataba de encajar aquella endiablada pieza de puzle.

Patrick pidió una ronda de cervezas y el camarero lo anotó alegremente en su libreta al tiempo que tarareaba *Hound Dog* a golpe de cadera. Se marchó entonando un nuevo éxito rocanrolero mientras parecía invocar al espíritu del mismísimo Elvis Presley.

—¿Le ha dejado por otro hombre? —pregunté, conociendo la respuesta.

—Así es.

—¿Quién es él?

—No lo sé. —El camarero trajo las bebidas, que sirvió mientras continuaba con su extraña danza de apareamiento—. ¿Te preocupa?

—Pero ¿es que no lo veis? —exclamé, levantando las manos. Me volví

hacia el marqués—. Te dije que no era buena idea involucrar a Philippe.

Nadie pareció inmutarse. Tal vez lo sabían y les daga igual o quizá todavía ignoraban que la mujer de Jordi Conejo había abandonado a su marido para fugarse a Venezuela con Philippe. Qué complicado era todo, pensé abatida.

—¿Cómo te fue con *nuestro presidente*? —preguntó Patrick, irónico y sin prestar especial atención a mi crispación.

—Muy bien —respondí con una orgullosa sonrisa de satisfacción, olvidándome al instante de Philippe y de su temeraria desaparición.

—Lo imaginaba. Eres una gran espía —su burló—. Ni Margarete Gertrud Zelle podría hacerlo mejor —añadió con un guiño.

Crucé las piernas, nerviosa, y me retiré el pelo de la cara.

—Espero no sufrir un destino tan trágico como Mata Hari —contesté, acariciando suavemente la copa de vino.

Me dispuse a explicar mi gran hazaña del día, dando por concluida aquella breve y extraña conversación que acababa de mantener con Patrick. Sentí un ligero mareo antes de abrir la boca, pero no le di la menor importancia.

—Pues veréis —comencé a decir henchida de orgullo—, resulta que...

—Aguarda un instante —me interrumpió el marqués, sabotando mi triunfo. Me miró fijamente de un modo diabólico y de pronto soltó—: ¿Estás enamorada de Patrick?

Abrí los ojos, desorbitados.

—¿Qué? ¡No, por Dios! Pero ¿qué dices? —tartamudeé nerviosa, mirando a James por el rabillo del ojo.

Patrick enarcó las cejas, sorprendido por las palabras del marqués.

—Tal vez me haya equivocado. Te pido disculpas si así ha sido. Tu lenguaje corporal no daba lugar a dudas, pero quién sabe... —dijo Juan encogiéndose de hombros—. No es una ciencia exacta.

—Pero ¿qué...? ¿De qué lenguaje corporal hablas? —vociferé a punto de romper a llorar.

—Estabas coqueteando con él, pecosa. De hecho... —Volvió la cabeza hacia Patrick y le miró con los ojos entreabiertos—. Me atrevería a decir que él también siente algo por ti.

Mi enojo iba en aumento. James nos miró con seriedad a la espera de una reacción que demostrara la equivocación del marqués. Traté de poner mis neuronas en fila india, ansiando que alguna de ellas me indicara como debía

atajar aquella locura. Miré de reojo a George y me extrañó su inmutabilidad. Fue él el único que adivinó la motivación oculta tras la impertinencia del marqués.

—¿De qué va todo esto? —preguntó James, sin perder la calma.

Me encogí de hombros.

—No lo sé —balbucí, casi sollozando—. Yo solo quería contaros lo que sucedió en la reunión que mantuve con Isaías.

—Cuando te has dirigido a Patrick parpadeabas mucho más que de costumbre —se apresuró a decir el marqués.

—¿Y qué? —gimoteé con las emociones desbordándose a raudales.

Me imaginé a mí misma agarrándole por la boca y la parte trasera del cráneo. En mi enfermiza fantasía le hacía girar la cabeza al marqués con un movimiento certero, ocasionándole la muerte de manera inmediata.

—No has dejado de tocarte el lóbulo de tu oreja derecha mientras le mirabas con ojos entornados —contestó Juan como si la situación le resultase gratificante—. ¿Y qué me dices del zapato?

—¿Qué diablos pasa con mi zapato? —grité, dominada por el espíritu de la ira.

—¡Venga ya, pecosa! Todos lo hemos visto —alegó con soberbia—. Lo has dejado caer por el tacón mientras le apuntabas con la punta del pie —comentó como si sus necias y absurdas palabras resumieran la teoría del Big Bang—. ¡No puede ser más evidente! Bebes los vientos por Patrick —añadió con una sonora carcajada.

Llegados a este punto no me quedaba más alternativa que abalanzarme sobre Juan y asestarle un gancho directo a la mandíbula. En esas estaba cuando James me sujetó con fuerza del brazo.

—Déjalo estar, Sofía —me pidió en voz baja, susurrándome al oído sin apartar la vista del marqués—. Está jugando contigo.

Me volví hacia él.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

Patrick permanecía callado, mirándome de reojo y preguntándose qué habría de cierto en las palabras del marqués.

—No lo sé, pero lo averiguaré —contestó James.

Para cuando regresamos a casa mi estado de ánimo había decaído considerablemente. Durante el viaje de vuelta mi mente fue divagando por un

inmenso océano de dudas. Juan era una persona extraordinariamente inteligente y astuta. ¿Y si estaba en lo cierto? ¿Y si yo sentía algo por Patrick? Le di tantas vueltas a esa misma pregunta que, para cuando entramos en el edificio, mi cabeza estaba a punto de estallar. Solo pensaba en tumbarme en la cama y olvidarme de aquel extraño asunto.

Patrick metió la llave en la cerradura de la puerta, extrañándose de que la misma no estuviera cerrada. Giró el pomo lentamente y en silencio. Un instinto primario hizo que se llevara la mano al cinturón, buscando desesperadamente un arma que en aquel momento no llevaba consigo, pues su labor de incógnito en el banco así lo exigía. Volvió la cabeza y miró a James, a quien le hizo una señal que no pude entender.

El marqués, advirtiendo un repentino peligro, dio unos pasos atrás tirando de mí y tratando de ponerme a salvo lejos de la puerta.

Patrick entró en el apartamento sin hacer el menor ruido. Agarró con fuerza el bate de béisbol que guardaba junto al paragüero del vestíbulo y examinó la estancia con suma cautela. Le observé desde fuera, sin poder ver el interior del apartamento.

El sonido del bate de madera golpeando el suelo despertó mi curiosidad. Avancé un par de pasos hasta llegar a la altura de la puerta. Patrick estaba boquiabierto, pero la expresión de su rostro no hacía intuir el menor peligro. James, en cambio, pareció palidecer casi al instante.

—¿Qué haces aquí, Teresa? —preguntó Patrick.

Capítulo 11

Las técnicas de persuasión del diablo

Una tregua. Eso era todo cuanto pedía. Pero el destino no parecía dispuesto a concederme el menor respiro. En tanto la vi me quedé sin aliento. Y eso mismo fue lo que le sucedió a James.

—Teresa —dijo casi en susurro—, ha pasado mucho tiempo...

Vestía un sensual camisón de satén con delicados encajes en el canesú. Una prenda de color negro cuyas transparencias apenas dejaban lugar a la imaginación.

—Demasiado, diría yo —respondió ella, retirándose el pelo de la frente y dejando al descubierto sus preciosos y enormes ojos azules. Una auténtica bomba erótica al más puro estilo Rita Hayworth. Se acercó hacia James contoneando sus explosivas caderas—. Te he echado de menos.

Le dio un abrazo que pareció durar toda una eternidad. Con el magnetismo propio de una diva se volvió hacia Patrick, a quien besó en la mejilla con sus provocativos labios rojos.

—El jefe me quiere de nuevo en la misión —le anunció con una sonrisa deslumbrante.

—Nadie me ha comunicado nada —comentó Patrick con cierta desconfianza—. Pensaba que estabas en Berlín con Fred.

—Cambio de planes —susurró con erotismo. Se volvió hacia George y le miró con unos ojos felinos, que lucían cautivadores bajos sus cejas cuidadosamente esculpidas. Humedeció sus labios y sonrió—. ¿Y tú quién eres?

—Me llamo George —contestó él con una extraña hostilidad en su tono de voz, ofreciéndole la mano sin sucumbir a sus encantos.

Teresa le miró detenidamente, mordiéndose el labio inferior. Estrechó su mano mientras saciaba sus pulmones con todo el oxígeno disponible en el apartamento, lo que resaltó aún más su imponente busto. Se giró hacia James durante un breve instante y volvió a mirar a George.

—Sois hermanos, ¿no es cierto?

—Muy sagaz —ironizó George, ignorando deliberadamente la llamativa redondez de sus caderas.

El marqués y yo permanecemos en el recibidor, observando la erótica representación que aquella mujer se empeñaba en protagonizar.

—¿Y estos dos quiénes son? —le preguntó Teresa a Patrick, señalándonos con su barbilla.

—Tenemos que hablar —dijo él a modo de respuesta—. No estamos solos en la operación. La misión se llevará a cabo conjuntamente con James y su equipo. Ve a mi habitación, ahí encontrarás algo de ropa. En tanto bajas te lo explicaré todo.

—Estoy bien así —contestó ella mirándome de arriba abajo—. No tienen mucha pinta de espías. ¿Trabajaremos con Pippi Långstrump y con el abuelo de Noé? —preguntó malintencionadamente al tiempo que soltaba una enorme carcajada.

—Mide tus palabras, Teresa —le interrumpió James, lanzándole una clara advertencia—. Los dos son miembros de mi equipo y así continuará siéndolo, te guste o no.

—Claro que sí, jefe —se burló ella—. ¿Por qué no nos tomamos una copa y me ponéis al corriente?

La idea fue bien recibida por todos. Una copa ayudaría a calmar las aguas, debieron pensar. Pero yo no estaba con ánimos. Me acerqué disimuladamente a Patrick y le pregunté cuál era mi dormitorio. En aquel momento ni siquiera tenía ganas de comentarles los avances que había logrado aquella misma tarde.

—Quédate un rato, Sofía —me pidió. Negué con la cabeza—. Está bien, como prefieras. Subamos, te acompañaré a tu habitación.

—Gracias —me escuché decir con un tono apagado.

—Siento mucho lo ocurrido.

—¿El qué, exactamente?

—Hablemos arriba, ¿quieres?

Subimos las escaleras de acero y madera sin que nadie pareciera percatarse de nuestra ausencia, pues Teresa había captado toda la atención del universo, incluida la de George.

Las paredes de ladrillo visto, junto con las vigas, las tuberías y el omnipresente metal, parecían conmemorar la grandiosidad de una antigua nave industrial. La habitación era una estancia amplia con muebles de forja, madera vieja y metal aparentemente oxidado, donde el paso del tiempo parecía ser el engranaje que hacía encajar todas las piezas. Una pared acristalada, con marcos de hierro que simulaban pequeñas ventanas, era la encargada de dar la bienvenida a la luz del exterior.

—Teresa puede llegar a resultar terriblemente odiosa —dijo al cerrar la

puerta corredera de madera, similar a las empleadas en los graneros americanos.

—¿En serio? —ironicé mientras me quitaba los zapatos de tacón y masajeara los pies paseando sobre el suelo de mosaico hidráulico.

Rompió a reír y tomó asiento en un pequeño taburete metálico. Reclinó el cuerpo hacia delante, apoyando los codos sobre sus rodillas. Un incómodo silencio me obligó a formular una pregunta de la que me arrepentí al instante.

—¿James y ella...?

Ladeó la cabeza y sonrió, pasándose la mano por el pelo mientras me miraba con los ojos entreabiertos.

—No lo creo —contestó—. ¿Te preocupa?

—En absoluto.

—Para ser una espía mientes fatal —se rió.

Eran las siete de la mañana cuando me despertó el ruido de unos nudillos golpeando mi puerta. Sin esperar una respuesta por mi parte, el marqués entró en la habitación.

—Vístete, pecosa. Nos vamos.

—Yo contigo no voy a ningún lugar —bramé, todavía furiosa por lo sucedido la tarde anterior.

—No seas rencorosa, Sofía. Vámonos antes de que se despierte el sargento rubiales y descubra el plan.

—Pero ¿de qué plan me hablas?

—No tenemos tiempo —exclamó en voz baja mientras agitaba la palma de su mano—. ¡Vamos! ¿A qué esperas? De camino te explico todo.

Me levanté a regañadientes, no sin antes dedicarle unos cuantos juramentos que no parecieron afectarle lo más mínimo. Salió de la habitación y me rogó que estuviera lista en no más de quince minutos.

Todavía atolondrada por aquel repentino despertar, me di una ducha rápida que logró despertarme en cuestión de un par de minutos. Me maquillé casi sin mirarme al espejo y me enfundé el uniforme de ejecutiva agresiva. Bajé las escaleras con las sandalias de tacón en la mano, caminando de puntillas.

Juan me esperaba en el recibidor. En tanto me vio hizo un gesto con la mano, urgiéndome a salir de ahí lo antes posible. Vestía un traje de lino en un tono pastel rosa, que combinaba con una pajarita rojiza, un pañuelo poche en

el bolsillo de la americana y mocasines de ante con suela de goma.

—¿Dónde vas así vestido? —pregunté sin ocultar la aspereza en mi voz.

—¿No te gusta? —Rió.

Entramos en el ascensor. Me apoyé sobre el pasamanos, preguntándome por qué demonios no seguía soñando entre las cálidas sábanas de mi nueva habitación. Juan extendió la mano hacia la botonera de la cabina pero, para mi sorpresa, no pulsó el botón de la planta cero, sino el de la menos dos.

—¿Qué haces?

—Vamos a cogerle prestado el coche al guaperas —dijo con una enorme sonrisa mientras sacudía las llaves de un coche delante de mis ojos.

—¡Por Dios, Juan! —exclamé—. No es buena idea. Si Patrick se entera...

—No me digas que le tienes miedo —me provocó.

Resoplé sacudiendo la cabeza.

—¿De qué va todo esto?

—Te lo explicaré cuando lleguemos —respondió, ambiguo, al salir del ascensor.

—Cuando lleguemos, ¿a dónde?

No obtuve respuesta por la sencilla razón de que Juan ni siquiera me escuchó. Estaba demasiado ocupado tratando de encontrar el coche de Patrick. Alzó la mano derecha y comenzó a oprimir frenéticamente el pulsador de las llaves hasta que por fin dio con el vehículo, un Land Rover Discovery de color naranja.

—¡Estos *yanquis* no saben lo que es la discreción! —exclamó.

—Claro, como tu *Cuatro Latas* pasaba tan desapercibido...

Llegamos a nuestro destino en menos de diez minutos, una cafetería situada en la zona alta de Barcelona. Juan quería hablar conmigo a solas y, obviamente, eso no era algo que pudiéramos hacer en el apartamento de Patrick. Descartó también la idea de quedarnos en los alrededores, precisamente para evitar el riesgo de tropezarnos con algún empleado del banco.

—Y bien, ¿vas a decirme de una vez por todas qué hacemos aquí? —pregunté, malhumorada, después de que el camarero nos sirviera un par de cafés con leche.

—Como ya te he dicho, tú y yo necesitábamos hablar a solas.

Bebí un sorbo de café y le miré expectante, pero el marqués no se decidió a continuar hablando.

—Vamos, Juan, no tenemos todo el día —le urgí tocándome el reloj.

—Sigues enfadada conmigo por lo que dije ayer —comentó con una sonrisa irónica.

—¿A ti qué te parece? —gruñí—. ¿Cómo diablos se te ocurre?

Cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y apoyó la espalda sobre el respaldo de su asiento. Sacó un cigarrillo de una antigua pitillera y me ofreció uno mientras acentuaba su sonrisa. Acepté su ofrecimiento a regañadientes.

—El rubiales hubiera saboteado tu logro —dijo de sopetón.

—¿El rubiales? —repetí con fervor—. Pero ¿es que no puedes llamar a la gente por su nombre?

—Tenía que evitar que les hablaras sobre tu conversación con Isaías —prosiguió, ignorando mi comentario.

«Así que era eso...», me dije, en cierto modo aliviada.

—¿Y no se te ocurrió otro modo de evitarlo?

—La verdad es que sí, pero ese era, con mucha diferencia, el más divertido. —Soltó una carcajada—. Vamos, pecosa, no te enfades conmigo.

—¿Y cuál es el plan? —pregunté, cambiando de tema.

—Reúnete con Isaías y hazte con el mando del Proyecto Imperium.

—Como si fuera tan fácil... —puncé.

—Para ti lo será —comentó como si no hubiera lugar a dudas—. Pruebas, Sofía, tenemos que conseguir pruebas.

—Lo sé, pero ¿por qué quieres hacer esto a escondidas? James nos matará a los dos si se entera.

—James es un tipo duro y muy inteligente, pero tiene una gran debilidad.

—¿Cuál?

—Tú —respondió mirándome fijamente a los ojos—. Aceptó el que participaras en la misión porque no tuvo más remedio, pero no permitirá que te involucres en el Proyecto Imperium.

—Y entonces, ¿qué? —pregunté sin entender a dónde quería ir a parar—. ¿Pretendes llevar a cabo una misión en paralelo? ¿Acaso crees que no se enteraran? Es imposible que esto salga bien —añadí, descorazonada.

—Calma, pecosa. No es mi intención desenmascarar el proyecto a espaldas de James, sino simplemente ganar un poco de tiempo. Habla con Isaías, logra que confíe en ti y sácate de en medio al inútil de Jordi Conejo. Una vez estés dentro del proyecto, será mucho más fácil convencer a James, ¿comprendes?

Asentí sin estar del todo convencida.

—¿Hay algo más, no es cierto? —pregunté suspicaz.

—¿Acaso lees mi mente? —se burló.

—¿De qué se trata, Juan?

—Quiero que en tu entrevista con Isaías lleves algo contigo —dijo mientras sostenía un cigarrillo entre sus alargados dedos. Sacó una discreta pluma estilográfica de un bolsillo interior de su americana. Me miró con una sonrisa en los ojos y añadió en voz baja—: Este bolígrafo grabará vuestra conversación. Lleva incorporada una micro cámara.

Me removí, incómoda, en mi asiento. No contaba con algo así.

—¿Cómo funciona? —accedí de mal gusto.

—Querías ser una espía, ¿no? —me provocó, enarcando una ceja y esbozando una media sonrisa—. Tan solo tienes que apretar este botón —dijo señalando la parte superior del bolígrafo—, con ello iniciarás la grabación.

No era algo que deseara hacer, pero lo cierto es que no parecía un mal plan. Sencillo y, con un poco de suerte, efectivo, así que ¿por qué no? ¿Qué podía salir mal?

Permanecimos en silencio durante un buen rato, con la mente perdida en nuestros propios temores, como si midiéramos las fuerzas del destino.

—¿Qué pasó anoche cuando me fui a dormir? —pregunté al cabo de unos minutos, sin que viniera a cuento—. ¿De qué hablasteis?

—Del tiempo —bromeó.

Exhalé un largo suspiro y lo intenté de nuevo.

—¿Qué te pareció Teresa?

—*Oh là là!* —exclamó extendiendo las manos al aire—. *C'est une femme merveilleuse, incroyable.*

Le fulminé con la mirada.

—Teresa... —prosiguió con la mirada perdida—. La señorita Afrodita. Sí, ese será su apodo —comentó como si hablara consigo mismo. Se volvió hacia mí y comentó—: Una mujer de armas tomar.

«Una víbora sin escrúpulos», contesté mentalmente, tratando de mostrar una fingida indiferencia.

—Su actitud evidencia la deficitaria atención recibida durante su más tierna infancia —continuó hablando—. Pobre mujer, no recibió la menor muestra de cariño en su niñez.

En aquel momento poco me importaba el afecto que Teresa hubiera recibido cuando era niña, por lo que su comentario pasó de largo entre mis pensamientos. Bajé la mirada a mi regazo y reflexioné sobre lo que realmente me preocupaba, algo de lo que no quería hablar con el marqués.

—¿Crees que intentará algo con James? —pregunté finalmente, sin poder contenerme.

—No lo dudes ni un instante.

Bajé la vista al suelo y sentí una punzada de tristeza en el pecho.

—Si lo hace me vengaré —proferí alzando un ridículo puño.

—Antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas —me advirtió, citando a un famoso pensador chino—. Una cosa más, Sofía —dijo, palmeando suavemente mi rodilla—, lo que comenté ayer acerca de tu lenguaje corporal no fue una invención.

Eran las nueve menos cuarto cuando cruzaba la avenida Diagonal. Quise llegar quince minutos antes de la reunión para poder pasar antes por mi despacho. Necesitaba aplacar la agitación de mis emociones si quería que el encuentro con Isaías fuera mínimamente fructífero. La sola idea de llevar a cabo una misión a espaldas de James agudizaba los nervios que sentía en la boca del estómago. Mi intuición me decía que algo así no podía salir bien. James nos lo había advertido claramente, no quería ni una sola mentira más. Sin embargo, en tanto llegué al banco supe que aquel sería el menor de mis problemas.

Numerosas personas se habían congregado a las puertas de las torres, lo que dificultaba considerablemente el acceso al banco. Fui sorteando la muchedumbre hasta que a cinco escasos metros de la puerta una mujer de pelo canoso me dio el alto con la mano.

—¿A dónde cree usted que va? —gritó.

—A trabajar —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Así que usted también es una ladrona? —soltó con acidez.

Alguien me empujó por la espalda antes siquiera de que pudiera responder a la grosería de la mujer. Me volví enfurecida con intención de protestar enérgicamente, pero al darme la vuelta un extraño contratiempo me impidió pronunciar una sola palabra. Un hombre de pequeña estatura y ojos saltones alargó el brazo e hizo sonar una corneta de aire comprimido frente a mi rostro, lo que provocó un zumbido intenso e irritante en mis oídos. Un sonido sibilante que procedía del interior de mi cerebro. Sentí una fuerte sensación de mareo que, para mi desgracia, se vio acompañada de una repentina pérdida de audición. Mi desmayo era más que inminente y así lo debieron advertir las personas a mi alrededor.

La señora de pelo canoso y el hombre de la bocina demoníaca me cogieron, cada uno de un brazo, y me acompañaron hasta un banco donde tomé asiento. Se sentaron junto a mí, preocupados por la palidez que debió asentarse en mi rostro. Sus labios se movían frenéticamente, pero yo era incapaz de escuchar lo que decían.

El zumbido interno fue transformándose poco a poco en unos golpes secos que parecían seguir el ritmo de mi corazón. Traté de calmar el ataque de pánico que estaba a punto de sufrir respirando profundamente. Los zarandeos constantes de mis acompañantes no fueron de gran ayuda, pero tras cinco minutos en la cuerda floja del espanto finalmente logré recuperar la audición.

—Me ha dado usted un susto de muerte —dijo el hombre menudo.

—Eso que hace es peligroso —le reñí. Todavía escuchaba un lejano y molesto siseo en mi cabeza. Sin darle tiempo a reaccionar, le arrebaté la bocina con un movimiento rápido y preciso—. Le confisco la corneta.

El hombre me miró sobresaltado, tras lo cual bajó la mirada como si aceptara el castigo.

—Lo siento mucho. Me he dejado llevar —musitó con tristeza.

—¿Qué es lo que les sucede? —pregunté mientras me metía la bocina en el bolso.

—¿Acaso no lo sabe? —exclamó la mujer—. Su banco nos ha arruinado la vida.

—No es mi banco —repuse, como si sus palabras me hubieran ofendido.

—Ahí dentro habita el mal —continuó la mujer, ignorando mi comentario—. Esos hombres despiadados quieren acabar con nosotros. Nos expulsan de nuestras propias casas, no nos devuelven nuestros ahorros, estafan al ciudadano de a pie con sucias artimañas... Tenemos que protestar, ¿comprende? Son unos desalmados que se dedican a jugar con nuestras vidas. —La mujer me entregó un silbato—. Usted no parece uno de ellos, ¡luche con nosotros!

La agitación de la protesta pareció ir en aumento a las nueve de la mañana, momento en que muchos de los empleados trataban de acceder a las torres sorteando a la ruidosa multitud. Unos cuantos vehículos se sumaron a la protesta, haciendo sonar sus bocinas con gran fervor.

Me incorporé, no sin dificultad, y eché un vistazo en derredor. Un vehículo de la Guardia Urbana se disponía a cortar el carril lateral de la avenida Diagonal. Varios agentes antidisturbios se personaron enseguida.

Desplegaron un gran cordón policial, confinando a todos los manifestantes que, poco a poco, se habían ido desplegando hasta ocupar casi la totalidad de la acera.

Un grupo de personas logró sortear el cordón policial e invadieron la vía llevando consigo grandes pancartas donde podía leerse: «Ladrones de vidas, devolvednos nuestros ahorros».

Mi teléfono móvil comenzó a vibrar ininterrumpidamente en mi bolso anunciando la llegada de una llamada. Eran las nueve y cinco. El sobresalto y los nervios del momento a punto estuvieron de hacer que el aparato se me cayera al suelo. Contesté la llamada sin poder ocultar el espanto en mi voz.

—Señora Bartomeu —dijo una voz de mujer al otro lado de la línea—, soy Brígida. Acababa de telefonarme la secretaria del señor Isaías. Pospone su reunión a las diez de la mañana.

—De acuerdo, gracias por avisar —dije tras exhalar todo el aire de mis pulmones.

—¿Sofía? —preguntó en voz más alta—. ¿Estás bien? Apenas puedo oírte. ¿Dónde estás? Se escucha mucho alboroto. ¡Santo cielo! ¿Alguien acaba de gritar *ladrones*?

Trate, infructuosamente, de explicarle que estaba a las puertas de las torres y que subiría enseguida. Tras un par de minutos de baladros que ni tan siquiera yo podía escuchar, desistí en mi empeño y colgué el teléfono.

—¿Qué le ha hecho a usted el banco? —pregunté a la mujer de pelo canoso.

—No se trata de un caso aislado, sino de una estafa masiva, y el mío no es ni más ni menos importante que el del resto —contestó muy dignamente—. Llegaremos hasta donde haga falta, ¿comprende? No se saldrán con la suya.

—Admiro su tenacidad —le dije con sinceridad—, pero ¿podría saber qué fue lo que le sucedió?

—Supongo que habrá oído hablar de las participaciones preferentes...

Asentí con pesar.

—¿Adquirió preferentes? —pregunté y con simpleza añadí—: ¿A usted también le engatusaron?

—A mí no —dijo mirándome fijamente a los ojos—, a mi padre de noventa y dos años y enfermo de Alzheimer. No sabe leer ni escribir y por supuesto no entiende de finanzas. Hace un par de años, le llamó el director de la sucursal donde tenía su dinero. Al parecer, tenía un producto sencillo que

le haría ganar mucho dinero sin asumir ningún riesgo.

—Comprendo... —dije cabizbaja mientras unas repentinas náuseas se acomodaban en la boca de mi estómago.

—En tanto mi padre me lo comentó llamé al banco y hablé con el director. Le pedí expresamente que no volvieran a ofrecerle ningún producto sin hablar primero conmigo, pues mi padre era y es una persona gravemente enferma. —Soltó un suspiro lastimero—. Dos semanas después mi padre invirtió todos sus ahorros en participaciones preferentes.

—¿Cómo firmó el contrato? —pregunté con la tristeza ascendiéndome por la garganta.

—Con su huella dactilar. Mi padre no comprendía lo que subscribía, ni las condiciones del contrato ni, obviamente, el riesgo que estaba asumiendo.

—Verá, yo no soy una experta —dije, sorprendiéndola con mi poco acertada introducción—, pero juraría que la normativa no le permite a un banco ofrecer productos y servicios a quien no pueda entenderlos.

Se rió con desolación.

—No hay ley sin agujero para quien sabe encontrarlo.

La sola idea de no poder ayudar a aquella mujer me estaba destrozando por dentro, pero ¿qué podía hacer yo?

—Como le he dicho —prosiguió—, no se trata de un caso aislado. Aquí hay congregadas cientos de personas que se sienten engañadas. Todas ellas confiaron en su banco y ahora tienen su dinero secuestrado.

—Ese fue, si me lo permite decir, su error. Otorgar su confianza a quien no debían —dije como si le hablara al mundo entero.

—Puede que tenga razón —susurró con la mirada perdida—. Hay casos incluso más graves que el de mi padre, ¿sabe? El marido de aquella mujer —dijo, señalando con el dedo a una señora de mediana edad que trataba de conversar con un agente de policía—, se quitó la vida en pleno proceso de desahucio por parte del Banco Estrella. No logró vencer la desesperación. Pero esto no sale en los medios de comunicación, ¿comprende?

—¿Por qué no? —pregunté casi sin pensar.

—¡Mujer, no sea ingenua! —exclamó el hombre menudo, que hasta entonces había permanecido callado—. Los bancos siempre han ejercido un gran poder sobre los medios.

—¿Cómo?

—Mediante la contratación de publicidad y a través de la concesión de créditos. Si usted fuera un medio de comunicación, ¿publicaría una noticia

crítica sobre una entidad financiera que supone una de sus principales fuentes de financiación? —Resopló, sacudiendo la cabeza—. Además, el Banco Estrella se ha hecho con parte del capital de los grupos mediáticos, en cuyos consejos de administración se sientan directivos del propio banco. Es casi una lucha imposible, David contra Goliat —añadió en susurro de auxilio antes de levantarse y perderse entre la multitud de manifestantes.

—¿Comprende ahora a lo que me refiero? —prosiguió la mujer—. No se trata de una lucha individual, sino de la asfixia de toda una sociedad. Cláusulas abusivas, desahucios, engaños y estafas. No tienen escrúpulos.

—¿Qué dice su abogado acerca del caso de su padre?

—No mucho. Apenas nos devuelve las llamadas. Llevamos invertidos más de tres mil euros y por el momento no parece haber habido ningún avance. ¿Ve usted a ese joven de ahí? —preguntó, señalando un hombre de unos cuarenta años de edad que sostenía un megáfono en su mano—. Es un activista que lucha contra los abusos de los bancos. Él le podrá explicar mejor que yo hasta dónde llegan los tentáculos del Banco Estrella. No solo pueden comprar a los medios de comunicación, sino también a los abogados e incluso a los jueces.

El número de manifestantes había ido creciendo durante los últimos minutos, dando lugar a escaramuzas y altercados con la policía que se afanaba en desalojarlos.

Saqué un bolígrafo y un papel del bolso y apunté mi dirección de correo electrónico.

—Hágame llegar toda la información de la que disponga acerca de los casos que me acaba de comentar. Trataré de ayudarle en todo cuanto me sea posible.

La mujer me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Haría eso por nosotros? —preguntó sin esperar una respuesta—. Tal vez el banco sí tenga alma, después de todo —añadió con una sonrisa pesarosa.

Negué con la cabeza.

—Guárdeme un secreto, ¿quiere? —Exhalé un último suspiro procedente de lo más profundo del corazón y confesé—: Yo detesto este banco tanto o más que usted.

Eché un último vistazo en derredor antes de entrar en las torres sin alma.

Eran las diez menos veinte cuando por fin me desplomé sobre la butaca de mi despacho. ¿Y si aquella misión no era más que una causa perdida? ¿Qué diablos hacía tratando de evitar un maléfico Proyecto Imperium cuando la verdadera crueldad estaba a pie de calle?

Una lágrima, casi tan ardiente como la furia que anidaba en mi interior, comenzó a recorrer mi mejilla, recordándome lo ruin que en ocasiones podía llegar a ser el ser humano.

Apenas faltaban diez minutos para la reunión con Isaías cuando me dispuse a dirigirme a su encuentro. En tanto atravesé la puerta, Patrick me abordó bruscamente, obligándome a regresar de nuevo al despacho. Cerró la puerta y giró la varilla de las persianas.

—¿Qué te traes entre manos? —me soltó de sopetón.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Cómo? —tartamudeé—. No sé de qué me hablas.

—¿Por qué te fuiste del apartamento sin avisar?

—Me levanté con dolor de cabeza —mentí—, necesitaba dar una vuelta antes de venir al banco.

—Juan tampoco estaba. ¿Te acompañó?

Por suerte no sabía que habíamos tomado prestado su coche, pensé.

—Sí. ¿Qué sucede, Patrick?

—Esta mañana me he reunido con Isaías —comentó con un tono más apaciguado—. Me ha pedido que te investigue a fondo.

Respiré un poco más tranquila.

—Por lo que tengo entendido lo hace con la mayoría de sus directivos —respondí, tratando de quitarle hierro al asunto—. ¿Y qué le has dicho?

—Que estás limpia —contestó con una brizna de arrepentimiento.

—¿A eso te dedicas, Patrick? —pregunté, recelosa—. ¿Investigas los trapos sucios de los empleados?

—No exactamente —contestó sin precisar, dando rienda a suelta a mi imaginación.

Una palpable tensión se adueñó del ambiente. Patrick se acarició la barbilla, valorando la situación. Vislumbré un destello de compasión en su rostro y quise aprovecharme de ello.

—Hemos de ayudar a esa gente de ahí abajo —me apresuré a decir, tratando de cambiar de tercio la conversación.

—¿Qué gente? —preguntó contrariado.

—¡Ellos, Patrick! —exclamé señalando la ventana—. Me refiero a los manifestantes. ¿Tienes idea de las injusticias que se están cometiendo en el

banco?

—No es nuestra guerra, Sofía —repuso con frialdad.

Le miré con desprecio.

—¿Cómo que no? —grité—. Claro que sí lo es. Tratamos de hacer justicia, ¿no es así?

—Nuestra misión consiste en destapar el Proyecto Imperium.

—Pero ¿para qué? —sollocé—. No lo entiendo, Patrick. ¿Por qué luchar solo contra ese simple proyecto cuando el banco está cometiendo cientos de injusticias diariamente?

—Si permitimos que ese *simple proyecto*, como tú lo llamas, finalmente se lleve a cabo, las consecuencias podrían ser fatales.

—¿Y qué hay de la gente estafada, de las personas desahuciadas, de todos aquellos ahorradores que se han quedado sin su dinero?

Le di la espalda, pues no quería que me viera llorar. Tenía las emociones a flor de piel y mi alma magullada no parecía dispuesta a darme una tregua.

—Pero ¿qué...? —exclamó—. ¿Qué diablos tienes en la espalda?

Me volví asustada, girando la cabeza hacia atrás, pero Patrick me agarró de los hombros, impidiendo que pudiera darme la vuelta. Y de pronto rompió a reír.

—¡Te han pintado el símbolo del dólar en la espalda!

Para cuando finalmente me permitió girarme, Patrick reía a carcajada limpia. Traté de mostrarme seria, pero fui incapaz de contener la risa.

—No tengo nada que ponerme —dije al cabo de un minuto—. He venido sin americana.

—No sufras por eso, seguro que al presidente le encantará tu blusa —comentó, sarcástico, secándose las lágrimas de los ojos.

—¡Patrick! —protesté.

—¿Sabías que el origen del símbolo está en la abreviatura española «Ps»? —comentó risueño.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué significa «Ps»?

—Era como se conocían los pesos o piezas de a ocho. Los reales de plata españoles —aclaró al ver mi confusión—. Era una moneda que solían emplearse en los mercados de Norteamérica cuando adoptaron el símbolo del dólar a finales del siglo XVIII.

—¿Y cómo se transformó la abreviatura en el símbolo?

—Según tengo entendido la «s» pasó a escribirse sobre la «p», lo que

finalmente derivó en el emblema del dólar —explicó con una sonrisa burlona que me hizo dudar sobre si sería o no cierto lo que acababa de explicarme.

Nos quedamos mirando el uno al otro y por un momento tuve la extraña impresión de que tal vez el marqués tuviera razón. ¿Le estaría enviando mensajes equivocados a través del lenguaje corporal?

—¿Por qué has dejado de sonreír? —preguntó de pronto, haciéndome regresar a la realidad.

—Esa pobre gente necesita nuestra ayuda —sollocé.

Un ataque hormonal capitaneado por un huracán de emociones hizo que no pudiera evitar las lágrimas que inundaron mi rostro. Aquella reacción le pilló por sorpresa y durante un instante no supo cómo reaccionar. Tras unos segundos de estupefacción, Patrick dio un paso al frente y me rodeó con sus brazos, reconfortando la ausencia de esperanza que anidaba en mi alma.

Alguien llamó a la puerta y entró sin darnos apenas tiempo a separarnos.

—¡Virgen Santísima! —profirió Brígida.

Me separé de Patrick en el mismísimo instante en que escuché el agudo chillido de mi secretaria. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Me reprendí en silencio al tiempo que ideaba una excusa que justificara aquella muestra de cariño totalmente inapropiada.

—No es lo que parece. Estábamos... —balbucí. Advertí una mezcla de sorpresa e interés en el rostro de Brígida, que me miraba como si estuviera a punto de cantar el premio gordo de la lotería—. Patrick y yo estábamos celebrando las buenas noticias.

—¿Qué buenas noticias? —preguntó ella frunciendo el ceño.

Me volví a Patrick, pero él no parecía muy interesado en echarme un cable. En lugar de eso, sonreía disfrutando del atolladero en el que me había metido.

—¿Acaso no se ha enterado? —pregunté alzando las palmas al aire—. Las acciones del banco han subido más de un diez por ciento.

La mujer se llevó las manos a la cara. Tuve que girarme para que no viera la enorme sonrisa que se estaba formando en mi rostro, especialmente cuando miré a Patrick de reojo.

—¡Madre del amor hermoso! Qué contento se va a poner nuestro presidente. —Brígida se abalanzó sobre mí y me abrazó con todas sus fuerzas.

Advirtiendo que él sería el próximo en verse envuelto por los vigorosos brazos de mi secretaria, Patrick se encaminó hacia la puerta, despidiéndose de

mí con un guiño que acompañó de una sonrisa burlona.

Le tomé prestada la americana a Brígida, aprovechando el momento en que ella fue a prepararse un café. Sin embargo, en tanto me vi reflejada en el espejo del baño supe que había sido peor el remedio que la enfermedad. La prenda en cuestión era dos tallas más grandes que la mía, de modo que aquella no parecía ser la solución para ocultar el grandioso dólar que ornamentaba la espalda de mi blusa blanca.

Accioné el botón de mi pluma estilográfica, que coloqué estratégicamente en el bolsillo de la camisa, y me encaminé hacia el despacho del presidente.

—Llega tarde —. Fue el desagradable gruñido de Isaías al verme aparecer.

Avancé con la cabeza erguida y el bolso pegado a mi cuerpo, como si en su interior guardase la pócima secreta de la vida eterna. Sin levantar la vista de los papeles que estaba leyendo, Isaías me invitó a tomar asiento en la butaca que quedaba frente a él. Sus gestos, a medio camino entre el desprecio y el repudio, hicieron que su mera presencia se me indigestara hasta llegar a sentir náuseas.

Intenté mostrarme indiferente, pero lo cierto es que no fui capaz. Era demasiada la tensión acumulada. Un pequeño traspiés hizo que me desplomara sobre el asiento de manera atropellada. Isaías levantó la vista del informe y me miró por encima de sus gafas mientras yo caía a cámara lenta. Cuando por fin aterricé en la butaca, se escuchó un sonido ensordecedor que hizo temblar las paredes del despacho.

En un impulso repentino, Isaías se incorporó de un salto y se escondió bajo la mesa, lanzándose al suelo de rodillas y apoyando el antebrazo izquierdo mientras se cubría la cara con la mano derecha.

—¿Qué ha sido eso? —aulló, sofocado, al cabo de unos segundos.

Mi desconcierto inicial se esfumó en tanto me percaté del origen de aquel ruido estridente. Me levanté del asiento y abrí mi bolso. Ahí estaba. La corneta de aire comprimido.

—La alarma de incendios —mentí con una sonrisa maliciosa.

Verle temblar de aquel modo despertó mi compasión.

—Señor, puede salir de ahí. El ruido ha cesado, debía ser una falsa alarma.

Se levantó desconfiado, mirando a ambos lados. Permanecía en alerta y

en una cómica posición de guardia, como si esperara un ataque inminente. Se quitó la americana y la colgó sobre el perchero.

—No se preocupe, Sofía. Está usted a salvo —soltó en tanto comprobó que no había el menor peligro.

Irguió la barbilla y echó los hombros hacia detrás. Comenzó a olfatear el aire a su alrededor y por fin se sentó sobre su *trono real*.

—¿Podríamos hablar un instante sobre la gente que está ahí abajo? —le tanteé.

—¿Qué gente? —preguntó con su habitual desconsideración.

El ruido de unos nudillos golpeando la puerta sabotó mi tentativa. La secretaria del señor Ferrer se acercó hasta él y reclinó su cuerpo como un perfecto robot. Llevó sus rollizos labios a la mejilla del presidente y, tapándose la boca con su mano derecha, le susurró unas palabras al oído. Isaías salió del despacho enseguida, sin dar la menor explicación.

Resoplé agotada mientras mi enfado con el universo aumentaba exponencialmente. Me levanté presta y, sin apartar la vista de la puerta del despacho, comencé a revolver los cajones del escritorio. Entre la marabunta de papeles hallé un porta documentos de piel con cierre de cremallera que llamó la atención de mi sexto sentido. No miré en su interior, me limité a esconderlo en mi bolso sin tener la menor idea de cuán valioso sería su contenido.

Tomé asiento y traté de calmar los nervios, pero la voz de la intuición me instó a continuar con mi escrutinio. Escuché el ruido de un traqueteo que sonaba cada vez con más intensidad. Agudicé mis sentidos hasta que logré averiguar el origen de aquella vibración. Provenía del perchero. Busqué en los bolsillos de la americana de Isaías mientras mi debocado corazón bombeaba más sangre de lo debido. Solté una exclamación de victoria en tanto mis manos palparon el teléfono móvil que en aquel momento cesó de vibrar.

La pantalla del dispositivo estaba apagada, por lo que comencé a manosear distintas teclas hasta que finalmente se iluminó. Blasfemé en silencio cuando me di cuenta de que el aparato estaba bloqueado. Miré en dirección a la puerta, temiendo que Isaías regresara en cualquier momento. La tensión fue en aumento hasta que permití que la inspiración tomara las riendas.

Me acerqué a la ventana y contemplé la pantalla con los ojos bien abiertos, volteando el aparato y dejando que los rayos del sol obraran el

milagro. Tras unos segundos de inspección mis ojos distinguieron trazos de manchas sobre la pantalla.

«Bendito sea el verano y bendito sea el sudor de Isaías», pensé en voz alta mientras creía distinguir la secuencia que sus dedos trazaban para desbloquear el aparato. Sonreí con orgullo al lograr mi objetivo. Accedí al contenido del dispositivo con el acecho pisándome los talones. Escuché la voz de Isaías despidiéndose de su secretaria, por lo que no disponía más que de unos pocos segundos. Me mordí el labio, tratando de calmar la ansiedad y abrí una carpeta de fotografías que tenía por nombre la palabra «Confidencial». Vislumbre, aterrorizada, la silueta de Isaías a través de las lamas de las persianas de su despacho, de modo que me dirigí hacia el perchero y, con el móvil todavía en mis manos, seleccioné una única imagen.

Todavía sin advertir la importancia de lo que acaba de ver dejé el teléfono en el mismo lugar de donde lo había cogido y clavé la mirada en la puerta.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Isaías en tanto regresó, sosteniendo una refinada taza de té con su mano derecha.

—Quería hablarle sobre las personas congregadas a las puertas de las torres, señor —comenté con un tono afable, todavía pensando en la fotografía que acababa de ver.

Se llevó la taza a los labios, sosteniéndola con el índice y el pulgar mientras su dedo meñique se empeñaba en apuntar al techo, como si aquella demostración de vulgaridad le produjera algún tipo de placer.

—No me interesan esas personas —soltó con desprecio.

—Llevan tres horas manifestándose —insistí—. Creo que al menos se merecen que les dediquemos unos minutos, ¿no le parece? —Contemplé sus facciones filosas. La tibieza de su mirada me hizo adivinar el final de aquella conversación. Igualmente, no aflojé en mi empeño—. Se han quedado sin sus ahorros, sin su hogar, muchas de ellas afirman haber sido engañadas por el banco. Si usted me lo permite, tal vez yo podría echar un vistazo a sus casos y tratar de ofrecerles una solución.

—¿Se ha vuelto usted loca? —berreó con los labios hinchados por su propio ego—. No son más que unos apestosos *antisistema* que no aceptan las reglas del juego. ¿Por qué íbamos a perder nuestro valioso tiempo con esas ovejas descarriadas?

—Por una cuestión de ética, señor presidente —dije, todo lo comedida que fui capaz.

Se enderezó la corbata y comenzó a castañear los dedos sobre la mesa,

sopesando sus próximas palabras.

—No culpes a Dios por los errores de los hombres —soltó finalmente.

Sentí un abrasante calor en mis manos humedecidas por los nervios. Mi furia aumentó hasta rayar el histerismo. Traté de sofocar mi agitada respiración mientras una perversa sonrisa curvaba sus labios.

—Con el debido respecto, señor...

—Quo plus habent, eo plus cupiunt —comentó con voz engolada.

«Cuanto más tienen, más quieren», traduje mientras respiraba hondamente. Debía hacer todo lo posible por controlar el impulso que me obligaba a estamparle el pisapapeles en su estúpida cara. Logré relajarme durante un instante hasta que de pronto recibí la impetuosa llamada de la rebeldía.

—Memento mori —me escuché decir, mientras repetía para mis adentros: «recuerda que eres mortal y no un Dios».

Una oleada de fantasía desbocada me hizo imaginar frente a mí a un enorme molino de viento que observé hipnotizada, preguntándome si, al igual que el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, yo sería capaz de luchar fehacientemente contra las injusticias.

—¿Olvida usted con quién está hablando, señora Bartomeu?

Era consciente de haber escogido el camino equivocado. Mi desesperado intento estaba claramente condenado al fracaso, pensé descorazonada.

Sus ojos se achicaron mientras repiqueteaba de nuevo los dedos sobre la mesa.

—Disculpe —dije finalmente, ingiriendo una dosis mortal de orgullo herido. Estaba contra las cuerdas, por lo que decidí reconducir la situación—. Quería hablarme de algo, usted dirá.

—No toleraré un solo desacato más a mi autoridad —me advirtió con un dedo amenazante antes de dar por zanjada aquella conversación—. Dicho lo cual, le formularé una pregunta que usted deberá contestar con sinceridad. De lo contrario, me veré obligado a prescindir de sus servicios —. Medité durante un brevísimo lapso, aceptando mi derrota, y finalmente asentí con la cabeza—. Dígame, Sofía, ¿quién es el topo?

Aguardé en silencio durante un instante, esperando a que Isaías formulara una segunda pregunta que tal vez me aclarara la primera. Ladeó la cabeza exageradamente mientras se acariciaba su incipiente barba.

—No sé de qué me habla —dije finalmente, en ausencia de una aclaración que no parecía llegar.

—El agente infiltrado, ¡por el amor de Dios!

—¿Agente infiltrado? —repetí con voz temblorosa.

Sentí un escalofrío recorriéndome la espalda. ¿Me habría descubierto?, pensé mientras esquivaba su inquisitoria mirada. ¿Estaría hablando de Patrick? Un ciclón tropical trajo consigo fuertes vientos huracanados que se entremezclaron con los miles de malos augurios que rondaban por mi cabeza. Como caída del cielo, una neurona especialmente avispada me chivó la respuesta de aquel enredo.

—Me lo inventé —comenté tras un instante de histeria—. No tengo ningún informador. Puede usted estar tranquilo.

—¿Me mintió? —gritó apoyando las manos sobre la mesa y reclinando su cuerpo hacia delante.

En un frenético intento por aparentar tranquilidad, me retiré el pelo de la cara al tiempo que sonreía, tratando de aliviar mi congoja.

—Debo ser yo quien dirija el Proyecto Imperium, ya se lo dije ayer. Usted me contrató porque quería una ejecutiva despiadada que le hiciera ganar mucho dinero. Déjeme serlo, señor Ferrer.

Aquellas palabras ascendieron por mi garganta de manera automática, sin que yo pudiera poner oposición a las mismas. Isaías se rascó la cabeza, pensativo, y me miró con frialdad. Estudió concienzudamente cada una de mis delirantes convulsiones, que en aquel momento iban desde una involuntaria y repetitiva contracción de mi párpado derecho hasta el repentino espasmo muscular de mi labio superior.

—Está bien —claudicó con voz quejumbrosa—. Antes de comenzar necesito saber que puedo confiar en usted. Se trata de un asunto muy confidencial del que solo los elegidos estamos al tanto —comento, dando un nuevo rodeo.

Me levanté de mi asiento y caminé por el despacho con paso titubeante hasta que por fin encontré el arrojo necesario para poner a aquel tipo contra las cuerdas.

—Hablemos claro, señor —le solté sin el menor prolegómeno—. Como ya le dije, estoy al tanto del Proyecto Imperium. Un plan ambicioso que, a mi modo de ver, será un auténtico desastre si no lo lidera alguien con un mínimo de valía profesional. Los dos sabemos que ese alguien debo ser yo —dije, apuntándole con el dedo índice—. Respeto y hasta comprendo sus reparos, pero debe saber que yo no trabajo para quien me oculta información. Me trae sin cuidado el que usted tenga un jefe cuyas órdenes ha de obedecer. Debe

comprender, y cuanto antes lo haga mejor —apunté—, que no le ayudaré con su proyecto a menos que tenga las puertas abiertas de par en par. —Guardé unos segundos de silencio y me marqué un nuevo farol—. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Se va? —balbuceó con una expresión narcotizada.

—Es evidente que sí —respondí, volcándome de lleno en mi actuación.

—Aguarde un instante. Le contaré todo lo que quiera saber.

Bajé la cabeza hasta que mis ojos se posaron sobre el bolígrafo que teóricamente estaba grabando nuestra conversación.

—Muy bien —dije, elevando la barbilla—. Continuemos nuestra charla en otro lugar.

—¿Dónde?

—Allá donde se celebren las reuniones de la Orden del Denario.

Abrió los ojos desmesuradamente y se llevó una mano al pecho.

—¡Por el amor de Dios! ¿Está usted desvariando? —protestó enérgicamente—. Es una hermandad de hombres.

Mi reciente plan no contaba con aquel pequeño contratiempo, que traté de sortear lo más hábilmente posible.

—Solo quiero ver lo que hacen ustedes ahí. No pretendo participar en sus cánticos ni rituales satánicos —comenté sin la menor cortesía. Vi la duda reflejada en sus ojos, de modo que atacé con más fuerza—. Usted elige, o me lleva al santuario de la orden o nuestra colaboración se acaba aquí.

—¡Está bien! —cedió de mala gana. Se miró su reloj de muñeca y añadió—: Nos vemos de nuevo en media hora y entonces...

—¿Por qué no puede ser ahora? —bramé con malos humos.

—Tengo que atender una conferencia muy importante con un empresario saudí —respondió, huraño—. La veré a las once en el parking.

Salí de su despacho satisfecha por lo que había logrado. Lamentablemente, no había nadie con quien pudiera compartir mi hazaña. Bajé en el ascensor y dediqué la espera a caminar por las inmediaciones de las torres.

Alrededor de las once bajé al parking del edificio y me dirigí a la plaza de Isaías. Mis ojos se encontraron con los de un hombre de sonrisa amable, que aguardaba al presidente del banco apoyado sobre un flamante Mercedes. Vestía traje de chaqueta oscuro con camisa blanca y corbata negra. Un

atuendo bastante adecuado para un funeral de no haber sido por los guantes blancos y la gorra de plato.

—Señora Bartomeu —comentó inclinando la cabeza al tiempo que tomaba mi mano con intención de besarla. Acompañó su extraña ceremonia con una pusilánime genuflexión—. Es un auténtico placer. Mi nombre es Roberto Carlos.

—¡Levántese, hombre! —le pedí—. No soy el obispo de Roma.

—Disculpe —comentó bajando la cabeza—, a decir verdad a mí también me parece un saludo extremadamente ridículo, pero son exigencias del señor Ferrer. —Carraspeó, temiendo haber dicho algo inapropiado—. El presidente se retrasará. Hará unos minutos me llamó su secretaria y me informó de que no estará aquí antes de las once y media. Suerte que yo ya he desayunado en la cafetería de mi cuñado.

—¿Y eso queda muy lejos? —pregunté mirando el reloj.

—¡Qué va! Está en un callejón detrás de las torres. En cinco minutos estamos ahí.

—Eso sería fantástico —dije, advirtiendo el deseo impulsivo de un café recién hecho.

Nos dirigimos pues al bar de su cuñado donde Roberto Carlos, el chofer de Isaías, solía desayunar cada día a las diez de la mañana.

Nunca antes había probado un café tan repulsivo como el que tomé aquel día, pero necesitaba cafeína para sortear el resto de la jornada, de modo que me lo bebí de un solo trago, tras lo cual pedí un refresco con el que compensar el repulsivo sabor que se había adherido en la parte posterior de mi lengua.

Regresamos al parking en menos de un cuarto de hora y, tras unos minutos más de espera, por fin apareció Isaías, a quien Roberto Carlos recibió con una aparatosa ceremonia. El viaje duró poco más de diez minutos. Una vez llegamos a nuestro destino, un lujoso palacio situado en la zona alta de Barcelona, descendí del vehículo para adentrarme en lo que sería una nueva aventura.

—Daremos una pequeña vuelta por la mansión y después nos reuniremos en mi despacho para continuar la conversación que hemos dejado a medias —comentó Isaías sin darme opción a contestar.

El interior de aquella barroca residencia hizo que mi imaginación se remontara a la Europa de principios del siglo XVIII. El tono claro de las paredes contrastaba elegantemente con los pequeños detalles dorados y

violáceos. Atravesamos una lujosa sala de enormes paredes cubiertas de papel tapiz con grandes cuadros y espejos de marcos bañados en oro.

Detuvimos nuestro paso a la altura de una mesa ovalada donde un hombre vestido con una túnica oscura aguardaba nuestra llegada. Mi presencia en aquel lugar no fue bien recibida por aquel tipo, que conversó con Isaías empleando el repulsivo idioma del servilismo. Cogió unos documentos que había sobre la mesa y nos pidió que le siguiéramos. Atravesamos una galería de cúpula acristalada con forma de parasol. De las paredes colgaban cuadros tenebristas, fabulosas representaciones pictóricas de infernales dragones apocalípticos devorando cadáveres humanos y acaudalando cuantiosos tesoros.

Ascendimos una colosal escalera imperial de tres cuerpos. Mientras subía los escalones, sin apartar la vista del misterioso hombre de la sotana, apoyé la mano sobre la barandilla, ornamentada por cenefas arabescas. Una vez en el primer piso recorrimos un amplio pasillo que nos condujo hasta una estancia oscura. Nuestro siniestro anfitrión encendió las velas de un candelabro de bronce y se marchó tras dedicarle a Isaías una exagerada reverencia.

La sala tenía un ventanal desde donde podía divisarse una amplia estancia que quedaba en la planta de abajo. Eché un vistazo fugaz, pero Isaías se apresuró enseguida a correr las pesadas cortinas doradas y comenzó a hablar.

—No es conveniente que nadie la vea aquí —comentó, apoyándose sobre una mesa repleta de vajilla de porcelana y pequeñas esculturas de estampado floral—. Como ya le dije, esta es una hermandad de hombres.

—¿No podríamos encender las luces? —pregunté, señalando la lámpara de cristal que colgaba del techo—. Lo del candelero es muy romántico, pero apenas le veo. —Ni se molestó en contestarme. Se sentó sobre un sillón tapizado en terciopelo negro y comenzó a ojear los papeles que le había entregado el tipo de la túnica—. ¿Por qué no me enseña el resto del edificio? —pregunté, dirigiendo una furtiva mirada al bolígrafo que llevaba en el interior de mi bolsillo.

—Me temo que eso no será posible —contestó sin levantar la vista del documento—. Quería venir aquí, ¿no es así? Pues aquí está.

—Pero yo...

—Pero nada, ¿me oye? —soltó, mirándome por encima de las gafas.

Necesitaba algo más, pensé. De nada me serviría lo que había grabado hasta aquel instante.

—¡Exijo que me enseñe el interior del palacio! —grité con una poco

convinciente autoridad.

—¿Exige? —repitió, con un tono de mofa—. No me haga reír, por favor. Siéntese y retomemos nuestra conversación.

Mi plan se estaba yendo al traste. Debía actuar rápido.

—¡No doy crédito! —exclamé teatralmente con los brazos al aire—. ¿Me ha hecho usted venir hasta aquí para encerrarme en esta oscura habitación y continuar hablando de algo de lo que podríamos conversar en cualquier otro lugar?

Me estudió con ojos de lince acechador. Se incorporó, acercándose a mí con paso sigiloso. Sus ojos se agrandaron hasta parecer dos inmensos océanos.

—Descorra esa cortina —concedió tras mirar el tradicional reloj de cuco originario de la Selva Negra que colgaba de una de las paredes—. En breve comenzará el cónclave de los nuevos hermanos.

Hice lo propio y ante mis ojos apareció un recinto cuadrado de grandes dimensiones. Las paredes, pintadas de un color ambarino, estaban adornadas en su parte inferior por zócalos marmoleados. Resultaba sorprendente la pintura mural que lucía sobre la pared del fondo de la sala, narrando lo que parecía ser un relato novelesco medieval. En el centro de la estancia había una mesa redonda con capacidad para unas cuarenta personas. Las patas torneadas, de madera maciza y con forma de cabeza de dragón, estaban pintadas en oro viejo. Sobre la mesa colgaba una lámpara medieval, elaborada en forja, suspendida del techo por una gruesa cadena de bronce.

—Eso que ve es el lugar de reunión de la Orden del Denario —comentó Isaías.

No podía tener más suerte, pensé.

—¿Y cómo es que usted no está ahí?

—No se requiere la asistencia de alguien de mi categoría para el nombramiento de nuevos miembros.

—¿Alguien de su categoría? —pregunté, volviendo la cabeza—. ¿No hay ningún príncipe en esta congregación?

Isaías negó con un gruñido hosco, preguntándose cuánto sabría yo acerca de su perversa fraternidad.

Lo que se escenificó a continuación me dejó totalmente perpleja. Decenas de personas entraron en el recinto vestidos con largas túnicas de una tela oscura y gruesa. Llevaban la cara cubierta por unas siniestras máscaras alargadas con forma de pico de ave, que tenían unas aperturas a la altura de

los ojos, protegidos por un cristal, y pequeños orificios para respirar. Los asistentes tomaron asiento y dejaron sobre la mesa los guantes de cuero que cubrían sus manos y el sombrero de ala que llevaban sobre la cabeza.

Escuché unos acordes poderosos, melancólicos y macabros. Al estridente sonido de un violín le siguió el tétrico tintineo de un xilófono, que pareció querer invocar al esqueleto de la muerte. El dolor y el terror avanzaron de la mano entre las estrofas de aquella funesta composición musical. El adalid de aquel ejército de estópidos infrahumanos alzó un recipiente en cuyo interior bullía un brebaje rojizo y se incorporó tras una reverencia solemne. El resto de los presentes asintieron con su picuda mascarilla bacteriológica y zarandearon sus cabezas al compás de la lúgubre sinfonía.

Tenía que grabar aquella escena, pensé con el corazón acelerado, pero la ubicación del bolígrafo no era la adecuada, de modo arqueé mi cuerpo convulsivamente, curvando los hombros hacia arriba y reclinando el torso hacia delante. La tensión del momento y mi torpeza crónica hicieron que mi frente se estrellara contra el ventanal, lo que provocó un sonoro estruendo que alertó a los exaltados y fanáticos miembros de la orden.

Isaías se acercó a la ventana y corrió de nuevo las cortinas. Regresó a su sillón soberano mientras me lanzaba una mirada inquisidora.

—Suficiente —bramó, furioso—. Tome asiento —me ordenó. Abrió un cajón corredizo del escritorio y extrajo una carpeta azul que me entregó alargando su mano—. Aquí están los detalles del proyecto. Estúdielos minuciosamente. No debe fallar nada, ¿me oye? Si esto sale bien, no solo nos quitaremos de encima una desastrosa inversión, sino que abriremos el camino hacia nuevos horizontes, ¿comprende?

—La verdad es que no mucho —respondí con torpeza mientras me invadía la inquietante sensación de estar echándole un pulso al destino—. ¿Todo esto tiene que ver con la emisión de deuda de Orus Chemistry? —pregunté, recordando las palabras de Patrick.

—Así es. El importe que suscribimos no es gran cosa —dijo con un gesto desairado como si aquel asunto le fuera indiferente.

—Si no recuerdo mal la cifra ascendía a dos mil millones de euros —apunté, acariciándome la frente y palpando la inminente hinchazón.

—Entre las cuatro grandes entidades financieras del país —me corrigió—. De todos modos, sea significativo o no, no estoy dispuesto a afrontar esa pérdida —añadió, eludiendo cualquier responsabilidad—. Hemos ingeniado un plan para deshacernos de nuestra desafortunada inversión.

Una pequeña sonrisa de satisfacción comenzó a dibujarse en mis labios al pensar en la estilográfica que llevaba en mi camisa.

—¿Cómo?

—Colocándosela a un tercero.

—¿Quién es ese tercero?

Isaías dejó caer la cabeza a un lado. En su mirada se podía leer una expresión de regocijo.

—Los clientes del banco, por supuesto —contestó sin dejar de sonreír.

Tragué saliva sin saber, todavía, la monstruosidad de sus maquiavélicas intenciones. Abrí la carpeta que me había entregado y le eché un vistazo. Quienquiera que hubiera elaborado aquel informe había sido extremadamente precavido, pensé desanimada. No habría modo de relacionar aquel documento con el Banco Estrella ni con su presidente. Por no hablar de la manifiesta ausencia de cualquier mención al Rey.

—¿Cómo lo harán? —pregunté, incapaz de contener la intensidad emocional que emanaba de mis palabras.

No pudo evitar lanzarme una mirada de desdén.

—Tenemos quinientos millones en bonos de una empresa que sabemos que no vale nada.

—Una farmacéutica que supuestamente había dado con un fármaco milagroso —puntalicé, tratando de no obviar ningún detalle.

—No había tal medicamento —dijo, malhumorado—. No fue más que una artimaña de los alemanes. Lanzaron un anzuelo con forma de dólar y nosotros picamos como estúpidos —protestó, aplastando el puño sobre la mesa—. La empresa ha perdido parte de su valor debido a las dudas y a la inquietud del mercado, pero hay más.

Guardó silencio y clavó la mirada en mis ojos. Pasados unos segundos, se decidió a continuar hablando.

—Nuestros informadores nos han confirmado que la empresa tiene un gran agujero. —Su tono de voz no dejaba lugar a dudas. Isaías se sentía estafado—. Se trata de una información muy confidencial que solo nosotros conocemos. En tanto el mercado se entere de ello, su cotización se desplomará —prosiguió, bajando la voz. Instintivamente, recliné el cuerpo sobre la mesa—. No tenemos a quien vender los bonos y sabemos que en breve no serán más que papel mojado.

—¿Y cuál es el plan?

—Hemos ideado un producto estructurado con alta rentabilidad, una

combinación de instrumentos financieros con un interés tan alto que logrará eclipsar a nuestros clientes. Tendrá una rentabilidad fija, pero en el vencimiento la devolución del importe invertido estará ligada a... ¡la evolución del precio de la acción de Orus Chemistry! —exclamó casi jadeando de la emoción—. Si el precio de las acciones cayera más de un veinticinco por ciento, como efectivamente sucederá, el cliente recibirá el importe invertido en...

—En acciones de la empresa Orus Chemistry —le interrumpí mientras reprimía el ajetreo de mi cerebro.

—¡Exacto! —contestó con una descarado deleite.

—De ese modo, el banco se librará de la fallida inversión colocándosela a los clientes. Y lo harán aun a sabiendas de que esas acciones no valen nada —me escuché decir, mientras mi mirada se perdía en el infinito de la bajeza humana.

—¿No es un plan magnífico? —preguntó, disfrutando de una descomunal inyección de amor propio—. ¡Aún hay más! —exclamó—. El número de acciones que recibirá el cliente se calculará considerando la cotización de la acción a fecha de constitución de la inversión, no a fecha de vencimiento, ¿comprende? Es decir, les venderemos las acciones a precio de oro cuando estas ya no valgan nada y lo lograremos cegándoles con una falsa rentabilidad.

A decir verdad, me había perdido con su última frase, pero no quería que él lo supiera, por lo que me limité a asentir rezándole a Dios para que mi pluma espía estuviera grabando la conversación.

—¡Tendrán suerte si recuperan un diez por ciento! —profirió, jocosamente.

—¿No le importa que los clientes se arruinen?

—¡En absoluto! —exclamó, ofendido—. Soy un banquero.

—¿Y qué hay de la reputación del banco?

Levantó la mano al aire y sacudió la cabeza.

—Será cuestión de tiempo que los clientes lo olviden. ¡Es una idea extraordinaria! No vea fantasmas donde no los hay. Se trata de una vieja treta financiera que ya se ha utilizado en numerosas ocasiones.

—Señor Ferrer, no quisiera contradecirle, pero hoy se congregaron cientos de personas a las puertas del banco, manifestándose precisamente una estafa similar a la que ustedes han ideado. —Carraspeé nerviosa y traté de medir mis palabras—. Puede que la rentabilidad de su producto sea irresistible, sin embargo, no creo que la gente caiga en sus redes financieras

del mismo modo en que lo hizo en el pasado.

—¿Apostamos algo?

La desazón me oprimió el pecho.

—¿Y qué hay de los empleados del banco? Ellos también han sufrido en sus propias carnes las consecuencias de los productos tóxicos comercializados, ¿de verdad cree que estarían dispuestos a engañar al cliente tal y como lo hicieron en el pasado?

Gruñó, iracundo, y cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Piénselo un instante, Isaías —proseguí—, se trata de un producto que no tiene el capital invertido garantizado y eso lo saben los empleados del banco. Después del escándalo de las preferentes, ¿piensa usted que querrán embaucar de nuevo a los clientes? Tal vez pudieran tener una excusa en el pasado, pero no la tendrán ahora si cometen de nuevo el mismo error.

—Lo sé —respondió, importunado—. Es ahí donde entra en juego el Proyecto Imperium.

Guardó silencio, probablemente cuestionándose la conveniencia de continuar con aquella conversación.

—Es un plan ideado por la Orden del Denario, ¿no es así? —pregunté, arriesgando demasiado. Compuso una mueca de desagrado y me escudriñó durante un par de segundos—. Señor presidente, no estamos en situación de perder el tiempo. Si de verdad quiere que le ayude a que el proyecto tenga éxito, deberá ser sincero conmigo.

—El Proyecto Imperium se implementará inicialmente en el Banco Estrella. Una vez logremos el éxito esperado, se extenderá al resto de las entidades financieras más importantes del país. —Detuvo sus palabras, mordiéndose el labio inferior—. La Orden del Denario velará por su correcto desarrollo —añadió con demasiada ambigüedad.

—Quiero conocer al Rey —solté a bocajarro.

La fingida amabilidad que se había instalado en su rostro desapareció de inmediato. Apretó la mandíbula sin despegar los ojos de la puerta mientras su mano parecía acercarse peligrosamente al teléfono fijo que había sobre el escritorio.

—Disculpe mi osadía —reculé—. No debe desconfiar de mí. Como ya le he dicho, tengo muchos amigos. Algunos de ellos son personas muy influyentes y, por ende, miembros de la Orden del Denario. Es por ello que he oído hablar de la hermandad y del Rey. —Sequé el sudor de mis manos en los laterales de mi falda y proseguí—. Hábleme del proyecto, por favor.

Dudó durante un instante, sopesando la posibilidad de que le estuviera tendiendo una trampa. Permanecí inmóvil mientras él me examinaba escrupulosamente. Tras un par de agónicos minutos, la fortuna quiso que la inocencia que desprendía mi mirada aniquilara cualquier posible duda.

—Hará unos dos meses encuestamos a todos los empleados del banco que llevaban a cabo labores comerciales —prosiguió.

—¿Y qué era lo que les preguntaban?

—La encuesta era anónima y constaba de dos únicas preguntas: nivel de satisfacción como empleado del banco y valoración de su presidente. De ahí obtuvimos un listado con los empleados que habían calificado al banco y a mí mismo con mejor puntuación.

—¿No era una encuesta anónima?

—¿Desde cuándo lo son? —Soltó una carcajada despectiva y luego añadió—: Ellos serán los elegidos para colocar el producto a los clientes.

—¿Cómo logrará convencer a esos empleados para participar en esta estafa? —pregunté sin reparar en la osadía de mis palabras.

—Mediante técnicas de persuasión —respondió con ambigüedad. La maldad resplandecía en su mirada. Isaías clavó su mirada en mis ojos y con la perversidad del mal transitando por sus venas, preguntó—: ¿Ha oído hablar del lavado de cerebro?

Capítulo 12

Se busca marido y banquero británico

Isaías dio por finalizada nuestra reunión en tanto vio la palidez en mi rostro. Con su habitual falta de cortesía me invitó a abandonar aquella estancia, temiendo que tal vez pudiera transmitirle una enfermedad contagiosa.

—Roberto Carlos le llevará al banco —anunció mientras se dirigía a la puerta.

Durante el trayecto de vuelta no pude evitar que las lágrimas bañaran mi rostro. Lo tenía grabado, pensé, tratando de encontrar un motivo por el que sonreír, pero la pena que me encogía el corazón era mucho más abrumadora que cualquier previsible triunfo. No me sentí con ánimos de subir a mi despacho, de modo en tanto llegué a las torres di media vuelta y me largué de ahí.

No había nadie en el loft de Patrick a excepción del marqués, quien me recibió con los brazos abiertos y la expectación tatuada en su mirada.

—¿Has grabado la reunión? —preguntó levantando las dos cejas.

—Así es —afirmé sin ganas de conversar, alcanzándole el bolígrafo.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?

—Es el demonio en persona —respondí con la mirada perdida.

—Nada que no supieras ya, ¿no es cierto? —Me miró fijamente, como si de algún modo pudiera contemplar la sucesión de imágenes que desfilaban por mi mente—. ¿Dónde os habéis reunido?

—En el palacio donde se congregan los miembros de la orden.

—¡Santo cielo! —exclamó con admiración—. Escúchame bien, Sofía —me pidió, posando sus manos sobre mis hombros—. Al rubiales, ni una sola palabra de esto, ¿me oyes?

—Descuida —dije, entregándole el porta documentos que había robado del despacho de Isaías—. No le diré nada a nadie.

Juan se extrañó por la ausencia de entusiasmo en mi voz, pero no debió darle mayor importancia pues dejó que me marchara sin ni siquiera preguntarme si me sucedía algo.

Me tumbé sobre la cama y, a medida que los minutos pasaban, los nervios se fueron relajando. No sucedió así con el desconsuelo y el dolor que sentía en el epicentro de mi corazón.

Cuando al cabo de un rato la puerta de mi habitación se abrió, supe enseguida que Juan era portador de malas noticias. La decepción se había instalado en el contorno de sus ojos, donde sus arrugas se mostraban mucho más marcadas. Apretó los puños antes de hablar.

—No ha resultado como esperaba —anunció sin precisar cuál había sido exactamente el problema.

Se sentó en el borde de la cama con la mirada clavada en la pared. Me incorporé con dificultad y le palmeé la mano.

—¿Qué sucede, Juan? —pregunté—. Lo ha confesado todo y no ha escatimado en detalles.

Le contemplé, extrañada. Se volvió y me miró fijamente. Tenía las pupilas extremadamente dilatadas, como si estuviera bajo los efectos de algún opiáceo. Masculló unas palabras incomprensibles para mis oídos y entonces fue cuando lo vi. Me arrodillé frente a él, contemplando la desesperación y la derrota que se reflejaban en su mirada. Juan parecía totalmente vencido por las circunstancias. Recé para que aquel pensamiento no saliera a través de mis labios.

—Me estás asustando. ¿Qué pasa?

—Inhibidores, Sofía —exclamó, furibundo.

Su comentario me pilló por sorpresa y, a decir verdad, no pude comprender qué era lo que quería decir.

—La grabación no tiene sonido —aclaró con un ronco susurro.

Me incorporé con un movimiento brusco. Di media vuelta y eché a andar por la habitación.

—Lo lograremos, Juan —dije con un fingido entusiasmo—. No sé cómo, pero atraparemos a ese malnacido y lo llevaremos ante la justicia.

Ni yo misma creía semejante estupidez. Al menos no por aquel entonces.

Los siguientes días transcurrieron a una velocidad mucho más lenta de la habitual. Traté de animar al marqués, pero mis intentos cayeron todos en saco roto. Apenas salió de su habitación, donde permanecía obsesionado por encontrar el modo de derrotar a la orden mientras contemplaba, sin descanso, una fotografía de su hijo. Verle así me apenó el corazón.

James y George tuvieron que viajar a Madrid durante un par de días por un asunto oficial del que, para variar, no comentaron absolutamente nada. Teresa deambulaba por el apartamento en camisón, haciendo todo lo posible

por desbocar cualquier hormona masculina que encontrase a su paso. Para su desgracia y mi regocijo, Patrick no dio muestras de un especial interés por el contoneo de sus sensuales caderas. En cuanto a mí, me dediqué en cuerpo y alma a intentar redimir las fuerzas del mal que habitaban en el Banco Estrella.

La mujer que conocí durante la manifestación frente a las torres del Banco Estrella me envió más de diez correos electrónicos. Cada uno de ellos contenía al menos cinco o seis expedientes de clientes del banco que aparentemente habían sido engañados por el mismo. Pasé todo el fin de semana encerrada en mi habitación, revisando uno por uno y tratando de reordenar la marabunta de información que me había enviado.

El derecho bancario no era mi especialidad. A decir verdad, no era una rama por la que sintiera especial interés. Llamé a filas a todas y cada una de mis neuronas y, poco a poco, logré encaminar posibles líneas de actuación judicial para los primeros expedientes a los que dediqué todos mis esfuerzos. Trabajé con un ordenador portátil que Patrick me había prestado a regañadientes, pues no parecía apoyar mi empeño por ayudar a los cientos de clientes supuestamente estafados del banco.

El marqués por su parte, estudió desganadamente el informe sobre el Proyecto Imperium que Isaías me había entregado el jueves. Su estado de ánimo parecía haber decaído notablemente, al igual que me había sucedido a mí, pero a diferencia de él, yo había logrado resurgir de entre mis cenizas. No tenía más opción que recuperar las ganas por continuar luchando, era lo menos que podía hacer por todas aquellas personas que habían sufrido el engaño de la *estrella* en sus propias carnes.

El domingo por la tarde, tras haber pasado recluida más de dos días en los que apenas me relacioné con el mundo exterior, decidí salir de mi encierro. Acudí directamente a la habitación del marqués. La puerta estaba entreabierta, por lo que entré sin pedir permiso.

Juan estaba tumbado sobre la cama. Su cabeza descansaba sobre una almohada de acolchamiento viscoelástico.

—El tratamiento con aloe vera tiene un efecto inmediato sobre la calidad de mi sueño —comentó—, y una memoria que recuerda la forma de mi cabeza.

A decir verdad, aquel eslogan de medio pelo me sonó a broma, pero contuve la mueca de burla que luchaba por dibujarse en mi rostro.

Me tumbé a su lado y contemplé el techo sin decir ni una sola palabra. Apenas había luz en la habitación. Alargué el brazo hasta rozar el suyo y le

acaricié la mano. Si alguien entraba en aquel momento podía interpretar erróneamente la escena, pero lo cierto era que mi única intención era reconfortar a Juan.

—Estoy bien, pecosa —dijo, adivinando mis propósitos y llevándose una mano a la frente, que acarició como si tratara de calmar un dolor—. Continúa con lo que estabas haciendo, no te preocupes por mí.

Se me cayó el alma al suelo al evidenciar su decaimiento. Juan vestía un traje oscuro que parecía dar la bienvenida al desamparo. Le acaricié suavemente su rostro sin afeitar mientras contemplaba la botella de whisky medio vacía que había sobre la mesilla de noche junto a la fotografía de su hijo.

—¿Hay algo de lo que te gustaría hablar? —le pregunté.

—No, Sofía —respondió, farto de energía—. Solo quiero descansar.

«De ningún modo», le respondí en silencio. No podía permitir que se derrumbara.

—Aun a riesgo de parecer una entrometida, hay algo que quisiera preguntarte.

—Dispara —contestó con un gesto enternecido.

Me mordí el labio, sopesando la conveniencia de formular la pregunta que me quemaba en los labios.

—¿No te gustaría retomar la relación con tu hijo? —solté finalmente.

Se incorporó de la cama bruscamente y me miró con el rostro teñido de pena.

—Me temo que eso es imposible, Sofía —contestó.

—¿Por qué te culpa de la muerte de su madre? —pregunté.

Me miró sin pestañear, sabiendo que podía confiarme un secreto tan doloroso con el que estaba punto de revelar.

—El once de diciembre de mil novecientos noventa y tres fue el último día en que le vi —comenzó a explicar mientras se masajeaba la barbilla—. Por aquel entonces mi hijo tenía veinte años. Nuestra relación no pasaba por su mejor momento. Yo estaba todo el día en el banco, trabajando sin descanso y él... —Exhaló el aire de sus pulmones—. Mi hijo había hecho nuevas amistades en la universidad.

—¿Qué clase de amistades? —quise saber.

—No eran de las buenas —respondió con ambigüedad—. Al principio no le di la menor importancia. Ya sabes, cosas de la edad. Pero poco a poco comenzó a distanciarse de mi mujer, en paz descanse, y de mí. No me di ni

cuenta, Sofía —dijo, mirándome con pesar—, de la noche a la mañana mi hijo se transformó en un pequeño tirano. Acudimos a decenas de psicólogos, pero nadie pudo ayudarnos, pues él casi nunca asistía a las consultas. Nos aconsejaron que le diéramos su espacio y así lo hicimos, pero la cosa fue de mal en peor. Me llamaron de comisaría hasta en diez ocasiones. Todo eran delitos menores de los que siempre se acababa librando de una u otra forma hasta que un día un hombre le acusó de haberle propinado una paliza. — Tragó saliva y me miró avergonzado—. Ese hombre era un mendigo.

—Podría haber acabado en la cárcel por algo así —se me escapó.

—El hombre se retractó de su declaración y retiró la denuncia al cabo de pocos días.

—¿Fue tu hijo quien le golpeó?

—Nunca lo supe a ciencia cierta, pero intuyo la respuesta —confesó—. Aquella experiencia le hizo cambiar, o al menos eso creímos mi esposa y yo. Por primera vez se había visto contra las cuerdas y eso pareció asustarle. Pero al cabo de poco tiempo, el tirano que habitaba en él regresó con más fuerza que antes.

—¿Cuánto tiempo duró aquella situación?

—Más de un año —contestó con la mirada perdida—. Yo pasaba muchas horas fuera de casa, de modo que mi mujer se convirtió en su blanco preferido y...

Guardó silencio durante un par de segundos.

—¿Y qué? —le apremié.

—Mi esposa enfermó —contestó con lágrimas en los ojos—. Le diagnosticaron un trastorno depresivo mayor. Perdió completamente el interés por vivir y, a decir verdad, la culpa de ello no solo la tuvo el comportamiento de mi hijo sino el hecho de que yo no estuviera a su lado —confesó profundamente apenado.

—¿Y qué paso?

—La enfermedad de mi mujer cambió las cosas.

—¿En qué sentido?

—Mi hijo se asustó —respondió con la voz desgastada—. Tardó tiempo pero finalmente entendió la gravedad de la situación, y cuando lo hizo se sintió desolado al darse cuenta de la tristeza que anidaba en el corazón de su madre.

—¿Cambió de actitud?

—Lo hizo, al menos con ella.

—¿Qué sucedió aquel día de diciembre?

—Era sábado —respondió con una mezcla de nostalgia y arrepentimiento—. Mi mujer no se encontraba muy bien y se echó a dormir. Mi hijo estaba en casa, tumbado en el sofá, y blasfemando por el devenir del universo —comentó, irónico—, de modo que le propuse ir al cine. Pensé que pasar la tarde juntos sería una buena idea. A fin de cuentas, él era mi hijo y yo su padre. Por supuesto, él se negó en redondo. Traté de hacer valer mi autoridad, pero de nada sirvió. Se marchó del salón dando un sonoro portazo y subió escaleras arriba mientras maldecía en voz alta. Subí a su habitación con intención de hacerle cambiar de idea. —Guardó silencio un par de segundos—. En tanto abrí la puerta el mundo se me vino encima.

—¿Qué paso, Juan?

—Tenía un revólver en la mano —respondió, abriendo los párpados—. No sé qué diablos hice mal. Tal vez le consentí demasiado. Quizá no pasé el tiempo suficiente con él. Qué se yo...

—¿Y qué hacía tu hijo con una pistola? —pregunté, cada vez más ansiosa.

—El arma era mía. Los robos en domicilios se habían disparado aquel año en Barcelona —comentó a modo de justificación.

Reprimí una mueca de reproché y le insté a continuar con su relato.

—Mi hijo sostuvo el revólver con el brazo extendido y me apuntó a la cabeza.

—¿Y tú que hiciste?

—Nada —respondió, palideciendo al desenterrar aquellos recuerdos—, ¿qué podía hacer? —Soltó una risa inquietante y añadió—: Ni siquiera había balas en la recámara, pero él sostenía el arma como si pudiera arrebatarme la vida con un simple disparo. —Inspiró intensamente—. Entonces comenzó a gritarme.

—¿Y qué te dijo?

—Me culpó de la enfermedad de su madre —contestó con un profundo pesar—. Dijo que yo había sido el causante de la depresión de mi mujer al haberme alejado cada vez más de ella, al no haberla apoyado en los momentos difíciles y al haber entregado mi vida al banco en perjuicio de mi propia familia. Y lo cierto es que razón no le faltaba.

—No digas eso, Juan —quise consolarle.

—La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés —adujo, citando a un famoso poeta español—. Sus palabras me hirieron

profundamente, tal vez porque no hacían más que reflejar una realidad que yo me empeñaba en ocultar. —Bajó la mirada, intentando retener las lágrimas—. Entonces apareció mi mujer.

Me llevé las manos a la cara.

—¿Vio cómo tu hijo te apuntaba con el arma? —pregunté, espantada.

Asintió, secándose las lágrimas.

—Se fue sin decir nada y se encerró en nuestra habitación. Unas horas después mi esposa falleció por una sobredosis de barbitúricos.

Permanecimos en silencio durante más de diez minutos. Su angustia y, especialmente, la impotencia que sentí al no poder consolarle me escocían como una herida abierta. Le contemplé detenidamente, reprimiendo el deseo de estrecharle en mis brazos. Parecía liberado, como si con su confesión se hubiera deshecho de una pesada carga, pero también se le veía destrozado, de modo que opté por dejar aparcado el asunto de su hijo.

—Estoy trabajando muy duro para ayudar a las personas a las que el banco estafó —comenté de pronto, cambiando de tercio. Su mirada narcotizada apenas me prestó atención, así que decidí obligarle a salir de su madriguera haciéndole creer que le necesitaba —. Me iría bien que me echaras una mano, Juan. Apenas conozco el funcionamiento de los productos financieros que ofrece el banco. Todo esto me viene demasiado grande.

—Iré a tu habitación en media hora —comentó, resignado.

Observé su desconsuelo sintiéndolo en lo más profundo de mi alma. Tenía el rostro pálido, el pelo revuelto y los ojos irritados. Supuse que habría estado bebiendo. Lo cierto es que su mirada no dejaba lugar a dudas. Juan tenía una resaca espantosa. Le palmeé su enmarañada cabellera con cariño y me fui contenta al saber que en media hora estaría en mi habitación, ayudándome a destruir a Isaías con las únicas armas de las que por el momento disponíamos.

Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina, donde me preparé un café mientras repasaba una y otra vez la conversación que había mantenido con el marqués. Eran las ocho de la noche pero no tenía apetito, por lo que tras unos segundos de indecisión finalmente cerré la puerta de la nevera. Un ruido a mis espaldas me hizo girarme súbitamente.

Teresa me miró con descaro, repasándome de arriba abajo y sonriendo con maldad al contemplar mi original atuendo. Instintivamente bajé la vista y

observé el ridículo pijama de rayas rosas con el que iba vestida. La vergüenza tiñó mis mejillas de un rojo intenso en tanto vislumbré mis zapatillas acolchadas con forma de unicornio. Teresa, en cambio, lucía un insinuante y vaporoso vestido de tirantes de color blanco con volantes a la altura del muslo.

—¿Vas a salir? —pregunté con simpleza, incómoda por el silencio que reinaba en el ambiente.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire. Me examinó de nuevo, sin ocultar su desfachatez y enarcando una indecorosa ceja. Dio media vuelta y echó a andar hacia el sofá, de donde cogió un chal de flores. Regresó a la cocina con su sonrisa repelente.

—La verdad es que no sé qué ve en ti —dijo, dejando escapar toda la maldad que acumulaba en sus labios.

Avanzó hacia mí e instintivamente retrocedí. Su insolencia me dejó helada. Si dejaba que ganase terreno estaba perdida, pensé.

—No sé de qué hablas —respondí con una fingida indiferencia.

—No te hagas la tonta conmigo —dijo sacudiendo la cabeza—. No tienes nada especial —añadió con unas palabras impregnadas de menosprecio—, pero al parecer James sí lo cree.

Quise contestarle, pero en aquel instante mi lengua parecía haberse enredado en un alambre de espino que me impedía pronunciar una sola palabra.

—A mí no me engañas —prosiguió con resquemor mientras yo me preguntaba de dónde demonios vendría la extraña fijación que aquella mujer tenía conmigo—. Las personas no son ridículas sino cuando quieren parecer o ser lo que no son —añadió, rememorando a un conocido poeta.

—¿Cuál es tu problema? —pregunté estupefacta.

—¿Mi problema? —se burló repitiendo mis palabras con mofa—. Dime, mosquita muerta, ¿qué te traes entre manos con Patrick?

«Ahí está la clave», me dije al caer en la cuenta de cuál era su verdadero resquemor. Aquella mujer era víctima del veneno de los celos, algo que no podía reprocharle, pues yo misma había sufrido idéntica toxina en mis propias carnes.

Le observé con cierta admiración. Era realmente hermosa, pensé. Nariz afilada y distinguida, labios carnosos que invitaban al pecado y pómulos perfilados. Un rostro para enmarcar. Su elegancia natural hizo que a su lado me sintiera realmente ridícula.

—Nada, Teresa —dije en tono conciliador—. Entre Patrick y yo no hay absolutamente nada.

—¡Embustera! —espetó combativa—. No tienes agallas para decirme la verdad.

Me senté sobre un taburete, abatida. Nada de lo que yo pudiera decir le haría cambiar de opinión, pensé mientras contemplaba las infames arrugas que se le formaban en las comisuras de los labios.

—¿Es por eso que viniste a Barcelona? —pregunté, malintencionada, dejándome arrastrar por su perversidad—. Patrick te habló de mí y quisiste regresar para conocerme y evitar que algo pudiera suceder entre nosotros —deduje en voz alta.

El sonido de su móvil amortiguó su risa sarcástica. Atendió la llamada taladrándome con su sanguinaria mirada. «Si quiere guerra la tendrá», me dije a mi misma, cegada por una emoción retorcida. «Patrick y yo...», pensé. Podría haberle dicho que nunca sucedería nada entre nosotros por la sencilla razón de que yo estaba enamorada de James, pero un revuelo de vanidad mezclado con mis repentinas ansias de venganza, me lo impidió. Cierto es que, de haberle tranquilizado con aquellas palabras, no habría hecho sino faltar a una verdad que todavía no se había siquiera gestado.

Regresé a mi habitación con un humor de perros. Estuve a punto de derramar el café de mi taza en un par de ocasiones mientras subía por las escaleras. Mis manos temblaban vigorosamente a consecuencia de la irritación. Noté el frenético furor que trepaba por mi espina dorsal, instándome a iniciar una guerra para la que no estaba preparada.

La puerta de la habitación de Patrick estaba entreabierta. Miré al frente, tratando de ignorar la tentación, algo de lo que finalmente no fui capaz. Él estaba dentro y hablaba con alguien en voz baja. Mis pies se encaminaron hacia la puerta desoyendo a la voz de la prudencia. Acerqué la oreja para escuchar.

—Dame un segundo —le pidió Patrick a su interlocutor—. Pondré altavoz y anotaré la dirección.

—Está bien —se escuchó el susurro de una voz al otro lado del teléfono—. ¿No está Sofía por ahí? —preguntó James.

—Lleva encerrada en su habitación desde el viernes. No sé qué le sucede, no me lo ha querido contar.

—¿Crees que oculta algo?

—Puedes jurar que sí. He intentado sonsacárselo, pero no ha habido manera. Es extremadamente desconfiada y muy testaruda.

Escuché un ruido que me sobrecogió. Instintivamente pegué un brinco, llevándome un dedo a los labios mientras me reprimía por mi torpeza. Eché un vistazo a mi espalda, pero por fortuna ahí no había nadie. No había sido más que la vibración de un móvil, deduje aliviada.

—Averigua lo que está tramando —le ordenó James con su habitual sequedad. Exhaló un largo y contrariado suspiro de frustración—. ¡Diablos, no puedo creerlo! Con ella siempre es lo mismo —protestó antes de soltar un juramento que no alcancé a entender.

—¿Cómo demonios quieres que lo averigüe? —preguntó Patrick tras un ligero titubeo—. No me dirá nada, ya la conoces. Además, no se fía de mí.

James guardó silencio. Estaba pensando.

—No podemos esperar a mañana. Si lo hacemos puede que sea demasiado tarde. La creo muy capaz de cometer una locura. Invítala a cenar y trata de averiguar todo cuanto puedas.

—De acuerdo —respondió Patrick, sorprendido por aquella petición.

—Estate alerta. Sofía es una pésima mentirosa, pero tiene una extraña habilidad para... —Dudó durante un instante y añadió—: Para complicar las cosas.

Patrick rió. Mi orgullo herido me impidió ver el lado gracioso de aquel comentario, que por supuesto no pensaba pasar por alto.

—Llevas razón. Es un auténtico imán para los enredos.

Dejé la taza en el suelo e imité en silencio una risa irónica, dedicándoles un corte de mangas.

—Escucha, Patrick, la quiero fuera de esto en tanto sea posible —comentó James en un tono mucho más serio—. No tuve más remedio que aceptar su involucración porque así lo exigió Juan, pero en el mismo instante en que tengamos lo que necesitamos, ella sale de la misión, por eso es de vital importancia tenerla muy controlada.

«Lo llevas claro», pensé.

—Descuida —le tranquilizó Patrick.

Algo en su voz me resultó especialmente extraño. ¿Qué podía ser? ¿Tal vez culpa? ¿Quizá remordimiento? Y si así fuera, ¿a qué se debía?

Continuaron hablando mientras yo trataba de hallar la pieza que no encajaba en aquella historia. Tenía la horrible sospecha de que Patrick no

estaba siendo del todo sincero con James. Claro que, ¿acaso yo lo estaba siendo?

—¿Habéis averiguado algo más? —preguntó Patrick.

—Al parecer están negociando la venta de una nueva partida de armas.

Me llevé la mano a la boca tratando de sofocar un alarido.

—¿Con quién?

—Nigeria —respondió—. Ese maldito hijo de perra se nos vuelve a escapar —se quejó como si hablara consigo mismo.

—Daremos con él —atajó Patrick sin sonar muy convincente—. ¿Cuándo regresáis?

—Mañana. —Se hizo el silencio durante un par de segundos—. No dejes que Sofía vaya al banco sin haber descubierto antes qué demonios se trae entre manos, ¿me oyes?

—Déjalo en mis manos.

—Una cosa más, Patrick —comentó con un claro tono de advertencia—. Invítala a cenar. Nada más.

La situación había tomado una nueva dimensión. Me alejé de la habitación de Patrick y caminé hacia la del marqués.

—Todavía no han transcurrido los treinta minutos —se quejó en tanto me vio.

Traté de contestarle, pero me había quedado sin habla. Una única pregunta me rondaba la cabeza, una cuestión que volaba dando vueltas y giros en el angosto espacio de mi cerebro. ¿Armas?

El marqués contuvo un bostezo y se incorporó lentamente.

—¿Qué sucede, pecosa? Parece que hayas visto un muerto.

Miré a través de la ventana. Había comenzado a llover y desde la habitación podía sentir la humedad tan característica de la ciudad condal.

—¿Sabías que la orden comercia con armas?

Una sonora carcajada respondió a mi pregunta.

—¿Cómo crees que se financian sino? —preguntó como si dirigiera sus palabras a la inocencia personificada.

—Con el dinero de sus miembros —respondí, encogiéndome de hombros—. Si no recuerdo mal, debían pagar trescientos mil euros por entrar a formar parte de la orden, además de la cuota anual de...

—Cuarenta mil euros —acabó la frase y soltó una risa irónica—. Con ese

dinero, querida, no tendrían ni para empezar.

Abrió el cajón de su mesilla de noche de donde extrajo una pequeña caja de madera tallada con dibujos tribales africanos. La sostuvo en sus manos sin decir nada más.

Sin moverme de la ventana, contemplé a la gente corriendo de un lugar a otro, tratando de resguardarse de la repentina lluvia. Sentí la humedad adherida a mis pulmones, dificultándome el respirar con normalidad.

—¿Por qué nadie me cuenta nada? —protesté en voz alta.

Volví la vista hacia Juan, pensando que tal vez él lograría explicarme porqué siempre era la última en enterarme de todo. Abrió la caja de madera y extrajo una bala de su interior. Un proyectil alargado, bañado en oro, y con pequeñas incrustaciones de brillantes en su punta redondeada.

—Obsequio de la hermandad. —Sacudió la cabeza con una expresión a medio camino entre el sarcasmo y la repugnancia—. Un macabro tributo al inframundo que sostiene a la diabólica Orden del Denario.

—¿Cómo podías formar parte de eso? —exclamé con la boca pastosa, ahogando un lamento que provenía de lo más profundo de mi corazón.

Me sentí algo mareada, por lo que me senté en el borde de la cama junto a Juan. El calor de la habitación se volvió sofocante.

—Recuerda, pecosa, que yo no elegí pertenecer a la secta de los banqueros. Como ya te expliqué en su día, la Orden del Denario se constituyó con un propósito muy distinto al actual —comentó a modo de justificación. Me miró cabizbajo y agregó—: Pero no puedo negar que continué formando parte de ello aun conociendo sus perniciosos designios.

—Así es —espeté, crucificándole con la mirada.

Me mordí la lengua, tratando de controlarme. Juan apresó mis manos casi implorando mi compasión.

—Sabes que traté de abandonar la orden en tanto me di cuenta de cuál era su verdadera alma —comentó con voz tenue. Inspiró hondamente y exhaló lo que pareció ser un último aliento—. Sabía que llegaría el día en que lo echarías en cara.

—No te juzgo, Juan —repuse, furibunda—. Es solo que no comprendo cómo pudiste participar en semejante conspiración —añadí a modo de reproche.

—Se trata de algo mucho más grande que una simple conspiración —me corrigió con amargura.

—¿Cómo conseguiste aquel peón que contenía la información del

Proyecto Imperium? —le interrumpí.

—Lo robé el día que se celebró el primer encuentro con los empleados seleccionados para el Proyecto Imperium —respondió con orgullo.

—¿En la Casa del Sol? —pregunté, recordando las palabras del doctor Cabeza de Vaca.

—Así es —asintió—. Yo era uno de los organizadores del evento —confesó con vergüenza—. Mis instrucciones eran tan sencillas como escuetas, todo cuanto debía hacer era reforzar la fe ciega de los empleados en el banco y eliminar el menor resquicio de pensamiento crítico. Algo despreciable —admitió—, pero debía participar de aquella truhanería si quería reunir las pruebas necesarias para desenmascararles.

—Bueno, ¿y cómo lo hiciste? —le urgí.

—Esperé a que terminara el acto, que duró cerca de seis horas, y en lugar de marcharme del centro, permanecí en el edificio. Unos minutos después me tropecé con Isaías e Ignacio Javier, el presidente de Blankium, justo en el instante en que salían de una sala cercana al auditorio. —Guardó silencio durante unos segundos, disimulando el brillo de sus ojos—. Supe enseguida que acababan de reunirse con el Rey.

—¿Cómo lo supiste? —quise saber.

—Echando mano de mi capacidad de observación —respondió—. Ya conoces a Isaías, su auto-endiosamiento no tiene límites. Sin embargo, en aquel instante la expresión de su mirada denotaba subordinación y rendimiento.

—Está bien —dije, dando por buena su suposición—. Volvamos al momento en que robaste el peón del Rey —añadí, intentando centrar de nuevo la conversación.

—Aguardé a que se alejaran y, tras asegurarme de que no había nadie más en las inmediaciones, me colé en la sala de donde les había visto salir instantes antes. Rebusqué por todas partes sin saber muy bien qué era lo que pretendía encontrar. Aquel día el destino decidió encomendarme una misión: desenmascarar a la Orden del denario. ¿Por qué sino habría puesto aquel valioso peón en mi camino?

—Tal vez tengas razón —acepté sin mucha convicción.

—Lo que averigüé aquel día me sobrecogió —prosiguió—. La secta se financia con el tráfico de armas, es cierto, pero el entramado de la orden tiene unos tentáculos sempiternos. —Se acarició la barba mientras negaba con la cabeza—. El gran peligro del Proyecto Imperium no es otro que su éxito y su

más que previsible efecto dominó.

—Comprendo.

Guardamos silencio durante unos instantes.

—Sabes de sobra que yo no soy como ellos —soltó de pronto, incómodo por el más que evidente juicio al que le sometían mis ojos.

—No pretendía recriminarte nada —murmuré.

—O estás con ellos o contra ellos, Sofía —insistió—. Nadie abandona la secta. No sin sufrir consecuencias.

Salimos a la terraza de su habitación y Juan se encendió un cigarrillo que saboreó como si nada malo estuviera sucediendo.

—Hay más... —le anuncié.

—Dispara.

Su comentario me sonó poco apropiado, dadas las circunstancias y mi extrema sensibilidad.

—James quiere que Patrick me invite a cenar.

Se echó a reír.

—Sospechan de ti, pecosa. El guaperas tratará de sonsacarte información sobre lo que te traes, nos traemos —se corrigió de inmediato— entre manos.

—Así es —balbucí—. ¿Cómo lo has sabido?

—No era difícil de adivinar —respondió con una sonrisa risueña—. El rubiales está coladito por ti. No le pediría tal cosa a Patrick a menos que fuera para intentar averiguar qué es lo que les escondes. Créeme, si James estuviera en Barcelona jamás le ordenaría a otro hombre que te invitara a cenar. Además, no has dejado de mirar a la puerta desde que has entrado, por lo que temes que Patrick aparezca tras ella en cualquier momento —añadió, exhalando el humo de su cigarrillo.

—¿Y qué hago, Juan?

—Hazte la dormida —respondió sin el menor asomo de preocupación.

—¿La dormida? —repetí sin secundar su absurda propuesta.

—Regresa a tu habitación y finge que estás durmiendo. Si cenas con Patrick, él acabará por averiguar nuestros planes.

—¿Por qué dices eso? —pregunté, ofendida—. Yo sé guardar un secreto.

—Digamos que no se te da bien ocultar tus emociones y él lo sabe. Será por ahí por dónde te asalte y tú, querida mía, caerás en sus redes cual presa atrapada por su carga eléctrica.

Le miré malhumorada, sabiendo que muy probablemente estuviera en lo cierto.

—Está bien —refunfuñé—, me voy a dormir.

—Antes de que te vayas, quería comentarte algo más —dijo en voz baja—. Pasado mañana se celebra la gala benéfica anual que organiza la fundación del banco.

—No había oído hablar de ella.

—Se ha convertido en uno de los actos sociales más importantes del país —comentó con tono desdeñoso—. Este año recaudarán fondos para erradicar el hambre en el mundo —añadió, sarcástico.

—La verdad es que no parece una mala idea —dije con ingenuidad.

—No es más que un lavado de imagen, Sofía. No hay el menor ápice de altruismo en este tipo de eventos. Es publicidad gratuita para el banco, marketing social sin coste alguno, ¿comprendes?

—Recaudarán dinero que destinarán a una buena causa. ¿Qué problema hay si su obra social no es más que una promoción de la propia entidad? A fin de cuentas, lo que verdaderamente importa es acabar con el hambre, ¿no es así?

Resopló y puso los ojos en blanco.

—El narcotraficante más temible del mundo también tenía su propia obra social, pero ello no le exime de haber dado muerte a más de cinco mil personas.

Su comparación me sorprendió y así se debió reflejar en mi mirada.

—No me mires así, pecosa. Creo que con la información de la que dispones en estos momentos puedes hacerte una idea de cuál es la verdadera alma del banco. Sabes que engaña, estafa, negocia con armas y, por si eso fuera poco, tiene previsto llevar a cabo un proyecto de lavado de cerebro a ciertos empleados para que estos estafen a los clientes con un producto tóxico.

—Visto así... —contesté con simpleza—. Y dime, ¿por qué estamos hablando de esto?

Abrió de nuevo el cajón de la mesita de noche. Sacó una pequeña caja envuelta en papel de cartón y decorada con hojas secas, ramitas y un hilo grueso de algodón.

—Necesito que durante la gala le entregues esto a María Pedrosa.

—¿A tu amante? —solté sin pensar, tras lo cual me mordí la punta de la lengua.

Se rio ante la espontaneidad de mi comentario.

—Sí, pecosa, a ella. Pero quisiera aprovechar para aclarar que María es

mucho más que mi amante —dijo muy solemne.

—¿Puedo saber qué es lo que hay en la caja?

Negó con la cabeza.

—De ningún modo. Deberás confiar en mí.

—Dime al menos si tiene que ver con el Proyecto Imperium —exigí de un modo infantil.

—No guarda la menor relación.

—¿Y no puedo dárselo por la mañana en la oficina?

—¡No! —respondió agitando las manos y sacudiendo la cabeza—. Tiene que ser a las once en punto. Ni un minuto más, ni un minuto menos —añadió con una expresión intrigante.

—Está bien, Juan. De todas formas, siento decirte que no me han invitado a la gala benéfica. No formo parte del exclusivo elenco de asistentes —me burlé, irónica.

Me miró con su perpetua sonrisa de sabelotodo.

—Lo harán, querida —respondió escuetamente.

El marqués debía ser adivino. De otro modo no me explicaba cómo se las arreglaba para acertar todas sus predicciones. La mañana siguiente abrí la invitación al *evento social del año* mientras degustaba el tercer café del día. Lo cierto es que una parte de mí se alegró de haber sido invitada a una gala como aquella. Sin embargo, continuaba teniendo en la cabeza a los cientos de clientes estafados por el Banco Estrella, cuyos expedientes aguardaban en mi bandeja de correo a la espera de ser examinados. Saldría pronto del despacho y, antes de acudir a la recepción benéfica, trabajaría un poco más en los casos que todavía no había podido inspeccionar, pensé.

Tal y como me había propuesto Juan que hiciera, en tanto regresé a mi habitación la noche anterior fingí estar dormida. Patrick entró tras llamar a la puerta y permaneció observándome en silencio. Mi respiración se volvió ligeramente agitada, pero por lo demás disimulé como debía. O al menos, eso creí. Una vez me aseguré de que Patrick se hubiera marchado, encendí la luz de la mesita de noche y examiné minuciosamente toda la documentación de la que disponía sobre el Proyecto Imperium.

El estridente sonido del teléfono me obligó a regresar a la realidad aquella calurosa mañana de julio.

—Quiero que venga a *mi gala* con su marido —comentó Isaías Ferrer tras

un formal intercambio de saludos.

«¡Maldita sea! —exclamé para mis adentros— ¿Qué marido?».

—Verá, señor, a Philippe le encantaría acudir, pero me temo que no le será posible. Tiene ciertas obligaciones que atender.

Isaías permaneció en silencio, a la espera de que yo recapacitara sobre mi decisión, pero al percatarse de que no movía ficha, la furia habló por él.

—¿Acaso no está comprometida con nuestra causa? —gruñó.

—Por supuesto que sí.

—En ese caso hará todo lo posible para que su marido le acompañe —sentenció como si aquellas palabras hubieran pronunciadas por el mismísimo Dios.

Sopesé la posibilidad de mandarle a paseo.

Debía comprar urgentemente una de esas pelotas de gomaespuma semi-blanda, con forma de animal de granja, para poder estrujarla en momentos como aquel y liberar todo el estrés acumulado.

—¿Es que no me oye? —rezongó—. ¿Está usted sorda?

«Una pelota no será suficiente», me dije. A falta de una, agarré la grapadora y la apreté con fuerza. Aflojé en mi aprisionamiento y volví a apretar, haciendo que los músculos de la mano y del antebrazo trabajaran de un modo poco ortodoxo. En vista de la inutilidad de mi ejercicio, con el que no conseguí liberar ni un ápice de adrenalina, lancé la grapadora contra una de las ventanas. Le siguieron el portalápices y un par de bolígrafos.

Soy plenamente consciente de la imprudencia que cometí. También lo fui en aquel momento. Sin embargo, aquel lanzamiento de material de oficina, una disciplina que a mi modo de ver debería catalogarse como deportiva, logró relajar mis nervios.

—Estoy cien por cien entregada a su causa —comenté sin saber de qué causa estaba hablando—. Acudiré a la gala y mi marido me acompañará.

—Así me gusta —dijo, condescendiente—. Hay algo más que quisiera comentarle.

—Usted dirá... —dije mientras miraba a través de la ventana. Llovía a mares.

—Tengo una sorpresa para usted. —Guardó silencio durante unos segundos, tratando de darle más emoción a sus palabras. Bostecé al tiempo que apoyaba los pies sobre la mesa, aburrida por las excentricidades de aquel mentecato y sin tener la menor idea del aguacero que estaba a punto de caer sobre mi cabeza—. Robert Redsign está aquí en...

El sobresalto hizo que a punto estuviera de caerme al suelo al escuchar aquellas palabras.

¿Robert Redsign? Mi tapadera y, en aquel instante, mi conducto hacia la perdición. La culpa era del marqués, me quejé para mis adentros, era él quien había decidido inventarse mi relación laboral con un miembro de la familia Redsign.

Un respingo involuntario me obligó a soltar el auricular del teléfono, que salió disparado hasta estrellarse en el interior de la papelería. Mantuve el equilibrio durante una fracción de segundo, mientras mis pies permanecían suspendidos en el aire, a la espera de recibir la orden de un nuevo destino, y mis brazos, abiertos en cruz, se balanceaban de un lado a otro tratando de coordinar una aparatosa acrobacia. Para cuando aterricé en el suelo, Isaías ya había colgado el teléfono, enervado al no recibir respuesta alguna por mi parte.

Escuché la puerta del despacho.

—¿Qué demonios haces en el suelo? —preguntó Patrick, ladeando la cabeza y entornando los ojos.

—¿Robert está aquí! —vociferé como si un espíritu maligno me acabara de poseer.

—¿Qué Robert? —preguntó, confuso.

Sacudí la cabeza, soltando un resoplido que no parecía entender de modales.

—Da igual, no importa —rezongué.

Me agarró del brazo.

—¿Qué mosca te ha picado?

No contesté, pues todas mis neuronas estaban centradas en asuntos de otra índole. Clavé la mirada en la pared y me esforcé por aplacar los nervios.

—Ayer me hubiera gustado invitarte a cenar —comentó Patrick con una sonrisa cautivadora—, pero estabas dormida cuando entré en tu habitación.

—¿Crees que hablará español? —pregunté sin prestar atención a sus palabras.

—¿De quién hablas? —Frunció el ceño, mostrando un semblante serio y un tanto preocupado.

—¿De Robert! —exclamé molesta porque no prestara la debida atención. Bajé la voz y le miré avergonzada—. Verás, es que mi inglés está un poco oxidado...

Abrió la boca para decir algo, pero la confusión le impidió hablar.

—Al listillo del marqués no se le ocurrió que algo así pudiera pasar — protesté apretando los puños.

Patrick arrugó el entrecejo. Me contempló con sus enormes pupilas dilatadas, que parecían preguntarse por el origen de aquel nuevo arrebató de locura.

Debía hablar urgentemente con Juan, pensé. Agarré el bolso con virulencia y rebusqué mi móvil personal en su interior hasta que di con él. Lo saqué con mis manos temblorosas, de las que se escurrió casi al instante, saliendo disparado como si huyera de mí. Patrick lo agarró al vuelo. Levantó la mano que sostenía el móvil de modo que yo no pudiera alcanzarlo.

—En tanto te tranquilices te lo daré —dijo, autoritario.

«Por Dios, pero ¿qué diablos está haciendo este majadero? No se da cuenta del lío en el que estamos. Mi coartada se va a paseo», me dije a mí misma.

Y como quien no quiere la cosa, la demencia fue colonizando cada uno de mis músculos hasta que un resorte imaginario me obligó a brincar como una gacela, tratando de dar alcance al móvil que sostenía Patrick a una altura aparentemente inalcanzable.

—¿Has consumido algún tipo de alucinógeno? —preguntó, torciendo el gesto.

Conté hasta diez y finalmente contesté.

—No quiero hacerte daño —solté en claro proceso de delirio—. Devuélveme mi móvil, es una cuestión de vida o muerte.

Rompió a reír, algo que hirió de muerte a mi inconsciente orgullo.

«Tírate a por él», me dijo una voz interior. No me lo pensé ni un instante, me abalancé sobre Patrick sin la menor piedad. Con una mano me colgué del cuello, dejando la otra libre para lograr su cometido: robarle el móvil cuando mis piernas estuvieran preparadas para darme el impulso necesario.

La puerta de mi despacho se abrió en aquel instante. «Maldita sea, ¿es que aquí nadie llama antes de entrar?», murmuré para mis adentros.

La amplia sonrisa de Brígida desapareció en el instante en el que asimiló la escena con la que se encontraron sus ojos. Los papeles que sostenía en las manos se desplomaron sobre el suelo a cámara lenta. Nos contempló ojiplática hasta que de pronto creyó adivinar el motivo por el cual yo estaba abrazada a Patrick como si un adhesivo potente me impidiera separarme de él.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó con una gran risotada—. ¡Las

acciones han vuelto a subir! —añadió, feliz, cerrando los puños y agitándolos en señal de victoria.

Aproveché el desconcierto de Patrick para arrebatarme el móvil y salí de ahí escopeteada. Esta vez sería él quien recibiera el caluroso abrazo de Brígida.

El destino quiso que no localizara a Juan hasta la tercera llamada.

—¿Por qué no me cogías el teléfono? —espeté.

—Estaba hablando con Patrick. ¿Qué sucede? Parecía preocupado por ti.

—¿Que qué sucede? —vociferé mientras atravesaba un largo pasillo sin importarme cómo me miraran las personas con las que me cruzaba por el camino—. ¡Robert está aquí!

—¿Qué Robert? —preguntó, aturdido.

«Por el amor de Dios, ¿acaso se han vuelto todos tontos de repente?», me pregunté al punto del colapso.

—Robert Redsign —contesté con un resoplido—. Está aquí.

—No digas tonterías, Sofía. ¿Qué va a hacer alguien de la familia Redsign en el Banco Estrella?

—¡Y yo que sé! —protesté—. No tengo ni la menor idea de lo que hace en el banco, pero está aquí. Ha sido Isaías quien me lo ha dicho. —Inhalé todo el aire a mi alrededor y, con un tono muy próximo a la histeria, pregunté —: ¿Qué hago?

—En primer lugar deberás tranquilizarte. Respira conmigo. Inspira y piensa en...

—¡Déjate de juegos, Juan! No hay tiempo para eso. Tarde o temprano Isaías vendrá a mi despacho con Robert y mi tapadera quedará al descubierto.

Se quedó en silencio, cavilando sobre la situación.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —pregunté, malhumorada.

—Adelántate a ellos —dijo finalmente—. Ve a su despacho y sorpréndelos. Saluda a Robert con efusividad, como si lo conocieras de toda la vida y cuando lo hagas guíñale un ojo, de modo que crea que estás coqueteando con él.

—¿Qué? —vociferé, sin poder controlar la rabia que salía por mi boca—. ¿Ese es tu magnífico plan?

—Me temo que sí. No quiero engañarte, Sofía, la verdad es que lo tenemos crudo —dijo con una sinceridad que nadie le había pedido—. Le

pediré a María que encuentre el modo de interrumpiros en... —Se detuvo un instante—. ¿Diez minutos?

Suspiré sabiendo que no tenía alternativa.

—Maldigo el día en que te conocí en el manicomio —renegué entre dientes.

—Lo harás muy bien —dijo en un intento por calmarme—. Escúchame bien, pecosa, la técnica de la respiración te será de mucha utilidad en una situación como esta. Respira como te enseñé mientras caminas hacia el despacho de Isaías —comentó con una voz de lo más radiofónica—. Quiero que te visualices a ti misma saliendo airoso de esta situación. Sé que puedes hacerlo. —Me retiré el móvil de la oreja y miré el aparato mientras maldecía al marqués—. ¡Puedes y lo harás, Sofía! Tú eres el capitán del barco, puedes manejarlo en la dirección que desees.

Colgué el teléfono. Lo último que necesitaba era escuchar más voces dementes. Suficiente tenía con las que sonaban en el interior de mi cabeza.

Me encaminé hacia el despacho de Isaías con decisión, haciendo de tripas corazón y encarando aquel último contratiempo como un nuevo reto a superar.

«Eres una heroína, Sofía», me dije en voz baja. Llamé a la puerta con los nudillos y entré sin esperar respuesta, sabiendo que debía actuar con determinación.

Y ahí estaban los dos, al final del espacioso despacho presidencial. Al verme entrar con semejante furor, Isaías se quedó boquiabierto, como si estuviera sufriendo una alucinación visual. Sus ojos y su boca se abrieron sincronizados mientras torcía el gesto y me mostraba las palmas de las manos.

El otro hombre, Robert, no era como yo esperaba. También me miraba anonadado, pero en sus labios se dibujaba una media sonrisa un tanto inquietante, como si acabara de acordarse de un buen chiste y tratara de reprimir la risa. Su rostro me resultó familiar. Ojos pequeños y de un color verdoso, resguardados tras unas gafas redondas de madera ligeramente violácea. Sus orejas, de lóbulos redondeados, no guardaban proporción con el resto del rostro. Apretaba los labios, finos y herméticos, mientras trataba de contener la risa. Tenía una nariz magnánima con un pico bulboso que le otorgaba un aspecto un tanto bufón. El cabello era oscuro y abundante, peinado con la raya a un lado de un modo curiosamente infantil.

Debía actuar con rapidez y determinación. Sin titubeos. Isaías continuó

con la boca abierta, pero no dijo nada. Permanecía pasmado por mi súbita interrupción. Clavé mis ojos en el cómico semblante de Robert y abrí los brazos en cruz, presa de lo que parecía ser un brote psicótico. Llené de oxígeno mis pulmones, hinchando el pecho de manera exagerada mientras una enorme y falsa sonrisa se posaba sobre mis labios.

—*Oh, my God!* —exclamé con un acento inglés de lo más exagerado. Avancé hacia él con los brazos extendidos mientras su sonrisa parecía temblar en sus pálidos labios—. *My friend!*

Instintivamente el hombre dio un paso atrás y me miró como si tuviera delante a la mismísima Linda Blair interpretando el papel de la niña de «El exorcista».

La tensión del momento hizo que me sobreviniera una súbita e inoportuna amnesia idiomática. «Seguro que habla español, Sofía, ¿cómo sino iba a entenderse con el cernícalo de Isaías?», me dijo una voz interior, tratando de tranquilizarme.

Robert comenzó a sudar de manera enfermiza. El rictus de su boca reflejaba temor. En un gesto involuntario llevó los brazos a la altura del pecho, como si quisiera protegerse.

No tuve la menor piedad. Le abracé con ímpetu hasta que su rostro comenzó a adquirir una tonalidad cadavérica de lo más espeluznante. Acerqué mis labios al lóbulo de su colosal oreja derecha.

—*Follow my game* —le pedí, recuperando mi entonación sajona.

Robert me miró aterrado.

—¿Qué me ha dicho? —murmuró, patidifuso, en un perfecto castellano, pronunciando sus palabras con una lentitud exasperante—. Por favor, no me haga daño —lloriqueó con cara de pena.

Le miré extrañada. Dos cosas me llamaron la atención en aquel instante. En primer lugar, no tenía acento británico. «Tal vez haya pasado largas temporadas en España», me dije a mi misma tratando de encontrar una explicación. Pero si había algo que no me cuadraba en aquella historia era su aspecto remilgado y mojigato. No era así como me esperaba a un miembro de la archiconocida familia de banqueros.

—Sígame el juego —le susurré de nuevo mientras Isaías descolgaba el teléfono con intención de llamar a seguridad—. Me llamo Sofía. Usted y yo somos grandes amigos, ¿de acuerdo? —añadí con un guiño.

El hombre se apartó de mí con una enorme sonrisa, como si mis palabras resolvieran el gran misterio de la humanidad. Sus ojos tenían una expresión

traviesa de lo más inquietante. Los abrió hasta el extremo, mientras ladeaba la cabeza y asentía con la misma. Se dio un golpe seco en la frente con la palma de su mano derecha. Como si de una marioneta se tratara, sus brazos comenzaron a cobrar vida con movimientos bruscos que parecían obedecer las órdenes de un titiritero. Los extendió cual mesías en plena evangelización y dio un paso al frente.

—¡Sofía! —exclamó con una sonrisa colosal que descubría su resplandeciente dentadura. Isaías nos miraba boquiabierto con el auricular del teléfono pegado al oído—. Amiga mía, no te había reconocido. Que grato placer es poder disfrutar de tu presencia —añadió Robert mientras me estrechaba entre sus brazos.

Noté el frenético latido de su corazón, vibrando suavemente sobre mi hombro derecho. Tras un lapso que consideré más que indecoroso quise separarme de Robert. Posé mis manos sobre su pecho y traté de zafarme de aquel pulpo que parecía haberse encariñado con mi cuello. Su sonrisa guasona continuaba tatuada en sus labios como un rictus permanente. Me miró fijamente, con sus desvariados ojos radiantes de emoción, y de pronto los abrió desmesuradamente, sin abandonar su expresión socarrona. Levantó y bajó las cejas avivadamente mientras se frotaba las palmas de las manos con el mismo entusiasmo.

Isaías permanecía en un segundo plano, todavía con el teléfono descolgado. Estaba totalmente petrificado. Sus cejas alzadas, los ojos abiertos de par en par y la mandíbula caída dejaban entrever su enorme desconcierto. Le miré fugazmente y la expresión en su semblante pareció mudar de emoción. Frunció el ceño y apretó los labios, mostrándome ligeramente los dientes en lo que parecía ser una actitud de lo más hostil.

—¿Qué hace aquí? —soltó finalmente con un tono poco amistoso.

Robert, que hasta entonces le había dado la espalda a Isaías, se volvió hacia él, colocándose a mi derecha con una proximidad de lo más inoportuna.

Carraspeé y tragué saliva de forma reiterada. Tenía el paladar reseco y apenas podía mover la lengua.

—Disculpe la intromisión, señor. Tan solo quería saludar a mi amigo.

—¿Su amigo? —preguntó incrédulo. Levantó una ceja con escepticismo. Se llevó la mano a la boca y, extendiendo sus dedos, se golpeó suavemente los labios hasta que en ellos se dibujó su habitual sonrisa de desdén—. No sabía que conociera a Ignacio Javier.

Sus palabras me dejaron casi sin habla. ¿De qué demonios estaba

hablando?

—¿Ignacio Javier? —repetí instintivamente mirando al hombre a mi derecha que de nuevo parecía haber recordado un gran chiste.

Isaías alzó la barbilla con arrogancia, inclinó el tronco hacia atrás y elevó los hombros mientras cruzaba los brazos a la altura del pecho con una actitud altanera.

—Ignacio Javier Gabikagogeaskoa —dijo expandiendo el pecho—. ¿Acaso no sabe el nombre de su amigo? —preguntó con escarnio.

«¿Y este quién diablos es?», me pregunté mientras miraba de soslayo a ese tal Ignacio Javier de apellido impronunciable. Noté como mi boca se curvaba hacia abajo, abatida y quejumbrosa. Clavé la mirada en el suelo, incapaz de proseguir con aquella comedia.

—Por supuesto que lo sabe —comentó de pronto el hombre a mi derecha de quien ya no me separaba ni medio centímetro de distancia—, pero a ella le gusta llamarme Nacho —añadió mientras me palmeaba las nalgas con disimulo.

«¡Será cretino!», pensé mientras valoraba el soltarle un guantazo. Claro que, teniendo en cuenta que aquel hombre acababa de librarme de una buena, tal vez podía ser un poco benevolente con él. Inspiré profundamente y decidí obviar su grosería. Por el momento.

—Llamaré a seguridad —refunfuñó Isaías abriendo sus fosas nasales de donde parecía salir un humo imaginario—. Ya no es necesario que se personen en mi despacho.

Me di la vuelta y agarré a Ignacio Javier por el brazo.

—Como me vuelta a tocar el culo le corto la mano, ¿está claro? —le solté en voz baja. El hombre asintió sin perder su sonrisa burlona. Resoplé con cierto alivio y le pregunté—: ¿Quién es usted?

—Ignacio Javier Gabikagogeaskoa —contestó elevando los hombros con una postura engreída y orgullosa—. El presidente de Blankium, uno de los bancos más importantes de este país.

—Y entonces... —comencé a decir, pensativa—. ¿Dónde diablos está Robert?

Debería haber permanecido callada, pero aquella pregunta surgió de mis labios sin mi consentimiento.

—¿Qué Robert? —preguntó Ignacio Javier como si mis palabras fueran de lo más graciosas.

—¿De qué Robert habla usted? —intervino Isaías, que acababa de colgar

el teléfono, fulminándome con la mirada.

Resoplé y un mechón de pelo salió disparado en el aire. Aquella era la cuarta vez que respondía la misma pregunta en la última media hora.

—Redsign —contesté hastiada.

Isaías alzó los hombros con parsimonia.

—No sé dónde se hospeda, si es eso lo que quiere saber.

—Pero ¿no ha dicho que estaba aquí? —insistí desesperada, levantando las manos mientras sacudía la cabeza con frustración.

—Claro, ¿acaso no lee los periódicos? —preguntó con menosprecio mientras cogía uno de los diarios que había sobre su mesa y me lo plantaba delante de la cara. Lo golpeó con su dedo índice, señalando una noticia. Al parecer, Robert Redsign había venido a Barcelona interesado por la inversión hotelera en la ciudad condal o, al menos, eso se explicaba en aquel diminuto artículo donde ni siquiera publicaban una imagen del famoso banquero—. Invítele a la gala de mañana, desearía conocerle.

—Me temo que eso no podrá ser —balbucí con mis neuronas ligeramente adormiladas.

Isaías me taladró con su mirada, a la espera de mi rectificación.

—Está bien —comenté abatida—. Hablaré con él.

La puerta del despacho se abrió bruscamente. Tras ella apareció Maria Pedrosa.

—¡Fuego! —gritó evidenciando nerviosismo—. Tienen que marcharse de aquí, ¡hay un incendio!

Isaías palideció casi al instante. Ignacio Javier, por el contrario, continuó sonriendo, lo que me llevó a pensar que tal vez tuviera alguna rigidez labial.

—Tranquila, María, ya no es necesario —comenté en voz baja y sin mucho acierto mientras le guiñaba un ojo apremiante.

—Pero ¿qué dice, majadera? —soltó Isaías desde la puerta.

Dejé que saliera escopeteado sin avisarle de que en realidad no había ningún incendio. El presidente de Blankium le siguió, dando unos ridículos saltitos de bailarina mientras crinaba su anticuado peinado.

—¿Qué sucede, Sofía? —preguntó María en un susurro, una vez nos quedamos a solas.

Me senté sobre la enorme silla presidencial. Tenía el alma desbordada y el ánimo decaído.

—¡Ay, María! —gemí—. Necesito encontrar un marido y un detestable banquero inglés —solté con simpleza.

Capítulo 13

La luna llena me desenmascaró

Pocas horas después de mi azarosa desventura con el presidente de Blankium, decidí regresar al apartamento de Patrick. Me había cansado de fingir que estaba trabajando en algo. Además, la lectura de los largos y tediosos informes que tenía sobre la mesa había logrado despertarme un molesto dolor de cabeza.

Me sorprendió el intenso olor a tabaco cuando entré en el loft. Agudicé la eficacia de mi olfato mientras contemplaba la extensa humareda que se extendía a lo largo del salón como una nube baja, dificultando la visibilidad. Aprecié un sutil aroma a mentol y a eucalipto que, sin saber por qué, me trajo buenos recuerdos. Olfateé el aire de nuevo con alígeros movimientos de nariz. Percibí un tenue pero agradable perfume a canela y a nuez moscada. ¿De dónde demonios procedían aquellos olores?, me pregunté mientras agitaba la mano, tratando de remover la espesa cortina de humo que me impedía ver más allá de dos metros de distancia.

Sonaba un popular bolero de Armando Manzanero. Me paré en seco, hipnotizada por aquella pieza musical que masajeaba mis oídos con su sensual melodía. Sonreí cuando un nuevo cantante se unió al recital. Plácido Domingo desplegó el glorioso don con el que los dioses le habían agasajado: su excelsa voz.

El salón, de unos ochenta metros cuadrados, se había convertido en auténtico laberinto por culpa de la niebla aromática que lo había colonizado. Me encaminé hacia uno de los ventanales, no sin antes tropezarme con un par de mesitas de metal a las que dediqué unos cuantos improperios. Giré la manilla de bronce con urgencia y dejé que el aire puro del exterior se colara a través de la ventana.

Una nueva composición musical a dos voces comenzó a sonar con fuerza. La compañera de Armando Manzanero era esta vez Gloria Trevi y la melodía tenía un ritmo tan pegadizo que a punto estuve de ponerme a bailar. El humo se fugó inmediatamente, despejando la visibilidad casi al instante. Al otro lado del salón divisé al marqués ataviado con una bata de cuadros escoceses. Estaba sentado de espaldas a mí y zarandeaba la cabeza de lado a lado al ritmo de la música. Frente a él estaba Teresa, vestida con su habitual atrezo, un minúsculo camisón de seda que daba a la palabra *insinuación* una nueva

dimensión.

Ninguno de los dos pareció reparar en mi presencia hasta que me acerqué hacia ellos. La mesa, revestida con un tapete verde de fieltro, parecía invadida por un descomunal despliegue de fichas azules, blancas y rojas, todas ellas de cerámica. Las que estaban en el lado de Juan se entremezclaban con la enorme montaña de pipas de calabaza que el marqués parecía degustar en combinación con su habitual copa de whisky. A su derecha, un colosal habano descansaba sobre un cenicero metálico con forma de mortero. Junto a él había un cortapuros de acero inoxidable y guillotina de doble hoja. El mismo que empleaba mi padre.

Juan lanzó un par de fichas mientras canturreaba entusiasmado. Teresa igualó su apuesta, alzando la barbilla con impaciencia.

—¿Qué hacéis? —pregunté, ignorando la hostilidad con la que Teresa me repasaba minuciosamente.

—Jugar a las cartas, pecosa —contestó el marqués sin apartar la mirada de su contrincante.

Juan dejó sus cinco cartas, bocarriba, en el centro de la mesa. Soltó una enorme carcajada con aire triunfal mientras pelaba una pipa con suma lentitud.

—¡Estás haciendo trampas! —exclamó Teresa, volviendo la vista hacia Juan, quien no pareció molestarse ante tal acusación—. Vamos, hombre, esto no hay quien se lo crea —continuó protestando al tiempo que lanzaba sus cartas con un gesto crispado—, llevamos media hora jugando y no he ganado ni una sola partida.

—Me limito a observarte, Afrodita —comentó Juan con una sonrisa insufrible, tras la cual rompió a reír—. Querida, eres un libro abierto. Tendrías que aprender a controlar tus reacciones. —Apoyó los codos sobre la mesa, entrelazó los dedos de sus manos y colocó la barbilla sobre ellos. Dejó escapar una sonrisa maliciosa y añadió—: Lo difícil hubiera sido no haberte ganado.

Aquel era un buen momento para huir de ahí. Pude adivinar, por la rojez en su rostro, que Teresa no había recibido aquellas palabras con especial entusiasmo. Sus miradas se cruzaron y, antes de que la chispa encendida hiciera explotar la bomba, decidí desaparecer de aquel territorio hostil.

Pasé media hora enfrascada entre cientos de papeles, tratando de ordenarlos. Sobre la mesa tenía varios libros de derecho que había tomado prestados del despacho de Arturo Cuadrado. Había olvidado mencionárselo,

lo cual era imperdonable, pero la situación me exigía actuar con rapidez.

Subrayé con un rotulador rojo ciertos artículos del código de comercio y del código civil mientras mordisqueaba el capuchón de un bolígrafo. Clasifiqué los expedientes, amontonándolos en seis pilas distintas en función de la infracción cometida, mientras resoplaba sabiendo lo difícil que sería ganar un juicio contra el Banco Estrella.

Un libro, apilado sobre el primer conjunto de carpetas, llamó mi atención. Lo cogí y sonreí sorprendida al ver el título: «Cláusulas abusivas en la contratación bancaria». Me sumergí en aquel manual caído del cielo hasta que el destino quiso interrumpir mi labor.

—Hola, mi amor —dijo James desde la puerta.

Permanecí paralizada, sin poder recordar en qué punto se había quedado congelada nuestra relación. Llevaba más de una hora enfrascada en decenas de expedientes, libros, manuales y códigos de derecho, por lo que mis neuronas no estaban precisamente en su mejor momento. James se acercó hacia la mesa y, haciendo alarde de su habitual templanza, me sonrió sin más. Cogió uno de los libros y leyó el título, mirándome ceñudo y con desconfianza.

—¿Manual de derecho del mercado financiero? —preguntó, acusador. Dejó el libro sobre la mesa y tomó otro entre sus manos. Suspiró descorazonado ante lo que era más que evidente—. ¿Qué te traes entre manos, Sofía?

—Bueno, verás... —tartamudeé mientras trataba del liberarme del yugo de su mirada. No estaba avispada en aquel momento, de modo que solté la primera imbecilidad que se coló en mi cabeza—. Isaías me ha pedido que elabore un informe sobre las malas prácticas del banco.

La empatía se esfumó del rostro de James, dando paso a su habitual hostilidad. Se sentó sobre el borde de la mesa sin apartar sus ojos de los míos.

—No me engañes, Sofía. Ya te lo advertí, no toleraré ni una sola mentira. Si no eres del todo sincera conmigo, estás fuera de la misión.

Sus desagradables palabras penetraron en mi cabeza despertando un repentino arrebato.

—¿Y tú lo eres conmigo? —solté con tono firme.

A juzgar por su rostro confundido, James no esperaba una salida como aquella. Me sentía muy molesta por sus reproches, ¿quién demonios se creía que era para echarme en cara mi falta de sinceridad?

Me miró con expresión inquisidora, lo que enervó aún más mis ya de por

sí alteradas neuronas. Le devolví el desafío mirándole con una media sonrisa que dejaba entrever lo dispuesta que estaba a entablar una cruzada. No advertí en sus ojos el menor rastro de turbación, algo que durante una fracción de segundo me hizo replantearme la situación. Pero tras aquel pequeño titubeo volví a la carga, incorporándome frente a él con firmeza.

Era consciente de lo mucho que le sacaban de quicio mis afrentas, pero ¿qué diablos esperaba? ¿Acaso él podía exigir sin dar nada a cambio? ¿Cómo podía pedirme sinceridad el mismo hombre que me había ocultado su matrimonio después de haberse comprometido conmigo?

Pude apreciar la rabia contenida en sus ojos, que me escrutaban mientras se debatía entre echarme de la misión o directamente de su vida. Mi respiración se volvió agitada e incontrolable. En cambio, él parecía tener la situación totalmente bajo control. Lo que James no sabía es que era la propia situación la que le tenía totalmente sometido a su antojo.

Cogió mi mano y se la llevó galantemente a los labios. «Te va a besar», me advirtió una neurona juguetona. Sentí como el envite brusco del deseo me empujaba a lanzarme a sus labios. Con mis emociones al borde del desenfreno me acerqué hacia él, ansiando sellar la pasión que me desgarraba con fuerza. Sus ardientes ojos sonrieron, sabiéndose ganadores, mientras reclinaba su cabeza hacia atrás.

«¿Será posible?», me pregunté, estupefacta. ¿Cómo podía tener la desfachatez de rechazarme después de haberme provocado sin la menor piedad? Un coro de voces me instó a salir de ahí, llevándome conmigo la poca dignidad que aún me quedaba.

—¿En qué estás trabajando, mi amor? —preguntó con la maestría de un embaucador doctorado con matrícula de honor.

Y al pronunciar aquellas palabras, James me desarmó con su particular sensualidad.

—El banco ha engañado a muchos clientes. Me gustaría ayudarles —confesé, rezumando fogosidad por cada poro de mi piel.

—¿De qué engaños estamos hablando? —continuó preguntando con una actitud prudente y comprensiva.

Permanecimos en silencio durante unos segundos, hasta que por fin vislumbré la salida del túnel. Le hablaría sobre los expedientes en los que estaba trabajando. Eso le relajaría y, si mi plan no fallaba, me dejaría tranquila. De ese modo, no tendría que revelarle nada acerca de mi reciente incorporación al Proyecto Imperium.

—La semana pasada hubo una manifestación delante del Banco Estrella —dije finalmente con la voz templada—. Cientos de clientes se agolparon a las puertas de las torres protestando por los abusos que habían sufrido por parte del banco.

—Algo escuché —mencionó, tenso.

—Hablé con alguno de ellos y...

—¿Por qué? —me interrumpió, perdiendo los nervios.

Le taladré con la mirada.

—¿Me estás preguntando que por qué hablé con ellos? —gruñí, incapaz de dar crédito a lo que escuchaban mis oídos.

—Te estoy preguntando por qué quieres ayudarles —apostilló, mirándome con dureza—. ¿Por qué no puedes ceñirte al plan?

Mi corazón soltó un gemido agudo.

—¿Porque tengo principios! —contesté, herida—. Esa gente ha sido estafada, ¿es que no lo ves?

—No es tu guerra —apuntó con frialdad, empleando, curiosamente, las mismas palabras que había utilizado Patrick.

—¿Qué no es mi guerra? —coreé, visiblemente alterada—. ¿Eso es lo que os enseñan a los super agentes especiales? —pregunté con sarcasmo y sin poder evitar un evidente tono de burla.

Nuestras miradas se encontraron en lo que pareció ser un feroz choque de trenes. La sangre se agolpó en mi cerebro, agudizando el intenso dolor que aquel momento me perforaba la cabeza. Cerré los ojos y comencé a respirar acaloradamente. Me llevé una mano a la frente y la acaricié con nerviosismo. El dolor se había vuelto insoportable, lo que me dejaba en inferioridad de condiciones para librar aquella batalla.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Me duele la cabeza —refunfuñé, abatida.

Tomó mi mano y me llevó a la cama, donde me pidió que me sentara. Obedecí, incapaz de llevarle la contraria.

—Tú ganas —dijo tras un largo suspiro de resignación—. Explícame lo que les sucede a esas personas —me pidió con amabilidad, intentando suavizar las cosas.

James podía ser un hombre encantador siempre que se lo propusiera, lo que no ocurría muy a menudo. Él prefería comportarse de un modo distante,

autoritario e inflexible. Sin embargo, aquella tarde el destino obró un milagro, haciendo que James se mostrara mucho más accesible y cariñoso que de costumbre. Su sonrisa se ensanchó en el instante en que le expliqué el incidente de la manifestación, incluida mi repentina pérdida auditiva y el singular grafiti que alguien había dibujado en mi blusa. Permaneció a mi lado, atento e interesado por todo cuanto le explicaba.

—Creo que conozco a la persona ideal para llevar un asunto como este —comentó cuando acabé mi relato. Se levantó de la cama y cogió una carpeta a la que echó una ojeada mientras afirmaba con la cabeza. Tras un par de minutos se volvió hacia mí y anunció—: Haré una llamada.

—¿A quién? —pregunté con curiosidad.

—Hay un tipo que me debe un favor —respondió, enigmático—. Por suerte para estas personas —comentó, alzando la carpeta que sostenía en su mano derecha—, es el mejor abogado de derecho financiero y bancario que hay en todo el país.

—¡Caramba! —exclamé, impresionada—. ¿Y alguien tan notorio estaría dispuesto a llevar casos como los de estas personas? No son gente pudiente, James, algunos de ellos se han quedado sin sus ahorros.

—Como he dicho —comentó sosegadamente—, este hombre me debe un favor.

Hizo la llamada ante mi atenta y agradecida mirada. El móvil de aquel misterioso abogado no dio señal. Tras llamar al despacho, una amable secretaria le informó a James del paradero del señor Bravo. Al parecer, estaba volando a Panamá por un asunto urgente. La mujer, que también debía conocer a James, se comprometió a que su jefe le devolviera la llamada en tanto aterrizara en suelo panameño.

James colgó el teléfono y me dirigió una mirada de satisfacción. Su sonrisa franca dejaba entrever lo bien que se sentía por complacerme. Se sentó de nuevo a mi lado, tomando mi mano entre las suyas.

El sonido de la puerta me hizo volver la vista sobresaltada.

—Hola, pareja —dijo el marqués, risueño—. No quisiera interrumpir vuestra conversación, pero...

—¿Qué quieres, Juan? —le cortó James con sequedad.

—Me preguntaba si tal vez podría hablar con Sofía a solas durante un par de minutos. Si a *su excelencia* le parece bien, por supuesto.

La burla de Juan encrespó a James, quien no se molestó en disimular su disconformidad. En el mismo instante en que abrió la boca para replicar,

George apareció en la puerta.

—Tienes mala cara —me dijo con su habitual sonrisa tras darme un cariñoso beso en la mejilla. Entró en la habitación y dejó caer su cuerpo sobre la butaca que había junto a la cama, siendo consciente de que se estaba gestando una charla de equipo—. Y bien, ¿de qué hablábamos? —preguntó, alegre, al tiempo que abría una carpeta que había sobre la mesilla de noche.

Juan se encogió de hombros, resignándose a la presencia de los dos hermanos. Tomó asiento en la silla que había junto a mi escritorio y sonrió al ver los expedientes. Me guiñó un ojo a la vez que comentaba en voz baja: «No te rindes, ¿eh?».

Teresa y su casi invisible picardías entraron en escena mientras yo hacía recuento del número de personas que había en mi habitación. Casi en el mismo instante en que me preguntaba si quedaría alguien por unirse a aquella improvisada y extraña reunión, hizo aparición el último miembro del clan: Patrick.

—¿Qué son estas caras? —preguntó, apoyado sobre el marco de la puerta—. Esto parece un velatorio.

—A mí no me mires —respondió George, levantando las palmas—. Yo acabo de llegar.

El marqués se volvió hacia mí y sonrió como si estuviera a punto de escuchar una buena historia.

—Dime, pecosa, ¿cómo te fue con Robert? —preguntó Juan con una sonrisa traviesa.

Abrí los ojos y cerré la boca, apretando los labios mientras negaba disimuladamente con la cabeza.

—¿Qué Robert? —preguntó James.

El dolor de cabeza se intensificó cuando traté de ingeniar una mentira con la que escabullirme de aquel enredo.

—Me equivoqué —contesté en voz baja—. No era Robert —añadí, asumiendo que aquella respuesta sería suficiente.

James clavó su mirada en mí y después se volvió hacia el marqués.

—Mi paciencia tiene un límite —nos advirtió con un tono amenazante—. Me estoy empezando a cansar de vuestros juegos. Si queréis ir por libre, por mí estupendo, pero como ya os dije, eso será fuera de mi equipo.

Teresa no hizo el menor esfuerzo por disimular su deleite. Levantó el mentón y sonrió complacida.

—Está bien —dije tras un largo suspiro—. Os lo explicaré, pero antes

deja que vaya a por una aspirina.

James asintió, preocupado al ver la enfermiza palidez que se había apoderado de mi rostro. La habitación se vació enseguida. Se dirigieron al salón y tomaron asiento en el sofá. Yo me fui a la cocina a por un vaso de agua. El dolor se había intensificado tanto que apenas tenía fuerzas para respirar. La luz que entraba a través de los enormes ventanales agravaba mi aguda jaqueca, lo que me obligaba a contraer los ojos involuntariamente.

—¿Dónde te duele, pecosa? —preguntó Juan en voz baja.

—Aquí —contesté señalándome el lateral derecho de la cabeza donde parecía tener un artefacto a punto de estallar.

—Siéntate en el taburete y cierra los ojos —me pidió mientras tomaba mi mano derecha—. Y ahora quiero que me describas el dolor. ¿Es punzante? —Asentí con la cabeza—. Muy bien. ¿Es opresivo? ¿Eléctrico? ¿Tal vez pulsátil?

Abrí los ojos sin entender ni una sola palabra.

—No estoy para tonterías —solté sin el menor miramiento—. Me duele mucho, ¿entiendes?

Comencé a sentir un intenso dolor torácico. Me llevé la mano al pecho al tiempo que mis latidos enloquecían.

—Tranquila —susurró tocándome el hombro—, estás a las puertas de un ataque de pánico, algo a lo que no deberías darle la menor importancia.

—¿Ah, no? —pregunté, molesta por su tono de sabelotodo.

Su mano descendió hasta posarse sobre mi rodilla. Clavó su mirada sobre la mía y, saltándose cualquier manual de medicina tradicional, me preguntó:

—¿Quién es la madre de la suegra de la mujer de tu hermano?

La ansiedad dio paso a la estupefacción.

—Pero ¿qué...? —tartamudeé.

—¿Quién es? —insistió.

—Mi abuela —respondí anonada.

—Bien. —Asintió con una sonrisa inmaculada—. Ahora concéntrate de nuevo en tu dolor —me pidió con una voz calmada.

El marqués había echado mano de su ingenio para lograr que desoyera a la embaucadora voz del pánico. Y lo había conseguido.

—Creo que noto los latidos del corazón en la sien —susurré, sufriendo el desgarró de un intenso dolor—. ¿Me estoy volviendo loca?

—En absoluto —rió con delicadeza—. No es un latido arterial, sino el vaivén constante de la actividad cerebral que origina el dolor. Subamos de

nuevo a la habitación, creo que podré liberarte de la opresión.

Obedecí sin rechistar. James nos cortó el paso, pero bastó mirarme a los ojos para ver mi abatimiento. Me acarició la mejilla, inquieto por mi desmejorado semblante. Se volvió hacia el marqués y asintió con la cabeza.

En tanto entramos en mi habitación Juan cerró la puerta, abrió ligeramente una de las ventanas y corrió las cortinas.

—Quítate las sandalias y tumbate en la cama —me pidió con un hilo de voz—. Inspira profundamente y mantén el aire en tus pulmones hasta que yo te avise. —Así lo hice—. Exhala lentamente y siente como poco a poco vas expulsando el dolor que hay en tu cabeza.

Repetimos aquel ejercicio durante unos diez minutos hasta que finalmente el cansancio y su hipnótica voz obraron la magia. En un estado entre la vigilia y el sueño escuché como Juan me pedía que imaginara mi dolor, percibiendo su forma, su color, su tamaño, su olor e incluso su tacto. Estando frente a las mismísimas puertas de la inconsciencia hice cuanto el marqués me ordenó, alejándome cada vez más de la mundanal realidad mientras me adentraba en un viaje capitaneado por mis emociones.

Mi cuerpo y mi mente estaban completamente relajados y receptivos. Caminaron de la mano en una sorprendente travesía en busca del trauma que hubiera originado mi dolor.

—Tu inconsciente posee esa información, Sofía —escuché decir al marqués, cuya voz parecía provenir de un lugar muy alejado—. Bucea en tu memoria emocional y reparemos el trauma que ha originado tu dolor de cabeza.

Juan continuó hablando, pero la musicalidad de sus palabras se perdió en un mar en el que no quise sumergirme. Poco a poco se adentró en mis emociones más íntimas, guiándome por una senda que bordeaba el abismo de mis temores. Me pidió que mirara de frente a los fantasmas del pasado. «Puedes hacerlo, Sofía», susurró con vehemencia. Hice lo que me pidió y sentí su mano apoyada sobre mi frente, engendrando el arrojo que precisaba para enfrentarme al mismísimo Satanás.

Todo cuanto acaeció a partir de aquel momento se tornó confuso y a la vez placentero. Sin saber muy bien qué era lo que estaba sucediendo, una agradable sensación de desahogo se apoderó de todo mi ser y, en cuestión de pocos minutos, creí haber vuelto a nacer.

Para cuando el marqués me pidió que abriera los ojos, el intenso dolor no era ya más que un vago recuerdo. Le miré fascinada y agradecida mientras

me incorporaba lentamente, como si quisiera saborear la asombrosa felicidad que había germinado en mi alma. Por suerte para mí, el día concluyó tras aquella singular sesión de meditación que había logrado acabar con mi agudo dolor de cabeza.

Al día siguiente me levanté con una energía fuera de lo común. Llegué al banco con una esplendorosa sonrisa dibujada en mis labios, lo que me valió alguna que otra mirada de estupefacción, como si el mero hecho de sonreír evidenciara algún tipo de enajenación mental.

Degusté mi segundo café del día en compañía de Brígida, quien entró en el despacho cargada de nuevos informes y documentos que al parecer yo debía revisar.

Una vez a solas dediqué un tiempo a pensar en Juan y en la tristeza que parecía sentir al hablar de su hijo. Debía hacer algo al respecto, pensé mientras bebía un sorbo de café. Cavilé sobre ello cerca de un par de horas durante las que afortunadamente no recibí ninguna visita.

Una lucidez repentina me sobrevino pasadas las doce del mediodía. Me levanté presta de mi asiento y encaminé mis pasos hacia el despacho del director de Recursos Humanos, a quien ya le habían dado el alta tras su alocado coqueteo con la cocaína. Llamé a la puerta con excesivo brío, cegada por la iluminación con la que creía haber sido agasajada.

—Buenos días, señor Conejo —le dije con toda la amabilidad que logré reunir.

Escuchar aquellas palabras hizo que de pronto soltara una pequeña carcajada que traté de disimular con un extravagante carraspeo. Me llevé la mano a la boca para hacer menos humillante mi repentina tos, mientras trataba de sofocar gradualmente la infantil risotada que retumbaba en mi cerebro. Una vez más calmada, aclaré mi garganta de nuevo y pregunté:

—¿Ya se encuentra usted bien?

—Estupendamente —contestó dándose un ridículo golpe en el pecho, con el que también pretendía responder a mi pregunta.

—Me alegro mucho. Verá, yo quería...

—Estoy totalmente recuperado de mi neumonía —me interrumpió.

«¿Neumonía?», repetí para mis adentros con una sonrisa maliciosa al recordar el día en que, escondida bajo el escritorio de su despacho, le había visto bailar como un endemoniado y hablar con un ser imaginario.

—Y además... —prosiguió—. Vuelvo a ser un soltero de oro —anunció guiñándome un ojo. Trazó unos sinuosos círculos con la mirada y añadió con un fingido desprecio—: He dejado a mi mujer.

«Más bien te ha abandonado ella a ti —quise decirle—, fugándose a Venezuela con un hombre a quien acaba de conocer y que, casualmente, resulta ser mi marido impostor».

—Será usted un soltero muy cotizado —bromeé, tras mirar al techo y poner los ojos en blanco—. Verá, Jordi, yo quería...

Se arrojó sobre mí y acercó su pomposa sonrisa a mis labios, mientras yo me veía envuelta por unos brazos enemigos de los que traté de liberarme enseguida.

—No recuerdo haberle dado permiso para que me toque —gruñí, retrocediendo un paso y recuperando mi espacio vital.

Aclaremos aquel supuesto malentendido con una disculpa por su parte y una sonrisa forzada por la mía. Lo que verdaderamente deseaba hacer era estamparle la silla en la cara, pero había entrado en su despacho con un firme propósito del que no debía desviarme. En tanto logré aplacar los nervios, volví al ataque.

—¿Usted conocía a Juan Valdez?

Mi pregunta le pilló por sorpresa. Abrió los ojos como platos y trató de componer una amplia sonrisa que, a simple vista, no me pareció especialmente sincera.

—Todos le conocíamos —murmuró—. Era un buen tipo hasta que nos traicionó, lo que irremediablemente le convirtió en un proscrito.

—Ya veo —comenté con un tono cortés. Inspiré en profundidad y me lancé al ruedo—: ¿Sabe usted dónde está ahora el señor Valdez?

Se volvió hacia mí y me dirigió una mirada de desconfianza a la que siguió una de sus habituales sonrisas postizas.

—¿Qué importancia podría tener el paradero de Juan Valdez para usted? —preguntó, alzando la barbilla—. ¿Acaso le conocía?

Quise enmendar la situación, pero en el fondo sabía que ya era tarde para eso.

—Lo cierto es que no —contesté con un hilillo de voz—. Resulta que alguien me habló el otro día de su hijo y quería saber si...

—¿Su hijo? —repitió, mirándome de frente.

—Eso he dicho... —comenté, manteniéndole la mirada más allá de lo prudente—. ¿Le conoce?

En aquel momento Arturo Cuadrado entró en el despacho y, con un movimiento de cabeza de lo más exagerado, logró renovar todo el oxígeno de la estancia.

Blasfemé para mis adentros, acordándome de todos los antepasados de aquel estúpido cabezudo con forma de mocho. El sentimiento de desagrado pareció ser mutuo, habida cuenta de la mirada de menosprecio que me arrojaron sus diminutos ojos.

—Habíamos quedado para ir al baño de... —comentó Arturo en voz baja, torciendo la boca hacia un lado y mirándose su reloj de muñeca en un gesto desorbitadamente exagerado.

«Todos hemos visto tu carísimo reloj. Ya puedes respirar tranquilo, maldita sabandija», quise decirle mientras cavilaba sobre lo extraño que resultaba el que aquellos dos tipos tuvieran una cita para ir juntos al baño.

—¿No sabéis ir solos al lavabo? —se me escapó.

Arturo apretó la mandíbula y me miró enfurecido.

—Me refería al baño de vapor —gruñó.

Seguía pareciéndome inusual el que hubieran quedado para ir a la sauna juntos, pero no quise ahondar más en el asunto.

—¡Caramba! —exclamó Jordi con una fingida sonrisa—. Se me ha pasado la mañana volando. —Abrió la puerta del armario y sacó una bolsa de deporte que cargó sobre su hombro. Se volvió hacia Arturo y, mirándose el reloj, le dijo—: ¿Nos vamos? Ya son cerca de la una y esta tarde tengo que coger un avión a Suiza.

—¿De qué estabais hablando cuando llegué? —le cortó.

Miré a Jordi y, con un agitado movimiento de cabeza, le rogué que no comentara nada acerca de nuestra conversación. Sin embargo, él no pareció comprender el significado de mis convulsiones, por lo que se limitó a decir la verdad.

—Sofía me estaba preguntando por Juan Valdez y su hijo.

Aquellas palabras parecieron invocar al diablo. O al menos esa fue mi impresión al ver las llamas reflejadas en los ojos de Arturo, quien preso de una repentina enajenación sacudió la cabeza de lado a lado. Se metió la mano en el interior de su americana, de donde sacó un pequeño objeto que sostuvo como si del elixir de la inmortalidad se tratara. Después, se lo metió en el bolsillo de su pantalón.

Quise preguntarle si necesitaba ayuda, pero su enajenada reacción me enmudeció por completo. Comenzó a arrugar la nariz insistentemente al

tiempo que desviaba los ojos como si quisiera alcanzar los cuatro puntos cardinales de un solo movimiento. Parpadeó a la velocidad de la luz, mostrándome los dientes cual perro enrabiado mientras le temblaban las aletas de la nariz.

—Nos vamos —rugió tras lograr redimir sus espasmódicas sacudidas.

En tanto salieron del despacho, les seguí, todavía espantada por el colérico exorcismo que acababa de presenciar. Me despedí de ellos y permanecí de pie, sin mover ni un solo músculo, pensando en lo que acababa de suceder y preguntándome qué demonios se habría metido Arturo en el bolsillo de su pantalón.

La voz de la intuición me habló en aquel momento con claridad meridiana: «El cabezón endemoniado esconde algo importante en su pantalón». Corrí hasta mi despacho y desde ahí telefoneé a Patrick.

—Salía ahora a comer —contestó tras un intercambio de saludos—. ¿Quieres que pase a buscarte y comamos juntos?

—No puedo, lo siento —respondí con la respiración agitada—. Escucha, Patrick, tengo que hacerte una pregunta muy importante y quiero que pienses bien tu respuesta antes contestarme, ¿de acuerdo?

Escuché un hondo soprido. Era evidente que mis palabras no habían sido de su agrado.

—¿Qué sucede ahora? —masculló entre dientes.

Tomé aire y pregunté:

—¿Cuál es el gimnasio más cercano a las torres?

Soltó una carcajada, malinterpretando la situación.

—No necesitas ir al gimnasio, estás estupenda —bromeó—. De todos modos, tú eres una directiva del banco, de manera que si quieres ir al gimnasio, no has de salir del edificio sino bajar a la planta catorce.

Obcecada como estaba, ni siquiera caí en la cuenta de que no disponía de la vestimenta adecuada para entrar en aquel recinto del que emanaba un envolvente aroma a eucalipto. Aproveché el despiste de la recepcionista que, apoyada sobre una fina mesa de cristal, coqueteaba con un directivo de entradas prominentes. Sin que ninguno de los dos se percatara de mi presencia, atravesé el vestíbulo y me adentré en un largo pasillo con puertas a sus laterales.

Entré en una habitación donde había una robusta camilla de madera con

una superficie acolchada, tapizada en vinilo, que se me antojó deliciosamente cómoda. Tras vencer la tentación de tumbarme sobre ella, me quité la ropa a toda velocidad y envolví mi cuerpo en un albornoz de felpa, ocultando mi cabeza bajo su suave capucha. La sala tenía un agradable perfume a vainilla y canela, fruto de las velas aromáticas que prendían con brío, a la espera de una inminente sesión de masaje.

Salí con premura. Tras atravesar el pasillo seguí una flecha que me encaminó hacia los baños de vapor. Renegué en silencio hasta que la inteligencia regresó a mi cerebro. «No es ahí donde has de ir, sino a los vestuarios», me dije a mí misma. Regresé a la casilla de salida y busqué las indicaciones que me condujeran a mi nuevo destino, lo que acabó por resultarme una tarea considerablemente fácil. Me crucé con un par de hombres que conversaban animadamente, ambos con un periódico bajo el brazo y ataviados únicamente con una toalla que llevaban alrededor de la cintura.

Entré en el vestuario de caballeros con la profunda convicción de que no solo lograría averiguar cuál era la taquilla de Arturo Cuadrado sino que, además, conseguiría abrirla.

Sorteé a un grupo de tres hombres que, a juzgar por su atuendo, se dirigían a la sala de pesas. Una vez a solas y, habiendo apaciguado mis temblores, dirigí la mirada al techo e imploré un pellizco de auxilio divino. En esas me encontraba cuando escuché la voz de Arturo. Con la respiración desbocada y el corazón latiéndome a mil por hora, salí disparada de ahí y me escondí tras la primera puerta que encontré.

—¿Qué es eso tan importante de lo que quería hablarme?

«¡No puede ser!», exclamé en voz baja mientras decenas de juramentos acudían a mi cabeza. ¿Qué diablos hacía ahí Isaías Ferrer?

—Será mejor que hablemos en un lugar más discreto —comentó Arturo, cuya voz sonaba cada vez más cercana.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que aquellos hombres caminaban en dirección a la habitación donde yo estaba escondida. En tanto me percaté de ello, me volví hacia atrás y eché un vistazo aquella anodina estancia, donde únicamente había un sofá de dos piezas y un enorme guardarropa. Dada la ausencia de alternativas abrí la puerta del armario y me oculté en él, compartiendo espacio con decenas de albornoces.

—Y bien, ¡no tengo todo el día! —espetó Isaías una vez dentro de la habitación—. ¿De qué quería hablarme?

La curiosidad me obligó a mirar a través de una fina rendija. Isaías estaba desnudo de cintura para arriba y ocultaba sus vergüenzas bajo una minúscula toalla. Tomó asiento sobre el sofá y cruzó una pierna sobre la otra, lo que irremediabilmente hizo que mis ojos se encontraran con su ridícula masculinidad. Contuve la risa llevándome la mano a la boca y mordiéndome la lengua hasta que el dolor me borró la sonrisa de los labios.

—Se trata de Sofía —soltó a bocajarro.

—¡Ya estamos de nuevo!

—Si me permite continuar, señor presidente —le pidió, aflojando el tono—. Esta vez se trata de algo muy serio.

—Usted dirá —refunfuñó Isaías mirándose las uñas de la mano con una actitud desdeñosa.

—Le he pillado hablando con Jordi.

—Yo también hablo con él cada día —le interrumpió—. ¿Qué tiene eso de malo?

—Quería sonsacarle información acerca de Juan Valdez y su hijo.

Isaías se incorporó de inmediato.

—¿Dónde ha oído ella hablar de Juan? —preguntó, furioso.

—Muchos hablan de Juan, señor. Ya sabe usted que era una persona muy querida.

—¡Es usted un inútil! —vociferó con la mirada al rojo vivo—. ¿Cómo ha dejado que algo así pudiera ocurrir?

—Señor, yo no... —tartamudeó Arturo—. Ya le advertí que esa mujer no era de fiar —añadió, recuperando una pizca de dignidad.

—¡Bobadas! —exclamó Isaías—. Usted no tiene ni la menor idea, ¡zoquete! Sofía está *limpia*. Yo mismo ordené que la investigaran. El problema de esa mujer es otro.

Junté las palmas de las manos en posición de rezo e imploré misericordia.

—¿Cuál es? —preguntó Arturo con el rostro ruborizado y el ego apaleado.

—Esa bruja traicionera quiere hacerse con mi silló.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye. Desde que llegó al banco no ha hecho otra cosa que intentar echarme de la presidencia —prosiguió desvariando.

Tras pronunciar unos cuantos disparates más, el alboroto de sus reniegos dio paso a la más absoluta quietud. Isaías se acomodó de nuevo sobre el sofá y, entornando la mirada, comenzó a cavilar sobre la situación.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Arturo, con voz servicial.

Isaías permaneció callado, ultimando su veredicto, hasta que por fin tomó una decisión.

—Quiero que desaparezca del mapa —sentenció con firmeza, dándole al destino argumentos para una nueva novela de terror.

Mi corazón dejó de latir durante un instante a la vez que mis agitadas neuronas rezaban una desesperada oración. Por su parte, Arturo comenzó a parpadear desenfrenadamente.

—¿Que desaparezca del mapa, señor? —coreó, haciendo que sus palabras resonaran en mis oídos una y otra vez—. ¿Qué quiere decir exactamente? ¿Quiere que averigüe cuál es su precio y haga que se marche del banco?

—¡Por el amor de Dios! —berreó Isaías—. ¡No! ¡Pedazo de alcornoque! La quiero muerta —añadió sin el menor asomo de duda.

El segundero de mi reloj pareció detenerse en aquel instante en el que sentí la angustia acorralándome hasta convertirse en una terrible asfixia.

—¿Quiere que la mate?

Isaías maldijo entre dientes, hundiendo la cabeza entre las palmas de sus manos.

—¡Usted no! —estalló, apretando fuertemente los párpados—. ¿Acaso sufre algún tipo de retraso mental del que no me haya hablado? —le soltó embriagado por la furia—. Pídaselo a los ejecutores de la orden.

Arturo se rascó la coronilla agitadamente.

—La verdad es que no había pensado que fuera necesario llegar tan lejos —comentó con un tono de arrepentimiento—. Es una entrometida y una lunática, pero creo que pedirles a los ejecutores que se encarguen de ella es, tal vez, excesivo. Yo había pensado más bien en un despido, algo sonado que acabe con su carrera de banquera.

—¿Me está llevando la contraria? —gruñó Isaías.

—Jamás osaría hacer tal cosa, señor presidente —se apresuró a contestar Arturo con especial servilismo—. Ahora mismo hablaré con los ejecutores —añadió mientras se encaminaba hacia la puerta.

—No se mueva de donde está y escúcheme bien —dijo Isaías, señalándole con un dedo amenazante—. Esa mujer es una auténtica harpía, además de una chiflada, y sólo por eso merece el castigo de la orden. —Inspiró profundamente y, con el pecho hinchado, exhaló el aire de sus pulmones junto con una pizca de orgullo—. Pero es astuta, ¿comprende?

—A decir verdad, no mucho...

—No quiero que nadie le toque un pelo hasta que no concluya el Proyecto Imperium, ¿me oye? Una vez finalizado, de la orden de que acaben con ella. En cuanto al traidor de Juan —comentó con una mirada maquiavélica que dirigió a ninguna parte—, acabo de dar con la solución para acabar con él.

En tanto aquellos dos homicidas salieron de la habitación, me las ingenié para huir del gimnasio sin ser vista. No pude recuperar mi ropa, pues la sala en la que la había dejado estaba ocupada cuando regresé a ella.

Estaba tan aturdida que apenas reparé en las miradas de desconcierto de aquellas personas con las que me crucé de camino a mi despacho. Por suerte para mí, Patrick fue una de ellas.

—¿Se puede saber qué demonios haces paseándote en albornoz por las torres? —me preguntó en tanto nos tropezamos a la salida del ascensor.

Me cogió del brazo y, sin mediar palabra, tiró de mí hasta que llegamos a su despacho. Me senté sobre el sofá e inicié un breve período de reflexión y duelo que duró medio minuto escaso.

—¿Me vas a contar de una vez por todas qué está sucediendo? —insistió de nuevo. Le miré con los ojos húmedos, incapaz de pronunciar una sola palabra—. Estás muy pálida —comentó, preocupado—. ¿Te encuentras bien?

Haciendo acopio del poco ánimo que todavía guardaba en mis reservas, hice todo cuanto me fue posible para convencerle de que se trataba de un simple dolor de cabeza. Por supuesto, él no me creyó pero, viendo mi macilento rostro, pareció apiadarse de mí.

—Aguarda aquí —me dijo—. Iré a comprarte algo de ropa para que puedas salir del edificio.

Media hora después, regresamos al loft. Mi fingido dolor de cabeza se transformó en una agonizante realidad, de modo que en tanto entramos en su apartamento me dirigí a mi habitación. Juan subió enseguida y con una admirable dosis de paciencia soportó mis gimoteos. No quise contarle nada de lo ocurrido en el gimnasio. Ni a él ni a nadie. Temía que de hacerlo me apartaran de la misión. Tal vez fuera una decisión equivocada, pero en aquel momento no creí tener más alternativa.

—Tumbate en la cama —me pidió el marqués con voz calmada y una alegría inusual—. Cierra los ojos y relájate.

En cuestión de una hora mi malestar se había evaporado como por arte de magia. Las técnicas del marqués dieron su fruto una vez más.

—Han estado preguntándome sobre Robert —me dijo Juan una vez me incorporé de la cama, habiendo recobrado el color en mis mejillas—. Creo que deberías explicarles lo que sucedió.

Cuando bajamos al salón, todos estaban sentados en el sofá, tomando una copa y charlando de manera distendida.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó James al verme.

—Mucho mejor —respondí con una sonrisa radiante.

Teresa carraspeó sonoramente.

—Y bien, ¿nos vas a contar ya quién es ese tal Robert? —preguntó aquella bruja de labios carnosos.

Me volví hacia ella, deseando soltarle una impertinencia, pero mi gratificador estado zen me impidió pronunciar la grosería que tenía preparada en la punta de la lengua.

Tomé asiento junto a James y me dispuse a explicarle el enredo vivido el día anterior.

—Ayer por la mañana Isaías me comentó que Robert Redsign estaba aquí —comenté, tranquila.

—¿Qué significa *aquí*? —me interrumpió James.

—En el banco —respondí—, o al menos eso...

—¡Maldita sea! —exclamó. Se volvió hacia Juan, quien sonreía adivinando lo que realmente había sucedido—. Te dije que no era una buena idea.

—James, déjame acabar, por favor —le corté—. Fue todo un malentendido. Es algo largo de explicar, pero para tu tranquilidad te diré que Robert no estaba en el banco.

El marqués rompió a reír, lo que le valió una mirada asesina de James, quien no parecía sentirse muy a gusto cuando no controlaba el cien por cien de una situación.

—Y dime, pecosa, ¿a quién confundiste con Robert? —preguntó sin dejar de reír.

Parpadeé, perpleja.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, sorprendida—. ¿Has hablado con María?

Negó con la cabeza. Su sonrisa contagió a George y a Patrick, quienes parecían deseosos por conocer los detalles de aquel nuevo embrollo. Levanté la vista y contemplé el reloj de pared. Tardé dos escasos segundos en reaccionar.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, llevándome las manos a la boca—. ¡Son las

seis y media!

—¿Y qué importancia tiene eso? —preguntó Teresa con desdén.

—Tenemos un pequeño problema —dije en voz baja, dirigiendo mis palabras a James—. Hoy se celebra la gala benéfica de la fundación del banco y el presidente me ha invitado.

—A mí también —comentó Patrick, encogiéndose de hombros—. Comienza a las nueve, tenemos tiempo de sobras.

Tragué saliva y decidí saltar al ruedo.

—Isaías me ha pedido que vaya al evento con mi marido.

—Suele ser bastante habitual que también inviten al cónyuge —dijo Patrick—. Yo también acudiré con mi mujer —añadió, apuntando a Teresa con la cabeza—. Sigo sin ver dónde está el problema.

Me incorporé bruscamente.

—¡El problema está en que no tengo marido! —exclamé levantando las manos—. ¿Es que ya no os acordáis de que Philippe se fugó a Venezuela con la mujer de Jordi Conejo?

Para mi sorpresa, nadie parecía haber reparado en aquel detalle.

—¿Y por qué no le dices a Isaías que tu marido no puede asistir? —preguntó George.

—Ya lo hice. Traté de excusarle, pero no sirvió de nada.

—Por el momento será mejor no disgustar a Isaías —comentó James con la mirada perdida como si trazara un nuevo plan.

—¿Y qué propones? —preguntó Patrick mientras daba un sorbo a su copa de whisky.

James se recostó sobre el sofá y cruzó una pierna sobre la otra. Cerró los párpados durante un par de segundos y finalmente respondió:

—Yo acudiré en su lugar.

Todos le miramos extrañados.

—Pero... —balbuceé—. Tú no eres mi marido.

—Porque tú no quieres que lo sea —se burló.

—¡James! —protesté—. Sabes perfectamente de lo que hablo. Tú no eres Philippe.

—Algo más que evidente —bromeó sin dejar de sonreír—. Diremos que soy un viejo amigo, ¿de acuerdo? —Le miré, incrédula, y él añadió con un guiño de complicidad—: Déjalo en mis manos.

El ambiente se relajó tras sus palabras, pero lo que ninguno sabía era que el contratiempo no acaba ahí.

—Veréis... —comencé a decir titubeante—, hay algo más.

—¿Algo más? —repitió George, expectante—. ¿Qué sucede?

Miré a James de soslayo e instintivamente clavé la mirada en el suelo. Aclaré la garganta con nerviosismo.

—Tiene que ver con Robert Redsign.

—Has dicho que no estaba en el banco —intervino Teresa.

—Así es, pero..., el problema es que está en Barcelona.

James se recostó sobre el respaldo del sofá y se masajeó el puente de la nariz, adivinando lo que estaba a punto de suceder.

—El caso es que... —proseguí, sin entender a qué demonios venía la sonrisa en el rostro del marqués—, Isaías me ha pedido que le invite a la gala. No aceptará un no por respuesta.

—¡Jesús! —exclamó George.

—Lo siento —balbucí en voz baja.

—¡Ja! ¿La señorita lo siente? —soltó Teresa, clavándome sus maliciosos ojos—. ¿Y crees que eso soluciona algo?

La sangre comenzó a hervirme antes incluso de alcanzar la temperatura de ebullición. Miré hacia el techo, tratando de contener el cosquilleo de la ira, pero ya era demasiado tarde para eso. Abrí la boca dispuesta a recordar todas las injurias que pudiera recordar, pero James se adelantó al cataclismo que a punto estuve de vociferar.

—Ya es suficiente, Teresa. No es culpa de ella —le indicó sin esconder el desprecio que en aquel momento sentía por ella.

—Pero, James... —insistió ella.

—Déjalo, ¿quieres? —Reclinó su cuerpo hacia delante y apoyó los codos sobre sus rodillas, masajeándose la frente mientras trataba de encontrar el modo de solucionar aquel nuevo obstáculo. —Nadie sabe para qué *Robert* de la Familia Redsign trabajaste... —comentó como si hablara conmigo, cuando en realidad se dirigía a la pared que quedaba frente a él. Un par de segundos después, la tensión desapareció de su rostro, dando paso a una inquietante expresión. Se giró hacia su hermano. Le puso la mano sobre el hombro y, con una mueca divertida, anunció—: Preparémonos, tenemos que acudir a una gala benéfica.

La genialidad de James había decidido que George suplantara la identidad del banquero inglés. Lo cierto es que inicialmente nadie pareció apoyar su

decisión. Sin embargo, dadas las circunstancias, el escepticismo inicial pareció dar paso al conformismo de una situación sin salida. A decir verdad, me sorprendió bastante el modo en que pretendió solucionar aquel inesperado contratiempo. No era propio de James el improvisar de aquel modo, por lo que deduje que tal vez le habría contagiado mi espontaneidad.

George parecía encantado de acudir al evento. Subió enseguida a su habitación a cambiarse de ropa. Teresa fue tras él, contoneándose como si sus caderas siguieran un ritmo salsero.

—Vamos, Sofía, sube a cambiarte —me pidió James, quien parecía querer quedarse a solas con Patrick y con el marqués.

—No tengo nada que ponerme —comenté, avergonzada.

—Tal vez Teresa pueda prestarte algo de ropa —respondió.

—Preferiría ir vestida —solté, dejando que el resquemor hablara por mí.

Los tres soltaron una carcajada al unísono. Patrick palmeó mi rodilla, mirándome con cariño, y dijo en voz alta:

—Mira en el armario de mi habitación. Ahí encontrarás varios vestidos. —Abrí los ojos como platos—. Venga, mujer, no me mires así. Son prendas que descartó Teresa por exceso de tela —aclaró, riendo.

Me dirigí a su habitación, sabiendo que tanto Patrick como James estaban deseando que les dejara a solas. Pero ¿qué pintaba ahí el marqués? ¿Acaso Juan estaba jugando a dos bandas? No tardaría mucho en conocer la respuesta a aquella pregunta.

Abrí el armario y revolví la ropa que había colgada hasta que por fin di con un precioso vestido de color champagne. Saqué la prenda del armario con sumo cuidado y me encaminé hacia mi habitación con una enorme sonrisa en los labios.

Me miré en el espejo y por un instante olvidé todos mis tormentos. El vestido era sencillamente perfecto, pensé con un renovado entusiasmo mientras daba vueltas a mi alrededor provocando el fluido y gracioso bailoteo de la falda, confeccionada en seda natural. La espalda quedaba totalmente al descubierto con un corte asimétrico y, a mi modo de ver, tal vez excesivamente provocador. El escote, bordado con lentejuelas doradas, no se quedaba nada rezagado. Con una abertura pronunciada enaltecía los encantos femeninos, realzados por la elegante pedrería que descendía hasta la cintura.

Descendí las escaleras de madera con extrema precaución y enfilé mis pasos hacia la cocina, donde Juan parecía estar cocinando para un regimiento del ejército.

—¿De dónde has sacado ese delantal tan ridículo? —pregunté cuando Juan se volvió hacia mí con las manos en las caderas, luciendo un mandil en cuyo torso se dibujaba la provocativa estampa de un hombre desnudo.

El marqués esbozó una sonrisa traviesa a modo de respuesta y lanzó un agudo silbido de admiración mientras me repasaba de arriba abajo.

—Estás espectacular. Le vas a dificultar la misión al rubiales —comentó con una sonora carcajada.

Encendió la radio con una mirada risueña. Comenzó a sonar un ritmo ochentero muy pegadizo, al que enseguida se le acopló la voz salvaje de Tina Turner. Eclipsado por la arrolladora fuerza que emanaba de aquella canción, el marqués empuñó una espumadera con su mano derecha y la agitó frenéticamente en un fallido intento por seguir el compás de la música. Su otra mano apresó una espátula de madera y la apoyó sobre su palma, sujetándola con los dedos flexionados cual batuta en manos de un alocado director de orquesta. Y sin más preámbulos, comenzó a trazar extraños dibujos en el aire, como si tratara de dirigir a una imaginaria filarmónica.

El marqués comenzó a cocinar. O, al menos, esa parecía ser su intención. La cocina disponía de una enorme isla central con barra y taburetes en uno de sus extremos, desde donde yo observaba el extraño experimento gastronómico que Juan estaba a punto de perpetrar. Extendió un sinfín de ingredientes sobre la encimera de granito negro y me guiñó un ojo antes de comenzar con su afanosa aventura.

—¿Qué cocinas? —pregunté con curiosidad.

—Un bizcocho de cerezas —respondió, risueño—. Una receta del gran Pedrito Rico.

—No le conozco... —comenté.

Puso los ojos en blanco.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Qué poca cultura culinaria.

Contemplé el despliegue de ingredientes, echando a faltar el más importante.

—Creo que te faltan huevos —comenté, extrañada.

—¿Qué me faltan huevos? —repitió, frunciendo el ceño—. Pero ¿qué formas son esas de hablarme? ¿De verdad crees que no voy a atreverme a cocinar un simple pastel?

—¡No! Lo que quería decir es que... —Resoplé, cabeceando de lado a lado—. Da igual, olvídale.

Comenzó a cantar de nuevo, moviendo sus caderas al ritmo de la música.

—¿Por qué estás tan contento?

—¿Serías capaz de guardarme un secreto? —Asentí con la cabeza. Me miró con aire travieso y anunció—: Esta noche tengo una cita.

—¿Una cita? ¿Con quién? —pregunté con un tono exageradamente maternal. No le di tiempo a contestarme—. ¿Has quedado con María?

—No, pecosa. —Ensanchó su sonrisa—. He quedado con mi hijo.

—¿Tu hijo? —repetí, mientras procesaba la información.

—Eso mismo he dicho —contestó en tono de burla—. Me llamó hace un par de horas.

—¿Estás seguro de que era tu hijo? —pregunté, cediendo a un impulso.

—¡Pardiez! —exclamó, mirándome como si habláramos distintos idiomas—. ¿Crees que no sería capaz de reconocer la voz de mi hijo?

Mi cabeza era un hervidero de pensamientos inconexos. Algo en todo aquello no me cuadraba. ¿El hijo del marqués llamándole precisamente el mismo día en que yo había preguntado por él? Definitivamente, había una pieza que no encajaba en aquel puzle.

No me quedó más remedio que hablarle acerca de mi última conversación con Jordi y Arturo. Debía hacerle ver lo sospechosa que resultaba aquella extraña coincidencia.

—Lo siento mucho —le dije tras explicarle parte de lo sucedido aquella misma tarde—. Supongo que me dirás que me he metido donde nadie me llamaba y lo cierto es que tienes razón. Soy una entrometida y una imprudente. También creerás que soy una pésima espía y, de nuevo, he de decir que estás en lo cierto, porque verás, Juan, yo...

Soltó una risotada y con un gesto me pidió que cerrara la boca.

—Tienes demasiados pájaros en la cabeza —me soltó de pronto, mientras servía un par de copas de whisky.

—¿Y eso es malo? —pregunté con curiosidad.

—Lo es si les cortas las alas y les impides volar.

No tenía ni la menor idea de lo que quería decir con aquellas palabras, pero en aquel momento tampoco me importaba.

En vista del poco éxito que había tenido, tuve que pasar al *plan b*. Le expliqué, sin mucho lujo de detalles, la conversación entre Isaías y Arturo. Juan me reprendió en tanto le hablé acerca del modo en que había logrado espiarles, oculta en un armario, pero por lo demás, no le dio la menor importancia. Ni siquiera cuando le anuncié que Isaías parecía haber dado con el modo de acabar con él.

—¿Dónde has quedado con tu hijo? —pregunté, resignada y con el estómago encogido.

—En un restaurante que está a las afueras de Barcelona.

—¿Por qué no se lo contamos a los demás? —pregunté, dando por sentado que nadie más que yo estaba al tanto de sus planes.

—Ya sabes cómo es el rubiales. Él siempre tiene un *no* preparado en sus labios, sea lo que sea lo que se le proponga —comentó, buscando mi complicidad—. Has de prometerme que, pase lo que pase, no le dirás nada a nadie sobre esto.

—Me estás asustando —murmuré.

—Vamos, Sofía, estate tranquila, tan solo es una cena. —Me alargó la copa de whisky, instándome a tomar un trago que yo no deseaba—. Es mi vida privada y no quiero que un asunto tan personal como es la relación que yo tenga con mi hijo sea objeto de debate por parte de nadie, ¿comprendes?

Bebí un trago aun a pesar de lo mucho que detestaba aquella bebida. Sentí el anestésico bálsamo del alcohol recorriendo mi garganta. Una trampa de textura sedosa y aroma de fragancia primaveral.

—¿No te parece demasiada casualidad que tu hijo te haya llamado precisamente hoy? —insistí.

Dejó el paño de cocina con el que se estaba secando las manos sobre la encimera.

—Debes deshacerte del miedo de una vez por todas —comentó, pausado.

Aquellas palabras me dolieron como una herida abierta. ¿Cómo demonios lograba meterse en mi cabeza una y otra vez? Le pedí con la mirada que no continuara por ahí, pero Juan desoyó mis súplicas.

—El miedo te acompaña allá donde vas por la sencilla razón de que tú eres el miedo. Puede que en ocasiones te parezca que desaparece, pero no es así, simplemente se oculta tras una cortina que tú misma has tejido —comentó, delirando sin rumbo—. Deshazte de él, Sofía, sólo tú puedes hacerlo.

No me gustó el cariz que estaba tomando la situación.

—No quedes con tu hijo. Tengo un mal palpito —dije a la desesperada.

Juan me miró fijamente y, con una sonrisa sincera, me hizo entender que no cancelarían la cita con su hijo. Resoplé, vencida, haciendo que un par de mechones rizados bailaran divertidos por encima de mi frente. Juan se acercó y puso una mano sobre mi hombro.

—Estás nerviosa, ¿no es cierto?

—No lo puedo remediar, las cosas nunca salen como debieran — comenté, harta del constante estado de improvisación en que se había convertido mi vida—. La verdad es que estoy hecha un flan.

El marqués se quitó el delantal y salió de la cocina sin decir ni una sola palabra. Le vi subir las escaleras tarareando la canción que sonaba por la radio. Dos minutos después apareció de nuevo. La comisura de sus labios se curvó, formando una amable y compasiva sonrisa.

—Lo harás muy bien —dijo, tratando de subirme el ánimo—. Si los nervios te traicionan, tómate una de estas —añadió mientras sacaba de su bolsillo un pequeño dispensador de medicamentos, que abrió con cierta dificultad.

Me entregó un comprimido de color anaranjado.

—¿Qué es?

—Un barbitúrico —contestó y, alzando el dedo índice, me advirtió—: Escucha, Sofía, no debes consumir este fármaco a menos que sea estrictamente necesario, ¿comprendes?

—¿Sólo una pastilla?

—Pero ¿es que no me escuchas? —protestó, clavándome sus vivarachos ojos color canela—. Es un sedante de acción rápida. Una intoxicación por sobredosis podría causar el coma e incluso la muerte.

Sacó una lata de cerveza de la nevera y la abrió sin apartar la vista de mí. Carraspeó y dio un trago, entornando su mirada.

—Puedes estar tranquilo. Sólo me lo tomaré en caso de emergencia.

En aquel momento apareció Teresa, luciendo un despampanante vestido negro con una vertiginosa abertura lateral que dejaba al descubierto su espectacular y kilométrica pierna derecha. El escote delantero, escandalosamente provocador, hizo que el sorbo de cerveza se le atragantara al marqués, que acabó tosiendo frenéticamente mientras trataba de secarse el líquido desparramado por su camisa.

—Disculpadme, debo ir a cambiarme de ropa —dijo Juan, aclarándose la garganta.

Volví a tomar asiento en uno de los taburetes y apoyé los codos sobre la mesa, fingiendo distraerme con una revista de cocina. Miré de reojo a Teresa, quien parecía estar sometién dome a un profundo examen visual. Era más que evidente que no había venido en son de paz. Bajé disimuladamente la vista hacia su tobillo derecho, donde tenía tatuada la cabeza de un tigre naranja con rayas negras.

—¿Te gusta? —preguntó en un tono casi cercano a la amabilidad. Asentí sin apartar la mirada de su tobillo—. Es una tigresa de Bengala.

—Es muy bonito —dije, pensando que tal vez aquel sería el inicio de una tregua en nuestra absurda enemistad.

—Me lo hice tatuar hará unos cinco años. ¿Quieres saber por qué? —Sus ojos se posaron sobre los míos—. Es así como me llaman mis amigos más íntimos: «La tigresa de Bengala» —comentó, rebosando jactancia.

«No continúes con esta conversación», me advirtió una voz interior cuya orden decidí contravenir.

—¿Por qué te llaman así? —pregunté llevándome un vaso de agua a la boca.

Sonrió, victoriosa.

—¡Porque soy una tigresa en la cama!

Me atraganté y comencé a toser. Pero ¿qué diablos le pasaba a aquella mujer? Algo debía fallar en el engranaje de su cerebro, pensé sin adivinar que la estocada final todavía estaba por llegar.

—Me alegro por ti —dije en tanto recuperé el resuello, tratando de aparentar indiferencia.

—Siempre he sido una gran amante —prosiguió con ojos chispeantes. Nuestras miradas se cruzaron y durante un par de segundos permanecimos en silencio, midiendo nuestras fuerzas, hasta que finalmente Teresa soltó—: No puede decirse lo mismo de ti. ¿No es así, mosquita muerta? Si no me han informado mal, no tienes habilidad alguna en lo que a asuntos de alcoba se refiere. —Y rió a carcajadas.

Respiré profundamente, intentando serenar la ira que ascendía velozmente por mi garganta. Apreté los dientes, evitando con ello que una infinita retahíla de juramentos saliera proyectada a través de mis labios. Apoyé una mano sobre el granito de la encimera, conteniendo las ganas de soltarle un guantazo a aquella bruja de ojos felinos. Mis dedos palparon un polvo fino y suave. Bajé la vista y vi un pequeño envase de cartón, volcado sobre la superficie negra de la isla, en cuya etiqueta lateral se leía «harina fina de maíz».

La malicia que irradiaba la sonrisa de Teresa fue el detonante de la hecatombe que tuvo lugar en la cocina. Mi cerebro y mis articulaciones sufrieron una desconexión casi inmediata, lo que provocó que mi mano izquierda actuara por su cuenta y riesgo. Enganché el paquete de harina y lo sostuve, amenazante, con la palma hacia arriba. Noté como la tensión en mi

hombro izquierdo se extendía poco a poco hasta mi brazo y la mano que sostenía el envase de trigo molido.

Teresa, que estaba a unos dos metros de distancia, me miró atónita. Por primera vez pude ver el miedo reflejado en su mirada y eso me gustó. Mantuve la cabeza levantada, flexioné el brazo hacia atrás y, una vez tomé el impulso necesario, ejecuté mi lanzamiento, que acompañé con un grito de euforia.

Ver el rostro de aquella víbora aviesa, oculto tras una espesa capa de polvo blanco, me hizo sonreír. Sabía que mi osadía tendría consecuencias pero, hiciera lo que hiciera Teresa, habría merecido la pena. Comenzó a maldecir en un idioma que pretendía parecerse al castellano mientras sus labios proyectaban una polvareda de nieve.

—¡Estás loca! —gritó a pleno pulmón, restregándose los ojos en un errático intento por despojarse de la harina tras la que parecían sepultados.

Verla de tal guisa hizo que rompiera a reír sin la menor consideración, lo que acabó por enfurecerla aún más. Sus continuos insultos me hicieron valorar la posibilidad de lanzarle el contenido de la jarra de agua que tenía a mano izquierda.

«La explosiva mezcla de maicena y agua dará lugar a un peculiar fluido no newtoniano —escuché en el interior de mi cabeza—, que se comportará como un líquido pringoso y resbaladizo. ¡Acaba con ella de una vez, Sofia!». Respiré agitadamente, valorando seriamente aquella indecente proposición pero, por suerte para Teresa, la débil voz de mi conciencia me obligó finalmente a desechar aquella nueva locura.

—¡Me las pagarás! —bramó, desquiciada—. Te juro que esto no quedará así.

Mi arrebató nos costó más de media hora de retraso, lo que me supuso tener que aguantar el sermón de James.

—No ha sido culpa mía —me defendí—. Ella me provocó.

—Me da igual de quién haya sido la culpa —respondió con frialdad—. Algo así no puede volver a repetirse. Si no sabéis comportaros como personas adultas, será mejor que la misión continúe sin vosotras dos —añadió, dirigiendo su amenaza tanto a Teresa como a mí.

Los ojos se me llenaron de lágrimas provocadas por la rabia contenida. Teresa me miró, sonriendo satisfecha. Mis hormonas en pie de guerra me

obligaron a dedicarle un indiscreto corte de mangas.

Me despedí de Juan, que estaba en la cocina barriendo la harina que había sobre el suelo.

—Lo siento —le dije, cabizbaja.

—No hay nada que sentir, ha sido muy divertido ver a Afrodita disfrazada de Copito de Nieve y despotricando histérica por toda la casa. —Le sonreí, agradecida. Su semblante se volvió serio—. Escucha, Sofía, ten mucho cuidado esta noche y, por lo que más quieras, no te tomes el sedante a menos que realmente lo necesites.

—Descuida, así lo haré —respondí, tentada de explicarle que Isaías había decidido acabar conmigo en tanto concluyera el Proyecto Imperium.

—¿Te acordaste de coger la caja? —preguntó mientras una sonrisa regresaba a sus labios.

—¿Qué caja?

—La de María. Vamos, pecosa, ¡no me asustes! —me pidió alzando las palmas hacia arriba—. Has de dársela esta noche a las once en punto.

Subí disparada a mi habitación y cogí el pequeño cofre envuelto en papel de cartón que Juan me había entregado el día anterior. Cuando regresé a la cocina, él ya no estaba ahí. Escuché voces en el recibidor y me acerqué sin hacer apenas ruido. James estaba transmitiendo al grupo sus últimas indicaciones. Sin mí.

Me dirigí a la cocina en busca de un bombón que calmara mi ansiedad y la suerte —o la desgracia, según se mire— quiso que me encontrara el bolso de Teresa sobre la encimera de granito y junto al nuevo recipiente de harina que Juan había abierto para cocinar su pastel. La minúscula cartera de mano, confeccionada con brillantes lentejuelas plateadas, llamó mi atención enseguida. Presa de un nuevo arrebató, asomé la cabeza para asegurarme de que no hubiera nadie cerca y traté de abrir el cierre del mini bolso, una hebilla cromada tan sofisticada como aparatosa. Una vez logré mi cometido, vacié el contenido del saco de harina en su interior, dejando que mi instinto más perverso actuara por mí.

Caminé hacia el salón con paso firme. Tomé asiento sobre el sofá, sonriendo como una niña traviesa.

—¿Estás bien? —me preguntó George, extendiendo el brazo e invitándome a levantarme del sofá.

—¿Dónde vas así de repeinado? —solté con una enorme carcajada al ver su pelo engominado.

—Ha sido idea de mi hermano —dijo sacudiendo la cabeza.

—¿Estás nervioso? Hacerte pasar por Robert Redsign sin haber tenido tiempo para prepararte no debe ser muy gratificante.

—¿Nervioso? —repitió con una sonrisa de oreja a oreja—. En absoluto. Tengo la corazonada de que esta será una gran noche —añadió con un guiño de complicidad mientras nos acercábamos a la puerta.

Tomamos dos taxis para acudir a la gala. Patrick y su ficticia e insoportable mujer fueron en uno y James, su hermano y yo, en otro.

—Llévenos a Sant Pere de Ribes, por favor —le pidió George al conductor con un exagerado acento británico—. Aquí tiene la dirección —añadió mientras le alcanzaba un papel doblado por la mitad.

No pude evitar reír tras escuchar su ridícula entonación.

—¿Qué te ha dicho Teresa para que te hayas comportado de ese modo? —me preguntó James, sentado a mi lado en los asientos traseros del vehículo, acariciándome la mano con cautela.

Me volví hacia él y le taladré con el fuego de mi mirada. De un rápido movimiento aparté mi mano de la suya.

—Tu pregunta llega un poco tarde, ¿no crees? —dije, visiblemente malhumorada.

No me contestó. Era evidente que no quería provocarme y, a decir verdad, permanecer callado fue una sabia decisión. Le miré de soslayo, con disimulo, y pude ver como sus labios se curvaban, formando una sonrisa burlona mientras contemplaba la ciudad a través de la ventanilla del coche.

Media hora después llegamos a la magnánima y emblemática finca donde se desarrollaría el evento, una antigua propiedad de los monjes Agustinos que había albergado durante más de veinte años al Gran Casino de Barcelona —según nos explicó el taxista—, hasta que en mil novecientos noventa y nueve el mismo fue trasladado a la capital barcelonesa.

Los últimos rayos de sol se desvanecieron a medida que nos adentrábamos en los elegantes y aristocráticos jardines que daban paso al palacete. Contemplé, fascinada, la monumental fuente rectangular que parecía dar la bienvenida a una ilustre época pasada. Al final de la misma había unas mesas vestidas con una llamativa mantelería de pétalos morados. Tras ellas, un par de camareros servían todo tipo de bebidas alcohólicas.

—¿Dónde vas? —me preguntó James agarrándome el antebrazo con fuerza.

Me volví hacia él y le dirigí una mirada asesina.

—¡Venga ya! —protesté—. Solo iba a por una copa. ¿No me digas que voy a tener que estar toda la noche a tu lado?

George se percató enseguida del mal comienzo y quiso enmendar la tensa situación.

—Haya paz —nos pidió con una sonrisa entrañable—. Vamos, James, deja que vaya a por una copa —le pidió a su hermano, para después girarse hacia mí—. Y tú, Sofía, no te despistes que nos conocemos. Ahora, si me disculpáis, seré yo quien vaya a por un trago.

Antes de que pudiera ir a por una bebida, escuché la voz de Isaías.

—¿Cómo está, querida? —me saludó besando mi mano, con unos modales tan exquisitos como artificiales.

—Muy bien, señor Ferrer —respondí, sobresaltada.

—¿No me va a presentar a su amigo? —preguntó al tiempo que el impertinente de Arturo Cuadrado se unía a la conversación.

Aclaré mi garganta mientras sentía la mano de James acariciándome disimuladamente la espalda. Abrí la boca para hacer las oportunas presentaciones, pero los nervios no me permitieron hablar. Habiéndose percatado de mi fatídico estado, James dio un paso al frente y le extendió la mano a Isaías a la vez que tomaba el mando de la situación.

—Encantado de conocerle al fin, señor —dijo con una estudiada cercanía a la que, para mi asombro, acompañaba de un aire de pedantería impropio de él—. Mi nombre es James Lexington.

Se dieron la mano y James continuó hablando con un sorprendente don de palabra. Mencionó unas cuantas frases, cuidadosamente escogidas, que lograron captar toda la atención de Isaías. Con una habilidad pasmosa se presentó a sí mismo como un gran empresario estadounidense afincado temporalmente en Barcelona. Su prodigiosa destreza hizo que el presidente del Banco Estrella cayera totalmente rendido a sus pies. James no tuvo más que mencionar su enorme fortuna para que el señor Ferrer le observara boquiabierto y ansiando saber más sobre aquel *yanqui* adinerado.

—¿Y ustedes dos de qué se conocen? —preguntó de repente Isaías, quien no parecía haber reparado en la ausencia de Philippe.

Aquella pregunta tenía respuesta. O, al menos, debía tenerla. Pero en aquel instante un huracán había arrasado mi capacidad para recordar, por lo que tomé aire y permanecí a la espera de que James y su elocuencia me librasen de un nuevo entuerto.

—Soy un gran amigo de la familia —reveló, resuelto. Al percatarse de

que su contestación no satisfacía la curiosidad de su interlocutor, James extendió ambas manos, mostrando sus palmas en lo que parecía ser una auténtica demostración de honestidad, y aclaró—: Estudié con la hermana de Sofía.

«Eso es cierto», me dije, pensando en ello al tiempo que achicaba los ojos y juntaba los labios como si quisiera regalarle un beso al universo. Respiré profundamente y traté de sosegarme. James tenía la situación bajo control. No había, pues, nada por lo que debiera preocuparme.

—Ha sido un verdadero placer haberle conocido —comentó Isaías mientras atrapaba al vuelo una copa de champagne de la bandeja de un camarero a quien ni siquiera miró. Se volvió hacia mí, ladeando la cabeza y mostrando una sonrisa un tanto inquietante—. Dígame, Sofía, ¿dónde está Robert?

James se acercó a mí y cautelosamente me rozó la espalda, instándome a responder la pregunta de Isaías. Arturo clavó sus ojos en el brazo de James, siguiendo su inclinación con la vista hasta imaginar su destino final, lo que le llevó a sacar una conclusión curiosamente acertada.

Volví la cabeza hacia mi izquierda y vi a George conversando animadamente con un par de tipos a quienes no había visto en mi vida.

—Es ese de ahí —dije, señalándole discretamente con la cabeza.

—Ya veo. —Isaías repasó minuciosamente a George. Sus ojos inquisidores vieron algo en él que no le acababa de encajar. Tal vez fuera su enorme y sincera sonrisa—. Llámeme y preséntemelo —me ordenó con voz de sargento.

Hice lo que me pidió.

—Señor Ferrer —dije tras aclararme la garganta, dando un sorbo a mi copa de champagne—, le presento a Robert Redsign.

George reclinó el cuerpo hacia delante y extendió su mano derecha, llevándose la palma de su mano izquierda al torso.

—Es un honor para mí conocer al presidente del banco más importante de este país —dijo el falso Robert, agasajando con suma habilidad al ego de Isaías.

«Menudo embustero», pensé, mordiéndome la lengua para evitar que una risilla estropeará la misión. El acento inglés con el que revestía sus palabras era tan exagerado como gracioso.

—Pensaba que sería usted más mayor —intervino Arturo Cuadrado, vertiendo a la conversación una pequeña dosis de suspicacia.

—Debe usted haberme confundido con mi primo —indicó George, saliendo del paso con elegancia—. Tengo cuarenta y ocho años —aclaró—. En cualquier caso, ya saben lo que dicen: los ricos nos conservamos mejor.

Los cuatro rompieron a reír y, tratando de no desentonar, acabé por esbozar una sonrisa forzada mientras me acababa la copa de champagne y aceptaba, gustosa, un canapé de hojaldre relleno de camembert y pimienta del piquillo.

Dos personas más se unieron a la conversación. Nadie parecía saber quiénes eran, pero lo cierto es que amenizaron la charla con su extraña verborrea. Poco a poco me fui retrayendo hasta que logré vislumbrar la escena desde una distancia en la que por fin me sentí cómoda. Miré en derredor, admirando la belleza colonial de aquel lugar en el que tan solo fallaba un detalle: los cientos de presuntuosos invitados que aireaban su supuesta grandiosidad a diestro y siniestro.

Al cabo de unos minutos, alguien sacó a relucir un tema aparentemente tabú.

—Leí en los periódicos que hubo una manifestación a las puertas de su banco —comentó uno de los nuevos integrantes del grupo que, según deduje, debía ser un afamado empresario andaluz. Isaías se ruborizó ante tal osadía, por lo que el hombre trató de enmendar su error—. Supo usted gestionar el asunto con una extraordinaria pericia.

—Así es —afirmó Isaías, alzando su arrogante barbilla—. Esa gentuza no hace más que mendigar —comentó, refiriéndose a los manifestantes.

El odio que emanaba de sus palabras me hizo perder la perspectiva, regresando de nuevo a una detestable realidad. Respiré profundamente y abrí los labios, dispuesta a pararle los pies a aquel cretino, pero la mano de James rozándome la espalda me hizo saber que aquel no era buen momento para colocar a nadie en su sitio.

—Confían sus miserables existencias a la caridad —prosiguió Isaías, empleando un tono de desprecio—, pero he de reconocer que la mediocridad de estas personas es, en cierto modo, saludable para una sociedad como la nuestra. ¿Cómo sino valoraríamos la grandiosidad del triunfador? —preguntó señalándose con la mano.

Isaías continuó con su torticero alegato en favor de la degradación humana, salpicando su exposición con grandes dosis de demagogia y ruindad, lo que irremediablemente me provocó una indomable necesidad de patearle su insolente estampa.

—¡Está usted en lo cierto! —exclamó Arturo, aprovechando la oportunidad para alabar a su jefe—. No saben hacer otra cosa que no sea pedir limosna.

Inspiré todo el oxígeno a mi alrededor y conté hasta diez. Exhalé, cerrando los ojos, mientras me imaginaba a mí misma aplastando la descomunal cabeza de Arturo Cuadrado.

—Lo mejor es ignorarles. Estos antisistema no son más que una lacra para la sociedad —intervino el empresario andaluz sin tener ni idea de lo que hablaba—. Solo piden y piden, sin ofrecer nada a cambio.

—Y que usted lo diga —asintió Isaías, alzando la mano por encima de su cabeza y curvando los dedos como si sostuviera una pieza de fruta—. Exigen ayudas, pero ¿por qué se las íbamos a dar? ¿Qué ganamos nosotros con eso? Tan solo son unos perdedores suplicando migajas. Y todos sabemos que no se debe recompensar ni premiar a los fracasados.

—Una frase muy cristiana, sí señor —se me escapó.

George se apresuró a intervenir en la conversación.

—No es sino con inteligencia y perseverancia que se construyen las grandes fortunas.

—Brindo por eso —exclamó Isaías, alzando su copa de champagney sin haber escuchado mi comentario.

James, que si había oído mi apostilla, me asió del brazo sin disimular su descontento. Se acercó a mi oído y susurró una clara advertencia:

—Si no puedes reprimir tus arrebatos, será mejor que te marches.

Arturo no nos quitaba el ojo de encima.

—No soy yo quien no hace más que decir estupideces —siseé, molesta—. Pero seguiré tu consejo, ¡me largo!

James puso los ojos en blanco y resopló, conteniendo las ganas de responderme.

—Si nos disculpan, caballeros —comentó, llamando la atención del resto del grupo—. Sofía y yo nos ausentaremos un instante, hay unas personas a quienes debemos saludar.

Tomó mi brazo con fuerza y me liberó de aquella tortura.

—No necesito ninguna niñera —le dije una vez nos alejamos—. Puedes quedarte con tus *amigos*.

—Pero ¿qué demonios te pasa? ¿Es que no puedes limitarte a actuar? —exclamó sin remilgos.

Reprimí una sarta de exabruptos.

—Puedo permanecer callada, si eso es lo que quieres, pero no fingiré estar de acuerdo con las mezquindades que esos cretinos sueltan por sus bocas —contesté con furia, sacándome con ello una espinita que llevaba clavada en el corazón desde hacía ya más de media hora.

Cerró el puño derecho y apretó los labios en tensión, lo que parecía ser toda una declaración de guerra.

—Te recuerdo que soy yo quien lidera esta misión —indicó con discordia—. Si tienes algún inconveniente con mi forma de trabajar puedes abandonar ahora mismo.

—¿Y darte ese placer? ¡Ni lo sueñes!

—No te conviene estar a malas conmigo.

—¿Me estás amenazando? —pregunté, alzando la voz.

—¿Que si te estoy amenazando? —repitió, ofendido—. ¡Por Dios, Sofía! Esto no va a funcionar... —añadió, agotado, como si hablara consigo mismo.

Tal vez me había extralimitado, pensé. Quizá me había vencido el arranque hormonal que solía gobernar mis arrebatos. Me mordí el labio mientras trataba de poner orden en mi atolondrado frenesí. Respiré hondamente e hice un pacto conmigo misma. A partir de aquel instante haría todo lo posible por controlar el furor que reinaba en mi cabeza, dejando a mis emociones en cuarentena y doblegando la adrenalina que corría por mis venas.

—Lo siento —dije finalmente—. Verás, es que yo...

Puso un dedo en mis labios, haciéndome callar.

—No tiene importancia —dijo como si no hubiera pasado nada—. Vayamos a dar un paseo por los jardines, ¿quieres?

Asentí, feliz por enterrar el hacha de guerra. Nos alejamos de la muchedumbre, adentrándonos en una zona más despoblada. Quiso cogerme la mano mientras caminábamos entre la mágica arboleda, pero temiendo que alguien nos pudiera ver, finalmente se contuvo.

—Debes pensar que esto me queda grande —murmuré.

Se paró en seco y me observó sin pestañear. Me resultaba difícil comprender lo que sus ojos querían decirme, por lo que permanecí callada y sumergida en un mar de incertidumbre.

—No lo pienso, Sofía —comentó con una sonrisa franca, haciendo que mi corazón saltase de alegría—, pero deberías aprender a controlar tus emociones.

No era una victoria, pero de algún modo podía sentirme satisfecha con

aquella declaración.

Una camarera uniformada se acercó a nosotros.

—¿Desean una copa de champagne? —preguntó cordialmente al tiempo que hacía una sumisa reverencia con la cabeza. James aceptó la copa y alcanzó otra para mí, dándole las gracias a la joven, quien, gratamente sorprendida por el gesto de amabilidad, nos ofreció un canapé con su mejor sonrisa—. ¿Querrían probarlo?

—¿Qué es? —pregunté con curiosidad.

—Ostras con caviar Beluga y vino de Oporto.

—En ese caso... —comencé a decir con expresión de desagrado—. No, gracias.

—Las ostras son afrodisíacas —insistió la camarera.

Ninguno de los dos quiso probar aquella lujosa combinación de ingredientes, por lo que la muchacha se marchó desilusionada.

El cielo estaba realmente precioso aquella noche. Contemplé el asombroso lienzo de estrellas y pinceladas destellantes, entremezcladas con unas sorprendentes nubes anaranjadas. Una luna esplendorosa y rojiza, con forma de disco gigante, se mostró gloriosa ante nuestros ojos, que la contemplaban bajo un efecto de euforia sinigual. Subimos por unas escaleras señoriales con balaustrada de piedra sobre la que nos apoyamos para contemplar el fastuoso espectáculo celestial.

—Dicen que contemplar la luna con la cabeza ladeada hacia tu hombro derecho atrae la buena suerte —comenté, avistando una enorme dosis de entusiasmo.

Rió al escuchar mis palabras.

—Eso no son más que habladurías —su burló, rozándome la mano. Se quedó pensativo durante un instante—. Escucha, Sofía, necesito saber que puedo confiar en ti al cien por cien, ¿comprendes?

Asentí, intentando que mis ojos transmitieran sinceridad, pero James era demasiado listo como para tragarse mis mentiras.

—Sé que me ocultas algo —soltó a bocajarro.

Una repentina ventisca azotó con fuerza mi larga melena. Me retiré el pelo a un lado y, arrinconando mis emociones, me acerqué a él con sensualidad.

—Puedes confiar en mí, James —mentí, con el corazón en un puño.

—¡Embustera! —exclamó de sopetón con una media sonrisa.

—¿Por qué dices eso? —pregunté asustada.

—Has desviado la mirada hacia arriba y a tu derecha —respondió en tono de burla.

El corazón me dio un vuelco al escuchar sus palabras. Me sentí miserablemente culpable por mentirle de aquel modo, pero no creí tener más alternativa. El ritmo de mi respiración fue en aumento hasta que sus labios rozaron los míos con extrema delicadeza.

—Me muero de ganas de besarte —dijo casi en un susurro, clavándome sus enormes ojos verdes.

Tragué saliva, humedeciéndome los labios ante tal proposición.

—¿Y qué te lo impide? —pregunté con inocencia.

Mi respuesta le pilló por sorpresa. Sonrió de nuevo y, tomándome del brazo, me indicó:

—Sígueme.

Aquello resultó ser una mala idea, pero ¿cómo podía adivinar yo en aquel momento lo caro que acabaría por pagar el haber respondido a la llamada de la pasión?

Entramos en una sala pequeña, de unos treinta metros cuadrados, y James cerró la puerta. Miré a ambos lados, asombrada por la elegancia de aquella estancia, cuyas paredes estaban forradas de terciopelo granate y cubiertas por unas espesas cortinas de organdí con relieves dorados. Dirigí la mirada al techo artesonado y lo contemplé durante un instante, sin saber muy bien qué hacíamos ahí.

Me senté sobre el borde de una mesa de madera de pino y traté de entablar conversación, pues el silencio reinante estaba impacientándome.

—Una noche muy bonita, ¿no crees? —balbucí al tiempo que me despojaba del foulard de seda, que resbaló entre mis dedos, precipitándose sobre el suelo con un movimiento cargado de sensualidad.

James sonrió y se acercó a mí.

—Preciosa —contestó con una sonrisa de lo más gamberra.

Tomó mi mano derecha y comenzó a jugar con mis dedos congelados por la ansiedad.

—Te he echado de menos —dijo con serenidad.

«Yo también a ti», quise contestarle. Sus dedos recorrieron mi mejilla hasta posarse sobre mis labios y entonces comenzó a besarme con la urgencia del deseo.

La sangre comenzó a hervirme en las venas tras la inyección de exaltación que sentí al notar sus manos sobre mi cuerpo. Nos fundimos en un sinfín de besos y caricias teñidos de nostalgia, anhelo y premura. Sin apenas darme cuenta, James me despojó de mi vestido con suma habilidad. Bajé la vista al suelo y contemplé la prenda, sintiéndome terriblemente nerviosa por la situación. Sujetó mi barbilla con suavidad y me obligó a mirarle. Sabía perfectamente lo que suplicaban sus ojos, rogaban acariciar el nirvana que revoloteaba sobre nuestras cabezas. Pero una vez más, el destino hizo de las tuyas.

Escuchamos unos pasos acercándose. James me agarró del brazo con impaciencia, arrastrándome por la habitación hasta escondernos tras un sofá de cuero. Me miró con los ojos bien abiertos y se llevó el dedo índice a los labios, pidiéndome silencio. Aquella situación comenzaba a resultarme terriblemente familiar, pensé descorazonada.

—Mi vestido... —susurré.

Se volvió hacia mí y me contempló de arriba abajo, como si el hecho de que estuviera desnuda fuera una sorpresa para él. Me incorporé con intención de rescatar mi prenda, pero James me sujetó con fuerza, impidiéndomelo.

—Yo te lo traeré —dijo en voz baja con una asombrosa serenidad.

Me vestí en tanto me devolvió mi vestido, tratando de no hacer el menor ruido, pues los pasos se habían detenido en la puerta de aquella habitación. Unos segundos después, dos personas entraron en la sala.

—¿Qué opina del banquero inglés? —preguntó Isaías.

—¿Se refiere a Robert Redsign? —preguntó Arturo. Sin esperar una respuesta, contestó—: Sería un socio perfecto para nosotros. De quien no me fío es de ese tal James.

—¿Por qué motivo? A mí me ha parecido un tipo encantador. ¿Qué es lo que le ha hecho sospechar de él?

—A decir verdad, nada.

—Explíquese mejor, Arturo. No hay quién le entienda.

—Es el comportamiento de Sofía lo que me hace desconfiar.

—¿Ya estamos de nuevo con lo mismo? ¿No habíamos solucionado ya este tema? —preguntó y, sin permitirle decir ni una palabra, continuó hablando—. Dígame, ¿qué ha hecho esta vez?

—Como le dije esta tarde, esa mujer no es de fiar. Fíjese en su relación con el empresario americano, sin ir más lejos. —Carraspeó compulsivamente—. Es evidente que son más que amigos, señor.

—¿Y qué importancia tiene eso? —profirió Isaías, alzando la voz—. ¿Acaso no engaña usted a su mujer? Vamos, hombre, no sea infantil. Me trae sin cuidado lo que hagan esos dos en la intimidad. Yo no busco la honestidad en la gente, sino el beneficio económico que me puedan proporcionar, ¿comprende? Deje ya de desconfiar de Sofía. Llegado el momento nos encargaremos de ella, pero por el momento, y como ya le he dicho hoy, esa mujer es intocable.

Di gracias a Dios por la ambigüedad de sus palabras. Sin embargo, dos segundos después, Arturo se encargó de desvelar mi secreto.

—Con el debido respeto, señor, no creo que sea conveniente que ella se encargue del Proyecto Imperium.

Agaché la cabeza en tanto James me clavó su mirada de decepción.

—¿Acaso está usted sordo? —preguntó Isaías—. Sofía liderará el proyecto y, hasta que el mismo no se haya completado, no quiero que nadie le toque un pelo. Estamos hablando de un mes, Arturo. Treinta días y podrá usted ocuparse de ella como mejor le parezca —Se aclaró la garganta y prosiguió—. Y esta vez, asegúrese de que los ejecutores hagan que parezca un accidente. No quiero más torpezas como la última, ¿me oye?

Capítulo 14

Tinta roja sobre papiro

Miré de reojo a George, pensando que tal vez así lograra ganarme su complicidad, pero él no le quitaba ojo a su hermano, a quien observaba sin entender por qué demonios nos había reunido a los cuatro de manera inmediata en la antigua bodega de la finca.

—¿Quién de vosotros le está ayudando en esto? —soltó James a bocajarro—. Es evidente que no está actuando sola —añadió, señalándome con su dedo índice.

Los tres se miraron, perplejos, sin comprender a qué santo venía aquella pregunta formulada en un tono excesivamente hostil.

—¿Por qué no te tranquilizas y nos explicas qué ha pasado? —dijo George, mirándome de reojo.

—Estoy muy calmado —repuso sin dar su brazo a torcer. James miró a su hermano y supo enseguida que él nunca le traicionaría. Volvió la vista a Teresa, a quien contempló sin mucho aprecio. Finalmente se acercó a Patrick, colocándose al frente de él—. ¿Has sido tú?

—¿De qué diablos estás hablando?

Carraspeé, tratando de captar su atención. No quería descubrir a mi verdadero cómplice, pero tampoco quería que aquellas tres personas tuvieran que pagar por algo que no habían hecho.

—James, si me das un minuto, yo puedo explicártelo —murmuré.

Se volvió hacia mí con sus ojos inyectados en sangre.

—¿Que puedes qué? Ni se te ocurra soltarme otra mentira más, ¿me oyes?

George le palmeó la espalda con cautela.

—¿Por qué no nos cuentas lo que sucede?

—Sucede que Sofía ha decidido trabajar por su cuenta en la misión.

Supe que mi osadía no se zanjaría con una simple disculpa, pero igualmente debía intentarlo.

—Lo siento mucho —dije cabizbaja al tiempo que sentía todas las miradas clavadas en mí.

—Al parecer, será ella quien liderará el Proyecto Imperium —anunció James, ignorándome deliberadamente.

Aclaré mi garganta y traté de matizar su comentario.

—Tal vez la palabra liderar no sea la más apropiada —puntalicé con escaso aplomo—. Más bien será una pequeña colaboración.

James hundió su mirada en mí.

—Estoy harto, ¿me oyes? —bramó, abriendo fuego a discreción—. Harto de que siempre vayas por libre. Cansado de que creas que esto no es más que un juego. Agotado por tu falta de disciplina y la manera en que siempre consigues complicarlo todo.

Le miré aturdida, tratando de encajar aquel golpe con un mínimo de dignidad.

—Ya os dije que no era de fiar —comentó Teresa, alzando su nariz respingona—. Es una persona desequilibrada.

«Verás tú cuando abras tu bolso, maldita entrometida», le contesté mentalmente. James se volvió hacia ella y le lanzó una mirada incendiaria, dándole a entender que no toleraría de nuevo un comentario como aquel. Después, cambiando de estrategia, se giró hacia mí y me preguntó:

—¿Quién es tu cómplice?

Se me aceleró el corazón. No pensaba delatar al marqués ni revelar su involucración en aquel asunto. Estaba tan decidida a guardar el secreto que opté por permanecer callada, soportando la más que previsible represalia, por injusta que fuera.

James vaciló durante un instante y de pronto me soltó:

—Muy bien, tú lo has querido. Estás fuera de la misión.

—¡No puedes hacer eso! —grité.

—¿Quieres apostar? —me desafió.

En otras circunstancias le habría contestado con una de mis habituales salidas de tono, pero dado el tenor de la situación decidí contener el juramento que luchaba por hacerse un hueco entre mis labios.

Por mi cabeza desfilaron diferentes opciones, todas ellas finalmente descartables. Abatida y sin fuerzas para continuar batallando, decidí darme por vencida.

—Tienes razón —dije, reduciendo a cenizas mi escasa autoestima—. No debí ocultártelo. Verás, no fue nada planeado, simplemente surgió de ese modo —expliqué, adornando la verdad—. Fue Isaías quien quiso que yo gestionara el proyecto, ¿cómo iba a negarme a ello? —Inspiré y sentí una aguda punzada en la sien que me hizo gemir de dolor. James se acercó hacia mí, pero enseguida le hice saber con un gesto que estaba bien—. Quise decírtelo, pero sabiendo que te negarías en redondo, finalmente decidimos

ocultártelo durante unos días.

—¿*Decidimos?* —preguntó con sagacidad.

Bajé la mirada al suelo y guardé silencio. Levanté la vista durante un instante y mi mirada se cruzó con la de Patrick, quien parecía inusualmente preocupado. En aquel momento, ni siquiera me di cuenta de la señal que me enviaban sus ojos.

—Me va a oír Juan cuando lleguemos a casa —soltó James, adivinando por fin quien estaba detrás de todo aquello.

Carraspeé de nuevo, rascándome el cuello con ansiedad.

—¿Vuelvo a formar parte de la misión? —me aventuré a preguntar.

—No.

George negó con la cabeza. Era evidente que no estaba de acuerdo con el modo en que su hermano estaba llevando la situación.

—¿No hablarás en serio? —pregunté, turbada.

—Sí —contestó James, inmutable.

Sus monosílabos estaban logrando acelerar mi corazón a un ritmo poco saludable. Un nuevo pinchazo en la sien me hizo tambalearme durante un instante. James me sujetó del brazo, evitando que me cayera, y me acompañó hasta un banco de madera donde tomé asiento.

—Si se trata de una artimaña para hacerme cambiar de opinión, has de saber que el plan no te funcionará —me advirtió.

Negué con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra.

George me trajo un vaso de agua. Bebí poco a poco, entrecerrando los ojos.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó James.

Sacudí la cabeza de nuevo. Solo necesitaba un minuto de tranquilidad. Tan solo eso.

—Deberías comer algo —dijo George.

—Un instante de calma. Eso es todo cuanto preciso —acerté a decir.

—Están a punto de comenzar los fuegos artificiales —anunció Patrick mirando su reloj—. La gente puede empezar a sospechar si nos ausentamos durante demasiado tiempo.

—Está bien —comentó James tras un hondo suspiro de resignación—. Vayamos a ver los dichosos fuegos —concedió de mala gana—. Hablaremos de todo esto en otro momento.

Regresamos a la fiesta como si nada hubiera ocurrido. La celebración parecía haber alcanzado su momento de máximo esplendor, pues todos los invitados habían ingerido considerables cantidades de alcohol que desinhibían sus constreñidas naturalezas. Había quien incluso se atrevía a seguir el compás de la alegre música, que sonaba cada vez con más fuerza gracias a un cuarteto de mujeres cubanas que amenizaban el ambiente al ritmo de salsas, bachatas y algún que otro bolero.

—¿Cuándo comienzan los fuegos artificiales? —pregunté.

George entornó los ojos, examinando la esfera de su costoso Breitling Navitimer, y anunció con una burlesca pronunciación británica:

—En diez minutos.

—¿Qué te ha parecido Isaías? —le pregunté.

—*It's not my cup of tea* —contestó, exagerando a propósito su acento.

Observé el reloj de George, ladeando la cabeza. En realidad no era suyo sino del marqués, quien debía tener una colección casi tan grande como su habilidad para meterme en líos.

Pensé en Juan al tiempo que mi mirada se perdía entre la oscura arboleda que quedaba a mi izquierda. Achiné los ojos mientras me rascaba el cuello con urgencia y trataba de dar forma al pensamiento que se estaba formando en el interior de mi cabeza. Mis ojos se posaron de nuevo sobre la muñeca de George, que observé fijamente hasta que por fin descubrí qué era lo que mi intuición trataba de decirme. Un escalofrío recorrió mi espalda hasta posarse sobre la parte posterior de mi cabeza, acomodándose y procurándome un fuerte dolor.

—¡Maldición! —se me escapó.

Los dos hermanos se volvieron hacia mí.

—¿Qué sucede? —preguntó James.

—No te enfades, por favor —le supliqué juntando las palmas.

Resopló sin fuerzas.

—¿Y ahora qué?

—Son casi las once de la noche —dije, golpeándome con fuerza la muñeca. James se encogió de hombros—. Tengo que encontrar a María.

—¿Qué María? —preguntó George.

—María Pedrosa —respondí demasiado rápido.

—La amante del marqués —apuntó James—. ¿Por qué?

Aquel maldito dolor me atacó de nuevo con toda su furia.

—No puedo decírtelo —dije bajando la cabeza.

—Mi amor, no estires más la cuerda o al final se romperá del todo —me avisó a medio camino entre el desafío y el agotamiento.

—Está bien —dije, incapaz de enfrentarme a él—. El marqués me dio este estuche —comenté, abriendo mi bolso y mostrándole la caja adornada que Juan me había entregado el día anterior—. Me pidió que se la diera a María.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, James. —Me masajeeé la sien—. No creo que tenga nada que ver con la misión. —La intuición me susurró al oído el contenido de aquel cofre—. Creo que...

—¿Qué? —me apremió con urgencia.

—Creo que es un anillo de compromiso —me escuché decir.

James resopló, mirando a su hermano, quien sonreía abiertamente.

—Tienes diez minutos para encontrar a María y darle la maldita caja —refunfuñó, y antes de que pudiera marcharme me sujetó del brazo y añadió—: No me obligues a ir a por ti.

Sonreí, complacida, y salí escopeteada en busca de María. La fortuna quiso que la encontrara en menos de cinco minutos. Estaba charlando distendidamente con un grupo de personas a quienes yo no conocía. Con todo el disimulo que las circunstancias me permitían, le rocé el brazo y le insté a apartarse de sus compañeros de tertulia.

—Juan quería que te diera este estuche —le dije mientras mi mirada viajaba de un lado a otro.

Miró su reloj.

—Se ha acordado... —tartamudeó con lágrimas en los ojos.

Me abrazo, dándome las gracias efusivamente, tras lo cual me despedí de ella y regresé enseguida junto a George y James. Conversaban animadamente con Isaías y su porfiado secuaz, Arturo Cuadrado.

—Es bueno que el pueblo no entienda el funcionamiento de nuestro sistema bancario, porque, si esto ocurriera, creo que explotaría una revolución antes de mañana por la mañana —comentó Arturo mientras soltaba una enorme carcajada.

—Henry Ford —apunté.

Todas las miradas se volvieron hacia mí.

—¿Cómo dice? —preguntó Isaías.

—La frase es de Henry Ford —aclaré.

—No es cierto —replicó Arturo, ofendido—. Es mía.

James se apresuró a apaciguar las aguas cambiando de tema con suma pericia. Contraje el rostro con una mueca de resignación.

—En ciertos momentos, la única forma de tener razón es perdiéndola — me susurró George al oído.

—José Bergamín —dije, incapaz de permanecer callada.

Sonrió y me ofreció un canapé que cogió de la mesa que quedaba a su derecha.

—Come algo, te sentará bien. —Olfateó graciosamente el aperitivo y comentó—: Solomillo con foie y trufa negra.

Una sonora explosión dio la bienvenida a los fuegos artificiales. Todas las miradas se dirigieron al cielo, donde surgió una fastuosa palmera de corona anaranjada de cuyas hojas parecía desprenderse una multitud de estrellas. Las siguientes detonaciones retumbaron en mi cabeza causándome un profundo malestar que no traté de ocultar.

—Deberías relajarte un poco —me dijo James en voz baja.

«Como si eso fuera tan fácil», me dije para mis adentros.

Un fuerte estallido me hizo levantar la vista de nuevo. Observé la gigantesca noria de fósforos que se dibujó en el firmamento. Le siguió una lluvia plateada que el público coreó con sonoros aplausos. Un nuevo cohete ascendió a gran altura y explotó, dejando tras de sí un deslumbrante rastro de estrellas. Cientos de palmas elogiaron el espectáculo con un estruendoso aplauso que algún que otro desalmado acompañó con agudos silbidos.

Unos minutos después se escucharon cuatro disparos secos que parecían anunciar el final de los fuegos artificiales. Un grupo de asistentes orientales, extrañamente ataviados con trajes de licra brillante, rebuscaron en sus bolsillos y sacaron sus dispositivos móviles de última generación, que apuntaron hacia arriba en un intento poco acertado de inmortalizar el esplendoroso cielo teñido de luz.

—Voy a por un vaso de agua—le dije a James, aceptando con resignación su rol de líder.

Había llegado el momento de tomar el sedante del marqués.

Recorrí los jardines caminando al lado de la fuente hasta que llegué a las mesas con mantelería de pétalos morados. Los camareros parecían desbordados ante las peticiones de unas personas que, aun siendo las más adineradas de la provincia, adolecían de modales.

—Querría un agua, por favor.

El camarero de mayor edad me miró doblemente sorprendido.

—¿Agua? —preguntó abriendo los ojos desmesuradamente, como si le acabara de ordenar que bailara la lambada vestido de esquimal.

—Sí —respondí toscamente. El hombre no reaccionó—. Ese líquido transparente que no tiene color, ni olor, ni tampoco sabor. ¿Sabe ya de lo que le hablo?

—¿La quiere sola?

«No, acompañada de Alain Delon», respondí mentalmente. Le miré en silencio y asentí con la cabeza, pero el hombre no pareció comprender el mensaje.

—¿Será posible? —espeté—. Claro que la quiero sola.

Me retiré a un lado de la mesa, con un botellín de agua natural en una mano y una copa grande, ligeramente abombada, en la otra. Abrí mi bolso y rebusqué en él hasta que di con el sedante que llevaba envuelto en papel de aluminio.

Siempre he odiado ingerir comprimidos, pues su tamaño suele ser demasiado voluminoso para mi angosto esófago. Fue por ello que aquella noche tomé la insensata decisión de abrir la cápsula y extraer su contenido en polvo, que vertí sobre la copa de agua. Ese fue, quizá, mi primer error.

Quise pedirle al camarero que me prestara algo con lo que remover el líquido, pero viendo el agotamiento reflejado en su rostro, dejé a un lado la compostura y empleé mi dedo índice a modo de cucharilla mezcladora.

Estaba mirando la copa con una mueca de repugnancia cuando escuché una voz conocida gritando mi nombre. Al volver la vista, mis ojos se toparon con los del presidente de Blankium.

—¿Qué sorpresa! —exclamé—. No sabía que usted estuviera invitado a la gala, señor... Goicoechea. —Carraspeé y desvié la mirada hacia mi izquierda. ¿Cómo diablos se apellidaba aquel hombre?—. Gabilondo, quise decir.

Me observó con su habitual sonrisa burlesca, cruzando los brazos a la altura del pecho mientras yo trataba de vencer mi repentina ceguera mental.

«Empezaba por g», me dije a mí misma.

—¿Garagorri! —grité, entusiasmada. Deduje, por su expresión, que no había acertado—. ¿Goitisoló? ¿Gorostegui?

Habiendo enumerado la mitad de los apellidos vascos que conocía, finalmente aquel hombre se decidió a hablar.

—Gabikagogeaskoa —anunció, irguiendo la cabeza con orgullo—. Ignacio Javier Gabikagogeaskoa.

Me tendió la mano con un gesto de lo más exagerado y cuando alargué la mía la tomo con excesivo entusiasmo para después llevársela a sus labios.

—Podrá nublarse el sol eternamente —comenzó a decir, endulzando el tono de su voz al tiempo que se sacaba una rosa marchita del bolsillo del pantalón—; podrá secarse en un instante el mar; podrá romperse el eje de la tierra, como un débil cristal. ¡Todo sucederá! —exclamó entregándome la deslucida flor—. Podrá la muerte cubrirme con su fúnebre crespón; pero jamás en mí podrá apagarse la llama de tu amor.

Le contemplé anonadada mientras mis ojos viajaban en busca de James.

—Era un gran poeta —dije con una sonrisa forzada.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? —pregunté confusa—. Bécquer.

—No tengo el placer de conocer a ese caballero —respondió, dejándome aún más atónita.

El destino quiso que fuera Isaías quien me librara, momentáneamente, de aquel pretendiente con disfraz de payaso perturbado. El señor Ferrer se acercó a nosotros caminando apresurado mientras canturreaba palabras incomprensibles.

—Usted no es su tipo —le soltó a Ignacio Javier sin el menor formalismo.

—Eso ya lo veremos —respondió el banquero ensanchando su sonrisa.

Isaías carraspeó con un gesto inquietante. Le rodeó los hombros con su brazo derecho y me señaló con el dedo.

—Será ella quien lidere la segunda fase del Proyecto Imperium —anunció en voz baja, dando muestras de una más que incipiente embriaguez.

—¿Ella? —preguntó Ignacio Javier—. Pensaba que sería aquel hombre... ¿Cómo se llamaba? —preguntó masajeándose la mandíbula—. Tenía nombre de cafetero colombiano.

Tendría que haber sido capaz de leer las señales, pero por más indicaciones que recibiera, aquella noche no pude presagiar la tragedia que se avecinaba.

—Juan Valdez —precisó Isaías con un hosco tono de voz—. Ese hombre era un traidor. Ya no está entre nosotros.

—¿Murió?

—Lamentablemente no, pero pagará muy cara su ingratitud.

—¿Qué fue de él? —me apresuré a preguntar—. ¿Tenéis alguna idea de dónde puede estar?

Isaías me observó en silencio. Luchaba por contener la sonrisa malvada

que comenzaba a dibujarse en las comisuras de sus labios.

—Señor, conozco el proyecto al detalle —continué hablando—, sé cuál es su verdadero objetivo y los medios que emplearán para alcanzarlo pero, como ya le he dicho en otras ocasiones, no podré liderarlo debidamente si no dispongo de toda la información —añadí, tratando de transmitir confianza—. Creo que es conveniente que me mantenga al corriente de todo lo que guarde relación con el proyecto.

Tal vez estaba arriesgando demasiado, pero ¿qué importaba a esas alturas? Después de todo, Isaías ya sabía que yo había estado preguntando por Juan.

—Ese sucio impío quiso descubrir nuestro plan —comenzó a decir—, un proyecto que él debía liderar y sobre el que jamás había manifestado la menor objeción. Tratamos de persuadirle de forma amistosa, pero el muy estúpido amenazó con hacerlo público.

—¿Y qué hicieron ustedes? —pregunté, rezando para que James no apareciera por ahí.

—Eso no es de su incumbencia —dijo muy dignamente. Caviló durante un instante y finalmente comentó en voz baja—: Intentamos convencerle de un modo más categórico.

—¿Le torturaron? —me escuché decir, presa de la curiosidad.

—Yo no lo llamaría así, querida. Son técnicas de persuasión, nada más —dijo juntando los labios y negando con la cabeza. Y de pronto sonrió falsamente, tratando de quitarle hierro a la conversación. Compuso una mueca de burla, abrió los ojos desmesuradamente y, sin dejar de sonreír, comentó—: Tal vez emplearon el método de la gota china o el tenedor del hereje. —Zarandeo la cabeza mientras continuaba bromeando y agitando las manos—. Quizá la cuna de Judas o... ¡El toro de bronce! Esa es sin duda la herramienta de tortura más aterradora de todas.

—¿Dónde está ahora? —pregunté, interrumpiendo su sádica representación teatral.

—Ya no es asunto nuestro —respondió, borrando la sonrisa de sus labios—. Los ejecutores de la orden se encargarán de ello.

—¿Los ejecutores? —repetí, pensando en que esas mismas personas serían las encargadas de acabar conmigo.

—Profesionales llevan a cabo las tareas de... —Se detuvo, indeciso—. Las tareas de limpieza. No deben quedar cabos sueltos en este asunto, ¿comprende?

Asentí, aterrorizada.

—¿Acaso ese hombre posee información que pueda incriminarle?

—No creo que la información de la que dispone pueda servirle de mucho.

De lo contrario, ya la habría empleado.

—¿Y entonces? ¿Por qué no se olvidan de él?

Agachó la cabeza hasta que sus labios se posaron a la altura de mi oído.

—Esa no es una opción, querida —respondió.

—¿Por qué? —insistí.

Irguió la cabeza de nuevo, como si alguien estirara de una cuerda imaginaria atada a su cuello.

—La Orden del Denario no tolera la traición —sentenció con firmeza pero sin convicción.

—Sin ánimo de ser irrespetuosa —dije tímidamente—, intuyo que hay algo más y creo que tengo derecho a saberlo —apunté, consciente de lo mucho que estaba arriesgando al pronunciar aquellas palabras.

Soltó un hondo gruñido, mirando de un lado a otro con una expresión de lo más paranoica.

—Usted conoce cómo funciona la orden, ¿no es cierto? —Asentí—. En ese caso sabrá que la palabra del Rey es la palabra de Dios.

Me encogí de hombros, incapaz de seguir aquel escueto y confuso razonamiento.

—¿Y qué tiene que ver eso con Juan? —exclamé, nerviosa—. Quiero decir, con el señor Valdez.

—¡Por el amor de Dios! —gritó, exasperado—. Ha sido el Rey quien ha ordenado acabar con él.

—¿Acabar con él? —repetí abriendo los ojos como platos.

—¿Acaso tengo eco? —bramó, furioso.

—Pero ¿por qué? Si ni siquiera se conocen.

Sonrió, irónico.

—No puede estar usted más equivocada.

Las últimas palabras de Isaías habían logrado congelarme el cerebro hasta tal punto que ni siquiera fui capaz de preguntarle nada más. Asaltada por un repentino estado vegetativo, vi como el señor Ferrer se marchaba tal y como había venido, tarareando una desagradable melodía mientras sus extremidades se empeñaban en dibujar acrobáticas cabriolas.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó el presidente de Blankium mientras un hilillo de baba parecía asomársele por la comisura de sus labios. Agachó y ladeó la cabeza, contemplándome con su perturbada sonrisa—. Sofía, ¿se encuentra usted bien? Tal vez debería tomar un poco de agua.

Giré la cabeza y le miré con los ojos entrecerrados. ¿Había dicho *agua*?

—¡Oh, Dios mío! —grité de pronto, con mis funciones vitales totalmente recuperadas. Me volví hacia el lugar donde había dejado la copa de agua a la que había añadido el ansiolítico. El pánico se apoderó de mí casi al instante—. ¿Dónde está? —vociferé a pleno pulmón.

Dos docenas de ojos se volvieron hacia mí.

—¿Y mi copa de agua? —insistí, dirigiendo mi pregunta tanto a los camareros como a los invitados que había a mi alrededor.

—Tal vez yo pueda ir a buscarte otra copa —dijo Ignacio Javier mientras empujaba con su dedo índice la montura de sus gafas.

—¡Otra copa no me servirá de nada! —grité, tomando conciencia de la gravedad de la situación—. Alguien se ha llevado mi agua. ¡Me la han robado!

La gente comenzó a mirarme como si acabara de salir de un manicomio, lo cual no distaba mucho de la realidad.

—Yo le regalaré una vajilla con las mejores copas del mundo —dijo aquel majadero, aproximándose a mí.

Comencé a rascarme el cuello frenéticamente mientras miraba de un lado a otro. Sin que apenas me diera cuenta la distancia entre nosotros se evaporó como por arte de magia.

—Oiga, aléjese un poco, ¿quiere? Necesito pensar.

Desoyendo mi petición, Ignacio Javier rodeó mi cintura con su mano y me plantó un beso en la mejilla que a punto estuvo de aterrizar en mis labios. Me separé de él al tiempo que mi brazo cogía el impulso necesario para asestarle un bofetón de portada. Antes de que mi mano aterrizara sobre su cara James surgió de la nada, agarrándome del brazo y evitando que el presidente de Blankium estrenara un nuevo rostro.

—¿Dónde estabas? —preguntó con naturalidad—. Te hemos estado buscando.

Con asombroso disimulo acercó sus labios a mi oído y susurró: «Cálmate, por favor. Yo me ocupo de este bastardo».

Hice lo que me pidió. Me tranquilicé y dejé que él se encargara de gestionar la situación como creyera conveniente. A fin de cuentas, yo tenía

mayores preocupaciones de las que ocuparme en aquel momento.

—Caballero —comenzó a decir el payaso de sonrisa demente—, mi *amiga* y yo estamos manteniendo una conversación privada —prosiguió con convulsivos movimientos de cabeza que señalaban a su derecha, invitando a James a dejarnos a solas—. Usted me comprende ¿verdad?

Comencé a sufrir una agonizante sensación de ahogo. Aquel maldito dolor de cabeza parecía empeñado en acompañarme hasta el final de los días.

—¿Amigos? —preguntó James tomándome del brazo y evitando con ello que pudiera alejarme—. Qué extraño, no me había hablado de usted.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —replicó Ignacio Javier apoyando las manos sobre sus caderas.

—Porque a nosotros sí nos une una amistad —soltó James con aire de autosuficiencia y, no contento con eso, prosiguió—: Dígame, señor Gabikagogeaskoa, ¿cómo va la investigación sobre la presunta estafa cometida con la ampliación de capital de Blankium? Según tengo entendido, los peritos judiciales han concluido que la emisión de nuevas acciones fue fraudulenta, ¿me equivoco?

El rostro de aquel hombre palideció de inmediato pero, por extraño que pudiera parecer, su inquietante y siniestra sonrisa continuó grabada en sus labios.

—Estoy tratando de enderezar la entidad —se defendió con el rostro ceniciento.

—En ese caso, imagino que habrá solucionado ya el asunto de las tarjetas fantasma. ¿Cuántos consejeros y directivos de su banco estuvieron implicados? —preguntó James con malicia, conociendo muy bien cuál era la respuesta—. Más de cien creo recordar, ¿no es así? —Entornó sus brillantes ojos verdes, cuya mirada dirigió hacia el firmamento—. Veinte millones y medio de euros en gastos personales durante unos diez años, si no estoy equivocado.

—Quince años —le corrigió con una repentina a la par que extraña soberbia.

—¿Cuándo está previsto que comience el juicio?

—En octubre —gruñó—. No me sea moralista, señor...

—Lexington, pero puede llamarme James.

Aquella absurda conversación se estaba alargando más de lo que debía. Me volví hacia James, agarré su brazo y tiré de él disimuladamente.

—¿Por qué no lo dejas ya? —le pregunté—. Tenemos cosas más

importantes de las que preocuparnos.

—Dame un segundo, mi amor —susurró en voz baja sin apartar la mirada de Ignacio Javier.

—James, por favor —insistí—. Tengo algo importante que decirte.

Pero él no me escuchó. Se enzarzó de nuevo con su oponente, prolongando una discusión sin sentido. Resoplé, agotada, pensando en las últimas palabras de Isaías. El marqués sabía quién era el Rey. ¿Por qué diablos no nos lo habría dicho? ¿Y si solo era yo quien no conocía esa información? ¿Y si James y los demás sí que estaban al corriente? ¿Y si...?

Todo apuntaba a que, una vez más, había sido víctima de un enorme engaño. Había tropezado de nuevo con la mentira, pensé amilanada. ¿Acaso el destino no pensaba cambiar nunca de piedra?

Patrick apareció entre el alborotado gentío. Iba acompañado por Arturo Cuadrado, quien, a tenor de la expresión en sus rostros, le estaba poniendo al corriente de un asunto delicado. Me acerqué al puesto de las bebidas sin perderles de vista. Agradecí la original piruleta de gamba caramelizada que me ofreció un atento joven vestido con traje de pingüino, y continué mi paso con la mirada clavada en Patrick. Me fue imposible leer los labios de Arturo, pues se tapaba la boca mientras hablaba. Mi curiosidad se impacientó, lo que a la postre me forzó a dejar de lado la prudencia e interrumpir su conversación.

—Señora Aldana —comentó Arturo con los dientes apretados, sin apenas mover los labios ni los músculos de la cara, lo que por un instante me hizo pensar que tal vez hubiera sido otra persona la que había hablado—. ¿Conoce usted al señor Clark?

—Le conozco —contesté.

Patrick me estrechó la mano cortésmente.

—Estábamos hablando de un asunto confidencial —añadió Arturo, instándome a dejarles a solas.

—¿De qué? —pregunté sin darme por aludida.

—De algo que a usted no le incumbe —me soltó, iracundo—. Pero ya que está aquí, quisiera comentarle algo.

Isaías se unió a nosotros en aquel momento. Le acompañaba un hombre de unos setenta años de edad que vestía un traje de lino color blanco, a quien Arturo se apresuró a saludar con una desmesurada pleitesía.

Patrick se desenvolvió a las mil maravillas, participando en la conversación animadamente. Me pregunté dónde estaría la lunática de

Teresa, hasta que la divisé en un corrillo de gente que estaba a unos tres metros de distancia. Hablaba animadamente, pero había algo extraño en el modo en que se comportaba.

Isaías no tardó mucho en monopolizar el coloquio, explicando de nuevo la misma retahíla de logros y triunfos que yo ya había escuchado en varias ocasiones, y despertando mis antipatías ante aquel nuevo despliegue de narcisismo. Soportamos su soporífero soliloquio durante más de veinte minutos tras los cuales se obró el milagro y finalmente abandonó al grupo en busca de nuevas presas a quienes torturar con su pedante palabrería.

Tenía que encontrar el modo de quedarme a solas con Patrick, por lo que puse a mis neuronas a trabajar.

—Por cierto, Arturo —comencé a decir—, Jordi le estaba buscando.

Aquella estupidez fue todo cuanto se me ocurrió.

—¿Jordi? —repitió, retirándose de la cara un gigantesco mechón de pelo—. ¿Qué Jordi?

—Jordi Conejo —respondí.

Me miró atónito.

—Según tenía entendido partía esta misma tarde hacia Panamá —apuntó con desconfianza.

«Maldita sea, es cierto», me dije recriminándome por mi torpeza. Patrick me miró con cara de asombro, sin entender qué era lo que pretendía.

—Perdió el avión —contesté, haciendo la bola de nieve cada vez más grande.

—¿Y dónde está? —preguntó alzando su ceja izquierda.

—Por ahí —respondí señalando a una zona alejada. Me volví hacia el hombre de traje albino, quien todavía no había pronunciado palabra, y comenté—: Y a usted también.

—¿A mí? —preguntó extrañado, con un tono de voz sorprendentemente agudo—. Yo no conozco a ningún Jordi Conejo.

—Pero él a usted sí —me apresuré a decir en voz baja, lanzándole un señuelo cargado de misterio.

Cuando por fin nos dejaron a solas cogí a Patrick disimuladamente del brazo y le susurré al oído:

—Tenemos que hablar.

—Este no es el momento ni el lugar —espetó, malhumorado—. ¿Qué se supone que estás haciendo, Sofía? Jordi Conejo está en Panamá.

—Lo siento, no se me ocurrió otro modo de librarme de ellos. Escucha,

Patrick, tengo que contarte algo —persistí en mi empeño.

—¿Tienes idea de quién era ese hombre? —preguntó como si no me hubiera escuchado.

—No lo sé, pero...

—¡Santo cielo! —exclamó, dejándome perpleja ante tamaña hostilidad—. Era el presidente del Banco Cantabria.

—¿Y a mí que me importa eso?

—Ese tipo era un príncipe de la orden —respondió con un gruñido—. Tenemos que acercarnos a ellos, no alejarlos de nosotros. Estas no son formas de trabajar —soltó, mirándome fijamente a los ojos—. Hablaré con James.

—Habla con quien te dé la gana —dije fuera de mis casillas—. Pero antes de hacerlo tal vez te interese saber que el marqués conoce al Rey.

Pronuncié aquellas palabras con la furia de un huracán y acto seguido me fui, dándole la espalda a Patrick, a quien en aquel momento no le deseaba nada bueno.

Tal y como era de esperar, Patrick vino tras de mí inmediatamente. Me cogió del brazo sin reparar en la gente a nuestro alrededor, obligándome a caminar hacia un lugar más apartado. Una vez a solas, se encendió un cigarrillo y se llevó la mano a la frente.

—¿De dónde has sacado esa información?

Le fulminé con la mirada.

—¿Ahora estás interesado en hablar conmigo?

Meneó la cabeza de lado a lado, mientras tomaba conciencia de su enorme metedura de pata.

—Te pido disculpas —dijo a regañadientes—. ¿Contenta? Y ahora dime, ¿quién te ha dicho eso?

Estuve tentada de mandarle a paseo, pero lo cierto es que en aquel momento no tenía muchas más opciones que contar con él.

—Isaías.

Se apoyó sobre la balastrada de piedra que quedaba bajo una hermosa farola de hierro y dio una honda calada al cigarrillo. Su penetrante mirada, aún más intensa bajo el calor de la luz, se perdió en la oscuridad de la noche. No me cabía la menor duda de que mis palabras le habían trastornado, pero en aquel instante no alcanzaba a imaginar la dimensión de su perturbación.

—¿Crees que nos ha traicionado? —pregunté, negándome a creer que ello fuera cierto.

—De ningún modo —respondió tajante.

—¿Por qué?

—Simplemente, no es posible —respondió, esquivando mi mirada.

—Vamos, Patrick, ¿tan difícil es explicarme las cosas?

Lanzó al suelo la colilla de su cigarrillo y entrecerró los ojos, acariciándose la barbilla sin estar muy seguro del paso que estaba a punto de dar.

—No puedo contártelo —dijo finalmente.

—¿Que no puedes contármelo? —exploté—. Pero ¿de qué demonios va todo esto? Me estoy jugando el pellejo por esta misión.

—Yo también, Sofía. Yo también.

—Hay una gran diferencia, Patrick.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es? —preguntó, retándome con la mirada.

—Jugarte el pellejo forma parte de tu trabajo.

Por su expresión deduje que mis últimas palabras no habían sido de su agrado. Se tomó su tiempo para asimilar la gravedad de la situación hasta que por fin se decidió a hablar.

—Antes de que te cuente nada, hay algo que debes prometerme.

—Lo que quieras —respondí precipitadamente, impaciente por conocer la verdad.

Algo en mi comentario debió despertar su simpatía, pues de pronto me observó abriendo los ojos como si me viera por primera vez. El tiempo pareció detenerse en aquel momento, aunando el pasado y el futuro en un único instante.

Sentí una fuerte aceleración cardíaca acompañada de un punzante dolor en la cabeza que, sorprendentemente, pude soportar sin la menor turbación. Patrick tomó mi mano con cautela, temeroso de estar cometiendo el gran error de su vida. Me miró fijamente, con sus pupilas totalmente dilatadas mientras los latidos de nuestros corazones parecían seguir el mismo compás.

—Has de prometerme que no hablarás de esto con James —dijo de pronto, acabando con la enorme nube de polvo mágico que se había levantado a nuestro alrededor.

No podía creer lo que acababa de escuchar. La confusión me nubló la vista y tuve que restregarme los ojos un par de veces antes de poder hablar.

—¿Cómo dices? —pregunté, perpleja. Sin esperar a que respondiera le

supliqué—: No me pidas eso, Patrick. No puedo mentirle.

—¿Que no puedes qué? —se burló, encendiéndose otro cigarrillo—. ¿Acaso no le ocultaste tu involucración en el Proyecto Imperium?

—Yo no tuve nada que ver con eso —me defendí, enmascarando la realidad—. Me lo pidió Isaías y no me quedó más remedio que aceptar.

—¡Embustera! Sé perfectamente que fuiste tú quien le indujo a ello.

Tragué saliva, sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando y sabiendo que no podía ofenderme por sus palabras, pues no hacían más que exponer la verdad.

—¿Has hablado de ello con el marqués? —balbucí.

—Así es —contestó, sucinto, al tiempo que se pasaba un dedo por el cuello de la camisa.

—Él te lo explico... —comencé a decir con la mirada perdida en ninguna parte—. Juan te dijo cuáles eran sus planes. Por eso estás al corriente de todo —proseguí, apoyándome sobre la barandilla.

—No fue exactamente así. —Me acarició la mejilla y me obligó a volver la vista hacia él—. Estoy al corriente de vuestros planes porque fui yo quien los ideó.

La mala suerte quiso que el momento de conocer la verdad tuviera que esperar un poco más.

—¡Te estaba buscando! —exclamó Teresa con un tono de voz cargado de reproche.

Sus ojos felinos, en aquel momento severamente enrojecidos, me repasaron con una mueca de desprecio.

—Estaba hablando con Sofía —se disculpó Patrick, molesto por la interrupción.

Aproveché la distancia que todavía había entre Teresa y nosotros para acercarme a Patrick y preguntarle al oído:

—¿Ella lo sabe? Me refiero a lo que estabas a punto de confesarme.

—No —respondió sin apenas mover los labios.

Teresa continuó avanzando con un paso tan poco firme como lo era mi estado de ánimo en aquel instante. Bajo la luz de la farola, el intenso azul de sus ojos se ocultó tras la repentina dilatación de sus pupilas. Comenzó a acariciarse el lóbulo de su oreja derecha mientras su otra mano parecía sufrir una repentina convulsión.

—¿Cómo no? La mosquita muerta de nuevo —comentó, sarcástica.

Su boca comenzó a hacer extraños movimientos que parecían coordinarse con el frenético baile de sus ojos. El color amarillento de su tez le otorgaba un aspecto bastante enfermizo.

Patrick se acercó a ella y ladeó la cabeza, observándole con una expresión de preocupación.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, tomándola por los hombros.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió ella, hablando con evidente dificultad.

—¡Maldita sea, Teresa! —estalló Patrick—. ¿Has esnifado cocaína?

—¡No! —gritó ella al tiempo que comenzaba a pisotear repetidamente el suelo como si caminara sobre unas brasas.

Instintivamente, Patrick y yo bajamos la vista, extrañados por sus desvariados brincos y curiosos por ver qué era lo que parecía abrasarle los pies.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó Patrick.

—¡Me quemo! —gritó ella—. ¿Es que no lo ves?

Su frente se llenó de innumerables gotas de sudor que comenzaron a recorrerle las mejillas.

—Te dije que no bebieras más —le recriminó él, sujetándola del brazo.

—No he bebido nada desde hace un buen rato, ¡cretino! —chilló, totalmente fuera de control—. Solo un vaso de agua.

Y con aquellas palabras llegó la respuesta al misterio sobre su extraño comportamiento.

Un chaparrón de culpabilidad cayó sobre mí de forma impetuosa. ¿Quién diablos le mandaba a aquella chiflada haberme robado el vaso de agua donde había disuelto el sedante del marqués? «Se lo tiene merecido por ser tan mala persona», me dije a mí misma tratando de acallar la voz de la conciencia.

—Tengo que contarte algo —le dije a Patrick mientras tiraba de su manga.

—Ahora no, Sofía. Hablaremos más tarde.

—Pero, Patrick... —insistí estirándole del brazo.

—¡Santo cielo! ¿Es que no ves cómo está? —me gritó, señalando a Teresa con la palma de su mano.

—Escúchame un segundo, por favor, es muy importante... —En vista del poco éxito de mis súplicas, decidí recurrir a la amenaza—. Si no me prestas atención, llamaré a James —dije abriendo mi bolso con intención de sacar el

móvil—. Seguro que le interesará saber lo que tengo que decirle.

Me miró fijamente, desafiándome con la mirada, y acto seguido me arrancó el bolso de las manos.

Habiéndose asegurado de que Teresa no había consumido cocaína, Patrick decidió ir en busca de un vaso de agua y una aspirina con los que mitigar los evidentes efectos del alcohol. No logré que escuchara lo que tenía que decirle y, en honor a la verdad, tampoco insistí mucho más. Decidí desistir en mi empeño, pues el intermitente dolor de cabeza parecía haber regresado, haciendo que mi estado físico decayera de nuevo.

—Quédate con ella y asegúrate de que no comete ninguna locura —me pidió Patrick antes de marcharse—. Cuando vuelva te devolveré tu bolso.

Teresa y yo a solas. Aquello no podía salir bien. Y obviamente, no salió.

Me apoyé sobre la balastrada y dejé que mi vista se perdiera en la inmensidad de un firmamento salpicado de estrellas, convencida de que en aquel momento era mejor guardar silencio.

—¿Qué hay entre Patrick y tú? —preguntó Teresa.

«Estamos locamente enamorados. Me ha pedido que me case con él y, por supuesto, yo he aceptado porque le quiero con toda mi alma, pero también porque un nuevo corazón late en mi vientre, un bebé que con toda certeza será tan guapo y maravilloso como su padre», estuve tentada de responderle.

—Nada —dije finalmente.

—¡Patrañas! —gritó.

Giré la cabeza hacia ella, sorprendida por aquella expresión.

—¿Patrañas? —repetí, con una sonrisa burlona.

—¡Madre mía! —exclamó retirándose su rubia melena—. Paso demasiado tiempo con Juan.

Su rostro se dulcificó durante unos segundos, tiempo suficiente para que mi cuerpo se relajara con el gesto enternecido de su mirada. Y ahí estuvo mi segundo error. Perdí de vista la rojez en sus ojos, un fuego que no solo se debía a la nociva combinación de alcohol y psicotrópicos, sino a la psicosis paranoica que parecía hacerle delirar cada vez que me veía.

Le sonreí tiernamente, guardando las armas en el armario del olvido y sin prever la hecatombe que se avecinaba. Y es que cuando el destino coge carrerilla, ya no hay quien le pare.

Teresa caminó unos metros y se sentó sobre un banco de mármol, apoyando la espalda sobre el respaldo mientras dejaba caer los párpados. Me acerqué y me senté junto a ella. Al fin y al cabo, debía vigilarla. Pasados unos minutos comencé a preocuparme. Teresa había pasado de una excitación e irascibilidad extremas al abatimiento más absoluto.

—¿Estás dormida? —le pregunté finalmente, zarandeándole el hombro.

Abrió un ojo inyectado en sangre, lo que automáticamente me hizo reclinar el cuerpo hacia atrás.

—No, estoy practicando para cuando esté muerta —respondió con sarcasmo.

Resoplé y crucé los brazos, preguntándome por qué demonios tenía que ser todo tan complicado.

—Te has acostado con él, ¿no es así? —volvió a la carga.

Su enfermiza palidez, junto con el rubio platino de su melena y la extrema rojez de sus ojos le daban un aspecto de lo más siniestro.

—Pareces una mujer albina —se me escapó.

Me llevé las manos a la boca, consciente de la torpeza que acababa de cometer.

—¿Sabes en qué estaba pensando? —preguntó con una sonrisa paranoica y la vena de su cuello a punto de explotar—. No creo que James tarde mucho en meterse en mi cama.

«Por Dios, que Patrick venga ya o esto va a acabar muy mal», pensé mientras trataba de ahogar la ira.

«Mantén la calma, Sofía —me dije—. No te pongas a la altura de esta lunática. Límitate a permanecer callada». Pero como ya venía siendo habitual, mi cerebro y mis labios tomaron caminos opuestos. Le miré fijamente a los ojos y le solté:

—No te preocupes por mí, Patrick sabrá como complacerme.

Teresa se levantó bruscamente y yo hice lo propio. Se produjo un ruido seco e intenso provocado por el choque de nuestras miradas, dando paso a una explosión brusca que pareció marcar el inicio de una auténtica batalla campal.

—¡No te soporto, mosquita muerta! —gritó, incapaz de ingeniar nada más elaborado.

—Toma asiento y espera a que eso me importe —contesté, sorprendiéndome a mí misma por la agresividad que emanaba de mi boca.

—Te crees muy lista, ¿no? —preguntó con las manos apoyadas sobre sus

caderas—. Pues te diré una cosa: no lo eres. Yo poseo mucha más inteligencia que tú.

Sus pupilas se contrajeron repentinamente.

—Claro que sí, Teresa —indicó, alzando la barbilla—. De los pies para abajo.

Sus manos comenzaron a temblar y durante un instante contemplé la posibilidad de que acabara abalanzándose sobre mí. Dio un paso al frente y me empujó en el hombro, tratando de provocarme.

—El que ríe el último, ríe mejor —me amenazó.

Se dio media vuelta con un gesto altanero.

«Déjalo ahí, Sofía», me dije.

Avancé un par de pasos y me puse frente a ella.

—No, Teresa —le dije proyectando toneladas de ira a través de mi mirada—. El que ríe el último es porque no ha entendido el chiste.

De su boca salió disparada una sucesión infinita de impropiedades que traté de ignorar mientras le daba la espalda y me alejaba unos metros.

«Patrick, ven ya o te juro que acabaré con ella», pensé al tiempo que me mordía el puño. Contagiada por el engreimiento y la hostilidad de la situación, comencé a caminar con la cabeza erguida y las manos cogidas por detrás de la espalda, como si de pronto me hubiera infectado del virus de la realeza.

Unos segundos después, crucé los brazos a la altura del pecho, apretando los dientes para reprimir el repertorio de insultos que luchaba por abrirse paso entre mis labios. Inspiré y expiré durante unos segundos, cerrando los ojos e intentando encontrar un estado de sosiego que en aquel momento parecía totalmente inalcanzable.

—Está bien —comencé a decir con voz pausada mientras continuaba caminando de espaldas a Teresa—, creo que ha llegado el momento de enterrar el hacha de guerra. No sé que hay entre Patrick y tú, pero no tienes por qué preocuparte por mí. No soy ninguna amenaza, ¿comprendes? —No respondió, por lo que deduje que su irritabilidad debía haber desaparecido—. No comprendo cómo pudiste acostarte con James una semana antes de casarte con Patrick y entiendo que él pueda estar disgustado contigo. Sin embargo, si de verdad le quieres, creo que deberías hablar con él en lugar de perder el tiempo batallando conmigo.

Tomé aire y guardé silencio durante un instante, dándole la oportunidad de que transformara aquel monólogo aburrido en un diálogo provechoso.

Teresa decidió permanecer callada, por lo que retomé mi soliloquio.

—Veo que no quieres hablar y lo respeto. Pero una cosa te diré —dije, alzando el dedo índice en señal de amenaza—, deja de buscarme las cosquillas. Soy una persona pacífica, pero tengo mis límites. No te entrometas entre James y yo porque si no te juro que...

Tuve que morderme la lengua para no acabar la frase. Fue entonces cuando me percaté de lo extraño que resultaba el que Teresa no hubiera abierto la boca durante los últimos minutos, especialmente tras mi atisbo de amenaza. Asombrada y desconfiada me di la vuelta. Cuál fue mi sorpresa al comprobar que ahí no había nadie.

«Patrick me va a matar», pensé abriendo la puerta al pesimismo.

—¿Con quién habla usted? —escuché a mi espalda.

Me giré asustada. De entre la oscuridad apareció un hombre con aspecto de guardaespaldas. Era exageradamente grande y guardaba cierto parecido con un famoso superhéroe americano, un humanoide de piel verde con fuerza descomunal e ira descontrolada.

—Con mi amiga —contesté con mi cerebro en horas bajas.

—¿Qué amiga? —preguntó el tipo, vestido con un traje gris.

—Teresa —contesté alzando la voz, como si mi respuesta fuera una obviedad. Señalé en dirección al banco de piedra y dije—: Estaba ahí.

El hombre exhaló un resoplido intenso.

—Seguridad privada —dijo, abriendo su americana y mostrándome una insignia dorada en la que se podía leer: «Director de Seguridad Privada»—. Identifíquese, por favor.

—Oiga, déjeme en paz —protesté—. Yo no he hecho nada malo.

—Eso es irrelevante —repuso con chulería—. Le he pedido que se identifique —añadió, agarrándome del brazo.

—¡Suélteme, estúpido! —vociferé, liberándome de sus zarpas.

Sonrió con maldad. La imagen del monstruo verde lanzando llamas a través de sus ojos se coló en mi cabeza.

El hombre abrió de nuevo su americana y sacó una pistola semiautomática con la que me apuntó a la cabeza. La situación se estaba poniendo demasiado crítica y, dado el creciente cúmulo de infortunios, no me convenía añadir uno más a la lista, de modo que alcé los brazos y me disculpé.

—Lo siento muchísimo —dije, negando involuntariamente con la cabeza—. Le pido perdón, *señor agente* —añadí con un inoportuno retintín—. Está

siendo una noche demasiado complicada para mí.

—Me es indiferente —contestó sin bajar el arma—. Enséñeme su documento de identidad.

—¡No tengo mi bolso conmigo! —grité, incapaz de controlarme.

—¿Y qué es eso de ahí? —preguntó, furioso, señalando con la cabeza en dirección al banco donde Teresa había estado sentada.

—Es el bolso de mi amiga.

—Ya... —dijo con incredulidad. Entornó los ojos y me observó detenidamente hasta que de pronto pareció caer en la cuenta de algo importante—. ¿Y ahora mismo está usted viendo a su amiga? —preguntó con una exasperante lentitud.

—No estoy segura —titubeé, pensando que tal vez se tratara de una pregunta trampa.

Bajó el arma y la guardó de nuevo en la funda que tenía en el costado izquierdo, justo debajo de su brazo. Se acercó hacia mí y, con extrema cautela, me rozó el hombro derecho, mirándome con los ojos bien abiertos. Sus movimientos eran lentos y precavidos, como si temiera un desenlace fatal.

—¿Padece usted alguna enfermedad?

—Enfermedad, lo que se dice enfermedad, yo diría que no —dije con los ojos mirando al cielo y el dedo índice sellando mis labios—. Pero me duele mucho aquí —añadí, señalándome la cabeza.

—Ya veo... Y dígame, ¿toma usted alguna medicación?

—He intentado tomarme un calmante, pero Teresa me lo robó.

—Se lo robó... —repitió con una sonrisa prefabricada, intentando seguirme la corriente. Se volvió y señaló el banco, extendiendo su descomunal brazo—. Se refiere a la mujer que está ahí sentada, ¿no es cierto? Teresa, su amiga.

«Que tipo más raro», pensé.

—¿Qué va! —exclamé ya más tranquila—. Esa harpía no es mi amiga.

—Comprendo —dijo con voz tenue, mientras se introducía la mano de nuevo en la americana—. Se ha enfadado usted con su amiga.

Sacó un móvil y tecleó la pantalla sin apartar la vista de mí.

—Podría decirse que sí —dije poco convencida, con mi cerebro discurriendo a una velocidad desorbitadamente parsimoniosa.

Me dio la espalda y comenzó a hablar por teléfono en voz baja, tapándose la boca para que no pudiera leer sus labios. Compensé la carencia de visión

con una extraordinaria capacidad auditiva, algo con lo que, por supuesto, el gigante forzado no debía contar.

«Necesito refuerzos —le escuché decir—. Tengo conmigo a una mujer con signos evidentes de estar sufriendo un brote psicótico».

No daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Por qué el destino se empeñaba en complicarme la vida una y otra vez? Comencé a hacer aspavientos con las manos, tratando de llamar su atención, pero mi comportamiento agravó aún más la situación. El hombre colgó el teléfono y sostuvo mi mano mientras me miraba como si algo hubiera dejado de funcionar en mi cerebro.

—Oiga, se está usted equivocando. No estoy loca, ¿comprende?

—No se altere, por favor —me pidió con voz calmada—. Ahora vendrán unos hombres y le acompañarán al hospital, ¿de acuerdo?

—¡Ni hablar! —grité—. Está usted cometiendo un grave error y le aseguro que lo pagará —le amenacé.

—Cálmese, por favor, y enséñeme su documentación para que pueda saber su nombre.

—¡No tengo mi bolso conmigo! —chillé—. ¿Es que es usted sordo?

El poco sentido del humor del que aún disponía *El Increíble Hulk* desapareció en aquel instante. Me agarró del brazo con fuerza, arrastrándome hasta el banco de piedra, que señaló proyectando en sus dedos toneladas de ira.

—¿Y qué demonios es esto? —preguntó, perdiendo los papeles.

Me retorcí con todas mis fuerzas y logré librarme de él. Di un paso a mi derecha, apartándome de aquel gigantón de ojos irascibles, y valoré la situación.

Si tan solo una voz me hubiera avisado de la adversidad, todo hubiera acabado de un modo muy diferente. Pero no fue así. Mis neuronas, las voces interiores y todos los dichosos pálpitos que solían advertirme del infortunio parecían estar echando una placentera cabezada.

—La cartera de mano de mi amiga, ¡zoquete! —grité a pleno pulmón al tiempo que cogía el minúsculo bolso de Teresa y se lo arrojaba al hombre en lo que pareció ser un lanzamiento de disco.

Y entonces sucedió algo con lo que yo no contaba. La hebilla cromada del sofisticado bolso se abrió durante el vuelo. Fue entonces cuando caí en la cuenta de la estupidez que acababa de cometer. La cartera siguió un trayecto sin escalas, dejando a su paso una enorme y blanca polvareda. Para cuando

atterrizó en el rostro del villano fortachón, ya no quedaba ni un solo gramo de harina en su interior.

El Increíble Hulk había perdido su característico color verde, dando paso a un disfraz de polvo blanco con el que se asemejaba a un pavo real albino.

La fortuna quiso que en aquel momento apareciera Patrick, sosteniendo en una mano el vaso de agua y la aspirina que, a tenor del tiempo transcurrido, debía haber ido a buscar a otro continente. En su otra mano portaba mi bolso, lo que le confería un aspecto tan extraño como amanerado.

—Pero ¿qué demonios...? —exclamó sin poder terminar la frase mientras dejaba caer el vaso al suelo.

—¡Patrick! —gritó el hombre de seguridad, barriendo el polvo de sus ojos con un movimiento automático muy similar al de un limpiaparabrisas—. No te acerques, es peligrosa.

«¿Que yo soy peligrosa?», sonó en mi cabeza a la vez que me preguntaba de qué diablos se conocerían ellos dos.

Patrick se acercó a nosotros con una mueca congelada. Su rostro reflejaba la estupefacción de sus pensamientos.

—No te preocupes, Mario —titubeó—. Yo me encargo.

—Vienen refuerzos.

—No serán necesarios —comentó Patrick, todavía patidifuso—. ¿Qué es lo que tienes en la cara?

—Creo que es cocaína —apuntó el villano de inmediato—. Estaba dentro del bolso que esta mujer acaba de lanzarme.

Permanecí callada, a la espera de que aquel ovillo de enredo se desenmarañara solo. Patrick avanzó hacia el hombre después de lanzarme una mirada cargada de rencor. Le pasó un dedo por su empolvado rostro y se lo llevó a la boca. La extrañeza se apoderó de su mirada mientras trataba de averiguar qué podía ser aquel polvo blanco.

—Es... —comenzó a decir, arrugando la nariz. Se volvió hacia mí y me miró desconcertado—. ¿Es harina?

—A mí no me mires —contesté, encogiendo los hombros, expresando un fingido desconcierto—. Es el bolso de tu mujer.

Media hora después regresamos a casa. Encontrar a Teresa no fue una tarea difícil. Estaba donde cabría esperar. Junto a James, perpetrando su venganza. Aquella mujer y sus maquiavélicas intenciones parecían empeñadas en dificultarme la vida, algo que desde luego no pensaba permitir.

El viaje de regreso a Barcelona fue de lo más silencioso. Patrick había insistido en ir junto a mí en el taxi temiendo que, de no hacerlo, yo pudiera irme de la lengua. La presencia de George en el vehículo nos impidió retomar nuestra misteriosa conversación, por lo que el mutismo se apoderó de aquellos treinta minutos de trayecto durante los cuales no pude hacer otra cosa que pensar en lo que Teresa y James estarían haciendo en el otro taxi.

Tras una noche de lo más enrevesada pensé que tal vez el destino me diera un respiro. Todo cuanto pedía era un instante de tranquilidad. Pensar en las sábanas de bambú que arropaban mi cama me reconfortó mientras constataba lo agotada que me sentía. «Mañana será otro día», me dije cuando me asaltó la curiosidad por saber qué era lo que Patrick tendría que explicarme.

Bajamos del automóvil en silencio. James y Teresa llegaron unos segundos después. Salieron del coche sonrientes. Ella le agarraba del brazo mientras me dirigía una mirada retadora. Yo no estaba en condiciones de librar una batalla en aquel instante por lo que, tras una acalorada discusión interior, decidí ignorar sus provocaciones.

Patrick abrió la puerta de su apartamento y yo me dirigí directa a mi habitación. No tenía ganas de hablar con nadie, aquella noche había cubierto el cupo de infortunios. Sin embargo, el destino tenía preparada una última y desagradable sorpresa.

Quise desearle las buenas noches a Juan antes de acostarme y, tal vez, intentar sonsacarle qué era lo que Patrick y él se traían entre manos. Busqué al marqués por todo el apartamento, pero no había ni rastro de él, por lo que deduje que estaría en su habitación. Y ahí me dirigí, preguntándome cómo habría ido el reencuentro con su hijo.

Nadie contestó cuando mis nudillos golpearon la puerta. La empujé, alertada por una trágica corazonada, y entré de puntillas. Mis ojos viajaron de un lugar a otro de la habitación como si buscaran la respuesta a un acertijo. Juan no estaba ahí. Su ordenador portátil estaba encendido, de modo que no debía andar muy lejos, deduje. Salí a la terraza, pero tampoco ahí le encontré.

Mi corazón, acostumbrado a vivir bajo una amenaza constante, comenzó a latir a mil por hora cuando escuché un pequeño timbre. La pantalla de su ordenador se iluminó al recibir un nuevo correo electrónico. El asunto del email no podía ser más desalentador: «Despídete de Juan». Aquello no tenía el menor sentido, pensé. Era como si el remitente supiera que sería yo, y no el marqués, quien recibiría y leería aquella diabólica misiva.

La pantalla del portátil se tornó oscura y, tras un par de segundos, apareció una lámina de papiro enrollada sobre sí misma. Manejando el ratón, desanudé el cordel de cuero negro que tenía enroscado sintiendo la desgracia que se avecinaba. Un instante después el papiro virtual se abrió, mostrando en su interior la siguiente frase escrita en tinta roja:

«A Deo rex, a rege lex».

Traduje aquellas palabras apoyando mi cuerpo sobre la mesa mientras me llevaba la mano al pecho, tratando de reconfortar a mi debilitado corazón, que en aquel momento se vio incapaz de continuar bombeando sangre al resto de mi cuerpo.

«De Dios el rey, del rey la ley».

Capítulo 15

El incidente inducido, la última pieza del puzle

Durante más de diez minutos me negué a aceptar la evidencia. Unos segundos después, rompí a llorar desconsoladamente. ¿Qué diablos había hecho mal en mi anterior vida? ¿A quién habría ofendido? Debía haber batido un nuevo record en lo que a infortunios se refería, pensé desolada.

—¿Por qué lloras? —preguntó Patrick desde la puerta.

Tardó un par de segundos en adivinar lo que había sucedido. Cuando lo hizo, salió de la habitación sin decir una sola palabra. Medio minuto después regresó junto a James y George. Por suerte, Teresa no se unió a nosotros. Ni falta que hacía.

Permanecí sentada sobre el borde de la cama del marqués, sin saber muy bien cómo encarar aquella nueva desgracia. Les mostré la pantalla del ordenador sin dar ninguna explicación.

—Ha sido obra del Rey —dijo James—. Quiere que sepamos que es él quien ha secuestrado a Juan. Sin embargo, hay algo que no me cuadra... —añadió mirándome fijamente.

Patrick me buscó con la mirada, suplicándome que no compartiera con nadie los detalles de nuestra misteriosa conversación. Estaba saturada de secretos, pensé mientras sacudía la cabeza de lado a lado. La acusatoria mirada de James continuó taladrándome hasta que finalmente exploté.

—Yo no he tenido nada que ver, si eso es lo que pretendes sugerir —proferí, disfrazando la realidad e incorporándome muy dignamente con la cara bañada en lágrimas.

La sensación de pánico crecía a medida que pasaban los segundos. Le había prometido a Juan que, pasara lo que pasara, no les contaría nada sobre la cena con su hijo, pero lo que acababa de suceder cambiaba las cosas por completo.

Me desmoroné en menos de dos minutos y toda la verdad fluyó de mis labios de manera casi inmediata. No pude soportar la presión. Eran demasiados los secretos que debía guardar, demasiadas las mentiras que tenía que contar y demasiada la presión que debía soportar.

Para cuando terminé de hablar, los tres me miraban de maneras muy distintas. La alarmante expresión en el rostro de George me inquietó de sobremanera. Él no podía derrumbarse, de lo contrario yo estaría perdida,

pensé. Patrick parecía desconcertado, como si no contara con que algo así se le hubiera podido pasar por alto. En cuanto a James, él era quién peor parecía llevar lo sucedido, no tanto por el secuestro del marqués sino por el hecho de que, una vez más, le hubiera ocultado cierta información.

—Mañana no irás a trabajar —comentó al cabo de unos segundos.

—De eso nada —repliqué, furiosa.

—Harás lo que se te ordene —respondió con una mirada desafiante.

La crispación del momento hizo que mi dolor de cabeza regresara con más fuerza que antes, provocándome una aguda sensación de mareo. Comencé a respirar a gran velocidad, siguiendo el ritmo de mis frenéticos pensamientos. El ataque de pánico era inminente, pensé mientras se me nublaba la vista.

Me senté de nuevo en el borde de la cama y miré a James por el rabillo del ojo. Parecía realmente encrespado. No se tomaba la desobediencia y la falta de disciplina a la ligera. Pero ¿quién era él para dar lecciones sobre insubordinación cuando siempre hacía lo que le venía en gana?

—Comprendo tu preocupación —intervino Patrick, antes de que la sangre llegara al río—, pero será mejor no tomar decisiones precipitadas.

—¿Decisiones precipitadas? —repitió James, con cara de malas pulgas.

—Patrick lleva razón —medió George—. Si Sofía no va mañana al banco sospecharán de ella.

—Pero ¿es que os habéis vuelto todos locos? —exclamó, a punto de perder los estribos—. Han secuestrado a Juan y, por lo que tengo entendido, tienen intención de acabar con ella —añadió, señalándome sin mirarme.

—No mientras el Proyecto Imperium siga en marcha —puntalicé.

Ignorando mis palabras, James se dirigió a su hermano y a Patrick y les pidió que se marcharan.

—Dejadnos solos —ordenó con voz firme.

—No sé si es buena idea —comentó George.

James se volvió a él con cara de pocos amigos.

—¿Que no sabes si es buena idea? —coreó, iracundo—. Pero ¿qué demonios insinúas? ¿Acaso crees que le haría algo malo? ¡Por Dios, George! Estuve a punto de casarme con ella —añadió a modo de reproche.

Patrick giró instintivamente la cabeza con una expresión de sorpresa, por lo que deduje que no debía conocer aquel detalle.

—Desearía no tener que repetirlo de nuevo —insistió James con voz pausada—. Por favor, dejadnos a solas. Nos veremos de nuevo a las ocho de

la mañana en el salón y entonces decidiremos qué hacer.

Antes de marcharse Patrick me habló con su penetrante mirada. No supe entender el idioma que hablaban sus ojos, pero supe que no hacían sino suplicarme que guardara silencio. Y en parte, así lo hice.

—¿Qué tal el dolor de cabeza? —preguntó James, ya en la intimidad.

Su enojo había aflojado momentáneamente.

—Un poco mejor, gracias —contesté tímidamente.

Permanecemos de pie, el uno frente al otro, calibrando nuestras fuerzas. Escuché en mi cabeza un armonioso redoble de tambores que parecía predecir la arremetida inminente.

—¿Qué más me estás ocultando?

Mis ojos esquivos apuntaron hacia la pared, evitando tropezarse con los suyos. Evalué la situación durante un instante tras el cual finalmente decidí sincerarme parcialmente.

Le expliqué con todo lujo de detalles la conversación mantenida con Isaías acerca del Proyecto Imperium, admitiendo el haber obrado imprudentemente.

—¿Fue Juan quien te pidió que te involucraras en el proyecto?

—No —negué, tajante—. Yo sola me metí en esto. Pero es cierto que él lo supo desde el principio.

Me dirigió una mirada cargada de reproche.

—¿Te pidió que no me lo contaras?

Dudé antes de responder.

—No —mentí—. Sabía que no me permitirías continuar en la misión, por lo que decidí escondértelo solo unos días más hasta que lograra averiguar algo útil contra el Rey.

James entornó su verde mirada, examinando mis palabras y mis gestos. Supe enseguida que no me creía, pero el agotamiento y los últimos coletazos de un infernal dolor de cabeza me impidieron reanudar mi interpretación. Cerré los párpados, dispuesta a soportar su reprimenda. En lugar de eso, dio media vuelta y salió de mi habitación sin decir ni una sola palabra.

Debería haberme ido a dormir. Al fin y al cabo, yo solo era una mujer, ligeramente perturbada, jugando a ser una espía. Pero del mismo modo que mis pulmones precisaban de oxígeno para respirar, mi corazón exigía conocer la verdad.

Vestida con mi pijama de rayas rosas y calzada con mis acolchadas zapatillas con forma de unicornio, me encaminé hacia la habitación de Patrick.

Estaba despierto cuando entré tras llamar a la puerta sin apenas hacer ruido.

—Sabía que vendrías —comentó al levantarse de la cama.

—Creo que tenemos una conversación pendiente.

—¿Cómo estás? —quiso saber.

—Me siento muy mal —respondí en un ataque de sinceridad—. Creo que han secuestrado a Juan por mi culpa.

—¡No digas tonterías! —exclamó en voz baja.

—Es cierto lo que digo, Patrick —dije sin poder contener las lágrimas que brotaban de mis ojos debido a la fuerte tensión emocional—. Yo les di la idea de utilizar al hijo del marqués como señuelo.

—No tienes pruebas de ello.

—Las tengo —confesé mientras me enjuagaba las lágrimas en un pañuelo—. Escuché una conversación privada entre Isaías y Arturo.

—¿Dónde?

—No querrás saberlo... —dije, bajando la mirada al suelo. Por el rabillo del ojo pude ver la sonrisa que se formaba en sus labios. Me armé de valor y decidí sincerarme del todo—. Fui al gimnasio del banco con intención de abrir la taquilla de Arturo, pues estaba segura de que...

—¿Que fuiste dónde? —me interrumpió, perplejo. Le miré asustada por su reacción—. Perdona. Continúa, por favor.

—Será mejor si me salto los detalles y voy directamente a la parte importante —comenté tras un breve carraspeo—. Arturo se reunió con Isaías en una habitación del gimnasio porque quería hablarle acerca de mi interés por Juan Valdez y su hijo.

—¿Escuchaste la conversación entre ellos dos? —preguntó, rascándose la nuca. Asentí con la cabeza, tras lo cual me preguntó—. ¿Y cómo hiciste eso?

—Estaba escondida en un armario.

—¡Santo cielo! —exclamó, conteniendo la risa—. Y dime, ¿qué es lo que dijeron para que creas que tú eres la culpable del secuestro de Juan?

—Cuando terminó la conversación, Isaías dijo que acababa de dar con la solución para acabar con él.

Mi revelación no pareció causarle la menor impresión. Deduje que él no era capaz de ver la conexión tan evidente que había entre mi conversación

con Jordi Conejo y el secuestro de Juan.

Lo que sucedió a partir de aquel instante escapaba a cualquier lógica. Patrick se acercó hacia mí, me cogió la cara entre sus manos y después me besó, haciendo que mi cordura se desplomara sobre el suelo de la habitación.

Tuvo que ser Teresa quien pusiera fin a aquella locura.

—¡Me las pagarás! —gritó desde la puerta.

Quise ir tras ella, sin saber muy bien cómo explicar algo que ni yo misma entendía, pero Patrick me lo impidió, agarrándome del brazo con fuerza. Se dirigió a la puerta y la cerró con determinación, lo que automáticamente me hizo estremecerme. El desconcierto que en aquel instante sentí se convirtió, de manera casi inmediata, en un irremediable enfado, pues creí adivinar el motivo por el cual Patrick me había besado.

—¿Me has utilizado para vengarte de James? —solté, furiosa.

—¿Cómo dices? —preguntó, perplejo.

—Él se acostó con Teresa una semana antes de vuestra boda —apunté con una mirada tendenciosa—. No sabías que James y yo estábamos prometidos ¿verdad? —proseguí, echando llamas por los ojos—. Has visto la oportunidad perfecta para devolverle la jugada, ¿no es cierto?

—Hace muchos años que me vengué por aquello —comentó con una fingida indiferencia.

Eso era cierto, pensé. George me lo había explicado.

—Ya me dijeron que tuviste un aventura con una de sus múltiples ex novias —se me escapó sin poder evitar el reproche que acompañaba a mis palabras.

—Una aventura de un par de noches —puntualizó—. Nos seguimos viendo después, pero solo como amigos—. Esbozó una sonrisa de perversión y comentó con la mirada perdida—: ¡Menuda fiera era Helena!

«Un momento —me dije—. ¿Ha dicho Helena?».

—¿Abogada, rubia, alta y muy guapa? —pregunté con el corazón latiendo a galope.

—Sí —respondió extrañado—. Esa sería una descripción bastante precisa. Un poco maniática, añadiría yo.

—¡Maldito seas! —grité con todas mis fuerzas, ofendida por algo que, a decir verdad, me traía sin cuidado.

Continué blasfemando, dándole la espalda, hasta que Patrick me asió por detrás, rodeándome con su brazo.

—¡Quieres hacer el favor de bajar la voz! —me pidió tapándome la boca

con la mano. Mi frenética respiración fue el claro reflejo de la tensión acumulada—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Me di la vuelta y de nuevo nos quedamos frente a frente, callando nuestros reproches hasta que la ira ascendió por mi garganta.

—¡Helena es mi hermana! —exclamé en voz baja.

Aquella nueva jugada del destino nos pilló a los dos por sorpresa. O, al menos, eso deduje por su expresión, a medio camino entre la confusión y el abatimiento. Se disculpó mostrando un aparente arrepentimiento, no tanto por haberse acostado con mi hermana, sino por todo lo acaecido durante los últimos días.

—No te he besado para vengarme de James —comentó cuando por fin enterramos el hacha de guerra.

«No le preguntes porqué lo ha hecho, Sofía —me pidió una voz interior—. Deja el asunto donde está o te buscarás nuevos problemas».

—¿Y por qué lo has hecho? —me escuché decir.

Podía ver en sus ojos el profundo malestar que sentía en aquel momento, lo que aumentó mi curiosidad por saber qué diablos tenía que explicarme.

—Era algo que deseaba hacer desde hace días —confesó con la voz quebrada—. Esta era mi última oportunidad de hacerlo antes de contarte toda la verdad.

—Me estás asustando, Patrick. Dime de una vez qué sucede —le supliqué, olvidándome de su beso, de la confesión que acababa de hacerme y de todo el embrollo sentimental en el que me había zambullido.

Me miró con el rostro ceñudo y, tras unos segundos de indecisión, por fin se decidió a hablar.

—Juan trabajaba para mí antes incluso de que os conocierais en la Casa del Sol.

Aquella no fue una noche precisamente placentera. En mi cabeza danzaban decenas de inquietudes, a cual más turbadora. El arranque de sinceridad de Patrick no fue, ni mucho menos, voluntario. Se encontraba entre la espada y la pared, por lo que no había tenido más remedio que revelarme la verdad. O, más bien, parte de ella.

Me dolió en lo más profundo de mi alma cuando me enteré del nuevo engaño del que había sido víctima.

Al parecer, Patrick llevaba más de dos años tras la pista del Rey y de la

Orden del Denario, pero en todo ese tiempo no había logrado echarle el guante. Tampoco consiguió obtener la más mínima prueba en contra de la secta de los banqueros. Por no hablar del Rey, de quien ni siquiera conocía su identidad. Pero un día la casualidad hizo que Juan entrara en su vida.

—Lo conocí en un local de copas tres meses atrás —me explicó cuando regresó de nuevo a la habitación con un par de copas. Salimos a la terraza y tomamos asiento—. Juan estaba totalmente ebrio y parecía destrozado, como si algo realmente grave le perturbara sin descanso. A decir verdad, yo también estaba abatido por las circunstancias. Dos años de trabajo tirados a la basura. —Bebió un trago de whisky—. Casi sin darnos cuenta comenzamos a hablar y, media hora después, Juan me contó que era un directivo del Banco Estrella. No podía creer en mi buena suerte —señaló con una sonrisa—. Por supuesto, él no sabía quién era yo ni tampoco a qué me dedicaba.

—¿Y qué paso? —pregunté, impaciente, al ver que detenía su relato—. ¿Te habló de la orden y del Rey?

—No lo hizo —respondió y, con una expresión irónica, comentó—: Hubiera sido demasiado fácil. A partir de entonces, comenzamos a quedar asiduamente y poco a poco Juan fue confiando en mí hasta que, tres semanas después, por fin me habló de la orden. No fue una confesión en toda regla sino un breve goteo de información, pero me sirvió como punto de partida. Solíamos quedar casi todas las tardes a su salida de las torres. Juan se sentía terriblemente solo y decepcionado con la vida.

—Tal vez si volviera a hablarse con su hijo se sentiría menos solo.

—Dejemos ese tema para otro día, ¿quieres? —me cortó, tajante.

Involuntariamente desvié la vista hacia la oscuridad del cielo, donde las estrellas parecían agruparse para transmitirme un mensaje que no fui capaz de comprender.

—Está bien —contesté de mala gana—. Continúa, por favor.

—Como te comentaba, Juan estaba pasando una mala racha, en parte causada por su trabajo. No me costó mucho averiguar el origen de su tormento. Por lo visto, le habían encomendado la dirección de un proyecto que, en sus propias palabras, pondría en grave peligro a la sociedad de este país.

—¿Te refieres al Proyecto Imperium? —pregunté tras beber un desagradable trago de whisky.

Me ofreció un cigarrillo que rechacé amablemente, ansiosa por escuchar el resto de la historia.

—Así es. Verás, hace unos años tuve un grave enfrentamiento con mi jefe —dijo, cambiando repentinamente de tema—. Desobedecí una orden directa y, a consecuencia de ello, decidieron darme un escarmiento.

—Lo sé, George me lo explicó. Te destinaron a España —comenté sin saber muy bien a dónde quería ir a parar.

«Hay algo que se me escapa», me dije, entrecerrando los ojos como si la solución al enigma estuviera en mis propios recuerdos.

—Dos semanas antes de mi marcha, la CIA le advirtió al Gobierno Español sobre la existencia de una grave amenaza yihadista. Al parecer, el riesgo de un atentado terrorista exigía que extremaran la vigilancia. Según me informaron, la Guardia Civil montó un operativo para reforzar la presencia de agentes de paisano en las calles.

—¿Y qué pintas tú en todo eso?

—A mi jefe le pareció una buena idea el que yo colaborara en ese operativo —respondió, sin evitar el resquemor que envolvía sus palabras.

—No suena tan mal.

Soltó una risa sarcástica.

—No había tal amenaza, Sofía. Y, por supuesto, no existía ningún operativo.

—No lo comprendo. ¿Para qué te enviaron, entonces?

—Para finiquitar mi carrera en la agencia —señaló con pesar—. Lo cierto es que, pasado un tiempo, incluso yo mismo di por perdido mi trabajo. —Dudó de sus siguientes palabras durante un breve lapso, pero finalmente prosiguió—. Después de dos meses en Madrid, un compañero de la agencia me pidió que investigara una secta española que al parecer estaba cobrando peso internacionalmente.

—La Orden del Denario, supongo.

—Supones bien. Inicialmente no parecía una amenaza, pero en Langley querían tenerla vigilada, de modo que comencé a investigar. Uno de sus miembros más destacados era un banquero español a quien la CIA seguía la pista desde hacía varios meses por sobornos a políticos estadounidenses. El hombre en cuestión tenía negocios en Miami, por lo que solía viajar asiduamente a los Estados Unidos. En uno de sus viajes le intervinieron el teléfono y fue entonces cuando la CIA oyó hablar del Proyecto Imperium por primera vez.

—¿Quién era el banquero español? —pregunté, intuyendo la respuesta.

Se impuso el silencio hasta que finalmente Patrick decidió sincerarse.

—Isaías. —Me miró fijamente mientras se acaba el resto del whisky y reanudó su relato—. Aquello significaba una oportunidad para mí. Un nuevo caso, algo en lo que trabajar y volver a sentirme útil. Claro que, como ya te he dicho, inicialmente el asunto no se consideró apenas relevante, pues ni la orden ni el misterioso Proyecto Imperium parecían una seria amenaza para mi país. Pasé dos años investigando la secta, pero no logré averiguar nada hasta que de pronto apareció Juan. —Inspiró hondamente—. Fue una señal, ¿comprendes?

—Creo que sí —asentí.

—Cinco semanas después de habernos conocido, le expliqué quién era realmente y, tras el desconcierto inicial, Juan accedió a ayudarme en mi misión. A decir verdad, él deseaba tanto como yo el acabar con la orden y sus acólitos. Me explicó todo cuanto sabía acerca del Proyecto Imperium y la secta de los banqueros, por lo que trazamos un plan para desenmascararles.

—¡Caramba! —exclamé, fascinada.

—Pero aún quedaba un obstáculo por sortear. —Abrí los ojos, instándole a continuar—. No tenía un equipo, Sofía. Estábamos solos Juan y yo. No contaba con la ayuda de nadie más.

—¿Y la agencia?

—Hablé con ellos. Les advertí de la importancia de este asunto, pero finalmente no me proporcionaron ningún recurso.

—¿Y Fred? —pregunté, recordando el día en que ambos me habían interrogado tras secuestrarme en casa de Isaías.

Se revolvió en su asiento, incómodo ante mi pregunta.

—Fred es un amigo —respondió con ambigüedad.

Su respuesta no contestó a mi pregunta, pero dado mi nivel de agotamiento, decidí no insistir más.

—¿Y qué hay de Teresa?

—Ella fue el agente que finalmente me envió mi jefe, obviamente, con no muy buenas intenciones. Estuvo conmigo un par de semanas y después la enviaron a Berlín, hasta que regresó de nuevo hace unos días.

Incapaz de descifrar el jeroglífico que tenía frente a mí comencé a desesperar. ¿Qué tenía que ver todo aquello conmigo? La pregunta se formuló en el interior de mi cerebro una y otra vez. Lo que más me disgustaba de todo era intuir que yo tenía la respuesta a aquel acertijo que, por primera vez en toda mi vida, no parecía ser capaz de resolver.

—Escucha, Patrick, es tarde y estoy muy cansada. ¿Por qué no me dices

la verdad de una vez por todas?

—He sido sincero contigo —protestó.

—No lo dudo, pero no me estás diciendo lo que verdaderamente quieres explicarme.

—Está bien. Espérame aquí —dijo al tiempo que se incorporaba—. Voy a por un par de copas más.

«Menuda casa de alcohólicos», bromeé para mis adentros.

Aquellos dos minutos a solas bastaron para que el universo me transmitiera la intuición que precisaba. Las palabras de la tarotista acudieron a mi cabeza en aquel instante: «Tienes un sexto sentido muy desarrollado al que apenas prestas atención». Cerré los párpados y me sumí en un océano de incógnitas que oleaban sin descanso. «No tienes ni la menor idea de lo que podrías lograr si te escucharas a ti misma», insistió la voz de la vidente.

Sentí flotar en medio de la penumbra mientras el desánimo me asfixiaba como un mal trago a medio digerir, indigestándose en la boca de mi estómago.

—Quisiera pedirte disculpas, Sofía —comentó Patrick en tanto regresó.

Tomó asiento y me alcanzó una copa de whisky.

—¿Hasta cuándo se remontan tus disculpas?

Dejó la copa sobre la mesa y, volviéndose hacia mí, tomó mis manos entre las suyas. Fue entonces cuando leí en su mirada la respuesta al acertijo.

—Lo siento —repitió con una expresión de descanso, como si el paso que estaba a punto de dar le reportara el respiro que necesitaba.

Y de pronto una simple frase alumbró la oscuridad de mi mente: «Nadie es quien parece ser».

—Un momento —dije, alejándome de él—. ¡Tú eres Patrick!

—Eso parece —comentó extrañado, esbozando una sonrisa inquieta.

Su mirada, sus palabras, sus gestos. Observarle detenidamente me infundió una inyección de clarividencia.

—Era contigo... —balbuceé.

—Sofía, ¿estás bien? —preguntó, preocupado—. Tal vez deberíamos dejarlo por hoy.

Negué con la cabeza.

—El día en que me fui de Praga —proseguí, aturdida—. Escuché una conversación privada entre James y mi hermana. Fue entonces cuando me enteré de que él estaba casado y por eso decidí huir.

—Siento escuchar eso —comentó, confuso.

Me sentí desolada en tanto lo comprendí todo

—No, Patrick. No lo sientes —espeté, con las lágrimas resbalando por mis mejillas.

—¿Cómo dices? —Arqueó las cejas.

Noté el latido de mi cuello palpitando precipitadamente.

—Era contigo con quien hablaba James aquel día. Sí, lo recuerdo perfectamente. James conversaba con Helena y entonces alguien le llamó por teléfono. Ese *alguien* eras tú, ¿me equivoco?

Suspiró, acusando la pesadez de la culpa.

—Era yo, Sofía, pero déjame que te explique, por favor...

—Querías que James te ayudara en el caso, pero él no te escucho —continué con la mirada perdida en el firmamento, como si le hablara a las constelaciones—. Algo muy habitual en él.

—Es cierto —reconoció—. Le pedí ayuda y él no quiso escucharme. Unos días atrás, había hablado con George sobre la orden y me comentó que ellos estaban tras la pista del líder de una hermandad de banqueros que supuestamente se dedicaba, entre otras cosas, al contrabando de armas.

—Y bien, ¿qué hiciste ante la negativa de James? —pregunté, secándome las lágrimas—. El día que hablaste con él por teléfono estabas de camino a casa de Ulbrecht, ¿no es así? —le apremié con furia.

—Déjame hablar, por favor.

—Mi estancia en la Casa del Sol no fue una casualidad, ¿me equivoco? —pregunté, dando por concluida nuestra conversación.

Patrick esquivó mi mirada y luego simplemente asintió.

A la mañana siguiente me desperté a las siete en punto. Media hora después bajé a la cocina ataviada con mi vestuario de ejecutiva agresiva y a la espera de saber si finalmente continuaría en la misión.

Me preparé mi primer café del día echando a faltar a Juan. Su ausencia, a pesar del engaño, me resultaba terriblemente dolorosa. Había llegado a cogerle cariño a aquel cascarrabias sabelotodo.

—¿Cómo has descansado? —me preguntó George.

Teresa apareció antes de que pudiera contestar, enfundada en una bata de seda. Tenía mala cara, pensé al observar las manchas amoratadas bajo sus párpados. Pese a ello, nos ofreció una sonrisa avivada por el rojo intenso de su carmín. Se sentó a mi lado, sirviéndose una gran taza de café que bebió

casi de un trago.

—¿Por qué vas tan elegante? —le pregunté a George, extrañada al verle vestido de traje y corbata.

—Tenemos una reunión en Madrid —respondió, escueto.

—¿Cuándo volveréis? —quise saber, sintiéndome incómoda con su ausencia.

—Hoy —respondió con un guiño de complicidad.

Para cuando aparecieron Patrick y James, aquello parecía un velatorio. Y en parte lo era. Tras un par de cafés más, acompañados de un sucinto intercambio de saludos, nos dirigimos al salón, donde dio comienzo la batalla campal.

No pude, ni tampoco quise, evitar las miradas furtivas y enrabiadas que dirigí a Patrick. Por algún motivo nada lógico, no culpaba al marqués por el suplicio que me habían obligado a vivir. Sin embargo, no ocurría lo mismo con Patrick, quien se acababa de convertir en la diana de todos mis dardos.

James expuso la situación con voz calmada y cuando así lo decidió, comenzó el turno de ruegos y preguntas durante el que, por supuesto, no abrí la boca. Estaba harta de participar en una farsa detrás de otra, de modo que podían decidir lo que les viniera en gana. Eso sí, decidieran lo que decidieran, lo harían si mi colaboración.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos?

La pregunta de James me obligó a regresar de nuevo a la realidad. ¿De qué demonios hablaba? Y sobre todo, ¿a quién iba dirigida aquella pregunta?

—Estoy hablando contigo, *señorita espía* —comentó con retintín, plantándose frente a mí con los brazos cruzados.

Eso era el colmo. Sin saber muy bien me incorporé y acepté la afrenta.

—No sé de qué me hablas —gruñí, asintiendo involuntariamente con la cabeza.

Al ver la dureza de su expresión, y desarmada como estaba, eché a caminar en dirección a la cocina, donde me preparé un nuevo café. James formuló de nuevo su pregunta, pero esta vez dirigió sus palabras a Patrick. Aquello se le daba bien, pensé. Era un gran experto en acorrallar a la gente.

—No nos pasa nada —contestó Patrick.

Teresa se puso de pie. Tenía las manos en las caderas y la barbilla todo lo erguida que su lamentable estado le permitía. Se sacudió el pelo con aires de suficiencia y, tras guiñarme un ojo desde la distancia, contestó:

—Yo sé lo que les pasa.

Mi mano derecha se las ingenió para hacerse con un cuchillo sin que yo me percatara de ello.

—Tú no sabes nada —se apresuró a atajar Patrick.

James resopló, molesto por la situación. Se aflojó el nudo de la corbata y se la sacó mientras les dirigía a Patrick y a Teresa una mirada de pocos amigos. Comenzó a caminar de un lado a otro del salón, con paso firme y seguro, meditando en silencio como si tuviera que decidir a quién debía ejecutar.

—Estamos todos un poco nerviosos con el secuestro de Juan —dijo Patrick—. ¿Qué tal si nos tranquilizamos?

Desde la cocina pude ver como James se acercaba a Patrick y, con cara de malas pulgas, le invitaba a seguirle. Se dirigieron al vestíbulo donde comenzaron una acalorada discusión. Cinco minutos después ambos regresaron al salón y yo hice lo propio.

—Volverás al banco —me dijo James, ceñudo. Antes de que pudiera decir nada, añadió—: Por el momento.

—De acuerdo —contesté con una fingida indiferencia, sin querer darle el placer de contemplar mi agradecimiento.

—Aquí tienes un informe que preparó Juan para el proyecto —dijo extendiendo su mano y entregándome una carpeta repleta de papeles—. Entrégaselo a Isaías.

Recogí el informe con una expresión de lo más altanera, algo a lo que no estaba acostumbrada. Por suerte para mí, Teresa no parecía estar en su mejor momento, de modo que no me tuve que preocupar de sus continuos ataques.

—Mañana comienza la segunda fase del proyecto —prosiguió James—. Acudirás al evento con Patrick.

—No necesito ninguna niñera.

James vaciló un instante y después me cogió del brazo, susurrándome al oído:

—Acompáñame, por favor.

Nos encaminamos a su habitación. Una vez dentro, cerró la puerta y me dirigió una mirada que no supe interpretar. Bajé la cabeza a la espera de soportar un nuevo sermón. Y de pronto, al levantar la vista, vi una pequeña mancha de carmín en el cuello de su camisa. La sola idea de imaginármelo en brazos de Teresa hizo que se me revolviere el estómago.

—Antes de que digas nada, déjame que te explique algo —le solté sin pensar—. Estoy agotada, James. Sé que te he mentado y lo cierto es que

continúo haciéndolo. Sin embargo, ¿quién eres tú para exigirme sinceridad? Estoy poniendo todo de mi parte para que esta misión tenga éxito, pero ¿cómo hacerlo si nadie me cuenta las cosas? —Tragué saliva y le miré de soslayo. No parecía tener intención de interrumpirme, de manera que aproveché la oportunidad—. Sé que no soy una buena espía, pero ¿qué quieres que te diga? Lo cierto que no soy una espía. Me metí en todo esto por ayudar a alguien que... —Inspiré, inhalando tristeza—. Por alguien que también me ha mentado. Si te soy sincera, no sé qué demonios hago aquí.

Tomé aire y abrí la boca para retomar mi sesión de desahogo, pero en ese momento James dio un paso al frente y, sin ni siquiera darme tiempo a preguntarle qué estaba haciendo, me besó como si aquel fuera nuestro último minuto sobre la faz de la tierra.

Con unos niveles de dopamina angustiosamente elevados, respondí a su arrebato. En cuestión de pocos segundos liberé endorfinas suficientes como para continuar el resto de mis días con una sonrisa tatuada en mis labios. La tensión arterial aumentó en sintonía con los latidos de mi corazón, que se aceleraron en tanto James comenzó a desabrocharme la blusa.

James y yo juntos, seduciéndonos y fumando la pipa de la paz. Demasiado bonito para ser verdad. Alimenté aquella pequeña fantasía en mi cerebro, vibrando de emoción al sentir sus manos desvalijándome la poca cordura que aún quedaba en mí. Mis feromonas se esforzaron por enviar un mensaje alto y claro. «Te deseamos», coreaban entusiasmadas. Y de pronto, James se separó de mí y me miró con aquellos ojos verdes que invitaban al pecado, un oasis en medio del desierto de perdición en el que estaba inmersa. Acerqué mis labios a los suyos, acusando un severo síndrome de abstinencia, pero él reclinó la cabeza hacia atrás.

—Y ahora, ¡a trabajar! —exclamó con una sonrisa traviesa al tiempo que me palmeaba el trasero y me invitaba, con la mano, a salir de la habitación.

«Tiene que ser una broma, ¿no?», resonó en el interior de mi cabeza.

Mis ojos, abiertos a más no poder, transmitieron mi desconcierto. Le miré con un gesto de incredulidad, incapaz de creer lo que acababa de hacer mientras mi mandíbula parecía precipitarse al vacío.

La mañana transcurrió marcada por la tranquilidad, algo que agradecí. Repasé minuciosamente el informe que había preparado el marqués sobre el Proyecto Imperium. Abrí mi maletín y extraje el resto de la documentación

que extendí a lo largo del escritorio.

Juan tenía razón. Lo verdaderamente importante del asunto no era la mala inversión que los bancos trataban de colocarles a sus clientes mediante complejos instrumentos de inversión. Aquello no era nada que no se hubiera hecho con anterioridad, ingeniería financiera al servicio de la perversión. El peligro del proyecto residía en las técnicas de *reeducción* a las que someterían a los empleados del banco para perpetrar un delito de cuello blanco. Un método diabólico cuyo éxito iniciaría una perjudicial cascada de eventos encaminados en una misma dirección: la supresión del pensamiento y el naufragio de la ciudadanía.

Un total de trescientos empleados habían sido los *elegidos* para materializar los deseos infernales del Rey. El Banco Estrella sería la primera de las cuatro entidades financieras de la Orden del Denario que pondría en práctica el Proyecto Imperium. Para ello congregaría a los trabajadores seleccionados en un recinto apartado de la ciudad donde permanecerían aislados durante treinta días, sometidos a una perversa reforma del pensamiento.

Brígida llamó a la puerta e instintivamente escondí la carpeta que tenía en mis manos.

—Llevas encerrada toda la mañana, ¿estás bien? —me preguntó mientras dejaba sobre la mesa una taza de café.

Mis ojos se humedecieron al pensar en Juan, pero tras un instante de abatimiento me recompuse como pude y fingí que todo estaba en orden.

Una vez a solas me zambullí de nuevo en la marea de documentación que parecía haber colonizado mi escritorio. Durante el mes de reclutamiento, al que los empleados habían dado su conformidad firmando un contrato envenenado, estarían prohibidas las visitas de familiares o de amigos. Recibirían sesiones de hasta cuatro horas de duración durante las que se les hablaría acerca de las bondades del banco y de su presidente. Unas charlas en las que, poco a poco, abordarían el verdadero objetivo del proyecto: persuadir al empleado para que delinquiera en nombre del banco. Por supuesto, no eran esas las palabras empleadas en el informe. El adoctrinamiento del trabajador se nutría de un perverso lavado de cerebro, que no hacía sino convencerle de la conveniencia de embaucar a los clientes del banco con el objetivo de endosarles productos financieros ciertamente tóxicos.

El sonido del móvil me sobresaltó. Era un mensaje de Patrick. «Gracias por no decirle nada a James». Menudo caradura, pensé. Le solté unos cuantos

improperios al móvil y retomé de nuevo mi tarea. Repasé las fichas de los empleados escogidos y me sorprendió el comprobar que todos tenían algo en común. Eran personas de entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años de edad, con hijos en edad escolar, una hipoteca contratada con el Banco Estrella y pareja desempleada.

Durante su reclusión, los trabajadores del banco serían sometidos a una rigurosa dieta hipocalórica que, según se desprendía del informe, parecía destinada a mermar la energía de los participantes. La alimentación que recibirían durante aquel mes prohibía la ingesta de carne, pescado, huevos, legumbres, frutos secos y un sinfín de alimentos de contenido proteico. Paradójicamente, la poco saludable dieta debía ir acompañada de un estricto programa de entrenamiento físico. Por si todo lo anterior no fuera suficiente, el proyecto valoraba la posibilidad de administrar fármacos de diversa índole a aquellos empleados cuya voluntad no se hubiera logrado someter.

El implacable y repulsivo programa también incluía instrucciones precisas para aquellos que lideraban y ejecutaban el proyecto, entre los que yo estaba incluida. Por suerte para mí, solo debía cerciorarme de su correcto funcionamiento, una tarea de supervisión que no exigía la presencia diaria en el recinto donde se consumaría aquel escabroso e inmoral atentado contra la humanidad.

Los principales ejecutores del desalmado plan de la orden eran aquellos que estaban directamente involucrados en el adoctrinamiento de los empleados, participando activamente en su sometimiento. Entre ellos se encontraba el afamado Anthony Blaine, un experto y reconocido manipulador de la mente. «El sustituto de Juan», me dije al recordar que inicialmente debía ser él quien liderara el proceso de reeducación mental.

Una llamada de teléfono me obligó a hacer un alto en el camino.

—¿Dígame? —contesté con voz pastosa.

—No he sabido nada de ti en toda la mañana —respondió Patrick—. ¿No me estarás esquivando?

El labio comenzó a temblarme de rabia. ¿Cómo tenía la poca vergüenza de llamarme después de lo que había hecho?

—Tengo mucho trabajo —respondí sin querer entrar en su juego.

Escuché una risa irónica al otro lado del teléfono.

—Te invito a comer.

—¡Ni lo sueñes! —estallé. Pero ¿qué se había creído?

—Vamos, Sofía, seguro que tendrás curiosidad por saber cómo tramé tu

ingreso en la Casa del Sol.

Y así era, me reconocí a mí misma.

No cruzamos palabra durante el trayecto hacia el restaurante. Caminamos en silencio, sin que ninguno de los dos se atreviera a acabar con aquel incómodo mutismo. Y de pronto, cuando estábamos a punto de llegar, Patrick me tocó el brazo con excesiva familiaridad y comentó:

—Ya te he pedido perdón, ¿qué más quieres que haga?

—¿Y te crees que con eso lo solucionas todo? —exclamé.

—Ni mucho menos, pero debes saber que yo no te conocía cuando decidí involucrarte.

—¿Hubiera cambiado algo? —pregunté con un reproche oculto tras mis palabras.

—Por supuesto que sí —respondió con sinceridad mientras entrábamos en un restaurante que quedaba a escasos cinco minutos de las torres.

Tomamos asiento con una sonrisa forzada, en lo que acabó siendo un patético intento por aparentar una inexistente normalidad. Un desaliñado camarero acudió raudo a nuestra mesa. Saltándose la más mínima formalidad comenzó a corear el menú del día con voz militar mientras apretaba insistentemente el resorte de su bolígrafo contra su pierna derecha. El camarero tomó nota de la comanda y se marchó tras hacer una exagerada reverencia con la cabeza.

Ninguno de los dos probó bocado cuando nos trajeron el primer plato, pero ambos dimos buena cuenta del vino que nos sirvieron.

—Antes de que comiences a hablar, hay algo que quisiera preguntarte —le dije, atragantándome mientras pronunciaba aquellas palabras. Asintió con la cabeza, instándome a formular mi pregunta—. ¿Te ayudó Juan a que me ingresaran en el manicomio?

—No —respondió con rotundidad—. La idea y el plan fueron única y exclusivamente míos. Juan no tuvo nada que ver. —Guardó silencio meditando sus siguientes palabras—. Quiero ser sincero contigo.

—¿Y qué te lo impide? —pregunté con evidente hostilidad.

—Juan estaba al tanto de mi interés por lograr que James y su hermano colaborasen en la misión. Trazamos un plan para que fuera él quien les lograra convencer, pero antes de que pudiéramos llevarlo a cabo, los ejecutores de la orden le apresaron.

—Juan conocía a James, ¿no es cierto? —Me miró extrañado—. El día en que hablamos por primera vez en la Casa del Sol se comportó como un auténtico maleducado —comenté, expulsando rabia a cada palabra que articulaba—. Sin embargo, todo cambió en cuanto vio una fotografía de James.

Patrick compuso una sonrisa libertina muy poco apropiada dadas las circunstancias.

—No le conocía —aclaró mientras sacaba una billetera del bolsillo de su pantalón—, pero sí había visto esta estampa decenas de veces —añadió, alcanzándome una fotografía en la que aparecían James y él sonriendo como dos buenos amigos.

Las piezas comenzaban a encajar, pero no por ello me sentí mejor.

—Me engañasteis y yo caí en la trampa —comenté con la mirada perdida—. Os llevé hasta James. Eso era lo que queríais, ¿no?

—No tenía más alternativa que hacer lo que hice —se justificó.

—Siempre hay una alternativa —le reproché—. Jamás sospeché que Juan y tú ya os conocierais de antes. Habéis interpretado vuestro papel de manera admirable —reconocí con resquemor. Me miré el reloj y le lancé una mirada apremiante—. Creo que ha llegado el momento de que me lo expliques todo.

Resopló, abatido, como si todo aquello se le hiciera más cuesta arriba de lo que inicialmente había pensado.

—Como ya te dije, aquel día yo me dirigía a casa de Ulbrecht con intención de hablar con James y convencerle para que colaborara en la operación contra la Orden del Denario —comenzó a decir en voz baja—. De camino le telefoneé, pero me dejó bien claro que no me ayudaría en la misión.

—¿Qué hacías en Praga? —le interrumpí.

—Seguía a un sospecho.

—¿Tú solo?

—Me acompañaba un agente de la CIA.

—¿A quién perseguíais? —pregunté llevándome la copa a los labios.

—Al director de la Casa del Sol —respondió, haciendo que casi escupiera el sorbo de vino que acababa de beber—. El doctor Cabeza de Vaca, a quien seguro conocerás, colabora estrechamente con la orden. Cuando el centro quebró, fue el Banco Estrella quien le salvó de la ruina, lo que a la postre significó su propia condena, pues le doblegaron so pena de retirarle el apoyo financiero que le había librado de su más que previsible desastre económico.

—Patrick levantó la mano y le hizo una señal al camarero, pidiéndole más vino—. Aún a pesar de la negativa de James, decidí acercarme a casa de Ulbrecht y tratar de convencerle. Después de todo, no tenía nada mejor que hacer.

—Puedo imaginármelo —solté con un tono cargado de reproche.

—Y entonces...

Detuvo sus palabras bruscamente.

—Entonces, ¿qué? —exclamé, alzando las manos.

—Entonces te vi —dijo con excesiva seriedad—. Salías de casa, llorando y maldiciendo a James, de modo que supuse que serías su novia.

—Acertaste —respondí con cara de malas pulgas.

—La intuición me hizo creer que eras alguien importante en su vida y lo cierto es que no me equivoqué.

—Eso es discutible —apuntillé.

El camarero rellenó nuestras copas y se marchó. Patrick aprovechó la conversación para dar un nuevo rodeo a su confesión.

—El doctor Cabeza de Vaca y su mujer habían viajado a Praga la noche anterior para visitar a un viejo amigo. Supuse que el viaje podía guardar relación con el caso. No me lo pensé dos veces y tomé un avión hacia la capital checa.

—¿Y qué paso? —pregunté, cada vez más interesada—. ¿Hablaste con él?

—No tuve tiempo de hacerlo. Al día siguiente regresó a Barcelona en el mismo...

—En el mismo vuelo que yo. —Acabé la frase por él—. Y dime, ¿qué pasó cuando me viste salir de casa de Ulbrecht?

—Supe enseguida que tú eras mi única oportunidad para involucrar a James en la operación —soltó sin muchas contemplaciones—. No tenía muchas más opciones, ¿comprendes? Estaba solo, sin equipo ni recursos y James siempre fue el mejor en lo suyo.

—Continúo sin saber cómo hiciste para que acabara en el manicomio.

—Te seguí en taxi hasta el aeropuerto y, una vez ahí, supe que volarías en el mismo avión que el doctor Cabeza de Vaca —contestó pausadamente. Alargó su mano hasta que alcanzó la mía—. Siento haberte metido en este lío, Sofía. Tienes que creerme.

Traté de retirar la mano, pero él la sujetó con fuerza.

—¡Por Dios, Patrick! Esto está lleno de empleados del banco —le

reproché.

—Me da igual. Solo quiero que comprendas lo mucho que siento el haberte puesto en peligro —añadió, actuando con una temeridad impropia en él.

—Está bien, te creo. Pero, por favor, suéltame la mano —le pedí, apelando a la prudencia.

Sonrió abiertamente sin ocultar su satisfacción, tras lo cual me miró fijamente como si quisiera hablarme a través de sus dilatadas pupilas.

—¿Cómo sabías que acabaría en el manicomio? —insistí.

—Aquel día tú estabas muy alterada —dijo como si con ello respondiera a mi pregunta—. Llevaba meses investigando al doctor Cabeza de Vaca. Sabía muy bien cuál era su talón de Aquiles.

—¿Y bien? —le apremié.

—En una ocasión quiso ingresar a una dependienta de un supermercado porque le temblaban las manos al deslizar la compra bajo el lector.

Una imagen reveladora me vino a la cabeza en aquel instante.

—Aguarda un instante —le corté de pronto, sintiendo un agudo dolor en la boca del estómago—. ¿Eras tú el tipo de la gorra de béisbol que vi aquel día en el aeropuerto mientras esperaba en la fila de embarque? ¿Aquel que no dejaba de mirarme apoyado en la máquina expendedora?

Inclinó el cuerpo hacia delante.

—Era yo —confesó sin ningún pudor.

—¿Tú también viajabas en aquel avión?

—Así es.

Sentí un ligero ardor en las mejillas al recordar el incidente protagonizado con la azafata.

—¿Y cómo sabías que el doctor se sentaría en la fila de delante?

—No lo sabía —respondió, sonriendo con franqueza—. El destino me echó un cable.

—Ya veo. —Resoplé, sin entender una última cuestión—. Tú no me conocías de nada, Patrick. No podías prever una reacción tan enloquecida como la que tuve cuando me trajeron aquel ridículo bocadillo de jamón.

Reclinó su cuerpo sobre el respaldo de su asiento.

—El incidente que protagonizaste fue inducido.

—¿Inducido por quién? —exclamé, desconcertada.

—Como te he comentado, viajé a Praga acompañado por un agente de la CIA.

Y con aquella última pieza resolví el rompecabezas.

—El hombre sentado a mi derecha —dije con la mirada perdida en el más allá, recordando el tranquilizante que aquel tipo me ofreció a los pocos minutos de despegar.

Capítulo 16

El jeroglífico cretense y la desaparición de Patrick

La mañana del día siguiente comenzó con una reunión de equipo. A las ocho en punto todos estábamos en el salón, a la espera de recibir las instrucciones de nuestro líder indiscutible, quien por algún extraño motivo todavía no había hecho acto de presencia. Aproveché su ausencia para preparar café, algo que todos agradecieron, pues el agotamiento parecía haberse contagiado entre todos los presentes.

James bajó las escaleras anudándose la corbata. Caminaba con seguridad, como si se dirigiera hacia la conquista del mundo. Le seguí con la vista hasta que se acercó a la cocina y, con un gesto cordial, me invitó a unirme al resto. Entre los dos llevamos un par de bandejas con los humeantes cafés cuyo aroma me produjo una reconfortante sensación.

Teresa les entregó unos papeles a James y a George. Los revisaron, pasando las páginas con sumo interés.

—¿Qué es eso? —pregunté, vencida por la curiosidad.

—El discurso que pronunciarás en la sesión de apertura del Proyecto Imperium —respondió James sin levantar la vista—. Juan lo preparó antes de...

Escuchar sus palabras, mientras degustaba aquel café etíope de sabor dulce y aroma floral que tanto le gustaba al marqués, me entristeció.

—Tengo buenas noticias —informó James en voz baja tras levantarse del sofá que quedaba frente a mí y sentarse a mi lado—. Estamos muy cerca de localizar a Juan.

Aquello me alegró y me sorprendió por igual.

—¿Y por qué no me habíais dicho nada? —le recliné con los ojos entumecidos.

Se llevó mi mano a los labios y la besó con ternura sin importarle lo que los demás pudieran pensar. Inevitablemente, un tropel de lágrimas comenzó a recorrer mis mejillas como si alguien hubiera abierto las compuertas de un estanque desbordado. Me secó las lágrimas con su mano mientras parecía preguntarse si estaba preparada para una misión como aquella.

—No soporto verte llorar —susurró en voz baja, como si hablara consigo mismo.

La tensión se instaló en el salón como un invitado más.

—¡Este café está delicioso! —exclamó George, tratando de relajar el ambiente.

James regresó a su sitio, bebió un sorbo de café y retomó sus instrucciones.

—En media hora, Patrick y tú partiréis juntos en coche —me comentó con la mirada puesta en su reloj—. En tanto lleguéis, saludas a Isaías, lees tu discurso y cuando lo acabes, os vais de ahí, ¿de acuerdo?

—No me he preparado el discurso —apunté con nerviosismo.

—Tan solo has de leerlo —respondió con voz calmada—. Puedes estar tranquila, lo harás bien.

—¿Y Patrick? —pregunté con curiosidad—. ¿Qué hará él?

—Oficialmente velará por la seguridad del evento —contestó lánguidamente.

—¿Y extraoficialmente? —insistí.

—Cuidar de ti.

—No es necesario que me vigile —protesté.

—Eso lo decido yo —me cortó James, tajante.

—Pero...

—No quiero discutir, Sofía —dijo a modo de advertencia—. Te ceñirás al plan y harás cuanto se te ordene.

Le fulminé con la mirada, acusando una aguda descarga hormonal.

—Tal vez sería buena idea grabar el evento —propuse—. ¿No sería esa la prueba que necesitáis para desenmascarar a la orden?

—De acuerdo con la información de la que disponemos, el Rey no estará entre los invitados —contestó con un tono más conciliador. Dudó un instante antes de continuar y revelarme una información que al parecer todos debían conocer—. De aquí a una semana tendrá lugar una reunión secreta entre los cuatro príncipes y el Rey.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenemos micrófonos en el despacho de Isaías.

—No deberían funcionar —respondí precipitadamente mientras recordaba el día en que traté de grabar la conversación que mantuve con el presidente.

—¿Y por qué no? —preguntó James con desconfianza.

No quise contestar a aquella pregunta, de manera que opté por cambiar de tema.

—¿Por qué se reúnen?

—Para evaluar el progreso del proyecto.

No se me ocurrió poner en tela de juicio sus palabras, por mucho que intuyera lo equivocado que estaba.

—¿Solo asistirán esas cinco personas?

James me miró extrañado.

—Imagino que también acudirán los duques de la orden —respondió.

Me armé de valor antes de continuar.

—En una ocasión Juan habló de un palacio donde se llevaban a cabo las reuniones de la orden —comenté, faltando claramente a la verdad, pues a lo que realmente me refería era al edificio al que yo había asistido cuando presencié el cónclave de los nuevos miembros.

—El palacio de los Vizcondes de Cabrera —me cortó James—, conocemos ese lugar —añadió, oteando mi rostro en busca de la menor excusa para echarme en cara mi falta de sinceridad—, pero no será ese tipo de reunión.

Me retiré de la conversación enseguida. No había ya mucho más que yo pudiera aportar. En cambio, mi cabeza parecía un hervidero de interrogantes que sí era menester atender.

Contemplé la taza de café que sostenía en mis manos, creyendo augurar un futuro incierto a través de sus posos, y dejé que mi mente vagara por un universo alejado de aquel salón. Al cabo de unos minutos, James dio por concluida la sesión. Fue entonces cuando el destino quiso acabar con mis escasas reservas de serenidad.

—No os entretengáis —le pidió a Patrick—. En tanto Sofía acabe su discurso, os largáis de... ¿Cómo decías que se llamaba el centro donde se celebra el evento?

—La Casa del Sol —se apresuró a contestar Teresa.

No pude por menos que escupir el café mientras mis ojos desorbitados dirigían a Patrick una mirada incendiaria. ¿Íbamos a la Casa del Sol y ni siquiera me lo había dicho? «Es imposible que esto salga bien», vaticiné en silencio con una clarividencia arrolladora.

Patrick condujo su flamante y nada discreto Land Rover sin abrir la boca. Quise mimetizarme con su mutismo, pero el batiburrillo de reniegos que sacudía las paredes de mi cerebro hizo que mis labios se abrieran como por arte de magia.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Pensé que era mejor no hacerlo —respondió, calmado, sin apartar la vista de la carretera—. Vamos, Sofía, la misión de hoy es sencilla y no conlleva ningún riesgo. Sé que puede resultarte molesto regresar a la Casa del Sol, pero...

—¿Molesto, dices? Eso sí que es un reduccionismo —le corté.

—Llegamos, pronuncias unas palabras y nos vamos —continuó, pasando por alto mi comentario.

Decidí no iniciar una discusión. Al fin y al cabo, ¿de qué me serviría? Pensé en sus palabras y traté de tranquilizarme. «La misión de hoy es sencilla y no conlleva ningún riesgo». Si tan solo hubiera intuido el desastre que me esperaba.

Aquel día no me había levantado de muy buen humor. Mi estado de ánimo parecía reñido con el positivismo, aferrado a un enfurruñamiento aparentemente sin sentido. No sería hasta bien entrada la noche cuando sabría el origen de aquella inexplicable irritabilidad.

Al cabo de unos minutos me sobrecogió un agudo y opresivo dolor de cabeza que traté de remediar mediante una improvisada sesión de meditación.

—¿Qué haces? —me preguntó Patrick al verme con los ojos cerrados—. ¿Estás mareada?

—Siento un profundo dolor en las sienes —respondí, abriendo un ojo—, y en la base del cráneo.

—¿Te duele el cuello? —preguntó, frunciendo el ceño. Asentí con un leve movimiento de cabeza que me provocó una desagradable sensación de vértigo—. Deberías ir al médico.

Reclinó el cuerpo hacia su costado derecho y abrió la guantera del coche, de donde sacó una caja de medicamentos. La dejó sobre el salpicadero mirándome por el rabillo del ojo.

—¿Puedo tomarme un comprimido? —pregunté, dando por supuesto que sería un antiinflamatorio.

—No —respondió, moviendo el espejo retrovisor.

Condujo medio kilómetro más por la autopista y tomó la salida ochenta y seis. La sintetizada voz del GPS comenzó a quejarse, pero Patrick no le hizo el menor caso.

—Creo que te has equivocado de salida.

Consultó su reloj y se limitó a decir:

—Haremos un alto en el camino.

Tras pasar el peaje, giró hacia la derecha y continuó conduciendo durante un par minutos. El dolor me impedía preguntarle qué demonios estaba haciendo, de manera que permanecí callada a la espera de que Patrick se dignara a compartir conmigo su repentino cambio de planes.

Aparcó el coche frente a lo que parecía una antigua fábrica textil. Cogió la caja de medicamentos y salió del vehículo ante mi desconcertada mirada. Una vez en mi lateral, abrió la puerta con un gesto galante y me pidió que le acompañara.

—Tomaremos algo antes de ir a la Casa del Sol —anunció mientras entrábamos en aquella enorme nave, flanqueada por tres barricas bordelesas.

La fábrica resultó ser una sorprendente bodega de vinos, cavas y productos típicos de la zona. Tomé asiento en un taburete de madera y dejé caer los brazos sobre un tonel que hacía las veces de mesa. Patrick se dirigió a la barra, regresando dos minutos después con un par de refrescos y un bocadillo.

—En tanto hayas comido, podrás tomarte uno de estos —comentó, zarandeando la caja de medicamentos.

Hice cuanto me ordenó, no tanto porque tuviera hambre sino porque el abatimiento no me permitía siquiera protestar. Diez minutos después, tras vencer a las horribles náuseas que sentía cada vez que me acercaba el bocadillo a la boca, por fin me acabé la comida. Cumpliendo su palabra, Patrick me dio una minúscula pastilla que tragué como si de una pócima mágica se tratara.

Retomamos nuestro itinerario y en menos de veinte minutos llegamos al mismo centro donde yo había estado ingresada semanas atrás.

—Nadie te reconocerá —dijo al apagar el motor del vehículo.

—¡Por Dios, Patrick! Estuve encerrada en este manicomio durante dos semanas, ¿cómo puedes decir eso?

—No hay más echarte un vistazo —respondió mientras enviaba un mensaje a través de su móvil—. No te pareces en nada a la mujer que ingresó en el centro.

Y en parte tenía razón. Mi aspecto físico había cambiado considerablemente. Cuando entré en la Casa del Sol lucía una apariencia bastante desaliñada. Vestía pantalones tejanos y unas deportivas envejecidas por el paso del tiempo. Llevaba el pelo sujeto en una cola de caballo y apenas empleaba maquillaje. Ahora, en cambio, iba ataviada con mi disfraz de directiva despiadada. Bien peinada, con mi larga y rizada melena pelirroja

resplandeciendo con luz propia. Maquillaje elegante y sobrio, propio de una alta ejecutiva. Enfundada en un entallado vestido blanco, de corte clásico y brocados florales, sobre el que lucía una americana de color burdeos y botones dorados. Todo había sido obra de mi asesor personal: el marqués. Completaba mi distinguida estampa con unas elegantes sandalias blancas de tacón de aguja, que aumentaban mi estatura en más de diez centímetros, y un carísimo bolso, curiosamente parecido al maletín que antiguamente solían llevar los médicos.

—¿Y qué hay del doctor Cabeza de Vaca? —pregunté de pronto—. Seguro que él sí que me reconocerá.

Patrick sonrió, complacido por mi pregunta.

—Está en Praga.

«Por fin una buena noticia», me dije para mis adentros.

Cinco minutos después llegamos a nuestro destino.

—Bienvenidos a la Casa del Sol —comentó un hombre de pequeña estatura que se apresuró a recibirnos en tanto nos vio llegar—. Acompañenme, por favor.

Seguimos a nuestro anfitrión, paseando por los mismos jardines que semanas antes habían sido testigos de mi penoso cautiverio. Accedimos a una moderna edificación donde el amable caballero cedió su testigo a un segundo hombre, quien nos pidió que le acompañáramos hasta una sala en la que nos esperaban Isaías y sus inseparables secuaces.

Fue entonces cuando Patrick y yo nos separamos.

—¿Dónde vas? —pregunté visiblemente espantada, pues había dado por sentado que continuaríamos juntos.

—Tranquilízate —me pidió en voz baja, mirando de reojo al hombre que estaba a nuestro lado—. He de echar un vistazo por las inmediaciones del recinto donde se celebrará el evento. Nos veremos luego.

—¿Cuándo? —protesté con un tono excesivamente infantil.

—Asistiré a tu discurso —dijo, tratando de tranquilizarme.

Así pues, me despedí de él y, con cara de cordero degollado, me dirigí a mi encuentro con Isaías y sus entregados monaguillos.

—Llega usted tarde —espetó el señor Ferrer en tanto me vio entrar.

—Había caravana —me justificué, intentando contener las náuseas que sentí al ver entre los presentes a Ignacio Javier, el presidente de Blankium.

Me volví hacia él y le sonreí cortésmente.

—Señor —dije mientras le estrechaba la mano sin ocultar mi descontento.

—Está usted preciosa —respondió con un guiño del todo inapropiado.

El director de Recursos Humanos, Jordi Conejo, y su inseparable camarada, Arturo Cuadrado, completaban aquel cuarteto de infames. Les saludé con una fingida cordialidad y dejé que retomaran su conversación mientras tomaba asiento en un cómodo sillón de terciopelo.

Faltaba poco más de media hora para el inicio del evento cuando alguien llamó a la puerta. Tras ella apareció el hombre menudo que instantes antes nos había dado la bienvenida a Patrick y a mí.

—Señores... —carraspeó en tanto me vio—, y señora, por supuesto. Quisiera anunciarles la visita del director del centro, el señor doctor Cabeza de Vaca.

Un resorte imaginario me hizo levantar del sofá antes siquiera de que aquel hombre terminara de pronunciar sus pomposas palabras. Sin saber muy bien qué hacer me puse de cara a la pared mientras blasfemaba en silencio.

—Hágale pasar —escuché decir a Isaías.

—El señor Cabeza de Vaca está de camino. Su avión ha aterrizado hace una hora, de modo que en unos diez minutos estará con ustedes.

—Que así sea, pero hasta entonces no quiero ninguna otra interrupción, ¿ha entendido?

—Como usted ordene, Don Ferrer.

Cuando la puerta se cerró, todos y cada uno de mis músculos se tensionaron y el dolor de cabeza retornó con más fuerza que nunca.

—Pero ¿qué demonios hace usted contra la pared? —vociferó Isaías.

Escuché su voz lejana, casi como en un susurro.

—Estoy hablando por teléfono —contesté, pensando que con ello me dejaría en paz.

Escuché un juicioso murmullo a mi espalda, un ovillo de voces inconexas que parecía cuestionar mi cordura. Pero eso a mí me traía sin cuidado. Lo único que de verdad me importaba en aquel momento era el modo de esquivar al doctor Cabeza de Vaca.

—No tiene ningún teléfono —apuntó Arturo, con un irritante tono de sabelotodo.

Puse los ojos en blanco y, conteniéndome para no enviarle a paseo, solté la segunda estupidez del día.

—Llevo un auricular inalámbrico —dije, señalándome el oído derecho,

que afortunadamente quedaba oculto bajo mi melena.

Mi respuesta pareció satisfacer a Isaías, quien enseguida mandó callar a Arturo. Y suerte que así fue, pues el malhumor que me acompañaba aquel día me instaba a iniciar un altercado, fuera con quien fuera.

Debía salir de ahí enseguida. Huir era mi única vía de escape. Eso fue precisamente lo que intenté hasta que mis planes y el destino se midieron en una absurda batalla.

Comencé a caminar de espaldas a ellos, siguiendo el trayecto la pared hasta que tropecé con una mesita de madera. Dispuesta a darme la vuelta y a salir de aquel lugar con el pretexto de una repentina incontinencia, de pronto alguien golpeó enérgicamente la puerta, haciendo que el ruido retumbara en el interior de mi cabeza como si de un taladro se tratara. Mi corazón detuvo sus latidos en el mismo instante en que la puerta se abrió.

—Señores, el doctor Cabeza de Vaca está aquí —comentó el hombre menudo, como si acabara de anunciar el Oscar al mejor actor de reparto.

Todavía pegada a la pared, comencé a caminar a lo largo de la misma hasta que alcancé mi bolso que estaba sobre el sillón. Lo abrí con un gesto acuciante y extraje mis enormes gafas de sol tras las que pensaba ocultar parte de mi rostro. El presidente de Blankium se acercó hacia mí con cautela, como si temiera despertar a un somnoliento demonio. En tanto me vio, abrió los ojos con una expresión de susto. Instintivamente me llevé las manos a la cara y comprobé el origen de su desconcierto. Llevaba puestas las gafas del revés.

No tenía tiempo que perder, de manera que saqué el móvil del bolso e improvisé.

—¿Cómo ha dicho? —grité con el teléfono pegado en la oreja—. ¿Las acciones del banco están cayendo un veinte por ciento? —añadí en voz alta y con un exagerado acento francés con el que pretendí disimular mi auténtica voz. Atravesé la habitación zarandeando la mano izquierda como si quisiera limpiar el aire que encontraba a mi paso, y casi sin detenerme, le dije a Isaías —: No se preocupe por nada, señor, yo me encargo de todo.

Para cuando me crucé con el doctor Cabeza de Vaca, que permanecía inmóvil en la puerta de entrada, el destino quiso que su vista estuviera clavada en Isaías, a quien miraba como si de un mesías se tratara. Pasé por su lado ladeando la cabeza y cubriéndome el rostro con una mano mientras con la otra sostenía el móvil.

Me largué a toda prisa y eché a correr por un largo pasillo hasta que

finalmente me metí en la primera habitación que encontré. Exhalé un suspiro de alivio y, sosteniendo el móvil con mis temblorosas manos, marqué el número de Patrick. «Me va a oír», me dije.

—Bonitas gafas —escuché a mi espalda—. Me recuerda usted a una azafata de aquel famoso concurso de televisión de los años ochenta. ¿Cómo se llamaba...?

Volví la cabeza a cámara lenta mientras me quitaba las gafas. Ante mis ojos apareció el misterioso hombre del tatuaje en el cuello que había visto durante la fiesta en la mansión de Isaías.

—Un, Dos, Tres.

—¿Cómo dice? —preguntó con las cejas levantadas.

Debía tener alrededor de unos cuarenta y cinco años, calculé. Pelo rubio, lacio y de aspecto sedoso. Sus labios eran delgados y aparentemente herméticos. En su amplia frente podía observarse el trazo inestable de unas arrugas pronunciadas que parecían evidenciar un enorme sufrimiento.

—Me refería al programa de televisión —contesté advirtiendo la cabeza de un dragón en la montura su anillo.

Su sonrisa realzó sus prominentes pómulos.

—¿Quién es usted? —preguntó, tras un breve escrutinio.

—Sofía —respondí, tímidamente.

—Y dígame, Sofía, ¿qué hace en este despacho? —preguntó, acariciándose la barbilla.

Aquella habría sido una mentira fácil de ingeniar, pero lo cierto es que sus ojos, clavados sobre los míos, me dejaron sin habla durante un instante. Tenía una mirada turbia, pensé. Se acarició el puente de la nariz, mostrándome con aquel gesto, en apariencia inocente, que su paciencia no era infinita.

—Las acciones del banco han caído un veinte por ciento —solté, como si fuera un robot averiado quien hablara por mí.

Abrió el cajón del escritorio que quedaba a su derecha e instintivamente cerré los ojos, dando por sentado que aquel hombre sacaría un arma con la que acabaría conmigo.

Pasados unos segundos y ante la ausencia de disparos decidí abrir un ojo.

—¿De qué banco está hablando? —preguntó mientras empleaba un cortapuros para seccionar la parte trasera de un habano.

—Del Banco Estrella.

—En ese caso... —comentó con desdén, como si el problema no fuera

con él. Cogió un fósforo de vara larga y lo deslizó rápidamente a lo largo del marco de la mesa. Mantuvo el puro cerca de la llama y lo giró progresivamente—. No es algo que deba preocuparme.

Me miró sin esconder su desconfianza, lo que irremediablemente acentuó los síntomas de un ataque de pánico más que inminente. Mi corazón, convertido en una bomba de relojería a punto de estallar, comenzó a galopar al ritmo de mi respiración.

«Tal vez debería recurrir a la magia blanca para alejar la mala suerte», me dije en silencio. Continué divagando acerca de la fatalidad que parecía dirigir mi vida mientras el hombre me miraba extrañado.

—Me han echado un mal de ojo —solté sin pensar, incómoda por el silencio reinante y el sibilino escrutinio de su mirada.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo todos los síntomas —respondí, permitiendo que el delirio se autonombrase mi portavoz—. Dolor de cabeza intenso e intermitente —comenté, asintiendo firmemente como si ello reforzara las sandeces que estaba diciendo—. Además, sufro alucinaciones.

La mecha de la locura había prendido con fuerza y ya no había quien la apagara.

—Interesante —comentó, esbozando una sonrisa burlona—, pero no creo que eso evidencie su maleficio. Tal vez exista algún ritual esotérico que le ayude a concluir sobre ello —bromeó.

—Un vaso lleno de agua hasta la mitad, un poco de aceite y un mechón de pelo —respondí, aderezando aquella extraña conversación con un surrealismo inaudito. Me miró boquiabierto—. Si estoy bajo la influencia de un embrujo, el aceite debería descender al fondo del vaso —aclaré.

—¿Y qué hará si efectivamente le han echado un mal de ojo? —preguntó con cierto interés. Me encogí de hombros, pues no disponía de una respuesta—. Tal vez deba pedir ayuda a un curandero.

—Tal vez —repetí sin saber si me estaba hablando en serio—. Lo que de verdad me gustaría —dije, cogiendo carrerilla—, es evitar que algo así pudiera sucederme de nuevo.

—Hay cientos de remedios populares —comentó con una expresión bromista—, como por ejemplo escupir a las embarazadas o incluso a los bebés. —Le miré espantada—. También puede clavar una herradura en la puerta de su casa, pinchar un limón con clavos o bañarse en agua bendita —añadió, acentuando su sonrisa.

Era evidente que me estaba tomando el pelo. Aquel era el momento perfecto para irme de aquel lugar, pero un agudizado instinto se encargó de que no lo hiciera.

—Le gustan mucho los dragones —comenté de pronto. Su sonrisa se desvaneció, dando paso a una expresión circunspecta. Carraspeé, incómoda—. Lo decía por el tatuaje en su cuello y el grabado de su anillo.

—Es un símbolo de eternidad, poder y sabiduría —dijo con una expresión de orgullo—. Los dragones son guardianes de lo divino.

—También tienen sus defectos —apunté—, suelen ser avaros, codiciosos y capaces de saquear poblaciones enteras para robar sus tesoros —añadí como si tuviera la menor idea de lo que hablaba.

—Creo que me acaba de definir a la perfección.

Sus pupilas se dilataron súbitamente mientras me miraba con una ceja alzada.

—Tal vez debería marcharme —balbucí, incapaz de mantenerle la mirada.

—¿Le esperan en algún sitio? —preguntó, exhalando una enorme bocanada de humo.

—A decir verdad, sí —respondí, sacudiendo la mano para apartar el humo de mi cara.

—Es usted una mujer muy hermosa —comentó con un gesto de lo más inquietante—. Quizá podríamos cenar algún día.

—Yo ceno todos los días —respondí con simpleza, dando un invisible paso hacia atrás.

Rompió a reír.

«¿Y si es el Rey?», me preguntó una voz interior. Me esforcé por mantener la compostura, pero la tensión parecía estar ganando la batalla por goleada.

—Me gustaría acompañarle uno de esos días —dijo con una suave inclinación de cabeza.

Sonreí, nerviosa, y di otro pasito hacia atrás.

—A mí también —mentí descaradamente, con la mirada clavada en su hipnótico tatuaje—. Ha sido un placer, señor... —Fue entonces cuando me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No se lo he dicho —contestó con el rostro mucho más serio.

Tosí levemente, tratando de aclarar mi garganta.

—No pasa nada —farfullé con la voz todavía enronquecida—. Ya me lo dirá otro día. A fin de cuentas, ¿qué importancia tienen los nombres? —añadí torpemente mientras me encogía de hombros.

Un pasito más hacia atrás. Inexplicablemente, alcé la mano derecha con la palma hacia abajo y arrimé los dedos a la sien, en lo que parecía ser un saludo militar. El hombre del tatuaje levantó las cejas y comenzó a toser, habiéndose atragantado con el humo de su puro. Bajé la mano y, llevándola hacia mi espalda, palpé el pomo de la puerta. Dirigí un último vistazo a la habitación, me di la vuelta y me largué de ahí sin saber lo cerca que había estado de pasar a mejor vida.

Una vez fuera de aquella siniestra habitación, busqué un lugar donde refugiarme de mi mala suerte. Comencé a correr por un laberinto de pasillos hasta que, dos minutos después, me percaté de que no había hecho más que regresar al punto de origen. Traté de recuperar el aliento con el cuerpo flexionado hacia delante y apoyando las manos sobre las rodillas.

Escuché la voz de Patrick a lo lejos. Erguí mi cuerpo de un brusco respingo, recobrando mi posición original. Traté de agudizar el oído mientras involuntariamente achinaba los ojos y me llevaba el dedo índice a los labios, pidiéndome silencio a mí misma. En tanto creí adivinar el lugar del que provenía la voz, eché a correr de nuevo en lo que pareció ser una carrera de obstáculos, pues tuve que sortear a los distintos enfermeros con los que me topé en mi tortuoso trayecto.

—¡Patrick! —grité, descontrolada, cuando le vi doblar la esquina que le llevaba al pasillo donde yo me encontraba. No tenía tiempo de explicarle todo lo sucedido. Tenía que elegir, en décimas de segundo, cuál de los dos frenéticos acontecimientos debía contarle—. ¡Tengo que hablar contigo! ¡Ha ocurrido algo horrible!

Al ver la expresión de pánico reflejada en su mirada fui consciente de mi enorme metedura de pata. En el mismo instante en que acabé de pronunciar mis atropelladas palabras, aparecieron Isaías, Arturo y Jordi. Permanecí inmóvil, temiendo que el doctor Cabeza de Vaca apareciera en cualquier momento. «Tranquila —me dijo una voz interior—. Dios aprieta, pero no ahoga». Aquella frase me pareció tremendamente irónica, especialmente teniendo en cuenta la terrible presión que sentía en el pecho pero lo cierto es que, quien quiera que estuviera manejando los hilos de mi delirante

existencia, decidió darme un respiro. Suspiré aliviada cuando evidencié que el doctor no estaba entre los presentes.

—¿Se ha vuelto usted loca? —preguntó Isaías—. Haga el favor de bajar la voz —me ordenó con un gesto poco cortés. Se me quedó mirando a la espera de que aclarara qué demonios hacía vociferando de aquel modo, pero un repentino mutismo selectivo me obligó a permanecer callada—. Y bien, ¿qué sucede ahora?

—Las acciones del banco han caído un veinte por ciento —repetí por tercera vez, gimoteando ante el aberrante hostigamiento al que el destino me estaba sometiendo.

El indeseable de Arturo Cuadrado sonrió, complacido por la patética escena que estaba protagonizando. Le dio un pequeño codazo a Isaías, llevándose el dedo índice a la sien y haciendo un pequeño giro de muñeca, mofándose de mi más que evidente enajenación.

—Faltan diez minutos para que comience la ceremonia de inauguración —señaló Isaías, echando un vistazo a su costoso Rolex de oro, a cuyo brazalete parecían sobrarle un par de eslabones. Volvió la vista hacia Patrick y le dedicó una sonrisa cortés—. ¿Sería tan amable de ocuparse de ella? Trate de calmarla y de que esté presentable para su discurso.

«¿Presentable?». Mis labios comenzaron a temblar, fruto de la rabia que sentí al escuchar aquella nueva grosería.

—Así lo haré, señor —contestó Patrick, dirigiéndome una dura mirada. Me cogió del brazo con más delicadeza de la que a buen seguro habría deseado—. Acompáñame, por favor.

Caminamos en silencio hasta que salimos a los jardines, donde un sol prominente me deslumbró momentáneamente hasta que me coloqué mis monumentales gafas de sol.

—¿Se puede saber cuál es tu problema?

—¿Que cuál es mi problema? —tartamudeé a la espera de ingeniar un modo más efectivo con el que pararle los pies.

—Sí, Sofía. ¿Qué demonios pasa contigo? ¿Acaso no conoces el significado de la palabra *discreción*?

—¿Y tú el de la expresión *vete al infierno*? —chillé, en pleno colapso mental—. ¡Archipámpano! ¡Cercopiteco! ¡Lepidóptero! —continué desvariando, sin tener la menor idea de lo que estaba diciendo, pues no hacía más que repetir los extraños vocablos que en ocasiones empleaba el marqués.

No tardé mucho en percatarme de mi incapacidad para reaccionar de

forma equilibrada. Invadida por una oleada de ira comencé a caminar de un lado a otro, adueñada por el temor de un inminente desmayo. ¿Acaso estaba volviéndome loca? ¿Y qué si así era?

—Haz el favor de calmarte —me pidió, sujetándome del brazo—. ¿Qué adulto actúa de la forma en la que lo estás haciendo?

El ritmo cardíaco de mi corazón comenzó a rebasar límites poco saludables.

—¿Sabes qué, Patrick? No voy a calmarme —gruñí—. Hasta aquí hemos llegado. Estoy harta de que me tratéis del modo en que lo hacéis. Esto se acabó.

—Pero ¿qué dices? —estalló, apretándome el brazo—. ¿Te has vuelto loca?

—No —respondí con lágrimas en los ojos—. No me he vuelto loca, pero no toleraré que me hables así. Soy incapaz de continuar soportando más dosis de intolerancia. —Le miré fijamente a los ojos, intentando sofocar la rabia que me atenazaba en la boca del estómago—. Resulta que James ya ha cubierto el cupo.

Eché a caminar en dirección contraria mientras me preguntaba si sería demasiado tarde para mandarlo todo a paseo. Como era de esperar, Patrick vino tras de mí. Me volví en tanto rozó mi brazo y le lancé una mirada asesina.

—Perdóname —se disculpó con una leve inclinación de cabeza—. Lo siento, Sofía. He sido un estúpido. Esta operación es muy importante para mí, de ella depende mi carrera en la agencia. —Me miró fijamente y continuó con su asombrosa interpretación—. No he debido hablarte de ese modo. Dime qué sucede, por favor.

—Sucede que el doctor Cabeza de Vaca está aquí —dije, todavía disgustada, cruzándome de brazos.

Se llevó la mano a la frente y comenzó a blasfemar en inglés.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —exclamó cuando terminó su recital de impropiedades anglosajones.

Acusé un temblor repentino, preludio de un nuevo ataque de pánico. No podía permitirme una nueva recaída, no en aquel momento cuando faltaban pocos minutos para comenzar mi discurso. Comencé a respirar de forma lenta y profunda y enfoqué la vista en un imaginario punto de luz.

—No perdamos los nervios —susurró Patrick con la mirada extraviada, como si fuera a sí mismo a quien realmente tratara de calmar—. Ve al

auditorio y espérame ahí.

—Pero...

—Déjalo en mis manos. Yo me encargo del doctor Cabeza de Vaca.

Entré en la sala de conferencias pisando con firmeza. Avancé por el pasillo central mientras miraba a ambos lados y contemplaba, fascinada, la magnificencia de aquella enorme sala. Los empleados del banco, para quienes aquel día comenzaba un infierno que todavía desconocían, tomaron asiento con aparente entusiasmo. El sonido que provocaban mis tacones al contacto con el suelo de madera me produjo cierto placer, como si de algún modo reafirmara mi simulada seguridad.

El auditorio, con forma de herradura en pendiente, era oscuro y elegante. De un vistazo rápido deduje que tendría capacidad para unas cuatrocientas personas. El material protagonista era, sin duda, la madera, presente en el suelo, en el techo flotante, en las paredes e incluso en las butacas, forradas en cuero granate. El acceso al escenario cuadrangular estaba precedido por unas escaleras laterales revestidas de una moqueta morada.

Tuve un mal presentimiento mientras avanzaba hacia la primera fila de asientos. Duró apenas un segundo, pero fue tiempo suficiente como para que mi sexto sentido me advirtiera de un fatal desenlace. ¿Qué podía salir mal? Patrick se encargaba del doctor Cabeza de Vaca y yo solo debía leer un discurso que ya estaba escrito.

—El señor Ferrer quiere hablar con usted —dijo Arturo Cuadrado al cruzarse en mi camino.

—¿Ahora? —protesté, mirándome un imaginario reloj mientras con la mirada le decía: «Lárgate. Hoy no estoy de humor».

—Ahora —respondió con brusquedad, disfrutando de aquel instante en el que me creía sometida a su voluntad.

Suspiré, incrédula, y decidí obedecer. Recorrimos el largo pasillo hasta el final de la sala, donde nos esperaba Isaías con unos papeles en la mano.

—Su discurso —me dijo extendiendo su brazo y entregándome una carpeta—. De mi puño y letra —añadió, fervoroso.

—Pero si yo ya tengo uno —señalé, ofuscada, mientras abría mi bolso y sacaba los tres folios doblados en lo que parecía un fallido intento de papiroflexia infantil.

Isaías miró los papeles con una mueca de desagrado. Ciertamente es que las

manchas de café no ayudaban a darles un aspecto muy presentable.

—Es mi banco, es mi proyecto y es mi discurso —replicó, iracundo.

Sentí deseos de pegarle una patada donde más le doliera. En su ego.

Miré hacia el techo, como si tuviera línea directa con el mismísimo Dios, y pregunté en voz baja: «Estarás de broma, ¿no?». Pero no lo estaba. La realidad era que aquel cretino quería que leyera su discurso en lugar del mío. Cogí los papeles con desgana, aceptando que, una vez más, la providencia miraba en otra dirección.

—Y ahora, si me disculpa, tengo que dar el discurso de apertura —anunció el señor Ferrer, alzando la barbilla.

Eché a andar, dejándome con la boca abierta. Arturo, su fiel perrito faldero, se marchó tras él. Habiendo dado un par de pasos, se volvió hacia mí. Extendió los dedos índice y corazón de un movimiento cuasi automático y los dirigió a sus ojos. Con una mirada delirante pareció hablarme en tono amenazante. «Te vigilo», me dijeron sus diminutos ojos. Mi cerebro ordenó que hubiera paz, pero mi mano derecha, que siempre había sido un poco díscola, comenzó a flexionar todos los dedos, pegándolos a la palma mientras le mostraba los nudillos al parásito de Arturo Cuadrado. Y entonces, como si acabara de recibir una severa descarga eléctrica, levanté el puño al aire y extendí el dedo corazón.

Sonreí, aliviada al haber expresado mis emociones. Tal vez no había sido el mejor modo de hacerlo, pero aquel gesto obscuro y soez me sumió, momentáneamente, en un plácido estado de satisfacción. Comencé a caminar, sorteando a los empleados que todavía no habían tomado asiento y aplaudían entusiasmados mientras coreaban el nombre de Isaías. En tanto el presidente subió al estrado, el público le dedicó una sonora ovación, acompañada de enloquecidos silbidos. Unos estridentes pitidos que llegaron con fuerza hasta mis oídos, viajando a través del conducto auditivo y transformándose en un vibrante impulso eléctrico que mi cerebro recibió con apatía.

Isaías comenzó su discurso agradeciendo la presencia del público. Me recosté en mi butaca, situada en primera fila, y aproveché el momento para despejar la cabeza. Los minutos trascurrieron a una velocidad anormalmente lenta debido a la tediosa perorata del ponente megalómano, quien con el puño cerrado apelaba al compromiso de los trabajadores del banco.

Cuando Isaías anunció mi turno, me encontraba en medio de una placentera cabeza, de modo que el hombre situado a mi derecha tuvo que esmerarse para poder despertarme. Subí al estrado reprimiendo un bostezo y

preguntándome, por enésima vez en lo que iba de día, qué demonios hacía yo en aquel lugar.

Inspiré con confianza y me acerqué al atril de madera, dejando mi bolso en un cajón que quedaba a media altura. Ajusté el micrófono y extendí los papeles sobre el mueble, echando un último vistazo al patio de butacas antes de comenzar con aquella comedia.

De pronto, un repentino aluvión de camareros invadió la sala. Portaban elegantes bandejas de plata con copas de champán. Moviéndose con suma precisión, ocuparon el pasillo central y comenzaron a servir la bebida a los empleados sentados en tal extremo, quienes iban pasando las copas a sus compañeros hasta que todos tuvieron una en sus manos.

Coloqué mi móvil sobre el tablero, pues no quería sobrepasar el tiempo que me había sido asignado. Al mirar la pantalla comprobé que mi discurso comenzaba con media hora de retraso, lo cual no me importunó lo más mínimo. Sonreí al ver a Patrick entre el público. Cruzaba la mano derecha sobre su brazo izquierdo y tenía el semblante serio. Con un leve asentimiento de cabeza me hizo saber que el asunto del doctor Cabeza de Vaca había sido solventado.

Bajé la vista y comencé a leer. O, al menos, eso intenté.

«Pero, ¿qué diablos es esto?», me dije espantada. La receta médica de un doctor con un avanzado estado de rigidez muscular hubiera sido más fácil de descifrar. Agaché la cabeza, pensando que tal vez acortando la distancia lograra averiguar el significado de aquel enigmático pictograma.

—Queridos compañeros... —comencé a decir, tras unos segundos de escrutinio, con la cabeza prácticamente pegada en los papeles—. Quisiera darles la bienvenida a este...

Comencé a frotarme los ojos, arrugando la frente sin poder adivinar qué demonios ponía en aquel papel.

—A este... *¿erecto?* —me pregunté en voz alta con un gesto de extrañeza—. Esa no es la palabra —comenté, agachándome de nuevo—. ¡Evento! Sean bienvenidos, pues, a este evento que reúne a *tropecientos embajadores* del banco. Mmm... —Ladeé la cabeza y miré el texto desde otra perspectiva—. A *trescientos* trabajadores del banco.

Media sala me miraba perpleja. La otra media reía a carcajada limpia. Patrick movía la cabeza de un lado a otro mientras resoplaba y dejaba que su mirada se perdiera en un punto no definido del espacio, como si no quisiera ser testigo del deplorable espectáculo que estaba ofreciendo. Por suerte para

mí, Isaías no parecía haberse dado cuenta del contratiempo. Casi podía escuchar sus ronquidos desde el estrado.

—Agradezco su presencia —dije tras un leve carraspeo, de nuevo pegada en los papeles—, y les invito a *rebozarse* al máximo durante este mes en el que se les... —Torcí el papel, mirándolo desde todos los ángulos posibles, pero no había manera de comprender el significado de aquellas inscripciones intraducibles, de modo que salté a la siguiente página—. Al final del día se les entregará una *moqueta* que incluirá todos los detalles de... ¿Una moqueta? No —me interrumpí, frunciendo el ceño—. Una carpeta. Durante este mes deberán *denunciar* temporalmente a sus familias y amigos.

El bullicio en la sala comenzó a ser tan ensordecedor que incluso Isaías, sentado en primera fila, despertó de su placentera siesta.

—Renunciar —me corregí a toda prisa mientras miraba a Patrick de reojo. Se había sentado en una butaca que quedaba libre en la tercera fila y no parecía especialmente contento con la situación—. Este *alelamiento* de la sociedad les transformará en un equipo *sanador* y reforzará la *felación* entre compañeros.

Y de pronto la agitación cesó. Lo cierto es que no había prestado mucha atención a cuanto decían mis labios, suficiente tenía con descifrar aquel endemoniado código en clave. Una mujer de traje rojo, situada en el lateral de la sala, me miraba con cara de espanto. Debía ser la encargada de organizar el evento, pensé, compadeciéndome de ella.

Mi móvil comenzó a vibrar en aquel instante. Cualquiera en su sano juicio habría obviado la llamada. Cualquiera menos yo.

—¿Dígame? —contesté con naturalidad.

Patrick me miraba atónito. Sacudió la cabeza y, con la mano pegada al pecho, empezó a mover el dedo índice y el corazón, como si imitara el corte de una tijera.

—Hola, mi amor, ¿cómo estás?

Escuchar la voz de James al otro lado del teléfono me colmó de alegría.

—Muy bien —respondí, extrañada por los espasmos que parecían estar sufriendo los párpados de Isaías.

—Te echo de menos.

A punto estuve de romper a llorar al escuchar aquellas palabras.

—Yo a ti también —confesé con las hormonas revolucionadas.

Arturo se puso de pie. Se pasó el dedo índice a lo largo del cuello como si pretendiera degollarse y me mostró los dientes en lo que parecía ser un claro

gesto de amenaza. Se volvió a su derecha y, con un extraño movimiento de manos, pareció pedirle a la mujer del traje rojo que desactivaran el micrófono del atril.

—Esta noche tú y yo nos iremos a cenar a un restaurante. Los dos solos. —dijo James. Le escuché sonreír a través del teléfono—. Por cierto, ¿cómo ha ido el discurso?

«¡Maldita sea!», exclamé para mis adentros mientras regresaba del planeta de los sueños.

—De hecho... —comencé a decir, mientras Arturo se encaminaba hacia el escenario—. Estaba pronunciándolo ahora mismo.

James guardó silencio durante un par de segundos.

—Dime que es una broma, Sofía.

—Creo que será mejor si cuelgo el teléfono —zanjé, dando por finalizada la conversación.

Alguien me rozó el hombro.

—Haga el favor de comportarse —exclamó Arturo en voz baja, cubriendo la rejilla del micrófono con su mano.

Me volví hacia él, molesta por su interrupción.

—Lo intento —protesté—, pero no entiendo la letra de su jefe.

Arturo comenzó a sudar, sobrepasado por la situación.

—Nuestro jefe —me corrigió, perdiendo los estribos—. Continúa con el discurso.

Resoplé y me giré de nuevo hacia el público mientras él daba un paso hacia atrás, permaneciendo a mi espalda.

—Como les venía diciendo —dije, aclarándome la garganta con un sonoro carraspeo—, esta es una gran oportunidad para todos ustedes —improvisé mientras ordenaba las hojas—. Nuestro *fantasioso residente...* fantástico presidente les han *escocido* a ustedes para un proyecto que les *inculpará...* les inculcará los valores que todo buen banquero debe tener. Deben estar muy orgullosos de formar parte de este proyecto para el que han sido seleccionados tras un... ¿ardiente? ¿Ardor? ¡Arduo! Tras un arduo proceso de selección.

Isaías se revolvió en su asiento, asesinándome en sus pensamientos.

—La *erección* del señor Ferrer... —proseguí, al borde del colapso.

Las miradas de terror me hicieron percatarme de mi nuevo error de interpretación.

—La elección del señor Ferrer responde a criterios puramente objetivos.

Forman ustedes parte de un proyecto muy *impotente*... —Aquella frase no me sonó especialmente bien, de modo que corregí—. Un proyecto muy importante que nos conducirá a un gran éxito.

Arturo se abalanzó sobre mí, incapaz de contenerse, y con un gruñido tan inteligible como la escritura de Isaías, me pidió que me apartara del atril. Acaté sin la menor oposición.

—Señoras y señores —comenzó a decir, tomando la batuta—, les ruego disculpen a mi compañera. Yo proseguiré con su discurso.

Permanecí a su derecha, sin quitarle el ojo de encima y esbozando una pequeña y maliciosa sonrisa. Arturo bajó la vista y comenzó a leer. Medio segundo después, su expresión ojiplática reveló el terror que debió sentir al tratar de descifrar aquellos jeroglíficos cretenses. No pude evitar que se me escapara una pequeña risa de satisfacción, lo que acabó por enervarle aún más, haciendo que su orgullo herido le empujara al mismísimo abismo del ridículo.

—En la *caza*... —Tosió fruto del estrés. Se limpió el sudor de la frente y me miró de soslayo, pidiéndome una ayuda que yo no pretendía darle—. En la *cata*... ¿*cama*?, ¿*cala*?, ¿*caña*? —Arturo comenzó a desvariar—. ¿*Caja*? ¡Mierda! —gritó, totalmente fuera de sí.

Me acerqué a su oído y le susurré:

—Tal vez sea *casa* la palabra que busca. En la Casa del Sol.

—En la Casa del Sol —continuó, sin agradecer mi asistencia—, ustedes aprenderán a luchar por los intereses del Banco Estrella, que en definitiva son los suyos propios —añadió, tomando carrerilla—. Hoy contamos con la presencia de los *barqueros*... de los banqueros más ¿*notarios*? —gimoteó—. Más notorios de este país. El más importante de ellos, qué duda cabe, nuestro magnífico presidente, don Isaías Ferrer, a quien todos *mamamos*...

—Amamos —le chivé al oído.

—A quien todos amamos y admiramos —se apresuró a decir—. Damos las gracias por su presencia al presidente de Blankium, el señor...

Arturo apoyó los brazos sobre el atril, mareado. Me acerqué y le sujeté para que no se precipitara sobre el suelo. Le pregunté si quería que continuara yo con el discurso, pero no oyó mis palabras.

—El señor... —prosiguió, desvariando—. El señor *Gonorrea*.

—¡Por Dios! —exclamé—. El señor Gabikagogeaskoa.

Se pasó la mano por la frente, angustiado.

—El señor Gabi... Gabika... *Gaseosa* —soltó—. También está entre el

público el presidente del Banco Cantabria, don Emiliano Zapatero. Y por último, y no por ello menos importante —dijo, habiendo ganado un poco de confianza—, el presidente del Banco Bilbaíno, don Francisco Rodrigo.

Giró la cabeza y me miró con desdén. En sus ojos pude leer: «¿Ves, Sofía? Así es como se hacen las cosas».

—El Banco Estrella —prosiguió con su porfiada sonrisa—, será pionero en este proyecto para el que hemos trazado una *hija*... una hoja de *rata*... *rota*... ¿*rita*? —Carraspeó con histerismo y prosiguió, gimoteando—. Hemos trazado una *hija de*...

Le detuve antes de que pudiera completar la palabrota que estaba a punto de soltar. El público entero nos observaba perplejo, como si estuviera presenciando una obra de teatro censurada. Isaías se llevó la mano al lado izquierdo del pecho. Por un momento, temí que su corazón le estuviera pidiendo auxilio.

Aparté a Arturo del atril y decidí poner fin a aquel absurdo espectáculo. Erguí la cabeza, alisé la falda de mi vestido y, tras desdoblar los folios de mi discurso, comencé a hablar con decisión. Los atónitos rostros de los asistentes parecieron mudar de ánimo tras unas primeras palabras con las que, muy a mi pesar, alababa los grandes logros del banco, animándoles a esforzarse al máximo durante los siguientes treinta días.

Arturo continuaba a mi lado, hipando y balanceándose de un lado a otro, pero ello no me distrajo en absoluto. Sí lo hizo el observar a Patrick atendiendo una llamada de teléfono. Le examiné con ojo crítico, tratando de adivinar con quién demonios podría estar hablando. Y de pronto, se levantó y se marchó. Tras unos segundos de titubeo, me centré de nuevo en los papeles que sostenía en mis manos. Continué soltando una mentira tras otra hasta que finalmente di paso al siguiente ponente: Anthony Blake.

Bajé del escenario a toda prisa, intrigada por la repentina desaparición de Patrick. Salí de la sala guiada por una mezcla de desconcierto y curiosidad. «¿Dónde diablos se habrá metido?», mascullé entre dientes mientras echaba a andar sin rumbo fijo. Me crucé con un grupo de enfermeros a quienes les pregunté por Patrick. Nadie parecía conocer a nadie con ese nombre, pero en tanto les di su descripción, los tres señalaron en dirección a una pequeña estancia que estaba al final del pasillo.

La puerta de la habitación estaba cerrada. Me acerqué con sigilo y apoyé la mano sobre el picaporte de bronce, acercando la oreja al entrepaño. Afiné mi oído hasta que distinguí dos voces al otro lado de la puerta. Curiosamente,

ambas me resultaron familiares. Una de ellas era la de Patrick. Conversaba con otro tipo a quien parecía dirigirse con un tono amenazante. Cerré los ojos y, tras un enorme esfuerzo de concentración, por fin pude adivinar a quien pertenecía la otra voz. Al hombre del tatuaje.

Capítulo 17

Un rescate in extremis con sorpresa incluida

El regreso en coche se asemejó a un funeral. Uno de esos a los que asistes sin haber conocido realmente al difunto. Los dos estábamos tensos, pero por motivos muy distintos. La desconfianza, y quizá también el miedo, hicieron que inicialmente no me atreviera a preguntarle a Patrick por su conversación con el misterioso hombre amante de los dragones. Sin embargo, a medida que los minutos pasaron, su silencio me incomodó hasta tal punto que fui incapaz de contenerme ni un segundo más.

—¿Quién era el tipo con el que estabas hablando mientras yo daba mi discurso? —pregunté, acomodándome en mi asiento.

Volvió la vista hacia mí.

—El Rey —respondió con un gruñido hosco.

—¿Y cuándo pensabas contarme que el hombre del tatuaje en el cuello era el Rey? —protesté sin pensar.

—¿Cómo sabes que tiene un tatuaje? —preguntó, inquisidor.

—No te ofendas, Patrick, pero no te debo ninguna explicación. —Aquello no pretendía ser un reproche, pero lo cierto es que sonó como tal. Permaneció impasible, así que añadí—: Tú nunca has sido sincero conmigo. Ni con nadie.

—Tienes razón —contestó, como si fuera inmune a mis provocaciones—. No me debes ninguna explicación. Ya no.

—¿Cómo que ya no? —repetí, habiendo picado el anzuelo—. ¿A qué te refieres?

—Nos han descubierto, Sofía —contestó con una voz sorprendentemente calmada, como si el devenir del mundo le fuera indiferente.

Comencé a sentir una corriente eléctrica recorriendo todo mi cuerpo hasta finalizar en mis extremidades, donde se detuvo durante unos instantes provocándome un incómodo hormigueo. Supe enseguida lo que estaba a punto de suceder. Aquello no era más que el prelude de un ataque de nervios. Algo que, por supuesto, no me podía permitir. A diferencia de mí, Patrick no parecía alterado. Más bien todo lo contrario.

—¿Crees...? —Inspiré profundamente, concentrándome en mi respiración—. ¿Crees que ha sido Juan quien nos ha delatado?

—No —respondió, tajante, sin apartar la mirada de la carretera.

—Entonces, ¿qué ha sucedido?

—He sido un estúpido, eso es lo que ha sucedido —contestó, negando con la cabeza al tiempo que exhalaba toda su frustración.

—No te sigo, Patrick.

—El correo electrónico que le enviaron a Juan —comentó.

—¿Qué pasa con él? —pregunté, cada vez más confusa—. ¿Te han descubierto porque yo abrí aquel email?

Se volvió hacia mí.

—No —contestó, girándose de nuevo—. Ordené rastrear la ubicación del remitente.

—No sabía que algo así pudiera hacerse.

—Te sorprendería saber lo que es capaz de averiguar un buen hacker. Aunque lo cierto es que no creí que fuera posible localizar al emisor.

—¿Por qué no? —quise saber.

—Es el Rey —respondió, escueto.

—Tiene sentido —comenté con la mirada perdida—. Supongo que contará con los mejores informáticos. No sería propio de él cometer la imprudencia de enviar un correo localizable.

—Eso mismo supuse yo, pero unas horas después de haber reenviado el correo que recibió Juan, un compañero de la agencia me llamó con la ubicación exacta del remitente. Me dio mala espina desde el primer momento y aun así acudí a la dirección que me facilitó. ¡Maldita sea! —exclamó golpeando el volante del coche.

—¿Cuál era la dirección? —pregunté.

—Ni siquiera la recuerdo —contestó, conteniendo las ganas de mandarlo todo a paseo—. Era una nave abandonada ubicada a las afueras de la ciudad. Eché un vistazo, pero no encontré ninguna pista, así que me fui enseguida. —Sus manos apretaron el volante—. Al parecer, una cámara me gravó entrando en la nave. Una cámara de la que, por supuesto, ni siquiera me percaté —se reprochó.

Tal vez debiera haberle consolado con palabras de ánimo, pero la cruda realidad me obligó a ir al grano.

—¿Qué te dijo el Rey?

—Amenazó con matar a Juan si no me marchó del país y olvidó el asunto del Proyecto Imperium.

—¿Y por qué no te mató ahí mismo? —pregunté con una frialdad impropia en mí.

—No le hubiera servido de nada —aclaró, extrañado por mi pregunta—.

Sabe que no estoy solo en esto.

—Pero no tiene ni la menor idea de quién está colaborando contigo, ¿me equivoco? —comenté con una repentina exaltación.

Giró la cabeza y durante un breve instante nuestras miradas se fundieron en un encuentro cargado de reproches.

—Ni se te ocurra —me advirtió—. No volverás al banco.

Reprimí el deseo de soltarle una grosería mordiéndome la punta de la lengua.

—¿Y cuál es el plan? —pregunté con una mueca de escepticismo.

—No lo sé, Sofía —respondió, alterado—. Necesito pensar en lo que ha ocurrido. Cuando lo haga tomaré una decisión.

No tuve más que echarle un fugaz vistazo para saber que no estaba siendo sincero. Al menos no del todo.

—Tú ya sabías quién era el Rey, ¿verdad?

—No puedo hablar de eso —contestó, invariable, como si no hubiera señal de vida en la región emocional de su cerebro.

—Vamos, Patrick, me he dejado la piel en esta misión. Al menos, me debes una explicación.

—En tanto logremos liberar a Juan, te prometo que tendrás todas las explicaciones que quieras.

Aquello no era más que papel mojado, pensé.

—Eso no me sirve de nada. Quiero saber la verdad ahora.

—He dicho que no —gruñó.

—Verás cuando se lo cuente a James —le chantajeé, sin saber que cuán errático había sido mi tiro.

—Él está al corriente de todo.

Permanecí en silencio, sumida en un mar de dudas y desamparo. «James sabía quién era el Rey», me repetí una y otra vez.

—No saques conclusiones precipitadas —me pidió Patrick, advirtiéndome mi mal humor.

—Para el coche —le ordené con voz firme.

—No puedo parar —respondió con calma mientras disimuladamente pulsaba el botón de cierre centralizado—. Estamos en medio de la autopista.

Refunfuñé en silencio, sabiendo que llevaba razón. Reuní una pequeña dosis de paciencia y guardé silencio.

Diez minutos después descendíamos por la calle Angli.

—¿Puedo bajar ya? —pregunté cuando detuvo el coche en un semáforo.

—No —respondió, hosco.

—¡Maldita sea, Patrick! —chillé con todas mis fuerzas, cruzándome de brazos y apretando los puños mientras sentía el calor de la rabia acomodándose en mis mejillas.

Alguien golpeó de pronto la ventanilla del copiloto.

—No me la juegues —me ordenó Patrick, en voz baja y casi sin mover los labios, al ver al agente de policía que nos examinaba con ojo crítico.

Patrick bajó la ventanilla y durante un instante los dos contuvimos el aliento.

—¿Todo en orden? —me preguntó el *mosso d'esquadra*, subiéndose los pantalones con un gesto poco elegante.

—Sí, señor agente —respondí con una sonrisa, viendo en aquel hombre mi oportunidad para huir—. Me estaba despidiendo de mi marido. Yo me bajo aquí. He de hacer unas compras —añadí, guiñándole el ojo.

—Sofía... —refunfuñó Patrick en voz baja—. Quédate donde estás o te juro por Dios que lo lamentarás.

El semáforo se puso en verde y el conductor de detrás, quien indudablemente padecía algún trastorno grave del comportamiento, proyectó todos sus traumas infantiles a través del claxon de su coche.

—Haga el favor de salir del vehículo antes de que ese energúmeno nos deje sordos a todos —me pidió el agente, mirando hacia su izquierda como si una parte de él quisiera liarse a puñetazos con el enfurecido conductor.

Me volví hacia Patrick y con una sonrisa maliciosa le dije:

—Cariño, la puerta está bloqueada.

Respondió en silencio, lanzándome una mirada de desprecio que esquivé con agilidad.

—Oiga, señor —insistió el policía—. Deje salir a su mujer de una vez si no quiere que esto acabe como el rosario de la aurora.

Salí del coche con una absurda sonrisa de complacencia. Comencé a caminar pensando en la situación. Desde luego, la suerte no estaba de mi lado, concluí mientras descendía por la calle Capitán Arenas. Tal vez habían descubierto a Patrick, pero ¿y si todavía no sospecharan de mí? ¿Acaso no debía aprovechar la situación?

Sin apenas darme cuenta llegué a la Avenida Diagonal. Entré en la torre del banco y me dirigí a mi despacho con grandes y atropelladas zancadas,

donde cavilé largo y tendido sobre la peculiar situación en la que estaba inmersa.

Hay gente que tiene buen olfato para los negocios. Otros, en cambio, gozan de una vena artística claramente desarrollada. También están aquellos a los que el Todopoderoso —o quienquiera que sea— les concede el don de la inteligencia. Afortunados son, pues todos ellos poseen habilidades ampliamente reconocidas y admiradas. Mi caso es muy distinto. Mi pericia es la percepción extrasensorial, una intuición tan enigmática como imprecisa que, aún a día de hoy, todavía no he logrado comprender. Mi sexto sentido y yo hablamos idiomas distintos y precisamente por ello no soy capaz de entender las señales que percibo. Aquel día no fue distinto.

Salí de mi despacho guiada por un pensamiento intuitivo que encaminó mis pasos hacia la zona presidencial. Isaías estaba comiendo con los presidentes de los grandes bancos nacionales, me comunicó su secretaria. Lo cierto es que aquello no me importó, pues de algún modo sabía que no era a él a quién quería ver.

—¿Quería algo más? —me preguntó la mujer, bajándose las gafas y mirándome por encima de ellas con un claro gesto de desconfianza.

«La verdad es que no lo sé. ¿Quiero algo más?», le pregunté a mi sexto sentido mientras involuntariamente dirigía la mirada hacia las manos de aquella mujer. Las apoyaba sobre una agenda de piel que de pronto se me antojó relevante. Mis ojos se posaron sobre ella hasta que finalmente recabé todo cuanto precisaba. Isaías tenía una cita esa misma tarde con un tal Saúl. En aquel momento, no tenía la menor idea de cómo podía serme útil tal información, pero sí percibía su trascendencia.

Mi teléfono móvil comenzó a vibrar en aquel instante. Contesté a la llamada mientras me despedía de la secretaria de Isaías.

—¿Dónde estás?

—Dando una vuelta —contesté, evasiva.

—No me mientas, Sofía —me exigió James.

—No lo hago —respondí, maquillando la verdad.

—Patrick me ha explicado lo que has hecho, ¿cómo se te ocurre?

—Estoy harta de que me mantengáis al margen, ¿me oyes? —exclamé en voz baja, cubriéndome la boca con mi mano.

Calló y pensó en el mejor modo de lidiar con mi arrebato.

—Lo sé, mi amor —dijo, sorteando mi provocación—. Tienes toda la razón. Regresa y hablaremos de ello.

—¿Y qué pasa con Juan?

—Estamos trabajando en ello.

—¿Os vais a rendir?

—En absoluto —contestó, armándose de paciencia.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? —persistí en mi empeño por sonsacarle información.

—Escucha, Sofía, será mejor si no hablamos de esto por teléfono. Vuelve a casa y te pondremos al corriente —mintió sin ningún pudor, desconociendo el enorme error que cometía al no hablarme de sus planes.

—Está bien, lo haré. Tienes mi palabra. —Le escuché sonreír aliviado—. Pero antes deberás hacer algo por mí.

—Lo que tú quieras —se envalentonó, ignorando por dónde iban los tiros.

—¿Quién es el Rey? —pregunté con el corazón acelerado.

—Vuelve y te lo diré.

Negué meneando la cabeza de lado a lado.

—Vamos, James, no te estoy pidiendo nada de lo que no merezca estar al corriente —protesté—. Solo quiero saber su nombre.

Exhaló un suspiro de resignación.

—Saúl.

Me encaminé hacia el centro comercial que quedaba a poco más de cien metros de las torres. La agitación de mi cerebro me impidió pensar con claridad, de modo que dejé que la intuición fuera la que decidiera lo que debía hacer. Una hora después salí de los grandes almacenes cargada con varias bolsas cuyo contenido no podría haber justificado ni aunque hubiera querido.

De vuelta a la oficina coincidí con Jordi Conejo.

—¿Dónde va tan cargada? —me preguntó repasándome de arriba abajo.

—Es el cumpleaños de mi marido —improvisé, sin dar demasiados detalles.

—¿Y le ha comprado ropa militar? —insistió, inclinando la cabeza mientras hacía lo imposible por averiguar todo lo que había en las bolsas.

—Es ropa de camuflaje. A Philippe le gusta cazar —inventé, harta de aquel maldito fisgón.

Un hombre que caminaba hacia nosotros extendió sus brazos en cruz al tiempo que abría la boca enérgicamente. El sol me impidió distinguir su

silueta con claridad, pero supuse, erróneamente, que aquel energúmeno sería un conocido de Jordi. Así lo creí hasta que mi acompañante me preguntó:

—¿Conoce usted a aquel tipo?

Me encogí de hombros y negué con la cabeza mientras empleaba mi mano a modo de visera. Fue entonces cuando lo vi.

—¡Sofía! —gritó el hombre que avanzaba raudo hacia nosotros.

Yo no era una persona especialmente popular. Nunca lo he sido. Debía haber unas treinta personas a quien conociera en todo Barcelona, entre amigos y excompañeros de trabajo. Pues bien, el destino caprichoso quiso ponerme delante a una de ellas.

—¡Roos! —exclamé, medio aturdida y sin saber muy bien cómo salir del atolladero—. ¿Qué haces aquí?

La alimaña que caminaba a mi lado se paró en seco en tanto mi ex colega del bufete, en el que había trabajado durante años, se abalanzó sobre mí con intención de saludarme.

—Te he echado mucho de menos —le escuché decir a Roos mientras mi cabeza permanecía aprisionada entre su pecho y sus brazos—. Pero, más vale *nunca que tarde*.

—Más vale tarde que nunca —le corregí. Volví la vista hacia Jordi, quien nos contemplaba con los ojos entreabiertos—. Puede usted volver al despacho, enseguida le alcanzo.

En lugar de eso, permaneció en el mismo lugar en el que se había detenido, inmóvil como una estatua, hasta que sus labios comenzaron a moverse.

—No se preocupe, le espero. Y dígame, ¿quién es su amigo?

—Mi nombre es Roos —contestó mi excompañero.

Se saludaron con un efusivo apretón de manos mientras yo trataba de reanudar la marcha.

—Tendrás que disculparnos, Roos —le dije, guiñándole un ojo enérgicamente al tiempo que carraspeaba—, debemos regresar a la oficina.

—¿Trabajas por este *detrito*? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—¿Detrito? —repitió Jordi.

—Creo que la palabra que quería decir es *distrito* —le dije, volviendo la vista hacia él—. En cualquier caso, nosotros...

—Yo ya no ser abogado —me interrumpió Roos con su inconfundible acento holandés—. Ahora yo realizador en Televisión Española —añadió, asestándose un impetuoso golpe en el pecho—. Estos últimos días mucho

atroje por lo de la Cumbre Europea, ya sabes.

«¿Y a mí que narices me importa?», quise decirle, desconociendo todavía la relevancia de aquella información. Debía poner fin a aquel encuentro, pensé. Me acerqué a Roos y, sin mediar palabra, le abracé efusivamente a modo de despedida. «Te llamaré por teléfono y quedaremos para tomar un café. Ahora debo irme», le susurré al oído.

Eché a caminar sin darle tiempo a que pudiera contestarme. Jordi avanzó a mi lado, extrañado por aquel singular encuentro. Entramos en las torres sin pronunciar una sola palabra. Estando en el ascensor se arrimó a mí, escudándose en el tumulto de empleados que luchaba por encontrar su hueco. Y de nuevo, ladeó la cabeza, inspeccionando el interior de mis bolsas.

—Sé que es usted muy amiga de Patrick —dijo en voz baja en tanto salimos del ascensor.

—No se crea... —comenté con un gesto de indiferencia.

—Yo sí lo era —confesó con la mirada clavada en el suelo—. No debería decirle esto, pero me temo que no es un buen hombre.

—¿Ah, no? —respondí con desgana—. ¿Y qué ha hecho?

—No estoy seguro —susurró como si estuviera a punto de contarme el final de un gran libro—, pero debe haber sido algo muy grave.

—Qué pena, no parecía mal tipo —contesté con una fingida cortesía. El tiempo apremiaba, así que decidía dar la conversación por zanjada—. En fin, Jordi, ha sido un placer haber hablado con usted. Si necesita algo, no dude en llamarme.

Tras decir aquello me marché, dejándole con la palabra en la boca. En tanto entré en mi despacho, suspiré aliviada y eché un vistazo por la ventana.

—¿Dónde estaba? —escuché a mi espalda.

El alarido que solté debió escucharse en toda la planta. Dejé caer las bolsas al suelo y permanecí inmóvil mientras me debatía entre girarme y averiguar la identidad del asaltante o bien fingir una muerte repentina. Opté por la primera opción.

—¡Me ha asustado! —me quejé al ver a Isaías sentado sobre el sofá.

—Tenemos un problema con Patrick —comentó, ignorando mi comentario.

—Lo sé, es un traidor.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, llevándose una mano a la boca—. ¿Quién se lo ha dicho?

—Lo adiviné —me marqué el farol, disfrutando de mi inmerecido minuto

de gloria.

—Es usted una mujer verdaderamente inteligente —admitió, sofocando el dolor que ello le provocaba—. Verá, Sofía, me veo en la obligación de pedirle que no vuelva a hablar con Patrick.

—Me parece bien —respondí con cierta apatía—. ¿Qué harán con él?

—Está en manos de los ejecutores de la orden.

Pensé en la importancia de aquella conversación. No sospechaban de mí. Todavía.

—¿Tiene usted una tarjeta de otro banco? —preguntó de pronto, incorporándose con las manos en las caderas. Volví la vista hacia el lugar donde Isaías proyectaba su mirada—. Espero que tenga una explicación para esto —insistió, sin apartar sus inquisidores ojos de mi recién adquirida *arma letal*.

Aquella supuesta tarjeta de crédito no era otra cosa que una útil herramienta de bolsillo en la que se ocultaban objetos tan variopintos como una hoja abrecartas, un destornillador, un alfiler, un palillo de los dientes o incluso unas tijeras. Milagros de la imaginación y de la ingeniería, pensé en tanto adquirí aquel ingenioso producto cuya apariencia se asemejaba a una tarjeta bancaria. Claro que esa tarjeta no contaba con banda magnética, ni con microchip y tampoco tenía ningún número en relieve.

—Es de mi marido —contesté, recogéndola con una simulada sonrisa.

—¿Acaso está usted diciéndome que su marido tiene una tarjeta de otro banco? —preguntó, ojiplático.

—Es una tarjeta prepago para el móvil —respondí, tratando de concluir aquel absurdo diálogo.

Se sentó de nuevo en el sofá, desabrochándose el botón de la americana y cruzando una pierna sobre la otra. Reclinó el cuerpo sobre el respaldo, inclinándose ligeramente sobre el reposabrazos como si pretendiera establecer ahí su domicilio permanente.

—Debería meter el solomillo en la nevera —comentó ladeando la cabeza y mirando el interior de una de las bolsas de plástico—. ¿También es para su marido? —preguntó con retintín.

—Es para mí —respondí, hosca, metiendo todas las bolsas en el armario—. Trabajar en el banco me da mucho apetito.

—Es un trabajo muy duro —dijo, creyendo tamaña estupidez. Se puso de pie y se abrochó el botón de la americana con aire de superioridad, sintiéndose como el dios máximo del Olimpo. Echó un vistazo a su reloj y

añadió—: Y ahora, si me disculpa, he de marcharme. Tengo una cita muy importante.

«Lo sé», respondí en silencio, esbozando una sonrisa maliciosa.

Esperé en un taxi a que Isaías saliera del garaje en su coche oficial.

—Siga a ese coche —le pedí al taxista, alcanzándole un billete de cien euros.

—Como ordene —respondió el hombre, pasándose la mano por su enorme mata de pelo teñido de rubio platino. Sonreía como si acabara de tocarle el premio gordo de la lotería, no tanto por el dinero sino por la emoción de aquella singular carrera.

Eché un vistazo al interior del taxi, asombrada por su extraña decoración. Sonaba una rítmica y alegre melodía cubana, que encajaba a la perfección con el variopinto decorado del vehículo, cuyos asientos estaban tapizados en una llamativa piel sintética que pretendía imitar a la de un leopardo.

—¿Quiere un refresco? —preguntó el taxista sin apartar la vista de su objetivo—. Invita la casa.

—Estoy bien, gracias —respondí, observando el portaobjetos colocado en el respaldo de su asiento, repleto de bártulos tan dispares como un botellín de bebida energética, un paquete de pañuelos con estampados étnicos, un par de casetes de una banda española de rock andaluz y una enorme colección de revistas.

—Coja una revista—comentó, mirándome por el espejo retrovisor. Advirtió mi tremendo desconcierto, de modo que añadió—: Soy un gran admirador del *Mambo-Taxi*.

—¿Cómo dice? —pregunté mientras valoraba la posibilidad de salir del coche en el siguiente semáforo.

—La película de Almodóvar, ya sabe —dijo, guiñándome un ojo.

Lo cierto es que los nervios del momento me impidieron adivinar de qué demonios estaba hablando, pero en vista de su más que evidente simpatía decidí asentir con una amable sonrisa.

—Menudo es su novio —comentó señalando al coche de delante con la barbilla—. No vea como aprieta el pedal.

—No es mi novio. Es... —Me quedé en blanco. Mi imaginación no era capaz de idear una sola mentira más. «De perdidos al río», pensé—. Es el presidente del Banco Estrella.

—¡Recórcholis! —exclamó emocionado—. Esto se pone cada vez más interesante. ¡Atrapemos a ese tirano! —prosiguió, pisando a fondo el pedal del acelerador.

—¿Le conoce? —pregunté extrañada.

—¿Y quién no? —respondió con una sonrisa irónica.

Miré a través de la ventana y desenfocué la vista, tratando de encontrar un instante de calma. Comencé a pensar en los cientos de empleados del banco que tirarían su vida, su dignidad y su decencia por el retrete si no lo impedíamos antes. Por no hablar del enorme daño económico que provocarían en miles de clientes que caerían, de nuevo, en las fauces de la estafa financiera. Mi mente dejó pasar aquel pensamiento. No era momento para preocuparme por ello, me dije. El proyecto Imperium había quedado relegado a un segundo plano. En aquel instante lo único que me importaba era liberar a Juan. No tenía ninguna garantía de que fuera a estar allá donde me dirigía, pero la intuición me obligaba a seguir adelante con mi plan.

—No sabía que el señor Ferrer tuviera una casa por esta zona —comentó el taxista con una alegre e inocente sonrisa.

—En realidad viene a visitar a alguien —respondí—. Por cierto, ¿dónde estamos? —pregunté, habiendo permanecido la última media hora en estado vegetativo.

—En Vilanova i la Geltrú. Creo que nos acercamos a nuestro destino —comentó en voz baja.

Comencé a desvestirme ante la desconcertada mirada del taxista, quien no daba crédito a lo que veían sus ojos a través del espejo retrovisor. Por primera vez en toda mi vida me traje sin cuidado el que un hombre me viera desnuda. Me enfundé mi mono de camuflaje, embriagándome del aditivo aroma del peligro. Subí la cremallera delantera y ajusté los cierres del cuello, muñecas y tobilleras. Me calcé unas deportivas de color caqui y guardé mi falsa tarjeta de crédito en uno de los bolsillos delanteros.

—¡Caramba! —exclamó el taxista, mirando por el espejo retrovisor—. Eso era una *Swiss Card*, ¿verdad? —Asentí, sorprendida—. ¿Cuántas herramientas tiene?

—Creo que trece —dije mientras acababa de preparar todo cuanto necesitaba para la misión.

—Increíble —comentó emocionado. Aminoró la marcha—. Creo que ya hemos llegado. Debe ser alguien muy importante la persona a quien ha venido a ver. No vive cualquiera en un lugar como este.

—¿Dónde estamos?

—En la playa del Faro de Sant Cristòfol.

Agaché un poco la cabeza y, con todo el disimulo que pude, miré a través de la ventanilla. El coche en el que viajaba Isaías atravesó una puerta de hierro forjado de más de tres metros de altura que daba paso a la villa del Rey.

—Si no esperan su visita —comentó el taxista, tanteándome—, me temo que le será muy difícil entrar en la propiedad.

—Eso está por ver —contesté, parca en palabras, mientras apagaba mi teléfono móvil.

—El sistema de vigilancia parece bastante complicado de sortear —insistió, señalando a las cámaras que flanqueaban la enorme puerta de hierro que daba paso a la villa—. Por no hablar de los perros que custodian el terreno.

—No se preocupe, mi sexto sentido ya había pensado en ello —dije al tiempo que extraía la bandeja de solomillos y hundía unos somníferos en la carne.

—¡Santo cielo! —gritó—. ¿Va a matar a los animalillos?

Le miré ofendida.

—Por supuesto que no —respondí—. Son sedantes caninos.

—¿Quiere que espere aquí hasta que usted salga de la casa? —preguntó, cada vez más asustado.

—No será necesario —dije, como si de algún modo predijera el singular desenlace—. Muchas gracias por todo.

Vestida de camuflaje y portando un par de solomillos rellenos de calmantes, salí del coche apresurada. Me colé en el jardín antes de que la puerta de la verja exterior, que en aquel instante completaba su cierre casi a cámara lenta, impidiera mi paso. Miré hacia el cielo agradecida, pues mi plan no incluía el trepar portones con afiladas puntas de lanzas en su parte superior. Una vez dentro me oculté tras unas plantas leñosas de pequeñas y redondeadas flores anaranjadas.

Traté de contener la adrenalina controlando mi agitada respiración mientras observaba la enorme villa a través del denso matorral. Un par de Dobermanns galoparon desbocados tras el vehículo en el que viajaba Isaías. El coche se detuvo frente a la casa, una vivienda colonial de tres plantas de

altura, pintada en tonos pálidos que combinaban a la perfección con el marrón terroso de las tejas de barro. La mansión estaba flanqueada por unas rústicas columnas de cantera tras las que se encontraba una colosal puerta de madera maciza lacada en rojo.

Creí distinguir al Rey saliendo de la casa. Un silbido le bastó para doblegar a los excitados canes que no hacían más que brincar alrededor del vehículo al tiempo que ladraban como si la vida les fuera en ello. Los perros se sentaron sobre sus patas traseras y miraron a su dueño a la espera de recibir la siguiente orden. Isaías descendió del coche, seguido por dos de sus guardaespaldas, que parecían vestir de luto riguroso, y el chofer. Tras unos saludos de rigor, todos entraron en casa.

Nerviosa, miré mi reloj. Eran casi las nueve de la noche. Estaba comenzando a anochecer, pero aún había luz suficiente como para poder ser vista si no me andaba con cuidado. No había dado ni dos pasos cuando escuché a los perros corriendo hacia mí a toda velocidad.

Mis manos temblorosas sujetaron los solomillos como si fueran dos armas de defensa con las que protegía mi cuerpo. Justo en el instante en que aquellas dos fieras se disponían a abalanzarse sobre mí, lancé la carne con la esperanza de poder vivir un minuto más. Y así fue. Dejé de ser un objetivo para los Dobermann en tanto olfatearon el exquisito manjar que sobrevolaba por encima de sus cabezas.

La escena no se desarrolló exactamente como había planeado. La realidad distó mucho de cuanto había visto en las películas y leído en los libros. Los sedantes, cuyo efecto tampoco tenía muy claro que fuera a ser el deseado, salieron disparados durante el vuelo de los solomillos. Aun así, el azar quiso echarme un cable amansando a las fieras con la tentación de la carne. Aproveché el instante de despiste para echar a correr en dirección a la casa.

«¿Cómo demonios piensas entrar, Sofía?», me pregunté a mí misma, disgustada por no haber pensado antes sobre ello. Claro que, teniendo en cuenta el escaso tiempo empleado en idear mi plan, no había mucho que pudiera echarme en cara.

La suerte pareció estar de mi lado, pues enseguida descubrí el modo de colarme en la residencia. En uno de los laterales de la casa había un par de ventanas de guillotina. La hoja corredera inferior de una de ellas estaba entreabierta, de modo que no tuve más que deslizarla hacia arriba y colarme a través del hueco que quedó.

Me aparté de la cara unos visillos rústicos con los que me topé al entrar

en la vivienda y miré a mi alrededor mientras avanzaba hacia la puerta de aquella luminosa estancia, donde el color turquesa parecía acaparar todo el protagonismo. Sin saber muy bien porqué abrí uno de los armarios empotrados. En su interior había un pequeño baúl de mimbre trenzado donde encontré centenares de fotografías. Todas ellas eran de una mujer cuyo rostro me resultó sospechosamente familiar. Una señora de cabellos dorados cuya imagen parecía pertenecer a la mismísima casa real.

La voz de Isaías me distrajo de mi escrutinio. Todos mis músculos se tensaron al advertir la cercanía de sus palabras. Contuve la respiración y abrí los ojos desmesuradamente, como si con ello pudiera agudizar mi ingenio. Por suerte para mí, Isaías y su acompañante, Saúl, pasaron de largo.

Asomé la cabeza a través de la puerta y, tras mirar a ambos lados, salí de la habitación caminando de puntillas. Avancé por un extenso pasillo, atravesé después la cocina y el salón y finalmente accedí a un excelso patio interior de suelo empedrado. La parte central estaba ocupada por una piscina de mosaico y grifería dorada. La rodeé, pisando con cautela sobre las losas de piedra que la bordeaban, y abrí una puerta que daba al otro lado de la laberíntica mansión.

Una escalera desprovista de barandilla llamó mi atención. Descendí los escalones de piedra aguantando el aire en los pulmones. Con sumo cuidado empujé una puerta que me condujo a un pasillo con paredes pintadas en color rojo y suelo de barro, cubierto por esteras marroquíes de diseños romboidales. Caminé con sigilo, sintiendo el peligro acechándome por la espalda.

Escuché una voz ronca que no me resultó familiar e instintivamente me lancé al suelo, donde permanecí a cuatro patas en lo que debía ser una postura de lo más ridícula. La voz se alejó, pero yo continué sobre el suelo. Avancé gateando hasta que una avispada neurona me advirtió de la estupidez de mi absurdo arrastre.

Me incorporé y recorrí unos metros más, atravesando un arco escarzano de ladrillo rojo. Mis ojos se posaron sobre la puerta de acero que quedaba a mi derecha. Giré el pomo con lentitud, rezando un improvisado padrenuestro, pero la puerta no se abrió. Había llegado el momento de emplear mi mágica *tarjeta de crédito*. Extraje todas y cada una de las herramientas que había en su interior sin saber muy bien qué hacer con ellas. Deseché el abrecartas, las tijeras, la lupa y el bolígrafo presurizado mientras pensaba el modo de sacar partido al destornillador, a la regla —en centímetros y en pulgadas— y al

alfiler de acero inoxidable.

Aquello no tenía ningún sentido, pensé descorazonada. «Vuelve a intentar abrir la puerta», me ordenó una voz interior. Obedecí con un gesto de escepticismo y, tras unos interminables segundos, finalmente se obró el milagro. En el interior de la habitación estaba el marqués sentado sobre una silla, maniatado y amordazado.

La euforia que me sobrecogió al ver a Juan, me impidió escuchar las pisadas del peligro. Todavía me resentía del veneno de sus mentiras, pero ¿a quién quería engañar? Adoraba a aquel hombre.

—No imaginas lo contenta que estoy de volver a verte —gimoteé con los ojos llenos de lágrimas, arrodillándome frente a él.

El marqués comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro, acompañando sus repentinos espasmos con agónicos sonidos guturales. Saqué del bolsillo las tijeras de manualidades infantiles con las que pretendía cortar la cuerda de sisal trenzada, de casi un centímetro de grosor, anudada alrededor de sus muñecas.

—Tranquilo, Juan, voy a rescatarte —comenté, retirándole el esparadrapo de la boca.

—¡Santo cielo, pecosa! —exclamó, respirando con agitación—. ¡Lárgate de aquí ahora mismo!

—Me iré, pero contigo —respondí, colocándome a su espalda.

—Sofía, hay un hombre vigilando la habitación —me advirtió—. No sé dónde demonios se ha metido, pero estará a punto de regresar.

—Para cuando lo haga, tú y yo ya nos habremos largado —dije mientras trataba de cortar la cuerda con las tijeras.

—Siento mucho haberte metido en esto.

—Lo que yo siento es que me hayas mentido como lo has hecho —le corte con un reproche—, pero ahora no es momento para hablar de eso.

—Hay algo que deberías saber.

No pude ver la expresión de su cara, pues estaba acucillada a su espalda, en plena batalla con la maldita cuerda de sisal. Sin embargo, supe enseguida que se trataba de algo importante, así que pospuse mi acometida y me arrodillé frente a él.

—¿Qué sucede, Juan? —pregunté con apremio—. No tenemos mucho tiempo.

El corazón me dio un vuelvo al escuchar unos pasos acercándose a la sala. El marqués me miró a los ojos, suplicándome que le perdonara por lo

que estaba a punto de suceder. Y es que la gran burla del destino todavía estaba por llegar.

—Hola de nuevo, Sofía —dijo una voz a mi espalda. Permanecí inmóvil, víctima del miedo, pero ello no me impidió reconocer al hombre que había detrás de mí. La voz del Rey retumbó en la oscuridad de mi cerebro—. Veo que ya conoces a mi padre.

Miré a Juan con los ojos abiertos por la desolación. Me volví hacia Saúl, tratando de asimilar sus palabras, y recitando, en silencio, una desesperada oración de súplica que se desvaneció a medio camino entre la ausencia de fe y la inexistencia de Dios.

—Déjenos marchar de aquí —supliqué, ya de pie, confrontando la dura realidad—. Tiene mi palabra de que no diremos nada a nadie.

Soltó una sonora carcajada.

—Qué escena tan tierna —se mofó con malicia—. La valiente Sofía ha acudido al rescate de su amigo el impostor.

—Juan no es ningún impostor —protesté con virulencia.

Un hombre de aspecto siniestro y gran corpulencia entró en la habitación y se acercó a Saúl, a quien le comentó algo al oído. El Rey sonrió, complacido, y con un gesto le ordenó que se ocupara de mí. El hombre me agarró las manos y anudó una cuerda alrededor de ellas después de obligarme a tomar asiento junto a Juan.

—Os dejaremos a solas —comentó Saúl con una expresión de regocijo—. Creo que tenéis mucho de qué hablar.

Mi ingenioso plan hacía aguas por todas partes. Como ya venía siendo costumbre, la realidad distó mucho de cuanto había imaginado en mi cabeza. Naturalmente, el enredo que había ideado el destino no hacía sino dificultar las cosas.

—¡Por Dios, Juan! —exclamé en tanto estuvimos a solas—. El Rey es... ¡Es tu hijo!

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No sé qué decirte, Sofía, salvo que ojalá no estuvieras aquí —sollozó, dejando caer la cabeza hacia su maltrecho corazón.

Me dolía el alma al verle derrumbado, pero no había tiempo para lamentaciones. Miré a mi alrededor mientras zarandeaba mi cuerpo de un lado a otro sin un propósito concreto. La habitación, de pequeñas

dimensiones, tenía unos gruesos muros de piedra arenisca de color ocre con vetas rojizas. El suelo de terracota y las vigas en el techo, pintadas de rojo, le conferían un encanto singular. Tenía una mesa adosada a la pared sobre la que había unos papeles esparcidos y, curiosamente, unas cuantas piezas de frutas junto a un pedazo de pan desmigajado.

—El carcelero se apiadó de mí y me trajo un poco de comida —explicó el marqués.

—¿Alguna vez sospechaste de él? —pregunté, retorciendo las manos. Carraspeé, incómoda—. De tu hijo, quiero decir.

—¿Te refieres a si pensaba que él pudiera ser el Rey? —Asentí con la cabeza—. Por supuesto que no.

—¿Te ha sorprendido enterarte de ello?

Resopló, perdiendo fuelle.

—Digamos que aún estoy haciéndome a la idea —respondió, esquivando mi pregunta con destreza—. Por cierto, ¿qué haces vestida de ese modo?

—Ropa de camuflaje —respondí.

Se echó a reír. Una risa huérfana de emoción.

—Y dime, ¿cómo has convencido a James para que te permitiera hacer algo así?

Apreté y rechiné los dientes inconscientemente.

—Él no sabe que estoy aquí —confesé tras aclararme la garganta.

—¡Pardiez! —bramó, sin dar crédito—. ¿Me estás diciendo que has venido tú sola a rescatarme?

—Me temo que sí —contesté, cabizbaja.

—¿De verdad pensabas que tu plan tendría éxito? —me reprochó.

—Al menos yo he venido —repuse, ofendida—. Cuando lo ideé parecía un buen plan. Ahora soy consciente de que no ha sido más que una auténtica pérdida de tiempo.

—No, Sofía, es algo más que eso. Te has puesto en peligro innecesariamente. ¿Nadie sabe que venías aquí?

Sacudí la cabeza.

—Si tuvieras una navaja suiza —comenté al cabo de unos segundos—, ¿crees que podrías cortar la cuerda con la que nos han maniatado?

—Sí, pecosa. Podría hacer eso y mucho más pero, lamentablemente, hoy no llevo una navaja encima —añadió, sarcástico.

—Yo sí.

Me miró con escepticismo. Recliné mi cuerpo hacia delante, cargando la

pesada silla a mis espaldas y me acerqué más a él.

—¿Ves ese bolsillo? —susurré, señalando con la cabeza—. Ahí encontrarás la navaja. —Y dicho esto me coloqué frente a sus manos que, palpando a ciegas, se introdujeron en mi bolsillo mientras inclinaba mi cuerpo hacia él, tratando de facilitarle la tarea.

—Aquí no hay más que... —Palpó la tarjeta de herramientas—. ¿Qué demonios es esto?

—Sácalo, Juan.

Obedeció, confuso, y de pronto comenzó a reír.

—¿Una *Swiss Card*? —exclamó—. Desde luego, ingenio no te falta.

—Tal vez no fuera la mejor idea —reconocí—, pero fue lo más discreto que encontré.

—Veamos qué podemos hacer con esto —comentó, manoseando la tarjeta con las yemas de sus dedos hasta que por fin localizó la minúscula navaja suiza, lo que le produjo otro repentino ataque de risa.

Tardó más de cinco minutos en rasgar la cuerda y, cuando lo hizo, sonrió como si hubiera vuelto a nacer. Hizo lo propio con la mía y en tanto me liberó nos fundimos en un emotivo abrazo.

—Bien y ahora, ¿cuál es el plan? —preguntó con una suave brisa de esperanza, como si la rueda de nuestro molino hubiera vuelto a girar.

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué responderle. Metí la mano en un bolsillo lateral de mi singular atuendo y extraje un aerosol de pimienta que acababa por completar mi repertorio de excentricidades.

—¡Diantres! —exclamó, impresionado.

—Lo cierto es que no creo que nos sirva de mucho para salir de aquí —admití.

—Lo primero será neutralizar al hombre que está en el pasillo —respondió—, y para ello este espray nos será de mucha utilidad.

—¿Y luego qué? Esta casa es un laberinto.

—Tranquila, eso déjame a mí —respondió—. Hay un pasadizo al que se accede desde esta zona de la casa y que conecta con el exterior.

—¿Y tú como sabes eso?

Sonrió, nostálgico.

—Porque antes esta era mi casa.

A simple vista el plan parecía sencillo.

—Tu grito ha de sonar creíble, ¿me oyes? —me advirtió Juan, posando sus manos sobre mis hombros—. Cuando el mentecato del carcelero se acerque, yo fingiré estar sufriendo un ataque al corazón.

—Y cuando se aproxime a ti para socorrerte —intervine entusiasmada—, me abalanzo sobre él y le rocío la cara con gas pimienta.

—Eso es —respondió con una sonrisa nerviosa. Inspiró profundamente, sin estar muy convenido del plan—. Ahora siéntate de nuevo sobre la silla y lleva las manos a tu espalda. —Así lo hice, respirando con agitación—. ¿Preparada?

Recabé todo el oxígeno que mis pulmones pudieron recolectar y, una vez lo hube expulsado, comencé a gritar.

—¡Socorro! —chillé—. ¡Que alguien me ayude!

La puerta se abrió dos segundos después y tras ella apareció nuestro celador, que en aquel momento parecía haber sufrido una repentina sobredosis de esteroides anabólicos.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz ronca, observando al marqués.

—Creo que está sufriendo un ataque al corazón —gimoteé—. Siente molestias fuertes en el pecho.

El hombre se acercó con paso desconfiado. Cuando estuvo frente al marqués me abalancé sobre él y vacié el spray entero en su cara. Comenzó a gritar con histerismo, llevándose las manos a los ojos mientras caminaba hacia atrás preso del pánico. Juan aprovechó el instante para estamparle la silla en la cabeza, lo que irremediamente le hizo perder el conocimiento.

Una vez recuperamos el aliento, maniatamos de brazos y piernas al hombre que yacía en el suelo.

—Ha llegado la hora de salir de aquí, pecosa —anunció el marqués tras recoger las herramientas de mi falsa tarjeta de crédito—. Tal vez nos sean útiles durante nuestra huida—comentó con un guiño.

El sonido de unos pasos paralizó nuestros corazones.

Al menos dos hombres caminaban sigilosos hacia la sala. No teníamos tiempo de ocultar el cuerpo del carcelero y fingir que todo estaba en orden. Lo cierto es que no teníamos tiempo para nada más que para rezar. Y así lo hicimos. Al menos yo.

El oxígeno se agolpó a las puertas de mi cerebro. Comencé a mover los ojos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, presintiendo un inminente desmayo. Tras la puerta apareció un hombre armado. Llevaba un chaleco antibalas provisto de un bolsillo en la parte superior derecha donde

portaba un radio transmisor de pequeñas dimensiones. Bajó su arma al ver a Juan y le hizo señas a su acompañante para que entrara en la estancia.

En un arranque de proteccionismo, el marqués dio un paso al frente y otro a la derecha. Permanecí a su espalda, asomando la cabeza por encima de su hombro mientras miraba al tipo de la puerta, cuyo rostro me resultó tremendamente familiar.

—¿Está usted bien, señor? —le preguntó a Juan, quien asintió receloso. El hombre me dirigió una mirada de extrañeza, como si mi presencia perturbara sus planes—. Hemos... Hemos venido a liberarle —anunció sin quitarme el ojo de encima. Se agachó junto al cuerpo inconsciente del carcelero y comprobó su pulso—. ¿Lo ha reducido usted? —preguntó con cierta admiración.

—Lo hemos hecho los dos —respondió el marqués.

—¿Y quién es usted? —me preguntó el hombre del chaleco, ladeando la cabeza—. Su cara me suena de algo.

—Y a mí la suya —respondí con simpleza—. Pero no pienso decirle mi nombre. No hasta que nos diga quién es usted y qué hace aquí.

—He venido a rescatar al señor Valdez. —Me miró con ojos entornados y guardó el arma en la funda—. No sabía que habría una mujer con él.

El radio transmisor comenzó a hacer un ruido extraño tras el cual se escuchó: «¿Todo en orden, Matthew?». Pulsó un botón y respondió:

—El hombre está con una chica.

El marqués se volvió hacia mí y con disimulo me preguntó:

—¿Te fías de él?

—No sé —respondí confundida, llevándome la mano al pecho con intención de calmar mi agitación—. Lo cierto es que creo haber visto a este hombre en alguna otra ocasión.

—Es pelirroja —respondió el tal Matthew a una pregunta que yo no había escuchado—, de estatura más bien baja, bien parecida y está muy alterada.

Curiosamente, me sentí insultada por su mención a mi estatura. Se escuchó un suspiro al otro lado del transmisor, tras el que alguien mencionó: «Sacadles inmediatamente de ahí. A los dos».

Caminamos apresurados junto a aquellos dos hombres cuya identidad todavía nos era desconocida. Mientras avanzábamos cavilé concienzudamente. ¿De qué conocía yo a aquel hombre?

Un largo túnel, de paredes en las que el musgo parecía haber dibujado originales grafitis, nos condujo, tal y como había señalado el marqués, a la

libertad. Matthew abrió una puerta de hormigón tras la que milagrosamente accedimos a la calle. Dos hombres yacían en el suelo, inconscientes y encadenados a una verja de hierro. Continué avanzando sin mirar atrás, sin pensar en todo lo que podría haber pasado aquella noche y, afortunadamente, no había ocurrido.

Unos metros después apareció una furgoneta negra en la que Matthew nos urgió a entrar justo en el mismo instante en que comenzó a sonar una alarma de seguridad que, con toda probabilidad, provenía de la casa de Saúl.

Me llevé una enorme alegría al ver al conductor. Lamentablemente, el sentimiento no pareció ser mutuo. Patrick me lanzó una mirada cargada de reproche que no recibí con especial entusiasmo, especialmente en aquel momento en que la irascibilidad había vuelto a adueñarse de mí. De pie frente a la ventanilla del copiloto le miré desafiante, molesta por la recriminación que aprecié en sus ojos. Me sorprendí al ver la herida que tenía en la ceja derecha, un corte aparentemente profundo. Quise preguntarle por ello, pero Matthew me agarró del brazo, obligándome a apartarme de ahí. Fue entonces cuando le reconocí. En aquel preciso instante supe quién era aquel hombre. Nos miramos de soslayo, en lo que pareció ser una extraña coincidencia, y me sonrió al tiempo que zarandeaba la cabeza.

—¿Cómo no he caído antes? —exclamó—. Eres Sofía, nos vimos en Praga hará unos meses.

—¡Eso es! —exclamé—. Tú eres uno de los hombres de George.

—Así es. Deberíamos entrar dentro —dijo, señalando el furgón.

En décimas de segundo acabé de comprender aquel rompecabezas. Eran James y sus hombres quiénes habían venido a liberar al marqués. Pero ¿por qué no me habían hablado de sus planes? Apreté los labios, lanzando un incomprensible juramento entre dientes. Y de pronto, entrar en la furgoneta no me pareció tan buena idea. James y sus inquisidores ojos verdes me estarían esperando al otro lado de la puerta.

Instintivamente me di la vuelta, pero me tropecé con los brazos de Matthew quien, negando con la cabeza, abrió la puerta corredera de la furgoneta, conminándonos a Juan y a mí a entrar en ella. Su compañero y él se dirigieron a la cabina del vehículo. Inmediatamente después, Patrick arrancó el motor y nos sacó de ahí a toda prisa.

—Gracias, muchachos —dijo Juan, dirigiendo su más sincero agradecimiento a James y a George.

El interior del vehículo era más exclusivo de lo que había imaginado. La

parte trasera, totalmente separada de la delantera, tenía cuatro asientos independientes, tapizados en cuero de color crema y enfrentados dos a dos. En medio había una mesa modular repleta de planos que supuse serían de la casa de Saúl. Mis ojos coincidieron con los de James y, como era de esperar, nuestro encuentro no fue precisamente amistoso. Tenía el pómulo derecho magullado. Le sostuve la mirada durante un instante hasta que finalmente decidí abandonar aquella batalla que di por perdida antes siquiera de salir a combatir.

—¿De qué vas vestida? —preguntó George con su habitual sonrisa mientras dejaba su arma sobre la mesa abatible que había junto al asiento.

—Es un traje de camuflaje —contesté en voz baja.

—Te sienta muy bien —se burló. Reclinó el cuerpo hacia delante y me susurró al oído—: Buen trabajo.

—Gracias... —balbucí, mirando a James por el rabillo del ojo.

—Pero no deberías haberlo hecho, Sofía —comentó con un tono mucho más serio.

—No hubiera venido si tu hermano me hubiera puesto al corriente de vuestros planes —solté, irascible y combativa, sin caer en la cuenta del verdadero motivo de mi persistente enojo.

James me lanzó una mirada incendiaria mientras me repasaba de arriba abajo. Advertí una pequeña sonrisa que comenzaba a formarse en las comisuras de sus labios, lo que obviamente trató de evitar.

El móvil de George comenzó a vibrar. Sonrió al ver la pantalla y enseguida descolgó el teléfono.

—Hola, cariño —contestó, entusiasmado.

Busqué a James con la mirada, pero él evitó cualquier contacto. Contemplé a George conversando con su mujer. La envidia me atacó sin avisar cuando me di cuenta de lo enamorado que parecía. Y de repente, a George le cambió el rostro. Colgó el teléfono y se giró hacia su hermano.

—Tenemos un pequeño problema —musitó, tras mirarme de reojo.

—¿Y ahora qué demonios ocurre? —exclamó James.

—Es su padre —comentó señalándome con la cabeza.

—¿Qué le pasa? —preguntó preocupado.

—Está en casa de Patrick.

Capítulo 18

Y la fiesta trajo la solución pasada la media noche

Resulta curioso el modo en que aquello lo cambiaba todo. Conocía a James lo suficiente como para saber que haría todo lo posible por ocultarle a mi padre lo que había sucedido aquella noche. Al fin y al cabo, él había prometido protegerme pasara lo que pasara.

—¿Qué diablos hace en casa de Patrick? —preguntó James.

Su hermano le miró de un modo extraño, abriendo los ojos a la vez que disimuladamente me señalaba con la cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó James.

Sacó un teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y miró la pantalla.

—¿A qué viene tanto misterio? —pregunté.

—Necesito pensar —comentó James, ignorando mi pregunta.

—Es mi padre —insistí, tímidamente—. Creo que tengo derecho a saber qué sucede.

—No es nada, Sofía —intervino George mientras su hermano se reclinaba sobre el respaldo de su asiento.

Decidí no darle más vueltas. Suficiente tenía con asimilar los recientes acontecimientos. Los cuatro permanecimos en silencio, cada uno cavilando sobre sus propias preocupaciones. Unos minutos más tarde, James recibió una llamada de teléfono. No le presté especial atención hasta que vi la tensión reflejada en su mirada.

—Deberías habérmelo dicho antes —dijo al tiempo que revisaba unos documentos que George le acababa de entregar—. Está bien, mantenme informado —le ordenó a su interlocutor, quien parecía haberle proporcionado una valiosa información.

—¿Qué te ha dicho la persona con la que hablabas? —La curiosidad habló por mí.

«Nada que a ti te importe», pareció responderme con la mirada.

—Han cambiado de fecha la reunión que Saúl mantendrá con los príncipes —respondió, haciendo acopio de toda la paciencia que pudo—, pero todavía no sabemos dónde tendrá lugar.

Intercambió un par de miradas con el marqués, quien no pudo por menos que intervenir en la conversación.

—¿Desde cuándo sabéis que el Rey era mi hijo.

—Desde esta misma mañana, cuando Saúl habló con Patrick y le ofreció tu libertad a cambio de nuestra retirada.

—¿Cómo sabíais dónde encontrarme?

—La dirección aparecía en los papeles que se sustrajeron del despacho de Isaías.

—Que Sofía sustrajo —le corrigió el marqués.

—Cotejamos la dirección en nuestras bases de datos —prosiguió James, ignorando sus palabras—, y apareció tu nombre en el listado de antiguos propietarios.

Continuaron hablando acerca de Saúl y de su macabro proyecto sin que a ninguno de ellos pareciera sorprenderles en exceso el que el Rey de la Orden del Denario hubiera acabado siendo precisamente el hijo de quien trataba de acabar con ella. El pesimismo se acomodó en la conversación hasta convertirse en un diálogo más propio de un velatorio que de un grupo de agentes especiales.

James parecía inquieto. Era evidente que la visita de mi padre le había alterado todos sus planes, como también lo era el hecho de que no pensaba decirle la verdad sobre el modo en que habíamos liberado al marqués, para lo que indudablemente precisaba de mi colaboración.

Eran cerca de las once de la noche cuando Patrick tomó la salida once de la autopista. Condujo durante poco más de dos kilómetros por la avenida Diagonal hasta que giró a la derecha hacía la calle Numancia. Continuó unos metros más y giró de nuevo a la derecha. Aparcó la furgoneta y James descendió de ella sin decir ni una sola palabra.

—¿Dónde va? —quise saber.

—A despedir a Matthew y a Peter —contestó George, quien dirigiéndose al marqués, preguntó—: ¿Cómo estás, amigo?

—Bien, hijo —respondió Juan, haciendo de tripas corazón—. Estoy bien. Gracias por preguntar.

La puerta corredera del furgón se abrió con un movimiento seco. Tras ella aparecieron Patrick y James. Recogieron un sobre de grandes dimensiones y desaparecieron de nuevo.

—¿Y a esos dos qué les ha pasado en la cara? —preguntó el marqués aludiendo a las contusiones que ambos tenían en el rostro.

—Es la manera que tienen de arreglar sus diferencias —respondió George a la vez que abría la nevera que quedaba entre su asiento y el de James—. Brindemos por el singular éxito de la misión.

Descorchó una botella de Perrier-Jouët Belle Epoque, cuyo cuerpo estaba decorado por un artístico ramillete de anémonas japonesas, y lo sirvió en tres copas Pompadour.

Al marqués se le iluminó la cara y, por primera vez desde nuestro reencuentro, pude apreciar un efímero destello de felicidad en su mirada. Tenerlo junto a mí, sano y salvo, me contagió de su inesperado optimismo. No sabía qué me deparaba el futuro, pero en aquel instante fui consciente de la belleza de un presente en el que solo había cabida para la dicha.

La puerta se abrió de nuevo tras unos minutos.

—Acompáñame, por favor —me pidió James.

No quise discutir, así que salí sin protestar. Crucé una mirada con Patrick, quien entró en la furgoneta y cerró la puerta.

—Lo que has hecho no tiene nombre, Sofía —me soltó de sopetón en tanto nos alejamos unos metros.

—Me he equivocado —admití, todavía en un placentero estado zen—, y te pido disculpas.

Estaba segura de que aquellas palabras servirían para enterrar el hacha de guerra. Me equivoqué.

—No me valen tus disculpas —dijo, inmutable y obstinado—. Si realmente formaras parte de mi equipo hace mucho tiempo que habrías dejado de trabajar para mí —añadió, ávido de sangre.

Se me cayó el alma a los pies, y con ella se desmoronó todo el positivismo que había cosechado instantes antes.

—No creo que tengas la menor idea del tipo de gente a la que pretendías enfrentarte —prosiguió mientras caminábamos sin mirarnos—. Una estupidez como la de hoy podría haberte costado la vida.

Tuve la tentación de mandarle a paseo. Detestaba cuando me hablaba de aquel modo, como si yo no supiera cuidar de mí misma. Reuní el valor para enfrentarme a él y le dije:

—Nada de esto habría ocurrido si me hubieras mantenido al corriente de tus planes.

—Eso no hubiera cambiado nada —contestó con una mueca de sarcasmo—. Habrías hecho lo que te hubiera venido en gana igualmente. Siempre lo haces —prosiguió con verdadero resquemor, deteniendo el paso.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Debía enfrentarme a él, fueran cuales fuesen las consecuencias. Y en ellas estaba, preparándome para el combate, cuando de pronto y sin previo aviso me asaltaron unas terribles

ganas de besarle. Cualquier persona en su sano juicio habría sido capaz de contener aquel arrebató. Naturalmente, yo no fui capaz de ello.

Me bastó ponerme de puntillas para que mis labios alcanzaran el cielo. Apoyé mis manos sobre su pecho para mantener el equilibrio mientras todo el peso de mi cuerpo descansaba sobre los dedos de mis pies. James respondió a mi atrevimiento tras un primer instante de desconcierto. Rodeó mi cuerpo con urgencia, ansiando expresar con sus manos lo que no era capaz de decirme con palabras. Cuánto había echado de menos sus besos. Viajé al pasado con un billete de primera, recordando aquel día en que un desconocido de enigmáticos ojos verdes irrumpió en mi vida para volverla del revés.

Mi maltrecho corazón, recientemente cerrado por defunción, abrió sus puertas de nuevo, saboreando la dulce miel de sus labios y convirtiendo aquel minuto en toda una vida. Estalló un fuerte aplauso en el interior de mi cabeza, donde todas mis revolucionadas neuronas parecían celebrar una improvisada fiesta. La heroína de sus besos trajo consigo sus habituales efectos analgésicos y euforizantes. El dolor del pasado se desvaneció, dando paso a una placentera sensación de ingravidez cuando sus manos recorrieron mi espalda. A medio camino entre la inconsciencia y la ensoñación, me sumí en un estado de sedación total.

Y de pronto, el destino hizo de las suyas, burlándose de mí sin la menor piedad. James retiró sus manos de mi cintura, donde parecían encajar como si estuvieran hechas a medida, y reclinó su cuerpo hacia atrás, mirándome como si estuviera frente al diablo en persona.

—¿Qué estás haciendo? —me soltó, furioso.

Sentí aquel balazo en el epicentro de mi corazón.

—Pero ¿qué...? —tartamudeé, tratando de no perder el equilibrio mientras mis talones regresaban al suelo—. ¿Qué hecho mal ahora?

—¿Qué has hecho mal? —repitió, irónico—. ¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza?

«No parecías tener ninguna queja hace unos segundos», respondí mentalmente a la vez que me hacía a la idea del nuevo escenario. «Así es imposible mantener la cordura», me dije para mis adentros. Aquello parecía el inicio de una guerra sin cuartel. Una cruzada que desde luego no pensaba perder.

—Siento haberte besado, si es eso lo que te ha molestado —dije, cruzándome de brazos.

—Estoy agotado, Sofía —dijo del mismo modo que si me estuviera

dando la extremaunción—. ¿Cómo crees que me he sentido esta tarde al no saber nada de ti? Y lo que es peor, al ser consciente de que estarías cometiendo otra de tus locuras.

De un modo un tanto peculiar lo que estaba haciendo James era compartir conmigo el verdadero temor que anidaba en su corazón. Sentía verdadero pánico porque algo malo pudiera pasarme. Lo vi reflejado en sus ojos y enseguida me compadecí de él.

—Lo siento —me disculpé, con mis emociones oscilando a ritmo de jazz.

—Tus disculpas no son suficientes.

—¿Y qué demonios quieres que haga? —exploté, como una montaña rusa en caída libre—. ¡Ya te he pedido perdón, James! ¿Qué más quieres?

—Quiero que te vayas.

La falta de oxígeno aceleró el más que inminente ataque de nervios.

—¿Que me vaya? —repetí con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Que me vaya dónde?

—Lejos de aquí —respondió, tenaz—. Esto tiene que acabar. Le prometí a tu padre que te protegería, pero soy incapaz —añadió, derrotado—. Me rindo.

—No me hagas esto —supliqué, sollozando—. No me obligues a alejarme de...

—¿De qué? —preguntó, envenenándome con el narcótico de sus ojos.

—¡De ti, maldita sea! —grité, al borde del abismo.

Me miró fijamente, incapaz de corresponder sus emociones con palabras. Abrió la boca para decir algo, pero finalmente se contuvo.

Mi vida se había convertido en una novela de suspense escrita por un lunático descerebrado, pensé descorazonada. Un libro en blanco a merced de la caprichosa voluntad de un dramaturgo frustrado.

Y de pronto creí ver la salida al final del túnel, lo que inevitablemente me hizo sonreír. ¿Cómo no había caído antes? No me iría de Barcelona. Desde luego que no. Al menos, no sin concluir el laberinto que me llevaría a desenmascarar a la secta de los banqueros. Y por supuesto, tampoco me iría si no era en compañía del único hombre a quien, por extraño que pudiera parecer, había amado en toda mi vida.

—Está bien, me iré —concedí.

—Gracias —respondió, entornando la mirada sin fiarse de mí—. ¿Dónde irás?

—Eso ya no es tu problema, ¿no crees? —contesté muy digna—. Mañana

haré las maletas y me iré al aeropuerto. Una vez ahí, decidiré mi destino.

—Escucha, Sofía —comenzó a decir con un tono próximo al arrepentimiento—, yo no quería que esto acabara así, pero tienes que comprender que la situación me sobrepasa. No puedo trabajar con alguien como tú, alguien a quien además...

—Como ya te he dicho antes, todo hubiera sido distinto si hubieras confiado en mí y me hubieras mantenido al corriente de tus planes. Pero ahora eso ya no importa.

Cogió mis manos y las sostuvo entre las suyas, haciendo que mi voluntad se tambaleara durante un instante.

—¿Me esperarás? —preguntó, alzando una ceja con una mueca de burla. «Toda la vida», quise responderle.

—Me acabas de pedir que me aleje de ti —contesté seria—. No tiene mucho sentido que espere a quien no me quiere a su lado.

Apretó los dientes y reprimió un juramento.

—Como tú quieras.

Mis ojos se humedecieron, incapaces de contener el torrente de emociones convertido en lágrimas. Inspiré profundamente, con los párpados cerrados, preguntándome si en algún momento el viento soplaría en mi favor.

—Y ahora que por fin hemos aclarado todo —proseguí—, vayamos al apartamento de Patrick. Tengo ganas de explicarle a mi padre la aventura de esta tarde.

Eché a andar con una enorme sonrisa tatuada en mis labios. James permaneció en su sitio, petrificado y, al parecer, sin haber contemplado que algo así pudiera suceder. Me dio alcance enseguida, sujetándome del brazo con excesiva fuerza.

—Aguarda un instante —me pidió al tiempo que tiraba de mí, obligándome a mirarle de frente.

Soltó mi brazo, arrepentido por su brusquedad y se llevó la mano a la frente. Odiaba verle así de vencido, pero no veía otro modo de evitar que me echara de su lado y de la misión por la que tantas veces había arriesgado la vida.

—Tú dirás —dije con indiferencia.

—Necesito pedirte un favor. —Sonreí satisfecha por tenerle justo donde quería. Guardó silencio durante un par de segundos, dándole más emoción a un ruego que yo ya había profetizado—. Tu padre no puede saber lo que has hecho esta tarde.

—¿Por qué? —pregunté mirándole de frente con una fingida sorpresa.

—Sofía, por favor... —Su delicadeza desapareció en tanto vio mi sonrisa—. ¿Se puede saber qué demonios te hace tanta gracia?

—Saber que no eres invencible —confesé, expresando mi regocijo sin el menor pudor.

Reprimió sus ganas por soltarme alguna impertinencia. Me miró fijamente a los ojos, apretando los puños mientras parecía asimilar su derrota.

—Y bien, ¿qué te traes entre manos? —preguntó con acritud.

—Hagamos un trato —dije con una sonrisa triunfal—. Prometo no contarle nada a mi padre, pero a cambio tú deberás hacer algo por mí.

Se aflojó el nudo de la corbata.

—¿Qué es lo que quieres? —claudicó.

—Me quedo en Barcelona y continúo en la misión.

Mis palabras le provocaron una carcajada.

—Ni lo sueñes.

—Muy bien —dije, alzando la barbilla—. Ahora, si me disculpas... Mi padre me espera.

Me giré, dándole la espalda, mientras rezaba a todos los santos que James acabara por recapacitar. Y así lo hizo.

—Está bien —dijo, resignado, mordiéndose el labio para evitar soltarme alguna grosería—. Tú ganas.

Ver a mi padre fue, sin duda alguna, el segundo mejor momento del día. Una súbita revolución hormonal hizo que me lanzara a sus brazos como si hiciera décadas que no lo veía. Y en parte, así era como mi sentía.

—¿De qué vas disfrazada? —me preguntó al despegarme de él sujetando su copa de whisky que a punto estuve de derramar.

«Buena pregunta», me dije. Me volví hacia James, cuyo humor parecía haber cambiado a mejor, instándole a contestar, pero el muy caradura se limitó a cruzarse de brazos y a sonreír.

—Venimos de una fiesta de disfraces —improvisé mientras el marqués y Teresa se fundían en un sentido abrazo.

De pie junto al ventanal del salón y con una copa en la mano, George le puso a mi padre al corriente de los últimos acontecimientos. Por supuesto, no mencionó ni un solo detalle de mis intervenciones y eso que, a mi modo de ver, habían sido las más productivas.

Teresa confraternizó con mi padre enseguida, lo que por un momento me puso de bastante mal humor. Juan y ella se unieron a la conversación que mantenían mi padre y George, mientras Patrick y James permanecían al otro lado del salón, revisando unos documentos que extrajeron de uno de los maletines del marqués.

La irritabilidad que me había acechado durante todo el día regresó de nuevo. No saber qué era lo que me ponía de tan malhumor empeoraba mi estado de ánimo. Y de pronto me vi sola y enfurecida, sentada en un rincón del salón y maldiciendo a todos los presentes, para quienes en aquel momento yo no parecía existir.

Fue Teresa quien rompió aquel bucle de pesimismo al que me aferraba como si de una rueda giratoria se tratara. Me hizo un gesto con la mano para que me uniera a ellos. Dada mi repentina invisibilidad y, especialmente, teniendo en cuenta nuestra poco cordial relación, tuve que girarme un par de veces hacia mi espalda para confirmar que era a mí a quien se dirigía.

—Vamos con los demás —me pidió James, quien había llegado hasta mi rincón sin que yo me diera cuenta.

Le seguí sin mucho entusiasmo mientras Patrick nos alcanzaba un par de copas de whisky.

—Me alegro de que estés a salvo. Y siento de veras lo de tu hijo —le dijo mi padre al marqués, hablando con su habitual franqueza.

Juan agradeció sus palabras con una sutil inclinación de cabeza, tras lo cual contestó del siguiente modo:

—Hoy no estaría aquí si no fuera por Sofía —dijo al percatarse de mi desánimo, desafiando a James con un guiño de lo más mordaz.

El silencio se adueñó del ambiente, haciendo que el sonido del hielo al golpear las paredes de las copas se volviera ensordecedor. Tras un primer instante de estupefacción, sonreí triunfal. Me volví hacia James y cometí la insensatez de mirarle fijamente a los ojos. Ironías de la vida, mi osadía no le molestó. Todo lo contrario.

—Es cierto —intervino, devolviéndome la sonrisa—. El trabajo que está haciendo tu hija es excelente.

El orgullo en el rostro de mi padre fue más que evidente. Un lapso de lucidez hizo que por un momento me sintiera ligeramente avergonzada, pensando que tal vez no fuera merecedora de semejantes halagos. Bebí un trago grande de aquella detestable bebida, intentando anestesiar el sentimiento de culpa.

—Siempre he dicho que eras la mejor, hija —me dijo mi padre con una sonrisa de oreja a oreja, que se ensanchó al mirar a James—. Y decidme, ¿cómo van los preparativos de la boda?

Faltó muy poco para que escupiera el whisky que aún me abrasaba el paladar. Como pude continué inhalando el aire que exigían mis pulmones y, una vez superado el desconcierto inicial, me dispuse a contestar, pero James se me adelantó.

—Muy avanzados, ¿verdad, mi amor? —contestó con una sonrisa burlona al tiempo que atrapaba mi cintura con su mano.

Fui incapaz de responder. Juan apretó los labios para evitar soltar una risa que finalmente no pudo contener, lo que acabó por contagiar al resto. Mi padre dio por sentado que el motivo de semejante alboroto no era otro que la alegría por nuestro futuro enlace. Me giré hacia James, asesinándole con la mirada mientras él sonreía satisfecho, consumando su venganza.

—Hija, son cerca de las doce de la noche —dijo mi padre consultando su reloj militar táctico que se empeñaba en no jubilar pese a su lamentable estado—. Creo que deberías subir a cambiarte. ¿Por qué no le acompañas, James? —le pidió tras una fugaz mirada que dirigió a la puerta del apartamento, como si esperara la visita de más invitados.

Subí a cambiarme de ropa preguntándome, por primera vez en toda la noche, qué haría mi padre en casa de Patrick. Precisamente aquel día. James me escoltó hasta mi habitación.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —le pregunté cuando tomó asiento en la butaca que había junto a la cama.

—Obedezco órdenes —se burló—. Tu padre me ha pedido que te acompañara a cambiarte de ropa.

—¿Y tú? —pregunté, tratando de adivinar si me estaba tendiendo una trampa.

—No necesito cambiarme—afirmó de modo distraído al tiempo que se desabrochaba el botón de la americana—. Mi ropa está bien.

—¿Y qué le pasa a la mía?

Sonrió abiertamente.

—Tal vez otro vestuario sería más apropiado, ¿no crees? —dijo mirando de reojo el reloj de la pared y cruzando una pierna sobre la otra mientras apoyaba la espalda sobre el respaldo de la butaca—. Vamos, mi amor, no

tenemos todo el día, ponte un vestido elegante —me pidió.

Tenía la impresión de que estaba jugando conmigo.

—Está bien —refunfuñé. Me senté sobre el borde de la cama y comencé a desanudarme los cordones de mis zapatillas mientras esperaba a que James se decidiera a marcharse de ahí. Pero él se limitó a mirarme con una sonrisa traviesa—. ¿Qué haces?

—Espero a que te cambies.

El retintín de sus palabras y el aire de superioridad oculto tras ellas logró sacarme de quicio.

—Ni lo sueñes —le advertí sin poder evitar el temblor en mi voz—. ¡Largo de aquí!

—¿Y eso por qué? —prosiguió con su comedia, ensanchando su sonrisa de modo que quedara patente lo mucho que estaba disfrutando con la situación—. Vamos a casarnos. ¿Acaso no puedo ver como mi futura mujer se cambia de ropa?

Le miré anonadada. ¿A qué demonios estaba jugando? Me costaba respirar, lo que me sumió en un estado próximo al pánico.

—Yo... —Me levanté y comencé a caminar de un lado a otro de la habitación—. Solo te estaba siguiendo el juego delante de mi padre.

El muy sinvergüenza fingió sorpresa.

—¿Me estás diciendo que no nos vamos a casar?

—Por supuesto que no —dije, rebosante de contradicciones.

Se puso en pie, aproximándose hacia mí con cautela. Instintivamente di un minúsculo paso hacia atrás. Sus manos llegaron hasta mi cintura sin que yo me diera cuenta. Se acercó a mis labios con intención de besarlos, pero volví la cara a tiempo de evitarlo. Sonrió divertido, mirando de reojo el reloj de la pared.

Advertí cierta relación entre el extraño malhumor que me había acompañado a lo largo del día, la presencia de mi padre y la aparente fijación de James con el reloj de la pared. Algo estaba pasando, pero por más que lo intentara no lograba resolver aquel rompecabezas, lo cual resultó ser sorprendentemente extraño, habida cuenta de lo fácil que era la solución.

Su cautivadora sonrisa, en combinación con su enigmática mirada, resultó ser una mezcla peligrosa. Le miré ceñuda y desconfiada mientras presenciaba la ejecución de mi propia voluntad.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté, agudizando mis sentidos.

—Siento haber sido tan duro contigo —dijo, sosteniendo mis manos.

Aquella era su manera de pedirme perdón, pero no acababa de fiarme de él. Escondía algo.

—Eso ya lo he oído antes —repuse sin dar mi brazo a torcer.

—Escucha, Sofía, sé que no me he comportado contigo como debiera haberlo hecho —comentó, desprendiéndose de su inseparable máscara y mostrándome su verdadero rostro.

Le miré embelesada, consciente de mi inminente naufragio.

—No hablabas en serio cuando dijiste que querías que me fuera de aquí, ¿verdad? —pregunté con tono de ruego.

—No —respondió—. No hablaba en serio.

—¿Significa eso que quieres que forme parte de la misión?

—No —negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—Ya sabes la respuesta —contestó con el semblante serio.

—Imagino que crees que no sirvo para este trabajo. —Cambié de táctica—. Y posiblemente estés en lo cierto, sin embargo...

—Nunca había trabajado con alguien con tanto ingenio como tú —me interrumpió—, pero...

—Pero ¿qué?

—Tampoco había trabajado con alguien a quien quisiera como te quiero a ti.

Se me derritió el corazón.

—Gracias —balbucí, reduciendo a cenizas mi firmeza—. Gracias por ser sincero conmigo.

—Hagamos un trato, ¿quieres? —Asentí, presta a rubricar un contrato con el mismísimo demonio—. Continuaras en el equipo y yo te mantendré al corriente de todo. Consultaré contigo cualquier movimiento y no daremos un solo paso sin haberlo discutido antes.

—¿Y la letra pequeña?

—¿La letra pequeña? —repitió sorprendido.

—Trabajo en un banco —respondí—. Siempre hay letra pequeña.

—La hay —admitió—. Obedecerás mis órdenes y no tomarás ninguna decisión por tu cuenta. Antes de hacer nada deberás consultarlo conmigo. Sin excepción, Sofía —me advirtió, esta vez con un tono más serio.

—¿Tendrás en cuenta mi opinión?

—Tienes mi palabra —respondió, pendiente del reloj—. ¿Trato hecho?

No era una gran concesión, teniendo en cuenta la cantidad de veces que

me había mentido, pero seguramente era lo máximo que podía conseguir, de manera que me contenté con su promesa, rogando que un viento codicioso no decidiera llevarse sus palabras.

—Trato hecho —anuncié finalmente.

—No te arrepentirás —dijo, tras besarme en la frente—. Y ahora, por favor, quítate ese ridículo traje. Te esperaré fuera. Avísame en tanto estés lista.

Y se fue, dejándome a solas con mi desconcierto. Estuve tentada de pedirle que entrara de nuevo, pero la prudencia me lo impidió.

Me cambié de ropa tan rápido como me fue posible. Lo cierto es que me sentía terriblemente agotada y no entendía qué demonios hacía ataviándome con un vestido elegante cuando estaban a punto de ser las doce de la noche.

—Estás preciosa —dijo cuando abrí la puerta.

Dio un paso al frente, obligándome a retroceder, y cerró la puerta. Me miró sonriente y complacido, como si todo estuviera saliendo conforme a lo planeado.

—¿Seguirás liderando la unidad cuando todo esto acabe? —pregunté tras unos segundos de silencio.

—No si tú no quieres que lo haga.

Me estremecí ante aquella concesión. ¿Sería verdad? Tenía mis dudas de que así acabara siendo. Después de todo, no era la primera vez que me hacía la misma promesa. Apenas le miré a los ojos supe que en esta ocasión James hablaba en serio.

—Me gustaría que dejaras este trabajo —dije mientras mis ojos confesaban la tortura que sufría al pensar que algo malo pudiera pasarle.

—Y así será, si es lo que realmente quieres. ¿Tienes algo en mente? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Me gustaría ser feliz —respondí con aparente simpleza, a medio camino entre dos mundos, el real y el imaginario.

—La felicidad es una decisión —señaló con clarividencia, arrojando luz a mi penumbra.

Sus ojos se posaron sobre los míos, profanando mis emociones más íntimas.

—Tal vez me replantee lo de la boda —me escuché decir.

Sonrió como si de algún modo ya hubiera anticipado aquellas mismas palabras.

—En ese caso, quizá debería devolverte esto.

Sacó un pequeño estuche de piel negra del bolsillo de su pantalón y me lo entregó. Lo abrí sabiendo lo que había en su interior. Sonreí, nerviosa, al ver aquella elegante sortija que él colocó en mi dedo anular. Le miré aturdida, como si todavía no me acabara de creer que me hubiera pedido matrimonio de nuevo. No lograba articular palabra, ni siquiera un «si quiero» que, por otra parte, tampoco era necesario pronunciar.

Quise asaltar el banco del tiempo y congelar aquel relámpago de felicidad. Acerqué mis labios a los suyos y sellé nuestro acuerdo con un beso más propio del delirio que de la cordura. Para mi sorpresa James no respondió con el anhelo que esperaba. Sus ojos parecían tener un idilio con el reloj de a pared, al que miraban incesantemente con una expresión de inquietud.

—Mi amor, son casi las doce —dijo al apartarse de mí, como si sus palabras fueran auto-explicativas.

Pero no lo eran. Al menos no para mí. Le miré, huraña, sin comprender qué sucedía. «Son casi las doce», repetí mentalmente sin encontrarle ningún sentido a aquellas palabras. ¿Y qué si lo eran? ¿Acaso me había convertido en Cenicienta y llegada la medianoche se rompería el mágico hechizo del Hada Madrina?

—Está bien —dije finalmente—. Vayamos abajo con los demás.

Salimos de la habitación y nos dirigimos hacia las escaleras. Fue entonces cuando el destino quiso echarse sus últimas risas del día a mi costa.

—¿Por qué...? —pregunté confusa—. ¿Por qué no se oyen voces? ¿Dónde están todos? ¿Y por qué las luces están apagadas?

James se volvió hacia mí, incapaz de creer la cantidad de obstáculos que era necesario sortear a mi lado.

—Han ido a tomar algo —respondió, tirando de mi mano para que continuáramos avanzando.

—¿De repente? —insistí—. ¿Y sin avisar? ¿No es peligroso dadas las circunstancias?

Ahogó un suspiro de frustración.

—Han ido a un local que está fuera de la ciudad.

—¿Qué maleducados! —proferí, indignada—. Podrían haberme avisado.

Y ahí vino la última jugada del universo. Contemplé a James, de pie sobre los primeros peldaños de la escalera, mirándome con aquellas dos esmeraldas que me quitaban el sueño, y de pronto sentí el hormigueo del deseo recorriéndome el cuerpo con la ferocidad de un ciclón.

—Dame un minuto —le dije con una sonrisa traviesa—. Vuelvo enseguida.

Se miró el reloj, contrariado.

—Te espero abajo. No tardes, por favor.

No pensaba hacerlo. Estábamos solos en el apartamento. Acababa de pedirme matrimonio, por segunda vez, y yo había aceptado. ¿Qué mejor manera de culminar aquel sueño que con una sorpresa picante? Una de esas que nadie se espera, salvo el antojadizo destino.

Regresé a mi habitación a toda prisa. Abrí el armario y comencé a revolverlo. Pasados unos segundos acepté la realidad, no disponía de ninguna prenda atrevida con la que dejar a James boquiabierto. En plena vorágine de locura me dirigí a la habitación de Teresa y, pidiéndole perdón por el hurto que estaba a punto de cometer, me enfundé uno de sus provocativos camisones.

Antes de bajar al salón, me miré en el espejo de su habitación. No pude evitar la sonrisa traviesa que se posó en mis labios. Estaba cansada de ser la misma mojigata de siempre. «Se acabó lo de ser una mosquita muerta», dije en voz alta mientras recordaba aquel fastidioso mote con el que Teresa me había apodado.

Un segundo vistazo al espejo me hizo dudar al contemplar las descaradas transparencias de aquel picardías de vertiginoso escote y estampado de leopardo. Pero la duda se desvaneció enseguida. Ajusté los tirantes del camisón, le lancé un sensual beso a la mujer del espejo y me dispuse a dar la gran campanada.

Descendí las escaleras con paso lento, irradiando sensualidad y, por qué no decirlo, cierta inseguridad, pues nunca antes había hecho nada parecido. Apoyada sobre la barandilla de forja busqué a James en la oscuridad del salón, preguntándome por qué las luces seguirían apagadas. «¡Hágase la luz!», bromeé en voz alta cuando alcancé el quinto escalón. Mi deseo fue concedido, tras lo cual se escuchó un nutrido coro de voces.

—¡¡Sorpresa!!

Varias copas de cristal impactaron contra el suelo casi al mismo tiempo que mi corazón se olvidó de latir. «¿Sorpresa?», mascullé en voz baja, ojiplática y petrificada. La fuerza de la gravedad hizo que mi mandíbula se desplomara mientras contemplaba el estupor que había entre los presentes. «¿Sorpresa?», me repetí una y otra vez hasta que por fin hallé la solución al acertijo. Era mi cumpleaños.

Permanecí en un estado catatónico, deseando ser abducida por una criatura extraterrestre, a la espera de que el universo decidiera resolver aquel vergonzoso gatuperio. Mi madre y mi hermana, quienes para mi desgracia también se encontraban entre el público, se llevaron las manos a la cara de manera sincronizada mientras repasaban mi escaso y desvergonzado atuendo. En cuanto a los demás invitados, parecían haber sufrido una repentina parálisis facial pues a excepción de Juan, quien sonreía sin el menor pudor, todos los demás permanecían paralizados por el aturdimiento.

Fue el marqués el elegido para desbrozar el camino. En un arranque de lo más delirante comenzó a aplaudir mientras soltaba una estrepitosa carcajada que combinó con agudos silbidos. Y el efecto dominó hizo el resto del trabajo. George, Patrick y Ulbrecht, el marido de mi hermana, se unieron al estruendoso aplauso tras intercambiar un par de miradas burlonas. Mi padre les siguió después, al igual que Teresa, Carolina y mi madre. Los únicos inmunes a la extraordinaria reacción en cadena fueron mi hermana y James. Quién lo hubiera dicho.

Y de pronto me sentí complacida por aquel caluroso y peculiar recibimiento. Cerré los ojos y en silencio me uní a aquel coordinado aplauso, felicitándome a mí misma por mi olvidado cumpleaños.

—Sube a cambiarte de ropa, mi amor —me pidió James con toda la delicadeza que pudo.

Me di media vuelta y, tras lanzar una última mirada a mi entregado público, subí las escaleras habiendo batido un nuevo y ridículo record.

—¿Cómo se te ocurre? —escuché a mi espalda cuando fui a abrir la puerta de mi habitación.

—Lo siento —me disculpé—. Pensaba que estábamos solos y...

—¿Y querías acabar conmigo? —me soltó James de sopetón.

Le miré sin saber muy bien si estaba hablando en serio o si simplemente estaba bromeando.

—Quería darte una sorpresa.

—Pues vaya si me la has dado—comentó con una sonrisa burlona al tiempo que entraba en la habitación conmigo de la mano. Cerró la puerta y me repasó de arriba abajo con la lujuria brotando de sus ojos—. Feliz cumpleaños, mi amor.

Cinco minutos después regresamos al salón, donde los invitados me

felicitaron por partida doble.

—Una magnífica puesta en escena —bromeó el marqués con su habitual sentido del humor. Se volvió hacia George—. Hijo, pon un poco de música —le pidió—. Esto parece un velatorio.

Saludé a mi hermana con un emotivo abrazo. Helena no sabía nada acerca de la secta de los banqueros y sobre la misión que estábamos llevando a cabo y así debía continuar siendo, me pidió James. La nube de secretos y engaños me provocó cierta tensión, pues había perdido la cuenta de quién estaba al tanto de aquella operación y quién no. Mi madre se abalanzó sobre mí, tras recibir el caluroso abrazo de Ulbrecht, que sonreía feliz junto a mi hermana. Los siguientes en felicitarme fueron mi padre y el marqués, a quienes parecía unirles una sospechosa y repentina familiaridad.

La música y el alcohol hicieron que en cuestión de pocos minutos el ambiente fuera de lo más festivo, lo que agradecí enormemente, especialmente teniendo en cuenta mi último tropiezo.

—La próxima vez que quieras ponerte una de mis prendas, podrías probar a pedírmela en lugar de robármela —dijo Teresa con una expresión de recelo.

—Lo siento —me disculpé avergonzada.

—Estaba bromeando —exclamó riéndose.

Sonreí sin fiarme del todo y volví la vista hacia Patrick, quien contemplaba la escena desde el otro lado del salón, donde conversaba con George.

—¿Te lo estás pasando bien, pecosa? —me preguntó de pronto el marqués. Asentí, todavía un tanto desconcertada—. Espero que no te importe que haya invitado a María a la fiesta.

—¿María? —pregunté sin mucho acierto, tras lo que añadí—. Claro, María Pedrosa, tu...

—Mi compañera sentimental —terminó la frase, henchido de orgullo—. Le llamé en tanto llegamos al apartamento. Estaba preocupada por mí —dijo, rebotante de felicidad—, así que le invité a pasar por aquí. Es de confianza —añadió, sin necesidad de convencerme.

—Me parece una idea estupenda —dije con una sonrisa de complicidad.

—¿Nos disculpas un instante? —preguntó Patrick, dirigiendo sus palabras a Juan.

—Por supuesto, muchacho —dijo antes de despedirse con una graciosa reverencia.

Patrick me ofreció una copa de vino.

—No te preguntaré cómo has logrado convencer a James para permanecer en el equipo —me soltó a bocajarro.

Abrí la boca sin dar crédito a su grosera insinuación.

—¿Cómo te atreves! —exclamé en voz baja, asegurándome primero que nadie pudiera escuchar nuestra conversación.

—Pero me alegro de que lo hayas hecho —acabó su frase, ignorando mi comentario.

Respiré aliviada y avergonzada.

—Lo siento —me disculpé por tercera vez en lo que iba de noche—. Pensaba que...

Sonrió mientras alzaba su copa.

—Feliz cumpleaños —dijo con un guiño—. No creas que me olvidaré tan fácilmente de la canallada de esta tarde —añadió, en alusión al instante en que había huido de su coche, aprovechándome de la presencia policial.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunté, cambiando de tema.

—Tenía una conversación pendiente con tu prometido —respondió, restándole importancia.

—¡Menuda manera de conversar! —contesté con escepticismo—. Vamos, Patrick, a mí no me engañas.

Miré a James de reojo. Hablaba, aparentemente distraído, con mi hermana y con Ulbrecht, pero no nos quitaba el ojo de encima.

—Lo sabe todo, Sofía —confesó.

—¿Qué es todo? —pregunté, abriendo los ojos como platos.

—Todo —repitió—. Absolutamente todo.

—¡Caramba! —exclamé, pensando en lo mal que me dejaba a mí aquella situación, pues yo había sido cómplice de Patrick en sus mentiras. Traté de ver el lado positivo en todo aquello, si es que lo había—. Creo que es lo mejor que podías hacer. No es buena idea engañar a James, él siempre lo acaba averiguando todo.

—Y así lo hizo.

—¿Cómo dices?

—Él ya lo sabía antes de que yo se lo contara.

Abrí la boca en un espasmo involuntario.

—Yo no le dije nada —me apresuré a decir ante su más que previsible acusación.

—Lo sé.

—¿A eso se debe la herida que tienes en la ceja? —pregunté, mirando a

James por el rabillo del ojo.

—No exactamente. Le confesé que te había besado.

Me tapé la boca con las manos.

—¡Por Dios, Patrick! ¿Cómo se te ocurre? —exclamé, cuando lo cierto era que me alegraba de que lo hubiera hecho—. Y tú, ¿por qué le pegaste? —pregunté al recordar la magulladura en el pómulo de James.

Sonrió a Teresa, que en aquel momento se unió a la conversación.

—Yo me limité a defenderme —contestó, encogiéndose de hombros.

El timbre sonó en aquel instante. Juan acudió raudo a abrir la puerta, sabiendo que sería María quien apareciera tras ella. Me acerqué a saludarla, dichosa al ver la felicidad en el rostro del marqués, y les dejé a solas, pues supuse que tendrían mucho de qué hablar.

Disfruté de la tercera copa de vino en compañía de mi hermana mientras pensaba en lo mucho que le había echado de menos. La tensión, la vergüenza y los nervios desaparecieron de inmediato, dando paso a un estado de desinhibición de lo más placentero. Hablamos largo y tendido sobre su reciente luna de miel en Buenos Aires, lo que me evitó tener que inventarme una nueva mentira acerca de lo que había estado haciendo durante las últimas semanas.

—Come algo, pecosa —me pidió el marqués, acercándome una bandeja con bocaditos de hojaldre rellenos de queso de cabra y jamón ibérico—. Ya hemos tenido suficiente espectáculo por hoy.

Le miré ofendida.

—Si te refieres a...

El sonido del timbre interrumpió mis palabras. Me volví hacia James, preguntándome quién sería aquel nuevo invitado.

—Ve a abrir, mi amor —me pidió él tras besarme en la mejilla.

Encaminé mis pasos hacia la puerta, apostando conmigo misma sobre la sorpresa que aparecería tras ella. Barajé cinco o seis candidatos. Naturalmente, erré en mi vaticinio.

—¡Felicidades! —escuché gritar antes siquiera de que pudiera ver la cara del hombre que se arrojó sobre mí—. No imaginas cuánto te he echado de menos.

Como pude me zafé de sus brazos, enojada porque ninguno de los invitados hubiera acudido a mi rescate hasta que por fin descubrí la identidad de mi opresor. Me llevé las manos a la cara y, entusiasmada por aquel inesperado regalo, salté sobre Philippe. Una repentina revolución hormonal

hizo que rompiera a llorar, incapaz de controlar mis emociones.

Philippe, mi gran amigo, mi compañero de aventuras, la única persona casi tan chiflada como yo, había regresado a Barcelona y estaba ahí frente a mí. No podía ser más feliz. O eso creí hasta que la magia del momento se transformó en un nuevo capítulo de aquella novela de enredo en que se había convertido mi existencia.

—Tengo una sorpresa que darte —me dijo, rezumando felicidad por cada poro de su piel. El desvarío en su mirada me hizo prever el disparate que estaba a punto de anunciar—. ¡Me caso! —exclamó volviendo la vista hacia su izquierda, donde señaló con las palmas de sus manos como si de una azafata se tratara—. Te presento a mi prometida.

Aquello era un auténtico desastre. No me malinterpretéis, estaba feliz por el reciente compromiso de Philippe, pero aquella impactante noticia tenía un pequeño hándicap. La mujer con la que aquel descerebrado pensaba contraer matrimonio no era otra que la esposa de Jordi Conejo. Por no hablar del hecho de que Philippe era, teóricamente, mi marido.

—Encantada —saludé a la mujer, dando un minúsculo paso al frente, lo que les obligó a retroceder unos centímetros—. Soy Sofía.

—Lo sé —respondió ella, mostrándome su blanca dentadura—, coincidimos en la fiesta de Isaías Ferrer.

Volví la vista hacia Philippe, quien sonreía distraído como si todo aquello fuera un divertimento más.

—Mi nombre es Eugenia. —La mujer posó su mano suavemente sobre mi hombro—. Puedes estar tranquila, Sofía, lo sé todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo? —pregunté sobresaltada.

Se acercó a mi oído y me susurró:

—Estoy al corriente de que no sois un matrimonio de verdad. —Se apartó y me guiñó un ojo—. Sé que solo es una tapadera. Philippe no ha querido contarme todos los detalles —dijo en voz baja, mirando de reojo a mi amigo—, pero sé que estáis trabajando en una misión muy importante.

—¿Estamos? —pregunté con sorna, dirigiéndole una mirada asesina a Philippe, quien no pareció darse por aludido.

—No te apures, Sofía —prosiguió ella—. Vuestro secreto está a salvo conmigo. Quiero que sepas que contáis con todo mi apoyo.

«Philippe ha cometido una gran imprudencia trayendo a esta mujer a

casa, pero no está todo perdido —me dije a mí misma, tratando de infundirme ánimos—. Eugenia sabe que Philippe y yo no estamos casados pero, afortunadamente, no está al tanto de nuestra misión». Sin embargo, aún quedaba un escollo por salvar. Debía evitar por todos los medios que aquella mujer coincidiera con el marqués. Ciertamente era que Eugenia acababa de ofrecernos todo su apoyo, pero no por ello dejaba de ser la esposa de Jordi Conejo, miembro de la Orden del Denario y fiel vasallo del Rey.

Di otro pequeño paso al frente. Un poco más y ya los tendría fuera del apartamento. Una vez ahí, tendría que improvisar.

—¡Philippe! —se escuchó a lo lejos—. ¡Ven a saludar, muchacho! —gritó mi padre desde el salón.

Un paso más.

—¿Una copa de vino? —pregunté, ya en el rellano, entrecerrando la puerta.

Asintieron confusos y antes de que pudieran decir nada comenté:

—Esperad aquí, ahora vuelvo con unas copas y algo para picar.

Entré a toda prisa en el apartamento, cerrándoles, literalmente, la puerta en las narices. Una vez dentro, localicé a Patrick y me acerqué a él. Descarté enseguida su colaboración. Parecía demasiado ocupado reconquistando a la que antaño había sido su prometida. Teresa agradeció con la mirada el que no interrumpiera aquel mágico instante. Mi segunda opción fue George pero, una vez más, la suerte miró hacia otro lado. Charlaba distraídamente con mi madre, de modo que no me pareció prudente hablarle del problema que teníamos al otro lado de la puerta.

James, a quien no había querido recurrir para no amargarle la noche, conversaba con mi hermana y Ulbrecht. Parecía alegre, pensé al contemplarle embobada. Me acerqué a él y, antes de que pudiera decirle nada, me planté un beso de esos que se enmarcan en platino con diamantes. Para cuando me recuperé de aquel arrebatado celestial, la tensión previa se disipó. Ninguna de mis neuronas logró recordar qué era aquello que me preocupaba tanto hasta escuché a Ulbrecht preguntar por Philippe.

—¡Maldita sea! —exclamé ante la desconcertada mirada de Helena, cuyo infalible radar de hermana mayor ya le había advertido de que algo pasaba.

—¿Qué sucede, mi amor? —me preguntó James, retirándose el pelo de la cara.

—Puerta —balbucí—. Philippe... Mujer... —continué con la respiración cada vez más agitada—. Ella está ahí y Juan está aquí —sollocé, consciente

del sinsentido de mis palabras.

—¡Válgame Dios! —exclamó el marqués, quien se acercó al ver mi patética verborrea—. Pero ¿qué le habéis dado de beber a esta muchacha?

—Escúchame, Juan, esto es muy serio —le dije al oído una vez recuperé el habla—. Tengo algo muy importante que decirte.

—¡Atención todo el mundo! —gritó el marqués golpeando el cristal de la copa con su anillo—. Sofía tiene algo que explicarnos.

Solté un suspiro de agotamiento y me largué de ahí. Por suerte, nadie pareció reparar en mi ausencia a excepción de Ulbrecht, que me siguió hasta la cocina.

—¿Cómo han ido estas semanas? —preguntó, risueño—. Me ha explicado James que George y él han estado trabajando con Patrick en un asunto peliagudo. Supongo que te habrás aburrido bastante.

—No creas —respondí, quitándole importancia.

—Por cierto, ¿dónde está Philippe?

—Fuera —respondí, poco avisada, mientras preparaba unos aperitivos a base de pan de molde y crema de cacahuete.

—¿Y qué hace ahí? —preguntó, rascándose la cabeza.

—No puede entrar —contesté sin prestarle mucha atención.

Cogí tres copas y las llené de vino.

—¿Por qué no? —insistió Ulbrecht, cada vez más confuso.

—Porque se va a casar —respondí con la inteligencia en horas bajas—. Ha venido con su prometida.

Abrió los ojos como platos.

—¿Philippe se casa? —profirió anonadado—. Es una noticia... fantástica —añadió, sin mucha convicción.

—Maravillosa —ironicé, llevándome a la boca uno de mis esperpénticos canapés—. Creo que la crema de cacahuete está caducada.

—Lo que no entiendo es... —Clavó la vista en la pared y se acarició la barbilla—. ¿Qué relación guarda su boda con el hecho de que él y su prometida estén fuera del apartamento?

Me volví hacia él, percatándome de lo extraño que sonaba todo.

—Su ex marido está aquí —improvisé. Cogí una cuchara y probé la crema directamente del bote, extrañada por su desagradable color verdoso—. Definitivamente, está caducada.

—¿El ex marido de quién?

—¡Por Dios, Ulbrecht! —exclamé—. El ex marido de la prometida de

Philippe. El proceso de divorcio no está siendo precisamente amistoso —añadí tras morderme la comisura de la boca.

—¿Y quién es?

—¿Quién es quién?

—El ex marido —contestó, ceñudo.

«Buena pregunta», pensé. Me giré hacia el salón y eché un rápido vistazo. No tenía muchas opciones.

—Juan —respondí, perdiendo el control de la situación. Abrió la boca para decir algo, pero la confusión se lo impidió—. Quieres saludar a Philippe, ¿no? Pues vayamos fuera.

Philippe y la ex mujer de Jordi Conejo nos esperaban con una evidente expresión de desconcierto. Ulbrecht y él se abrazaron emocionados por el reencuentro.

—Te presento a Eugenia —comentó Philippe con orgullo.

—Encantada —dijo la mujer, estrechando la mano de Ulbrecht.

Apoyé la espalda en la puerta mientras sostenía la bandeja de aperitivos. En tanto Philippe hizo el gesto de coger uno la retiré de un movimiento brusco, dejándola sobre el suelo y evitando con ello que mi amigo sufriera una más que probable intoxicación.

La puerta se abrió medio minuto después, lo que irremediablemente me hizo perder el equilibrio.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí fuera? —preguntó James, quien me cogió en brazos remediando mi inminente caída.

—Charlar con Philippe —me apresuré a decir, abriendo los ojos de manera exagerada y señalando a Eugenia con la cabeza. Acerqué mis labios a su oído y susurré en voz baja—: La mujer es Eugenia, la esposa de Jordi Conejo, con quien Philippe se acaba de prometer.

James miró a la mujer con una evidente expresión de desagrado, lo que desde luego no me pareció nada adecuado. Al fin y al cabo, ¿qué culpa tenía ella? Les dio la espalda, masajeándose el puente de la nariz al tiempo que profería una retahíla de juramentos que no logré comprender. Se volvió de nuevo y, apuntando con el dedo a Philippe, le pidió que entrara en el apartamento.

—¿Nos acompañas? —me preguntó.

Entramos en el piso dejando a Ulbrecht y a Eugenia solos.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó James en voz baja dirigiéndose a la cocina—. ¿Cómo se te ocurre traer a esa mujer aquí?

—Pero ¿qué problema hay? —preguntó Philippe sin comprender nada.

—«¿Qué problema hay?», dice —repitió James, a punto de perder los papeles.

—Juan está aquí —intervine, cogiendo a James del brazo —. Si Eugenia le ve estamos perdidos.

—Ella no dirá nada —respondió Philippe, despreocupado.

—¿Y no crees que le extrañará ver a Juan aquí? —pregunté con calma, tratando de hacerle entrar en razón.

El marqués, advirtiendo un nuevo contratiempo, se acercó a la cocina. Saludó a Philippe con un caluroso abrazo, como si se tratara de un viejo conocido.

—¿Qué sucede, muchachos? —preguntó con extrañeza.

—La mujer de Jordi Conejo está ahí fuera —respondí.

—Ex mujer —puntualizó Philippe.

—¡Válgame Dios! —profirió Juan, espantado—. Pero, ¿cómo se te ocurre hacer algo así, hijo?

Philippe, quien todavía no acaba de entender la gravedad de la situación, se limitó a encogerse de hombros.

—Sal fuera —me pidió James—, y evita que esa mujer entre en casa, por favor. Yo me encargo de explicarle a Philippe el riesgo de que su *prometida* —dijo con retintín— pueda coincidir con Juan.

Hice cuanto me pidió y les dejé a solas, temiendo que la conversación pudiera traspasar la frontera de la cordialidad.

Me sorprendió la extraña sintonía que pareció surgir entre Ulbrecht y Eugenia, quienes charlaban animadamente cuando salí de nuevo y me uní a aquella reunión paralela.

—¿Dónde está Philippe? —preguntó Ulbrecht.

—En la cocina —contesté con la mirada perdida. Aquella respuesta hubiera sido más que suficiente pero, por algún motivo incomprensible, mis labios decidieron añadir—: Está hablando con James y con Juan.

—¿Con Juan? —repitió Ulbrecht—. ¿No es peligroso?

Entrecerré los ojos sin ser consciente de mi metedura de pata.

—¿Por qué iba a serlo?

Ulbrecht le dio la espalda a Eugenia y, moviendo exageradamente labios, me preguntó sin emitir sonido alguno:

—¿No es su ex marido?

Me golpeé la frente con la mano. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Antes de que pudiera contestarle, Ulbrecht entró en casa, apresurado por intentar evitar una pelea.

El agotamiento se apoderó de mí. Cogí una copa de vino y me la bebí de un trago, ansiando un minuto de tranquilidad.

—¿Qué pasa ahí dentro? —preguntó Eugenia—. ¿Por qué no queréis que entre en el apartamento?

—Lo siento —balbucí—. Verás, resulta que...

—Tranquila —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Ya sé lo que sucede pero, sinceramente, no sé a qué viene tanto secretismo.

—¿Ya lo sabes? —pregunté sorprendida.

—Por supuesto —contestó con aire de superioridad—. Entre los invitados debe estar la ex pareja de Philippe, ¿no es cierto?

Abrí los ojos desmesuradamente al tiempo que se me escapaba una sonrisilla traviesa.

—¿Cómo lo has adivinado? —exclamé, aliviada.

—Tengo un don —respondió ella al tiempo que alzaba la barbilla.

—Y es realmente admirable —comenté—. Su ex novia está destrozada —continué, improvisando una nueva mentira—. Todavía no ha superado su ruptura.

—Descuida —dijo con un gesto airado—. Lo entiendo perfectamente. Yo también sufrí mucho cuando mi relación con Jordi se fue al garete.

Durante los cinco minutos siguientes me explicó cómo había descubierto las infidelidades de su marido gracias a su singular sexto sentido. Sonreí y asentí con la cabeza, mostrando un falso interés.

La puerta se abrió.

—Nos vamos —anunció Philippe, visiblemente disgustado.

Detrás de él salió James. Parecía satisfecho, como si acabara de solucionar un grave problema. Y, de algún modo, así había sido.

Me despedí de Philippe con un sentido abrazo. Eugenia, que al parecer me había cogido un repentino cariño, me hizo prometerle que le llamaría la semana siguiente para tomar un café. Lo hice y, después de darnos un par de besos, finalmente se marcharon.

—Menudo enredo has armado —me dijo James en voz baja mientras les veíamos marchar.

—¿Yo? —pregunté, llevándome la mano al pecho.

—¿Quién sino? —se burló—. No imaginas lo que me ha costado convencer a Ulbrecht de que Juan no era el ex marido de Eugenia.

—Tuve que improvisar —me justifiqué.

—¿Regresamos a nuestra guarida? —preguntó con un guiño.

«A nuestra guarida», repetí mentalmente con la mirada clavada en la pared. Aquella simple pregunta trajo consigo las palabras de la tarotista. «La guarida del lobo. Ahí hallarás la solución». El campaneó de mi alarma interior comenzó a sonar con fuerza.

—Pensarás que estoy loca —le dije a James con un gesto poco elocuente—, pero creo que sé dónde se celebrará la reunión de la orden.

Permanecí en silencio durante un par de segundos, dando forma a mis pensamientos.

—¿Y bien? —preguntó con incredulidad.

—En la guarida del lobo.

—¿Y eso dónde está?

«Eso quisiera yo saber», pensé. No tenía ni idea de qué podían significar aquellas palabras, pero sabía que había un motivo de peso por el que revoloteaban insistentemente en el interior de mi cabeza.

Un segundo después me alumbró la luz de la clarividencia.

—¡Eugenia! —exclamé mientras echaba a correr escaleras abajo—. ¡Espera, por favor!

Les di alcance en la misma puerta de entrada al edificio. Todavía jadeando, apoyé las manos sobre mis rodillas y recliné el cuerpo hacia adelante. James apareció al instante, sorprendido por mi repentina marcha.

—¿Qué sucede, Sofía? —me preguntó preocupado.

Le pedí con la mirada que confiara en mí y me volví hacia Eugenia.

—¿Las palabras «La Guarida del Lobo» te resultan familiares?

Ella sonrió con cierta amargura.

—Así es.

Lancé un largo suspiro de expectación.

—¿Y bien? —pregunté con la lengua fuera.

—Es un picadero —respondió con repugnancia.

—¿Un picadero? —repetí, decepcionada.

—Un lugar destinado a encuentros eróticos —especificó en voz baja al tiempo que miraba a su alrededor—. Ahí es donde Jordi citaba a su amante.

—¿Por qué crees eso?

—No es algo de lo que esté orgullosa, pero he de reconocer que espiaba a mi marido —dijo con la mirada agachada—. Bueno, a decir verdad yo no le espiaba, sino que un detective lo hacía por mí.

Arrugué la nariz, confundida. Algo en todo aquello no acababa de encajar.

—¿Cómo sabes que era con su amante con quien quedaba en aquel lugar? —quise saber—. ¿Tienes pruebas de ello? ¿Fotografías, tal vez?

Se encogió de hombros, extrañada por la pregunta.

—No las tengo —admitió—, pero tampoco creo que me hagan ninguna falta. Escuchad, sé que me marido me engañaba, no necesito ninguna fotografía que lo corrobore.

—¿Cómo supo el detective de la existencia de la guarida del lobo? —terció James—. ¿Le intervinieron el teléfono a Jordi?

—Nada de eso —respondió, negando con la cabeza—. Veréis, el investigador que contraté no era más que un aficionado —explicó casi en un susurro—. Un muchacho joven e inexperto, pero con ganas de trabajar. —Miró hacia los lados con los ojos bien abiertos y añadió—: Era el marido de mi asistenta.

Aquello se estaba alargando más de la cuenta. La pérdida de paciencia comenzó a asomar en la mirada de James. Eugenia se percató de ello, de modo que decidió ir al grano:

—Colocamos una pequeña grabadora en su despacho —prosiguió la mujer—. Así fue como supimos de ese lugar. Ahí era donde quedaba con la persona con la que conversaba. —Frunció el ceño, como si de pronto cayera en la cuenta de algo—. Nunca me planteé el que quedara con alguien más que no fuera su amante.

—Y dime, Eugenia —le cortó James—. Por casualidad, ¿no sabrás dónde está ese lugar? —preguntó, mirándome de reojo como si contemplase a una hechicera invocando a los espíritus.

La mujer sonrió con una expresión un tanto desconcertante. Reclinó su cuerpo hacia adelante y susurró en voz baja:

—Lo cierto es que sí lo sé.

Capítulo 19

El ingenio del hidalgo Don Quijote de la Mancha

Aquella noche fue un pequeño oasis en medio del torbellino en que se había convertido mi vida. Despedimos a todos los invitados prometiendo un pronto reencuentro. Tras hablarlo con James, George se marchó junto a su mujer. Así pues, solo quedamos en casa el marqués, Patrick, Teresa, James y yo.

—Buenas noches y, de nuevo, feliz cumpleaños, pecosa —dijo Juan dándome un cariñoso abrazo.

Patrick y Teresa se despidieron tras un indecente intercambio de miradas. Era más que evidente el modo en que la noche acabaría para ellos, algo de lo que me alegré en silencio.

—Vayamos a dormir —me pidió James, dando por sentado que pasaría la noche con él.

—Supongo que querrás que te explique cómo supe lo de la guarida del lobo —dije tímidamente una vez en la habitación.

—No —negó.

—¿No? —repetí desconcertada.

—No quiero escuchar más mentiras —dijo tras una mirada prolongada.

No había el menor rastro de reproche en sus palabras por lo que decidí no responder a lo que mi orgullo interpretó como una provocación.

—Creo que sé cómo dar caza al Rey —comenté una vez en la cama, esperando que él diera un paso que no parecía dispuesto a dar.

—Duerme, Sofía, mañana hablaremos de ello.

Me acerqué a él y, sorteando un sinfín de sábanas, traté de provocar la reacción que me suplicaban mis neuronas, ávidas de emociones. Con suma habilidad, James volteó mi atolondrado cuerpo, y me abrazó por la espalda.

—Esperemos a que estés segura de lo que quieres. —«Ya lo estoy», quise decirle—. Hasta entonces, me contento con dormir a tu lado —añadió, besándome el cuello.

El contacto con su cuerpo me hizo liberar dopamina en cantidades industriales. Me sobrevino un súbito escalofrío exaltado, acompañado de una tenue sensación de temblor que ascendía por mi columna vertebral con cierta urgencia. Respiré profundamente, haciendo todo lo posible por frenar la precipitada frecuencia cardíaca.

—No respires de ese modo —me pidió, susurrándome al oído—. Como bien dijiste, no soy invencible.

—Te quiero —musité casi en silencio.

Eran cerca de las siete de la mañana cuando desperté. James seguía durmiendo. Salí de la habitación y bajé las escaleras sin hacer ruido, asumiendo que nadie más estaría despierto a aquellas horas.

—No deberías madrugar tanto —escuché al entrar en la cocina.

Instintivamente mi cuerpo se tensionó en posición de ataque hasta que vi al marqués sentado sobre un taburete, disfrutando de una humeante taza de café. Se echó a reír al verme extender el brazo derecho y golpear a un enemigo imaginario.

—¡Me has asustado! —grité, replegando velas.

—Buen derechazo, si señor —comentó, palmeando el taburete que quedaba a su lado—. Toma asiento, pecosa. Te serviré un poco de café.

—No hemos tenido oportunidad de hablar desde tu secuestro —le dije con una repentina timidez—. ¿Cómo estás, Juan?

Se frotó un ojo antes de contestar. Juntó las palmas de las manos y entrelazó los dedos, esquivando mi mirada. Un gesto que parecía reflejar el enorme desengaño que había sufrido.

—No te negaré que ha sido duro —confesó con el cuerpo encogido—, pero creo que una parte de mí ya intuía cuál era la verdadera identidad del Rey.

—¿En serio? —me sorprendí.

—Hubiera sido fácil de adivinar si... —Frunció el entrecejo.

—Si ¿qué? —pregunté apremiándole con la cabeza.

—Si te hubiera hecho caso.

—¿A mí? —exclamé, llevándome la mano al pecho.

—Me advertiste que debía confiar en la adivina a la que visitamos el día en que nos escapamos de la Casa del Sol —dijo, cabizbajo, como si reconociera un error imperdonable.

—No te sigo, Juan. ¿Qué tiene que ver Fina con el hecho de que tu hijo sea el Rey de la secta de los banqueros?

Pestañeó, asombrado.

—¿Acaso no recuerdas sus palabras? —preguntó con las cejas medio levantadas.

—¿Te refieres a cuando dijo que hallaríamos la solución en la guarida del lobo? —pregunté, haciendo memoria.

—No, me refiero a lo otro —contestó, impreciso.

Me encogí de hombros a la vez que negaba con la cabeza.

—Dijo muchas cosas, Juan. Me faltan un par de cafés para recordarlo todo. —Me miró fijamente, sin la menor intención de desvelarme aquel nuevo misterio. Inconscientemente repiqueteé los dedos contra la mesa—. Vamos, Juan, me tienes en ascuas. ¡Suéltalo ya!

Se sentó en el borde del taburete y acercó sus labios a mi oído.

—«En vuestro pasado encontraréis la semilla del mal».

Le lancé una mirada escéptica, tras la que medité sobre si aquellas podrían o no considerarse un claro vaticinio, tal y como él afirmaba. No llegué a ninguna conclusión sólida, ni siquiera después de acabar la tercera taza de café.

Charlamos distendidamente durante al menos media hora más hasta que la presencia de Patrick y Teresa interrumpió nuestra conversación. Ella llevaba consigo un portátil de color azul cobalto y pantalla giratoria que dejó sobre la encimera de la isla. Nos saludó con una timidez impropia en ella y encendió el ordenador.

—Alguien ha pasado una noche divertida —bromeó el marqués al ver el aspecto desaliñado de ambos. Se volvió hacia mí y, con una sonrisa traviesa, comentó—: Parece que hayan recibido la visita del rey de los hunos.

Las mejillas de Teresa se enrojecieron de inmediato. En cambio, Patrick sonrió con cierto orgullo, como si acabara de coronar la cima de una gran montaña. Tomaron asiento y se sirvieron una taza de café.

Unos minutos después apareció James en el salón. Hablaba por teléfono mientras sostenía unos papeles en la mano.

—Cierra la boca, pecosa —se burló Juan.

Apreté los labios, conteniendo una sonrisa de lo más infantil, y me llevé la taza a los labios. Mis ojos se cruzaron con los de James. En un reflejo involuntario se me puso la piel de gallina, lo que traté de disimular estirando las mangas de mi pijama.

—¡Pardiez! —profirió el marqués al ver mi cara de embobada—. Que alguien haga el favor de traer un babero para Sofía.

James le hizo un gesto a Patrick para que se acercara al salón. Tapó el micrófono del móvil con la mano y le comentó algo en voz baja, tras lo cual le entregó los papeles que había estado ojeando.

—Son las transcripciones de las conversaciones grabadas —comentó el marqués al ver mi cara de curiosidad.

—Debe haber algo importante en ellas —dije sin apartar la mirada del salón.

—Tal vez el lugar en que se celebrará la reunión.

Sonreí, traviesa.

—Ya disponemos de esa información. Será en la guarida del lobo — comenté empleando un tono de lo más misterioso.

—¿La guarida del lobo? —se preguntó a sí mismo, arrugando el entrecejo—. ¿Dónde he oído yo eso antes?

—Nos lo dijo Fina, ¿recuerdas? —pregunté, acentuando mi sonrisa.

—¿Quién es Fina? —intervino Teresa, despegando la vista de la pantalla del portátil.

El marqués rompió a reír.

—Mejor no preguntes, Afrodita —le dijo, negando con la cabeza. Se volvió hacia mí—. Y bien, ¿dónde está esa guarida?

—En un palacete de Pedralbes. Lo descubrimos anoche, gracias a la ex mujer de Jordi Conejo.

—Creo que he perdido el hilo —me interrumpió—. ¿Eugenia está al tanto de las reuniones secretas de la orden?

—No exactamente. Sabía de la existencia de ese lugar, pero creía que era ahí donde Jordi se veía con su amante.

—¿Dónde oyó hablar de la guarida del lobo?

—Contrató a alguien para que investigara las infidelidades de su marido —respondí—. Eugenia se comprometió a enviarnos el informe del detective a primera hora, así que es posible que James ya lo haya recibido.

—Así que un palacete de Pedralbes... —comentó Juan, atusándose la barba—. ¿Y cómo logró ese detective averiguar la dirección?

—Siguiendo a Jordi Conejo.

—El inmueble es propiedad de una entidad ubicada en Ginebra — comentó Teresa, girando la pantalla de su portátil. Le miré extrañada de que supiera tal información y enseguida añadió—: James me ha reemitido el correo que Eugenia le envió hará una media hora.

El marqués sonrió con una expresión de lo más inquietante. Cerró los párpados y apretó los ojos.

—¿Estás bien, Juan? —le preguntó Teresa—. Pareces preocupado.

—Preocupado, no, tan solo estoy pensando.

—¿Podemos saber en qué? —pregunté, llevándome a la boca el cuerno de un croissant relleno de chocolate.

Entrecerró los ojos como si estuviera mirando a través de una mirilla. Extendió su mano izquierda y de pronto se dio un aplauso con el dorso de su otra mano.

—Una maniobra muy inteligente —soltó a bocajarro. Cogió su taza de café y se metió un paquete de tabaco en el bolsillo de su pantalón—. Saben que estamos escuchando sus conversaciones.

Se levantó y sin mediar palabra salió a la terraza. Teresa y yo le seguimos mirándonos la una a la otra con una mueca de extrañeza. Juan se encendió un cigarrillo al que le dio una larga placentera calada. Dejó caer su cuerpo sobre una silla y reclinó la espalda hacia detrás.

—¿Habéis visto las noticias últimamente?

Las dos negamos con la cabeza. La misión y sus vicisitudes habían acaparado todo nuestro tiempo.

—¿No os parece extraña una reunión de la secta para abordar el desarrollo de un proyecto que no ha hecho más que empezar? —comentó, lanzando su pregunta al aire.

Las dos nos encogimos de hombros, sin tener la menor idea de dónde quería ir a parar.

—Vamos, Juan, estamos esperando —le dijo Teresa, tomando asiento a su lado—. Haz el favor de decirnos qué es lo que has descubierto.

—Dame un par de segundos, Afrodita. Necesito pensar. —Se volvió hacia mí—. Hazme un favor, Sofía, tráeme un periódico. Me da igual cuál escojas, pero necesito que sea de hoy.

Entré de nuevo en el apartamento y subí a mi habitación a cambiarme de ropa. En tanto bajé, me tropecé con Patrick.

—¿Dónde vas? —preguntó, asiéndome del brazo.

—A buscar un periódico —contesté, consciente de lo absurda que sonaba mi respuesta.

Se rió como si acabara de escuchar un chiste malo.

—Tú no sales de aquí —señaló con autoridad.

—Pero Juan necesita...

—¿Qué sucede? —nos interrumpió James con la mirada puesta en la mano de Patrick, que aún me agarraba el brazo.

—Solo quería ir a comprar un periódico —me defendí.

—¿Sabes qué? —comentó Patrick, volviéndose hacia James—. Será

mejor si lidias tú con ella.

—Aguarda un instante —le pidió James. Se volvió hacia mí y preguntó —: ¿Para qué quieres un periódico?

—Juan necesita uno. Creo que ha descubierto algo.

—Está bien —concedió de no muy buen grado—. Yo iré a comprarlo. — Se volvió hacia Patrick—. Que no salga de aquí.

—Vamos, James, ¿de verdad crees que esto es necesario? —protesté—. Teníamos un trato.

—Y lo estoy cumpliendo. Solo me aseguro de que tú también lo cumples —contestó con terquedad.

Cinco minutos después James regresó con tres periódicos. Salió a la terraza, donde todos le esperábamos, y se los entregó al marqués, que todavía parecía divagar sobre su reciente descubrimiento.

—¿Qué sucede, hijo? —le preguntó Juan a James, captando la frustración que se desprendía de su mirada.

—Hay algo que no me encaja de las transcripciones —respondió a la vez que se encendía un cigarrillo—. Están llenas de contradicciones.

—Continúa, por favor.

James inhaló una bocanada de humo y miró al cielo con los ojos entreabiertos. Exhaló el humo y volvió la vista hacia Juan.

—Saben que les estamos escuchando —concluyó, al fin.

Teresa y yo nos miramos sorprendidas porque Juan y James hubieran llegado a la misma conclusión.

—Eso mismo opino yo —comentó el marqués—. Dadme un par de minutos —nos pidió, incorporándose de la silla y llevándose consigo los periódicos—. Vuelvo enseguida.

Teresa se sirvió más café mientras miraba de reojo a Patrick, como si de ese modo pudiera entender lo que estaba sucediendo. Pero no era así. Ni ella, ni yo, ni tampoco Patrick, sabíamos qué diablos pasaba con las transcripciones.

—La reunión no será en cuatro días como nos están haciendo creer — anunció Juan en tanto regresó a la terraza.

—Eso no puede ser —intervino, Patrick, con la mirada ceñuda.

—¿Apostamos algo? —le cortó Juan, extendiendo su dedo índice a modo de látigo.

Patrick se incorporó de su asiento y apoyó el cuerpo sobre la pared. Entrelazó los dedos a la altura del diafragma reprimiendo la confusión.

—¿Cuándo será? —preguntó James, dando por ciertas las conclusiones del marqués.

—Mañana.

Aquella no era la respuesta que nadie esperaba oír, especialmente James, a quien un jarro de agua fría le hubiera causado menos impresión.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con incredulidad.

El marqués me alcanzó uno de los periódicos.

—¿Qué dicen los titulares? —preguntó, exultante.

—Ha salido a la luz un nuevo caso de corrupción en el Gobierno — contesté tras leer la portada del diario.

—Más abajo —me interrumpió.

Bajé la vista hacia la noticia a la que parecía referirse y leí en voz alta.

—El juez de la Audiencia Nacional Ernesto Villaseca lanza un operativo para detener a altos cargos de la empresa...

—¡Válgame Dios! —me cortó—. Esa tampoco. La siguiente.

«¿Y por qué no me dices directamente lo que debo leer, maldito cascarrabias?», protesté en silencio.

—No sé qué quieres que lea —me quejé—. Aquí solo habla de financiación irregular del Gobierno, corrupción, blanqueo, cohecho,...

Me quitó el periódico de las manos y lo examinó ante la inquieta mirada de James, cuya paciencia parecía estar agotándose.

—Perdóname, pecosa —dijo, llevándose la mano al pecho—. Me he equivocado de periódico. Lee la portada de este otro —me pidió, alcanzándome otro diario y señalándome con el dedo la noticia que debía leer.

—Despliegue policial y militar sin precedentes en la ciudad de Barcelona con motivo de la Cumbre Europea que comienza pasado mañana. —Levanté la vista del periódico sin entender nada. Juan me hizo un gesto con la barbilla para que continuara leyendo—. Barcelona registrará la mayor concentración policial de toda su historia con el objetivo de mantener la seguridad de los jefes de Estado y de Gobierno que se reunirán en la capital condal y evitar un posible ataque terrorista. La ciudad permanecerá en alerta máxima durante las próximas jornadas y estará blindada por tierra, aire y mar. Casi diez mil agentes velarán por la seguridad de la cumbre, según ha anunciado director general de la Policía Nacional Juan Manuel Fernández. Por su parte, el Ejército de Tierra contará con una sección de misiles antiaéreos cerca del Aeropuerto de Barcelona. La Armada Española ha dispuesto un buque de

guerra, bajo el mando del Capitán José María Serrín, y tres patrulleras ubicadas cerca de la costa catalana. —Tomé aire y proseguí—. El espacio aéreo estará vigilado por un escuadrón de cazas F-18 y dos reactores C-101 Aviojet. Francia intensificará los controles fronterizos y...

—¿De qué diablos va esto, Juan? —me interrumpió James, rozándome el brazo para que detuviera mi lectura.

El marqués se volvió hacia mí y, tras una mirada prolongada, me pidió que continuara leyendo a partir del tercer párrafo.

—Si bien no figura en la agenda oficial de temas a abordar durante la cumbre, se prevé que una de las cuestiones a tratar sea la exportación de armas de los estados miembros de la Unión Europea a Oriente Medio y al norte de África. Un polémico asunto que ha originado multitud de protestas a lo largo del continente europeo y que ha llevado a la Comisión Europea a adoptar un paquete de medidas urgentes para controlar la venta de armas por parte de las empresas europeas.

—¿Lo veis ahora más claro? —pregunto el marqués.

—Yo no —me aventuré a decir, aun a costa de quedar como una ignorante.

Cierto es que todo aquel asunto de la Cumbre Europea no me pilló por sorpresa. ¿Dónde habría oído hablar de ello antes?, me pregunté.

—La Orden del Denario se lucra con la intermediación en la venta de armas —señaló James, habiendo comprendido perfectamente la situación.

—Es por ello que teniais al Rey en el punto de mira, ¿me equivoco? —preguntó Juan, conociendo la respuesta.

—Así es —admitió James.

—Sigo sin comprenderlo —comenté—. Ya existen restricciones a la venta de armas que faciliten la violación de los derechos humanos.

—Restricciones que muchas empresas armamentísticas ignoran deliberadamente con el beneplácito de la propia Unión Europea —puntualizó Patrick.

El marqués cogió el periódico y comenzó a leer.

—Una de las medidas que pretende llevar a cabo la Unión Europea consiste en la revisión de las licencias de exportación a países de Oriente Medio. —Dejó el diario sobre la mesa y miró fijamente a James—. Una restricción al comercio armamentístico podría ser devastadora para las finanzas de la orden.

Vacilé un instante antes de intervenir de nuevo y poner de manifiesto, una

vez más, mi incapacidad para seguir el hilo de la conversación.

—Lo siento —dije—, pero no entiendo nada.

Juan se incorporó y comenzó a caminar en círculos. Todos le observamos a la espera de que expresara la idea que rondaba por su cabeza.

—No se reúnen por el Proyecto Imperium —comentó al fin—, sino para trazar un plan que evite el descalabro de su negocio armamentístico.

Hicimos un pequeño receso que, si bien no nos podíamos permitir, todos parecimos agradecer. Me retiré a mi habitación con la cabeza a punto de estallar. De nuevo aquel maldito dolor. «A las once de nuevo en el salón», había ordenado James antes despedirnos. Aproveché aquellos minutos en soledad para permitir que mi ingenio extendiera sus alas y comenzara un vuelo inspirador. Para eso y para hacer una llamada de vital importancia.

Eran las diez y media cuando regresé al salón. Todos estaban ahí, adelantándose a la hora acordada. ¿Habrían tenido la poca vergüenza de reunirse a mis espaldas? La suspicacia se fue adueñando de mí hasta que vi a George entre los presentes y la alegría empañó mi desconfianza.

—No disponemos de mucho tiempo —dijo James una vez tomé asiento junto al marqués—. Quiero escuchar vuestras ideas.

«Fantástico», me dije, pensando que aquella sería una buena oportunidad para exponer el fruto de mi agudeza.

—¿Patrick? —preguntó James antes de que yo pudiera abrir la boca.

—El inmueble es infranqueable —respondió con la voz teñida por la derrota.

—¿Seguridad en el perímetro exterior?

—Tres hombres y barreras infrarrojas.

—¿Perímetro interior?

—Contactos magnéticos y sensores de vibración.

Carraspeé con intención de llamar su atención. Aquella conversación no tenía el menor sentido.

—¿Círculo interior? —continuó preguntando James.

—Detectores PIR y sistema de CCTV. Es imposible entrar ahí y menos con tan poco tiempo.

James se incorporó bruscamente, con la rabia consumiéndole por dentro. Carraspeé de nuevo, pero nadie parecía reparar en mis desesperados intentos por manifestar mis impresiones. Nadie excepto Juan.

—¿Por qué no dejamos que Sofía exponga lo que pasa por su cabeza? —preguntó el marqués—. Al fin y al cabo ella logró entrar en la casa de Saúl sin ninguna ayuda.

—Venga, Juan —se quejó James—. No estamos para perder el tiempo. Aquella casa no tenía apenas vigilancia.

«¿No estamos para perder el tiempo?», resonó en mi cabeza. Expresar mi indignación con un corte de mangas me pareció excesivo, pero lo cierto es que estuve tentada de hacerlo.

—No le quites mérito a lo que hizo —comentó el marqués, mirándole fijamente, como si estuviera a punto de darle un preciado consejo—. Evita tropezar dos veces con la misma piedra, muchacho.

No esperé a que James contestara. Me levanté repentinamente dispuesta a exponer mi plan. Y de pronto se hizo la luz. Vino a mi memoria lo sucedido la tarde anterior a las puertas del banco cuando el destino quiso poner a Roos, mi ex compañero de trabajo, en mi camino. Fue él quien mencionó la Cumbre Europea. «Así que eso era...», me dije en voz alta mientras asentía con la cabeza. En aquel instante no sabía cómo encajar aquella pieza en el caótico rompecabezas en que se había convertido la misión, pero fui consciente de la importancia que jugaría en nuestra victoria final.

—Veréis, yo... —Aclaré mi garganta, sintiendo las cinco miradas clavadas en mí como si tuviera una diana dibujada en la frente—. El plan es muy sencillo —comenté, alisándome la camiseta en lo que a todas luces era una señal de nerviosismo—. Si Mahoma no va a la montaña...

Había escogido un mal momento para echar mano del refranero popular. El marqués se levantó y me chivó en voz baja: «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña».

—¡Eso es! —exclamé con poco acierto. Ver la expresión de pocos amigos en el rostro de James me hizo ir al grano—. No disponemos de tiempo suficiente como para entrar en el palacete de Pedralbes, pero no deberíamos dejar pasar la oportunidad de grabar la reunión de mañana, pues en ella todos, incluyendo al Rey, se implicaran no solo en delitos financieros sino también en el tráfico de armas. Mi propuesta es que uno de los asistentes a esa reunión lleve una cámara y grabe el evento.

Me miraron como si acabara de exponer la sandez más grande del mundo.

—¿Y quién se supone que traicionaría a la secta de los banqueros llevando una cámara oculta? —preguntó Patrick con excesiva brusquedad, lo que le valió una mirada de reprobación por parte de James.

—Eso es lo mejor de todo —respondí con una sonrisa nerviosa—. No necesitamos que ninguno de sus miembros traicione a la Orden del Denario. La persona que porte la cámara ni siquiera sabrá que la lleva encima.

—Excelente, pecosa —comentó el marqués, todavía de pie. Era obvio que ya había intuido cuáles eran mis planes. No tenía ni idea de cómo lo hacía, pero siempre lograba colarse entre mis pensamientos. Juan era capaz de adivinar mis palabras antes de que las hubiera pronunciado. Antes si quiera de que las hubiera pensado—. El megalómano será nuestro candidato, ¿me equivoco?

Asentí con la cabeza, mirándole como si acabara de sacar un conejo de la chistera. Me volví hacia los demás, quienes obviamente no tenían ni idea de lo que hablaba.

—Creo que lo mejor sería que fuera Isaías quien llevara la cámara encima —anuncié tímidamente.

La incredulidad y el escepticismo acamparon en el salón.

—No me parece una mala idea —comentó James con un tono de lo más sarcástico—. Es más, me parece extraordinaria. Pero dime, Sofía, ¿cómo lograremos que Isaías lleve una cámara encima sin que él se entere? ¿Contempla ese pequeño detalle tu *maravilloso plan*?

«Suficiente», me dije. No tenía por qué tolerar algo así. Sus ojos me acusaban de intrusismo, mientras que su corazón parecía suplicarme que me alejara del peligro. Sea como fuere no me quería ahí y así lo manifestaba con cada uno de sus gestos.

El marqués, que había vuelto a sentarse, se levantó de nuevo, me tomó del brazo y con aparente calma me pidió que le acompañara a la cocina.

—No le hagas ni caso —comentó una vez a solas—. No quiere que participes en la misión y tu presencia aquí le pone nervioso.

Desvié la vista hacia el salón. George parecía estar soltándole todo un sermón a su hermano.

—Pero ¿por qué? Solo intento ayudar.

—¿Por qué? —repitió Juan con una sonrisa de sabelotodo—. ¿A estas alturas te preguntas por qué James no quiere exponerte al peligro?

—Ni siquiera he podido explicarle en qué consiste mi idea —protesté.

—Él te conoce muy bien y sabe que de esta cabeza —dijo, dándome un pequeño toque en la frente—, solo salen ideas alocadas. Ingeniosas pero alocadas. —Inspiró profundamente—. Escucha, pecosa, en cualquier otro momento te aconsejaría que enviaras a paseo al rubiales, pero no ahora. Tu

idea puede ser buena y no estamos en posición de descartarla, por muy precipitada que sea.

Claudiqué, ingiriendo una pequeña dosis de orgullo herido, y nos dirigimos de nuevo al salón, pero a mitad camino nos abordó James.

—Déjanos a solas, por favor —le pidió al marqués.

Le miré con los ojos entreabiertos, simulando un enfado poco creíble.

—Lo siento —se disculpó en tanto Juan se marchó.

—No te preocupes —dije, incapaz de continuar fingiendo.

—No quiero que estés aquí —soltó de pronto, volviendo al ataque.

Le miré con perplejidad. ¿A qué demonios estaba jugando?

—Teníamos un trato —repliqué, dispuesta a pelear.

—Lo sé —contestó, arrugando la frente con una mueca de agotamiento—. Y lo respetaré.

—Gracias —balbucí, sin entender qué era lo que pretendía.

—Aún no es demasiado tarde para marcharte —comentó, casi suplicando que me largara de ahí. Me crucé de brazos y negué con la cabeza—. Está bien, como quieras. Regresemos con los demás —añadió, calibrando mi reacción—. Una cosa más, Sofía, si me mientes o si intentas hacer algo por tu cuenta, esto se acabó, ¿comprendes?

—Descuida, tengo bien claro quién es el jefe —respondí, arisca.

Me encaminé hacia el salón sin saber que finalmente no podría mantener mi compromiso.

—Estamos ansiosos por saber qué se te ha ocurrido —comentó George, tratando de levantarme el ánimo.

Tomé asiento e inmediatamente me incorporé, dejando patente lo incómoda que de pronto parecía sentirme. Caminé alrededor del sofá hasta que por fin me atreví a exponer mi idea.

—Como os comentaba, el plan consistiría en que fuera el mismo Isaías quien llevara consigo una cámara pequeña que grabara la reunión y pudiera transmitirla en directo. —Torcí la boca, a la espera de alguna interrupción inoportuna que finalmente no llegó—. No sé si un artilugio así existe. Tal vez haya visto demasiadas películas de James Bond —comenté, avergonzada.

—Existe —respondió James.

—Tendríamos que poder ver lo que ocurre en tiempo real —insistí—. Y, obviamente, no podremos estar ubicados a poca distancia de la cámara.

James se acarició la barbilla, meditando mis palabras.

—Tendríamos que *hackear* su móvil.

—¿El móvil de quién? —pregunté, perdiendo el hilo.

—El de Isaías —respondió James—. Para hacer lo que quieres hacer necesitamos un dispositivo digital que actúe como regenerador de la señal de la cámara. Un teléfono móvil bastaría a tal efecto.

—No contaba con eso —mascullé, sin saber muy bien de qué estábamos hablando.

—¿Patrick? —dijo James, dirigiéndole una mirada de interrogación.

—No hay problema —respondió—. Ya le pirateé el móvil hace tiempo. Me volví hacia él con la boca abierta.

—¿En serio? —pregunté, curiosa—. ¿Y no encontraste nada?

—Nada relevante —contestó.

—Aun a riesgo de parecer una ignorante, ¿puedo saber qué harás cuando piratees su móvil de nuevo?

—Activaré la función de *router wifi* y la vincularé a la cámara que Isaías lleve consigo —respondió Patrick—, de modo que el teléfono móvil recoja la señal de la cámara y la replique para que llegue hasta nosotros.

Asentí sin haber comprendido nada de lo que había dicho. Se levantó del sofá y me miró con extrañeza.

—Y ahora, ¿por qué no nos explicas cómo vamos a hacer para que Isaías lleve una micro cámara encima?

—Estaba a punto hacerlo —respondí, ya más tranquila—. La clave de mi plan está en José Carlos. —Me rasqué la frente, achinando la mirada mientras trataba de recordar algo—. ¿Juan Carlos?

—Roberto Carlos —comentó el marqués, habiéndose colado de nuevo en mi cabeza.

—¿Quién es Roberto Carlos? —preguntó Patrick mientras se servía una copa de whisky.

«Tienen un problema serio con el alcohol», pensé mirando el reloj.

—El chofer de Isaías —respondí—. Veréis, resulta que...

—¿De qué conoces tú al chofer de Isaías? —me interrumpió James.

—¡Lo conozco y punto! —solté sin pensar, arrepintiéndome enseguida. Traté de enmendar mi salida de tono—. Lo conocí el día en que presencié el cónclave de los nuevos hermanos de la orden.

James se levantó bruscamente.

—¿El día en que qué? —bramó, negando con la cabeza.

Aquello se me estaba yendo de las manos.

—Hace unos días me reuní con Isaías en uno de los palacios donde se

congregan los miembros de la orden —admití, cabizbaja, cansada de tantas mentiras.

—Esto es increíble —soltó, furioso. Se sentó de nuevo y me miró con dureza—. Está bien, continúa.

—Había quedado con Isaías a las once de la mañana en el parking, pero se retrasó más de media hora por culpa de una conferencia con un empresario saudí. El caso es que mientras le esperaba conocí a su chofer, Roberto Carlos, y charlamos durante un buen rato.

—¿De qué hablasteis? —preguntó James, cruzando los brazos a la altura del pecho.

—En realidad, de nada relevante pero mencionó que desayunaba cada día a las diez y media en un bar que queda a unos cinco minutos de las oficinas. Una pequeña cafetería situada en un callejón detrás de las torres. Lo regenta su cuñado, con quien tiene una muy buena relación. Eso sí, hacen el peor café del mundo —añadí en voz baja.

—¿Y eso que tiene que ver con tu plan? —preguntó Teresa.

Guardé silencio durante un par de segundos y finalmente me lancé al ruedo.

—Os propongo secuestrar al chofer —señalé con determinación. Todos me miraron ojipláticos a excepción del marqués. Tragué saliva y continué hablando—, hecho lo cual, uno de nosotros tendrá que hacerse pasar por el nuevo chofer de Isaías.

—No tiene sentido —comentó Patrick, a quien en aquel momento le hubiera escupido unos cuantos improperios.

—Secuestramos a Roberto Carlos cuando vaya a desayunar, es decir, a las diez y media —continué—. Acto seguido telefoneamos a la secretaria de Isaías diciendo que llamamos de la central de choferes y le comentamos que Roberto Carlos está indispuesto y que un nuevo conductor le sustituirá.

—Sigo sin ver cómo haremos para que Isaías entre en el palacete con una cámara —dijo Patrick, frunciendo el ceño.

«Y seguirás sin verlo si no dejas de interrumpirme», quise decirle.

—La reunión de la orden es a las doce de la mañana.

—Un momento —me interrumpió James—. ¿Cómo diablos sabes tú a qué hora es la reunión?

—Tengo mis fuentes —respondí muy dignamente.

—Sofía... —dijo a modo de advertencia.

—He llamado a María Pedrosa —contesté, mirando de reojo al marqués

—. Le he pedido que intentara averiguar todo lo que pudiera sobre la agenda que tenía Isaías para mañana. No le ha costado mucho dar con esa información, pues tiene muy buena relación con la secretaria del presidente. Según ha podido averiguar María, Isaías tiene mañana una reunión en las torres que comienza a las nueve en punto y finaliza a las once. A eso de las cuatro de la tarde ha de acudir a un evento solidario de la fundación del banco. Al parecer, recaudan dinero para una campaña contra la pobreza infantil —comenté con sarcasmo—. Entre las once y las cuatro no parece haber nada en la agenda excepto una pequeña anotación. —Me miraron expectantes—. Dos letras, «OD», y un número, el doce.

—La Orden del Denario —comentó Teresa con cierta admiración—. Tienes razón, la reunión será a las doce.

—Continúa, por favor —me pidió James con un repentino interés.

—Calculo que el chofer deberá recoger al presidente a eso de las once y media —dije haciendo una mueca con los labios—. Uno de nosotros debería tropezar con Isaías justo antes de que suba al coche y derramarle algo en la americana, café por ejemplo. Se pondrá hecho un basilisco, pues irá con el tiempo justo para llegar a la reunión. El chofer, quienquiera que acabe siendo, deberá ofrecerle su americana. Al principio Isaías se negará en redondo. ¿Cómo va a vestirse él con la ropa de un simple conductor de coches? —ironicé—. Sin embargo, en vista de la ausencia de alternativas, acabará por ceder y aceptar la americana del chofer que...

—Que, *casualmente*, llevará una micro cámara encima. —James acabó la frase, mirándome con una sonrisa mientras sacudía la cabeza dándose por vencido. Inspiró profundamente al tiempo que dejaba caer su espalda sobre el respaldo del sofá—. En fin, creo que no tenemos muchas más opciones —dijo finalmente, dando su beneplácito—, y he de reconocer que la idea me gusta.

Quise gritar de alegría, pero no lo hice. Mantuve la compostura y reprimí la sonrisa que se asomaba en mis labios.

—¿Quién será el conductor? —preguntó Patrick—. Todos estamos *manchados*.

«Es cierto», me dije. No había reparado en aquel pequeño detalle. Isaías nos conocía a todos.

—Lo hará Matthew —concluyó James tras unos segundos—. Isaías y él deben tener la misma talla de ropa, ¿me equivoco? —añadió, dirigiéndome su pregunta.

—Eso creo —respondí con inseguridad.

James se volvió hacia Teresa.

—Deberíamos asegurarnos de que la americana que lleve Matthew convine con la ropa de Isaías.

—Déjalo en mis manos —respondió ella sin vacilar.

—Será uno de los hombres de Matthew quien tropiece con Isaías y le derrame la bebida encima —continuó James, quien parecía sentirse cómodo con aquel improvisado plan.

—¿Y qué hay de la escolta? —intervino Patrick—. ¿Y si es uno de los guardaespaldas de Isaías quien le ofrece su americana?

—Isaías no suele acudir con escolta a este tipo de reuniones —respondió el marqués—. Y aunque así lo hiciera, el tallaje de sus *gorilas* es manifiestamente superior al de nuestro endiosado y raquíptico presidente —se mofó.

Las palabras de Juan parecieron ser suficientes. James se levantó y llamó a Matthew por teléfono. Habló con él durante un par de minutos sin darle apenas ningún detalle. Quedaron en verse aquella misma tarde y colgó el teléfono.

—¿Qué sucederá cuando tengamos el vídeo que les incrimine? —quise saber.

—Se lo entregaremos a las autoridades —respondió James, extrañado por mi pregunta—. Los miembros de la orden serán detenidos y pasarán a disposición judicial.

—¿Y si se libran de la cárcel? —pregunté levantando la voz—. Sabes tan bien como yo que son personas muy poderosas y este no es un país que se caracterice precisamente por la integridad y la honradez judicial en lo que a empresas y personas influyentes se refiere.

—¿Y qué es lo que quieres? —preguntó, molesto.

—¿Que qué quiero? —repetí como un eco—. ¡Quiero justicia!

—Si quieres justicia, cierra los ojos y comienza a soñar —respondió con gran desencanto—. Solo entonces la encontrarás.

Y con su desengaño fue cómo se gestó mi gran venganza contra la secta de los banqueros.

Me retiré a mi habitación tras aquella conversación. Quería estar sola pues tenía mucho en lo que pensar. Debía trazar un nuevo plan del que solo

yo estaría al corriente. Tendría un cómplice, eso sí.

Decidí apartar al marqués de mis planes por dos únicos motivos. Después de darle infinidad de vueltas, concluí que Juan no tenía nada que aportar en el proyecto que tenía en mente. Por otro lado, aunque su colaboración hubiera podido serme de utilidad, una parte de mí sabía que acabaría por confesárselo a James.

Cavilé durante dos largas horas antes de involucrar a Roos, mi ex compañero y con quien había tropezado a la entrada del banco el día anterior. No sé muy bien por qué lo hice, tal vez me dejé llevar por la intuición. Quizá fuera una decisión precipitada y desesperada, pero lo cierto es que acabó siendo la correcta.

Mientras yo estaba encerrada en mi habitación, bajo el pretexto de un repentino dolor de cabeza, los demás ultimaron los detalles de la misión en compañía de Matthew, quien se presentó en el apartamento a primera hora de la tarde. Bajé al salón en un par de ocasiones. Parecían tenerlo todo controlado, concluí tras observarles detenidamente. Mi presencia ahí era del todo innecesaria, de manera que me dirigí de nuevo a mi habitación.

Al día siguiente me levanté con la euforia y los nervios de quien está a punto de asistir al desenlace de una representación teatral. Y, en cierto modo, así era. Bajé al salón ataviada con un infantil pijama de lunares rojos que me había regalado mi hermana el día de mi cumpleaños. Para mi sorpresa todos estaban despiertos, atareados bajo un frenético ritmo de trabajo. La enorme mesa del salón, una preciosa obra de arte en madera de acacia maciza, se había transformado en un improvisado despacho colmado de monitores y teléfonos móviles.

—¿Todavía estás en pijama? —exclamó al marqués.

Le miré sorprendida, pues hubiera jurado que no eran más que las siete de la mañana. Le agarré el brazo y lo levanté hasta que su reloj quedó frente a mis ojos.

—¡Maldita sea! —grité—. ¡Son las diez de la mañana! Pero ¿es que a nadie se le ha ocurrido despertarme?

Mis palabras se perdieron entre el alboroto que había en el salón.

—Disculpa —me dijo un hombre, esquivándome mientras pasaba a mi lado.

Abrí los ojos de par en par al ver a otros dos hombres más a quienes no conocía de nada. Uno de ellos hablaba con George. El otro parecía recibir órdenes de Patrick mientras conectaba los cables de un monitor a un

dispositivo móvil.

—Pero ¿qué...? ¿Quiénes son estas personas...? —pregunté a trompicones—. ¿Y por qué no se me ha informado de su presencia? —solté como si alguien tuviera la más mínima obligación de mantenerme al corriente de lo que ocurría en aquella casa.

—Sube a cambiarte de ropa, pecosa —me pidió Juan tras una sonora carcajada—. Te prepararé un café.

Obedecí malhumorada. Mientras subía por las escaleras me tropecé con Matthew, quien descendía los peldaños al tiempo que ojeaba unos documentos.

—Buenos días, Sofía —me saludó con amabilidad, repasando con la mirada mi poco apropiado atuendo.

Le saludé con un desatinado movimiento de cabeza. Llegué a mi habitación maldiciéndome en voz alta. Haberme levantado tan tarde me obligaba a modificar todos mis planes. Cogí mi móvil y le envié un mensaje a Roos: «Nos vemos en media hora donde acordamos ayer. Disculpa el retraso».

Una vez en el salón me bebí tres tazas de café seguidas. Necesitaba que mis neuronas estuvieran en plena forma. Observé el trajín que había en el salón. Unas siete personas caminaban de un lugar a otro, hablando por el teléfono móvil, sosteniendo papeles, conversando entre ellas y desvariando al ritmo del frenesí. El marqués se quedó a mi lado, sentado sobre uno de los taburetes de la cocina.

—El hombre de la camisa azul ha pirateado el móvil de Isaías —comentó en voz baja, tapándose la boca como un niño travieso confesando una fechoría—. Parece que ahora está configurando el móvil para que, en tanto la cámara y el aparato estén próximos, ambos se vinculen automáticamente. De este modo, el móvil actuará como regenerador de la señal —comentó, mientras me servía un poco más de café.

—¿Qué dices que está haciendo? —pregunté, mirándole extrañada.

—Pues la verdad es que no lo sé muy bien —confesó, encogiéndose de hombros—. Algo así me ha parecido escuchar, pero lo cierto es que no entendí ni una palabra.

Asentí con la cabeza sin saber muy bien de qué me estaba hablando, tras lo cual dirigí de nuevo la mirada hacia el salón. James ni siquiera había reparado en mi presencia. Estaba tan ofuscado con el final de aquella misión que todo cuanto ansiaba era que el día terminase y poder empezar una nueva

vida, alejado de aquel mundo que a simple vista parecía haberle extenuado. Bien pensado, lo cierto es que el frenético ajeteo que se respiraba en el apartamento favorecía el que pudiera perpetrar mi propia misión.

Para cuando acabé mi cuarta taza de café, el cansancio con el que me había despertado aquella mañana no era más que un vago recuerdo. Claro que aquella poco saludable sobredosis de cafeína también trajo consigo otros efectos menos provechosos. Sin darme apenas cuenta comencé a conversar con el marqués en lo que pareció un monólogo desvariado.

—¿De qué diablos me estás hablando, pecosa? No he entendido nada de lo que has dicho. —Juan me miró ceñudo, entornando la mirada y torciendo la boca—. Creo que se te ha ido la mano con el café.

—Es posible —respondí, acelerada—. Necesito que me hagas un favor. Es realmente importante. Me va la vida en ello. A todos. Al mundo entero —añadí, aumentando gradualmente la velocidad al hablar, sin apenas dejar espacio entre palabra y palabra.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Haré lo que quieras, Sofía, pero haz el favor de calmarte. Y por lo que más quieras, habla más despacio.

—Necesito salir del apartamento durante unos minutos...

—Ni lo sueñes —me cortó, alzando la mano mientras negaba con la cabeza.

—¡Por favor! —supliqué—. Solo serán unos minutos. Te prometo que volveré enseguida.

Caviló durante un instante sin apartar los ojos de James.

—Lárgate —dijo finalmente, negando con la cabeza—. Aguarda un instante, pecosa —me ordenó de pronto, agarrándome del brazo con firmeza—. Si en media hora no estás de vuelta, hablaré con James.

Salí de casa sin que absolutamente nadie se diera cuenta. Me despedí de Juan prometiéndole que regresaría en los treinta minutos que habíamos acordado. Me planté unas enormes gafas de sol y un sombrero con forma de campana, cortesía de Teresa, y salí a la calle. Miraba de un lugar a otro, como si esperara que alguien me asaltara en cualquier momento. Caminando como si el mundo entero me estuviera espionando, me dirigí a la calle de detrás y entré en una pequeña y recóndita cafetería.

—¡Amapola! —gritó Roos en tanto me vio, extendiendo los brazos—. Qué *busto* volver a verte.

—Qué gusto —le corregí al tiempo que mi ex compañero holandés me rodeaba con sus brazos—. Escucha, Roos, no dispongo de mucho tiempo y nadie puede saber que estoy aquí —comenté en voz baja mientras caminábamos hacia el fondo de la cafetería.

—¡Qué emocionante! —exclamó, eufórico.

Tomamos asiento en una solitaria mesa con tablero de mármol, que enseguida se vio repleta de cafés y toda la bollería que a Roos se le había antojado desayunar.

—¿Crees que podrás hacer lo que te pedí ayer?

—Por supuesto que sí —respondió alzando el mentón con orgullo. Me miró fijamente y se agachó hacia delante. Instintivamente, le imité—. Pero debes saber que *arrisco* mucho haciendo lo que me pides.

—Arriesgo —susurré—. Lo sé, Roos, y de verdad que lo siento muchísimo, pero...

—Puedo perder mi trabajo.

—Te lo compensaré. Haré todo lo posible por resarcirte.

—¡Vah! —exclamó haciendo un gesto con la mano—. Tampoco es un puesto tan importante.

—No seas modesto, pero si eres un realizador de Televisión Española.

—Dicho así... —titubeó, inseguro.

—Eres responsable de la realización del telediario de primera edición — comenté, repitiendo las palabras que él mismo había empleado para describir su trabajo durante nuestra secreta conversación del día anterior—. Tú eres quién decide lo que el espectador ve en la pantalla de su televisor y, por cierto, lo haces muy bien —añadí, tratando de levantarle el ánimo mientras me preguntaba si alguna vez habría visto yo aquel telediario—. Tranquilo, tendrás todo mi apoyo cuando esto acabe.

—Tal vez no soy el realizador número uno —comentó con un tono infantil.

—Pues serás el número dos —dije, encogiéndome de hombros y sin adivinar lo que quería confesarme.

—Hay algo de lo que quizá debería hablarte —tartamudeó.

—Si es por el dinero... —comencé a decir—. Verás, no tengo una gran fortuna, pero sí que he ahorrado bastante durante los últimos años. Te compensaré económicamente hasta que encuentres otro trabajo. Tienes mi palabra.

—¡Qué va! —exclamó, zarandeando la cabeza—. Seguro que ganaré más

dinero *corriendo* el paro.

—Cobrando el paro —dije, incapaz de no corregir cada uno de sus patinazos lingüísticos. Y de pronto, en tanto caí en lo que acaba de decir, sentí el peso de un nuevo contratiempo—. ¿Cómo...? ¿Cómo dices? ¿Ganarás más dinero cobrando el paro? ¿Qué sandez es esa?

Carraspeó, nervioso.

—No soy un realizador del todo —confesó, levantando y juntando los extremos interiores de las cejas.

—¡Por Dios, Roos! No es momento para bromas —exclamé, alzando la voz—. ¿Eres o no eres realizador?

Y entonces vino su confesión y con ella mi descalabro.

—No lo soy —contestó, cabizbajo—. Soy ayudante del...

—¿Del realizador? —pregunté, apremiándole con la cabeza.

—Del mezclador.

Abrí los ojos de par en par al tiempo que mis cejas se elevaban hasta casi abandonar mi frente. La sorpresa dio paso al enojo.

—¿Te... te encuentras bien? —farfulló—. Tienes las *popeyas* muy dilatadas.

—Pupilas, Roos. Se dice pupilas —contesté, a punto de perder los papeles—. ¿Por qué demonios me mentiste?

—Porque quería impresionarte. Yo *soy* enamorado de ti. Pero tus sentimientos hacia mí siempre negativos, ¡nunca positivos! —expresó con su habitual acento holandés.

Le compadecí al ver su expresión de desconsuelo.

—Está bien, Roos, perdóname. Hemos comenzado con mal pie. ¿Por qué no empezamos de nuevo? —dije, recobrando la calma—. Me da igual cuál sea el puesto exacto que desempeñas en Televisión Española, siempre y cuando puedas hacer lo que te pedí. —Asintió con confianza—. No te voy a engañar, es más que probable que nunca más trabajes en televisión cuando esto salga a la luz pero, como te decía, no pienso dejarte en la estacada. Te prometo que te ayudaré en todo cuanto esté en mis manos.

—¿Me darás trabajo en el Banco *Esterilla*? —preguntó con los ojos iluminados.

Resoplé, cansada de mentir a todas horas.

—No, Roos. Yo no trabajo en ese banco.

—¡Tú también mentir! —exclamó, como si aquello nos uniera más que nada en el mundo.

—Es cierto —admití, agotada.

—¿Y en qué trabajas? —preguntó, confuso.

—Oficialmente, en nada —contesté, cada vez más desanimada.

—¿Y cómo me vas a ayudar entonces?

—No lo sé, Roos, y es esa la verdad —respondí abatida—, como también lo es el hecho de que los banqueros más importantes de este país han trazado un plan de lo más siniestro para que sus propios empleados cometan un fraude financiero de grandes dimensiones que arruinará a miles de familias.

Me estaba yendo por las ramas y era consciente de ello, pero apenas disponía de quince minutos más y Roos no parecía del todo convencido.

—¿El Banco *Esterilla* va a obligar a sus empleados a cometer un delito?

Sonreí con sarcasmo.

—¿Por qué obligar a un empleado a hacer algo que no quiere cuando puedes doblegar su mente? —planteé, cruzando la frontera de lo que podía y de lo que no debía revelar—. En fin, Roos, creo que deberíamos hablar del otro asunto.

—¿De nuestro amor? —soltó, haciendo que casi escupiera el sorbo de café que aún tenía en la boca.

Miré al reloj. Diez minutos más y el marqués hablaría con James.

—No hay nada entre nosotros y no lo habrá. Quiero que eso te quede muy claro.

—¿Por qué? —preguntó, enfurruñado, cruzándose de brazos.

—Porque estoy enamorada de otra persona —repuse.

—¿Y él está enamorado de ti?

—Eso creo —contesté, resoplando.

—¿Tienes alguna prueba *continente*?

—Contundente —le corregí—. Y sí, la tengo. Quiere casarse conmigo.

—¡Y yo también!

«¡Por el amor de Dios!», exclamé para mis adentros.

—Roos, tengo que irme de aquí en menos de cinco minutos o mi plan se irá al garete.

—¿A dónde se irá?

—Olvídalo. Escucha, pídemelo lo que quieras, ¿de acuerdo? Podemos quedar a cenar, a tomar café, e incluso ir al cine, si es lo que te apetece. Pero no me pidas que haya nada más entre nosotros, mi corazón ya tiene dueño —contesté con un tono de lo más poético.

—¿Lo que quiera? —preguntó con lascivia.

—Lo que quieras —claudiqué—, pero recuerda los límites.

Permaneció pensativo durante un par de segundos, tras los que esbozó una sonrisa traviesa.

—Quiero un striptease.

—¿Te has vuelto loco?

—*Arrisco* mucho por ti. Yo creo merecer eso —gruñó.

Inspiré profundamente y accedí a ello, enterrando bajo suelo mi escasa dignidad.

—Ahora —exigió.

No tenía tiempo para protestar, así que le agarré del brazo y me lo llevé al cuarto que quedaba junto a los lavabos. Roos se sentó sobre una silla de plástico, luego de desplegarla con sus temblorosas manos. Encendió su móvil y buscó una canción con la que pudiera amenizar el espectáculo.

—¿Alguna petición especial? —pregunté con desgana.

—Quiero que bailes como Mata Hari —soltó—. También era una espía como tú —añadió, guiñándome un ojo.

—Yo no soy ninguna espía —protesté—. Y dime, ¿cómo es ese baile?

—¿Qué como es? —repetió, sorprendido—. ¡Es la danza de los siete velos! —exclamó como si fuera una obviedad.

—Mi especialidad —ironicé mientras cogía unos cuantos manteles apilados sobre las estanterías del armario que quedaba a mi derecha.

No tenía ni la menor idea de cómo bailar aquella dichosa danza, pero tampoco disponía de tiempo para discurrir sobre ello, de modo que me coloqué los manteles sobre la espalda, a modo de capa, y comencé a improvisar un baile de movimientos atropellados donde la armonía brillaba por su ausencia. El móvil de Roos añadió la melodía a mi atroz bailoteo.

Comencé a serpentear los brazos, agitando los manteles como si fueran delicados velos de seda. Balanceé suavemente mis caderas de un lado a otro mientras notaba un gratificante desbloqueo físico y mental. Poco a poco me metí en el papel y mi cuerpo comenzó a vibrar, expresando todas mis emociones reprimidas, desde el miedo y la tristeza hasta la alegría y la pasión. Lancé un mantel al suelo con gran sensualidad, poseída por el espíritu de Rita Hayworth.

Comencé a trazar grandes círculos con las caderas, contrayendo los músculos del vientre y de los glúteos, alternando movimientos rápidos y lentos, expresando la verdadera historia de mi vida a través de la sensual ondulación de mi cuerpo. Me liberé de un par de manteles más, sintiendo la

placentera armonía entre mi cuerpo y el espíritu que habitaba en él.

Para cuando la pieza musical tocó a su fin ya me había despojado de todos los manteles e incluso de mi camisa. Recibí mi merecido aplauso mientras me vestía a toda prisa.

Salimos de aquel minúsculo cuarto y nos dirigimos de nuevo a la mesa donde nos aguardaban nuestros cafés. La camarera nos lanzó una mirada de reprimenda a la que ninguno de los dos parecimos hacer el menor caso.

—¿No me habrás grabado? —pregunté al ver en su móvil una luz roja todavía parpadeante.

—Un poco sí —respondió cabizbajo—. Será el único recuerdo que tenga de mi Mata Hari —indicó, echando mano del chantaje emocional—. Ha sido un baile muy *artróstico*. Te lo enviaré después para que guardes un recuerdo de nuestro encuentro. Por favor, no *enfadarse* conmigo.

—Está bien, no pasa nada —dije, mirando el reloj. Ya debía estar en casa. El marqués estaría a punto de hablar con James, si no lo había hecho ya—. Ya sabes cuál es el plan. Ahora dime, ¿qué tengo que hacer yo para que todo funcione correctamente?

—Deberás descargar este programa en el ordenador donde *vislumbrices* el vídeo —contestó, entregándome un papel sobre el que había escrito la dirección de una página web—. Hecho esto, en el momento en el que en ese ordenador se *riproduzca* cualquier vídeo, deberás apretar el botón de compartir y automáticamente será retransmitido en directo por internet.

—Suená fácil —comenté—. Y ahora el siguiente paso, explícame exactamente cómo conseguirás que el vídeo se emita al mismo tiempo en el telediario.

—Eso es lo más sencillo. Cuando hayas descargado el programa, envíame las claves en un *masaje*. —«Mensaje», traduje mentalmente—. Cuando tú subas el vídeo yo también podré verlo desde mi ordenador.

—¿Y cómo pasará de tu ordenador a la pantalla del espectador? —pregunté con escepticismo.

—¡Soy el mezclador! —exclamó con orgullo.

—El ayudante del mezclador —le corregí, una vez más—. ¿Y eso en qué nos beneficia?

—Yo pincho y compongo lo que se ve en pantalla cuando mi jefe *estar* enfermo, como es el caso —señaló, sonriendo de oreja a oreja.

—Eso es... ¡Eso es fantástico! —grité, entusiasmada.

—Solo hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Yo controlo la mesa de mezclas, pero es el realizador quién me da las órdenes.

—Estamos perdidos —me lamenté, apoyando la frente sobre la palma de mi mano.

—No si alguien llama preguntando por él y diciendo que es un asunto muy urgente —comentó, mientras me entregaba una tarjeta donde había apuntado el nombre y el número de teléfono del realizador.

—¿Cómo estás tan seguro de que se ausentará?

—Su mujer está a punto de *dar luces*.

—¿*Dar luces*?

—*Saldar cuentas*.

—¿Cómo dices?

—¡Tener bebé!

Resoplé, exhausta, y retomé la conversación.

—La emisión debería producirse en torno a las doce, tal vez unos minutos más tarde —le advertí.

—Tú no preocuparte. Envíame las claves y yo me encargo de lo demás —comentó con un guiño.

Entré en el apartamento de puntillas y sin hacer ruido. Miré el reloj con un ojo cerrado —el más cobarde de los dos— y comprobé con gran pesar que llegaba diez minutos más tarde de lo acordado. Juan estaba hablando con James cuando me acerqué al salón. Les miré espantada, asumiendo que el marqués me habría delatado.

—¿Dónde estabas? —preguntó James con cara de pocos amigos.

—En mi habitación —titubeé.

—Sofía... —dijo, negando con la cabeza mientras posaba sus manos sobre mis hombros—. ¿Qué voy a hacer contigo? —Bajé la cabeza, a la espera de recibir un merecido sermón mientras ideaba, muy a mi pesar, una nueva mentira con la que excusar mi ausencia—. Me ha contado Juan lo de tu dolor de cabeza.

—¿Mi qué? —pregunté, alzando la cabeza en acto reflejo involuntario.

—Tu dolor de cabeza, mi amor —dijo con ternura—. Escucha, Sofía, no deberías estar aquí si no te encuentras bien. ¿Por qué no descansas un poco?

Se me cayeron las lágrimas por la emoción.

—Me encuentro mucho mejor, gracias —dije con una sonrisa sincera—. Tal vez pueda seros de utilidad.

—Está bien, como quieras —contestó, secándose las lágrimas—. Pero antes come algo, por favor.

Obedecí con la satisfacción de haber sorteado un nuevo obstáculo de manera admirable. Una vez en la cocina, tal y como era de esperar, tuve que aguantar la reprimenda del marqués. Permanecí en silencio, con la mirada clavada en el suelo mientras sonreía en mi interior al pensar en la debacle que estaba a punto de provocar.

A pesar de su enfado, Juan me preparó un café, que acompañó con un par de croissants de aspecto poco apetecible. No tenía hambre, pero no quería llevarle la contraria, de manera que me los comí untándolos de una pastosa crema de chocolate que camuflara su desagradable sabor a rancio.

Permanecí los siguientes minutos disfrutando de mi café mientras repasaba mi plan una y otra vez, temiendo que algo se me estuviera pasando por alto. Y entonces lo recordé. Debía instalar la aplicación que me había indicado Roos si quería compartir el vídeo de la reunión de la Orden del Denario. Una pequeña ayuda divina quiso que en aquel momento James les reuniera a todos para repasar el plan que debían seguir en caso de que algo saliera mal.

—¿Por qué no salimos a la terraza mientras lo repasamos? —propuso Teresa—. Necesito fumarme un cigarrillo.

—Os acompaño —comentó el marqués, mientras se sacaba un paquete de tabaco del bolsillo del pantalón.

Aproveché aquellos cinco minutos para perpetrar mi asalto a uno de los ordenadores en lo que acabó siendo una operación de infarto. Descargué el programa que me había indicado Roos y lo dejé todo listo para que compartir el vídeo de la reunión de la secta de los banqueros fuera tan fácil como hacer un sencillo clic. Le envié las claves a mi cómplice holandés a través del teléfono y regresé de nuevo a la cocina, donde permanecí recuperando el aliento.

Para cuando entraron de nuevo yo ya estaba más tranquila. Eso sí, miraba el reloj cada dos segundos, sin tener muy claro si quería que el tiempo avanzara más deprisa o bien si lo que deseaba era justo lo contrario, temiendo haber cometido algún error que tuviera que enmendar.

—Tu teléfono móvil está pitando —me advirtió el marqués al entrar en la cocina.

—¡Maldita sea! —exclamé—. Está sin batería —gruñi—. Tenía que pasar justo ahora.

—¿Para qué necesitas el móvil *justo ahora*? —preguntó, extrañado. No supe qué contestar. Estaba tan exhausta que mi imaginación ya no daba más de sí—. Yo te lo pondré a cargar.

Agradecí su gesto y me quedé de nuevo a solas, contemplando el enorme revuelo que había en el salón. Juan regresó enseguida a mi lado.

—¿Qué harás cuando todo esto acabe? —le pregunté.

—Viajar con María —respondió con una enorme sonrisa—. ¿Sabes qué? Nos hemos prometido.

—Lo imaginaba —contesté, risueña, al recordar el pequeño paquete que tuve que entregarle la noche en que acudí a la gala benéfica del banco—. Hacéis muy buena pareja —dije mientras le felicitaba con un cariñoso abrazo.

A las once y cuarenta James recibió el mensaje de confirmación que todos esperaban. Matthew había logrado completar con éxito la parte más importante de la misión. Isaías vestía la americana con la micro cámara y estaban de camino al palacete de Pedralbes. Unos segundos después, dos monitores y el ordenador portátil con el que perpetraría mi plan comenzaron a mostrar en sus pantallas todo cuanto la cámara estaba grabando.

Eran las doce menos diez cuando Isaías y Matthew llegaron a su destino. Para entonces los nervios habían acampado a sus anchas en el salón. Apenas se oía una sola respiración. Todos sabíamos cuánto nos jugábamos aquel día.

—¿Dónde has dejado mi móvil? —le pregunté a Juan.

—Lo dejé cargando con el cable de aquel ordenador —respondió señalando el mismo portátil que yo pensaba emplear para difundir las maldades de la Orden del Denario.

No tuve tiempo de ir a por él, pues James me cogió del brazo y me pidió que le siguiera.

—¿Qué sucede? —pregunté una vez en la terraza—. La reunión de la secta está a punto de comenzar.

—No espero que hablen de nada importante durante al menos quince minutos —respondió con una mirada traviesa—. Hay algo de lo que quisiera hablar contigo.

«¿En este preciso instante?», preguntaron al unísono todas mis neuronas.

—No entiendo nada —comenté, confusa, mientras evitaba sus labios.

—Tú siempre tan desconfiada, mi amor —dijo, retirándose un mechón de pelo—. Tengo buenas noticias —anunció, ensanchando su sonrisa.

—¿Y bien? —pregunté, abriendo bien los ojos.

—¿Recuerdas el abogado del que te hablé?

—¿Aquel que podía ayudar a los clientes estafados por el banco?

—Ese mismo. Me llamó hace un par de horas. Su bufete se hará cargo de la representación jurídica de todos ellos.

Me sobrecogió una esperanzadora ráfaga de emoción. La alegría empañó mis ojos de lágrimas y, en un arranque de lo más precipitado, me abalancé sobre James, quien respondió a mi arrebato con una sonora carcajada. La esfera de su reloj me hizo regresar de nuevo a la cruda realidad.

Las doce menos cinco.

—Esto ya se acaba, Sofia —comentó con una espantosa lentitud—. Quiero que sepas que ha sido un placer haber trabajado contigo —comentó con un tono a medio camino entre la ironía y la burla—. Lo cierto es que estoy muy orgulloso de ti y te agradezco mucho el que no me hayas mentido. Al menos durante las últimas veinticuatro horas —añadió con un guiño.

El peso de la culpabilidad me abatió al instante.

—Tal vez hay algo que deberías saber —dije con voz temblorosa.

Puso sus dedos en mis labios.

—¡Chist! —me pidió que guardara silencio—. No necesito saber nada más. Ahora sé que puedo confiar en ti.

Me besó del mismo modo en que se besan los amantes en la distancia, sin distinguir los sueños de la realidad.

Miré el reloj de su muñeca. Las doce en punto. Aquello debía ser una broma, pensé al borde del colapso. No podía creer en mi mala suerte. Mi plan era sencillamente perfecto y ahora se iba a ir al traste por la sencilla razón de que a James le había dado por mostrarse cariñoso conmigo.

Debía llamar por teléfono de manera urgente para que Roos se librara de su realizador, pero no se me ocurría el modo de deshacerme de James sin que mi comportamiento resultara sospecho.

—Aguarda un momento, mi amor —dijo, arrastrándome de nuevo a la realidad—. Voy a buscar algo.

—¿Algo?

—Un regalo.

—¿Un regalo? —repetí, rozando la histeria—. Por Dios, James, son más de las doce.

—Hazme caso, ahora mismo solo están charlando sobre quién tiene la cuenta bancaria más grande. Tardarán unos minutos entrar en materia. De

todos modos, si dijeran algo relevante, nos avisarían —comentó con voz tranquila—. ¿Me esperarás aquí? Solo será un minuto.

—Verás es que...

Comencé a hiperventilar. ¿Y si confesaba?

—¿Qué sucede? —preguntó con sus manos sujetando mi cara.

—Tenía que hacer una llamada —gimoteé al borde de un ataque de nervios.

—¿A quién?

—A mi hermana —improvisé—. Quedé en llamarle esta misma mañana.

Se metió la mano en el bolsillo de su pantalón y me entregó su móvil.

—Llámale desde mi teléfono —dijo antes de marcharse.

«Está bien —me dije en voz baja cuando me quedé a solas conmigo misma—, la cosa pinta mal, pero tú puedes solucionarlo. Haz la llamada con su móvil. Líbrate de James y sube el maldito vídeo para Roos se encargue del resto del plan».

Una vez terminé de darme instrucciones, metí la mano en el bolsillo derecho de mi pantalón, de donde extraje la tarjeta que me había dado Roos. La sostuve con mis dedos temblorosos mientras trataba de descifrar el nombre del realizador. No lo logré, pero sí pude adivinar el número de teléfono, de modo que hice la llamada sin preocuparme de nada más.

—Buenos días. Quisiera hablar con el realizador, por favor.

—¿Con qué realizador? —preguntó una voz femenina de lo más antipática.

—Con el de los telediarios del medio día.

—¿Con qué realizador? —repitió la mujer como si no hubiera escuchado mis palabras.

Miré al cielo. ¿Acaso no podía salirme algo bien a la primera?

—Pues con el que *realiza* —respondí con la inteligencia en huelga permanente.

—Nombre y apellidos.

—Sofía Aldana —respondí sin pensar.

—Los suyos no, los de la persona con quien desea hablar.

Miré de nuevo la tarjeta. Aún a pesar del enorme esfuerzo que hice fui totalmente incapaz de entender lo que aquel garabato infantil pretendía expresar. Al parecer, Roos escribía con la misma soltura con la que se expresaba oralmente.

—¿Jacobobo? O Jaime. No estoy segura. —Nada. La mujer no reaccionó—.

Oiga, es un asunto de vida o muerte. Más le vale avisar al realizador, se llame como se llame, o le juro que se arrepentirá —exclamé, alzando la voz.

—No me grite, ¡energúmena! Y si se le ocurre volver a amenazarme, le cuelgo.

Aquello iba de mal en peor.

—Discúlpeme. Es que estoy muy nerviosa. Su mujer ha roto aguas hace ya un par de horas y no le localizamos en el número que nos dio.

—¿Qué mujer?

—¡Maldita sea! —grité—. La del realizador. Vamos a ver, ¿acaso hay muchos realizadores de telediarios cuyas mujeres estén a punto de dar a luz?

—Solo uno —respondió, como si la cosa no fuera con ella.

—Pues pásame con él o avísele de que su mujer está de parto.

—¿Y quién es usted? —preguntó con desconfianza.

—¿Yo? —repetí, torpemente—. La comadrona —inventé.

—¿Y qué hace hablando conmigo si la mujer de Jacinto está dando a luz? «Buena pregunta», me dije.

—Verá, es que el niño se ha quedado un poco atascado.

—¡Cielo santo!

—No se alborote, mujer, que no es nada grave. El bebé salía con entusiasmo, pero en tanto asomó la cabeza y vio el *percal*, pues como que se lo pensó mejor —dije, habiendo consumido todo mi ingenio—. Pero no se preocupe, es algo muy habitual. Por eso nos hemos tomado un pequeño descanso. En fin, estas cosas van como van, en cualquier momento la criatura se anima de nuevo y retoma el camino que ha dejado a medias. Ande, no sea rencorosa y díglele a Jacinto que vaya a ver a su mujer —dije antes de colgar.

Dejé el móvil sobre la mesa de la terraza en el mismo instante en que James regresó.

—¿Cómo estaba?

—¿Quién? —pregunté con la mirada clavada en su reloj.

La doce y diez.

—¿Quién va a ser, mi amor? Tu hermana. —Me miró extrañado, ladeando la cabeza mientras parecía esconder algo en su mano derecha—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, disculpa. Helena está muy bien. ¿Y mi regalo? —pregunté, deseando poder entrar de nuevo en el salón.

—Aquí tienes —contestó con una sonrisa.

Abrí el sobre que me entregó con más nerviosismo del que hubiera

deseado. En tanto vi lo que había en su interior, me quedé con la boca abierta y sin aliento.

—¿Dos pasajes para Kauai? —exclamé con la cara surcada de lágrimas.

—Sé que era nuestro destino de luna de miel —comentó, posando sus manos en mi cintura—. Pero creo que nos merecemos un viaje que compense estas últimas semanas. —Sonrió con ironía—. Y también las anteriores, ¿no crees?

Le miré atónita. La tensión, las hormonas y mis oscilantes emociones se habían puesto de acuerdo para anular mi capacidad de reacción.

—¿No vas a decir nada? —preguntó alzando una ceja.

—Me encantaría ir a Hawai contigo —tartamudeé.

—Me alegro —respondió, agrandando su sonrisa—, porque nos vamos mañana a primera hora.

Entré en el salón rebosante de felicidad y, por extraño que parezca, sufriendo un repentino ataque de pánico. Tenía el cielo tan al alcance de la mano que de pronto superar aquel último contratiempo se me hizo cuesta arriba.

«Unas horas más y todo esto habrá acabado», me dijo una voz interior. «Más te vale que así sea», me contesté a mí misma ante la mirada estupefacta del marqués. Claro que el verdadero motivo de su perplejidad nada tenía que ver con el hecho de que yo estuviera hablando sola.

—¿Qué sucede Juan? —le pregunté, apartándole del grupo.

—Alguien te estaba llamando al móvil —respondió como si se tratase de una noticia horrible.

Respiré aliviada, asumiendo que aquello no abriría las puertas de un nuevo contratiempo.

—A veces sucede con este tipo de aparatos —bromeé, abriendo los ojos con una mueca de burla—. Reciben llamadas.

—El ruido del móvil le estaba molestando —comentó, señalando a Patrick con el dedo—, de manera que quise silenciarlo.

—Bien hecho.

—Ya sabes que yo no me llevo muy bien con la tecnología. —Le miré intrigada—. Apreté un par de botones, pero lo único que conseguí fue que el aparato reprodujera un vídeo.

«Atenta, Sofía, porque aquí viene un nuevo enredo», escuché en mi

cabeza.

—¿Qué vídeo, Juan? —pregunté, agarrándole por la solapa de la camisa. Su expresión oscilaba entre el desconcierto y el recochineo.

—Uno en el que apareces bailando la danza de los siete velos. — Carraspeó y se rió como si acabara de acordarse de un buen chiste—. ¡Más bien de los siete manteles!

Abrí los ojos desmesuradamente y me apoyé sobre la pared.

—Tiene una explicación —señalé, arrugando la nariz.

—Seguro que sí, pero no me la debes, *pecosa traviesilla* —dijo, pellizcándome la mejilla—. Ya imagino quién estaba grabando —añadió con un guiño de mofa que acompañó con extraños vaivenes de cabeza.

—¿Quién? —pregunté, palideciendo al instante.

—¿Quién va a ser? ¡Pues el rubiales! Soy viejo, pero no tonto —protestó muy dignamente.

—Por supuesto. —Asentí con la cabeza—. Le vuelven loco este tipo de bailes.

James pasó por nuestro lado en aquel momento. Bajé la vista al suelo y me llevé la mano a la frente, rezando porque todo quedara ahí.

—¡Míralo! —gritó el marques—. Con lo serio que parecía el *gran jefe*.

James lo miró alzando las cejas y volvió la vista hacia mí, mirándome con extrañeza.

—¿Y a este qué le pasa? —me preguntó en voz baja.

Le di la espalda al marqués y con un gesto de mano le di a entender a James que tal vez Juan se hubiera pasado con el whisky.

Patrick nos avisó en aquel instante de que la conversación se estaba poniendo interesante. Instintivamente, todos dirigimos nuestras miradas hacia el monitor que quedaba a su lado.

—¿Están hablando de las armas? —pregunté, frenética, contemplando la mesa redonda donde estaban los banqueros más importantes del país.

—No —respondió Patrick—, parece que primero van a hablar del Proyecto Imperium.

La duda me atrapó en aquel instante. ¿Debía compartir el vídeo ya o tal vez era mejor esperar a que trataran el tema de su negocio armamentístico? Opté por la segunda opción.

Clavé los ojos en la pantalla del ordenador, hipnotizada por el embriagador aroma a venganza. En la imagen aparecía Saúl, quien por el ángulo debía estar sentado frente a Isaías. A su lado izquierdo estaba el

presidente de Blankium, Ignacio Javier Gabikagogeaskoa, y a su derecha el máximo dirigente del Banco Cantabria, Emiliano Zapatero. El resto de los asistentes eran altos directivos financieros, la mayoría del Banco Estrella, entre ellos los inseparables Arturo Cuadrado y Jordi Conejo. Hubo un hombre que llamó mi atención, su cara me resultaba familiar, pero no lograba reconocerle. Acerqué la vista al monitor, como si ello pudiera darme más pistas.

—Es Francisco Rodrigo —comentó Patrick—, presidente del Banco Bilbaíno.

Tomé asiento en una silla, incapaz de imaginar la enorme revolución que podría formarse si todo aquello finalmente salía a la luz.

—Queridos hermanos —comenzó a decir Saúl—, como todos saben hemos sido acechados por fuerzas externas y ajenas a la orden que han pretendido socavar nuestra hegemonía en el ámbito financiero. Dos de esos ataques han tenido origen en el Banco Estrella —comentó, reprendiendo a Isaías con un gesto hostil mientras bajaba las cejas al tiempo que alzaba la barbilla—. Uno de ellos ha sido perpetrado por un agente de la CIA con un historial de desobediencia de lo más lamentable. Augusto —dijo, dirigiéndose a un hombre canoso de mediana edad—, encárguese de que extraditen a este hombre y de que lo acusen de algún delito mayor.

—Sí, señor, como usted ordene —respondió el hombre de pelo plateado con un despreciable servilismo.

—En cuanto a la mujer... —Inspiró, arrugando el entrecejo y frunciendo los labios—. Una alta ejecutiva asesora de la familia Redsign —comentó con un tono irónico—. ¿Cómo ha podido ser tan descuidado, Isaías?

—La investigaron antes y después de entrar en el banco —se defendió el banquero—. Todos los financieros se la rifaban, Saúl.

—¿Quién la investigó? —preguntó, abriendo los orificios de la nariz como si de ellos fuera a salir el humo de un dragón.

—Patrick —respondió Isaías, cabizbajo.

—La quiero muerta, ¿está claro? —bramó Saúl, dirigiendo su orden a todos los presentes—. Y a Juan Valdez también.

Miré al marqués de reojo. Estaba de brazos cruzados y con los puños cerrados, mirando intensa y desafiantemente al mismo hombre al que en otro tiempo había llamado *hijo*.

—¿Qué hacemos con los demás? —preguntó Isaías—. Me refiero a los farsantes que acompañaban a Sofía.

—¿Quiénes eran?

—Un hombre que fingía ser Robert Redsign y, el otro, un empresario americano supuestamente amigo de su familia.

—Si me permite la interrupción —intervino el cretino de Arturo Cuadrado—. Había algo más que una simple amistad entre la pelirroja diabólica y el empresario americano.

—¿Y eso qué importancia tiene? —le soltó Saúl con un tono de desprecio.

Arturo clavó la mirada sobre su regazo y se abstuvo de contestar.

—¿Qué hay de su marido? —insistió Saúl.

—Un tal Philippe, sino recuerdo mal —contestó Isaías—. Parecía un buen muchacho.

—Los quiero muertos a todos —sentenció Saúl.

Un escalofrío me recorrió la espalda hasta llegar a mi cerebro con la fuerza de un huracán. ¿Sería ya el momento de compartir el vídeo? Lo cierto es que prefería esperar a que la conversación no girara en torno a nosotros.

—He vendido el Proyecto Imperium a nuestros socios alemanes —continuó Saúl—, de modo que necesito que todo salga bien, ¿me oyen? —gritó con voz y gestos propios de un soberano de poderes absolutos.

—El proyecto marcha bien —terció el presidente de Blankium—, ¿no es así, Isaías?

—Así es. Anthony Blaine está haciendo una labor extraordinaria. Los empleados seleccionados están respondiendo muy favorablemente a su *reeducción mental* —respondió, haciendo comillas con los dedos—. Alguno de ellos ha tenido que ser ingresado en el hospital del centro. Nada grave —añadió, quitándole importancia—. Ya sabe, por la dieta hipocalórica y el exceso de actividad física.

—¿Algún insurgente? —preguntó Saúl.

—Solo cuatro o cinco —contestó Isaías tras carraspear—, pero no se preocupe, esas personas ya están siendo sometidas a un tratamiento más intenso que hemos combinado con fármacos destinados a doblegar su voluntad.

Había llegado el momento de compartir aquella reunión con el resto del mundo. La gente tenía derecho a saber cuán mezquinos eran aquellos tipejos que alardeaban de su miserable gloria.

Me dirigí disimuladamente hacia el ordenador donde había instalado el programa para compartir el vídeo. Lo abrí y apreté el botón que me había

indicado Roos sin imaginar la trascendencia que aquel simple gesto acabaría por tener. Cogí mi móvil, que todavía estaba cargando su batería a través del cable USB conectado al ordenador, y envié un mensaje a mi cómplice: «Vídeo compartido. Adelante».

Inspiré profundamente y me uní a los demás. Habían formado un corro entorno a la pantalla de mayor tamaño. La casualidad quiso que en aquel momento Saúl saliera de la sala donde estaban celebrando la reunión pues, según informó, le había surgido un asunto que no podía desatender. El resto de los miembros de la orden aprovechó aquel pequeño receso para atender sus obligaciones profesionales.

Tomé asiento sobre el sofá, maldiciendo mi mala suerte, y envié un nuevo mensaje a Roos, advirtiéndole sobre aquel inesperado receso.

—¿Quién ha encendido el televisor de la pared? —preguntó Teresa de pronto.

—Yo —comentó el marqués, especialmente risueño dadas las circunstancias.

—¿Y eso? —insistió ella.

—Quería ver las noticias —contestó Juan con una expresión traviesa.

Me levanté del sofá con excesiva brusquedad. Miré la pantalla del televisor y respiré tranquila en tanto comprobé que el canal seleccionado no era Televisión Española. Igualmente, seguía sin fiarme de Juan.

—¿Y eso por qué? —pregunté.

El marqués echó un fugaz vistazo al periódico que había sobre el sofá, tras lo cual me respondió:

—Uno de los candidatos a la presidencia de los Estados Unidos quiere construir un muro en la frontera con México.

—¡Bah! —profirió Teresa, agitando la mano como si aquello no tuviera la menor importancia—. Ese hombre nunca será presidente de los Estados Unidos —añadió, sin la menor capacidad de predicción.

Dejé aquel asunto aparcado, dando por sentado que no me supondría el menor problema. Tomé asiento junto a James, que no se había despegado del monitor aun a pesar de la pausa de la reunión. De reojo observé al marqués, intrigada por el modo en que sostenía el mando del televisor.

Los caballeros de la mesa redonda continuaron con su endemoniada reunión pasados quince minutos, instante en que avisé a Roos para que pusiera en marcha nuestro plan. No parecían abordar el tema de las armas, pero lo cierto es que el Proyecto Imperium era lo suficientemente

escandaloso como para interesar al telespectador.

—El proyecto de lavado de cerebro debería extenderse a más áreas — señaló Isaías, ante la atenta mirada de Saúl—. Tenemos más productos tóxicos que colocar a los clientes.

—Haga lo que tenga que hacer, pero recuerde que la meta siempre es la obtención de beneficios —le advirtió el Rey con un dedo amenazante—, sea a costa de quien sea. Y dígame, ¿cómo está el asunto de aquel ex empleado que tantos quebraderos de cabeza les estaba causando?

—Descontrolado —admitió Isaías con un chasquido de lengua—. Su caso ha llegado a la prensa.

—Como se le ocurra contar todo lo que sabe estamos muertos —le interrumpió Arturo.

—¿Y a qué esperan para tomar medidas más drásticas? —bramó Saúl—. Hablen con los ejecutores y ordenen que lo eliminen.

Teresa se llevó las manos a la cara, abriendo los ojos como platos. Le miré extrañada por lo afectada que parecía. Yo tampoco quería que mataran al ex empleado del que hablaban, pero me había impresionado más el que Saúl hubiera dado la orden de aniquilarnos a todos nosotros. Teresa tenía la mirada clavada en el televisor que colgaba de la pared. Soltó una sonora exclamación que acompañó de un exagerado gesto de perplejidad, lo que irremediabilmente hizo que todos miraran en la misma dirección.

—Pero ¿qué demonios es eso? —exclamó Patrick torciendo la cabeza.

Fui la última persona en dirigir la mirada hacia el televisor donde, por alguna gracia divina, el universo había decidido reproducir el vídeo de una lunática que bailaba la danza del vientre ataviada con una mantelería deshilachada. Volví la vista hacia atrás, espantada mientras soltaba juramentos a diestro y siniestro.

Juan sostenía mi móvil, que todavía se estaba cargando con el cable USB, mientras reía a carcajadas. Me tiré a por él en plancha en lo que acabó siendo un aparatoso vuelo de aterrizaje accidentado. Durante el trayecto logré quitarle el teléfono de las manos al tiempo que gruñía como un perro enrabiado. Acto seguido, todos se volvieron hacia mí.

—¿Cómo...? —preguntó George con una mirada de estupefacción—. ¿Cómo has hecho eso?

Me rasqué la cabeza mientras me incorporaba lentamente.

—He tomado impulso y me he abalanzado sobre Juan.

—Me refiero a lo otro —insistió con el ceño fruncido. Señaló el televisor

—. Estábamos viendo a la *diosa del striptease con manteles* y...

—¿Y qué? —le apremié, masajeándome el brazo dolorido por la caída.

—En tanto te has lanzado al suelo, han dejado de emitir el vídeo de la bailarina.

Todos eran conscientes de lo absurdas que sonaban aquellas palabras. Aun así parecían convencidos de la relación existente entre el desconcertante baile que acababan de ver por televisión y mi impetuosa embestida contra el marqués.

—No tengo ni idea de lo que me hablas, George —dije mientras negaba con la cabeza—. ¿Por qué no apagamos el televisor? No hay nada interesante que ver.

Aquel incidente se saldó con una torcedura de tobillo, un brazo magullado y un centenar de miradas asesinas que dirigí a Juan sin la menor piedad.

—¿Qué demonios mirabas en mi móvil? —le pregunté en voz baja una vez todo volvió a la normalidad—. ¿Y por qué has cambiado de canal?

—Tenía que ver el vídeo otra vez —respondió, secándose las lágrimas vertidas por las carcajadas.

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer... —dije al tiempo que comprendía lo que había sucedido.

El marqués y sus ocurrencias a punto habían estado de estropear todos mis planes.

—Solo he reproducido un vídeo... —se defendió, fingiendo una nada creíble inocencia.

—Has hecho mucho más que eso —protesté.

«Al estar el móvil conectado al ordenador a través del cable USB, le has hecho creer al programa instalado que era ese vídeo, y no el de la reunión de la Orden del Denario, el que debía compartir. Y eso, *querido amigo*, ha tenido como resultado el que mi patético baile haya sido retransmitido por la televisión pública española», quise decirle.

—El rubiales tiene unos gustos muy extraños —comentó con una mirada intimidatoria—. Tal vez debería hablar con él sobre ello.

—No lo hagas, Juan —imploré, agarrándole por el brazo—. Te lo ruego.

—Está bien —dijo con una sonrisa de victoria—, no lo haré. A cambio, tú me explicarás de qué va todo esto, ¿no es así, pecosa? —añadió, señalando con la cabeza al televisor de la pared.

Resoplé fastidiada por mi mala suerte.

—Distrae al resto —le pedí—. Debo hacer algo con este ordenador. Nos vemos en dos minutos en la cocina. Ahí te lo explicaré todo.

Juan se acercó a los demás y, con suma habilidad, les preguntó sobre un detalle del vídeo que, según comentó con un tono de lo más enigmático, podía ser muy relevante. Automáticamente todos acercaron sus miradas al monitor de mayor tamaño, encandilados por la hipnótica advertencia del marqués. Aproveché aquel instante de distracción para subsanar el último traspies de mi arriesgada operación. Sentada frente al ordenador que debía compartir el vídeo de la reunión y sin apartar la vista del resto, hice cuanto pude por reconfigurar el programa instalado de modo que volviera a funcionar como yo esperaba. Por suerte para mí, aquello resultó ser una tarea fácil que completé en menos de lo que dura un suspiro.

Cogí mi móvil y me dirigí a la cocina, segregando adrenalina en cantidades poco saludables. Llamé a Roos sin apartar la vista del salón, donde el marqués continuaba distrayendo a los demás con su peculiar *espectáculo de variedades*. Tardé más de dos minutos en convencer a mi ex compañero holandés de que lo sucedido no había sido su error sino el mío, hecho lo cual le rogué que lo intentáramos de nuevo.

No tuve más remedio que contarle toda la verdad al marqués, aunque lo cierto es que tuve la impresión de que él ya sabía la mayor parte de cuanto le expliqué. Una vez acabé mi relato se marchó de la cocina. Le seguí con la vista hasta el salón, donde abrió el cajón de un mueble de aluminio que había junto a la pared de ladrillo. Regresó con un televisor portátil en sus manos, un aparato de no más de cinco pulgadas que encendió mientras sonreía con una expresión indescifrable.

—Pensarás que estoy loca... —comencé a decir.

—Es un mundo de locos, pecosa. De ahí que la única sana seas tú —respondió sin vacilar—. Sintoniza el canal donde se vaya a retransmitir la reunión de la orden —me pidió mientras se levantaba de su asiento—. Regreso enseguida.

Se marchó antes de que pudiera preguntarle a dónde demonios se dirigía. Observé la pantalla del diminuto televisor mientras me preguntaba cuanto tiempo tardaría el destino en boicotear mi disparatado plan. En ese preciso instante recibí un mensaje de Roos: «Mucho *albiroto* por aquí, amapola. Unos segundos de emisión. Problemas con el sonido, pero no preocupar. Yo me encargo».

Juan regresó al instante con una botella de vino tinto.

—Un Matarromera —comentó con una mirada chispeante—. Un gran reserva del dos mil cinco.

—No sé si es momento de celebraciones, Juan.

—¿Cómo que no? —preguntó mientras descorchaba la botella—. ¿Tienes idea de lo que has hecho? Cuando se entere el rubiales se pondrá hecho un energúmeno, pero hasta entonces celebremos el triunfo de la verdad sobre la mezquindad.

Brindamos con el elixir de la eterna juventud sin apartar la vista del pequeño televisor. Contemplamos, absortos, la retransmisión de la reunión, ahora ya con sonido. Saúl y los príncipes conversaban sin el menor tapujo sobre el Proyecto Imperium y los enormes beneficios que el mismo reportaría a la orden. Unos segundos después, se escuchó un agudo pitido y la imagen quedó oculta tras unas líneas grises horizontales.

—Les pedimos disculpas por este pequeño fallo en la emisión de nuestra programación habitual —dijo al cabo unos segundos la mujer que apareció en pantalla—. Nuestros técnicos están trabajando en ello —añadió, nerviosa—. Gracias por su comprensión.

Comenzaron a emitir publicidad. Juan y yo nos miramos descorazonados. Del televisor portátil surgieron unos gritos ensordecedores. Era la misma mujer que instantes antes se había disculpado frente a los telespectadores. «¡Pero esto que es!», gritó a pleno pulmón. Aquel chillido llamó la atención de James, quien sin dudarle ni un instante se acercó hacia la cocina.

—¿Qué ha sido ese chillido? —preguntó con seriedad. Volvió la vista hacia mí, mirándome de arriba abajo—. ¿Qué escondes ahí?

—Nada —mentí, muerta de miedo, ocultando el minúsculo televisor bajo la encimera.

Si James me descubría en aquel momento, todo mi plan se iría al traste. Necesitaba unos minutos más de emisión. De nada habría servido mi plan si no salía a la luz la involucración de la orden en el contrabando de armas.

Patrick le hizo un gesto a James desde el salón, instándole a regresar junto a los demás. Al parecer, la reunión había pasado al *plato fuerte*.

—Van a hablar sobre las armas y aquí no aparece nada —gimoteé una vez a solas, zarandeando el diminuto televisor.

—Vamos, pecosa, no te desanimes. Se han retransmitido casi dos minutos de la reunión —dijo, infundiéndome ánimos.

—Dos minutos no es suficiente —me quejé.

Continué protestando hasta que de pronto se hizo el milagro. Televisión

Española volvió a emitir la reunión de la secta de los banqueros. Mi móvil sonó en aquel instante: «Problema *solventado*. Disculpas por la interrupción». Sonreí, ilusionada de nuevo tras el mensaje de Roos.

—La Unión Europea pretende cortarnos el grifo a la compra venta de armas —anunció Saúl—. Con un intervencionismo armamentístico como el que pretenden establecer, la Orden del Denario puede verse abocada al fracaso. Nuestros ingresos provienen del sector armamentístico en su gran mayoría. No podemos permitir que esos burócratas chupatintas arruinen nuestro negocio.

—Dios proveerá todas nuestras necesidades —intervino un hombre de mediana edad—. Él es omnipresente.

—¿Dios? —repitió Saúl, encolerizado—. Pero ¿quién ha traído a este estúpido a nuestra reunión? —gritó, alzando los brazos. Se volvió hacia el hombre que había osado interrumpirle y le dirigió una mirada de desprecio—. Escúcheme bien, ignorante —le advirtió, señalándole con el dedo—. Solo existe un Dios y únicamente está presente en los billetes de dólar.

—¿Qué propone, Saúl? —intercedió el presidente de Blankium con su habitual y terrorífico rictus.

—Hay que frenar la debacle que supondrán las restricciones a la comercialización armamentística.

—¿Tiene algo en mente? —insistió Ignacio Javier, movido por la curiosidad.

—Naturalmente que sí —contestó Saúl, alzando una ceja y prolongando las comisuras de sus labios—, pero antes de hablar sobre ello haremos un descanso de cinco minutos.

«¡Maldita sea!», exclamé para mis adentros.

—Un vino delicioso, ¿no crees? —comentó el marqués, agitando la copa con suavidad mientras la miraba a contraluz, como si tratara de descifrar algún código secreto oculto en sus paredes.

Bostecé sin ocultar mi agotamiento.

—Mañana me marcho a Hawai —comenté sin venir a cuento.

—¡Aloha! —exclamó entusiasmado—. Tienes que probar el pollo con crema de coco y piña —soltó un silbido de admiración—. ¡Delicioso! Como también lo es el Lomi Lomi. —Se relamió los labios—. Una ensalada de salmón crudo, tomate, cebolla dulce de Maui y algo de chile.

—Lo tendré en cuenta —murmuré sin mucho interés.

—Estuve en Hawai hace unos diez años —comentó con una sonrisa

nostálgica—. Todavía recuerdo el intenso sabor de la bebida de los dioses, el *okolehao*, un licor de las raíces de la planta del Ti.

No reaccioné, lo que pareció sorprenderle.

—¿Qué sucede, Sofía? —preguntó, extrañado—. Te vas a Hawái, no a la guerra. ¿A qué viene esa cara de espanto?

—Va en serio, Juan —respondí sin mirarle—. Me refiero a lo mío con James.

—¡Pues claro que va en serio! ¿A qué vienen ahora las dudas?

—Nunca he mantenido una relación seria con ningún hombre —confesé—. ¿Y si acabo sufriendo?

—El que teme sufrir ya sufre el temor —contestó clavándome su sabia mirada—. Si caminas con la vista fija en tu pasado, jamás podrás avanzar hacia tu futuro.

—Tiene sentido —comenté sin mucho convicción.

—Escúchame bien, Sofía, lo que amas te hace vulnerable, pero también te da la vida. Arrepiéntete de cometer errores, pero no cometas el error de tener que lamentarte por no haberte atrevido a vivir.

—Estoy aterrada —me sinceré.

—El miedo es el mejor combustible para el fracaso —señaló con solemnidad—, y tú, querida mía, no eres ninguna fracasada.

Le sonreí, agradecida por sus palabras. Conversar con Juan siempre era gratificante. Tuviera o no razón, lo cierto era que su sapiencia solía alumbrar mi incertidumbre cuando más lo precisaba.

Unos segundos más tarde recibí un nuevo mensaje de Roos: «Perdida conexión. Nuevo intento. ¡No podrán conmigo!».

Le mostré el texto al marqués.

—Ese amigo tuyo se está jugando el cuello por ti.

—Lo sé. Y no sabes cuánto lo valoro. Nada de esto sería posible si no fuera por él.

—Perderá su puesto de trabajo.

Asentí, sabiendo que eso podía pasar.

Medio minuto después, el Rey de la Orden del Denario y sus secuaces aparecieron de nuevo en antena.

—Como ya os he adelantado —comentó Saúl—, sé cómo subsanar el desastre económico que nos ocasionarán las medidas de control armamentístico que aspiran a imponer algunos mandatarios europeos. —Rió con sarcasmo—. No son más que una pandilla de cínicos. Pretenden

aparentar que de verdad quieren combatir el tráfico de armas cuando lo único cierto es que llevan años mirando hacia otro lado. ¿Acaso cambió algo la Posición Común aprobada por el Consejo Europeo en dos mil ocho? Europa es el tercer exportador mundial de armas y ¿saben ustedes quién es el segundo mayor comprador? —preguntó retóricamente.

—Oriente Medio —contestó Arturo Cuadrado.

—Arabia Saudí, Catar, Emiratos Árabes Unidos —prosiguió Saúl, ignorando la interrupción—. ¿De verdad alguien cree que estos países cumplen los ocho criterios incluidos en el tratado sobre exportaciones de tecnología y equipos militares?

—Es un texto jurídicamente vinculante —intervino de nuevo el fanfarrón de Arturo, con la barbilla ridículamente erguida—. La Posición Común de la Unión Europea adopta casi los mismos criterios que el Código de Conducta sobre el comercio de armas a nivel internacional, añadiendo la responsabilidad del país exportador de verificar el destino final de dichas armas, además de comprobar que el país receptor respeta el Derecho Internacional Humanitario —añadió, con los ojos cerrados como si pronunciara un texto memorizado.

—¡Largo de aquí, maldito bastardo! —estalló Saúl, señalando la puerta de la sala.

Arturo se marchó enseguida. Su petulancia y su servilismo no le habían servido de nada en esta ocasión.

—No quiero ni una sola interrupción más —advirtió Saúl. Todos bajaron la mirada y el Rey prosiguió con su discurso—. Las autoridades europeas llevan años haciendo la vista gorda, lo que nos ha permitido engrosar nuestras arcas hasta convertirnos en la orden con mayor poder económico del continente europeo. Este siempre ha sido un negocio opaco y así debería continuar siéndolo —sentenció, dando un sonoro golpe de puño sobre la mesa—. Europa ha cedido a las presiones de la opinión pública, lo que irreparablemente perjudicará a nuestro actual modelo de negocio. —Les miró a todos a cámara lenta—. He dado con la solución para evitar que nuestras finanzas se descalabren.

—¿Cuál es? —corearon todos los presentes al unísono.

—Un ataque terrorista.

El peso de mi mandíbula sucumbió a la gravedad. En un impulso de lo más primitivo me tapé los ojos con las manos, como si con ello pudiera evitar enfrentarme a la realidad.

—¿Y dónde será ese ataque? —preguntó Ignacio Javier, espantado.

—A decir verdad, no será un ataque aislado sino una serie de atentados en distintas capitales europeas.

—Pero, señor, algo así incrementará el control armamentístico —apunto el presidente de Blankium.

—Así es, Ignacio Javier —respondió Saúl con serenidad—, pero también conllevará otros efectos mucho más beneficiosos para nosotros. Sembraremos el miedo en la población, lo que indudablemente potenciará el odio hacia Oriente Medio y la necesidad de un inminente rearme. El pánico que generará la amenaza constante hará que aumente el gasto militar en Europa. El terror solo les dará una única salida —dijo, inspirando profundamente—, la creación de un ejército europeo.

—Pero, señor... —le interrumpió el hombre de pelo canoso—. ¿No es ir demasiado lejos?

La sala quedó en silencio. Sentí la mano del marqués apretándome el brazo con nervio. Los dos contuvimos la respiración, lo que hizo que el ruido de la calle sonara con más ímpetu.

—La decisión ya está tomada —concluyó Saúl, levantándose de su asiento.

Aquellas últimas palabras causaron tal impacto que apenas se escuchó un solo murmullo en todo el apartamento. Durante el transcurso de los siguientes minutos, las emociones más variopintas hicieron acto de presencia en el salón, combinando el estupor y la indignación por los perversos planes del Rey con la alegría por el triunfo que significaba el haber grabado su endemoniada confesión.

Mis ojos tropezaron con los de James, que aquel momento parecía arder en deseos de celebrar lo que, a todas luces, estaba siendo un auténtico éxito. Hizo una llamada de teléfono mientras los demás parecían darse la enhorabuena, satisfechos por la impactante e inesperada revelación.

Saúl anunció una nueva pausa, esta vez para comer, que todos los miembros de la orden recibieron de muy buen gusto. El marqués se apresuró a esconder el pequeño televisor en tanto vio a James acercarse a la cocina.

—Quiero felicitaros por el gran trabajo que habéis hecho —comentó, dejando que el entusiasmo hablara por él. Sonrió al ver la botella de vino y las dos copas medio vacías—. Por lo visto, ya habíais comenzado a

celebrarlo.

—Cualquier ocasión es buena para brindar con un buen vino —añadió el marqués alzando la copa—. Y bien, ¿tenéis material suficiente para dar por concluida la operación?

—Más que suficiente, Juan.

—¿Ya está? —pregunté, contrariada—. ¿No vamos a continuar grabando el resto de la reunión?

—No —respondió James, aceptando la copa de vino que le acababa de ofrecer el marqués—. Nuestra misión acaba aquí.

Su teléfono móvil sonó en aquel instante. Contestó la llamada con el brillo de la victoria reflejado en su mirada. Aproveché aquel instante para enviarle un último mensaje a Roos. «Fin de la retransmisión. Muchas gracias por todo. Permanecemos en contacto», le escribí sin conocer, todavía, el verdadero final de aquel aventurado episodio.

—¡Es hora de celebrar el éxito de la operación! —exclamó Patrick desde el salón, alzando una copa de whisky que acto seguido bebió de un solo trago—. Conozco un buen restaurante para ir a comer —comentó, dirigiéndose a James, quien todavía permanecía al teléfono—. No está muy lejos de aquí. Llamaré para reservar una mesa.

Veinte minutos más tarde entramos en el restaurante, donde la celebración agrupó a diez personas, entre las que se encontraban Matthew y sus hombres. La mesa se vio repleta de bebidas en el mismo instante en que tomamos asiento. Todos parecían ansiosos por celebrar una victoria más que merecida. Me uní a la euforia con cierto recelo, pues una parte de mí sabía que el acto final todavía estaba por llegar.

La comida duró un par de horas durante las cuales todo fueron risas, felicitaciones y bromas, muchas de las cuales vieron en mí a la diana perfecta. Soporté con dignidad los comentarios jocosos acerca del día en que confundí al presidente de Blankium con un miembro de la familia Redsign. Aguanté asimismo las burlas sobre el arriesgado plan que ideé para rescatar al marqués, incluyendo el repertorio de chistes que ingenió el marqués en torno a mi poco ortodoxa herramienta de trabajo, la *swiss card*. El colofón del jolgorio vino de la mano de Patrick cuando, sumándose a aquel improvisado club de la comedia, se le ocurrió narrar el desacertado discurso que traté de pronunciar en la Casa del Sol.

Regresamos al apartamento dando un placentero paseo. De camino nos tropezamos con un grupo de personas que repartían octavillas al tiempo que

cantaban unas consignas en defensa de las libertades. Un hombre de mediana edad alzó una pancarta mientras protestaba enérgicamente contra lo que denominó «el poder y la violencia de la mafia». Continuamos caminando sin prestarles excesiva atención, pero unos segundos después aquella pequeña congregación se vio acrecentada al unirse a ella un grupo de nuevos manifestantes, que coreaban sus reivindicaciones con ayuda de unos potentes megáfonos con sirena incorporada.

Y de pronto, los teléfonos móviles de James y George comenzaron a sonar de manera casi sincronizada.

—¿Redes sociales, dices? —preguntó James, mientras observaba como un grupo de personas trataban de cortar la circulación de la Avenida Diagonal—. No sé de qué me estás hablando —añadió, sin perder los nervios, como si de algún modo ya estuviera al tanto de la avalancha que se nos venía encima.

El marqués se llevó las manos a la espalda, alzó la barbilla y comenzó a silbar mientras contemplaba el cielo despejado de nubes.

Fue Patrick el siguiente en recibir una llamada de teléfono cuando estábamos a punto de entrar en el apartamento. El aquel instante el ruido de la muchedumbre se volvió ensordecedor.

—¿Qué es lo que dices que se ha hecho viral? —preguntó, tapándose el oído contrario para escuchar mejor a su interlocutor—. Pero ¿de qué vídeo me hablas?

Juan me dio un pequeño codazo que acompañó de un infantil movimiento de cabeza. Se frotó enérgicamente las manos, inspiró hondamente y cerró los párpados, sintiéndose en paz consigo mismo.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté en voz baja.

—No podría estar mejor —respondió al tiempo que abría de nuevo los ojos—. Contempla el resultado de nuestra victoria —me pidió, señalando hacia su derecha con la barbilla.

Los manifestantes encaminaban sus pasos hacia las puertas de las torres del Banco Estrella, donde una multitudinaria aglomeración protestaba vigorosamente. A duras penas logré controlar el grito de espanto que se agolpó a las puertas de mis labios.

—Ya es tarde para arrepentimientos, pecosa —susurró el marqués sin dejar de sonreír.

En tanto entramos en el loft, Teresa encendió el televisor de la pared, sintonizando un canal de noticias internacionales.

—Pero ¿qué...? —balbuceó cuando vio las imágenes que aparecían por

televisión.

Abrí los ojos, temiendo un amenazador ataque de pánico en tanto leí el titular que se desplazaba lentamente por la parte inferior de la pantalla. «Miles de personas se congregan en la avenida Diagonal en protesta por la grabación recientemente difundida por la televisión pública española, donde los máximos exponentes del panorama financiero español conversaban abiertamente sobre su participación en diversos delitos de desfalco, crimen organizado y terrorismo internacional».

Sentí la dilatación de mis pupilas casi en el mismo instante en que terminé de leer aquel rótulo incendiario. No había nadie en el apartamento, a excepción del marqués y de mí, que no estuviera hablando por teléfono en aquel momento.

—Esta vez la has hecho buena —bromeó el marqués, echando más leña al fuego.

En tanto James finalizó su llamada, me dirigió una penetrante mirada que activó mi alerta roja.

Un imaginario redoble de tambores pareció predecir el desenlace final. Teresa subió el volumen del televisor, que todos contemplábamos medio hipnotizados. La presentadora del telediario, visiblemente aturdida, anunció la inminente detención de todos los asistentes de lo que calificó como de «reunión desalmada».

Todo había acabado, me dije con el rostro desencajado y sin sentir el más mínimo ápice de felicidad. Aquella arriesgada desventura a punto había estado de acabar con mi vida, pero lo cierto es que no era el peligro al que había estado expuesta lo que verdaderamente me entristecía, sino el haber constatado, una vez más, lo mezquina que podía llegar a ser la raza humana.

«Todo ha acabado», me repetí mientras contemplaba la agitación que se vivía en el apartamento. Un ajetreo que parecía ir en sintonía con la atronadora manifestación a las puertas de las torres, así como con los titulares y las imágenes que se emitían por televisión. La retransmisión de aquella reunión parecía haber marcado un antes y un después no solo a nivel nacional, sino también en la esfera mundial, pues los canales internacionales no tardaron mucho en hacerse eco de la noticia.

Tuve que sentarme para evitar los efectos de un inminente ataque de vértigo. Había logrado mi propósito y debía estar feliz por ello. No obstante, el aluvión de frenesí que se respiraba en el ambiente me impidió disfrutar de mi momento de gloria.

—¿Estás tú detrás de todo esto? —preguntó James.

Asentí con la cabeza, dispuesta a soportar su sermón. Clavé la vista en el suelo y miré al resto por el rabillo del ojo. La estupefacción inicial se transformó en una sonrisa de confabulación que parecía aplaudir mi temeridad.

El marqués se sirvió una copa de whisky mientras sonreía de un modo infantil. Tenía una curiosa forma de ocultar su verdadera naturaleza, echando mano de un sentido del humor cuasi superficial. Pero la realidad era muy distinta. Juan era, casi con toda seguridad, la persona más emotiva de todos los que estábamos en aquel apartamento. Casi pude escuchar las lágrimas de emoción que vertió al saborear el excepcional triunfo de la justicia. Una victoria que, de no haber sido por él, jamás hubiéramos logrado.

Andaba yo en mitad de mis divagaciones cuando de pronto James me agarró del brazo.

—Salgamos a la terraza —me pidió con el semblante serio.

Obedecí sin protestar.

—Sé que estarás enfadado conmigo, pero quiero que sepas que siento mucho tener que haber llegado a hacer lo que he hecho —comencé a decir echando un fugaz vistazo a la calle, que parecía haberse convertido en una auténtica zona de guerra.

Y de pronto sonrió, haciendo que la situación resultase de lo más extraña.

—¿Acaso crees que no sabía cuáles eran tus intenciones? —preguntó sin pestañear—. ¿De verdad piensas que podías salir del apartamento sin que me diera cuenta?

Le miré atónita.

—Pero... —tartamudeé—. Esta mañana, delante de Juan, dijiste lo de mi dolor de cabeza y yo... —Las palabras no brotaban de forma coherente.

—Juan es un *agente doble* —me cortó empleando un tono de burla—. En el fondo, siempre lo ha sido —añadió como si hablara consigo mismo.

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo? —pregunté con la incertidumbre oprimiéndome el pecho.

—No lo estoy —confirmó—. Todo lo contrario.

—¿Todo lo contrario? —repetí con desconfianza, a la espera de que el golpe me viniera por cualquier otro lado.

—Lo creas o no, estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, supongo —respondí, esquivando su mirada.

—Escúchame bien, Sofía —dijo, alzando mi barbilla con su mano—, si

en alguna ocasión alguien te pide que cambies, aléjate de él. Incluso si ese *alguien* soy yo.

—Lo haré —contesté tímidamente y sin tener la menor idea de dónde quería ir a parar. Tragué saliva, sobrecogida por un aluvión de emociones desbocadas—. ¿Todo ha acabado? —pregunté.

—En absoluto —contestó, sonriendo abiertamente—. Ahora empieza lo bueno.

—¿Y qué haremos exactamente? —pregunté ingenuamente.

—Decidir nuestro destino.

La puerta de la terraza se abrió en aquel instante. Tras ella aparecieron George y el marqués. Juan se apoyó en el barandal de cristal y contempló la alborotada muchedumbre, cuyos gritos se habían vuelto estrepitosos. Patrick y Teresa salieron tras despedir a Matthew y a sus hombres.

Dejé caer mi abatido cuerpo sobre una de las sillas de mimbre, cerré los ojos y permití que mi voz interior me hablara con franqueza.

—Si hacemos desaparecer la justicia, aniquilamos la libertad —pensé en voz alta, aparentemente delirando—. Y sin libertad, ¿qué nos queda? —me pregunté, todavía afligida tras haber presenciado el mal desde tan corta distancia.

—Tal vez un sistema de esclavitud tan perverso como el formado por ciudadanos que se creen libres sin serlo —respondió Juan, agitando los hielos de su copa de whisky.

Asentí en silencio, disfrutando del bálsamo de su voz, un remedio hipnótico para mis heridas sin cicatrizar.

—Vivimos acostumbrados a las cadenas que nos privan de nuestra libertad hasta tal extremo que llegamos a justificar su necesidad —prosiguió el marqués, dirigiendo su clarividencia hacia el mismo cielo mientras los demás le contemplábamos embelesados—. Pero una jaula, aunque esté construida en oro, siempre será una jaula. Una prisión dorada donde creemos hallar una falsa seguridad, una cárcel en donde jamás podremos batir nuestras alas.

—Estoy de acuerdo contigo —atiné a decir con la voz entrecortada.

—Corren tiempos difíciles para quienes todavía creen en los ideales, pecosa —comentó al tiempo que se volvía hacia mí y palmeaba cariñosamente mi rodilla—, pero hoy la tenacidad y la honradez han logrado vencer al tirano que a menudo se esconde tras el poder y la corrupción, arrojando una esperanzadora luz a la infinidad de causas perdidas cuyo

ingenioso hidalgo, Don Quijote de la Mancha, todavía está por despertar. *Non bene pro toto libertas venditur auro* —añadió con un guiño de complicidad.

—La libertad no se vende ni por todo el oro del mundo —traduje mientras una lágrima de felicidad resbalaba por mi mejilla.

Sobre el autor



Alma Sampedro es una escritora y economista española afincada en Barcelona desde hace más de veinte años.

Ha publicado las siguientes novelas de éxito a través de Amazon: «Nunca es tarde para aprender a bailar», uno de los libros más vendidos en la categoría de motivación y desarrollo personal y «El acertijo que me resuelve», un libro de misterio y suspense donde la magia se da cita con el enredo más disparatado.

«El peón del Rey» es su tercer libro, una sorprendente novela donde el misterio y los enredos se entrelazan con una apasionante historia de mentiras y traiciones, aderezada por sutiles dosis de humor.

Puedes contactar con Alma Sampedro escribiéndole un correo electrónico a sampedro.alma@gmail.com o bien visitando su página web: www.almasampedro.com.

**¡Gracias por compartir tus impresiones sobre el libro
en Amazon!**